

EN NOMBRE DE DIOS

LA VERDAD SOBRE LA MUERTE
DE JUAN PABLO I

DAVID YALLOP



Lectulandia

El 26 de agosto de 1978, tras la muerte de Pablo VI, el Concilio Vaticano elige para que ocupe el trono del sumo pontífice a Albino Luciani, el austero patriarca de Venecia. Luciani pronuncia el tradicional *Accepto* y decide el nombre con que reinará: Juan Pablo I.

Pocos suponen que ese italiano de sesenta y cinco años, imagen misma de la humildad, iniciará su papado con voluntad de renovación. Pero los mejor informados saben que Juan Pablo I ha resuelto emprender una verdadera revolución, practicando lo que ha predicado siempre: la honradez absoluta, la convicción de que la Iglesia Católica es por sobre todo la Iglesia de los pobres.

En septiembre de 1978, el llamado «papa de la sonrisa» moría después de treinta y tres días de haber sido elegido. La versión oficial anunciaba su muerte como debida a un infarto de miocardio. David A. Yallop inició su investigación a petición de ciertas personas residentes en el Vaticano que se sentían preocupadas por las extrañas circunstancias que rodeaban esta muerte. Tras tres años de investigación, el autor descubrió la existencia de una red de corrupción que se detalla en este libro.

Lectulandia

David Yallop

En nombre de Dios

La verdad sobre la muerte de Juan Pablo I

ePub r1.0

XcUiDi 14.01.16

Título original: *In God's name*
David Yallop, 1984
Traducción: Sebastián Bel Spino

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este

más libros en lectulandia.com

A la memoria de mi madre, UNA NORAH STANTON,
por los años que se han ido;
y a Fletcher y Lucy,
amados muchachos de los viejos tiempos.

Sobre el autor

El primer libro de David Yallop, titulado *Para alentar a los otros*, obligo al Gobierno británico a reabrir el caso de asesinato Craig/Bentley, que se había considerado resuelto y cerrado veinte años antes. El libro provocó un tumultuoso debate en la Cámara de los Lores, durante el cual lord Arran manifestó:

Una de dos: o David Yallop es el peor bribón que se ha escapado de la horca en toda la historia británica o en relación con este caso de asesinato sólo ha dicho la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

El libro, sumado a un documental escenificado para televisión con libreto del autor, terminó por convencer a mucha gente, desde el anterior lord canciller de Gran Bretaña, lord Gardiner, pasando por lord Arran y lord Goodman, hasta escritores como Arthur Koestler. Todos coincidieron en opinar que había ocurrido una gravísima injusticia.

El segundo libro de Yallop, *El día en que cesaron las risas*, fue ampliamente aclamado a ambos lados del Atlántico y está considerado como la biografía definitiva y la rehabilitación póstuma del famoso actor de cine mudo Roscoe (Fatty) Arbuckle. El libro aclara un asesinato misterioso que había quedado sin resolver a lo largo de cincuenta años.

El tercer libro de Yallop, *¿Más allá de toda duda razonable?*, condujo directamente a la liberación de un hombre que había sido condenado a cadena perpetua por un doble asesinato. Este hombre, llamado Arthur Thomas, ya había sido juzgado dos veces, había apelado otras dos contra la condena y llevaba más de siete años en prisión cuando Yallop se dedicó a investigar lo que gracias a sus esfuerzos se convertiría en la causa criminal más célebre de la historia de Nueva Zelanda. Después de publicarse el libro de Yallop, a Thomas le fue concedido el perdón real y posteriormente una comisión real llegó a la conclusión de que había que indemnizarle con un millón de dólares.

Si en su anterior libro Yallop se propuso sacar a un hombre de la cárcel, con su cuarto volumen, titulado *Líbranos de todo mal*, su intención era conducir a un hombre a la cárcel. Durante más de dos años Yallop se dedicó a perseguir al Descuartizador de Yorkshire en el norte de Inglaterra. Durante más de cinco años, este múltiple asesino eludió a las fuerzas policiales británicas, sin cesar de matar una y otra vez. Su captura debió de ser la más costosa de la historia, pues se invirtieron más de diez millones de libras esterlinas.

En junio de 1980 Yallop entrevistó al superintendente George Oldfield, que había estado al frente de las fuerzas policiales que perseguían al terrorífico asesino desde hacía muchos años. En el transcurso de la entrevista, registrada en magnetofón, David Yallop afirmó, y de ella extractamos:

Creo que el hombre al que usted busca es un camionero que vive en Bradford y que trabaja por la zona de Baildon, Bingley y Shipley de esta ciudad. También estoy

convencido de que es un hombre casado pero sin hijos; tiene alrededor de treinta y cinco años, es de cabello oscuro y lleva un bigote de los llamados mostachos del rey Jasón, aunque este último detalle no es constante, ya que a lo largo de su profusa carrera de asesino nuestro hombre se afeita de cuando en cuando su poblado bigote.

También pienso, señor Oldfield, que el hombre al que llaman el Descuartizador no es el autor de la llamada cinta Geordie que en su opinión proviene del asesino. Estoy seguro de que el hombre al que usted busca no es el autor de las cartas ni mató a Joan Harrison. Sin embargo, asesinó o trató de asesinar a muchas otras mujeres a las que usted no ha vinculado con los crímenes del Descuartizador.

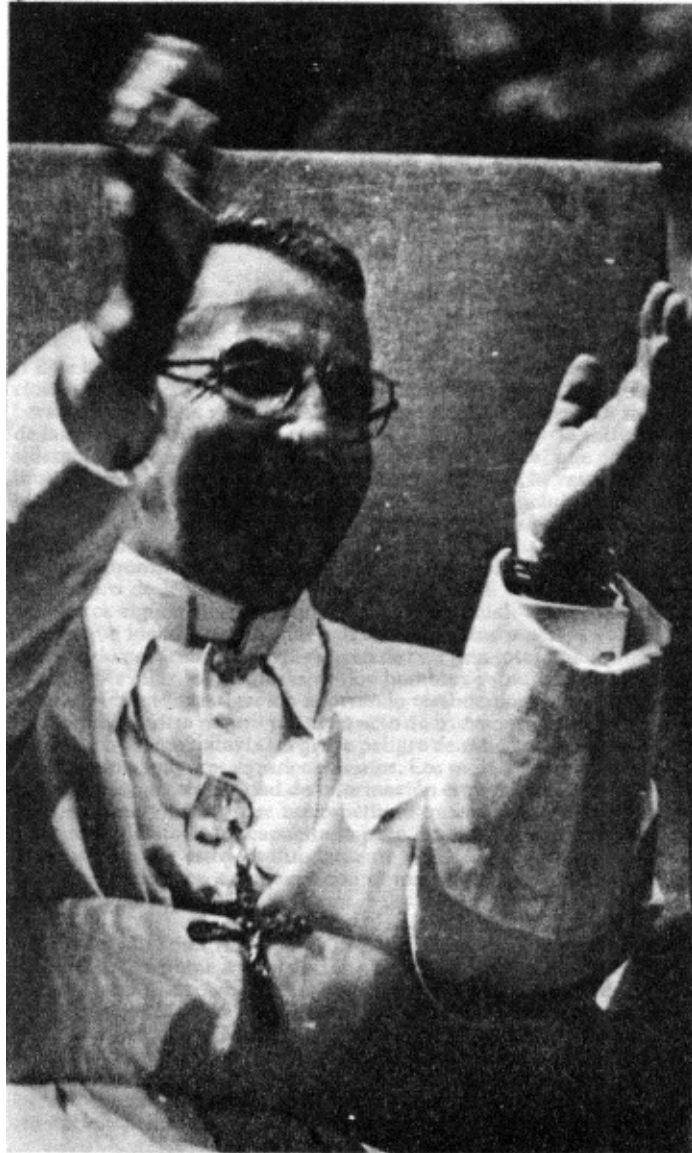
Siete meses después de que Yallop efectuara estas afirmaciones, el Descuartizador de Yorkshire, Peter Sutcliffe, fue atrapado.

Cuando le arrestaron, Sutcliffe tenía treinta y cuatro años. Estaba casado pero no tenía hijos. Era camionero. Vivía en Bradford. Trabajaba por la zona de Baildon, Shipley y Bingley de dicha ciudad. Tenía el cabello oscuro y lucía un poblado bigote de los llamados mostachos del rey Jasón, aunque de vez en cuando, mientras perpetraba sus secretas masacres, se lo había afeitado. No había mandado la grabación conocida como cinta Geordie. Tampoco era el autor de las cartas. Se demostró que no había matado a Joan Harrison, y que todos y cada uno de los nombres adicionales que David Yallop había proporcionado a la policía siete meses antes pertenecían a mujeres que habían sido víctimas de Sutcliffe.

Esta impresionante serie de éxitos ha brindado a David Yallop una merecida fama como extraordinario investigador. Yallop recibe constantes demandas desde muchas partes del mundo en las que se le pide, se le exige o se le ruega que investigue determinado asesinato o determinada injusticia que se presume que han sido cometidos. Entre otras, Yallop recibió una solicitud particularmente singular en la que se le pedía que investigara una muerte especial. La solicitud provenía del Vaticano. La muerte era la del papa Juan Pablo I, el papa sonriente que había reinado treinta y tres días en 1978.

Poniendo en la tarea todos sus recursos y su talento de investigador, David Yallop, escritor de origen católico, se lanzó de lleno a la tarea. Si hay algo que lo cualifique especialmente es su minuciosidad para informarse y comprobar la veracidad de los informes que recibe. En los últimos dos años las investigaciones de Yallop han cubierto un amplísimo abanico, en el que se incluyen las secretarías pontificias, la mafia, numerosos cardenales, sociedades secretas, los archivos del Departamento de Estado y diversos expedientes del F. B. I.

Hoy por hoy David Yallop ha terminado sus investigaciones en relación con una muerte que oficialmente no presenta ningún misterio, que oficialmente carece de toda violencia, que oficialmente no tiene intriga ninguna. La conclusión, sin embargo, es que se trata de un asesinato.



Prefacio

Este libro, que es el producto de casi tres años de intensas investigaciones, no hubiera sido posible de no haber contado con la activa colaboración de mucha gente y de numerosas organizaciones. La mayoría de las personas que me han ayudado lo han hecho bajo la estricta consideración de que conservarían el anonimato. Al igual que en otros libros anteriores, escritos en similares circunstancias, he respetado también en éste la voluntad de estas personas. Creo incluso que en esta ocasión su derecho a proteger su identidad es mucho más necesario que en cualquier otra investigación previa que yo haya realizado. Como muy pronto se dará cuenta el lector, el asesinato es un frecuente compañero de los hechos que aquí se registran. Un gran número de asesinatos siguen sin resolverse de manera oficial. Nadie debería dudar de que los individuos que han causado estas muertes volverían a matar si lo necesitaran, ya que gozan de casi una total impunidad para hacerlo. Revelar los nombres de los hombres y mujeres que me han ayudado en mi investigación aportando testimonios de crucial importancia constituiría por mi parte un acto de irresponsabilidad criminal: todos ellos corren todavía un grave peligro de muerte. Es a ellos a quienes debo mis mayores agradecimientos. Los motivos que los llevaron a divulgar una gran cantidad de información eran muchos y muy distintos, pero una y otra vez se me repetía lo mismo: «La verdad debe ser conocida. Si usted está capacitado para divulgarla, entonces hágalo». A todos ellos les estoy profundamente agradecido, al igual que a las personas siguientes, a quienes con el mayor de los respetos clasifico como la punta visible del iceberg.

Profesor Amedeo Alexandre, profesor Leonardo Ancona, William Aronwald, Josephine Ayres, doctor Alan Bailey, doctor Shamus Banim, doctor Derek Barrowcliff, Pia Basso, padre Aldo Belli, cardenal Giovanni Benelli, Marco Borsa, Vittore Branca, David Buckley, padre Roberto Busa, doctor Renato Buzzonetti, Roberto Calvi, Emilio Cavaterra, cardenal Mario Ciappi, hermano Clemente, Joseph Coffey, Annaloe Copps, Rupert Cornwall, monseñor Ausilio Da Rif, Maurizio De Luca, Danielli Doglio, monseñor Mafeo Ducoli, padre Francois Evain, cardenal Pericle Felici, padre Mario Ferrarese, profesor Luigi Fontana, Mario di Francesco, doctor Cario Frizziero, profesor Piero Fucci, padre Giovanni Gennari, monseñor Mario Ghizzo, padre Cario González, padre Andrew Greeley, Diane Hall, doctor John Henry, padre Thomas Hunt, William Jackson, John J. Kenney, Peter Lemos, doctor David Levison, padre Diego Lorenzi, Edoardo Luciani, William Lynch, Ann McDiarmid, padre John Magee, Sandro Magister, Alexander Manson, profesor Vincenzo Masini, padre Francis Murphy, Anna Nogara, monseñor Giulio Nicolini, padre Gerry O'Collins, padre Romeo Panciroli, padre Gianni Pastro, Lena Petri, Nina Petri, profesor Pier Luigi Prati, profesor Giovanni Rama, Roberto Rosone, profesor Fausto Rovelli, profesor Vincenzo Rulli, Ann Ellen Rutherford, monseñor Tiziano Scalzotto, monseñor Mario Senigaglia, Arnaldo Signoracci, Ernesto Signoracci,

padre Bartolomeo Sorges, Lorana Sullivan, padre Francesco Taffarel, hermana Vincenza, profesor Thomas Whitehead, Phillip Willan.

Estoy igualmente agradecido a las organizaciones: Augustinian Residence, Roma, Banco San Marco, Bank of England, Bank of International Settlements, Basle, Bank of Italy, Catholic Central Library, Catholic Truth Society, City of London Pólíce, Department of Trade, Statistics and Market Intelligence Library, English College, Roma, Federal Bureau of Investigation, Gregorian University, Roma, New Cross Hospital Poisons Unit, Opus Dei, Pharmaceutical Society of Great Britain, Tribunal of the Ward of Luxembourg, U. S. Department of State, U. S. District Court Southern District of New York, Oficina de Prensa del Vaticano y Radio Vaticano.

Entre aquéllos cuya identidad no puedo divulgar se encuentran quienes residen en la Ciudad del Vaticano: se trata de gente que se puso en contacto conmigo y que me ayudó a emprender esta investigación sobre los hechos que envuelven la muerte de Albino Luciani, conocido también como Juan Pablo I. El hecho de que haya hombres y mujeres que viven en el corazón de la Iglesia católica romana y que no puedan ni hablar abiertamente ni identificarse sin riesgo de su vida constituye un elocuente testimonio del estado en que se encuentran las cosas dentro del Vaticano.

No cabe duda de que este libro será atacado por unos y desdeñado por otros. Algunos pensarán que se trata de un ataque contra la fe católica en particular y contra el cristianismo en general. No es ni una cosa ni otra. Hasta cierto punto representa una acusación contra determinadas personas, cuyo nombre específico se menciona en estas páginas: son hombres que nacieron bajo la fe católica, pero que nunca se convirtieron en verdaderos cristianos.

Como tal, este libro ni ataca la fe ni se ensaña contra una Iglesia que aglutina millones de fieles. Lo que estos millones de fieles consideran sagrado es demasiado importante para dejarlo en las manos de unos hombres que han conspirado para degenerar el mensaje de Cristo y transformarlo en un turbio asunto de negocios sucios. Se trata de una conspiración que ha producido sucesos escalofriantes.

Como ya he indicado, me he tenido que enfrentar con unas dificultades insuperables al verme obligado a dar el nombre específico de las fuentes de las que he recibido la información. A lo largo del texto, he procurado conservar en el más estricto secreto quién fue el que me dijo tal cosa o de dónde extraje determinados documentos. Una cosa, sin embargo, puedo asegurarle al lector; que toda la información, todos los detalles, todos los hechos han sido revisados una y otra vez para confirmar su exactitud, no importa la fuente de la que provinieran. Por lo tanto, es mía la responsabilidad sobre cualquier error de apreciación o detalle.

Tengo la certeza de que, como transcribo conversaciones que tuvieron lugar entre hombres que ya habían muerto antes de que empezara mi investigación, me arriesgo a provocar suspicacias. ¿Cómo, por ejemplo, puedo yo saber lo que pasó entre el papa Juan Pablo I y el cardenal Villot el día en que discutieron el tema del control de la natalidad? La respuesta es muy sencilla: dentro del Vaticano no existen audiencias

privadas que se mantengan verdadera y totalmente en privado; los dos hombres que he mencionado hablaron con otros después y les refirieron la conversación que habían mantenido. Es de esta mente de segunda mano, cuyas opiniones personales a menudo diferían radicalmente, de donde he sacado el material que me ha permitido reconstruir la discusión sobre natalidad entre el papa y su secretario de Estado. De los diálogos que aparecen en este libro ninguno es imaginario, como tampoco lo son los hechos registrados.

DAVID A. YALLOP.

Marzo de 1984.

Prólogo

Ser el jefe espiritual de casi una quinta parte de la población mundial significa ostentar un inmenso poder; sin embargo, a cualquier persona poco informada sobre el carácter de Albino Luciani, que empezó su reinado como papa con el nombre de Juan Pablo I, le resultaría muy difícil reconocer que un hombre de sus características encarnara verdaderamente un poder tan colosal. Eran tantas la timidez y humildad que emanaban de este apacible hombrecillo italiano de sesenta y cinco años de edad, que muchos habían llegado a la inmediata conclusión de que su papado no resultaría especialmente significativo. Para los bien informados, sin embargo, la situación se presentaba bajo un cariz muy distinto: sabían que Albino Luciani había emprendido una revolución.

El 28 de septiembre de 1978, Luciani cumplía treinta y tres días como sumo pontífice de la Iglesia católica. En poco más de un mes se había embarcado en diversos procesos que, de haber llegado a culminar, hubieran ejercido unos efectos directos y vitalizadores en la humanidad en general. La gran mayoría habría secundado y aplaudido los proyectos de Luciani, pero para una pequeña minoría la conclusión de estos proyectos hubiera resultado devastadora. Albino Luciani, hombre que se había ganado de inmediato el apelativo cariñoso de «papa de la sonrisa», se proponía, aquel 28 de septiembre, que la sonrisa desapareciera para siempre de un grupo de gente concreta.

Aquella noche, Luciani se sentó a cenar en el comedor de la tercera planta del palacio apostólico de la Ciudad del Vaticano. Le acompañaban sus dos secretarios: el padre Diego Lorenzi que hacía dos años (cuando Luciani era patriarca de Venecia) se había convertido en su más estrecho colaborador, y el padre John Magee, agregado a la secretaría pontificia después de terminada la elección papal.

Mientras las monjas que servían en los aposentos papales se movían discretas y al mismo tiempo ansiosas a su alrededor, Albino Luciani consumía una cena frugal, consistente en un ligero caído, un bistec de temerá, un plato de judías verdes y un poco de ensalada. Cada tanto el pontífice bebía un sorbo de agua mientras repasaba mentalmente los acontecimientos que habían tenido lugar a lo largo de ese día y las trascendentales decisiones que había tomado. Luciani nunca había aspirado al cargo que ocupaba. Nunca había intrigado ni conspirado para ascender al trono pontificio. Pero ahora, dada su condición de jefe de Estado, tenía arduas responsabilidades a las que debía atender; todo el peso de esa tarea estaba a sus hombros y no pretendía eludirlo.

Al tiempo que las hermanas Vincenza, Assunta, Clorinda y Gabriella atendían sigilosas y eficaces a los tres hombres reunidos en el comedor, éstos permanecían atentos al televisor, donde se transmitían informaciones sobre los acontecimientos que más preocupaban a los italianos por aquellas fechas. En otros lugares otros hombres también vivían en un profundo estado de ansiedad, causada por las

actividades desarrolladas por el papa Luciani.

En la segunda planta del palacio, debajo de los aposentos del pontífice, las luces seguían encendidas en las oficinas del Banco del Vaticano. El obispo Paul Marcinkus, director ejecutivo del banco, estaba preocupado por asuntos mucho más serios que sentarse a cenar. Nacido en Chicago, Marcinkus había aprendido el duro oficio de la supervivencia en los arrabales de la ciudad de Cícero (Illinois). A lo largo de su vertiginosa carrera, que lo había llevado a convertirse en el banquero de Dios, Marcinkus había arrojado y superado muchos momentos de crisis. Sin embargo, en esta ocasión se enfrentaba con la más grave crisis de su carrera. En el correr de los últimos treinta y tres días, sus colegas del banco habían advertido un cambio notable en la fisonomía y la actitud de este hombre que manejaba casi a su antojo los millones del Vaticano. De ser un gigante extrovertido, de uno noventa de alto y ciento veinte kilos de peso, Marcinkus se había convertido en un hombre circunspecto e introvertido. A simple vista se advertía que había empezado a perder peso y que su cara, antes jovial, había adquirido una tonalidad más bien grisácea. En más de un sentido, la Ciudad del Vaticano no pasa de ser una aldea, y ya se sabe que es muy difícil guardar secretos en una aldea. Marcinkus había oído el creciente rumor de que el nuevo papa había iniciado personalmente una investigación en relación con el Banco del Vaticano y en concreto con los métodos de administración que empleaba Marcinkus. Desde la designación del papa Luciani, el banquero de Dios no había cesado de lamentarse por un turbio negocio realizado seis años antes (en 1972) con la Banca Cattolica Véneto.

Otro hombre que permanecía todavía en su despacho aquella noche de septiembre era el cardenal Jean Villot, secretario de Estado del Vaticano, que repasaba una y otra vez una lista que le había entregado Luciani apenas una hora antes. En la lista figuraban los nombres de las personas cuyo cese o traslado debía efectuarse inmediatamente. Villot había discutido el asunto con el papa; lo había discutido tenaz y apasionadamente, pero sin éxito. El papa se mostraba inquebrantable en su actitud.

Era una situación altamente dramática. Las renunciaciones, los ceses y los traslados que había decidido Luciani constituían uno de los principales cauces que llevarían a la Iglesia por nuevos rumbos. El propio Villot figuraba en la lista, y tanto él como los demás hombres que iban a ser sustituidos consideraban que el camino emprendido por Luciani era altamente peligroso. Cuando estos cambios se anunciaran, los medios de comunicación del mundo entero comenzarían a verter millones de palabras para analizar, comentar, explicar y tratar de profetizar el porvenir de una Iglesia renovada. Sin embargo, la verdadera explicación y el verdadero análisis jamás se publicarían, jamás llegarían al conocimiento de las masas.

Había un factor común que vinculaba a todos los hombres que figuraban en la lista. Villot no desconocía esta circunstancia, y lo que es más importante: también el papa estaba informado. De hecho se trataba de uno de los motivos que le habían impulsado a actuar, con la intención de despojar a estos hombres de todo poder real y

desplazarlos hacia posiciones relativamente inofensivas. Eran los francmasones.

Aclaremos que lo que alarmaba al papa no era la francmasonería convencional, a pesar de que la Iglesia siempre consideró que quien se integrara en una logia masónica recibía automáticamente la excomunión. La alarma de Luciani venía provocada por una logia masónica ilegal que había traspasado las propias fronteras de Italia con su desmesurada ambición de riquezas y poder. Dicha logia se autodenominaba Propaganda 2 (P2). El hecho de que hubiera penetrado a través de las murallas mismas del Vaticano e incluyera entre sus miembros o directos aliados a numerosos sacerdotes, obispos e incluso cardenales, hacía que Albino Luciani considerara la P2 un verdadero anatema.

Villot, que había seguido con alarma la actitud adoptada por el nuevo papa, de pronto vio caer en sus manos la bomba: la lista de los hombres que iban a ser reemplazados. Villot era una de las poquísimas personas que estaban al tanto de las conversaciones que se habían iniciado entre el papa y el Departamento de Estado en Washington. Sabía que el 23 de octubre llegaría al Vaticano una delegación del Congreso de Estados Unidos y que el día 24 el papa recibiría en audiencia privada a sus miembros. El tema que se iba a tratar no era otro que el control de la natalidad.

Villot había estudiado minuciosamente el informe sobre Albino Luciani que se conservaba en el Vaticano. También había leído un memorando secreto que Luciani, entonces obispo de la diócesis de Vittorio Véneto, le había enviado a Pablo VI antes de la divulgación de la encíclica *Humanae vitae*. Esta encíclica prohíbe expresamente a los católicos el empleo de cualquier sistema anticonceptivo de carácter artificial.

De sus propias conversaciones con Luciani, Villot había llegado a clarísimas conclusiones acerca de la postura del nuevo papa sobre este tema. Del mismo modo, tampoco quedaban dudas en la mente de Villot con relación a lo que el sucesor de Pablo tenía planeado hacer. Se iba a producir una dramática inversión del punto de vista de la Iglesia en relación con el problema. Muchas personas concordarían sin duda con el punto de vista de Villot, que pensaba que las ideas de Luciani constituían una traición a Pablo VI. Pero muchas más personas aplaudirían el cambio de postura de la Iglesia sobre el tema, que podría haber significado la mayor contribución del Vaticano a la sociedad del siglo xx.

En Buenos Aires había otro banquero que a medida que discurría el mes de septiembre de 1978 se sentía más y más preocupado por la actitud del papa Juan Pablo I. Semanas antes, este banquero había discutido los problemas que le planteaba la actitud del nuevo papa con sus dos protectores: Licio Gelli y Umberto Ortolani, dos hombres que entre sus muchos haberes figuraba el de ejercer un dominio completo sobre Roberto Calvi, presidente del Banco Ambrosiano. A Calvi le perseguían los problemas desde antes de la elección pontifical que había colocado a Albino Luciani en el sillón de San Pedro. El Banco de Italia había investigado secretamente desde el mes de abril las actividades del banco milanés de Calvi. La investigación era consecuencia de una misteriosa campaña callejera contra Calvi que

había estallado a finales de 1977: súbitamente las calles de Milán se vieron inundadas de carteles que detallaban diversas actividades delictivas de Calvi y que permitían atisbar una amplia red criminal que se extendía por el mundo entero.

Calvi se hallaba perfectamente informado de los progresos que hacía el Banco de Italia con sus investigaciones. Íntimo amigo como era de Licio Gelli, el banquero milanés podía contar con puntuales informes sobre las actividades de los investigadores fiscales italianos. También estaba al tanto de que el papa había empezado a indagar en los secretos del Banco del Vaticano. Al igual que Marcinkus, Roberto Calvi sabía que sólo era una cuestión de tiempo que las dos investigaciones que se realizaban por separado coincidieran en demostrar que entrometerse en uno de los dos imperios financieros mencionados era igual que entrometerse en los dos. Dentro de lo que abarcaba su considerable radio de acción y su indudable poderío, Calvi hacía todo lo que estaba en sus manos para obstaculizar la investigación del Banco de Italia y proteger de ese modo a su imperio financiero, del cual tenía la intención de robar más de mil millones de dólares.

Un análisis metódico de la posición en que se encontraba Roberto Calvi en septiembre de 1978 demuestra de una forma harto abundante que si a Pablo VI lo sucedía un hombre honesto, Calvi corría el peligro de arruinarse y de ir a dar con sus huesos en la cárcel, y su banco, de colapsarse. No hay duda de que Albino Luciani era exactamente el hombre honesto que Calvi tanto temía.

En Nueva York, mientras tanto, el banquero siciliano Michele Sindona también venía observando detenidamente las actividades que desplegaba el papa Juan Pablo I. Hacía ya más de tres años que Sindona pendía de una orden de extradición presentada contra él por el Gobierno italiano, que lo quería trasladar a Milán para acusarlo de maniobras fraudulentas por las que se había apoderado de 225 millones de dólares. En mayo de 1978, parecía que Sindona había perdido finalmente aquella larga batalla. Un juez federal de Estados Unidos había afirmado que la orden de extradición iba a ser concedida.

Sindona se encontraba en libertad bajo una fianza de tres millones de dólares, mientras que sus abogados planeaban jugar la última carta. Exigieron que el Gobierno de Estados Unidos demostrara que existían causas bien fundamentadas que justificaran la extradición. Sindona por su parte afirmaba que los cargos que presentaba contra él el Gobierno italiano eran obra de los comunistas y de otros políticos de ideología izquierdista. Sus abogados aseguraban también que el fiscal de Milán había ocultado ciertas pruebas que, según ellos, dejaban libre a Sindona de toda mácula, y sostenían que si su cliente regresaba a Italia muy probablemente moriría asesinado. La audiencia judicial fue fijada para el mes de noviembre.

Aquel verano, en Nueva York, había otras personas que también se movían activamente a favor de Sindona. Un mañoso llamado Luigi Ronsisvalle, asesino profesional, había amenazado con matar al testigo Nicola Biase, que había declarado en contra de Sindona en el curso de los procedimientos legales para la extradición.

Por otra parte, la mafia había puesto precio a la cabeza del fiscal general suplente de Estados Unidos, John Kenney, que era el acusador encargado de la causa de extradición contra Sindona. El precio estipulado por la mafia para acabar con la vida de Kenney alcanzaba la cifra de 100 000 dólares.

Si el papa Juan Pablo I seguía escarbando en los asuntos del Banco del Vaticano, Sindona sería inevitablemente remitido a Italia, por más que la mafia pusiera precio a la cabeza de media humanidad. La red de corrupción que existía en el Banco del Vaticano y que incluía, entre otras actividades, la limpieza de dinero negro perteneciente a la mafia, involucraba a Calvi, y cuando Calvi quedara involucrado arrastraría con él a Sindona.

En Chicago, otro de los príncipes de la Iglesia católica vivía preocupado e irritado por cómo se desarrollaban los acontecimientos en la Ciudad del Vaticano: se trataba del cardenal John Cody, arzobispo de la archidiócesis más rica del mundo. Cody era el jefe espiritual de más de dos millones y medio de católicos, tenía a sus órdenes a casi tres mil sacerdotes, gobernaba 450 parroquias y se negaba a revelar a nadie cuáles eran los ingresos anuales que volcaban sus fieles en las arcas de la diócesis. De hecho la cifra superaba los 250 millones de dólares. Sin embargo, la lucha contra el fisco sólo era uno de los muchos problemas que acuciaban a Cody. En 1978 Cody cumplía trece años al frente de la Iglesia de Chicago. En este tiempo las peticiones para que lo reemplazaran se habían ido acumulando hasta adquirir unas proporciones extraordinarias. Curas, monjas, legos, gente que trabajaba en las más vanadas profesiones seculares, se unían por millares para solicitar a Roma que destituyera a un hombre unánimemente considerado como un déspota.

Para el papa Pablo VI la destitución de Cody había sido motivo, a lo largo de muchos años, de grandes angustias mentales y prolongadas vacilaciones. Al menos en una ocasión había adquirido la suficiente entereza como para tomar la decisión de apartar a Cody de su cargo, pero en el último momento había mandado revocar sus propias órdenes. La compleja y torturada personalidad de Pablo VI era sólo parte del motivo de tantas indecisiones. El papa Pablo sabía de la existencia de varias denuncias secretas que se habían promulgado contra Cody y que contenían sustanciales evidencias que indicaban la urgente necesidad de reemplazar al todopoderoso cardenal de Chicago.

A fines de septiembre, Cody recibió una llamada telefónica desde Roma. Por la aldea conocida mundialmente como Ciudad del Vaticano había empezado a circular otro rumor. Se trataba de una pequeña información, y durante muchos años el cardenal Cody se había caracterizado por retribuir muy bien a quienes le mantenían informado. En esta ocasión, su informante le indicó que donde Pablo se había mostrado tan pusilánime, su sucesor, por el contrario, estaba decidido a obrar. El papa Luciani había tomado la firme determinación de reemplazar al cardenal de Chicago.

Por lo menos tres de los hombres que ya hemos mencionado se movían a la sombra de otro hombre, al que también ya se ha citado: Licio Gelli. Vulgarmente a

Gelli le llamaban Il Burattinaio, es decir, el titiritero. Los títeres que Gelli manejaba eran muy numerosos y estaban repartidos por muy distintos países. Gelli dominaba la P2 y a través de la P2 controlaba toda Italia. En Buenos Aires, ciudad donde Gelli y Calvi habían discutido los problemas que les planteaba el nuevo papa, el gran titiritero se había encargado de organizar el triunfante regreso del general Perón al poder, lo cual el propio Perón reconoció y agradeció poniéndose de rodillas a los pies de Gelli. Si Marcinkus, Sindona y Calvi se veían amenazados por los diversos proyectos planeados por Albino Luciani, eran los intereses directos de Licio Gelli los que, sin duda, corrían más peligro.

Por todo lo dicho queda claro que el 28 de septiembre de 1978 había seis hombres, Marcinkus, Villot, Calvi, Sindona, Cody y Gelli que tenían mucho que perder si el papa Juan Pablo I continuaba bajo el solio pontificio. También queda claro que a todos les beneficiaba por igual, aunque por diversos motivos, que el papa Juan Pablo I sufriera una muerte repentina.

Y el papa Juan Pablo I, en efecto, murió repentinamente. Murió en algún momento entre las últimas horas de la noche del 28 de septiembre de 1978 y las primeras horas de la madrugada del 29, treinta y tres días después de haber sido elegido. Hora de su muerte: desconocida. Causa de su muerte: desconocida.

Por mi parte estoy convencido de que todos los hechos y circunstancias que han sido meramente esbozados en las páginas anteriores contienen la clave de la verdad sobre la muerte de Albino Luciani. Estoy igualmente convencido de que, al caer la noche del 28 de septiembre de 1978, uno de los seis hombres ya mencionados había puesto en marcha un plan para resolver definitivamente los problemas que Albino Luciani le planteaba. Uno de estos seis hombres se encuentra, por lo tanto, en el mismo corazón de una conspiración que se resolvió aplicando lo que se llama «solución italiana».

Albino Luciani había sido designado para el cargo de pontífice el 26 de agosto de 1978. Muy poco después de terminar el cónclave el cardenal británico Basil Hume declaró: «La decisión era inesperada. Pero una vez que fue tomada pareció total y absolutamente adecuada. La sensación de que se trataba del hombre al que buscábamos era tan generalizada que no me cabe la menor duda de que es el candidato de Dios». Treinta y tres días después «el candidato de Dios» estaba muerto.

Lo que sigue es el resultado de tres años de continuada e intensa investigación en relación con la muerte de este hombre. Para realizar una investigación de esta naturaleza, he desarrollado una serie de normas. Norma primera: empezar por el principio. Averiguar cuál era la naturaleza y cómo era la personalidad del muerto. ¿Qué clase de hombre era Albino Luciani?

El camino hacia Roma

La familia Luciani vivía en un pequeño pueblo de las montañas que se llamaba Canale d'Agordo^[1], a unos mil metros sobre el nivel del mar y aproximadamente a ciento veinte kilómetros hacia el norte de Venecia.

Por la época en que se produjo el nacimiento de Albino, que tuvo lugar el 17 de octubre de 1912, sus padres, Giovanni y Bortola, ya tenían a su cargo a las dos hijas de un matrimonio paterno anterior. Siendo como era un joven viudo, padre de dos hijas y sin trabajo fijo, es difícil que Giovanni fuera ningún príncipe azul para las muchachas de la región. Bortola, por su parte, había acariciado un tiempo la idea de consagrarse a la vida conventual, de ser monja. Con el decurso de los años, sin embargo, se encontraba convertida en una madre de familia con tres niños a su cargo.

El parto de Albino fue largo y difícil. Bortola, presa de una exagerada angustia que marcaría profundamente el carácter precoz de su hijo, temía que el niño muriera. Por este motivo, el recién nacido fue bautizado rápidamente; recibió el nombre de Albino en memoria de un íntimo amigo de su padre que había muerto en una explosión accidental producida en un horno, mientras trabajaba codo a codo con Giovanni en una fundición de acero en Alemania.

El niño así bautizado vino a un mundo que apenas dos años después se vería envuelto en una guerra, luego del asesinato del archiduque Francisco Fernando y de su esposa en la ciudad yugoslava de Sarajevo.

Los primeros catorce años de este siglo son considerados por muchos europeos como una ya abolida edad de oro. Son innumerables los escritores que se han regodeado en describir el ambiente de estabilidad, la sensación generalizada de vivir bien, el incremento de la cultura en todas las capas sociales, la satisfactoria vida espiritual, la amplitud de horizontes y la paulatina supresión de las desigualdades sociales que caracterizaron a aquellos años. Los cronistas de aquella época exaltaban la libertad de pensamiento y la elevada calidad de vida que reinaban en sus tiempos, hasta el punto de que parece que vivieran en un jardín del edén pos Victoriano. No cabe duda de la veracidad de todos estos rasgos coincidentes en aquella época. Sin embargo, también se sabe que existía una pobreza desoladora, que había una gran multitud de desocupados, que persistían profundas desigualdades sociales y que el hambre, las epidemias y la mortalidad infantil eran lacras que azotaban a amplios estratos de la sociedad de entonces. En gran parte del mundo estas dos realidades contrapuestas coexistían. Italia no constituía una excepción.

Nápoles, por ejemplo, se encontraba literalmente sitiada y tomada por asalto por miles de personas ansiosas por emigrar a Estados Unidos, a Gran Bretaña o a cualquier otro país. De hecho, Estados Unidos había conculcado ya entonces con restricciones y prohibiciones la famosa declaración (grabada al pie de la estatua de la Libertad) que dice: «Traedme a vuestros desheredados, a vuestros hambrientos y

pobres. Traed a mis brazos a vuestras abigarradas multitudes anhelantes por respirar el aire de la libertad».

Muy pronto, sin embargo, «los desheredados y los hambrientos» iban a descubrir que las enfermedades contagiosas, la falta de garantías económicas, la carencia de contratos de trabajo, los antecedentes penales y las deformidades físicas constituían motivo suficiente para prohibir su entrada en Estados Unidos.

En Roma, a la vista de la plaza de San Pedro, había miles de personas que vivían en chozas de paja y adobe, apiñadas en las afueras de la Ciudad Eterna. Al llegar el verano, muchos de estos desamparados se trasladaban a las cavernas que había en las colinas de los alrededores. Algunos trabajaban de sol a sol en los viñedos y recibían un jornal de cuatro peniques al día. Otros trabajaban en las granjas, también de sol a sol, sin recibir a cambio dinero ninguno. Por lo común se les pagaba en grano, con trigo ya pasado, lo cual es uno de los principales motivos de que tantos trabajadores agrícolas sufrieran una enfermedad de la piel llamada pelagra.

Los que trabajaban en los pantanos arroceros de Pavía corrían el riesgo de contraer la malaria que transmitían los mosquitos, muy abundantes en la zona. En Italia, el analfabetismo afectaba a más del 50% de la población. Los papas, mientras tanto, uno tras otro, anhelaban un retorno imposible de los antiguos Estados Pontificios, ajenos por completo a las penosas condiciones de vida que sufría la inmensa mayoría de la población en la reunificada Italia.

En la aldea de Canale predominaban ampliamente los niños, las mujeres y los viejos, porque la mayoría de los hombres en edad de trabajar se veían obligados a marcharse lejos de su tierra para ganarse el sustento y mantener a su familia. Giovanni Luciani, por ejemplo, solía viajar por Suiza, Austria, Alemania y Francia, a fin de realizar diferentes trabajos temporeros. Partía de su casa en primavera y volvía con el otoño.

El hogar de los Luciani, erigido sobre las ruinas de un viejo granero, sólo disponía de una fuente de calor para el invierno: una vieja estufa de leña que agobiaba la habitación en la que nació Albino. La casa no tenía jardín; éste constituía un lujo impensable para la gente de las montañas. De cualquier modo, el paisaje de fondo compensaba con creces esta carencia: había bosques de pinos, y las altas montañas, con sus nieves eternas, se cernían vigilantes y sombrías sobre el villorrio. El río Bioi caía en cascada y pasaba muy cerca de la plaza del pueblo.

Los padres de Albino Luciani constituían una extraña amalgama. La madre, Bortola, era tan religiosa, que pasaba tanto tiempo en la iglesia como en su pequeña casa, siempre angustiada y sobreprotectora con una familia cada vez más numerosa. Bortola pertenecía a esa clase de madres que, ante la más mínima tos o el más ligero resfriado de alguno de sus hijos era capaz de llevarlo angustiada hasta la frontera, muy próxima al lugar, para que lo atendieran los médicos militares integrados a los puestos de guardia. Muy devota y con aspiraciones de mártir, Bortola acostumbraba volcar en sus hijos su frustrada vocación religiosa; frecuentemente les hablaba de los

muchos sacrificios que se veía obligada a hacer en favor de ellos.

Mientras tanto, el padre, Giovanni, vagabundeaba por una Europa en guerra ofreciéndose para cualquier clase de trabajo: desde albañil o peón caminero hasta electricista o mecánico. Siendo como era un activo militante socialista, los devotos católicos de la comarca le veían como a un comecuras, como a un diablo digno de arder crucificado en una hoguera.

La relación matrimonial entre dos caracteres tan disímiles como los de Bortola y Giovanni producía frecuentes e inevitables fricciones. El recuerdo de la reacción que tuvo su madre al ver el nombre de su marido en unos carteles de propaganda pegados por las paredes de todo el pueblo, que anunciaban la candidatura socialista para unas elecciones locales, acompañaría al joven Albino durante toda su vida.

Después de Albino sus padres tuvieron otro hijo varón: Eduardo. Más tarde les nació una hija: Antonia. Bortola contribuía al magro presupuesto familiar escribiendo cartas en nombre de los analfabetos de la zona y trabajando como fregona.

La dieta habitual de la familia consistía principalmente en polenta (plato a base de harina de maíz), cebada, macarrones y cualquier vegetal comestible que pudieran conseguir. En las grandes ocasiones, los Luciani tal vez saboreaban un postre de carfoni, que es un pastel relleno con simientes de amapola. La carne constituía una rareza. Si había en Canale un hombre lo bastante opulento como para poder permitirse el lujo de matar un cerdo, era para salarlo con el fin de que su familia se alimentara durante un año.

La vocación de Albino para el sacerdocio fue muy precoz. El joven Luciani recibió el pertinaz aliento de su madre y del párroco de la localidad: el padre Filippo Carli. Sin embargo, si hay alguien que se merece el máximo crédito entre los que alentaron la temprana vocación de Albino Luciani por el sacerdocio, si hay alguien que permitió que el joven diera sus primeros pasos como novicio, ese alguien es el ateo y socialista Giovanni Luciani, su padre.

Para llegar a ser sacerdote Albino debía asistir como interno al seminario menor de la cercana población de Feltre, lo cual suponría para la familia Luciani una considerable inversión de dinero. Poco antes de que el niño cumpliera once años su madre y él hablaron sobre el tema. Bortola sugirió a su hijo que le escribiera a su padre, que por entonces trabajaba como temporero en Francia. Muchos años después, Albino diría que la carta que le escribió a su padre era una de las más importantes que había escrito en toda su vida.

Tras recibir la carta de su hijo, Giovanni Luciani se tomó un tiempo para meditar la respuesta. Cuando le contestó fue para darle permiso, aceptando esta nueva carga de gastos con las siguientes palabras: «Muy bien, según parece, tendremos que hacer este sacrificio».

De esta forma, en 1923, con once años cumplidos, Albino Luciani ingresó en el seminario. Podríamos decir que partió al frente para luchar, sin saberlo todavía, en una guerra intestina que desgarraba secretamente a la Iglesia Católica. Por entonces,

la Iglesia tenía prohibidos libros tales como *Las cinco heridas abiertas* de la Iglesia católica, de Antonio Rosmini.

Rosmini era un cura y teólogo italiano que en 1848 había escrito que la Iglesia se enfrentaba a una crisis que tenía cinco causas: el abismo social existente entre el clero y el pueblo; el bajo nivel de educación que tenían los sacerdotes; el enfrentamiento, cuando no la acrimonia, que reinaba entre los obispos; la dependencia o interdependencia entre los asuntos laicos y los asuntos sagrados y entre las autoridades seculares y el poder religioso; por último, el patrimonio y las propiedades de que gozaba la Iglesia y que la esclavizaban, sometiéndola a su propia opulencia. Rosmini aspiraba a conseguir implantar una reforma de carácter liberal. Pero lo que realmente consiguió (sobre todo por culpa de las intrigas jesuíticas) fue que su libro se viera condenado y que él perdiera el capelo cardenalicio que el papa Pío IX le había ofrecido.

Sólo cincuenta y ocho años antes de que naciera Luciani el Vaticano había divulgado el llamado Sumario de errores, acompañado por la encíclica *Quanta cura*. En estos dos textos la Santa Sede se pronunciaba tajantemente en contra de la libertad restringida de palabra y de la libertad de opinión de la prensa. Se abominaba específicamente del concepto de igualdad entre todas las religiones.

El responsable de estas medidas era el papa Pío IX, que también dejó bien claro lo mucho que le desagradaban los gobiernos democráticos y la predilección que sentía por las monarquías absolutas. Tiempo después Pío IX denunciaría a «los defensores de la libertad de conciencia y de religión» y a los «que afirman que la Iglesia no debe recurrir al uso de la fuerza».

En 1870, Pío IX convocó un Concilio Vaticano y ante la asamblea de obispos señaló que el principal tema a tratar en la reunión era el de la infalibilidad del papa, es decir, su propia infalibilidad. Después de numerosos conciliábulos y de haber ejercido una fuerte presión de carácter muy poco cristiano. Pío IX sufrió una gran derrota moral cuando de los más de mil miembros que formaban parte del Concilio sólo 451 votaron a favor de su propuesta.

Gracias a una calculada estrategia sólo dos disidentes se encontraban en Roma cuando se llevó a cabo la votación final. En la última reunión del Concilio, que se celebró el 18 de julio de 1870, se decidió, con 535 votos a favor y dos en contra, que el papa era infalible en cuestiones de doctrina relacionadas con la fe y la moral.

En ese mismo año de 1870 los judíos que vivían en Roma estaban encerrados en un gueto; el causante de ello era el mismo papa al que el Concilio Vaticano había convertido en infalible. Pío IX era intolerante, no sólo con los judíos, sino también con los protestantes, hasta el punto de haber recomendado que se castigara con penas de prisión a los que pregonaran la fe cismática en Toscana. En el momento en que escribimos este texto, se realizan considerables esfuerzos con el propósito de conseguir la canonización de Pío IX para convertirlo en santo.

Después de Pío IX ocupó el solio pontificio León XIII al que numerosos

historiadores consideran un papa humano y esclarecido. A León XIII le sucedió Pío X al que los mismos historiadores consideran con unanimidad un verdadero desastre. El reinado católico de su santidad Pío X se prolongó hasta 1914 y los daños que causó seguían siendo evidentes cuando Albino Luciani ingresó en el seminario de Feltre.

El índice, catálogo en el que se incluyen los libros cuya lectura no tienen autorizada los fieles católicos, se hacía cada vez más abundante. Impresores, editores y escritores sufrían continuas excomuniones. Cuando se publicaba cualquier libro anónimo en el que se criticara la doctrina de la Iglesia, el autor, fuera quien fuese, quedaba automáticamente excomulgado. Para definir y englobar todo aquello contra lo que combatía, Pío X acuñó una palabra: modernismo. Cualquiera que pusiera en duda las doctrinas y enseñanzas de la Iglesia incurría en anatema. Con la bendición del papa y la ayuda financiera del Vaticano, un prelado italiano llamado Umberto Benigni creó una red de espionaje, cuyo objetivo era aplastar todo brote de modernismo y destruir a todos sus seguidores. De esta forma, ya en pleno siglo xx la Inquisición virtualmente renacía.

Con la pérdida de su poder temporal, motivada por la reunificación de Italia y la consiguiente desaparición de los Estados Pontificios, el autoproclamado «prisionero del Vaticano» no se hallaba en condiciones de ordenar ninguna condena a morir en la hoguera, pero un susurro por aquí, un guiño por allá, acusaciones anónimas y sin fundamento sobre cualquier colega o cualquier posible rival eran más que suficientes para arruinar muchas carreras dentro de la Iglesia. Era la fábula de la madre que devoraba a sus propios hijos. La mayoría de los hombres a los que Pío X y su pandilla aplastaron y arruinaron eran miembros fieles y leales de la Iglesia católica apostólica romana.

Muchos seminarios fueron clausurados. Aquéllos a los que se permitió que siguieran funcionando para educar a la futura generación de pastores de la Iglesia eran rigurosamente vigilados. Pío X declaró en una encíclica que todo aquel que predicara o enseñara con carácter oficial tenía la obligación de practicar un juramento especial abjurando de todos los males del modernismo. Más adelante dio a conocer una prohibición de carácter general contra la lectura de periódicos por parte de los seminaristas y estudiantes de teología, agregando específicamente que esta regla se aplicaba incluso a los mejores rotativos que hubiera.

El padre Benigni, que era el hombre que dirigía aquella red de espionaje que gradualmente había llegado a cubrir hasta las más lejanas diócesis no sólo de Italia sino de toda Europa, recibía todos los años un subsidio de mil liras que le era entregado directamente por el papa. Esta organización secreta de espías no fue desmantelada hasta 1921. Entonces, el padre Benigni se convirtió en informador y espía de Mussolini.

Pío X murió el 20 de agosto de 1914. Fue canonizado y convertido oficialmente en santo en 1954.

Así tenemos a Luciani en el seminario de Feltre, donde se consideraba un delito la

lectura de cualquier periódico o publicación de carácter informativo. El joven Luciani se encontró en un mundo austero y sombrío en el que los maestros estaban tan indefensos como los alumnos. Cualquier palabra, cualquier casual comentario que no recibiera la aprobación sin fisuras de un colega o discípulo, podía acarrearles a los sacerdotes que enseñaban en los seminarios la pérdida inmediata de su derecho a educar: la red de espionaje del padre Benigni, aunque disuelta oficialmente en 1921 (es decir, dos años antes de que Luciani se inscribiera en Peltre), seguía de hecho en actividad y su influencia se mantuvo a lo largo de todo el período de novicio del joven Albino.

Cualquier postura crítica que se adoptara en relación con la forma o el contenido de la enseñanza religiosa hubiera significado caer en anatema. El sistema de enseñanza estaba diseñado exclusivamente para ofrecer respuestas y no para alentar ningún tipo de preguntas. Los maestros, marcados y escaldados por la purga que habían sufrido, marcarían a su vez a la siguiente generación de sacerdotes.

La generación de sacerdotes a la que pertenece Albino Luciani tuvo que cargar con las peores consecuencias del Sumario de errores y se vio erosionada por la mentalidad antimodernista que predominaba entre la clerecía. Teniendo en cuenta el poderoso influjo de esta forma de pensar, Albino Luciani pudo fácilmente acabar convertido en un cura más, tan estrecho de miras y yermo de horizontes como tantos de sus discípulos y congéneres. Si se escapó de este penoso destino fue por una serie de factores que obraron en su favor. Uno de ellos, y no el menor, era un don que había recibido, simple y sin embargo enorme: la sed de sabiduría.

En los años de su más tierna infancia, la sobreprotección de su madre fue exagerada y en cierto sentido dañina. Pero no cabe duda de que a la larga significó para Luciani una considerable influencia benéfica. Al no permitirle que jugara y se revolcara con los otros niños de su edad, sustituyendo la pelota que los otros chutaban tumultuosos por un libro para que él leyera solitario, su madre le abrió al joven Albino las puertas de un mundo distinto y quizás infinito. A muy temprana edad, Albino Luciani ya era un voraz lector. A los siete años, ya se había devorado las obras completas de Julio Verne, Dickens y Mark Twain, algo bastante inusual en un país en el que por entonces más de la mitad de los adultos, no sólo no podía, sino que ni siquiera sabía leer.

En Feltre, el novicio Luciani se fagocitaba todos los libros que había. También es muy importante y significativo el hecho de que Luciani tenía la capacidad de recordar todo lo que leía. El cielo le había gratificado con una pavorosa memoria. En consecuencia, por mucho que los interrogantes provocativos y su curiosidad de saber despertaran enconados celos y provocaran crispadas reacciones, de cuando en cuando Luciani incurría en la temeridad de formular preguntas. Sus maestros le consideraban un alumno aplicado, pero «demasiado vivaz».

En verano, el joven seminarista regresaba a su hogar y, vestido con su larga sotana negra, se dedicaba a trabajar en el campo. Cuando no ayudaba en las tareas de

la recolección o la cosecha, seguramente se dedicaba a «reordenar» la biblioteca del padre Filippo.

Los grises y monótonos días de claustro escolar de vez en cuando se veían alegrados y enaltecidos por las visitas de su padre. Lo primero que hacía Giovanni Luciani al regresar a su hogar en otoño era ir de visita al seminario. Luego, a lo largo del invierno, dedicaría todas sus energías a la militancia y la propaganda de sus ideales socialistas.

Al graduarse en Peltre, Luciani pasó al seminario mayor de Belluno. Uno de sus condiscípulos, con el que hablé, me contó cómo era el régimen de vida en el seminario:

Nos despertaban a las cinco y media de la madrugada. No había calefacción y el agua a menudo parecía convertirse en hielo. A mí la vocación se me esfumaba cinco minutos cada mañana. Nos daban media hora para lavarnos y hacer la cama.

Conocí a Luciani en Belluno un día de septiembre de 1929. Entonces Luciani tenía dieciséis años. Estaba siempre sereno y tranquilo y solía mostrar un carácter muy afable. Pero si uno decía en su presencia algo inadecuado, saltaba como si le impulsara un resorte. Muy pronto comprendí que en su presencia había que escoger cuidadosamente las palabras para hablar. Con cualquier pensamiento dudoso que uno tuviera se corría el peligro de perder su amistad.

Entre los libros que Luciani leyó en Belluno se contaban varias obras de Antonio Rosmini. Llamaba la atención que en la biblioteca del seminario faltara su obra más importante: Las cinco heridas abiertas de la Iglesia católica, que en 1930 todavía seguía en el índice de libros prohibidos. Sin embargo, al tanto del furor que el libro había causado en su momento, Luciani se las ingenió para adquirir sigilosamente un ejemplar: la lectura de este libro iba a producir una profunda y perdurable influencia en su vida.

Para los profesores de Luciani el Sumario de errores divulgado en 1864 por el papa Pío IX seguía siendo en 1930 la más última e indiscutible verdad. Tolerar las opiniones de los creyentes no católicos en un país en que los católicos eran mayoría se consideraba como algo inconcebible. En Italia, en los años treinta, las escuelas no sólo enseñaban las ideas fascistas de Mussolini. El error no tiene derechos. La única excepción aparente la configuraban los maestros que por muchos errores que acumularan gozaban de derechos absolutos.

Lejos de ensancharle los horizontes mentales, sus maestros hicieron que Albino Luciani estrechara, en cierta forma, su amplitud de miras. Afortunadamente la influencia de sus maestros no era la única a la que se veía sometido. Otro de sus condiscípulos de Belluno me dijo:

Lela [Luciani] los dramas de Goldoni, a los novelistas franceses del siglo XIX. Se compró una colección de escritos del jesuita francés del siglo XVII Pierre Couwase y se la leyó de cabo a rabo.

La influencia que ejercieron en su ánimo los escritos de Couwase llegó a ser tan

poderosa que hubo un momento en que Luciani empezó a pensar seriamente en convertirse en jesuita. Mientras se lo pensaba, dos íntimos amigos suyos del seminario se presentaron ante el rector, el obispo Giosue Cattarossi, a pedirle permiso para integrarse en la Compañía de Jesús. El permiso fue concedido. Entonces Luciani se presentó con idéntica solicitud. El obispo meditó la cuestión y le respondió: «No, tres son demasiados. Es mejor que te quedes aquí».

El 7 de julio de 1935, a los 23 años de edad, Albino Luciani se ordenó sacerdote en San Pietro de Belluno. Al día siguiente, el flamante sacerdote celebraba su primera misa en su pueblo natal. Estaba absoluta y plenamente encantado por el hecho de que le hubieran designado como cura de la parroquia de Forno de Canale. El hecho de que la suya fuera la posición más humilde del escalafón de la clerecía católica le traía sin cuidado. Entre sus viejos amigos, sus parientes, los otros curas de la localidad y su familia inmediata, se encontraba un muy orgulloso Giovanni Luciani, que había conseguido un trabajo fijo como soplador de vidrio no lejos de su hogar, en la isla de Murano, cerca de Venecia.

En 1937 a Luciani le nombraron vicerrector de su antiguo seminario de Belluno. Si bien es verdad que el contenido de sus enseñanzas había cambiado muy poco respecto a las que él mismo había recibido, de lo que no cabe duda es que su forma de enseñar era radicalmente distinta a la de sus maestros. Albino Luciani tenía la virtud de hacer ligero lo pesado y de convertir las tediosas cuestiones teológicas en tertulias espontáneas e inolvidables. Después de cuatro años de dedicación a la enseñanza. Albino sintió la necesidad de ampliar su campo vital. Quería doctorarse en teología. Para ello le resultaba imprescindible desplazarse a Roma e inscribirse en la famosa Universidad Gregoriana. Sin embargo, sus superiores insistían en retenerlo en Belluno para que siguiera dando clase, con la idea de que podía simultanear la enseñanza y los estudios teológicos necesarios para el doctorado. Luciani se mostró muy bien dispuesto ante los requerimientos que se le hacían, pero en la Universidad Gregoriana le advirtieron que si aspiraba al doctorado en teología debía asistir obligatoriamente como interno al menos durante un año.

Luego de la intervención de Angelo Santin, director del seminario de Belluno, y del padre Felice Capello, renombrado experto en derecho canónico y profesor de la Universidad Gregoriana, que «casualmente» resultó estar emparentado con Luciani, se obtuvo una dispensa personal del propio papa Pío XII, firmada por el cardenal Maglione y fechada el 27 de marzo de 1941. Ésta dispensa permitía a Luciani estudiar en la Universidad Gregoriana sin necesidad de desplazarse obligatoriamente a Roma.

(El hecho de que la segunda guerra mundial se hallara entonces en pleno fragor aparentemente no repercutía en la correspondencia del Vaticano).

Para su tesis doctoral, Luciani eligió como tema: El origen del alma humana según Antonio Rosmini.

Las experiencias que vivió Luciani durante la segunda guerra mundial son una

mezcla extraordinaria de lo sagrado con lo profano. Por ejemplo, pudo mejorar enormemente sus conocimientos de alemán gracias a las confesiones que le hacían en este idioma los soldados del Tercer Reich. También por esta época se dedicó a estudiar metódicamente las obras de Rosmini, si no todas, por lo menos las que no estaban prohibidas. Muchos años después, cuando Luciani se convirtió en papa, se dijo que su tesis doctoral había sido brillante. Ésta al menos era la opinión del periódico del Vaticano L'Osservatore Romano (opinión que sin embargo se había omitido al publicar la escuálida biografía de Luciani antes del cónclave del que saldría convertido en Juan Pablo I). Sea como fuere, la opinión de los editorialistas vaticanos no la comparten los maestros teólogos de la Universidad Gregoriana. Uno de ellos me comentó que la tesis de Luciani era «un trabajo competente». Otro me indicó: «En mi opinión la tesis carece de valor. Es extremadamente conservadora y adolece de falta de metodología escolástica».

Muchos pueden pensar que el profundo interés de Luciani por los trabajos de Rosmini constituye un indicio seguro de sus ideas progresistas y liberales. Sin embargo, en los años cuarenta, Albino Luciani estaba muy lejos de ser un liberal. Lo que intenta en su tesis es refutar punto por punto a Rosmini. Ataca al teólogo decimonónico por emplear testimonios de segunda mano y citas inexactas. También lo acusa de ser superficial y de tener una inteligencia «meramente ingeniosa». Se trata en suma de un retorcido intento de demolición, claro indicio de que tenía entonces unas ideas reaccionarias.

Mientras trataba de establecer que Rosmini había tergiversado a santo Tomás de Aquino, Albino Luciani adoptó una delicada postura con sus alumnos de Belluno, a quienes recomendó que se abstuvieran de intervenir si las tropas alemanas actuaban contra los focos de resistencia que existían en la región. En privado, Albino Luciani simpatizaba con la resistencia. Sin embargo, estaba enterado de que entre los aspirantes al sacerdocio a los que dictaba sus clases había muchos elementos profascistas. También tenía muy claro, y le disgustaba, que las actividades de la resistencia provocaban que los alemanes ejercieran represalias entre la población civil. Las casas eran demolidas y los hombres arrastrados al exterior para morir colgados de los árboles. Con todo, al final de la guerra, el seminario de Luciani se convirtió en un escondrijo para los miembros de la resistencia. Si las tropas alemanas lo hubieran descubierto, el resultado habría sido sin duda la muerte, no sólo para los patriotas que combatían en la resistencia, sino también para Luciani y sus colegas.

El 23 de noviembre de 1946 Luciani presentó su tesis. Se publicó casi cuatro años después, el 4 de abril de 1950. Luciani obtuvo un *magnum cum laude* y se convirtió en doctor en teología.

En 1947, el obispo de Belluno, Girocamo Bortignon, nombró a Luciani vicario general de la diócesis y le pidió que organizara un sínodo interdiocesano entre Feltre y Belluno. A mayor responsabilidad correspondió una mayor amplitud de miras por parte de Luciani. Aunque todavía no había llegado al punto de reconocer su afinidad

con la opinión de Rosmini sobre los orígenes del alma, Luciani había empezado en cambio a pensar que Rosmini tenía razón en su juicio sobre los males que lastraban a la Iglesia. Cien años después del libro sobre las heridas abiertas de la Iglesia católica, los males denunciados por Rosmini, no sólo seguían vigentes, sino que cada vez se volvía más acuciante la necesidad de ponerles remedio. El abismo entre la clerecía y los creyentes parecía insondable. La falta de cultura general entre los curas y la desunión entre los obispos seguían en pleno apogeo y el venenoso vínculo de poderes que existía entre la Iglesia y el Estado, y sobre todo la preocupación del Vaticano por conservar e incrementar sus bienes materiales, constituían gravísimos problemas que las altas jerarquías vaticanas se negaban a reconocer pero que seguían vigentes, igual que cien años antes, y lo seguirían estando a menos que se tomaran medidas radicales para extirparlos. En 1949, a Luciani le pusieron al frente de la catequesis previa al congreso eucarístico que iba a celebrarse ese año en Belluno. Estas clases de catecismo, unidas a sus experiencias en el campo de la enseñanza, alentaron a Luciani a probar fortuna como escritor y publicó un pequeño volumen que contenía sus opiniones generales sobre la catequesis titulado *Catechesi in bricole* (Briznas de catecismo).

Es probable que los más remotos recuerdos de todo católico sean las clases de catecismo que recibió en la niñez. Para muchos teólogos la catequesis constituye una rama inferior de la enseñanza religiosa, sin tener en cuenta que es precisamente en ese periodo de la infancia en que la educación recibida se perpetúa en la memoria del hombre. A esto es a lo que se refieren los jesuitas cuando afirman que al educar a un niño «lo atrapan para toda la vida».

Albino Luciani ha sido uno de los mejores maestros de catequesis que ha tenido la Iglesia en este siglo. Poseía esa simplicidad de pensamiento que sólo está al alcance de los hombres más inteligentes, sumada a una profunda y auténtica humildad.

En 1958, don Albino, como todos le llamaban, llevaba una vida ordenada y ya estaba establecido. Su padre y su madre habían muerto. Albino visitaba con frecuencia a su hermano Eduardo que se había casado y vivía en la vieja casa familiar. También visitaba a su hermana Antonia, casada y que vivía en Trento. Como vicario general de Belluno tenía el trabajo suficiente como para mantenerse plenamente ocupado. En sus horas de ocio se dedicaba a la lectura. Era todo lo contrario de un gastrónomo: apenas le importaba comer, ni se fijaba en la comida; simplemente comía lo que le ponían delante. Sus principales ejercicios consistían en pasearse en bicicleta por su diócesis y escalar las montañas de los alrededores.

Luciani, aquel hombre apacible, producía, sin ningún esfuerzo aparente, sin verdaderamente intentarlo, un extraordinario y duradero efecto sobre los demás. Una y otra vez, al hablar con los que le conocieron, pude comprobar el cambio que se producía en ellos cuando se acordaban de Albino Luciani. La cara se les suavizaba, hasta alcanzar un relajamiento completo, y sonreían. Se volvían más delicados. No

hay duda de que Luciani había calado muy hondo en todos ellos, que había tocado alguna profunda fibra sensible, tal vez lo que los católicos llaman él alma. Felizmente olvidadizo, sin darse cuenta quizá del profundo impacto que producía su carácter, Albino Luciani, cuando se paseaba en bicicleta por los caminos de Belluno, empezaba a edificar su propia leyenda.

En el Vaticano, mientras tanto, habían elegido a un nuevo pontífice: Juan XXIII. El nuevo papa había nacido en Bérgamo, que, no sólo quedaba cerca del pueblo natal de Luciani, sino que además era el lugar de nacimiento del amigo de Giovanni Luciani de quien Albino había heredado su nombre de pila.

El papa Juan se afanaba en concertar nombramientos episcopales. Designó a Urbani cardenal de Venecia para reemplazarse a sí mismo, y a Carraro arzobispo de Verona. El episcopado de Vittorio Véneto estaba vacante y el papa inquirió al obispo Bortignon para que le sugiriera algún candidato. La sugerencia de Bortignon le hizo sonreír. «Le conozco —dijo—. Le conozco. Lo hará bien».

Con aquella desarmante humildad que le caracterizaba y que más tarde despertaría tantas incomprensiones, Luciani, después de haber sido designado para el cargo de obispo de Vittorio Véneto declaró: «La verdad es que he viajado un par de veces en tren con él [por Juan XXIII], pero él acaparó casi por completo la conversación. Es tan poco lo que dije que no creo que me conozca».

En 1958, a los 46 años de edad, Luciani recibió las órdenes episcopales de manos del papa Juan, en la basílica de San Pedro, dos días después de Navidad.

El papa estaba perfectamente enterado de las actividades pastorales que desarrollaba el nuevo obispo y se volcó en cálidos elogios. En la ceremonia, el papa abrió un ejemplar de La imitación de Cristo, de Tomás de Kempis, y leyó en voz alta el capítulo 23, en el que se mencionan los cuatro elementos que conducen a la paz y a la libertad espiritual:

Hijo, trata de cumplir con los deseos de los demás antes que con los tuyos. Si te dan a elegir entre lo mucho y lo poco elige siempre lo poco. Escoge siempre el lugar más bajo y ser siempre menos que cualquier otro. Ruega sin descanso para que la voluntad de Dios se cumpla cabalmente con relación a tu vida. Si haces esto, encontrarás que este camino te conduce a la tierra de la paz y la quietud.

Antes de recibir las órdenes episcopales, Luciani había escrito una carta sobre la inminente ceremonia a monseñor Capovilla, secretario privado del papa. En la carta hay una frase que muestra notablemente lo muy cerca que estaba ya entonces Luciani de los ideales que había abrazado Tomás de Kempis. La frase a la que me refiero dice: «A veces el Señor escribe con polvo sus obras».

La primera vez que se reunió la congregación de Vittorio Véneto para escuchar a su nuevo obispo, Luciani se extendió sobre este mismo tema:

Conmigo el Señor ha vuelto a emplear su viejo sistema. Escoge a los más ínfimos del lodo de las calles. Elige a sus hombres entre los campesinos. A otros los aparta de sus redes y sus barcos, ya en el mar o ya en el lago, para convertirlos en apóstoles. No bien me consagraron sacerdote cuando ya mis superiores me encomendaron tareas de responsabilidad; por lo tanto, sé muy bien lo que significa para el hombre ejercer

la autoridad. En realidad, la autoridad es pura pompa; es como una pelota a la que acaban de inflar. Si miráis a los niños que juegan en el césped frente a la catedral, veréis que cuando se les pincha la pelota en seguida le dejan de prestar atención. Entonces la pobre pelota puede descansar tranquilamente en un rincón. Pero, cuando la inflan, los niños se amontonan a su alrededor y todos se sienten con derecho a tratarla a patadas. Lo mismo les ocurre a los hombres que ascienden en la vida. Por lo tanto, no hay nada más penoso que la envidia.

Más adelante, Luciani habló a los 400 sacerdotes que tenía a sus órdenes. Muchos de ellos habían tratado de hacerle algún regalo; le habían ofrecido viandas, dinero incluso, pero Luciani no aceptó regalo alguno. Cuando tuvo reunidos a todos sus sacerdotes, trató de explicarles el porqué de su negativa: «Cuando llegué aquí no traía ni siquiera cinco liras. Me quiero ir sin llevarme ni cinco liras siquiera». Luego agregó:

Mis queridos sacerdotes, mis queridos fieles: Sería un obispo muy desgraciado e indigno si no os amara. Os aseguro que os amo y que lo único que quiero es estar a vuestro servicio y poner a vuestra disposición mis magras energías, lo poco que tengo y lo poco que soy.

Cuando le dieron a elegir como residencia entre un lujoso apartamento en la ciudad y el espartano y umbrío castillo de San Martino, Luciani escogió el castillo.

Son muchos los obispos que llevan una vida totalmente alejada de la de su grey. Usualmente se produce una especie de abismo automático entre el obispo y los fieles, situación que las dos partes aceptan como inevitable. El obispo se vuelve una figura elusiva, a la que sólo se ve en contadas y especiales ocasiones. Pero Albino Luciani se tomó su papel como obispo de Vittorio Véneto de una forma muy distinta. Se vestía como un cura cualquiera y acostumbraba platicar con sus feligreses. Con sus sacerdotes puso en práctica una especie de democracia que por entonces era algo extremadamente raro dentro de la Iglesia. El consejo presbiteral, por ejemplo, se designaba sin que el obispo usara su prerrogativa de nombrar a quienes se le antojara.

En cierta ocasión, el mencionado consejo recomendó la clausura de un seminario parroquial. A pesar de que no estaba de acuerdo con esta decisión, Luciani recorrió todas y cada una de las parroquias de su diócesis y pidió su opinión a todos sus párrocos. Cuando comprendió que la mayoría apoyaba la medida de clausurar el seminario, el obispo Luciani la autorizó y los seminaristas fueron enviados a escuelas públicas. Pasado un tiempo, Luciani se dio cuenta de que el punto de vista de la mayoría era el correcto y reconoció que había estado equivocado.

En Vittorio Véneto, los curas no necesitaban pedir cita previa para ver al obispo. Sacerdote que llegaba a la sede episcopal, sacerdote que el obispo recibía. Para algunos, el talante democrático de Luciani constituía una demostración de debilidad. Otros, sin embargo, opinaban de modo distinto y hasta le comparaban con el hombre que lo había ordenado obispo:

Era —decían— como si tuviéramos nuestro propio papa personal, como si el papa Roncalli [Juan XXIII] siguiera con nosotros en la diócesis. En la mesa de Luciani siempre había dos o tres curas con él. Era un hombre que no podía dejar de darse. Solía visitar a los enfermos y a los minusválidos. En los hospitales vivían en un estado de sobresalto permanente, porque nunca sabían si el obispo se presentaría de modo inesperado. Lo que solía hacer era montarse en su bicicleta o, si no, en su viejo automóvil y dejar a su

secretario que leyera algún libro mientras él recorría los pabellones de los enfermos. También acostumbraba visitar los pueblos de la montaña, para tratar con los curas de cada parroquia de los problemas específicos de cada localidad.

En la segunda semana de enero de 1959, menos de tres semanas después de haber ordenado obispo a Luciani, el papa Juan estudiaba la situación internacional con su secretario de Estado auxiliar, el cardenal Domenico Tardini. Hablaron de las implicaciones que podía tener la actividad de un joven llamado Fidel Castro contra la dictadura de Batista en Cuba. Mencionaron el hecho de que Francia tuviera un nuevo presidente, el general De Gaulle. Comentaron la demostración soviética sobre los alcances de la tecnología al poner en órbita un satélite artificial. Se plantearon la revuelta de Argelia, la acuciante pobreza que se registraba en muchos países de Latinoamérica y la cambiante cara de África, donde cada semana parecía que surgiera una nueva nación. Para el papa, era evidente que la Iglesia no evolucionaba de acuerdo con los problemas que tenía la humanidad. Se encontraban en un momento crucial de la historia: una parte significativa del mundo se volcaba sobre las cosas materiales y se alejaba de las espirituales. Al contrario que la opinión mayoritaria del Vaticano, el papa pensaba que la reforma, como la caridad, hay que empezarla por casa. De pronto Juan XXIII tuvo una idea. Más tarde diría que se la inspiró el Espíritu Santo. Fuera lo que fuese y proviniera de donde proviniese, se trataba sin duda de una idea excelente: convocar un concilio: el Concilio ecuménico Vaticano II.

El Concilio Vaticano I, que se celebró en 1870, había arrojado como principal resultado el de otorgarle a la Iglesia un papa infalible. Los efectos del Concilio II, muchos años después de terminado, siguen reverberando en todo el mundo.

El 11 de octubre de 1962, 2381 obispos se reunieron en Roma para la ceremonia de apertura del Concilio Vaticano II. Entre ellos se encontraba Albino Luciani. A medida que el Concilio avanzaba y que las sesiones se sucedían, Luciani fortalecía amistades que le durarían toda la vida. Entre los amigos que hizo entonces se contaban los obispos, arzobispos y cardenales Suenens de Bélgica, Wojtyla y Wyszynski de Polonia, Marty de Francia y Thiandoum de Dakar.

También durante el Concilio, Luciani tuvo que experimentar su propio camino de Damasco. El motivo fue la declaración conciliar Sobre la libertad religiosa.

A otros, esta nueva forma de encarar un viejo problema no les impresionó lo más mínimo. Eran hombres, como el cardenal Alfredo Ottaviani (quien entonces gobernaba el Santo Oficio), no sólo decididos a aplastar el ideal de tolerancia implícito en Sobre la libertad religiosa, sino empeñados además en una acción de retaguardia mucho más crispada y ácida: era una cruzada contra todo lo que tendiera a lo que Pío X, a comienzos del siglo, había denominado «modernismo». Eran hombres de esta generación retrógrada los que habían educado a Luciani en el seminario de Belluno, inculcándole la idea de que la «libertad religiosa» era patrimonio exclusivo de los católicos. Eran los que proclamaban que «el error no tiene derechos». A su vez, el propio Luciani había educado a sus discípulos

basándose en esta vergonzosa doctrina. Llegado el Concilio Vaticano II, Luciani oía con creciente estupor cómo los obispos, uno tras otro, socavaban la doctrina y se atrevían a desafiar los indelebles conceptos bajo los cuales se habían hecho sacerdotes.

Cuando le llegó el momento de reconsiderar su andamiaje dogmático, sopesando las ventajas y los inconvenientes de la reforma que se avecinaba, Luciani tenía ya más de cincuenta años. Su actitud, por lo tanto, fue característica de su carácter prudente. El hombrecillo de las montañas discutió primero el problema con sus colegas, luego se encerró en sí mismo para meditar y terminó por concluir que el «error» formaba parte de la doctrina que le habían inculcado y que él a su vez había inculcado en otros.

También es una actitud típica de Luciani el haber publicado inmediatamente un artículo en el que explicaba cómo y por qué había cambiado su manera de pensar. El artículo empezaba con una recomendación para el lector:

Si superáis el error no será ni arrancándolo ni pisoteándolo, sino expurgándolo pacientemente para permitir que la luz de la verdad reluzca sobre el núcleo de bondad que usualmente contienen incluso las ideas más equivocadas.

Había otros aspectos de los diversos debates conciliares, que Luciani debatió con muchas menos dificultades. Cuando se trató el principio de recrear una Iglesia pobre, una Iglesia despojada de todo poder político, económico e ideológico, el Concilio planteaba como probabilidad algo en lo que Luciani ya creía con firmeza.

Antes de la apertura del Concilio, Luciani había dado a conocer una carta pastoral titulada «Notas respecto al Concilio». El motivo de la carta era preparar a sus feligreses ante la inminencia del Vaticano II. Después, con el Concilio todavía en sesiones, los cambios que Luciani había introducido previamente en la diócesis de Vittorio Véneto se aceleraron. Luciani urgió a los profesores de los seminarios a leer las nuevas revistas teológicas y les pidió que dejaran de lado los libros de texto que todavía volvían los ojos con nostalgia hacia el periclitado siglo XIX. Luciani hizo que los profesores de los seminarios de su diócesis acudieran a los cursillos que se impartían en las más importantes universidades teológicas de Europa. En esta época, ya no sólo los profesores, sino los propios alumnos de los seminarios, compartían usualmente la cena con el obispo en la sede episcopal. Una vez a la semana, Luciani escribía a sus sacerdotes para compartir con ellos sus ideas y sus planes.

En agosto de 1962, pocos meses antes de la apertura del Concilio Vaticano II, Luciani tuvo que enfrentarse con un error de naturaleza mucho más difícil que la de los dogmas. Dos curas de su diócesis se habían asociado, o quizá se habían dejado envolver, con un vendedor comisionista de modales suaves y amables que especulaba con propiedades inmobiliarias. Tentados por las ofertas del negociante, los dos curas se aliaron con él. El resultado fue una estafa de más de dos mil millones de liras, que pertenecían en su mayor parte a modestos ahorradores de la comarca. Uno de los

sacerdotes implicados se lo confesó todo a Luciani.

El obispo del Véneto tenía unas ideas muy claras sobre la opulencia y el dinero, especialmente cuando éste era de la Iglesia y cuando era la Iglesia la que desplegaba su opulencia como un gran pavo real su cola. Muchas ideas de Luciani sobre este asunto provenían de sus lecturas de las obras de Rosmini. Otras, sin embargo, se basaban en su experiencia personal. Luciani creía en una Iglesia católica de los pobres y para los pobres. Las forzosas ausencias de su padre; el hambre y el frío que había sufrido en la niñez; los pesados zapatones con suela de madera, claveteada y reforzada a fin de que no se gastara, que debía llevar por los caminos rurales de su tierra natal, cuando cortaba hierba o segaba mies en las laderas de la montaña para colaborar con el exiguo presupuesto familiar; las largas temporadas que había pasado en el seminario sin ver a su madre porque carecían de dinero para que ella pudiera ir a visitarle, y, en fin, todo su entorno natural habían dejado una honda huella en Luciani, quien sentía una profunda compasión por los pobres, una total indiferencia en cuanto a la adquisición de riquezas personales y una sólida creencia de que la Iglesia, su Iglesia, no sólo debía ser materialmente pobre, sino que también debía demostrar que lo era.

Consciente del daño que el escándalo podía causar, Luciani fue a hablar personalmente con el editor del periódico de Venecia *Il Gazzettino*, a quien pidió que no tratara el asunto de manera morbosa y que no recurriera a los titulares sensacionalistas.

De regreso en su diócesis, Luciani mandó reunir a sus 400 curas. Según las prácticas habituales, lo normal hubiera sido amparar a los dos curas culpables bajo la inmunidad eclesiástica. De esta forma, la Iglesia no tendría que devolver ni un centavo. Pacientemente, tranquilamente, Luciani se dirigió así a sus sacerdotes:

Es verdad que dos de entre nosotros han obrado mal. Creo que la diócesis debe reparar a los perjudicados y pagar el dinero estafado. Creo también que las leyes deben aplicarse y que la justicia debe actuar en consecuencia. No podemos ni debemos escondernos detrás de ningún tipo de inmunidad. Quiero que este escándalo nos sirva a todos de lección, y que esta lección consista en que entendamos que la Iglesia tiene que ser una Iglesia pobre. Tengo la intención de poner a la venta el tesoro eclesiástico y de vender una de nuestras fincas urbanas. El dinero que se obtenga lo emplearemos en devolver hasta la última lira de la deuda que tienen estos dos sacerdotes. Os pido vuestro apoyo.

Albino Luciani obtuvo el visto bueno y el apoyo de sus curas. Su moral prevaleció. Entre los curas adscritos a su diócesis había algunos que admiraban su actitud ética. Otras personas consideraban a Luciani exageradamente moralista en ciertas cuestiones; entre estas últimas se encontraba el especulador que había involucrado a los dos curas en el fraude inmobiliario, quien se suicidó antes de que se iniciara el juicio. Uno de los curas acusados cumplió una condena de un año de cárcel. Al otro lo dejaron en libertad.

Entre los sacerdotes que trabajaban en la región del Véneto había muchos que no estaban lo que se dice encantados con la pasión con la que Luciani se había adherido al espíritu ecuménico del Concilio Vaticano II. A estos hombres al igual que a

Luciani, les habían inculcado ideas en una época más represiva. Pero ellos, al revés que Luciani, no estaban preparados para cambiar radicalmente su manera de pensar. Este problema mantuvo constantemente ocupado a Luciani mientras permaneció en el cargo de obispo de la diócesis de Vittorio Véneto. Con la misma voracidad con que leía en su juventud, devorando todos los libros que caían a su alcance, Albino Luciani, según el testimonio de monseñor Ghizzo, que trabajaba junto a él, «estaba totalmente absorto por el Concilio Vaticano II; lo llevaba en su sangre. Se conocía de memoria todos los documentos elaborados por el Concilio. Más adelante puso en práctica lo que proponían dichos documentos».

El obispo Luciani heredó la diócesis de Vittorio Véneto con la pequeña ciudad de Kiremba, en el estado independiente de Burundi, que antes formaba parte del África oriental alemana. Mediada la década de los años sesenta, al visitar Kiremba, Albino Luciani se encontró cara a cara con el Tercer Mundo. Cerca del 70% de la población del país (que pasaba de los tres millones de habitantes) estaba integrada por católicos romanos. Indudablemente la fe florecía, pero al mismo tiempo se expandían la pobreza, las epidemias, la cada vez más elevada mortalidad infantil y las guerras civiles. Las iglesias estaban llenas y los estómagos vacíos. Eran situaciones como ésta las que habían motivado al papa Juan a celebrar el Concilio Vaticano II, en un poderoso intento de acercar a la Iglesia católica a la verdadera realidad del siglo xx. Mientras que para la vieja guardia de la Curia romana el Concilio constituyó un motivo para redoblar su intransigencia y aferrarse a su dogmática ceguera, para Luciani y para otros como él el Concilio fue una luz que iluminó su camino.

El papa Juan dio literalmente su vida para asegurarse de que el Concilio que había concebido no saliera deforme. Advertido sobre una grave enfermedad que padecía, se negó a operarse tal como le recomendaban insistentemente los especialistas. Le decían que si se operaba podía prolongar su vida. El papa les contestaba que dejar la preparación del Concilio en manos de los elementos reaccionarios que había en el Vaticano significaría a la larga un desastre teológico. Por lo tanto, prefirió quedarse en el Vaticano para ayudar a crecer a su criatura. Al actuar de esta forma, con una calma absoluta y un valor extraordinario, Juan XXIII firmaba su sentencia de muerte. Cuando murió el 3 de junio de 1963, la Iglesia católica, gracias al Concilio ecuménico Vaticano II, trataba finalmente de esforzarse por ponerse a tono con la realidad del mundo y no como antes con un mundo ideal que sólo existía en la mente de los curas.

Muerto Juan y sustituido por Pablo VI, la Iglesia siguió avanzando lenta y penosamente para enfrentarse con una realidad concreta a fin de tomar una decisión, la decisión más importante que ha adoptado la Iglesia católica en este siglo. En los años sesenta el problema resultaba cada vez más alarmante. Las preguntas arreciaban: ¿Cuál era la postura de la Iglesia sobre el control de la natalidad?

En 1962, el papa Juan había designado una comisión pontificia para que tratara el tema de la familia. El control de natalidad era uno de los temas principales que debía

estudiar dicha comisión. El papa Pablo incrementó hasta 68 el número de miembros de la comisión. Luego nombró numerosos «consultores» que tenían la tarea de aconsejar a los miembros de la comisión y moderar y dirigir las sesiones de la misma. Mientras miles de millones de católicos de todos los lugares del mundo esperaban y hacían cábalas, creyendo que cambiaría la postura de la Iglesia sobre el tema, el tiempo iba pasando sin que nada sucediera. Muchos fieles católicos tomaron la decisión de empezar a usar la píldora o de practicar otros métodos artificiales para evitar el embarazo porque, mientras los «expertos» reunidos en Roma discutían el significado de los versículos 7-10 del capítulo 38 del Génesis y debatían la actitud de un hombre llamado Onán, fuera de las murallas del Vaticano la vida seguía.

Aunque parezca una ironía, no deja de ser verdad que la confusión que reinaba en la comunidad católica sobre el problema del control de natalidad tenía su fiel reflejo en la postura del papa en relación con el problema. El papa no sabía qué hacer.

En la primera semana de octubre de 1965, Pablo VI concedió una entrevista en exclusiva al periodista italiano Alberto Cavallari. Trataron en la entrevista muchos de los problemas a los que se enfrentaba la Iglesia. Pasado el tiempo, Cavallari indicaría que había eludido el problema del control del embarazo porque sabía muy bien lo embarazoso que podía resultar. Su temor, sin embargo, era infundado, ya que el propio Pablo VI se encargó de sacar a relucir el tema. Debemos tener en cuenta que todavía entonces el pontificado romano se aferraba a la ilusión o al espejismo de la realeza. Hablar empleando pronombres personales no iba con el estilo de Pablo VI.

Tomemos por ejemplo —dijo— el control de natalidad. El mundo se pregunta qué es lo que pensamos y nosotros tratamos de dar una respuesta. Pero ¿qué respuesta? No podemos seguir callados. Sin embargo, hablar se nos convierte en un verdadero problema. En el decurso de los siglos, la Iglesia no ha tenido que pronunciarse sobre esta clase de asuntos. Además el embarazo es, de algún modo, un tema desconocido e incluso humanamente embarazoso para los hombres de iglesia. De esta forma, las comisiones se reúnen, los informes se acumulan y se publican los estudios. Se estudia mucho el problema, como usted sabe. Pero al final nosotros solos tendremos que tomar la decisión definitiva. Cuando llegue el momento de decidir estaremos absolutamente solos. Tomar decisiones no es tan fácil como estudiar. Tenemos que decir algo. Pero ¿qué? Esperemos simplemente que Dios nos ilumine.

Mientras el célibe pontífice esperaba la iluminación de Dios para poder opinar sobre la cópula carnal, su comisión seguía reuniéndose. Mientras los 68 miembros de la comisión se afanaban en llegar a un resultado, sus esfuerzos eran seguidos de cerca por otra comisión más pequeña integrada por unos veinte miembros entre obispos y cardenales. Cualquier sugerencia de carácter liberal que partiera del grupo de los 68 debía pasar por el filtro de este segundo grupo más reducido antes de llegar a las manos del papa. El grupo de obispos y cardenales aparecía encabezado por un hombre que era el epítome de la mentalidad más reaccionaria dentro del catolicismo. Me refiero al cardenal Ottaviani, al que muchos consideraban como el líder de la facción más ultramontana de la Curia.

El 23 de abril de 1966, la comisión pasó por un momento crucial al haber terminado un exhaustivo y agotador examen sobre el problema del control de natalidad. Los representantes del sector inmovilista, que se negaban a introducir

cambio alguno en la postura de la Iglesia sobre el tema, se habían visto reducidos a esas alturas a cuatro curas que eran los únicos que mantenían una inexpugnable posición para que la Iglesia prohibiera cualquier sistema artificial de control del embarazo. Competidos a dar una explicación por los demás miembros de la comisión, los cuatro irreductibles tuvieron que admitir que no podían demostrar la validez de sus argumentos según las leyes de la naturaleza. Tampoco podían citar a su favor las Escrituras ni encontrar justificación en ninguna revelación divina. Sólo podían apoyarse en varios edictos papales que, a lo largo de muchos años, coincidían en condenar el control de natalidad. El razonamiento de «la banda de los cuatro» constituye un ejemplo característico del refrán que dice «defendello no enmendallo».

En octubre de 1951, el papa Pío XII, que guió a la Iglesia desde 1939 hasta 1958, había suavizado en cierto modo la recalcitrante postura pontificia sobre el control de natalidad que le venía heredada de sus predecesores. En una audiencia concedida a varias mujeres italianas en edad de procrear, Pío XII aprobó el empleo del método llamado «rítmico» por parte de los católicos con motivos graves para no querer tener hijos. Vista la notoria falta de certidumbre de lo que más tarde se llamaría «ruleta del Vaticano», no es de extrañar que Pío XII exigiera que se efectuaran las oportunas investigaciones sobre el sistema rítmico. Cualquiera que sea el juicio que nos merezca este sistema, de lo que no cabe duda es que Pío XII arrancó a la Iglesia de su secular y empecinada tradición que proclamaba que el único propósito del intercambio sexual era la procreación.

Después de Pío XII, no sólo llegó un nuevo papa, sino que también inventaron la píldora de progesterona. Para ciertas opiniones papales, existía la infalibilidad, aunque nadie había reclamado nunca ninguna clarividencia papal. Una nueva situación requería un nuevo punto de vista sobre el tema, pero los cuatro curas disidentes de la comisión insistían en señalar que la nueva situación podía afrontarse con viejas respuestas.

Finalmente la comisión elaboró su informe definitivo. En esencia, se indicaba al papa que se había votado un acuerdo por abrumadora mayoría de 64 votos contra cuatro. En el informe, teólogos, abogados, historiadores, sociólogos, médicos especialistas en obstetricia y representantes de las parejas casadas sostenían que un cambio en la actitud de la Iglesia respecto al control de natalidad, no sólo era posible, sino que era también recomendable.

A mediados de 1966, el informe fue elevado a la comisión de cardenales y obispos que vigilaba los trabajos de los 68. Los altos prelados de la comisión de vigilancia reaccionaron con cierta perplejidad ante lo que se exponía en el informe. Obligados a dejar constancia en el informe de su propia opinión, seis se abstuvieron, ocho votaron a favor de las recomendaciones que figuraban en el informe y los seis restantes votaron en contra.

En ciertas secciones de la Curia romana, el cuerpo administrativo central que controla y domina la Iglesia católica, el informe provocó las más diversas reacciones.

Mientras unos aplaudían que se aconsejara un cambio, otros pensaban que el informe era el resultado de la retorcida malignidad que había generado el Concilio Vaticano II. Entre estos últimos se hallaba el cardenal Ottaviani, secretario de la Suprema Congregación Sagrada del Santo Oficio. El lema de su escudo de armas era *semper ídem*, es decir, siempre igual.

En 1966, después del propio papa, Alfredo Ottaviani era la persona más poderosa de la Iglesia católica romana. Ottaviani había sido pupilo del seminario romano y había desarrollado su carrera en la Secretaría de Estado y en la Curia. No sólo no se movía nunca de Roma, sino que ni siquiera escribía cartas a gente que viviera fuera de esta ciudad.

Ottaviani había planteado una dura, amarga y a menudo triunfal batalla al Concilio Vaticano II y a sus efectos liberalizadores. Con la frente siempre arrugada y el cuello tragado por las pesadas papadas y echado hacia atrás en actitud dramática, como si eludiera constantemente cualquier posible pregunta directa, el cardenal Ottaviani tenía una especie de enigmática inmovilidad de esfinge. No sólo había nacido viejo, sino que había nacido fuera de su tiempo. Representaba a la facción de la Curia que por lo menos tenía el valor de asumir sus prejuicios.

Viéndose a sí mismo como el último sustentáculo de la fe, el cardenal Ottaviani se negaba a dejarse influir por las circunstancias. Para él el futuro había que asentarlos en valores que ya se habían quedado vetustos en la época medieval. No tenía la más mínima intención de remover el problema del control de natalidad. Lo que es más: se hallaba firmemente decidido a impedir que el propio Pablo VI se inmiscuyera en el asunto.

Ottaviani se puso en contacto con los cuatro curas disidentes de la comisión pontificia. El punto de vista de los disidentes ya se había incorporado al informe final de la comisión. Ottaviani los persuadió para que elaboraran un informe especial que sería agregado al informe oficial. De esta forma, el jesuita Marcellino Zalba, el redentorista Jan Visser, el franciscano Emengildo Lio y el jesuita norteamericano John Ford redactaron un segundo documento.

No cabe duda de que al obrar de esta forma los cuatro prelados se comportaban de una manera muy poco ética. El objetivo de la maniobra era otorgarle a Ottaviani un arma que pudiera blandir delante del papa. Los cuatro prelados cargaron sobre su conciencia una terrible responsabilidad y son culpables en alto grado de lo que ocurriría después. Las cifras de muertos, miseria y sufrimientos que provienen directamente de la decisión definitiva del papa representan en gran parte el resultado de los procedimientos inmorales de estos cuatro hombres. Un indicio de su manera de pensar se puede extraer de la afirmación de uno de ellos, el jesuita norteamericano John Ford, quien señaló que estaba en contacto directo con el Espíritu Santo en relación con el tema y que había sido gracias a esta vía divina que había llegado a la verdadera y más profunda realidad. Ford declaró también que si prevalecía la opinión de la mayoría se vería obligado a dejar la Iglesia católica. El informe de los cuatro

disidentes que fue sometido al papa Pablo junto con el informe oficial de la comisión, constituye una demostración supina del colmo de la arrogancia. Lo que siguió es una clásica ilustración de la habilidad que mostró una minoría de la Curia romana para hacerse cargo de las situaciones y manipular los acontecimientos. Cuando por fin le presentaron al papa los dos informes, hacía ya tiempo que los 68 miembros de la comisión se habían desparramado por todos los puntos del globo terráqueo.

Convencidos de que el problema se había resuelto con una conclusión liberalizante, la mayoría de los miembros de la comisión esperaban en sus distintos países el anuncio del papa aprobando el control de la natalidad. Algunos de ellos empezaron a preparar un documento que pudiera servir de introducción o prefacio a la inminente decisión papal, en el cual se justificaba plenamente el cambio de postura de la Iglesia en relación con el tema.

A lo largo del año 1967 y en los comienzos de 1968, Ottaviani supo aprovechar al máximo la ausencia de Roma de la mayoría de los miembros de la comisión. Los que todavía seguían en la ciudad se esforzaban por no presionar de ninguna forma al pontífice. Al actuar de esta forma eran como marionetas entre los dedos de Ottaviani. El cardenal se dedicó a reclutar gente de la vieja guardia que compartía sus puntos de vista. En esas fechas, los cardenales Cicognani, Browne, Parente y Samore se veían «casualmente» a diario con el papa. Día tras día esos hombres le indicaban al papa que aprobar el control de natalidad sería traicionar la tradición de la Iglesia. Le recordaban el derecho canónico del catolicismo y los tres criterios que se les aplicaba a los católicos antes de desposarse. Sin estos tres criterios esenciales el matrimonio queda invalidado ante los ojos de la Iglesia. Se trata de la erección, la eyaculación y la concepción. Legalizar los anticonceptivos orales, le decían, equivaldría a destruir esta ley del dogma eclesial.

Muchas personas, incluido su predecesor Juan XXIII, comparan a Pablo VI con un Hamlet lleno de vacilaciones aunque sin calavera. Todo Hamlet que se precie necesita de un castillo de Elsinore en el cual rumiar sus dudas. El papa decidió que él y sólo él adoptaría la decisión final. Mandó llamar a monseñor Agostino Casaroli y le informó que el problema del control de natalidad ya no estaba entre las competencias del Santo Oficio. Luego se retiró a Castel Gandolfo para elaborar su encíclica.

En el escritorio del papa en Castel Gandolfo, entre numerosos informes, consejos y estudios sobre el problema del control de natalidad había un trabajo de Albino Luciani.

Mientras las comisiones, los consultores y los cardenales de la Curia disecaban el problema, el papa había pedido la opinión de varias regiones de Italia. Entre ellas se encontraba la archidiócesis del Véneto. El patriarca de Venecia, que era entonces el cardenal Urbani, había reunido en un concilio diocesano a los obispos de la región. Después de un día de debates los obispos del Véneto decidieron encargarle a Luciani la elaboración del informe.

Al otorgarle a Luciani una misión de tamaño envergadura, sus colegas del Véneto

se basaban principalmente en la experiencia de Luciani sobre el problema. El control de natalidad era un tema al que había dedicado Luciani muchos años de estudios. Había impartido conferencias y escrito abundantes artículos en torno al asunto. Había consultado a médicos, sociólogos, teólogos y, sobre todo, a la gente que tenía mayor experiencia personal acerca del tema: las parejas casadas.

Entre las personas consultadas estaba su hermano Eduardo, que por entonces luchaba denodadamente para ganar el dinero necesario con que mantener a una creciente familia numerosa que llegaría a tener hasta diez hijos. Luciani conocía de primera mano los problemas que se derivaban de una continuada prohibición pontificia del control de natalidad. No hay que olvidar que Albino Luciani había crecido rodeado por la pobreza. Muchos años después, a finales de la década de los sesenta, Luciani veía que la pobreza, la miseria y las peores privaciones eran tan amargas como en los perdidos días de su juventud. Cuando los seres queridos se encuentran desesperados porque no consiguen ganar el dinero suficiente para alimentar a un número de hijos cada vez más creciente, uno se siente inclinado a observar el problema del control de natalidad bajo una luz diferente que la que ilumina a los jesuitas que se hallan en contacto directo con el Espíritu Santo.

En el Vaticano, los expertos podían seguir extrapolando citas del Génesis hasta el día del Juicio final, pero eso no multiplicaría los panes en las mesas de los pobres. Para Albino Luciani, la finalidad del Vaticano II era acercar el Evangelio y la Iglesia a la realidad del siglo xx. Negar a los hombres y mujeres de este siglo el derecho a regular su número de hijos era devolver a la Iglesia a los días más penumbrados de la edad de las tinieblas. Mientras preparaba su informe, Luciani comentó muchas de estas cosas sigilosamente y en privado. En público, conservaba un agudo sentido del deber y de su obediencia hacia el papa. En esto, Luciani seguía siendo un claro ejemplo de los hombres de su tiempo. Lo que el papa decretara los fieles lo tenían que acatar. Sin embargo, incluso en sus intervenciones públicas, Luciani dejó muchas pistas que conducen a su verdadera opinión sobre el problema de impedir por medios artificiales el embarazo.

En abril de 1968, después de numerosas consultas, Luciani había escrito y enviado su informe. Antes había sido aprobado por los obispos de la región del Véneto y, según era costumbre, el cardenal Urbani lo había firmado y enviado directamente al papa Pablo. Con ocasión de una entrevista que mantuvo más adelante con el pontífice, Urbani vio el informe en el escritorio de Pablo VI de Castel Gandolfo. Pablo le dijo que el documento había sido de gran valor para él. Tanto se lo elogió que, al regresar a Venecia, Urbani pasó primero por Vittorio Véneto para comunicar a Luciani la importancia que el papa le daba al informe.

El mensaje central del informe consistía en recomendar al papa que la Iglesia católica romana aprobara el uso de la píldora anticonceptiva que había desarrollado el profesor Pincus. «Esta píldora —decía el informe— debería convertirse en la píldora católica para controlar la natalidad».

El 13 de abril, Luciani habló a las gentes de Vittorio Véneto sobre los problemas que estaba causando el asunto. Con la delicadeza que ya para entonces se había convertido en su principal característica, Luciani señaló que se trataba de un tema de «ética conyugal». Tras observar que los sacerdotes en el confesionario «deben guiarse por las directrices que ha señalado el papa en varias ocasiones, hasta que conozcamos cuál es su veredicto final», Luciani remarcó tres puntos:

A causa de la confusión creada por la prensa, es más fácil hoy en día encontrar personas casadas que no crean que cometen un pecado al realizar el acto carnal. Si esto ocurre, como es notorio, no sería oportuno en las actuales condiciones inducirlos a una confusión todavía mayor.

En relación con el onanista penitente, que muestra a la vez buena disposición y desaliento para cumplir con sus penitencias, sería oportuno animarle de manera cariñosa y dentro de los límites de la prudencia pastoral.

Rogemos para que el Señor ayude a Su Santidad a resolver esta cuestión. Probablemente la Iglesia no ha tenido que enfrentarse jamás con una cuestión tan espinosa, tanto por las dificultades intrínsecas que presenta como por las numerosas implicaciones que tiene y que afectan a otros problemas, así como por los crispados sentimientos de grandes masas de gente que quiere saber de una vez a qué atenerse.

Humanae vitae se publicó el 25 de julio de 1968. El papa Pablo designó a monseñor Lambruscini, de la Universidad de Letrán, para que explicara a la prensa el significado de la encíclica, lo cual era una tarea más bien superflua. Lo más significativo es que de inmediato quedó claro que no se trataba de un documento infalible. Para muchos millones de católicos se convirtió en un momento histórico tan importante como el asesinato del presidente John F. Kennedy. Pasados los años, los católicos creyentes recordarían exactamente dónde se hallaban y qué hacían cuando les llegó la noticia de la decisión papal.

Dentro de la escala de desastres cometidos por la Iglesia católica, *Humanae vitae* es todavía más grave que el tratamiento que recibió Galileo en el siglo XVII o que la declaración sobre la infalibilidad del papa en el siglo XIX. *Humanae vitae*, documento cuya intención consistía en fortalecer la autoridad papal, produjo un efecto exactamente opuesto.

Pablo VI, célibe por juramento y con 71 años de edad al divulgarse la encíclica, después de haber multiplicado la comisión que le asesoraba sobre el problema de la natalidad, pasó por alto sus recomendaciones. Declaró que los únicos métodos para controlar la natalidad que la Iglesia consideraba aceptables eran la abstinencia y el sistema rítmico ya que, decía, «sea cual fuere la finalidad del matrimonio, ninguna se puede comparar con su capacidad natural para producir vida humana».

Millones de personas en todo el mundo no prestaron atención a la prohibición papal y persistieron en la práctica de su fe y en el uso de la píldora o de cualquier otro método que les resultara adecuado. Millones de personas en todo el mundo perdieron a la vez la paciencia y la fe. Millones más daban vueltas en busca de un confesor de

miras más amplias ante quien redimirse de sus pecados. Otros, mientras tanto, trataron de seguir al pie de la letra lo que ordenaba la encíclica para descubrir que, si por un lado eludían un concepto católico de pecado, por otro caían rápidamente en un pecado quizá peor: el divorcio. La encíclica dividió sin duda por completo a la Iglesia.

«No puedo creer que la salvación se base en el control de natalidad por la temperatura y la condena en el empleo de un trozo de goma elástica», declaró el doctor André Hellegers, especialista en obstetricia y miembro de la olvidada comisión pontificia. Una sorprendente línea de defensa del Vaticano fue la emprendida por el cardenal Felici, que declaró: «Una posible equivocación del superior [por el papa] no autoriza al rebaño a la desobediencia».

Albino Luciani leyó la encíclica con una creciente sensación de desánimo. Se daba cuenta del cataclismo que podía devorar entera a la Iglesia. Se dirigió a rezar a su iglesia de Vittorio Véneto. En su mente no había otra cuestión que obedecer las órdenes del papa, pero por mucha que fuera su fidelidad al sumo pontífice, Luciani no podía ni debía dedicarse meramente a cantarle las loas a la *Humanae vitae*. Estaba bastante seguro de saber lo mucho que le debía de haber costado al papa llegar a tamaña decisión. Intuía también los enormes sufrimientos que aquel documento iba a acarrear entre los fieles, que tendrían que tratar de aplicarlo a su vida cotidiana.

A las pocas horas de haber leído la encíclica, Luciani ya había redactado su informe para la diócesis de Vittorio Véneto. Diez años después, cuando Luciani se sentara en el trono de San Pedro, las fuentes oficiales del Vaticano afirmarían que el mensaje que el obispo de Vittorio Véneto había enviado a su feligresía señalaba escuetamente: «Roma ha hablado. El caso está cerrado». Es otra de tantas mentiras que produce el Vaticano. No hay nada en el documento de Luciani sobre la encíclica que se parezca a este falso testimonio. Luciani empezó por recordar a su diócesis las palabras que había pronunciado en el mes de abril. Luego añadió:

Confieso que aunque no lo revelara en lo que entonces escribí, albergaba la íntima esperanza de que las graves dificultades existentes pudieran ser superadas y la respuesta del papa, que habla con un especial cansina y en el nombre del Señor, coincidiera al menos en parte con los anhelos de muchas parejas casadas, sobre todo después de haber sido nombrada una importante comisión pontificia para examinar el asunto.

Sabedor de los muchos problemas y del enorme cuidado con que el papa los había abordado para elaborar su encíclica, Luciani declaró que el pontífice sabía «que esto provocará la amargura de muchos». Luego agregó: «La antigua doctrina, presentada dentro de un marco nuevo y envuelta con ideas alentadoras y positivas sobre el matrimonio y el amor conyugal, es la mejor garantía para la verdadera bondad del hombre y el auténtico bienestar de la familia».

Después de estos elogios, Luciani se encaró con algunos problemas que surgirían inevitablemente como consecuencia del dictamen pontificio de la encíclica *Humanae vitae*:

El pensamiento del papa, al igual que el mío, se dirige especialmente a las dificultades, a menudo muy graves, de las parejas casadas. Por amor de Dios pido a los matrimonios católicos que no pierdan la esperanza. Que recuerden, como dice Mateo (7:14), que la puerta es estrecha y más estrecho aún el camino que conduce a la Vida. Que recuerden que la esperanza en una vida futura debe iluminar la convivencia de las parejas católicas. Que Dios no desoye a quienes le niegan con perseverancia. Que hagan el esfuerzo de vivir con sabiduría, justicia y piedad porque ya sabemos lo efímeras que son las cosas de este mundo. Dice san Pablo (Corintios I, 7:31): «Y si el pecado siguiera haciendo presa en ellos, que no desesperen, sino que recurran con humilde perseverancia, a través del sacramento de la penitencia, a la caridad del Señor».

Este último párrafo es una cita directa de *Humanae vitae*. Se trata de uno de los pocos asideros de esperanza que hay en dicha encíclica para hombres como Luciani, deseosos de que se produjera un cambio. Confiado en que su rebaño le seguiría en un acto «de sincera adhesión a los predicamentos del papa», Luciani les dio a todos su bendición.

En otros países hubo sacerdotes que adoptaron una estrategia más abiertamente hostil. Muchos colgaron los hábitos. Luciani, sin embargo, avanzaba por un camino más sutil.

En enero de 1969, Luciani volvió a insistir sobre este tema, que luego el Vaticano le haría falazmente comentar con una simple frase dogmática. Luciani sabía muy bien que muchos sacerdotes de su diócesis se negaban a absolver a los matrimonios católicos que usaban la píldora anticonceptiva, mientras que otros se hallaban demasiado predispuestos para absolver y perdonar algo que el papa Pablo había condenado oficialmente como pecado. Para enfrentarse con este problema Luciani se refirió al informe de la conferencia italiana de obispos (sínodo italiano) sobre *Humanae vitae*. Se trataba de un informe que el propio Luciani ni había ayudado a elaborar. En él se sugería a los sacerdotes que adoptaran una actitud de «dulzura evangélica» con las parejas casadas y especialmente, como Luciani señaló, con aquellas «cuyos errores derivan de las muy graves dificultades en las que a veces se encuentran. En este caso, el comportamiento de los esposos, aunque no sea conforme con las normas cristianas, no debe ser juzgado con la misma gravedad que cuando deriva de causas corrompidas por la autosuficiencia o el hedonismo». Luciani también se dirigió a su confundida feligresía para pedir en tono admonitorio que no sintieran «un angustioso complejo de culpa que podría perjudicarles todavía más».

Durante este periodo, el Vaticano se siguió beneficiando de las ganancias derivadas de una de las muchas empresas que poseía: el instituto farmacológico Sereno. Uno de los productos de más venta elaborados por Sereno era una píldora anticonceptiva que se llamaba Luteolas.

La lealtad que le había demostrado Albino Luciani como obispo de Vittorio Veneto no le pasó inadvertida al santo padre. Más aún: el papa sabía que la lealtad de Luciani era el resultado de un enorme esfuerzo. El documento que tenía en su despacho, con la firma del cardenal Urbani, expresaba en esencia la postura de Luciani en relación con el control de natalidad. Dicho documento por sí solo constituía tenaz testimonio de lo mucho que le tenía que haber costado a Luciani

conservar su preceptiva fidelidad al pontífice romano.

Profundamente impresionado por esta demostración, el papa Pablo VI, durante una reunión con su secretario de Estado auxiliar, Giovanni Benelli, señaló: «En Vittorio Véneto hay un obispo que me parece que puede ser muy útil». El astuto Benelli no tardó ni un momento en trabar relación con Albino Luciani. Una relación que muy pronto se transformaría en amistad. Una amistad que tendría largas e importantes consecuencias.

El 17 de septiembre de 1969, murió el cardenal Urbani, patriarca de Venecia. Entonces el papa se acordó de su obispo. Se quedó muy sorprendido cuando Luciani, con suma cortesía, declinó el ofrecimiento; que para muchos hubiera significado una deslumbrante promoción. Carente de toda ambición, Albino Luciani se sentía feliz y contento con su labor en Vittorio Véneto.

El papa Pablo decidió lanzar una estocada a fondo. El cardenal Antonio Samore, tan reaccionario como su mentor, el cardenal Ottaviani, se convirtió en un poderoso adversario y en un candidato factible para ocupar el patriarcado de Venecia. Los murmullos de disconformidad procedentes de la feligresía veneciana, que afirmaba que estaría mucho más feliz si Samore se quedaba en Roma, llegaron a oídos del pontífice.

Entonces, el papa Pablo volvió a hacer uso de un recurso de su invención, que había puesto en práctica nada más ascender al trono de San Pedro y que se conocía vulgarmente como la danza papal: un paso adelante y un paso atrás; Luciani, Samore, Luciani.

Muy pronto Luciani comenzó a sentir los efectos de la presión que se ejercía sobre él desde Roma, y acabó sucumbiendo. A las pocas horas de haber aceptado el patriarcado de Venecia, Luciani ya se habría arrepentido.

Sin saber lo mucho que su nuevo patriarca había luchado para no aceptar el cargo, el 15 de diciembre de 1969 Venecia celebró el hecho de que un hombre «de la región», como Albino Luciani, fuera designado como titular del patriarcado.

Antes de abandonar Vittorio Véneto, a Luciani le ofrecieron una donación de un millón de liras. Tras rechazar el ofrecimiento y sugerir que emplearan el dinero en obras de caridad, Luciani repitió lo que les había dicho a los curas de la diócesis once años antes, cuando llegó: «Cuando llegué aquí no traía ni siquiera cinco liras. Me quiero ir sin llevarme ni cinco liras siquiera». Albino Luciani se trasladó a Venecia llevando como todo patrimonio una pequeña cantidad de sábanas y manteles, unos pocos muebles y sus libros.

El 8 de febrero de 1970 el nuevo patriarca, entonces ya arzobispo Albino Luciani, hizo su entrada en Venecia. Según la tradición, la llegada a Venecia de un nuevo patriarca constituía una espléndida excusa para organizar una vistosa procesión de góndolas engalanadas, desfiles de bandas musicales, fiestas e innumerables discursos. A Luciani, sin embargo, siempre le había desagradado todo tipo de pompa y ceremonia. Canceló la bienvenida ritual y únicamente pronunció un discurso en el

que se refería, no sólo a los aspectos históricos de la ciudad, sino también al hecho de que su diócesis incluía las áreas industriales de lugares como Mestre y Marghera. «Ésta es la otra Venecia —señaló—, escasa en monumentos pero abundante en fábricas, en casas, en problemas espirituales y en almas. Y es a esta ciudad de múltiples facetas adonde la Providencia me ha enviado. Señor alcalde, las primeras monedas venecianas, que se calcula que fueron acuñadas en el año 850 de la era cristiana, tenían un emblema que decía: Cristo, salva a Venecia. Hago mío este emblema con todo mi corazón y lo transformó en una plegaria: Cristo, bendice a Venecia».

Venecia era una ciudad pagana que necesitaba de manera inmediata la bendición de Cristo. Era una ciudad desmesurada de monumentos e iglesias que proclamaban las fenecidas glorias de una república imperial. Sin embargo, tal como Luciani aprendería muy pronto, la mayoría de las iglesias pertenecientes a las 127 parroquias de la diócesis, estaban casi siempre vacías. Descontando a los turistas, a los viejos y a los niños, la asistencia de los venecianos a los servicios religiosos era aterradoramente baja. Venecia es una ciudad que le ha vendido su alma al turismo.

Un día después de haber llegado a Venecia acompañado por su nuevo secretario, el padre Mario Senigaglia, Luciani ya se había volcado de lleno al trabajo. Tras rechazar diversas invitaciones para asistir a fiestas, cócteles y recepciones, Luciani visitó el seminario local, la cárcel de mujeres de Giudecca y la cárcel de hombres de Santa María Vlaggiore, y por último celebró misa en la iglesia de San Simeone.

Según la costumbre, el patriarca de Venecia debía poseer una embarcación propia. Luciani no tenía ni la riqueza personal, ni la inclinación para poseer lo que le parecía que era una extravagancia innecesaria. Cuando quería desplazarse por la red de canales, acompañado por el padre Mario, solía coger un hidrobús. Si se trataba de una cita urgente, entonces Luciani telefoneaba al cuartel de bomberos, a los carabinieri o a la policía financiera y les rogaba que le alquilaran una de sus embarcaciones. Transcurrido un tiempo, estas tres organizaciones decidieron hacer un regalo a aquel sacerdote tan insólito: una lancha de motor.

Al estallar una crisis nacional del petróleo, el patriarca empezó a desplazarse en bicicleta en sus visitas a tierra firme. En la alta sociedad veneciana, hombres y mujeres sacudían la cabeza y murmuraban su disconformidad. Muchos de ellos disfrutaban con la pompa y ceremonia que la tradición asociaba con el patriarcado. Para ellos el patriarca era una persona importante que merecía un trato especial.

Cuando Albino Luciani y el padre Mario aparecían sin haberse anunciado en algún hospital para visitar a los enfermos, en seguida se veían rodeados por administradores, médicos, frailes, monjas y enfermeras. En cierta ocasión, el padre Senigaglia me reconstruyó una de aquellas visitas.

—No quiero haceros perder vuestro precioso tiempo —decía Luciani—. Puedo dar vueltas por el hospital sin vuestra compañía.

—Ni pensarlo, Su Eminencia. Es un honor para nosotros.

De esta forma se iniciaba una larga procesión que empezaba a recorrer los distintos pabellones, cada vez con más gente alrededor y con un Luciani cada vez más incómodo. Acabaría diciendo:

—Bien, tal vez lo mejor es que vuelva otro día. Ya se me ha hecho muy tarde.

Trataría de realizar varias falsas salidas en un intento por quitarse de encima a todos aquellos untuosos moscardones. Jamás lo conseguía.

—No os preocupéis, Eminencia —le decían—. Es nuestra obligación.

Al salir Luciani se volvería hacia el padre Senigaglia y le comentaría:

—¿Es que siempre son así? Es una vergüenza. Estoy acostumbrado a otro tipo de cosas. Una de dos: o conseguimos que nos entiendan y nos dejen en paz o tendré que abandonar una buena costumbre.

Las ideas de Luciani se fueron abriendo camino lentamente. De cualquier modo, su vida ya nunca se desarrolló como en Vittorio Véneto.

La forma natural y espontánea que tenía Albino Luciani para acercarse a sus feligreses no se limitaba tan sólo a sus visitas a los enfermos. Había un considerable número de altos prelados y sacerdotes cuyo comportamiento no concordaba con el punto de vista de Luciani, quien afirmaba: «Los verdaderos tesoros de la Iglesia son los pobres, los débiles y los desamparados, a los que no se debe ayudar con ocasionales demostraciones de beneficencia, sino de modo tal que la ayuda que les prestemos les sirva de verdad». Los sacerdotes venecianos que no comulgaran con este ideal iban a terminar como párrocos en lejanas provincias.

A esa categoría de gente pertenecía un cura rentista (propietario de fincas urbanas), que recibió de Luciani una lección de justicia social que no olvidaría en su vida. Tras aumentar los alquileres de una de sus casas, el cura se dio cuenta de que uno de sus inquilinos, maestro de escuela en paro, no podía hacer frente al aumento. Inmediatamente el cura consiguió una orden de desahucio. Enterado del incidente por su secretario, Luciani trató en vano de dialogar con el cura, que se encogía de hombros en presencia de aquel insólito patriarca que le citaba las palabras de Cristo: «Mi reino no es de este mundo». El cura siguió adelante con el desahucio del maestro y su familia. Una vez consumado el desalojo, Luciani firmó un cheque por tres millones de liras para que el maestro y su familia pudieran vivir en una pensión hasta encontrar un alojamiento definitivo. Todavía hoy, el maestro conserva una fotocopia del talón: la tiene enmarcada y colgada en el salón de su casa.

En otra ocasión, Senigaglia irrumpió sin darse cuenta en la casa de un cura enfermo al que Luciani había visitado. El padre Mario se encontró con que Luciani acababa de vaciar su monedero sobre la cama del cura. Más tarde, el secretario recriminó sutilmente al patriarca por su manera de proceder: «No podéis hacer esas cosas», le dijo. La respuesta que le dio Albino Luciani demuestra en gran medida su calidad humana: «¿Qué querías que hiciera? No tenía más dinero encima».

Entonces Senigaglia le explicó que la Curia disponía de unos fondos especiales a los que el patriarca podía echar mano para ayudar en silencio a los curas necesitados.

«De esta forma —dijo Senigaglia— es como el anterior patriarca solía llevar a cabo estos actos de caridad». Luciani se mostró muy interesado y le pidió a su secretario que llegara con la Curia al mismo acuerdo que su predecesor.

Como patriarca de Venecia, Luciani descubrió muy pronto que se había convertido, sin desearlo, en propietario de una casa en San Pietro de Fileto. Trató de donar la casa al desgraciado maestro, pero el Vaticano se opuso. Después de batallar con la Curia, Luciani consiguió finalmente que se le permitiera alojar en su casa al viejo obispo jubilado Muchin.

En un breve lapso el nuevo patriarca de Venecia se encontró con sus oficinas constantemente llenas de gente pobre. «La puerta del patriarca siempre está abierta —decía—. Preguntad por don Mario y si yo puedo hacer algo por vosotros lo haré con sumo gusto». La multitud, con el espeso olor de la miseria, oía y agradecía.

Con la piel de gallina, don Mario se quejaba ante su superior: «Me estáis llevando a la ruina, Excelencia. Esta gente no me volverá a dejar en paz».

Luciani sonreía y contestaba: «Alguien nos ayudará».

Las oficinas del patriarcado aparecían a menudo abarrotadas de ladrones, expresidarios, alcohólicos, gente pobre, gente olvidada, vagabundos y mujeres que ya no podían ejercer la prostitución. Uno de estos desgraciados sigue usando todavía unos pijamas que Luciani le dio y todavía escribe cartas de agradecimiento a un hombre que ya no puede leerlas.

En su primer año como patriarca de la ciudad, Luciani mostró interés por los moradores de lo que él mismo había llamado en su alocución de llegada «la otra Venecia». Cuando se produjeron amotinamientos y manifestaciones violentas en Mestre y Marghera, Luciani consiguió que trabajadores y patronal llegaran a un acuerdo rebajando por ambas partes sus exigencias. En 1971, cuando 270 trabajadores se hicieron fuertes en la fábrica de La Sava, Luciani recordó a los patronos que la primordial necesidad del ser humano es tener en cuenta la dignidad personal de los demás. Algunos sectores de las jerarquías católicas más tradicionalistas de Venecia empezaron muy pronto a expresar en voz alta su deseo de tener un patriarca que se limitara a preparar sermones para proclamarlos ante los atónitos turistas que no entendían una palabra. El papa Pablo, sin embargo, estaba encantado con Luciani. En 1971 le designó para que preparara el sínodo mundial de obispos. En la agenda figuraban temas como el ministerio pastoral y la justicia en el mundo. Una de las sugerencias que Luciani presentó en el sínodo ilustra la forma en que procedería cuando llegara al trono de San Pedro.

Como ejemplo de ayuda concreta hacia los países pobres, sugiero que las iglesias ricas se autoimpongan el pago del 1% de sus ingresos para entregarlo a las organizaciones de socorro que administra el Vaticano. Con este dinero, que podría llamarse «el patrimonio fraterno» y que no debe entregarse como limosna sino como algo que se debe, se podrían compensar muchas injusticias que comete nuestra sociedad consumista contra el mundo en desarrollo. Con una campaña de este tipo podríamos extirpar el pecado social, que es algo que tendríamos que tener muy en cuenta y que por desgracia acostumbramos olvidar.

Una de las injusticias que Luciani trataba continuamente de extirpar, como

patriarca de Venecia, era la actitud de desinterés que existía en relación con los subnormales y los minusválidos. No sólo el alcalde y los ediles de la ciudad se mostraban indiferentes ante el problema, sino que el mismo prejuicio estaba ampliamente difundido entre los párrocos de la diócesis. Una vez que fue a dar la primera comunión a un numeroso grupo de minusválidos, en la iglesia de San Pío X de Marghera, Luciani tuvo primero que enfrentarse con una delegación de sacerdotes que iban a quejarse porque pensaban que el patriarca no debía realizar ningún acto de esa naturaleza. «Esas criaturas no entienden nada», le dijeron. Luciani ordenó a los integrantes de la delegación que asistieran a la primera comunión que él mismo iba a ritualizar.

Después de la misa, Luciani cogió en sus brazos a una niña que sufría una grave enfermedad medular congénita. La congregación se hallaba en el más absoluto silencio.

Luciani le preguntó a la pequeña:

—¿Sabes a quién has recibido hoy?

—Sí. A Jesús.

—¿Estás contenta?

—Mucho.

Luciani se volvió y miró largamente a los curas que habían ido a quejarse.

—Ya veis —les dijo—; ellos son mejores que nosotros los adultos.

A causa de la reticencia del Ayuntamiento a contribuir con los centros especiales de trabajo, Luciani en un principio se vio obligado a recurrir a los fondos diocesanos y a un banco conocido como «el banco de los curas»: la Banca Cattolica Véneta. Unos meses después de haber sido nombrado cardenal, Luciani se enteró de que súbitamente este banco había dejado de ser el banco de los curas. Un día se encontró, mezclados con la muchedumbre que acudía a diario a sus oficinas en busca de ayuda, con numerosos sacerdotes e incluso con algunos obispos y otros altos prelados. Hasta entonces, la Banca Cattolica había prestado dinero a bajo interés a los sacerdotes. Se trataba de un banco que había sido fundado para la diócesis y que se había distinguido en ayudar a esos sectores de la sociedad a los que Luciani describía con las siguientes palabras: «Son los que no tienen ningún peso político, los que no se pueden contar por votos. Por este motivo nosotros debemos mostrar nuestro sentido del honor como hombres y como cristianos ayudando a esta parte de la población desheredada que forman los subnormales y minusválidos».

A mediados de 1972 terminaron los préstamos a bajo interés. Los clérigos venecianos fueron informados de que en adelante tendrían que pagar el interés habitual sin tener en cuenta lo laudables que pudieran ser sus objetivos. Los sacerdotes elevaron quejas a sus obispos. Éstos iniciaron unas discretas investigaciones.

Desde 1946, el Istituto per le Opere di Religione, el I. O. R., llamado habitualmente Banco del Vaticano, sustentaba la mayor parte de las acciones de la

Banca Cattolica Véneto. Las diversas diócesis de la región del Véneto también tenían pequeños paquetes de acciones del banco, que entre todas no llegaban ni al 5% del total de la empresa.

En el mundo normal de los negocios, esta situación habría dejado a los accionistas minoritarios en una posición muy vulnerable. Sin embargo, la Banca Cattolica no participaba del mundo habitual de los negocios. Entre Venecia y el Vaticano existía el sobreentendido de que el paquete de acciones que poseía el I. O. R. (y que en 1972 llegaba al 51%) constituía un seguro contra el riesgo de caer en manos de terceros. A pesar de los bajísimos intereses que se cobraba a los clérigos venecianos, el banco seguía siendo uno de los más ricos del país. El motivo de este poderío consistía en que donde el párroco invertía los parroquianos invertían también (una parte importante del patrimonio del banco derivaba de pequeños propietarios dispersos por el norte de Italia). Este acuerdo, tan eficaz hasta entonces, había terminado abruptamente. El banco que el clero veneciano consideraba suyo, por lo menos moralmente, había sido vendido sin consultar a los obispos, ni al patriarca, ni a nadie de la región del Véneto. El hombre que había vendido la empresa era el director del Banco del Vaticano, el obispo Paul Marcinkus. El hombre que había comprado la Banca Cattolica era Roberto Calvi, principal administrador del Banco Ambrosiano de Milán.

Conocido lo anterior, los obispos de la región se concentraron en las oficinas del patriarcado, en la plaza de San Marcos. El patriarca les escuchó atentamente mientras le explicaban lo sucedido. Los obispos le contaron que antes, cuando necesitaban reunir dinero, recurrían al Banco del Vaticano, que les prestaba la suma requerida reteniendo como hipoteca las acciones que ellos tenían en la Banca Cattolica. Ahora estas acciones, junto con un gran paquete que el Banco del Vaticano había adquirido por su cuenta, habían sido transferidas con enormes beneficios a Roberto Calvi.

Los enfurecidos obispos indicaron a Luciani que, si les hubieran dado la oportunidad, habrían podido reunir el dinero necesario para devolver los préstamos al Banco del Vaticano y de esa forma volver a entrar en posesión de sus acciones. Lo que más les indignaba era la demoledora falta de confianza que había mostrado Marcinkus, actuando en nombre del Vaticano, que pasaba por ser la cabeza moral del mundo. En esta ocasión al menos, Marcinkus, y a través de él la Santa Sede, había demostrado una ausencia total de ética. El hecho de que Marcinkus hubiera acumulado las ganancias de la transacción en beneficio del Banco del Vaticano probablemente incrementaba las iras de los obispos venecianos.

Los obispos urgieron a Luciani para que se dirigiera directamente a Roma. Exigían la intervención del papa. Si éste despedía a Paul Marcinkus, estaba claro que al menos en la región del Véneto nadie iba a derramar ninguna lágrima. Luciani se tomó un tiempo para sopesar el problema. Siempre prudente, consideraba que necesitaba más pruebas antes de plantear el caso al papa.

Sigilosamente, Luciani empezó a indagar. Obtuvo amplia información sobre

Roberto Calvi y sobre otro hombre que se llamaba Michele Sindona. Lo que empezó a saber sobre estos dos personajes le dejó anonadado. También le hizo darse cuenta de lo peligroso que podía resultar ir a quejarse directamente al papa. Según los informes que había recibido, no cabían dudas de que Calvi y Sindona eran dos hijos predilectos de la Iglesia y de que el propio Pablo VI les tenía en gran estima. La persona hacia la que se volvió Albino Luciani, para que le ayudara era un hombre con quien había trabado una estrecha amistad en los cinco años anteriores. Se trataba del secretario de Estado auxiliar, monseñor Giovanni Benelli.

Aunque era el segundo dentro de la Secretaría de Estado, cuya cabeza rectora era el cardenal Villot, el que verdaderamente dirigía el departamento era Benelli. Además, como hombre de confianza de Pablo VI, Benelli, no sólo sabía dónde estaban enterrados todos los metafóricos cadáveres, sino que además era el responsable directo de alguno de estos enterramientos.

Benelli no dijo nada mientras el patriarca de Venecia le contaba su relato. Cuando éste hubo terminado, monseñor Benelli le ofreció a Su Eminencia otra taza de café. Entonces Luciani le dijo:

—Por supuesto, no he visto ningún documento que pueda probar lo que acabo de decir.

—Yo sí los he visto —le contestó Benelli—. Calvi es actualmente el principal accionista de la Banca Cattolica Véneta. El 30 de marzo Marcinkus le vendió el 37% de las acciones.

Benelli era un hombre que disfrutaba con la exactitud de las cifras y los hechos. Ante un Luciani perplejo, con los ojos abiertos como platos, Benelli señaló con su característica precisión que Calvi había pagado a Marcinkus 27 000 millones de liras, y que la venta de la Banca Cattolica era el resultado de un plan que habían puesto en práctica Calvi, Sindona y Marcinkus. Dicho plan incluía la compra por parte de Calvi de una compañía llamada Paccetti, que hasta entonces pertenecía a Sindona y cuyo precio había sido inflado grosera y criminalmente en la bolsa de valores de Milán. Benelli aludió también a la ayuda que Marcinkus había brindado a Calvi para disfrazar la verdadera naturaleza de esta y otras operaciones comerciales, sustrayéndolas a la vigilancia de los inspectores del Banco de Italia al poner las amplias facilidades bancarias de que gozaba el Vaticano a disposición tanto de Calvi como del propio Marcinkus.

Luciani pasó del estupor a la furia.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó.

—Evasión de impuestos, movimiento ilegal de acciones. Creo también que Marcinkus vendió las acciones de vuestro banco de Venecia a un precio deliberadamente bajo y que Calvi completó la cifra real con 31 000 millones de liras procedentes del Crédito Varesino. Calculo que la cantidad que recibió Marcinkus es de unos 47 millones de dólares.

Luciani se enfureció más.

—¿Qué tiene que ver todo esto con la Iglesia de los pobres? —se quejó—. En nombre de Dios...

Benelli le interrumpió levantando una mano.

—No, Albino, en nombre del dividendo.

—¿El santo padre está enterado de estas cosas?

Benelli asintió con la cabeza.

—¿Y entonces?

—Entonces debes recordar quién puso a Paul Marcinkus al frente de nuestro banco.

—El santo padre.

—Precisamente. Y debo confesar que en su momento le di mi plena aprobación. Desde entonces se me han presentado multitud de ocasiones para arrepentirme.

—¿Qué podemos hacer? ¿Qué les voy a decir a mis párrocos y mis obispos?

—Debes decirles que sean pacientes. Que esperen. Llegará el momento en que Marcinkus se sobrepasará. Su talón de Aquiles es su avidez por obtener elogios del papa.

—Pero ¿para qué quiere todo este dinero?

—Lo quiere para hacer más dinero.

—¿Con qué propósito?

—Con el propósito de hacer más dinero todavía.

—Y mientras tanto mis párrocos tendrán que salir a mendigar por el Véneto, ¿eh?

—Mientras tanto debes aconsejar a tu gente que tenga paciencia. Sé que tú la tienes. Enséñales a tus párrocos a tenerla. También yo me veo obligado a ser paciente.

Albino Luciani regresó a Venecia y congregó a sus obispos en su despacho. Les dijo algo de lo que sabía, lo bastante como para dejar bien en claro que la diócesis había perdido para siempre la ayuda de la Banca Cattolica Véneto. Los obispos llegaron a la conclusión de que eso nunca hubiera ocurrido en los tiempos del cardenal Urbani. Les pareció que la bondad innata de Luciani había demostrado ser un arma absolutamente inofensiva para enfrentarse con el I. O. R. La mayoría de los obispos venecianos, incluido el propio Luciani, vendieron las pocas acciones del banco que todavía tenían en su poder, como una forma de expresar su desacuerdo con la conducta del Vaticano. En Milán, Roberto Calvi se alegró al recibir la noticia de que sus representantes en Venecia habían adquirido en su beneficio otro lote de acciones del banco de los curas.

Albino Luciani y muchos otros cerraron sus cuentas en la Banca Cattolica. Para el patriarca de Venecia, trasladar las cuentas oficiales de la diócesis al pequeño Banco San Marco significaba dar un paso extraordinariamente difícil.

En una confidencia que le hizo a uno de sus colegas, Luciani señaló:

«El dinero de Calvi está maldito. Ese hombre está maldito. Después de las cosas que me he enterado sobre él, no dejaría en su banco ninguna lienta de la diócesis, por mucho que me garantizara no cobrarme ningún interés por los préstamos que me

diera».

Luciani trató de que los directivos de la Banca Cattolica le cambiaran el nombre a la empresa. Insistió en señalar que el hecho de que la palabra católica apareciera en el nombre del banco constituía un latrocinio y un atropello contra todos los católicos.

En Roma, el papa Pablo VI estaba enterado de la nueva carga que tenía que sobrellevar la región del Véneto a consecuencia de la venta de la Banca Cattolica. Giovanni Benelli presionó al santo padre para que interviniera, pero el negocio ya se había cerrado y Calvi se había apoderado del principal paquete de acciones del banco de los curas. Cuando Benelli le sugirió que sustituyera a Marcinkus, el papa, con expresión de agonía, se encogió de hombros. El hecho de que Luciani no hubiera encabezado una abierta rebelión contra la Santa Sede había impresionado profundamente a Pablo VI, que estaba dispuesto, la menor oportunidad que se le presentara, a proclamar la bondad de hombre al que había designado personalmente como patriarca de Venecia. En una audiencia que le concedió al sacerdote veneciano Mari Ferrárese, Su Santidad declaró tres veces: «Di a los sacerdotes de Venecia que deben venerar al patriarca, porque es un hombre bueno, santo, sabio y lleno de cultura».

En septiembre de 1972, de camino hacia el congreso eucarístico de Udine, Pablo VI hizo un alto en Venecia, donde se alojó en el palacio patriarcal.

En la plaza de San Marcos, abarrotada de gente, el papa se quitó 1 estola y se la pasó por los hombros a un sonrojado Albino Luciani. La multitud gritaba enfervorizada. Pablo VI no era hombre que adoptar ninguna actitud pública carente de significado.

Una vez a solas en el palacio, mientras saboreaban un café, el papa 1 hizo a Luciani una confidencia todavía más significativa. Le dijo que «los problemas financieros de la región» habían llegado a sus oídos que había oído el rumor de que Luciani trataba de reunir fondos con objeto de crear un centro de trabajo para subnormales en Margherc que se solidarizaba plenamente con esa clase de tareas y que le gustaría realizar una donación de carácter personal. Entre italianos, siempre es más lo que se sobreentiende que lo que se afirma.

Seis meses más tarde, en marzo de 1973, el papa consagró a Albino Luciani como cardenal. Fuera cuales fuesen sus resquemores y agravios con relación a la política financiera del I. O. R., lo cierto es que Luciani tenía la firme convicción de que con el papa, con su papa, debía mantener una absoluta e inalterable lealtad.

Los obispos italianos se encuentran en una situación excepcional en lo que se refiere a sus relaciones con el Vaticano. El control sobre sus acciones es mucho más rígido. El castigo ante cualquier falta, verdadera o imaginaria, llega con más rapidez.

Cuando le nombraron cardenal, Luciani sabía muy bien que Ottavia ni y otros miembros reaccionarios de la Curia, lejos de mostrar un; obediencia absoluta, se hallaban de hecho involucrados en una ya prolongada y amarga disputa con el papa. Pura y simplemente, trataba de erradicar cualquier beneficio que pudiera haber

surgido de las históricas sesiones del Concilio Vaticano II. Llamado a pronunciar un discurso, no sólo ante otros cardenales recién designados, sino también ante el papa y ante Ottaviani y los suyos. Albino Luciani observó «El Concilio Vaticano tiene muchos seguidores, al igual que el Concilio Vaticano III. El Concilio Vaticano II, sin embargo, cuenta con muy pocos».

Dos meses después, Luciani volvía a recibir como anfitrión a otro alto dignatario que procedía de Roma. En este caso se trataba de su amigo Giovanni Benelli, que se había desplazado a Venecia fundamentalmente para asegurarle que los asuntos que ambos habían tratado un año antes no habían quedado relegados en el cajón del olvido. En concreto, lo que llevaba a Benelli hasta Venecia era una historia extraordinaria que quería contarle a su amigo Luciani. La historia incluía a la rama norteamericana de la mafia, una falsificación de bonos del Tesoro de Estados Unidos por un valor nominal de mil millones de dólares y al contumaz obispo Paul Marcinkus.

El 25 de abril de 1973, Benelli había recibido a unos invitados más bien inusuales en su despacho de la Secretaría de Estado de la Ciudad del Vaticano. Sus invitados eran William Lynch, jefe de la sección contra el crimen organizado y la extorsión del Departamento de Justicia de Estados Unidos, y William Aronwald, adjunto a la jefatura de la fuerza de choque del distrito sur de la policía de Nueva York. Les acompañaban dos agentes del. F. B. I.

Cuando habló conmigo, Benelli me comentó: «Después de recibir a estos caballeros procedentes de Estados Unidos, les pedí que me excusaran y los dejé en las hábiles manos de tres miembros de mi plana mayor. Por supuesto, a su debido tiempo, los tres me informaron con exactitud sobre todo lo que había ocurrido después de haberme marchado».

Muchos meses más tarde, tras haber dialogado largamente con el cardenal Benelli, me hice con un informe secreto del F. B. I. que confirmaba casi palabra por palabra lo que el cardenal me había contado. La historia, de algún modo, podría parecer el bosquejo de una película de Hollywood.

Monseñor Eduardo Martínez, monseñor Cari Rauber y monseñor Justin Rigali eran los tres miembros de la Secretaría de Estado que atendieron a los visitantes norteamericanos. Los tres escucharon sin interrumpirle a William Lynch, que les contó los pormenores de una investigación policial que se había iniciado entre los círculos mañosos de Nueva York y que había conducido inexorablemente al Vaticano. Lynch explicó a los tres prelados que un paquete de bonos del Tesoro de Estados Unidos, por un valor nominal de 14,5 millones de dólares, habían sido laboriosamente falsificados por una red de especialistas de la mafia norteamericana. Los bonos habían sido enviados a Roma en julio de 1971 y existía sustancial evidencia para señalar que el destino final de dichos bonos no era otro que el Banco del Vaticano.

Lynch indicó a los sacerdotes que muchas de las pruebas que tenía procedían de

fuentes distintas, y que todas indicaban que alguien que gozaba de autoridad en materia financiera dentro del Vaticano era la persona que había aprobado la falsificación de los bonos. Según Lynch, también había pruebas muy poderosas para deducir que los 14,5 millones de dólares constituían solamente un anticipo y que el valor nominal de la falsificación alcanzaba los 950 millones de dólares.

El alto oficial del Departamento de Justicia de Estados Unidos dio a conocer el nombre de la persona con autoridad en materia financiera que desde el Vaticano había organizado aquella colosal transacción ilegal. Según las pruebas de las que Lynch disponía, este hombre no era otro que el obispo Paul Marcinkus.

Con un notable despliegue de autodominio, los tres sacerdotes escucharon atentamente la exposición de los dos altos funcionarios judiciales norteamericanos.

A esas alturas de las investigaciones, numerosos implicados ya habían sido detenidos. Uno de ellos, Mario Foligni, había preferido colaborar con la justicia. Falso conde de San Francisco y doctor honorari en teología, Foligni era un estafador de primera categoría que más de una vez había escapado de la prisión por márgenes capilares. Tiempo antes, al sospecharse que había manipulado la bancarrota fraudulenta de una empresa que dirigía, un magistrado romano había librado un orden de registro contra él. El registro lo llevó a cabo la policía de finanzas, que al abrir la caja fuerte del sospechoso se encontró con una bendición papal firmada por Pablo VI. Inmediatamente los policías se disculparon con Foligni por su intromisión y se marcharon.

Otras muchas personas habían quedado impresionadas por los contactos que tenía Foligni con el Vaticano. Foligni había abierto las puertas del Vaticano a un austríaco llamado Leopold Ledl, que fue quien negoció el asunto de los bonos falsos, logrando un precio de 635 millones de dólares por un paquete de bonos cuyo valor nominal alcanzaba los 950 millones. Una vez adquiridos los bonos, los delincuentes entregarían al Vaticano una «comisión» de 150 millones de dólares, lo que dejaba a la mafia un beneficio de 475 millones de dólares mientras que el Vaticano entraba en posesión de unos bonos que alcanzaban un cotización nominal de casi mil millones de dólares.

La mafia norteamericana no mostró demasiado interés por el asunto hasta que Ledl obtuvo una carta procedente del Vaticano, con el membrete de la Sacra Congregazione dei Religiosi. La carta confirmaba que el Vaticano deseaba «adquirir el depósito completo de la mercadería siempre que no superara la cifra de 950 millones de dólares».

Según las declaraciones que Foligni había hecho a los investigadores norteamericanos, el siempre cauto Marcinkus había solicitado que se realizara un primer depósito de prueba, por un valor nominal de 1, millones de dólares, en la Banca Handel de Zurich. De acuerdo con Foligni, la intención de Marcinkus era comprobar por sí mismo que los bonos podían pasar por auténticos. A fines de julio, la «prueba» fu solícitamente efectuada por el propio Foligni, que depositó los bonos

falsos en una cuenta cuyo titular era un clérigo: monseñor Mario Foinasari.

Un segundo depósito de prueba, esta vez por un monto nominal de 2,5 millones de dólares, se efectuó en septiembre de 1971 en el Banco de Roma. En ambos casos, los bonos pasaron el escrutinio bancario, el cual es un tributo a la destreza de la mafia. Desgraciadamente para los conspiradores, ambos bancos coincidieron en enviar algunos bonos Nueva York, para que los examinaran, lo que llevó a la Asociación de Banqueros de Nueva York a señalar que los bonos eran falsos. A esto se debía la desacostumbrada presencia de dos altos funcionarios judiciales norteamericanos y de dos agentes del F. B. I. dentro de las murallas del Vaticano.

Además de su deseo de recuperar el total de los 10 millones de dólares (valor nominal) de la primera partida de bonos falsos, Lynch y sus colegas aspiraban a conducir ante los tribunales a todos los implicados en el delito.

Foligni había declarado que la causa por la que el Vaticano había emprendido la adquisición de aquellos bonos falsos era permitir que Marcinkus y el banquero y hombre de negocios italiano Michele Sindona pudieran comprar Bastogi, una tentacular compañía italiana con intereses en propiedades inmobiliarias, minería y productos químicos. El cuartel general de Bastogi se hallaba en Milán. El de Sindona también. Era en esta ciudad donde el entonces arzobispo Montini (después Pablo VI) había conocido a Sindona. Cuando Montini se convirtió en sumo pontífice, la Iglesia sumó otro nombre a la lista de sucesores de san Pedro, y el Banco del Vaticano se hizo con los servicios de un nuevo asesor financiero, Michele Sindona.

William Lynch, que era un devoto católico, prosiguió con su relato, del que era fácil deducir que Mario Foligni (interrogado por el Departamento de Justicia norteamericano) había lanzado una gruesa andanada de acusaciones contra el obispo Marcinkus. Además de alegar que Sindona y Marcinkus habían planeado la adquisición de Bastogi con bonos falsos, Foligni afirmó que, asesorado por Sindona, el obispo había abierto varias cuentas numeradas y secretas en las Bahamas para su uso personal.

En el interrogatorio, Foligni testimonió que había trabajado a las órdenes de Benelli y de la Secretaría de Estado y que, como resultado directo de su cooperación, «el secretario de Estado había dado curso a una inflexible acción administrativa contra el obispo Marcinkus, con lo cual el enorme poder económico que tenía el obispo dentro del Vaticano se había visto severamente limitado». Foligni insistió en afirmar que había informado puntualmente a la Secretaría de Estado sobre los depósitos de prueba efectuados en Suiza y en Roma y que esa información había sido utilizada por el departamento de Benelli para actuar contra Marcinkus. También declaró que las órdenes que había recibido del secretario de Estado le impedían brindar más informes a los investigadores sobre la estafa.

Tras presentar sus acusaciones, los investigadores estadounidenses se echaron hacia atrás en sus asientos y se dispusieron a esperar una respuesta. Tal como William Lynch y William Aronwald me dieron a entender más tarde, aquella primera reunión

en el Vaticano no constituía en ningún sentido un interrogatorio. Era una reunión informal, la oportunidad de plantear una serie de graves acusaciones ante las jerarquías de la Secretaría de Estado del Vaticano.

El Departamento de Justicia sabía perfectamente que la base de las denuncias provenía de dos reconocidos timadores. Sin embargo, existía un poderoso entramado de evidencias que sustentaba la validez de las acusaciones vertidas por Ledl y Foligni.

Fue por dichas evidencias por lo que William Aronwald se puso en contacto con el cardenal Coke, de Nueva York, a través del fiscal federal para el Distrito Sur de dicha ciudad. El cardenal se había mostrado muy dispuesto a cooperar y por intermedio de la delegación pontificia en Washington se había acordado la celebración de aquella insólita reunión policiaco-curial, cuyos verdaderos objetivos no consistían meramente en intercambiar informes, sino en confrontar a Marcinkus con las pruebas que había contra él.

Al tiempo que trasegaban café con sus invitados, los tres prelados se mantenían en un pensativo silencio. Habló finalmente monseñor Martínez, asesor de la Secretaría de Estado, para asegurar a los investigadores norteamericanos que tanto él como monseñor Rauber estaban al corriente de todos los asuntos que pasaban por las manos del arzobispo Benelli y que por lo mismo rechazaban categóricamente que Foligni hubiera aportado cualquier tipo de evidencia al departamento que Benelli dirigía. En relación con los depósitos de prueba, era la primera vez que alguien de la Secretaría de Estado oía hablar del asunto. Adoptando una clásica estrategia curial, monseñor Martínez hizo constar lo siguiente: «No entra en las intenciones del Vaticano la de colaborar con ningún representante oficial de Estados Unidos en sus investigaciones sobre este tema, ya que esta reunión se considera informal y nuestro propósito consiste por el momento en escuchar».

Lo que Lynch y sus colegas tenían enfrente era una mentalidad que había derrotado multitud de inteligencias mejores que las suyas. Era nada menos que la Curia: Un equipo compacto de hombres a los que nunca se les pasa nada por alto; una maquinaria de gobierno que sustenta a la Iglesia católica y que al mismo tiempo la atenaza y asfixia.

Después de recordarles que hasta el momento sólo se habían recuperado 4 millones de dólares en bonos falsificados, William Lynch se dirigió a los tres altos prelados con estas palabras:

—Dado que todas las pruebas apuntan a que el destino más probable de los bonos era el Banco del Vaticano, y en vista de que la suma total es del orden de los 950 millones de dólares, espero que no tengan inconveniente en que les dé una lista de las series empleadas.

Por toda respuesta, Martínez se encogió de hombros, como si el asunto no le interesara. Lynch insistió:

—De ese modo se pueden revisar los registros del Istituto per le Opere di

Religione para descartar la posibilidad de que «inadvertidamente» se hubiera recibido algún depósito de bonos falsificados.

La destreza de Martínez en el cuadrilátero era asombrosa.

—Por supuesto, en lo que a mí respecta, no tengo ni la menor idea si nuestro banco ha recibido algún depósito de bonos falsos. De todos modos, no está a mi alcance aceptar ninguna lista que usted me entregue para realizar ninguna comprobación. Esos asuntos debe resolverlos el obispo Marcinkus, que es quien maneja las cuestiones financieras. Si le resulta difícil entrevistarse con Marcinkus, tal vez lo más adecuado sería que usted enviara la lista, con una carta, al representante del santo padre en Washington.

Evidentemente, había llegado el momento de cambiar de táctica.

Los agentes de la Fiscalía General de Estados Unidos sacaron a relucir un documento del que se habían apoderado después de arrestar a Leopoldo Ledl. Se trataba de una carta, encabezada por el sello del Vaticano, debajo del cual había un membrete impreso que decía: «Sacra Congregazione dei Religiosi». Se trataba de la orden emitida por el Vaticano para la adquisición de 1000 millones de bonos falsificados. Era el mismo documento que había convencido a la mafia. Los tres altos dignatarios de la Curia examinaron con todo cuidado el documento. Durante un rato se dedicaron a estudiarlo y ponerlo al trasluz.

Por fin, Martínez se acarició la barbilla de modo pensativo. Los investigadores norteamericanos se inclinaron vorazmente hacia adelante, con la ilusión de que tal vez habían alcanzado alguna fibra sensible del elusivo e imperturbable Martínez.

—El encabezado parece ser idéntico al de una de nuestras sagradas congregaciones, que tiene su sede en el Vaticano.

Hubo una pausa. Lo justo para que los norteamericanos disfrutaran del momento. Después Martínez prosiguió:

—De cualquier modo, debo hacerles notar que, si bien el membrete de la carta parece auténtico, la mencionada congregación cambió de nombre en 1968, y según la fecha de esta carta, que es del 29 de junio de 1972, cabe deducir que el membrete con que va encabezada es incorrecto. El nuevo nombre de la congregación es el de Sacra Congregazione per i Religiosi e gli Istituto Secolarí.

A pesar de todo, los investigadores norteamericanos habían salido adelante con su principal objetivo, ya que se acordó que al día siguiente se entrevistarían con el obispo Marcinkus. Esto en sí mismo constituía una extraordinaria conquista porque la Ciudad del Vaticano defiende ferozmente su condición de estado independiente.

Cuando le entrevisté, el cardenal Benelli me señaló que en realidad Mario Foligni le había tenido informado sobre el asunto mucho antes de que los investigadores norteamericanos aterrizaran en el Vaticano. En opinión de Benelli, la maniobra de Foligni tenía como propósito protegerse ante la borrasca ya inminente; resultaba obvio que en aquel momento el juego ya estaba perdido. En cuanto a la validez de los informes, Benelli se restringió a indicar que los había encontrado «muy útiles e

interesantes».

En la mañana del 26 de abril de 1973, los dos oficiales de Estados Unidos, acompañados por los dos agentes del F. B. I., eran introducidos en el despacho personal del obispo Paul Marcinkus. Lynch y Aronwald repitieron lo que habían dicho el día antes, mientras Marcinkus soltaba bocanadas de humo. A la vista de algunas omisiones en las que luego incurriría, su testimonio inicial resulta particularmente interesante.

—Estoy alterado por la gravedad de las acusaciones. En vista de ello, responderé a todas y cada una de sus preguntas lo mejor que pueda.

Empezó por Michele Sindona.

—Michele y yo somos muy buenos amigos. Nos conocemos desde hace años. De todos modos, mis transacciones comerciales con él han sido insignificantes. Como sin duda sabrán, Sindona es uno de los más poderosos industriales de Italia. En lo que se refiere a cuestiones financieras, va muy por delante de su tiempo.

El obispo se extendió en cantarle loas a Michele Sindona. Luego, poniendo al Banco del Vaticano al amparo del secreto confesional, recalcó:

—Preferiría no tener que dar nombres en relación con muchos puntos sobre los que me pienso extender; aunque comprendo que los cargos que Foligni presenta contra mí son muy graves, también los considero tan desahorados que no veo la necesidad de traicionar el secreto bancario para defenderme.

Mientras que la reunión del día anterior había sido casi exageradamente informal, la confrontación con Marcinkus era un interrogatorio en toda regla. Según las pruebas y denuncias que el Departamento de Justicia había acumulado cuidadosa y laboriosamente a lo largo de más de dos años, Lynch, Aronwald y los agentes del F. B. I., Biamonte y Tamtmaro, se hallaban frente al hombre que había fraguado una de las estafas más grandes de la historia. Si las pruebas eran ciertas, al agitado suburbio de Chicago llamado Cícero le cabría en el futuro la bicéfala gloria de compartir a Al Capone y a Paul Marcinkus. Aunque no conviene olvidar la advertencia de la señora Beeton: «Primero hay que cazar la liebre».

William Lynch se puso a caldear un poco la atmósfera.

—Si en alguna fecha futura se hace necesario un careo entre usted y Mario Foligni, ¿estaría dispuesto a tenerlo?

—Sí, por supuesto.

—Si fuera necesario, ¿estaría usted dispuesto a testimoniar ante un jurado de Estados Unidos.

—Bueno, claro, en caso de que fuera absolutamente necesario. Espero que no lo sea.

—¿Por qué?

—Si tuviera que presentarme ante un jurado, los únicos que saldrían ganando serían los medios de comunicación italianos.

—¿Se puede explicar mejor?

—La prensa de este país aprovecha con harta frecuencia cualquier oportunidad que se le presenta para escribir artículos inflamatorios en relación con el Vaticano, sin importarles que digan o no digan la verdad.

Lynch y Aronwald carecían del más mínimo interés en cuanto a la delicada hipersensibilidad del Vaticano hacia la prensa italiana.

—¿Tiene usted alguna cuenta personal numerada en las Bahamas?

—No.

—¿Y una cuenta corriente ordinaria?

—Tampoco.

—¿Está usted seguro, señor obispo?

—El Vaticano tiene ciertos intereses económicos en las Bahamas, pero se trata estrictamente de transacciones similares a muchas otras. No son negocios para el lucro personal de nadie en particular.

—Lo que nos interesa son las cuentas que usted tiene a su disposición personal.

—No tengo ninguna cuenta personal, ni secreta ni corriente, ni en las Bahamas ni en ningún otro sitio.

No se profundizó en averiguar cómo se las arreglaba Marcinkus para cobrar su sueldo y pagar sus gastos siempre en dinero contante y sonante. Marcinkus tampoco reveló que desde 1971 pertenecía a la junta directiva del Banco Ambrosiano Transatlántico con sede en Nassau. El cargo se lo habían ofrecido los des mismos hombres que habían llevado a cabo la operación de instalar una filial del gran banco milanés en las Bahamas: Michele Sindona y Roberto Calvi. Ambos utilizaban frecuentemente el nombre del obispo en sus transacciones financieras. En una ocasión, Sindona le planteó el tema con franca crudeza al propio Marcinkus: «Te he incluido en la junta directiva porque tu nombre me sirve para recaudar dinero».

Como demostración de gratitud, Sindona y Calvi habían cedido a Marcinkus y al Banco del Vaticano el 2,5% del total de las acciones del banco de Nassau. Posteriormente, este porcentaje se elevaría hasta el 8%. Con frecuencia, Marcinkus se desplazaba a las Bahamas para conciliar las reuniones de la junta directiva con unas supuestamente merecidas vacaciones. Debía de resultarle muy fastidioso al obispo tener que cambiar a cada momento las grandes cantidades de circulante que, de acuerdo con lo declarado a los investigadores norteamericanos, se vería, obligado a llevar en sus desplazamientos, lo que le hubiera convertido sin duda en el primer directivo de un banco que no tenía ninguna cuenta corriente.

En este momento Marcinkus señaló:

—Ustedes sabrán sin duda que mi posición en el Vaticano es única. —A este sublime sobreentendido, el obispo agregó—: Estoy a cargo de lo que suele denominarse Banco del Vaticano. Por lo tanto, ejerzo un completo dominio sobre los asuntos financieros de la Santa Sede. Uno de los factores que hacen mi posición única es que, en lo referente a los asuntos financieros, sólo soy responsable ante el papa. En teoría, mis operaciones las supervisa un grupo de cardenales que se reúnen cada

cierto tiempo y que actúan por lo general como un cuerpo de inspección. Pero, en realidad, tengo total albedrío para dirigir la economía del Vaticano.

Esta declaración no hizo mella en los cuatro impertérritos sabuesos que escuchaban al obispo.

—¿Qué es lo que intenta usted decirnos?

—Bien. El caso es que por la elevada posición que ocupó tengo que hacer frente a ciertos turbios y enconados sentimientos de otras personas que también ocupan cargos de cierta relevancia en el Vaticano.

—¿De veras?

—Oh, sí. Me temo que forma parte del trabajo. Soy el primer ciudadano norteamericano que ha alcanzado semejante posición de poder dentro del Vaticano y estoy seguro de que este hecho ha levantado ampollas de recelos y envidia.

Fuera o no el cerebro que se escondía detrás de la hercúlea estafa, es una irrefutable verdad que Marcinkus no exageraba ni un ápice cuando decía «haber levantado ampollas» entre altos dignatarios del Vaticano, y no sólo del Vaticano. En Venecia, por ejemplo, el cardenal Albino Luciani era uno de los que no se podía decir que sintieran devoción por Marcinkus; por el contrario, desde que Benelli le contó el último episodio de la saga Marcinkus, sus sentimientos hacia el sacerdote-banquero eran más profundos y pertinaces que cualquier erupción cutánea. Lo que irónicamente desconocía Benelli es que, durante esta entrevista privada que mantuvo con los investigadores norteamericanos, Paul Marcinkus había tratado de envolver al propio Benelli en el enredo.

Si se leen detenidamente las declaraciones efectuadas por Marcinkus, lo que más llama la atención es que a sus ojos todo el mundo, menos él, debería ser investigado. Sobre el padre Mario Fornasari, que presuntamente estaba involucrado en el asunto, Marcinkus apuntó:

—Mucha gente que trabaja a mis órdenes en el banco me ha indicado que Fornasari es un tipo al que más vale evitar. Seguro que ustedes saben que hace algún tiempo Fornasari fue denunciado por escribir libelos.

—¿De veras? ¿Qué ocurrió?

—Creo que los cargos fueron retirados.

Marcinkus reconoció que había trabado cierta relación con Mario Foligni, que era sin duda uno de los destacados participantes en la comedia de los 1000 millones de dólares y con el que el obispo había realizado antes un par de negocios. El primero consistía en un plan para invertir 100 millones de dólares, que nunca se concretó. El otro era una transacción de 300 millones de dólares, en la que también había intervenido el industrial italiano Carlo Pesenti y que tampoco se había llevado a cabo. Mientras contaba su enmarañada historia, Marcinkus se esmeraba con repetida ansiedad en sacar a relucir el nombre de Benelli. Además de dejar patente que su ego había recibido un fuerte golpe cuando Benelli le aconsejó al papa Pablo que tomara cartas en el asunto de los 300 millones de dólares (era cristalina la certidumbre de

Marcinkus de que nadie debía tratar de finanzas con el papa salvo él), el obispo trató de ligar a Benelli y a Foligni, presumiblemente con vencido de las leyes de culpabilidad por asociación. En vista de las actividades de sus íntimos amigos Roberto Calvi y Michele Sindona sería interesante saber si Marcinkus persiste todavía en mantener esta dudosa acusación contra Benelli.

Lo que Marcinkus se olvidó de explicar, tal vez porque no se lo preguntaron, es por qué persistía en concluir el negocio de los 300 millones de dólares con Foligni, casi ocho meses después de que Foligni hubiera desembolsado 1,5 millones de dólares de bonos falsos en un banco suizo y unos seis meses después de que hubiera repetido la artimaña con 2,5 millones de dólares de la misma procedencia en el Banco de Roma. Resulta inconcebible que Marcinkus, en su calidad de directo: del Banco del Vaticano, fuera el único jerarca banquero de Europa que no estuviera informado de estas actividades delictivas.

Al final de un prolongado interrogatorio, Marcinkus reafirmó su inmaculada inocencia y desconoció estar al tanto de nada. Con exultante alegría aceptó la lista de los bonos falsificados y aseguró que mantendría los ojos abiertos por si se enteraba de algo.

Varias personas serían a la larga condenadas por haber estado involucradas en la estafa de los bonos. En relación con la presunta culpabilidad del obispo Paul Marcinkus, el fiscal William Aronwald me señaló:

Lo mejor que podemos decir es que nos sentimos satisfechos de que ni haya pruebas suficientes para demostrar o refutar las denuncias. Por lo tanto, al no hallarnos moralmente convencidos de que hubiera nada turbio, ni de que Marcinkus ni nadie del Vaticano estuviera realmente involucrado en el asunto, habría sido impropio por nuestra parte armar un alba roto para salir a ocho columnas en los diarios.

Parece transparente de tan claro que lo que más obstaculizó la investigación no fue la falta de interés de los investigadores estadounidenses, que trabajaron a fondo en el asunto. Después se alegaría que formaban parte de una gigantesca tapadera^[2], y que orquestaron una en cuesta de ficción. Esos no son más que tonterías que demuestran una supina ignorancia en lo que atañe a los verdaderos problemas que se producen cuando una investigación que empieza en un país se tiene que extender a otro país. La Ciudad del Vaticano es un estado independiente. El mero hecho de que Lynch, Aronwald y los dos agentes del FBI lograran traspasar las puertas del Vaticano constituye sólo una demostración de su tenacidad. Uno no puede irrumpir a orillas del Tíber como un agente de policía de Nueva York, con una pistola en una mano y una orden de detención en la otra, gozando de autoridad para detener e interrogar a los testigos y amparado en los demás mecanismos legales que se utilizan en Estados Unidos.

Si la Ciudad del Vaticano formara parte de Estados Unidos, los miembros de la Curia que trabajaban en la Sacra Congregazione dei Religiosi habrían sido sin duda

interrogados a fondo. Se les hubieran tomado las huellas dactilares. Se habrían realizado análisis forenses de todas las máquinas de escribir de la Congregación. Si todo eso se hubiera podido realizar, el problema de la culpabilidad o la inocencia del obispo Marcinkus probablemente se habría dilucidado. El hecho de que el Gobierno de Estados Unidos tomara las pruebas lo bastante en serio como para emprender una muy arriesgada operación, que hubiera podido acarrear graves secuelas políticas, es de por sí asaz revelador. Tal como William Aronwald me dijo: «No nos habríamos arriesgado a gastar tal cantidad de dinero de los contribuyentes de no habernos tomado las pruebas muy en serio».

Finalizada la investigación, el caso contra Marcinkus hubo que archivarlo por falta de pruebas (me refiero a la clase de pruebas que hubieran podido convencer a un jurado).

El dilema, por lo tanto, sigue sin respuesta. ¿Quién era el cliente que ordenó la falsificación de los bonos? Basándose en las pruebas oficiales disponibles sólo se puede llegar a dos conclusiones. Las dos son extravagantes. Leopold Ledl y Mario Foligni planeaban robar a la mafia de Estados Unidos, despojándola de una importante fortuna en bonos falsificados, después de haber convencido a los mañosos de que emprendieran la arriesgada y costosa empresa de falsificar los bonos. Este sector concreto de la mafia tiene muchos miembros que asesinan o castigan sin parpadear a cualquiera que sólo presumiblemente haya podido ofenderlos. Si esta conclusión es la correcta, entonces no hay más que colegir que lo que planeaban Ledl y Foligni era una forma muy inusual de suicidarse. La otra conclusión a la que se puede llegar es que los 950 millones de dólares de valor nominal de los bonos tenían como destino las arcas del Vaticano.

En Venecia, mientras tanto, Albino Luciani seguía usando las ropas que había heredado de su predecesor, el cardenal Urbani. A lo largo de su patriarcado, Luciani se negó a comprarse ropas nuevas, prefiriendo que las monjas encargadas de su vestuario zurcieran y volvieran a zurcir las ropas de siempre. De todos modos, era raro que Luciani se pusiera los ornamentos de cardenal y patriarca, porque prefería llevar encima una sencilla sotana.

La humildad que caracterizaba a Luciani le llevaba a menudo a protagonizar curiosas anécdotas. En 1976, mientras recorría Alemania acompañado en su coche por el padre Senigaglia, a Luciani le dio por detenerse en la ciudad de Aquisgrán porque tenía el especial deseo de elevar unas oraciones en el antiquísimo altar de la iglesia mayor.

Senigaglia observó que dos dignatarios de la iglesia despachaban a Luciani con modales más bien rudimentarios y le indicaban que el altar estaba clausurado y que volviera otro día. Sentados los dos de nuevo en el automóvil, Luciani le tradujo a Senigaglia la pequeña discusión que había tenido con los dos orgullosos prelados alemanes. Furioso, Senigaglia saltó del vehículo, corrió hasta la iglesia y soltó a los dos prelados una colérica parrafada en italiano. Por muy poco italiano que

entendieran los prelados, lo que dijo Senigaglia les bastó para darse cuenta de que el curita que habían expulsado era nada menos que el patriarca de Venecia. Entonces le tocó el turno de encolerizarse (con su secretario) al apacible Luciani, que se vio arrancado del coche por los dos sacerdotes germanos, derretidos en excusas y reverencias. Una vez en el interior de la iglesia, uno de los aún genuflexos prelados murmuró a Luciani:

—Eminencia, un vestigio de púrpura, por lo menos, evitaría muchos malentendidos.

En otra ocasión, Luciani participó en Venecia en un debate sobre ecología, en el transcurso del cual se enfrascó en una conversación con uno de los participantes. Ansioso por continuar el diálogo, invitó al ecologista a que fuera a verle a su casa.

—¿Dónde vive? —le preguntó el ecologista.

—En el portal que está justamente al lado de la catedral de San Marcos — contestó Luciani.

—¿Quiere usted decir en el Palacio del Patriarcado?

—Sí.

—¿Y por quién tengo que preguntar?

—Pregunte por el patriarca.

Bajo el barniz de su humildad y cortesía, Luciani era un hombre que, por sus orígenes humildes y su vocación, poseía un excepcional temple de espíritu. Se negaba a dejarse arrastrar ni por las facciones de izquierda ni por las de derecha, que se enfrentaban en una sorda batalla de pasillos y escalinatas por los vericuetos del Vaticano. La lucha por el poder que se desarrollaba en la Santa Sede dejaba a Luciani a menudo intrigado, ya que no entendía por qué esos hombres tan duchos en arabescos palatinos se habían dedicado al sacerdocio. En su sermón de Pascua de Resurrección de 1976, el patriarca de Venecia señaló:

Hay dentro de la Iglesia quienes sólo viven para causar problemas. Son como esos empleados que primero remueven el cielo y la tierra para conseguir un puesto y que después de conseguirlo se pasan el día remoloneando sin hacer nada; hasta que se convierten en una plaga y un flagelo para sus compañeros y superiores. Sí, hay gente que sólo parece mirar el sol para ver si está sucio.

En su afán por encontrar una síntesis que conciliara lo mejor de las opuestas tendencias que desgarraban a la Iglesia, Luciani, durante su apostolado en Venecia, tuvo que enfrentarse con los más diversos conflictos. El tema del divorcio puede servir de ejemplo.

En Italia, a mediados de los años setenta, el divorcio era legal para el Estado pero inaceptable a los ojos de la Iglesia. En su momento, surgió un movimiento que pretendía que el problema se resolviera mediante un referéndum, a lo cual Luciani se oponía porque con su característica lucidez se daba cuenta de que la solución propugnada terminaría por despedazar a la Iglesia, ya que el resultado de una votación popular sobre el tema arrojaría una abrumadora mayoría a favor de dejar

intactas las leyes que autorizaban el divorcio. Cuando eso ocurriera la.

Iglesia sufriría una derrota oficial en un país al que consideraba como el suyo propio.

Benelli opinaba lo contrario que Luciani. Creía que la Iglesia ganaría si el tema se sometía a referéndum.

Los debates, no sólo dentro de la Iglesia, sino en toda Italia, alcanzaron una inusitada intensidad.

Poco antes de que se votara el referéndum, unos estudiantes de Venecia, agrupados bajo las siglas F. U. C. I. y orquestados por un sacerdote, enviaron un documento de 40 páginas a todos los obispos de la región. Se trataba de un poderoso argumento a favor del divorcio.

Albino Luciani lo leyó con su habitual parsimonia. Lo meditó durante un tiempo y luego hizo resonar los titulares de los periódicos al proscribir aparentemente a la agrupación estudiantil. Para muchos miembros de la Iglesia la acción de Luciani constituyó un acto de coraje. En todo el país, los comentaristas de la actualidad presentaron a Luciani como un ejemplo más de la intransigencia de las jerarquías católicas.

Lo que enfureció a Luciani no fueron los argumentos a favor del divorcio, sino el hecho de que para reforzarlos los estudiantes hubieran citado de forma abusiva a gran cantidad de autoridades religiosas, a teólogos avanzados y diversos documentos emanados del Concilio Vaticano II. Luciani consideraba que utilizar el Concilio de esa forma significaba pervertir las enseñanzas de la Iglesia. Luciani estaba presente cuando nacieron documentos tales como *Lumen gentium*, *Gaudium et spes* y *Dignitatis humanae*. Es indudable que el error puede tener derechos en la Iglesia católica moderna, pero en Venecia, en 1974, Luciani pensaba que estos derechos todavía tenían un límite. Le parecía intolerable que se citara la defensa de los derechos del individuo, según *Dignitatis humanae* [«Proteger y promover los derechos inviolables del hombre constituye el deber esencial del poder civil. Todo gobierno, por tanto, debe garantizar a cada ciudadano, a través de leyes justas y por cualquier otro conducto adecuado, que su derecho a la libertad de religión recibirá una protección efectiva»], para luego agregarle un planteamiento prodivorcista. [«En otras ocasiones la Iglesia se ha visto enfrentada a graves situaciones sociales contra las cuales la única actitud razonable era declinar el empleo de los métodos represivos y adoptar criterios morales y métodos jurídicos para apoyar lo único que era históricamente posible, es decir, de los males el menor. Así, la moral cristiana adoptó la teoría de la guerra justa. Así, la Iglesia toleró la prostitución legítima (incluso en los Estados Pontificios), mientras que obviamente dicha práctica seguía prohibida desde un punto de vista moral. Lo mismo sucede con el divorcio»].

Encontrar un argumento de esta naturaleza yuxtapuesto con una cita como la que figura más arriba, en un intento de que la Iglesia adoptara una postura más liberal en relación con el divorcio, y todo en beneficio de una especie de oportunismo que

aspiraba a elegir del mal el menor, constituía una forma de actuar totalmente inaceptable para Luciani. Es obvio que tanto las enseñanzas del Concilio Vaticano II (que tan apasionado defensor tenía en Luciani) como las propias palabras de la Biblia pueden extrapolarse para demostrar y/o justificar cualquier postura.

Como máximo responsable de la asamblea episcopal de la región del Véneto, Luciani sabía muy bien que la opinión pública consideraría el documento elaborado por el grupo de estudiantes como la postura oficial de las jerarquías eclesiásticas y que en ese caso los creyentes se encontrarían ante un delicado dilema: u obedecer a los obispos del Véneto o seguir a los obispos del resto de Italia, que se pronunciaban con unánime contundencia en contra del divorcio. Es por eso que Luciani tenía que tomar una decisión y la tomó. Tenía que tomar partido y lo tomó. Sin embargo, no llegó a disolver a la organización estudiantil; sencillamente la desautorizó. Utilizó una técnica alrededor de la que pivotaba toda su filosofía. Luciani creía firmemente que es posible alterar los grupos de presión si se logra identificar el centro de poder de los mismos y extirparlo. Lo que hizo en aquel caso fue destituir al sacerdote que cumplía el papel de consejero y organizador del grupo de estudiantes.

En realidad, tal como el padre Mario Senigaglia me señaló, muchos se hubieran sorprendido de haber conocido el punto de vista de Luciani sobre el divorcio.

Tenía una opinión mucho más lúcida de lo que se cree. Reconocía y aceptaba el divorcio. También aceptaba a muchos otros que vivían en lo que la Iglesia denomina «pecado» (o sea, en concubinato). En aquel asunto, lo que le enfureció fueron las justificaciones bíblicas.

Tal como Luciani había profetizado, el referéndum arrojó una mayoría de votos a favor del divorcio. El resultado fue una Iglesia despedazada, un papa obligado a expresar públicamente su sorpresa e incredulidad por el resultado de la votación, y un persistente dilema para quienes tenían que reconciliar a la Iglesia con el Estado.

El dilema personal de Luciani consistía en que debía mantener su inquebrantable obediencia hacia el sumo pontífice, quien a menudo mantenía opiniones distintas a las del patriarca de Venecia. Cuando el papa se pronunció públicamente sobre el divorcio, Luciani se sintió en la obligación de apoyarle también públicamente. Sin embargo, cuando dialogaba en privado con algún miembro de una diócesis, sus ideas por lo común no tenían nada que ver con la postura oficial del Vaticano. A mediados de los años setenta, por ejemplo, Luciani fue adoptando una actitud cada vez más liberal sobre la regulación de la natalidad. Este hombre, a quien falazmente se hizo decir sobre la encíclica *Humanae vitae* que Roma había hablado y que el caso estaba cerrado, sabía que el caso, por el contrario, se hallaba muy lejos de estar cerrado.

El joven sacerdote Mario Senigaglia, que mantenía con Luciani una relación paterno-filial, solía discutir con su jefe distintos problemas morales que afectaban a gentes de la parroquia. Luciani siempre aprobaba las opiniones progresistas de Senigaglia. Éste me comentaría:

Era [Luciani] un hombre muy comprensivo. Muchas, muchísimas veces le oí

hablar con hombres y mujeres casados y decirles: «Hemos convertido el sexo en pecado mortal, cuando en realidad está mucho más cerca de la debilidad y fragilidad consustanciales al hombre que muchos otros pecados que se consideran menos escandalosos».

Está muy claro que Luciani constituía una presa elusiva o incluso irritante para los críticos de Venecia. Algunos creían que demostraba mayor nostalgia por el pasado que un verdadero deseo de cambio. Unos lo etiquetaban con la derecha y otros con la izquierda. Otros identificaban su humildad y amabilidad como mera debilidad. Probablemente la posteridad juzgará al hombre por lo que en realidad dijo más que por lo que otros pensaban que debería decir. Sobre la violencia comentó:

Abolid a Dios del corazón de los hombres, decid a los niños que el pecado es sólo un cuento de hadas que inventaron sus abuelos para que se portaran bien, publicad libros de texto escolares que olviden a Dios y se mofen de la autoridad. Luego no os sorprendáis por lo que ocurre. La educación por si misma no es suficiente. Victor Hugo escribió que una escuela más significa una cárcel menos. ¡Ojalá eso fuera cierto hoy día!

Sobre Israel opinaba:

La Iglesia también debe pensar en las minorías cristianas que viven en los países árabes. La Iglesia no puede abandonar y dejar desvalidas a esas minorías... A mí no me cabe la menor duda de que existe un vínculo especial entre la gente de Israel y Palestina. Sin embargo, aunque quisiera, el santo padre no puede decir que Palestina pertenece a los judíos, puesto que una aseveración de ese tipo sería eminentemente política.

Sobre las armas nucleares:

La gente cree que las armas nucleares son demasiado poderosas y que si se emplearan se destruiría el mundo. Las armas nucleares se fabrican y se acumulan, pero sólo para «disuadir» al enemigo de atacar y para mantener estable la situación internacional.

Mirad a vuestro alrededor. ¿Verdad que en 30 años no ha habido ninguna guerra mundial? ¿Verdad que las más graves crisis entre las dos grandes potencias, Estados Unidos y la URSS, han sido eliminadas?

Mostrémonos felices por este éxito parcial. Un desarme gradual, controlado universal sólo sería posible si apareciera una organización con poderes más efectivos y posibilidades de sancionar más realistas que las Naciones Unidas. También es necesario que la educación en pro de la paz se haga sinceramente.

Sobre el racismo en Estados Unidos:

En Estados Unidos, a despecho de las leyes, los negros viven al margen de la sociedad. Los descendientes de los indios han visto significativamente mejorada su situación sólo en los años recientes.

Calificar a este hombre de reaccionario nostálgico probablemente tenga validez. Anhelaba un mundo que no estuviera ampliamente gobernado por regímenes e ideologías comunistas, un mundo en el que el aborto no fuera una cuestión que se planteara todos los días. Sin embargo, aunque medularmente fuera reaccionario, Albino Luciani tenía algunas ideas progresistas realmente asombrosas.

A comienzos de 1976, Luciani asistió a una conferencia de obispos italianos que se celebró en Roma. Uno de los temas que se trataron abiertamente fue el de la seria crisis económica con la que se enfrentaba Italia. Vinculado a este asunto, había otro

que los obispos discutían en privado: el papel desempeñado en la mencionada crisis por el Vaticano y el buen amigo del obispo Marcinkus, Michele Sindona. El imperio de Sindona había entrado en quiebra de una forma espectacular. Los bancos cerraban en Italia, Suiza, Alemania y Estados Unidos. Sindona, requerido por las autoridades italianas bajo muy diversos cargos, luchaba en Estados Unidos contra su extradición. La prensa italiana había afirmado que el Vaticano había perdido más de cien millones de dólares a consecuencia del «asunto Sindona». El Vaticano rechazó esas informaciones, aunque admitió haber sufrido unas pérdidas sustanciales. En junio de 1975, las autoridades italianas, que seguían solicitando la extradición de Sindona para ponerlo en manos de la justicia de su país, lo sentenciaron *in absentia* a una condena de prisión de tres años y medio, pena máxima a que se le podía condenar bajo los cargos que se le imputaban. Muchos obispos pensaban que Pablo VI debía haber desplazado a Marcinkus de su cargo al frente del Banco del Vaticano cuando la burbuja Sindona pinchó y estalló en 1974. Sin embargo, pasados dos años, el amigo de Sindona seguía al frente del banco.

Albino Luciani abandonó Roma, ciudad que zumbaba y burbujeaba con la especulación sobre los millones que el Vaticano había perdido a causa de la quiebra de Sindona. En la conferencia de obispos se había hablado de las cuantiosas deudas que el Banco del Vaticano había contraído con la banca privada, de la cantidad de acciones que el Vaticano poseía en tal conglomerado o del control que ejercía sobre cual empresa. Luciani regresó a Venecia, donde la Escuela Don Orione para minusválidos no tenía dinero suficiente para comprar libros.

En 1976, poco después de que un terremoto asolará Guatemala, Luciani redactó una carta para ser publicada en la revista de la diócesis. La carta, titulada «Una rebanada de pan, por amor de Dios», se abría con una petición de dinero para socorrer a las víctimas del terremoto. Luciani anunciaba que había autorizado a las iglesias a que realizaran una colecta. Luego pasaba a comentar la situación de la economía italiana y advertía a sus lectores que los obispos italianos y sus comunidades eclesiales estaban comprometidos a dar señales de entendimiento práctico y solidaridad. Luciani se lamentaba de una serie de carencias:

La situación de tantos jóvenes que buscan trabajo y no lo encuentran. La situación de tantas familias que viven la penosa experiencia de ser desalojadas. La de aquellos que buscaron la seguridad en la emigración a tierras lejanas y que ahora se encuentran cara a cara con la perspectiva de un retorno infeliz. La de aquellos que son viejos y están enfermos y que por la insuficiencia de las pensiones sociales sufren peor las consecuencias de la crisis...

Deseo que los sacerdotes recuerden y se refieran con frecuencia, del modo que mejor les parezca, a la situación de los trabajadores. A menudo nos lamentamos de que los trabajadores busquen malos consejos en las organizaciones de izquierda o derecha. Sin embargo, pensemos de verdad qué y cuánto hemos hecho para asegurarnos de que las enseñanzas sociales de la Iglesia se incluyan en el catecismo y por lo tanto en el corazón de los creyentes.

El papa Juan afirmaba que a los obreros se les debe dar el poder necesario para que puedan influir en su propio destino a todos los niveles, incluso en la más alta escala. ¿Es que siempre hemos enseñado esto con valor?

Pío XII, mientras con una mano advertía de los peligros del marxismo, con la otra reprobaba a los sacerdotes que se mantienen indiferentes frente a ese sistema económico que se conoce como capitalismo, cuyas graves secuelas la Iglesia no debe olvidarse de denunciar. ¿Es que siempre hemos seguido esta

conducta?

A continuación, Albino Luciani ofrecía una extraordinaria demostración de lo mucho que aborrecía a una Iglesia opulenta y materialista. Exhortó y autorizó a sus curas y párrocos y a los rectores de los santuarios de su diócesis a que vendieran el oro que poseían, al igual que las tiaras, las diademas y demás objetos preciosos. Lo que se obtuviera con dichas ventas se emplearía en el centro Don Orione para minusválidos. Luciani advirtió a sus lectores que pensaba poner a la venta la cruz enjorada y la cadena de oro que habían pertenecido a Pío XII y que el papa Juan le había dado al nombrarle obispo.

No se recaudará mucho dinero con estas joyas, pero venderlas quizá sirva al menos para que la gente comprenda que los verdaderos tesoros de la Iglesia son, como dijo san Lorenzo, los pobres y los débiles, a los que no se debe ayudar con una limosna fortuita sino de tal forma que poco a poco puedan alcanzar una vida digna y una digna cultura, que es a lo que tienen derecho.

Luciani anunció también que trataría de vender al mejor postor una valiosa cruz pectoral con una cadena de oro y el anillo que había sido de Juan XXIII. Estas joyas le habían sido entregadas a Venecia por el papa Pablo en la visita que realizó en septiembre de 1972. Finalmente, citaba a dos hindúes: a Gandhi, que había afirmado: «Admiro a Cristo pero no a los cristianos», y a Sandhu Singh, cuyas palabras Luciani esperaba que algún día dejaran de ser verdad:

Un día me encontraba yo sentado a orillas de un río. Metí una mano en el agua, cogí un guijarro redondeado y lo partí. Por dentro estaba seco. Esa piedra había permanecido mucho tiempo dentro del río, y sin embargo el agua no había penetrado en ella. Entonces pensé que lo mismo les ocurría a los hombres en Europa. Durante centurias han estado sumergidos en el cristianismo, pero éste no ha penetrado en ellos, no convive con ellos.

Luciani obtuvo respuestas muy diversas. Algunos sacerdotes del Véneto se habían encariñado con las joyas y los tesoros que custodiaban en sus iglesias. Luciani también recibió los ataques de algunos tradicionalistas, orgullosos de recordar la gloria y el poderío inherentes al título de patriarca, y que constituían los últimos vestigios del ya abolido esplendor de la ciudad. Luciani, comprometido en vivir de acuerdo con la verdad esencial y eterna de la Palabra Revelada, recibió en sus oficinas patriarcales a una delegación de irritados ciudadanos tradicionalistas. Tras escuchar las quejas que le planteaban, Luciani les dijo:

Antes que nada soy un obispo entre obispos, un pastor entre pastores, cuya principal obligación es divulgar la buena nueva y asegurar la seguridad de su rebaño. En Venecia lo más que puedo hacer es repetir lo que ya dije en Canale, en Belluno y en Vittorio Véneto.

Después, Albino Luciani llamó al cuartel de bomberos, alquiló una barca y se fue a visitar a los enfermos de un hospital cercano.

Como ya ha sido reseñado, uno de los métodos que este peculiar pastor de hombres empleaba para comunicarse con su grey era la pluma escribir. En más de una

ocasión, Luciani comentó a su secretario que de no haber sido sacerdote seguramente habría terminado como periodista. A juzgar por sus escritos, hubiera sido un espléndido fichaje para la profesión. A comienzos de los años setenta, Luciani había articulado una interesante técnica para plantear una serie de postulados morales a los lectores de la revista de la diócesis: escribir cartas dirigidas a diversas personalidades literarias e históricas. Los artículos llamaron la atención del avisado editor de un periódico de la localidad, quien invitó a Luciani a ampliar su audiencia escribiendo en su periódico. Luciani llegó a la conclusión de que tenía más posibilidades de difundir la buena nueva a través de la prensa de masas que predicando en unas iglesias semidesiertas. A la larga, una colección de estas cartas se publicó en forma de libro, con el título *Illustrissimi*, o sea, los más ilustres.

El libro es una delicia. Además de servir como documento inapreciable para comprender la interioridad de tan complejo personaje, cada carta trata algunos aspectos de la vida moderna. Luciani muestra en ellas una habilidad pasmosa para comunicarse con la gente. Las cartas constituyen también un testimonio clarísimo de la vasta cultura que poseía Luciani, empedernido lector. Chesterton y Walter Scott son interpelados por carta, al igual que Goethe, Alessandro Manzoni, Marlowe y otros. Incluso hay una carta que el patriarca dirige a Jesucristo y que empieza de una forma característica en Luciani:

Querido Jesús: Me han criticado. «Es obispo, cardenal —dice la gente—. Ha escrito cartas a todo tipo de personas: a Mark Twain, a Péguy, a Casella, a Penélope, a Dickens, a Marlowe, a Goldoni y el cielo sabe a cuántos otros. Sin embargo, no le ha mandado ni una línea a Jesús».

En su carta a san Bernardo, Luciani se desborda en un diálogo en el que el santo le da sabios consejos, que incluyen un ejemplo de lo voluble que puede llegar a ser la opinión pública.

En 1815, el periódico oficial francés *Le Moniteur* enseñó a sus lectores a seguir los progresos de Napoleón. «El maleante se escapa de la isla de Elba». «El usurpador llega a Grenoble». «Napoleón entra en Lyon». «El emperador arriba esta noche a París».

En cada carta Luciani aconseja a su grey que sean prudentes, responsables, humildes, fieles, caritativos. Como obra destinada a comunicar el mensaje de Cristo, el librito de Luciani vale más que veinte encíclicas.

Difundir la buena nueva constituye sólo una faceta de la labor de Luciani en los años que estuvo en Venecia. Otra de sus tareas consistía en doblegar la tozudez recalcitrante de algunos de sus curas. Además de los que se dedicaban a desalojar inquilinos o a quejarse porque el patriarca vendiera los tesoros de la Iglesia, había otros que abrazaban el marxismo con tanta devoción como la que desplegaban otros más para afiliarse al capitalismo. En cierta ocasión, un cura escribió con letras rojas a lo largo de la fachada de su parroquia: «El primer socialista fue Jesús». Otro se subió al púlpito en la cercana aglomeración de Mestra y, ante unos atónitos feligreses declaró: «No seguiré trabajando para el patriarca mientras no me aumente el sueldo».

A Albino Luciani, que era un hombre con un desarrollado sentido del humor, no le hacían gracia semejantes actitudes. En julio de 1978, desde su púlpito en la iglesia del Redentor de Venecia, se dirigió a su congregación para hablarles del pecado de la clerecía: «El papa, los obispos y los sacerdotes no somos más que unos pobres hombres sujetos al error, y por lo tanto a menudo cometemos errores».

Al llegar a este punto, Luciani levantó la vista de su manuscrito y, mirando directamente a la gente congregada, declaró con absoluta franqueza: «Estoy convencido de que cuando Pablo VI me nominó para la sede de Venecia cometió un error».

A los pocos días de que Luciani hiciera este comentario, a las 9,40 de la noche del domingo 6 de agosto de 1978, Pablo VI espiraba. El trono estaba vacío.



El papa Pablo IV con su Secretario de Estado, Cardenal Villot.



El Cardenal Cody de Chicago (primer plano, a la izquierda). Detrás del Papa Pablo VI está Helen Wilson.

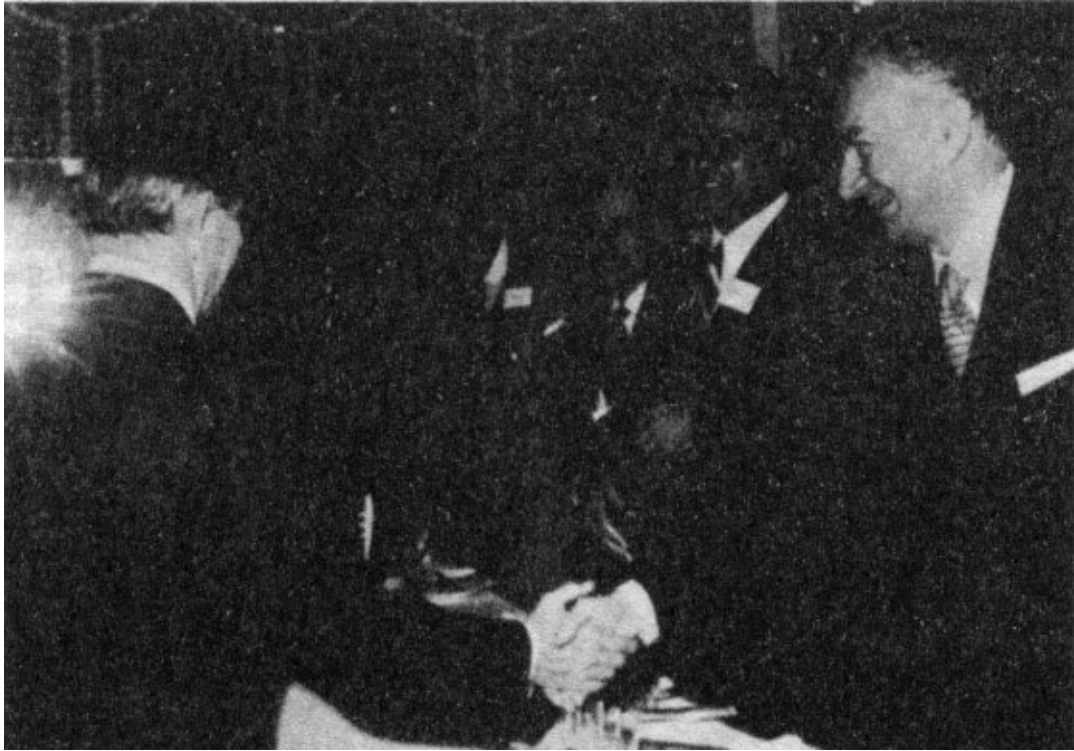




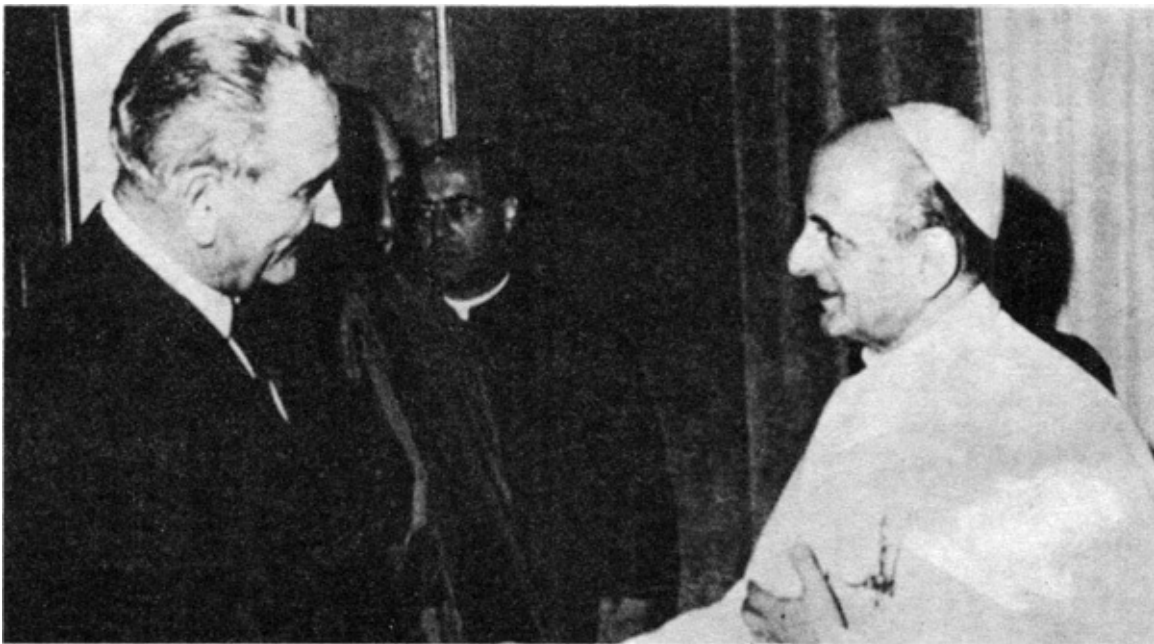
El Amo del Títere, Licio Gelli, inclinado hacia delante conversando con el General Juan Perón y esperando ser recibido por el Papa Pablo VI.



El Presidente Nixon con el Papa Pablo VI y el Monseñor Macchi, uno de los miembros de la «Mafia de Milán».



John Volpe, entonces embajador de los Estados Unidos en Roma, congratula a Sindona (a la derecha) al ser designado «Hombre del Año» por el Club Americano.



El Presidente Lyndon B. Johnson se reúne con el Papa Pablo VI. Con Paul Marcinkus (segundo de la izquierda) como interprete.

El trono vacío

Antes de que pasaran 24 horas de la muerte de Pablo VI, con su cuerpo sin enterrar y su apostolado sin haber sido evaluado, la casa de apuestas londinense Ladbrokes abrió un registro sobre la elección papal. El Catholic Herald, al tiempo que criticaba el hecho en su primera página, se cuidaba también de informar a sus lectores de cómo iban las apuestas.

El favorito era el cardenal Pignedoli, que se cotizaba 5 a 2. Le seguían los cardenales Baggio y Peletti, empatados con una cotización de a 2. Más atrás, con una cotización de 4 a 1, aparecía el cardenal Benelli. Otro candidato que apuntaba alto era el cardenal Willebrands, con 8 a 1. El cardenal Koenig se cotizaba 16 a 1, y el cardenal británico Hume, 25 a 1. El sorprendente acopio de apuestas por Hume se debía probablemente a unas recientes declaraciones suyas, en las que manifestaba modestamente que carecía de condiciones para el cargo. Las apuestas por el cardenal Suenens eran todavía más elevadas. Albino Luciani ni siquiera figuraba entre los inscritos en la carrera pontificia.

Acusada de practicar el mal gusto, Ladbrokes se defendió con el argumento de que en relación con el trono vacío «los periódicos abundan en especulaciones sobre favoritos, concursantes y outsiders».

De hecho, las especulaciones ya habían empezado antes de que Pablo VI muriera. Peter Hebblethwaite, un exjesuita dedicado a la vaticanología, se había preguntado en el Spectator del 29 de julio: «¿Quiénes se preparan para participar en la carrera por el trono?». Según él, los tres caballos en mejor forma eran Pignedoli, Baggio y Pironio. Se desconoce si en sus últimos días de vida Pablo VI llegó a leer un comentario de Hebblethwaite que decía: «No cabe esperar que el papa viva mucho tiempo».

Los medios de comunicación italianos actuaban con más parsimonia. Al día siguiente de la muerte del papa, la radio no emitió otra cosa que música de Beethoven. Un día después se frivolizó un poco con composiciones de Mozart. Al tercer día la dieta consistía en música orquestal ligera. Al cuarto día la solemnidad disminuyó un poco más con la inclusión de canciones como Moonlight Serenade o Stardust. En esos días, la televisión italiana abasteció a sus consumidores con una gran variedad de filmes poblados de monjas, papas y cardenales.

Un cuidadoso análisis de lo que publicó la prensa de habla inglesa en las primeras semanas de agosto de 1978 indica que si los 111 cardenales estaban tan perplejos como los vaticanólogos a la Iglesia le esperaba un largo y encrespado cónclave.

Los seguidores de Hebblethwaite deben de haber sufrido lo suyo para apostar por algún candidato en concreto. En el Sunday Times del 13 de agosto, los cardenales Felici, Villot, Willebrands, Pellegrino y Benelli se sumaron a la lista de posibles ganadores. Al otro domingo, el antiguo jesuita anunciaba a sus lectores: «El nuevo papa puede ser Bertoli». Al domingo siguiente, hasta el propio Luciani figuraba en la nómina. Parecía Hebblethwaite un cronista hípico que informara sobre montas y

ensayos para el Grand National o el Derby. Si mencionaba a todos los caballos, el periódico podría citar, después de la carrera, sus pronósticos sobre el ganador.

Un vendedor de pescado de Nápoles tuvo bastante mejor fortuna. Combinando los números derivados del día de la muerte de Pablo VI sacó el primer premio de la lotería nacional.

A pesar de la pompa y ceremonia, el funeral de Pablo VI resultó muy poco emotivo. Era como si su pontificado hubiera terminado mucho tiempo antes. Después de *Humanae vitae* el papa no había publicado ninguna otra encíclica, y aparte de sus valerosas intervenciones con ocasión del secuestro y posterior asesinato de su íntimo amigo el ex primer ministro Aldo Moro, era muy poco lo que Pablo VI había hecho en los diez últimos años, como para que la gente lamentara demasiado su muerte. Era un hombre que inspiraba respeto, no amor. Se publicaron numerosos artículos, largos y eruditos, que analizaban a fondo su pontificado, pero si el futuro lo recuerda será principalmente por haber sido el hombre que proscribió el uso de la píldora. Probablemente es un cruel epitafio, un resumen injusto de una mente a menudo brillante y a veces torturada. Sin embargo, para el común de los mortales es mucho más importante lo que sucede en la cama de matrimonio que el hecho de que Pablo VI haya viajado mucho en avión, haya saludado con la mano en el aire a multitud de gente y haya sufrido profundas angustias psicológicas.

En octubre de 1975, Pablo VI había dictado unas normas estrictas para que se aplicaran al producirse su fallecimiento. Una de estas normas establecía que todo cardenal que estuviera al frente de cualquier departamento de la Curia romana debía renunciar automáticamente a su cargo. De esa forma, el sucesor de Pablo VI tendría una completa libertad de acción para efectuar nombramientos. Esta normativa también consiguió que durante el período de sede vacante, que es el que transcurre entre la muerte del papa y la elección de su sucesor, los nervios se desataran dentro del Vaticano. Una de las pocas excepciones a la regla sobre la renuncia automática era la del camarlingo de la Santa Sede. Entonces el cargo lo ocupaba el secretario de Estado, el cardenal francés Jean Villot. Hasta que el trono estuviera nuevamente ocupado, Villot sería el custodio de las llaves de San Pedro. Mientras se prolongara la vacante papal, el gobierno de la Iglesia quedaba encomendado al Sacro Colegio de Cardenales, cuyos miembros estaban oficialmente obligados a realizar sesiones diarias, llamadas «congregaciones generales».

Otra de las normas dictadas por el papa se convirtió en seguida en el centro de una furiosa controversia que protagonizó los primeros debates de la congregación general. Pablo VI había excluido del cónclave que designaría a su sucesor a los cardenales que tuvieran más de ochenta años. Ottaviani lanzó un furibundo ataque contra esta ordenanza. Con el apoyo del cardenal Confalonieri, de 85 años de edad, Ottaviani y los demás cardenales octogenarios y nonagenarios trataron de que la cláusula fuera anulada. Pablo VI había mantenido numerosas batallas con este grupo. Después de muerto les ganó la última. Los cardenales del Sacro Colegio decidieron

por votación adherirse al reglamento. La congregación general llegó a discutir incluso durante más de una hora si las papeletas con el voto había que doblarlas una vez o dos.

Roma se empezaba a llenar, aunque no de italianos, que en su mayoría disfrutaban de las playas. Además de turistas, pululaban zumbantes grupos de presión, vaticanólogos, corresponsales de prensa extraños y la habitual turbamulta de lunáticos. Entre los últimos había grupos que se desplegaban incansables por la ciudad y pegaban en sus muros carteles con una rogativa: «Elegid un papa católico». Uno de los «expertos» en vaticanología se apresuró a diagnosticar en revista Time: «No conozco a un solo cardenal italiano dispuesto a conceder graciosamente su voto a un extranjero». Era evidente que el experto no conocía a muchos cardenales italianos, entre ellos al entonces patriarca de Venecia. Antes de partir hacia Roma, Luciani se reunió con su ya exsecretario, el padre Senigaglia. En el transcurso de dicha reunión, Luciani dejó bien claro lo que pensaba: «Creo que ha llegado el momento de que la Iglesia tenga un pontífice del Tercer Mundo».

Tampoco mantuvo en secreto el nombre de Su candidato. Era el cardenal Lorscheider, de Brasil, arzobispo de Fortaleza. Según una opinión ampliamente difundida, a Lorscheider se le tenía como una de las mentes más privilegiadas de la Iglesia. Como patriarca de Venecia, Luciani había llegado a conocerle bien, tal como le confió a Senigaglia: «Lorscheider es un hombre fiel y culto. Más aún: conoce muy bien Italia y a los italianos. Y lo que es más importante: está en cuerpo y alma con los pobres».

Aparte de haberse encontrado en Italia varias veces, en 1975 Luciani había estado un mes en Brasil con Lorscheider. Ambos habían platicado en muy diversos idiomas y habían descubierto complacidos lo mucho que tenían en común. Lo que Luciani desconocía era el altísimo concepto que Lorscheider tenía de él. Más tarde, Lorscheider, aludiendo al tiempo que pasaron juntos en Brasil, observaría lo siguiente: «En aquella ocasión, mucha gente arriesgó la suposición de que tal vez un día el patriarca de Venecia se convirtiera en papa».

Luciani se desplazó a Roma por carretera, en un coche que conducía el padre Diego Lorenzi (que había reemplazado a Senigaglia como secretario del patriarca dos años antes), y se alojó en la residencia de los agustinos, cerca de la plaza de San Pedro. Aparte de su obligatoria asistencia diaria a la congregación general, Luciani se mantuvo apartado y se dedicó a vagabundear por los jardines agustinos, dedicado apaciblemente a la contemplación. Muchos de sus colegas llevaban una vida más agitada, como por ejemplo el favorito de las apuestas de I Ladbrokes, el cardenal Pignedoli.

Pignedoli había sido un amigo muy próximo del difunto Pablo VI. Con malicia, con crueldad quizás, algunos comentaristas observaron que Pignedoli debía de ser el único amigo que Pablo había tenido. Parecía ser el único que llamaba al fallecido pontífice por el cariñoso apelativo de «don Battista». Para apoyar a Pignedoli, el

cardenal Rossi, de Brasil, se las veía y se las deseaba para recordar a los demás cardenales que, según la tradición, el papa solía dar indicios para sugerir quién debía sucederle, e insistía en que Pignedoli era «el hijo predilecto» de Pablo VI. Pignedoli, hombre culto, era uno de los cardenales más progresistas de la Curia y por lo tanto no era del agrado de la mayoría de los cardenales pertenecientes a ésta. Pignedoli había recorrido el mundo y (lo que quizá reforzara más que nada su candidatura) había influido directa o indirectamente en la designación de al menos veintiocho cardenales.

Una carrera franca para competir por el trono del Vaticano es algo que está bastante mal visto en las altas instancias de la Iglesia católica. Los candidatos no reciben aliento ninguno para anunciar públicamente su programa o su plataforma de gobierno. En teoría, no hay electoralismo, no hay pactos ni trapicheos y no existen los grupos de presión. En la práctica existen todas esas cosas y mucho más. En teoría, los cardenales se reúnen en un cónclave secreto y esperan la iluminación del Espíritu Santo. A medida que discurrían los tórridos días de agosto, las llamadas telefónicas, las reuniones secretas y las promesas preelectorales aseguraban que el Espíritu Santo contaría con abundante ayuda del reino de este mundo.

Una técnica tradicional consiste en que los candidatos afirmen que carecen de las condiciones para ocupar el cargo. En los prolegómenos de la elección de Luciani, numerosos cardenales hicieron esa afirmación con sinceridad, como el británico Basil Hume. Otros que efectuaron afirmaciones similares se habrían sentido acongojados si sus colegas se las hubieran tomado en serio.

Anfitrión de un té en la tarde del 17 de agosto ofrecido a un grupo de cardenales que eran sus huéspedes y que cubrían todo el espectro desde la derecha a la izquierda pasando por el centro, Pignedoli declaró que, a despecho de lo que se vaticinaba e incluso de lo que se daba por descontado, él no se veía con la talla adecuada para ocupar el papado y sugirió a sus colegas que votaran al cardenal Gantin. Se trataba más de un espejismo que de una verdadera sugerencia.

Gantin, el cardenal negro de Benín, contaba 56 años. Por lo tanto, y a causa de su relativa juventud, había muy pocas posibilidades de que resultara elegido. La edad ideal para ocupar el trono pontificio se consideraba entre los 65 y los 70 años. Pignedoli tenía entonces 68 años. Además, el cardenal Gantin era negro, y el racismo no deja de existir cuando se cruza el Tíber y se penetra entre las sagradas murallas del Vaticano. Al adelantar el nombre de Gantin, Pignedoli maniobraba hábilmente para conseguir los votos del Tercer Mundo, cuyos cardenales ascendían a treinta y cinco, lo que los constituía en una importante minoría.

Pignedoli no vaciló en señalar que fuera quien fuese el que resultara elegido, debía proclamarse a la mayor brevedad. Las votaciones comenzarían el sábado 26 de agosto por la mañana. Pignedoli señaló que lo mejor sería que el domingo 27 por la mañana el nuevo papa ya estuviera en condiciones de dirigirse a la multitud que a mediodía abarrotaría la plaza de San Pedro.

Mientras más cundiera entre los cardenales la voluntad de cerrar rápidamente el cónclave, más ventajosa sería la posición de los candidatos que contaban con un mayor prestigio previo, lo que en lenguaje electoral se llamaría tener mejor cobertura. Los cardenales, como cualquier otro mortal humano, tienen una enorme predisposición a dejarse influir por la propaganda.

Para alcanzar el pontificado, Pignedoli sabía que debía buscar apoyo entre los cardenales no pertenecientes a la Curia; sólo así podría alcanzar los 75 votos necesarios (los dos tercios más un voto). Cuando en la Curia terminaran con sus batallas internas, seguramente sus miembros se apiñarían alrededor de un único candidato, y de ser posible uno de su propio grupo. Entre los expertos, los nombres de los candidatos de la Curia se sucedían como pelotas en las manos de un malabarista: Bertoli, Baggio, Felici.

En una curiosa maniobra para fomentar su propia candidatura, el cardenal Baggio se puso en contacto con Paul Marcinkus y le aseguró que si resultaba elegido lo confirmaría en su puesto como administrador del Banco del Vaticano. A Marcinkus no le afectaba como a los cardenales el edicto de Pablo VI que había obligado a éstos a renunciar a sus cargos oficiales, por lo que seguía al frente del banco y nada indicaba que no fuera a continuar en el cargo. La actitud de Baggio engañó a los observadores italianos, que si hubieran logrado convencer para que hablara a cualquiera de los cardenales de la congregación general seguramente habrían comprendido el verdadero y más profundo significado de esa extraña actitud.

En las reuniones diarias de la congregación se planteaban de una forma muy seria los problemas que afrontaba la Iglesia y se elucidaban posibles soluciones. De esta forma, los candidatos al papado resultaban ser los que se mostraran más hábiles para enfrentarse a los problemas y encontrarles solución. Los temas que se trataban en las reuniones de agosto eran inevitablemente de largo alcance. Los principales se referían a la disciplina dentro de la Iglesia, a la evangelización, al ecumenismo, al colegialismo y a la paz mundial. También había otro tema muy preocupante para los purpurados: las finanzas de la Iglesia. Muchos cardenales se asombraban de que Marcinkus siguiera al frente del Banco del Vaticano después del escándalo Sindona. Otros exigían una investigación a fondo sobre las finanzas del Vaticano. Como secretario de Estado y camarlengo, el cardenal Villot se vio obligado a escuchar una larga lista de quejas que tenían un denominador común: el nombre del obispo Paul Marcinkus. Ahí residía el motivo de que Baggio hubiera ofrecido a Marcinkus la continuidad en su cargo, maniobra con la cual se trataba de mantener el *statu quo* y que podía acarrear a Baggio los votos de hombres como el cardenal Cody, que verían con muy buenos ojos que Marcinkus siguiera donde estaba.

El cardenal de Florencia, Giovanni Benelli, también preocupaba a los observadores. Como hombre de confianza de Pablo VI, el cardenal Benelli se había ganado muchos enemigos, aunque también se sabía que podía manejar a su albedrío por lo menos 15 votos.

Para complicar y enlodar todavía más las cosas, los 15 ancianos que estaban a punto de ser excluidos del cónclave empezaron a presionar a sus colegas más jóvenes. El grupo de los viejos, que contaba en su seno con algunos de los personajes más reaccionarios del Vaticano, empezó a apoyar, como era de esperar, al cardenal que mejor representaba el sentir del grupo. Se trataba de Giuseppe Siri, arzobispo de Génova, que había encabezado la lucha contra muchas de las reformas emanadas del Concilio Vaticano II. Ya en el cónclave anterior, del que salió ungido Pablo VI, el cardenal Siri había sido el principal candidato del ala derechista de la Iglesia. Gran número de los excluidos tenían la convicción de que Siri era el hombre ideal para ocupar la silla de San Pedro. Sin embargo, no había unanimidad entre los octogenarios. Al menos uno de ellos, el cardenal Cario Confalonieri, había empezado a cantarle suaves alabanzas a Albino Luciani. De todos modos, el grupo, como un todo, coincidía en señalar que Siri tenía que ser el nuevo papa.

El cardenal Siri se queja de ser un hombre muy incomprendido. En cierta ocasión criticó en un sermón a las mujeres que usaban pantalones, a las que exhortó para que volvieran a llevar vestidos «de modo que puedan recordar cuál es su verdadera función en esta tierra».

Cuando se celebraron las nueve misas rituales en memoria de Pablo VI, uno de los encargados de las homilías era el cardenal Siri. Este hombre, que había bloqueado y obstruido cualquier acción de Pablo VI, afirmó en su homilía que se identificaba plenamente con las actitudes y objetivos del fallecido pontífice. La prensa apenas se percató de la campaña a favor de Siri, uno de cuyos argumentos, ayudado por los que le apoyaban, consistía en que los papas tenían que ser italianos. Insistir en esta idea, aun a sabiendas de que de los 111 cardenales que formarían parte del cónclave sólo 27 eran italianos, es una típica demostración de la forma de pensar que predomina en el Vaticano.

La creencia de que sólo un pontífice italiano puede, no sólo ejercer su dominio en el Vaticano y en la Iglesia católica a lo ancho de todo el mundo, sino también gobernar la propia Italia, está profundamente imbricada en la mentalidad pueblerina de la Santa Sede. El último de los papas llamados «extranjeros» era entonces el holandés Adriano VI elegido en 1552. Este hombre, de profundo talento y escrupulosa honestidad, no tardó en descubrir los muchos males que florecían en Roma. En un intento por detener la creciente ola de protestantismo que se expandía por Alemania, Adriano VI escribió a su delegado en este país una carta en la que manifestaba:

Considero oportuno que digáis que reconocemos con entera franqueza que [...] a lo largo de muchos años los episodios más aborrecibles se han dado cita en torno a la Santa Sede. Las cosas sagradas han sido maltratadas y se han transgredido las ordenanzas. La situación ha ido de mal en peor. Por lo tanto, no es de sorprender que la ruindad haya descendido de la cabeza a los miembros, de los papas a las jerarquías. Todos nosotros, dignatarios y clerecía, nos hemos apartado un gran trecho del buen camino [...]. Así las cosas, podéis prometer en nuestro nombre que, antes que nada y con la mayor diligencia, trataremos de reformar lo que es quizá la fuente de la que manan todos los males: la Curia romana.

A los pocos meses de haber hecho esta afirmación, el papa Adriano moría. Todo parece indicar que fue envenenado por su médico.

Siglos después, al morir Pablo VI, la minoritaria Curia romana se reafirmaba en sus seculares ambiciones de predominar sobre la mayoría. En una de las primeras sesiones de la congregación general, cuando sólo se hallaban presentes 32 cardenales, en su mayoría italianos, se acordó que los 111 cardenales no se encerrarían para el cónclave hasta el viernes 25 de agosto, y que las votaciones no empezarían hasta el sábado 26. La demora era de veinte días, exactamente un día menos que el límite tolerado por las disposiciones de Pablo VI. Este retraso ha sido también el más largo de la historia moderna. En 1878, por ejemplo, sin tener a su disposición ninguna compañía aérea, los cardenales sólo esperaron un lapso de diez días antes de celebrar el cónclave del que saldría elegido León XIII. La Curia trató de exprimir al máximo en su favor las tres semanas de plazo máximo concedidas por Pablo VI. En ese tiempo podrían persuadir a los cardenales «extranjeros», sobre la sabia conveniencia de elegir a un italiano como sucesor de Pablo. Sin embargo, se encontraron con una inesperada oposición. Albino Luciani no era el único en creer que había llegado la hora de elegir un papa del Tercer Mundo. Muchos de sus colegas del Tercer Mundo pensaban lo mismo.

La mayoría de los cardenales de América latina asistieron a una reunión secreta que se celebró en el Colegio Brasileño de Roma, el 20 de agosto de 1978. No se llegó a ningún acuerdo para proponer a un candidato único, pero sí se convino que se requería un papa con vocación pastoral, un hombre con manifiesta beatitud que reconociera las aspiraciones de los pobres y que estuviera dispuesto a compartir el poder, a hacerlo colegiado. Un hombre, en suma, que por su naturaleza y cualidades pudiera aspirar a que el mundo entero le oyera. La capilla de cardenales latinoamericanos daba una importancia más crucial a lo que el papa debía representar que al hecho mismo de que tal cardenal resultara el nuevo papa, aunque las condiciones y los atributos exigidos reducían drásticamente la lista de postulantes.

En Florencia, Giovanni Benelli^[3], del que muchos observadores pensaban que aspiraba al pontificado, recibió el comunicado de Latinoamérica, verdadero pliego de condiciones de las características que se le exigían al futuro santo padre.

Al repasar las cualidades humanas que los latinoamericanos buscaban, Benelli sonrió. El informe de sus colegas de América del Sur parecía la biografía del hombre que el propio Benelli consideraba que debía ser elegido. Benelli marcó un número de teléfono. Era una llamada la larga distancia. Pocos instantes después, Benelli se enzarzaba en una animada conversación con el cardenal belga Suenens.

En Roma, mientras tanto, Pignedoli seguía agasajando con magníficas cenas a sus colegas. Los cardenales de la Curia no cejaban en su discreta campaña en favor de Siri y la oficina de prensa del Vaticano se mantenía firme en su tradicional política de brindar el mínimo de cooperación a los corresponsales de prensa de todo el mundo, a medida que se acercaba la fecha de lo que Peter Nichols, de The Times, llamaba «la

votación más secreta del mundo».

Los cardenales latinoamericanos no constituían el único grupo que había elaborado un documento en el que se especificaban las condiciones que debía reunir el futuro pontífice. Una semana antes, un grupo de católicos que se autodenominaba C. R. E. P. (Comité para una Responsable Elección Papal) organizó una conferencia de prensa en el Hotel Columbus, de Roma. El valiente al que eligieron para que respondiera a las preguntas de más de cuatrocientos reporteros era el padre Andrew Greely. Sin pertenecer personalmente al C. R. E. P., Greely y un grupo de teólogos se habían encargado de elaborar el retrato ideal del nuevo papa en beneficio del mencionado comité.

El documento provocaría multitud de críticas. Muchas eran banales, otras lo desdeñaban. Indudablemente parecía que los firmantes del documento requerían la aparición de un hombre excepcional. Tampoco cabe duda de que el documento demostraba un profundo amor por la Iglesia católica romana. Los hombres que lo apoyaban manifestaban una especial preocupación, rayana en la desesperación, por la naturaleza y las cualidades que debía reunir el nuevo pontífice. Para descalificar a hombres de la calidad de Hans Kung, Yves Congar y Edward Schillebeeckx se requiere tener un cerebro que bordee la esterilidad espiritual. El profesor Kung, por ejemplo, en opinión de muchas personas que están en condiciones de emitir un juicio de este calibre, es el más brillante teólogo vivo del catolicismo. Todos los signatarios del informe que Greely presentó a la prensa tienen un brillante historial.

Se pide ayuda:

Se busca un hombre piadoso, esperanzado, que pueda sonreír.

Se ofrece un trabajo interesante, con salario y residencia asegurados de por vida. Protección garantizada por un cualificado organismo de seguridad. Dirigirse al Colegio de Cardenales, Ciudad del Vaticano.

Así empieza el informe. Prosigue con la descripción del hombre que, según los signatarios, debería ser elegido por el cónclave. No tenía importancia que fuera o no de la Curia, que fuera o no italiano, que perteneciera al Primero, Segundo o Tercer Mundo. También carecía de importancia que fuera o no un intelectual, que fuera un diplomático o un conductor de rebaños, un administrador de probada eficiencia o un hombre sin experiencia en la materia. Tal como afirmaban los teólogos, «en estos críticos tiempos que vivimos, se necesita un hombre con esperanza, piedad, bondad y alegría. Un hombre bueno que sonría. Un papa, no sólo para los católicos, sino para todo el mundo. Un hombre totalmente limpio, con el más mínimo interés especulativo o financiero».

Había otras virtudes esenciales que el documento enumeraba.

Leer las calificaciones que se le pedían al futuro papa y compararlas con la lista de los principales candidatos producía un desaliento casi desesperado.

Greely resistió una oleada de preguntas, un verdadero asedio periodístico cada vez más agresivo. En una sala repleta de hombres (la mayoría de los reporteros eran

italianos, de sexo masculino), Greely cometió la osadía de afirmar que tal vez no fuera una mala idea designar a una mujer para el pontificado. Se necesita tener un enorme coraje para decirlo ante más de trescientos agresivos machos italianos. La rueda de prensa terminó en medio de bastante alboroto, con una joven italiana que gritaba que el padre Greely era un perverso y acusándole de tener problemas sexuales.

Unos días más tarde, en una entrevista que le hicieron para la revista italiana Panorama, el profesor Hans Kung declaró que toda la Iglesia católica romana tenía y seguiría teniendo problemas sexuales mientras no se hiciera una revisión de la *Humanae vitae*. De ese modo, Kung ¿consideraba el control de natalidad como el principal problema que debería afrontar el nuevo pontífice. «Se trata de un problema fundamental tanto en Europa como en Estados Unidos, pero sobre todo en el Tercer Mundo. Es necesario revisar la encíclica *Humanae vitae*. Numerosos teólogos y obispos aceptarían de buen grado los métodos anticonceptivos. Lo importante es hacerse a la idea de que las reglas establecidas en el pasado por un papa pueden ser luego corregidas por otro». El 21 de agosto, el cardenal Lorscheider, de Brasil, hizo públicas en una entrevista las características que figuraban en el documento que había elaborado con sus colegas de América latina. Manifestó que buscaban un hombre con esperanzas; un hombre que asumiera una actitud positiva en relación con el mundo; un hombre que no tratara de imponer soluciones cristianas a quienes no eran cristianos; un hombre que fuera un buen pastor, un buen conductor de hombres, tal como lo había sido Jesucristo; un hombre que creyera sinceramente que la conferencia episcopal podía ser un factor influyente para el pontificado y no una simple parodia; un hombre firmemente dispuesto a encontrar una nueva salida al problema de la fecundidad, sin que por ello tuviera que transgredir el espíritu de *Humanae vitae*, sino al revés: trascenderlo.

Los cardenales Benelli y Suenens, que en esos días todavía evitaban sumirse en el agobiante calor de Roma, se dedicaban sigilosamente a cimentar la candidatura de un hombre que se adaptaba con absoluta precisión a los deseos de los cardenales latinoamericanos, del padre S Greely y del profesor Kung. Ese hombre, por supuesto, no era otro que Albino Luciani.

Cuando el nombre de Luciani apareció fugazmente en la prensa italiana, su candidatura fue rápidamente descalificada como una cortina de humo. Un experto en cuestiones vaticanas se refirió a Luciani como «el descolorido patriarca de Venecia». Giancarlo Zizola, que debía de estar más informado, pocos días antes del cónclave escribió una displicente biografía de Luciani titulada: «Con los pobres (no con la izquierda)». Zizola, nueve años antes, le había hecho a Luciani una larga y profunda entrevista. Citando una fuente sin especificar, Zizola diría poco antes del cónclave: «Lo menos que se puede decir de Luciani es que se ha convertido en el líder reconocido de la derecha eclesiástica: una réplica veneciana del cardenal Ottaviani».

Al ser preguntado por la prensa sobre la aparición de su nombre entre los

candidatos al triunfo, Luciani descartó la posibilidad con una sonrisa: «A lo sumo figuraré en la lista C de los aspirantes». Satisfechos con esta respuesta, los medios de difusión le dejaron en paz. Su nombre muy pronto se relegó al olvido.

Voluntariamente apartado de los tejes y manejes, Luciani se paseaba por los jardines de la residencia agustina, desde los cuales se podía ver la plaza de San Pedro. Solía platicar con el padre Clemente, un jardinero que sudaba laborioso entre los nítidos arriates de flores. Luciani le explicó que de muchacho trabajaba la tierra. «Entonces —confesó— tenía callos en las manos. Ahora los tengo en el cerebro».

Aunque la fecha del cónclave se acercaba, Albino Luciani se dedicaba a otros menesteres. A su Lancia 2000, que tenía desde hacía cinco años, se le había estropeado el motor. Luciani le pidió a su secretario, el padre Lorenzi, que lo llevara de inmediato a reparar. Las votaciones del cónclave estaban fijadas para iniciarse el sábado 26 de agosto y Luciani insistía en que su coche debía estar dispuesto para regresar a Venecia el martes 29. Quería marcharse de Roma nada más terminarse el cónclave. En casa le esperaba mucho trabajo.

El 25 de agosto, Luciani escribió a su sobrina Pía:

Querida Pía: Te escribo para mandarte los sellos nuevos sobre la Sede Vacante y para felicitarte por haber aprobado tu primer examen. Esperemos que el Señor también te ayude a superar los demás. Hoy hemos terminado las sesiones de la congregación general que preceden al cónclave. Al final de la sesión hemos sorteado las celdillas y hemos ido a visitarlas. A mí me ha tocado el número 60, que es un cuarto de dibujo transformado en dormitorio. He tenido la sensación de volver a entrar en el seminario de Feltre, en 1923. En la celda hay una cama, un colchón y una bacía para lavarse.

En la celda 61 está el cardenal Tomasek, de Praga. A continuación Tarancón, de Madrid; Madeiros, de Boston; Sin, de Manila; y Maluial, de Kinshasa. Si no fuera porque falta un australiano podríamos representar una congregación de todas partes del mundo. No sé cuánto se prolongará el cónclave; es difícil encontrar a la persona adecuada para hacer frente a tantos problemas, que son como pesadas cruces. Afortunadamente, estoy fuera de peligro. Ya supone una gran responsabilidad tener que depositar un voto en estas circunstancias. Estoy seguro de que, como buena cristiana que eres, rezarás por la Iglesia en estos momentos. Saluda de mi parte a Francisco y a tus padres. Diles que si no les escribo es porque estoy muy ocupado. Tuyo afectuosamente,

Albino Luciani

Al día siguiente, pocas horas antes de que se iniciara el cónclave, Luciani escribió a su hermana Antonia.

Querida hermana: Te escribo brevemente antes de que se reúna el cónclave. Éstos son momentos de responsabilidad, incluso aunque yo mismo no corra ningún peligro, salvo que haya una confabulación. Depositar cada cual su propio voto para nominar a un papa, en estos tiempos que vivimos, supone una pesada carga. Ruega por la Iglesia y mándale un cariñoso saludo a Errere, Roberto y Gino.

Albino Luciani

Al entregar esta carta en el convento de los agustinos para que la depositaran en el correo, Luciani les recordó que había dejado casi todas sus pertenencias en su habitación. Esa misma mañana, había celebrado una misa «por la elección de un nuevo papa» junto con los demás cardenales. Clemente ya se había encargado de llevar a la Capilla Sixtina unas mantas para Luciani. Después, el cardenal se desplazó a la Capilla Paulina, donde se reunió con los demás miembros del cónclave bajo los

frescos pintados por Miguel Ángel. Conducidos por el puntilloso monseñor Virgilio Noe, ministro de ceremonias del Vaticano, y precedidos por el coro de la Capilla Sixtina que cantaba el himno Espíritu Santo, los 111 cardenales atravesaron lentamente la sala ducal, bajo los querubines de Bernini, y entraron en la Capilla Sixtina. Cuando monseñor Noe anunció «Extra omnes» («Todos fuera»), el coro, los sacristanes, los cámaras de televisión y todos los que no pertenecieran al colegio cardenalicio se marcharon. Con el cardenal Villot en la parte interior de la puerta y monseñor Noe en la parte exterior, la puerta de la Capilla Sixtina se cerró lentamente y los 111 cardenales quedaron encerrados. La puerta no volvería a ser abierta hasta que un nuevo papa hubiera sido elegido. La votación más secreta del mundo se prolongaría, vuelta de votos tras vuelta, hasta que una fina humareda blanca anunciara a la sudorosa multitud apretujada en la plaza de San Pedro, y a los millones de personas pendientes del televisor, que el año entonces vacío del Vaticano tenía ya un nuevo ocupante.

El cónclave por dentro

Fueran cuales fuesen los errores que cometió durante su pontificado, lo cierto es que el papa Pablo VI sabía perfectamente cómo organizar un cónclave secreto. Había dejado instrucciones muy claras sobre los procedimientos que se debían emplear para designar a su sucesor.

Una de las principales preocupaciones de Pablo VI era la de asegurarse que el secreto fuera respetado. Dos días antes del cónclave, los cardenales se sometieron a un solemne juramento. Bajo la pena de ser excomulgados, tenían prohibido todo comentario sobre la votación, «ya sea por signos, de viva voz, por escrito o mediante cualquier otro recurso». Para asegurar que ninguno violaría las normas, los cardenales debían prometer bajo juramento «no usar en el cónclave ningún instrumento que pueda servir para la transmisión o recepción de mensajes, ni ningún tipo de artilugio que permita tomar fotografías». Parece evidente que al papa Pablo no le merecían gran confianza los príncipes de la Iglesia católica.

Para el caso de que algún cardenal hubiera sufrido un lapsus de memoria entre el solemne juramento con el que se comprometía a preservar el secreto y el momento en que se iniciaba el cónclave, los 111 príncipes de la Iglesia tenían que repetir el juramento después de que todo el personal ajeno a la votación hubiera abandonado la Capilla Sixtina.

Para asegurarse por tercera vez de que todo iba a transcurrir en el más estricto secreto, después de que los cardenales se hubieran marchado a sus habitaciones, o «celdas», el cardenal Villot, con la colaboración de algunos de sus colegas y acompañado por dos especialistas técnicos, tenía que realizar una sistemática inspección del área asignada para el cónclave, a fin de comprobar que nadie se había escondido con la intención de obtener la foto más valiosa de su vida. Después de cumplimentada esta rigurosa rutina, de una forma que recuerda las usanzas del Stalag Cinco o del campo de concentración de Colditz, todos tenían que someterse a un escrutinio físico.

Para asegurarse de que nadie del exterior pudiera entrar, el papa Pablo también había dispuesto que un numeroso retén formado por miembros de la Curia romana, a los que se debía sumar la Guardia Suiza y los arquitectos del Vaticano, realizaría una cuidadosa inspección por los alrededores de la Capilla Sixtina. La normativa no establece si Pablo VI temía que los excluidos octogenarios trataran de colarse en el cónclave trepando por las paredes.

Villot y sus ayudantes, al igual que los dos peritos técnicos, se ganaron merecidamente sus lentejas a lo largo del cónclave. Otra de las obligaciones de este equipo era la de realizar frecuentes inspecciones por el área asignada al cónclave, en busca de un posible magnetófono u equipo de vídeo oculto, o de un disimulado micrófono.

Con tan extremadas inspecciones, cacheos y medidas de seguridad, el difunto

Pablo VI debió de prever que apenas quedaría tiempo para que los miembros del cónclave pudieran iniciar las votaciones el primer día de reclusión. (Por eso, aunque el cónclave se reunió el viernes 25, las votaciones, como había previsto Pablo VI en sus disposiciones, no se iniciaron hasta el día siguiente).

Con la fuerte ola de calor que entonces se abatía sobre Roma, dentro de la Capilla Sixtina la temperatura debía de ser poco menos que insoportable para los hombres más bien maduros, por no decir ancianos, que formaban el cónclave. Por no olvidarse, el papa Pablo no se había olvidado ni de las ventanas. Siguiendo sus instrucciones, todas las ventanas de la zona del cónclave fueron cerradas herméticamente y luego lacradas. Así, dentro de ese ambiente opresivo, los 111 cardenales se prepararon, durante la primera noche, para tomar a partir de la mañana siguiente la decisión más importante de su vida.

Si fuera de aquellas impenetrables paredes los anhelos y necesidades de millones de personas en relación con el nuevo papa eran muy diversos, lo cierto es que todos estos puntos de vista estaban representados por quienes aspiraban a devolver a la Iglesia a un mundo anterior al Concilio Vaticano II, un mundo en el que la disciplina eclesiástica más rígida era la piedra angular. Las izquierdas, por su parte, deseaban un papa que comprendiera la necesidad de acercar la Iglesia a los pobres, un papa que más que mandar legislara de una forma democrática y reconociera a sus obispos el derecho a influir decisivamente en el gobierno de la Iglesia. Era gente que anhelaba un nuevo Juan XXIII, mientras que sus oponentes de derechas trataban de encontrar y entronizar a un nuevo Pío XII. En medio de estas dos marcadas tendencias había hombres que intentaban conciliar ambos puntos de vista, en una heroica e imposible pirueta de avanzar y retroceder al mismo tiempo. Por último estaba Albino Luciani, que era un caso aparte y único dentro (y fuera) del cónclave.

Luciani era un hombre con una simplicidad que raramente se concede a los humanos, y que por lo general los que la reciben suelen tener un alto grado de inteligencia y una mentalidad sofisticada y compleja. Luciani pensaba que su objetivo en el cónclave consistía en encauzar y reconocer las aspiraciones insatisfechas del Tercer Mundo. De ahí que decidiera darle su voto al arzobispo de Fortaleza (Brasil), Aloisio Lorscheider, hombre dotado con una resplandeciente inteligencia que estaba perfectamente enterado de los problemas de la gente pobre. Elegir como papa a un hombre de este calibre hubiera constituido sin duda una luminosa decisión, con o sin el socorro del Espíritu Santo.

Giovanni Benelli y León Joseph Suenens habían realizado una elección distinta, aunque igualmente inspirada y luminosa. Antes del cónclave a Benelli le divertía secretamente ver que los medios de comunicación le consideraban como un papa hartamente probable. Había guardado silencio al ser sometido a los venenosos y sinuosos ataques de los representantes de la Curia, tales como el cardenal Pericle Felici, administrador del patrimonio de la Santa Sede, que había dicho de Benelli: «Su voto será para sí mismo».

Muy pronto, Felici iba a descubrir que Benelli había concebido planes bien distintos para su voto y, lo que es más importante, para los votos de otros. Cuando unos tenues rumores sobre la discreta y delicada actividad que realizaban Suenens y Benelli llegaron a oídos de la Curia, Albino Luciani fue rápidamente descartado, al igual que había sucedido en los medios de difusión. De las muchas biografías difundidas por el Vaticano antes del cónclave, la de Luciani era la más breve. Resultaba evidente que los que ocupaban el poder dentro de la Iglesia estaban de acuerdo con la opinión que Luciani tenía de sí mismo y le colocaban entre los candidatos de la lista C, una tercera división. Al igual que la gente del mundo de la información, la gente de la Curia no conocía realmente al hombre. Por desgracia para la Curia, muchos otros cardenales sí le conocían. Después de la elección, multitud de periódicos y revistas de todo el mundo y la generalidad de los vaticanólogos se excusarían por sus erróneas apreciaciones con otro juicio también erróneo: «Era un desconocido. Nunca ha salido de Italia y no habla ningún otro idioma», dirían.

Albino Luciani hablaba con fluidez en alemán, francés, portugués e inglés, además de en su idioma italiano natal y en latín. Era muy conocido entre los cardenales ajenos a la Curia y tenía multitud de amigos entre ellos. Había viajado con frecuencia.

Los cardenales polacos Wojtyla y Wyszynski habían sido huéspedes; de Luciani en Venecia. Wojtyla incluso había divulgado el pensamiento de Luciani sobre el marxismo. En un viaje que hizo a Brasil, en 1975, Luciani había sido huésped a su vez del cardenal Lorscheider. Otro cardenal de Brasil, Arns, también era amigo íntimo de Luciani. Lo mismo se puede decir de Suenens de Bélgica, Willebrands de Países Bajos, Marty de Francia, Cooke de Nueva York, Hoeffner y Volk de Alemania, Manning de Los Ángeles y Medeiros de Boston. Todos ellos y otros muchos gozaban de la hospitalaria amistad de Luciani. Además de Brasil, Luciani había visitado Portugal, Alemania, Francia, Yugoslavia, Suiza, Austria y África, donde había hermanado Vittorio Véneto con Kiremba, ciudad de Burundi.

Entre los amigos de Luciani también los había que no eran católicos. Por ejemplo, el negro Phillip Potter, secretario del Consejo Mundial de Iglesias, que había estado de huésped en su casa. Otros eran judíos, anglicanos y cristianos de la secta de Pentecostés. Había intercambiado libros y cartas con Hans Kung, lo que, de haber llegado a oídos de la Curia, sin duda hubiera hecho sonar la alarma por el Vaticano.

Así era el hombre que, al comienzo del cónclave, lo único que quería era depositar su voto, ver elegido a un nuevo papa, montar en su viejo Lancia recién reparado y regresar a Venecia. Quizás había sopesado la posibilidad de que por algún absurdo giro del destino su nombre emergiera como vencedor. Al despedirse, Mario Senigaglia le había deseado suerte y había tratado de persuadirle de que se llevara algunos de sus escritos «sólo por la duda». Luciani había rechazado con firmeza tamaña sugerencia: «Siempre queda una salida: rehusar».

En Roma, Diego Lorenzi, que era secretario de Luciani desde 1976 (y que al igual

que su precursor Mario Senigaglia consideraba a Luciani como un verdadero padre), se expresó de una forma parecida. Dijo que cabía la posibilidad de que Luciani fuera nominado. Luciani volvió a rechazar la sugerencia. Le recordó a Lorenzi una de las reglas que había establecido el papa anterior. Era una regla que se refería al momento supremo, cuando uno de los cardenales ha obtenido por lo menos los dos tercios más uno de los votos, lo que en este caso sumaría 75. Entonces, al cardenal elegido se le pregunta: «¿Aceptáis?». Luciani sonrió a su secretario.

—Y si resultara que me eligen a mí, contestaría: «Lo lamento. No acepto».

El sábado 26 de agosto por la mañana, después de celebrar una misa y desayunar, los cardenales se dirigieron a sus respectivas celdas numeradas. El reglamento establecía que todos los cardenales debían rellenar con su propia letra (de modo que se pudiera comprobar a quién pertenecía) las papeletas de votación que, además, habían sido diseñadas de tal forma que al doblarse por la mitad se reducían hasta un tamaño de unos dos centímetros. Tras elegir a los escrutinadores encargados de comprobar los votos, se designaron tres cardenales para revisar el escrutinio de los escrutinadores. La mayoría de los dos tercios más un voto era la salvaguardia que había escogido Pablo VI para evitar que los cardenales cedieran a la tentación de votarse a sí mismos.

Por último, mientras la tensión subía al igual que las temperaturas, el primer recuento empezó.

Las papeletas fueron contadas, inspeccionadas tres veces (para asegurarse de que ningún cardenal hubiera votado dos veces o se hubiera votado a sí mismo) y apiladas cuidadosamente. Luego se volvieron a contar y a inspeccionar y, por último, fueron depositadas en una caja especial para ser incineradas. En la primera ronda, la votación arrojó los siguientes resultados:

Siri	25 votos
Luciani	23 votos
Pignedoli	18 votos
Lorscheider	12 votos
Baggio	9 votos

Los otros 24 votos se repartieron entre otros minoritarios candidatos, como los italianos Felici y Bertoli, el argentino Pironio, el polaco Karol Wojtyla, el pakistaní Cordeiro y el austriaco Franz Koenig^[4].

Con creciente perplejidad, Albino Luciani había escuchado el escrutinio, en el que se había mencionado su nombre una y otra vez hasta veintitrés. Varios cardenales que se encontraban sentados cerca de él se volvieron a mirarle y le sonrieron. Luciani sólo atinó a sacudir la cabeza, estupefacto. ¿Cómo era posible que le hubieran otorgado tantos votos?

Los cardenales Benelli, Suenens y Marty le hubieran podido suministrar la respuesta. Entre los tres habían creado lo que les parecía una eficaz plataforma para promover la candidatura sigilosa y solapada de Luciani. Aparte de ellos tres, los nombres de los otros cardenales que apoyaron a Luciani en la primera votación forman un espectro que abarca el mundo entero. Eran Renard y Gouyon, de Francia; Willebrands y Alfrink, de Países Bajos; Koenig, de Austria; Volk y Hoeffner, de Alemania; Malula, del Zaire; Nsubuga, de Uganda; Thiandoum, de Dakar; Gantin, de Benín; Colombo, de Milán; Pelligrino, de Turín; Ursi, de Nápoles; Poma, de Bolonia; Cooke, de Nueva York; Lorscheider, de Brasil; Ekandem, de Nigeria; Wojtyla, de Cracovia, y Sin, de Manila.

Sin conocer la identidad de quienes le apoyaban, Luciani llegó a la conclusión de que aquella aberración desaparecería por sí sola en la segunda ronda, y al escoger una nueva papeleta volvió a inscribir en ella el nombre de Aloisio Lorscheider.

Los cardenales de la Curia, mientras tanto, habían empezado a fijarse en Luciani con renovado interés. Lo primero que se habían propuesto era detener la carrera hacia el papado de Pignedoli. La segunda ronda de votos les confirmó que habían logrado su objetivo. El resultado fue el siguiente:

Siri	35 votos
Luciani	30 votos
Pignedoli	15 votos
Lorscheider	12 votos

Los otros 19 votos se desparramaron entre otros candidatos secundarios.

Las papeletas de la segunda votación, junto con las de la primera, fueron depositadas en la anticuada estufa, por cuya chimenea debía salir el humo negro que anunciara que por el momento no había ningún papa electo. Sin embargo, el humo no salió por la chimenea, sino que invadió la Capilla Sixtina. A pesar de que el funeral de Pablo VI y el cónclave le costaban a la Iglesia varios millones de liras, quizás algún burócrata decidió ahorrarle al Vaticano una o dos liras y decretó que no había motivo para limpiar el tiro de la chimenea que estaba obstruido. El resultado, con todas las ventanas herméticamente cerradas, estuvo a punto de terminar con el cónclave de forma dramática. Aunque es improbable que el papa Pablo previera la posibilidad de que los 111 cardenales murieran de asfixia, lo cierto es que había dejado instrucciones para que un retén del cuerpo de bomberos del Vaticano se mantuviera de guardia en las proximidades del cónclave. Los bomberos no advirtieron el humo. Ante el peligro de morir sofocados, los cardenales estuvieron a punto de abrir las ventanas, con lo que se hubieran arriesgado a ser excomulgados de por vida.

Finalmente, el humo negro ascendió como era su deber por el tiro de la chimenea

y la radio del Vaticano pudo confirmar que, en su primera sesión matinal, el cónclave no había elegido todavía al nuevo papa. Numerosos expertos en las laberínticas cuestiones vaticanas se habían arriesgado a predecir que el cónclave iba a ser más bien largo, porque parecía muy difícil que 111 hombres que provenían de todas partes del mundo logaran ponerse de acuerdo en un lapso relativamente breve. Al ver salir el humo negro, los expertos vieron confirmado su pronóstico y repetían una y otra vez: «Ya lo habíamos anunciado». Luego proseguían con sus intentos de arrancarle a la oficina de prensa del Vaticano algún dato de vital trascendencia, como por ejemplo el menú pormenorizado de la comida que disfrutarían los enclaustrados cardenales del cónclave.

El más numeroso y variopinto cónclave de toda la historia huyó en masa de la Capilla Sixtina a un improvisado comedor.

La tercera ronda de votos iba a resultar crucial. Siri y Luciani iban muy parejos. Mientras un atónito y preocupado patriarca de Venecia comía sin apenas percatarse de lo que sucedía a su alrededor, otros participantes del cónclave andaban muy atareados. Benelli habló reposadamente con los cardenales de América latina. Les aseguró que habían hecho todo lo que habían podido, pero estaba claro que en ese cónclave no iba a salir elegido ningún cardenal del Tercer Mundo. Les preguntó qué querían. ¿Preferían que un reaccionario como Siri ocupara el trono? ¿No sería mejor que lo ocupara un hombre que, aunque no fuera del Tercer Mundo, amara el Tercer Mundo como si fuera el suyo? Además, les comentó, no era ningún secreto que Luciani había votado las dos veces al cardenal tercermundista Aloisio Lorscheider.

De hecho, Benelli, sin saberlo, corría el riesgo, como se dice popularmente, de pasarse de rosca. Los cardenales de América latina se habían preparado para el cónclave mucho más minuciosamente que cualquier otro grupo geográfico. Conscientes de que las posibilidades de que Lorscheider resultara elegido no eran muy elevadas, poco antes del cónclave habían elaborado una lista de candidatos italianos que no pertenecían a la Curia. Una de las personas a las que solicitaron opinión sobre la lista fue el padre Bartolomeo Sorges, sacerdote jesuita con destino en Roma. A lo largo de una conversación de más de dos horas, Sorges especificó los pros y los contras de cada uno de los candidatos. Al final había un nombre que destacaba sobre los demás. Era Albino Luciani. Años después, el padre Sorges me repitió la última advertencia que les había hecho a los dignatarios latinoamericanos.

Si quieren elegir un papa que les ayude a edificar una Iglesia en contacto directo con el mundo, entonces deberían votar a Luciani. Desde luego, conviene recordar que no es un hombre acostumbrado a gobernar, por lo que va a necesitar un buen secretario de Estado.

Mientras proseguían los tenues murmullos de las conversaciones, los cardenales Suenens, Marty y Gantin, menos llamativos que Benelli pero igual de efectivos, se dedicaban a atraer hacia su causa a otros indecisos. Koenig, cardenal de Viena, indicó suavemente a los que se hallaban sentados junto a él que los no italianos no tenían

por qué poner tantos reparos ante la posibilidad cada vez más plausible de que otro italiano se convirtiera en su jefe espiritual.

Durante la comida, los miembros de la Curia también repasaban sus posibilidades. Para ellos, las votaciones de la mañana habían resultado fructíferas. Habían conseguido frenar a Pignedoli. Un lúcido cardenal de la Curia, Pericle Felici, iba más lejos al analizar la situación. Él consideraba que Siri ya había alcanzado su máximo techo posible en las votaciones matinales. A pesar de la fuerte presión que la Curia había ejercido antes del cónclave, Felici y su camarilla sabían que no se había conseguido arrastrar votos del centro ni de la izquierda en cantidad suficiente como para que Siri fuera elegido. Luciani, el apacible hombrecillo de Venecia, sería sin duda fácil de manejar dentro del Vaticano. Ésa era la opinión que mantenía Felici. Algunos le secundaban. A otros no les convencía: eran los que añoraban los tiempos preconclaviares. Eran los que señalaban que Luciani había puesto en práctica, más que cualquier otro cardenal italiano, el espíritu emanado del concilio del papa Juan.

En Gran Bretaña, todas las actividades se interrumpen a la hora del té. En Italia es la siesta la que transforma todo el país en un bucólico paraíso adormilado, de vida vegetativa. Mientras algunos cardenales se paseaban por el comedor, hablando en voz baja, los demás se retiraban a sus habitaciones a dormir la siesta. En la celda número 60, Albino Luciani rezaba de rodillas.

«No se pueden hacer gnocci con esta pasta», solía decir el patriarca de Venecia a quienes le auguraban los más altos destinos antes de empezar el cónclave. Sin embargo, todo parecía indicar que un número cada vez mayor de sus hermanos cardenalicios no estaba de acuerdo con su autoevaluación.

A través de la oración, Luciani esperaba encontrar una respuesta, no al resultado de la votación definitiva, sino a lo que debía hacer en el caso de que resultara elegido. Un hombre como él, que nunca había aspirado a nada más alto que ser cura párroco, estaba sin embargo a un paso de alcanzar el sitio más poderoso dentro de la Iglesia católica. Por eso rezaba de rodillas, anhelante, para suplicarle a su Dios que eligiera a algún otro.

Cuando Luciani salió de su celda, a las cuatro de la tarde, el cardenal Joseph Malula, del Zaire, le abrazó fervorosamente. Lleno de entusiasmo, exultante de alegría, Malula le felicitó.

Luciani sacudió la cabeza con tristeza. «Siento que me sacude un gran torbellino», le confesó. Los dos iban juntos para participar en la tercera ronda de votos.

Luciani	68 votos
Siri	15 votos
Pignedoli	10 votos

Los 18 votos restantes se repartían entre varios. Tras la tercera ronda, Albino

Luciani se encontraba a sólo ocho votos del trono pontificio. Algunos le oyeron decir, con una mano abierta sobre la frente: «No. Por favor, no».

Fueron los cardenales Willebrands y Ribeiro, sentados uno a cada lado de Luciani, los que escucharon la susurrada súplica. Instintivamente, los dos hombres se echaron hacia adelante y cogieron a Luciani por un brazo. Fue Willebrands el que habló, con voz suave y serena: «Valor. Cuando el Señor nos abruma con una carga, también nos da la fuerza necesaria para poder soportarla».

Ribeiro asintió y agregó: «Todo el mundo reza por el nuevo papa».

No había duda de que, para muchos de los presentes, el Espíritu Santo había hecho su aparición aquella calurosa tarde de verano. Otros tenían una opinión bastante más cínica sobre lo que había iluminado a los miembros del cónclave. Alguien oyó decir al cardenal Taofina y, de Samoa: «La inspiración con la forma de un hombre, mejor dicho, de un cardenal de la Curia». Al tiempo que hacía esta observación, sus ojos estaban clavados en el cardenal Felici.

Después de haber votado a Siri por la mañana, por la tarde, transcurrida la tercera votación, Felici se acercó a Luciani. Al tiempo que le entregaba un sobre le decía: «Es un mensaje para el nuevo papa». La hoja de papel que había en el sobre contenía las palabras «*via crucis*», que simbolizan el recorrido que hizo Jesucristo con la cruz.

En el cónclave reinaba una gran expectación. A estas alturas, muchos estaban plenamente convencidos de que obraban por inspiración divina. Después de cumplir con las normativas del papa Pablo, que había dejado bien claro que todos los cardenales debían repetir un solemne juramento antes de proceder a cada votación, se inició la cuarta y última ronda de votos.

Luciani	99 votos
Siri	11 votos
Lorscheider	1 voto (el de Albino Luciani)

Cuando se anunció el resultado de la votación final, el cónclave estalló en aplausos. Eran las seis y cinco de la tarde. Un pequeño grupo de recalcitrantes, pertenecientes a la derecha más intransigente, se mantuvo fiel a Siri hasta el final.

Las puertas de la capilla se abrieron y entraron varios maestros de ceremonias, que acompañaron al cardenal Villot hasta el lugar en el que se encontraba sentado Luciani. Habló Villot: «¿Aceptáis vuestra elección canónica como sumo pontífice?».

Todos los ojos estaban fijos en Luciani. Tiempo después, el cardenal Giappi me describiría la situación: «Estaba sentado [Luciani] tres filas delante de mí. Ya al salir elegido se veía que estaba indeciso. Cuando el cardenal Villot le requirió, aún seguía indeciso. Cuando el cardenal Villot le planteó la crucial pregunta, Luciani todavía vacilaba. Era evidente que los cardenales Willebrands y Ribeiro le daban ánimos».

A la postre, Luciani contestó:

—Que Dios os perdone por lo que habéis hecho por mí. —Luego agregó—:

Acepto.

—¿Por qué nombre queréis ser llamado? —le preguntó Villot.

Luciani volvió a vacilar. Entonces, por vez primera, sonrió. Dijo:

—Juan Pablo I.

Entre los cardenales se produjeron murmullos de arrobada aprobación. Ya el nombre en sí constituía una innovación. Era el primer nombre doble en la historia del pontificado.

La tradición sostiene que, al escoger su nombre, el papa da una indicación de cuál será el camino a seguir durante el apostolado. Por lo tanto, de haber escogido el nombre de Pió, Luciani hubiera regocijado a la fracción más reaccionaría, porque el nombre probablemente hubiera indicado un retorno a los tiempos preconciliares. El mensaje que enviaba Luciani al elegir su nombre dependía, en realidad, del mensaje que quisieran recibir sus oyentes.

¿Por qué motivos un hombre sin ambiciones, como era Luciani, aceptó el trono pontificio? Se trataba sin duda de una posición que para muchos de los demás miembros del claustro hubiera significado la más plena realización de sus más desafortunadas ambiciones. ¿Por qué entonces un hombre como Luciani fue el elegido y aceptó?

La respuesta, como tantas relacionadas con aquel hombre sencillo que era Luciani, es compleja. Las indagaciones que he realizado demuestran que la vertiginosa rapidez con que se terminó el cónclave y la abrumadora mayoría de votos que recibió en la última votación le anonadaron, lo sobrepusieron. Muchos, al hablarme, se refirieron a este hecho en concreto. Quien mejor lo resumió fue probablemente un miembro de la Curia que mantuvo una íntima amistad con Luciani durante más de veinte años.

Estaba como aturdido por el resultado. Si la aplastante mayoría no le hubiera abrumado, si los hechos se hubieran sucedido a un ritmo más lento, con el cónclave prolongado otro día más, él [Luciani] habría reaccionado, habría considerado la situación y hubiera rechazado la propuesta. Incluso así, tal como ocurrieron los hechos, si hubiera estado convencido de no ser la persona apropiada para ocupar el trono pontificio, también se habría negado. Es uno de los nombres más fuertes, más resistentes que he conocido en los treinta años que llevo en la Curia.

También hay que tener en cuenta el elemento vital que era la humildad personal de Luciani. Decir que el acto de aceptar el papado es un acto de humildad puede parecer contradictorio. Sin embargo, equiparar la asunción del poderío supremo con la más profunda humildad es perfectamente válido si lo último que se desea es asumir el poderío supremo.

Dentro del cónclave, mientras conducían al nuevo papa a la sacristía, todo irradiaba alegría. Afuera todo era confusión. Al tiempo que los hermanos Gammarelli, sastres del Vaticano, trataban de encontrar una sotana pontifical blanca que se ajustara a las medidas de Luciani, los cardenales hacían arder alegremente sus

papeletas, mezcladas con el compuesto químico especial que se utiliza para asegurarse de que el humo salga blanco, de modo que el mundo se entere de la noticia: Habemus papam.

El mundo vio salir primero un poco de humo blanco, y luego unas vaharadas de humo negro, que indicarían que no había papa todavía. La fumata empezó a las 6.24. A medida que salía, el humo variaba de tono, del blanco al negro pasando por diversos matices de gris. Los hermanos Gammarelli, por su parte, tampoco tenían mucha suerte con las sotanas blancas. Por regla general, hacían tres sotanas antes de cada cónclave: una pequeña, una mediana y una grande. En aquella ocasión, habían tomado como modelos a los doce papables más conspicuos, y habían hecho, no tres, sino cuatro sotanas, pues habían agregado una extra grande. El pequeño Luciani, obviamente, no figuraba en la lista de los doce candidatos, de modo que ni la talla pequeña le sentaba bien. Por último, casi perdido dentro de su flamante sotana, el nuevo papa salió de la sacristía y, sentado en una silla frente al altar, atendió uno por uno a todos los cardenales que, después de besarle la mano, le abrazaban calurosamente.

Suenens, que era uno de los cardenales más directamente responsables de la entronización de Luciani, señaló: «Gracias, santo padre, por haber dicho que sí».

Luciani le sonrió ampliamente al contestar: «Tal vez lo mejor hubiera sido decir que no».

Los cardenales encargados de alimentar la estufa seguían arrojando alegremente al fuego las papeletas de voto y grandes cantidades de cápsulas de parafina con el producto químico que se suponía que tenía que producir el escurridizo humo blanco. Curiosamente, era Radio Vaticano la que sabía menos que nadie lo que sucedía, según testimonia esta inmortal sentencia: «Ahora podemos afirmar con absoluta certeza que el humo o es blanco o es negro». De hecho, en aquel momento era un humo gris.

Desde Radio Vaticano telefonearon primero a la casa y después a la oficina de los hermanos Gammarelli sin obtener respuesta. En ese momento, los sastres se hallaban en la sacristía, donde trataban de descargar en algún otro la responsabilidad por el fracaso de la sotana blanca. La cosa adquiría rápidamente un aire de ópera bufa que sólo los italianos son capaces de escenificar.

Mientras tanto, en el interior de la Capilla Sixtina, los cardenales habían empezado a entonar el Te Deum, himno de acción de gracias.

Afuera, el padre jesuita Roberto Tucci, director de Radio Vaticano, fue visto dirigirse hacia la puerta de bronce del Palacio Pontificio, a través de la piazza. El capitán de los guardias suizos, que estaban obligados a felicitar al nuevo papa con un saludo de lealtad, interrogó al guardia, quien afirmó haber oído estallar los aplausos, y luego, para su asombro, escuchó entonar el Te Deum. Eso sólo podía significar que la Iglesia tenía un nuevo papa. El problema para el capitán era que no había dispuesto ningún retén de guardia.

Si se tenía en cuenta el variopinto colorido de la fumata, lo lógico era deducir que

el cónclave seguía en punto muerto. La multitud que aguardaba en la plaza ya hacía tiempo que se había empezado a dispersar cuando una voz emergió de los altavoces y señaló: «Attenzione».

La gente se apresuró a regresar a la plaza. La gran puerta del balcón de San Pedro se abrió y varias personas se asomaron. Eran las 7.18 de la tarde, más de una hora después de la elección. El cardenal Felici, deán mayor del cardenalato, apareció por fin en el balcón y un súbito silencio cayó sobre la multitud.

Entre la multitud se hallaba el secretario de Luciani, don Diego Lorenzi, junto a una familia llegada de Suecia, con la que había entablado conversación. Cuando le preguntaron qué hacía, el joven Lorenzi contestó: «Estoy en Roma por pocos días. Trabajo en Venecia». Luego se volvió a observar la figura de Felici, en el balcón.

«Anuncio vobis gaudium magnum: habemus papam (Os traigo una noticia de gran alegría: tenemos papa), cardinalem Albinum Luciani». Al oír el nombre de Albino, el padre Lorenzi se volvió hacia la familia sueca. Lágrimas le bañaban la cara cuando les anunció, orgulloso, sonriente: «Soy el secretario del papa que acaban de elegir».

Los rugidos de la multitud casi ahogaron el nombre «Luciani». Cuando Felici añadió: «quien ha elegido el nombre de Juan Pablo I», la plaza estalló en gritos. En realidad, casi nadie había oído hablar de Luciani, pero ¿qué les importaba si tenían un nuevo papa? Las reacciones de la gente llegaron al paroxismo cuando, poco después, Albino Luciani apareció en el balcón. Lo que más se recuerda todavía es su sonrisa, que llegaba hasta el fondo del alma. El hombre exhalaba encanto y alegría. Fuera lo que fuese su pontificado, no cabía duda de que iba a resultar alegre. Después del lúgubre y tortuoso Pablo VI, el contraste era todavía más impresionante. Mientras el nuevo papa entonaba la bendición *Urbi et orbi* para la ciudad y para el mundo, el efecto de sus palabras era como el brillo glorioso del sol después de una eternidad de días nublados y oscuros.

Durante un momento, el nuevo papa desapareció de la vista del público, pero reapareció poco después. El capitán de la Guardia Suiza había conseguido reunir finalmente un batallón para rendirle honores. Albino Luciani saludó con la mano y sonrió. Su sonrisa conmovía a todos. El hombre de las montañas Dolomitas, al norte de Italia, que de niño lo que más anhelaba era convertirse en cura párroco, se encontraba en el balcón que daba a la plaza de San Pedro, aquella tarde moribunda de sábado, el 26 de agosto de 1978, convertido en el papa Juan Pablo I.

Luciani mantuvo el cónclave en sesión durante esa noche. Tras sentarse para la cena en el lugar que le había sido previamente asignado, uno de sus primeros pensamientos fue para los ancianos cardenales excluidos, que ya habían sido informados telefónicamente del resultado de la elección. Luciani les invitó a participar en la misa del cónclave programado para la mañana siguiente.

El Secretariado de Estado ya había preparado un discurso que, en teoría, debía indicar la dirección que seguiría el nuevo papa, cualquier nuevo papa. Luciani cogió

el discurso, se retiró a su celda número 60, corrigió y alteró lo que en principio eran sólo unas vagas declaraciones sobre el amor, la paz y la guerra, y dio al discurso su sello personal.

El discurso fue pronunciado al final de la misa de acción de gracias que se celebró a la mañana siguiente. Luciani dejó bien claro que sometía su pontificado a las directrices del Concilio Vaticano II. Asignó una gran importancia al colegialismo, o sea, al reparto del poder con sus obispos. Declaró que trataría de otorgar nueva fuerza a la disciplina que existía dentro de la Iglesia y que con esta finalidad daba una especial prioridad a la revisión de dos leyes canónicas. La unión con otras religiones sería un objetivo a alcanzar, aunque sin comprometer las enseñanzas de la Iglesia católica.

El núcleo del discurso revelaba que aquel hombre que en Venecia se describía a sí mismo como «un pobre hombre acostumbrado a las pequeñas cosas y al silencio», tenía un sueño anárquico, revolucionario. Afirmó su intención de avanzar en la evangelización de la Iglesia, de hecho en la pastoralización de todo el mundo.

Es lo que el mundo espera hoy día. El mundo sabe muy bien que la sublime perfección que se ha alcanzado con la investigación y la tecnología ya ha llegado a un límite, al otro lado del cual nos aguarda el abismo, un monstruo que nos cegará a todos y nos hundirá en la tiniebla. Es esta tentación de sustituir los designios de Dios por los de uno mismo lo que lleva al hombre a prescindir del sentido de la moral. El hombre moderno corre el peligro de transformar el mundo en un desierto, las personas en autómatas, el amor fraternal en colectivismo planificado, y de acarrear la muerte donde Dios desea que persevere la vida.

—Mostrando el texto *Lumen gentium* (La luz de las naciones), que es el dogma de constitución de la Iglesia según el Concilio Vaticano, Albino Luciani anunció que intentaría devolver a la Iglesia el lugar que le pertenecía. Devolverla al mundo y a las palabras de Cristo. Devolverle la simplicidad y honestidad de sus orígenes. Por si Cristo volvía a la tierra, Luciani deseaba que encontrara una Iglesia que pudiera reconocer como la suya. Una Iglesia libre de intereses políticos, libre de la mentalidad opulenta que había corrompido su visión originaria para convertirse en un gran negocio.

A mediodía, el nuevo papa hizo su aparición en el balcón central de la basílica. Debajo, la plaza se hallaba atestada con unas 200 000 personas. Muchos millones de personas, a lo ancho del mundo, vieron en sus televisores expandirse la sonrisa natural de Luciani al estallar el aplauso de la multitud. Había salido a impartir el Ángelus, pero antes de pronunciar el sermón de mediodía deseaba dar a sus oyentes un vislumbre de lo que había sido el cónclave secreto. Después de acallarse los aplausos y los vítores, Luciani rompió de inmediato con dos tradicionales normas pontificias: el paranoico deseo de mantener el secreto con el que el papa Pablo había dictaminado los reglamentos del cónclave y el uso mayestático del «nos», muestra de la aspiración papal de gobernar sus propios territorios. Luciani sonrió a la multitud y empezó:

«Ayer —dijo, y se encogió levemente de hombros como si fuera a agregar: “me

ocurrió una cosa muy curiosa cuando me hallaba en el cónclave”. La multitud rugió en carcajadas. Luciani se unió alegremente al jolgorio y volvió a empezar—: Ayer por la mañana entré en la Capilla Sixtina con el pacífico propósito de ejercer el voto. Nunca me hubiera imaginado lo que iba a suceder. Apenas comprendí que me encontraba en peligro, me susurraron palabras de aliento».

Sencillamente, sin vestigios de pomposidad, Luciani narró lo que le habían dicho Willebrands y Ribeiro. También explicó a la multitud por qué había escogido su nombre.

Pensaba de este modo. El papa Juan quiso consagrarme en San Pedro con sus propias manos. Entonces, aunque sin merecimientos, le sucedí al frente de la catedral de San Marcos, en aquella Venecia que aún sigue pletórica con el espíritu de Juan XXIII. Los gondoleros, las monjas, todo el mundo le recuerda. Por otra parte, el papa Pablo VI, no sólo me convirtió en cardenal, sino que unos meses antes, en el amplio recinto de la plaza de San Marcos, me hizo sonrojar hasta las raíces del cabello, delante de veinte mil personas, al quitarse su estola y ponérmela a mí. Nunca me había sonrojado tanto. Más aún, en sus quince años de pontificado, Pablo VI demostró al mundo entero cuán profundo era su amor por la Iglesia, de qué forma la servía, cómo trabajaba para ella y cuánto sufría por esta nuestra Iglesia de Cristo. Por eso elegí el nombre de Juan Pablo.

Podéis estar seguros de esto. No tengo la bondad de corazón de Juan XXIII ni la cultura y la inteligencia de Pablo VI. De todos modos, me encuentro ahora en el sitio que ellos ocuparon. Trataré de ser útil a la Iglesia y deseo que me ayudéis con vuestras prédicas y oraciones.

Con estas simples y cotidianas palabras, a las que siguió el ángelus y su bendición, Juan Pablo anunció su llegada al mundo. El cálido entusiasmo con que fue recibido por la multitud en Roma era un reflejo exacto de la impresión que produjo el nuevo papa en todo el mundo. Los expertos en asuntos del Vaticano se lanzaron a indagar el significado que podía tener la elección del primer nombre doble en la historia del pontificado católico. El papa ¿tendría más de Juan o más de Pablo? Uno de los entrevistados fue el cardenal Suenens, quien comentó: «Será una mezcla de los dos en su propio estilo. Su carácter se aproxima al de Juan, pero es como mezclar hidrógeno y oxígeno: el resultado es agua. Son dos elementos que forman una tercera sustancia».

El nombre Juan Pablo podía indicar que el nuevo papa seguiría por la senda del continuismo. Pero el hecho de que Luciani se pusiera un nombre compuesto, que era algo que no se había hecho hasta entonces y que por lo tanto rompía las antiguas convenciones, podía muy bien señalar una dirección a los vaticanólogos. Tanto ellos como el resto de la Iglesia católica, estaban a punto de experimentar algo no relacionado con ninguno de los predecesores del nuevo papa. Se trataba de una experiencia única.

En su primer día como pontífice, Luciani no explicó a sus millones de oyentes cómo pensaba hacer realidad su sueño de una Iglesia pobre. Sin embargo, a las pocas horas de su designación el nuevo papa ya se había embarcado en la acción para hacer efectiva esta aspiración suya, la que consideraba de importancia vital para la Iglesia católica.

En la noche del domingo 27 de agosto, Juan Pablo I cenó con el cardenal Jean Villot, a quien le pidió que continuara, al menos durante un tiempo, como secretario

de Estado. Villot aceptó. El nuevo papa también confirmó en sus cargos al frente de los distintos departamentos de la Curia romana a los cardenales que habían tenido que renunciar automáticamente al morir Pablo VI. Habiendo acudido al cónclave sin ninguna aspiración de alcanzar el papado, hubiera sido realmente extraordinario que en menos de 24 horas Luciani tuviera preparada la lista completa de los miembros del nuevo gabinete.

El 31 de agosto, el muy respetable periódico económico italiano *Il Mondo*, primero en su especialidad en el país, dirigió una larga carta abierta a Luciani. En ella se pedía al nuevo papa que impusiera «orden y moralidad» en las finanzas del Vaticano, inmersas, según el rotativo, «en la especulación y en aguas insalubres». La carta, con el encabezamiento «Su Santidad, ¿le parece correcto?», incluía una abrumadora cantidad de acusaciones en relación con lo que parecían ser las operaciones financieras del Vaticano. Acompañaba a la carta un largo análisis titulado: «La opulencia de Pedro».

Il Mondo le planteaba a Luciani varias preguntas altamente significativas:

¿Es correcto que el Vaticano opere en el mercado como especulador? ¿Es correcto que el Vaticano posea un banco cuyas operaciones incluyen la transferencia de capitales ilegales de Italia al extranjero? ¿Es correcto que dicho banco ayude a los italianos a evadir impuestos?

El editor financiero del periódico atacaba las relaciones que existían entre el Vaticano y Michele Sindona. Atacaba a Luigi Mennini y a Paul Marcinkus, miembros del Banco del Vaticano, en especial con referencia a sus vinculaciones con «los financieros y especuladores más cínicos del mundo, desde Sindona a los patronos del Continental Illinois Bank de Chicago (a través del cual, como Su Santidad podrá informarse si lo consulta con sus consejeros, se manipulan todas las inversiones que realiza la Iglesia en Estados Unidos)».

Panerai preguntaba:

¿Por qué tolera la Iglesia que se invierta en empresas nacionales y multinacionales cuyo único objetivo son los beneficios, empresas que, cuando es necesario, violan los derechos humanos y estafan millones a los pobres, especialmente a los que pertenecen a ese Tercer Mundo que tanto dice amar Su Santidad?

Sobre Marcinkus, la carta observaba:

Es, sin duda, el único obispo que forma parte de la junta directiva de un banco legal y secular, que incidentalmente tiene una rama en uno de los paraísos fiscales más importantes del mundo capitalista. Nos referimos al Banco Cisalpino Transatlántico de Nassau, en las islas Bahamas. Aprovechar estos paraísos fiscales está permitido por las leyes terrenas, y ningún banquero de carácter lego (sin sotana) puede verse sometido a juicio por aprovechar esta circunstancia (todos la aprovechan). Sin embargo, cabe que esta forma de actuar no sea legal para las leyes divinas, que deberían trazar las actitudes y actividades de la Iglesia. La Iglesia predica la igualdad, pero no nos parece que la mejor forma de contribuir a ella consista precisamente en evadir impuestos, que constituyen el sistema mediante el cual los estados seculares pretenden alcanzar dicha igualdad.

No se produjo ninguna respuesta oficial por parte del Vaticano. Pero dentro de la Ciudad del Vaticano hubo diversas reacciones, desde la apacible satisfacción de los

que desaprobaban las actividades del Banco del Vaticano y de la A. P. S. A. (Administración del Patrimonio de la Santa Sede), hasta el furor y el resentimiento de quienes pensaban que el único problema que tenían las finanzas del Vaticano era que no producían unos dividendos todavía más elevados.

El diario italiano La Stampa entró en la polémica entablada con un artículo titulado «La opulencia y el poder del Vaticano», en el cual el periodista Lamberto Fumo miraba con simpatía a las finanzas papales y las descargaba de alguna de las acusaciones que se habían hecho públicas en los últimos años en relación con la riqueza del Vaticano. Sin embargo, Fumo supo ver los problemas con los que se encontraba el nuevo papa, incluyendo la demostración de que las reformas eclesíásticas conducirían a levantar una Iglesia verdaderamente pobre. Fumo consideraba que esta idea ya había sido puesta en práctica por Juan XXIII y Pablo VI, pero a Juan Pablo I le cabía la responsabilidad de transformarla en una definitiva realidad. Para alcanzar su meta el nuevo papa no tendría otro remedio que dar a conocer públicamente cuáles eran los verdaderos recursos con los que contaba el Vaticano. Fumo concluía:

La Iglesia no posee riquezas o recursos que excedan sus necesidades. Pero es necesario dar pruebas de ello. Bernanos hizo que su cura rural observara: «En bolsas de dinero nuestro Señor ha escrito por propia mano: “Peligro de muerte”».

El nuevo papa leyó con interés estos artículos. Lo que se decía en ellos no hacía más que confirmarle su objetivo de una línea de trabajo en la que se había embarcado de antemano.

Antes de su elección, Luciani estaba informado de las muchas quejas sobre las finanzas vaticanas que le habían sido planteadas al cardenal Villot. Eran quejas sobre el sistema con el que el obispo Marcinkus dirigía el Banco del Vaticano; quejas sobre sus relaciones con Michele Sindona; quejas sobre la vinculación entre la A. P. S. A. y Sindona. Luciani tenía experiencia personal sobre la forma en que Marcinkus operaba con el Banco del Vaticano. Eran experiencias que databan desde 1972, cuando Marcinkus vendió la participación del Vaticano en la Banca Cattolica Véneto a Roberto Calvi, sin poner en antecedentes del hecho al patriarca de Venecia.

Luciani sabía que por lo menos desde 1972 existía un grave error en relación con la estructura general y el enfoque de las finanzas del Vaticano. Pero hasta entonces había carecido de poder. Ahora, en cambio, el poder era suyo. El sábado 27 de agosto de 1978, mientras cenaba con el cardenal Villot, Luciani instruyó al confirmado secretario de Estado para que iniciara de inmediato una investigación, que consistiría en una revisión de todas las operaciones del Vaticano, con análisis detallados de cada uno de sus aspectos. «Ningún departamento, ninguna congregación, ninguna sección deberá ser excluida», le indicó Luciani a Villot.

Le aclaró que le preocupaba de modo especial la actuación del Istituto per le Opere di Religione, el instituto para tareas religiosas, conocido generalmente como el Banco del Vaticano. La inspección financiera tenía que realizarse de forma discreta,

rápida y completa. El nuevo papa advirtió a su secretario de Estado que, una vez que hubiera estudiado el informe, decidiría cuál era el curso de acción más adecuado.

Sin duda, Luciani creía firmemente que podría llevar a la práctica lo que se proponía. En una de sus «Cartas a san Bernardo» había planteado la virtud de la prudencia.

Concuerdo en que la prudencia debería ser dinámica y urgir a la gente a pasar a la acción. Sin embargo, hay tres estamentos que se han de tener en consideración: la deliberación, la decisión y la ejecución.

La deliberación significa buscar los medios que conducen al fin. Se elabora sobre la base de la reflexión, de los consejos que hay que solicitar y de un minucioso examen.

La decisión consiste en, una vez examinados los posibles métodos, encarar y llevar a la práctica el que parezca más adecuado. La prudencia no es una virtud eterna, que pueda dejarlo todo de lado y descartar la inseguridad de la mente. Tampoco significa que se deba esperar para decidir qué es lo mejor. Se dice que la política es el arte de lo posible, y en cierta forma esa afirmación es correcta.

La ejecución es lo principal: la prudencia, aliada con la fuerza, evita el desaliento frente a las dificultades y los impedimentos. Éste es el momento en que un hombre demuestra ser un líder y un guía.

De este modo, Luciani, que era un hombre totalmente abocado a la creencia de que la Iglesia católica romana debía ser la Iglesia de los pobres, puso en marcha una investigación sobre la opulencia del Vaticano. Debía deliberar, decidir y ejecutar.

El Vaticano, Sociedad Anónima

Cuando Albino Luciani se convirtió en la cabeza de la Iglesia católica romana, en agosto de 1978, se encontró al frente de una organización muy peculiar. Más de 800 millones de personas, cerca de la quinta parte de la población mundial, tenían a Luciani como jefe espiritual. Dentro de la Ciudad del Vaticano, Luciani disponía de una compleja estructura que no sólo guiaba la fe religiosa, sino que además gobernaba las finanzas de la Iglesia.

«El Vaticano, Sociedad Anónima» es el verdadero eje y pivote de esas estructuras. No es un ente metafórico, sino que existe realmente y posee su particular filosofía. Es a Paul Marcinkus, del Banco del Vaticano, a quien se le atribuye la frase de que «no se puede dirigir la Iglesia con preces a María». Obviamente, la fuerza de los rezos se ha devaluado en los últimos tiempos, al igual que tantas otras cosas.

Por lo tanto, no hay que condenar a Marcinkus por lo que parecería una observación demasiado materialista. La Iglesia desempeña diversos papeles en muchos países. Necesita dinero. Cuánto dinero necesita ya es otro problema. Lo que la Iglesia debería hacer con ese dinero también es algo a poner en juicio. Que con ese dinero se realizan muchas buenas obras está fuera de duda. Que se emplea para otros menesteres altamente sospechosos también está fuera de duda. Existen numerosas publicaciones que abundan en detalles sobre las obras de caridad emprendidas por la Iglesia, el auxilio que reciben por su intermedio muchos hambrientos, el dinero que se emplea en aliviar sufrimientos de toda clase. Educación, medicina, alimentos, cobijo para los desamparados..., éstos son algunos de los beneficios que derivan de la labor de la Iglesia. Lo que falta por saber es cuánto dinero recibe la Iglesia y, sobre todo, por qué medios lo recibe. En estos asuntos, el Vaticano siempre ha sido exageradamente circunspecto. Tamaña prudencia es el insoslayable fundamento sobre el que se ha levantado uno de los mayores enigmas del mundo moderno. ¿Cuál es el valor de los tesoros que posee la Iglesia? El enigma sigue aún sin resolverse.

A mediados de 1970, un comentario aparecido en un periódico suizo señalaba que «el capital productivo del Vaticano puede ser evaluado entre 50 000 y 55 000 millones de francos suizos», es decir unos 13 000 millones de dólares. El Osservatore Romano respondía: «Se trata de una cifra fantástica. En realidad, el capital productivo de la Santa Sede, incluidos los depósitos bancarios y las inversiones, tanto en Italia como fuera de Italia, no llega a alcanzar ni la centésima parte de esa suma». Según esto el capital activo del Vaticano sería como máximo de unos 111 millones de dólares, al 22 de junio de 1970, fecha en que se publicó la rectificación del periódico de la Curia.

La primera falsedad de las declaraciones del rotativo romano consiste en excluir de sus cuentas todas las inversiones del Banco del Vaticano. Es lo mismo que si se exigiera a Du Pont de Nemours que pusiera al descubierto sus haberes y nos enseñaran la calderilla del monedero. Aunque se excluyan los beneficios anuales del

Banco del Vaticano, la cantidad aludida por el periódico vaticano es una descarada mentira, embuste que se repetiría con el decurso de los años. En abril de 1975, Lamberto Fumo, de La Stampa, le preguntó al cardenal Vagnozzi: «Si señalara la cifra de trescientos mil millones de liras como monto total del patrimonio de las cinco administraciones financieras^[5] del Vaticano, ¿estaría cerca de la verdad?».

Al plantear de esa forma su pregunta, Fumo excluía deliberadamente al Banco del Vaticano. La respuesta que obtuvo de Vagnozzi fue la siguiente: «Le diré, el patrimonio total de la Santa Sede, no sólo en Italia sino en el mundo entero, equivale a menos de una cuarta parte de la cifra que usted ha mencionado».

Si esto fuera cierto significaría que, el 1.º de abril de 1975, el patrimonio activo de la Santa Sede, sin contar con el Banco del Vaticano, sería inferior a 75 000 millones de liras, es decir, alcanzaría unos 13 millones de dólares. Una sola de las diversas administraciones económicas del Vaticano, la sección extraordinaria de la Administración del Patrimonio de la Santa Sede, o A. P. S. A., está reconocida con el rango de banco central tanto por el Banco Mundial como por el Fondo Monetario Internacional y por el Banco para las Inversiones Internacionales de Basilea. Todos los años, este último organismo publica las cifras anuales de préstamos o depósitos que han sido efectuados por los bancos centrales del Grupo de los Diez. Sus cifras para 1975 indican que el Vaticano tenía entonces 120 millones de dólares depositados en bancos extranjeros y además no presentaba deudas, siendo el único banco del mundo que se hallaba en tan extraordinaria situación. Esto en lo que respecta sólo a una de las varias administraciones económicas que funcionan en el Vaticano, aunque para conocer la verdadera riqueza de esta sección en concreto (la sección extraordinaria) habría que sumar, a las cifras de Basilea, muchas otras inversiones tangibles y rentables.

Si Roma no se hizo en un día, el Vaticano tampoco, y menos su actual opulencia. El problema de la Iglesia opulenta —y todos los que aspiran a seguir las enseñanzas de Jesucristo deben tener en cuenta que la riqueza constituye un problema— tiene sus raíces en el siglo IV de la era cristiana, que es cuando el emperador Constantino se convirtió al cristianismo y puso a disposición del papa Silvestre una colosal fortuna. De hecho lo transformó en el primer papa rico de la historia. Dante termina su *Infierno* con estas líneas:

Ah, Constantino, cuánta miseria has causado, no por hacerte cristiano, sino por la dote que el primer papa rico aceptó que le entregaras.

Los católicos están en lo cierto cuando afirman que su fe es única y sin parangón. La Iglesia católica es la única organización religiosa del mundo que tiene como cuartel general un estado independiente: la Ciudad del Vaticano. Con sus dos kilómetros cuadrados de superficie, el Vaticano es más pequeño que muchos campos de golf del mundo. Tiene más o menos el tamaño del Saint James Park de Londres, y para recorrerlo sin prisa

no se necesita mucho más de una hora. Contar sus riquezas, sin embargo, llevaría bastante más tiempo.

La moderna opulencia del Vaticano se basa en la generosidad de Benito Mussolini, quien, gracias a la firma del Tratado de Letrán entre su gobierno y el del Vaticano, otorgó a la Iglesia católica una serie de garantías y medidas de protección.

La Santa Sede consiguió que la reconocieran como un estado soberano. Se benefició de la exención impositiva tanto de sus bienes como en beneficio de sus ciudadanos, que tampoco tenían que pagar derechos arancelarios por lo que importaran del extranjero. Se le concedió la inmunidad diplomática y sus diplomáticos empezaron a gozar de los privilegios de la profesión, al igual que los diplomáticos extranjeros acreditados ante la Santa Sede. Mussolini se comprometió a introducir la enseñanza de la religión católica en todas las escuelas del país y dejó la institución del matrimonio bajo el patronazgo exclusivo de las leyes canónicas, que no admitían el divorcio. Los beneficios que recibió el Vaticano fueron enormes, sin ser los menores los fiscales.

Artículo uno. Italia se compromete a pagar a la Santa Sede, en el momento en que se ratifique este tratado, la cantidad de 750 millones de liras, y a entregarle al mismo tiempo bonos estatales consolidados al 5% hasta una cifra total de 1000 millones de liras.

En la fecha en que se firmó el tratado, esta cantidad representaba unos 81 millones de dólares. En 1984, equivaldría a unos 100 millones de dólares. El Vaticano Sociedad Anónima ya se dedicaba a los negocios, y en ningún momento se ha retirado de los mismos.

Para capear el temporal, el 7 de junio de 1929 el papa Pío XI fundó la Administración Especial y encargó su dirección al seglar Bernardino Nogara. Además de disponer de muchos millones de dólares con los que especular, Nogara también gozaba de otra considerable ventaja. Cien años antes, la Iglesia católica había revisado e invertido totalmente su postura contra los préstamos de dinero. De hecho, la Iglesia puede reclamar, con plenitud de derechos, la paternidad de la modificación del antiguo sentido de la palabra usura.

En su sentido clásico usura significa todo tipo de beneficio que se obtenga de los préstamos de dinero. Durante más de mil ochocientos años, la Iglesia católica mantuvo como uno de sus dogmas la prohibición de los préstamos monetarios con interés por ser contrarios a las leyes divinas. Mientras que diversas leyes estatales convertían la usura en una extendida práctica legal, la Iglesia se oponía a ella en varios concilios: Arles (año 31), Nicea (año 325), Cartago (año 345), Aix (año 789) y Letrán (año 1139). En este último los usureros eran condenados a la excomunión. Por lo menos hasta 1830 la usura siguió siendo una herejía. Desde entonces, y por cortesía de la Iglesia católica romana, el significado de la expresión usura se ha visto restringido: ahora sólo se aplica a los préstamos dinerarios que se recargan con un interés exorbitante.

Lo que produjo esta mayúscula inflexión y reversión de valores en la Iglesia, que se tradujo en una absoluta inversión de la tradicional doctrina católica en contra de los préstamos monetarios, no fue otra cosa que la defensa de los intereses del Vaticano. Si se aboliera el celibato obligatorio para los sacerdotes católicos, posiblemente cambiaría de modo radical la prédica de la Iglesia en relación con el control del embarazo.

Nogara pertenecía a una familia de católicos devotos, muchos de cuyos miembros habían aportado significativas ayudas a la Iglesia de muy distintas formas. Tres hermanos de Nogara se hicieron sacerdotes y otro llegó a ser director del Museo del Vaticano. Sin embargo, y desde cualquier punto de vista, la contribución de Bernardino fue, por la amplitud de su alcance, la más importante.

Nacido en Bellano, cerca del lago de Como, Bernardino Nogara se vio muy pronto recompensado por el éxito, trabajando en Turquía como mineralogista. En octubre de 1912, Nogara desempeñó un papel fundamental en la firma del tratado de paz de Ouchy entre Italia y Turquía. En 1919, volvió a formar parte de una delegación italiana, la que negoció el tratado de paz entre Italia, Francia, Gran Bretaña y Alemania. Después, Nogara trabajó como representante del gobierno italiano en la agencia de la Banca Commerciale de Estambul. Cuando el papa Pío XI empezó a buscar a un hombre capacitado para que administrara los frutos del Tratado de Letrán, su íntimo amigo y confidente monseñor Nogara le sugirió como candidato a su hermano Bernardino, a lo que el papa accedió. Muy pronto caería en la cuenta de que había descubierto una verdadera mina de oro.

Al advertir su habilidad para los negocios, Pío XI le dejó vía libre a todo tipo de especulaciones bursátiles, incluido el juego en la bolsa y la compra de acciones de empresas cuyas actividades colisionaban con las enseñanzas doctrinales de la Iglesia. Eran empresas que producían bombas, tanques, revólveres y preservativos. Todo ello podía ser condenado desde los púlpitos, pero sus dividendos, gracias a las actividades de Nogara, contribuían a llenar las arcas de San Pedro.

Nogara invertía en el mercado de oro. Adquirió Italgas, una empresa que monopolizaba el suministro de gas en muchas ciudades italianas y de cuyo consejo de administración entró a formar parte, como representante del Vaticano, Francesco Pacelli. Con el tiempo el hermano de Pacelli se convirtió en el papa Pío XII, y el nepotismo que caracterizó a éste pontífice se expandió por toda Italia. Había un dicho al respecto: «Si hay un Pacelli en el consejo de administración, apuesto seis contra cuatro a que la empresa pertenece al Vaticano».

Entre los bancos que pasaron a manos del Vaticano a través de las manipulaciones bursátiles de Nogara se encontraban el Banco di Roma, el Banco di Santo Spirito y la Casa di Risparmio di Roma. Es evidente que Nogara, no sólo sabía cómo ganar dinero, sino que también era un hombre de carácter persuasivo. Cuando el Banco di Roma se encontraba al borde de la quiebra, que amenazaba con llevarse gran cantidad de dinero del Vaticano, Nogara convenció a Mussolini para que el Estado italiano se

hiciera cargo de las pérdidas y las transfiriera a la empresa gubernamental I. R. I. Mussolini también aceptó reembolsar al Vaticano, no ya con el valor nominal de mercado de las acciones que había adquirido, que era virtualmente nulo, sino dándole su valor original. De esta forma, el I. R. I. compró el ruinoso fondo del Banco di Roma a cambio de 630 millones de dólares en metálico. Las pérdidas corrieron a cargo de la hacienda italiana, que es lo mismo que decir que fue la gente corriente la que tuvo que hacerse cargo de la cuenta, tal como se pagaba a los clérigos en la Edad Media.

Muchas de las especulaciones a las que se lanzó Nogara, no sólo contravenían las leyes canónicas, sino también las leyes civiles. Sin embargo, como su cliente era el papa, que nunca le hacía preguntas, Nogara, un judío converso al catolicismo, permaneció en su cargo sin que le inquietaran esas nimiedades.

Usando capitales del Vaticano, Nogara compró porcentajes significativos y a menudo mayoritarios en muy diversas empresas. Después de adquirir una empresa, raramente figuraba en el consejo de administración; prefería que algún miembro de la élite del Vaticano se ocupara de salvaguardar los intereses de la Iglesia.

Los príncipes Cario, Marcantonio y Giulio Pacelli, sobrinos de Pío XII, eran tres miembros de la más selecta élite del Vaticano cuyos nombres empezaron a aparecer como directores de una creciente lista de empresas. Eran los «uomini di fiducia» del Vaticano, es decir, los hombres de confianza.

Textiles. Telefónicas. Ferroviarias. Cemento. Electricidad. Agua. Bernardino Nogara estaba en todas partes. Cuando en 1935 Mussolini necesitó armamento para invadir Etiopía, una gran proporción del mismo le fue suministrada por una compañía de fabricación de municiones que Nogara había adquirido en nombre del Vaticano.

Advertido antes que muchos de que la guerra mundial era inevitable, Nogara convirtió en oro parte del capital que tenía a su disposición. Compró 26,8 millones de dólares de oro a 35 dólares la onza. Luego vendió un monto total de 5 millones de dólares en oro a Estados Unidos. Las ganancias que obtuvo con esa venta superaban con creces los 26,8 millones de dólares que había pagado por todo el oro adquirido. En efecto, como demostración de que era un experto en el arte de saber cuándo comprar y cuándo vender, Nogara había adquirido para el Vaticano 21,8 millones de dólares en oro sin pagar ni una lira por ellos. Según mis indagaciones, 17,3 millones de dólares de dicha adquisición todavía se conservan, a nombre del Vaticano, en Fort Knox. Al valor actual del mercado, aquella cifra alcanza un valor cercano a los 230 millones de dólares.

En 1933, el Vaticano, Sociedad Anónima, volvió a demostrar su habilidad al entablar lucrativos negocios con los gobiernos fascistas. Al concordato de 1929, firmado con Mussolini, le siguió otro entre la Santa Sede y el Reich de Hitler. El gestor Francesco Pacelli fue una de las figuras clave del pacto con Mussolini. Su hermano el cardenal Eugenio Pacelli, futuro papa Pío XII, fue el encargado de negociar, como secretario de Estado, la firma del tratado con la Alemania nazi.

Para Hitler, el tratado presentaba muchas ventajas potenciales, de las cuales no era la menor el hecho de que Pacelli, que ya entonces mostraba inclinaciones pronazis, se podía convertir en un útil aliado cuando estallara la no lejana guerra mundial. La historia demostraría lo acertados que eran los cálculos de Hitler.

A pesar de la ingente presión mundial, el papa Pío XII siempre se negó a excomulgar a Hitler y a Mussolini. Tal vez su negativa se debiera a que sabía lo irrelevante que era. Su pontificado se caracterizó por adoptar una falsa pose de neutralidad. A los obispos alemanes les hablaba de las «guerras justas», sin olvidarse de decir exactamente lo mismo a los obispos franceses. Como resultado de esta ambigüedad, las jerarquías católicas apoyaban a Francia en Francia y a Alemania en Alemania.

Cuando los nazis invadieron Polonia, Pío XII se negó a condenar la invasión arguyendo lo siguiente: «No podemos olvidar que en el Reich hay 40 millones de católicos. ¿A qué los expondríamos si la Santa Sede adoptara semejante actitud?».

Una de las mayores ventajas que obtendría el Vaticano del muy lucrativo acuerdo que mantenía con Hitler era la confirmación del Kirchensteuer, o sea, el impuesto eclesiástico. Se trata de un impuesto estatal que aún hoy día deben pagar los creyentes alemanes, y que sólo pueden eludir si renuncian a su religión. En la práctica, son muy pocos los que renuncian a ella. Este impuesto representa por sí solo entre el 8 y el 10% del total impositivo que recauda el gobierno alemán. Luego, el total se reparte entre las iglesias católicas y protestante. Sustanciales cantidades de dinero empezaron a llenar las arcas del Vaticano en los años inmediatamente previos a la segunda guerra mundial. El flujo monetario prosiguió a lo largo de la guerra; en 1943, por ejemplo, llegó a alcanzar los 100 millones de dólares. En el Vaticano, Nogara empleaba el dinero procedente de Alemania para los mismos fines que el que recibía por cualquier otro conducto.

El 27 de junio de 1942, el papa Pío XII decidió modernizar otra parte del Vaticano, que fue a parar a las manos de Bernardino Nogara. El papa disolvió la Administración para Trabajos Religiosos y creó el Instituto para Trabajos Religiosos. Este simple cambio de nombre no tenía un interés suficiente como para figurar en los titulares de primera página de los periódicos, interesados principalmente en el desarrollo de la segunda guerra mundial. Así fue como nació el I.O.R., al que hoy todo el mundo conoce como el Banco del Vaticano (sólo el propio Vaticano no lo reconoce bajo tal denominación). Con esta operación, el Vaticano dio a luz un hijo bastardo. Las atribuciones originales de la Administración, establecidas por León XIII en 1887, consistían en recaudar y distribuir fondos para obras religiosas. No se trataba, en ningún aspecto, de un banco. Con Pío XII, las funciones del I. O. R. pasaron a ser «la custodia y la administración del dinero (en metálico y en bonos) y de las propiedades transferidas o dejadas bajo la tutela del Instituto, por personas legales fiscales, con fines de carácter religioso o para trabajos de caridad cristiana». Queda claro que el I. O. R. era y sigue siendo, en todos los sentidos, un banco.

Nogara leyó detenidamente los términos del Tratado de Letrán y en especial las cláusulas 29,30 y 31 del concordato, que eran las que trataban sobre las exenciones impositivas y establecían una nueva exención fiscal para las «corporaciones eclesiásticas», sobre las cuales el Estado italiano renunciaba a ejercer ningún control. Hubo muy interesantes discusiones sobre el significado concreto de la expresión «corporaciones eclesiásticas». Distraído sin duda por otros acontecimientos de la época, Mussolini adoptó un punto de vista liberal sobre el asunto. El 31 de diciembre de 1942, el ministro de Hacienda del Gobierno italiano remitió una circular en la que establecía que la Santa Sede quedaba exenta de pagar impuestos sobre los dividendos bursátiles. La circular la firmaba el entonces director general del Ministerio, que con bastante propiedad se llamaba Buoncristiano (buen cristiano). La circular especificaba cuáles eran las organizaciones eclesiásticas de la Santa Sede que se liberaban del fardo impositivo. La lista, que era larga, incluía a la Administración Especial y al Banco del Vaticano.

El hombre al que Nogara escogió para dirigir el Banco del Vaticano, era el padre, luego cardenal, Alberto di Jorio, que era ya de antaño el asesor principal de Nogara. Por lo tanto, tenía un pie en la Administración y otro en el Instituto, del que al principio fue primer secretario para convertirse luego en presidente. Además de manejar los intereses de diversos bancos que funcionaban fuera del Vaticano, Nogara disponía de dos bancos dentro del Vaticano que controlaba directamente.

Con todo su talento volcado en la tarea de incrementar los fondos del Vaticano, Nogara se hacía cada vez más fuerte y poderoso. Los tentáculos del Vaticano, Sociedad Anónima, se extendían ya entonces a lo ancho del mundo. El Vaticano se vinculó íntimamente con multitud de bancos dispersos por el orbe. Los Rothschild de París y Londres negociaban en combinación con el Vaticano desde mediados del siglo XIX. Con Nogara al frente de las finanzas de la Santa Sede, los negocios con los Rothschild se incrementaron enormemente. También se establecieron lazos con Crédit Suisse, Hambros, J. P. Morgan, The Bankers Trust Company de Nueva York —muy útil cuando Nogara deseaba comprar o vender acciones en el mercado bursátil de Wall Street—, el Chase Manhattan Bank, el First National y el Continental Bank de Illinois.

No cabe duda de que Nogara no era un hombre para jugar con él al Monopoly. Además de comprar bancos, Nogara adquirió, para el Vaticano, los intereses mayoritarios de muchas otras empresas, que le permitían controlar sectores tales como los seguros, el acero, las financieras, la harina, los espaguetis, la industria mecánica, el cemento y la propiedad inmobiliaria. En relación con esto último, cabe destacar la adquisición de al menos el 15% de la colosal empresa italiana Immobiliare, lo que proporcionó al Vaticano un vasto poder en cuestión de propiedades. La Società Generale Immobiliare es la empresa de construcción más antigua que existe en Italia. Al ser los accionistas de la Società Generale propietarios de la firma hotelera Sogene, Vaticano, con su 15% del total de las acciones del

monopolio, tiene intereses en el Hotel Hilton de Roma, los Itale Americana Nuovi Alberghi, los Alberghi Ambrosiani de Milán, la Compagnia Italiana Alberghi Cavalieri y la sociedad italiana Alberghi Moderni. En esta relación figuran los principales hoteles que hay en Italia. La lista de edificios de oficinas y de compañías industriales, que también pertenece a la Societá Générale, es dos veces más larga.

En Francia, esta sociedad construyó unos grandes edificios de oficinas y tiendas en el número 90 de la avenue des Champs Elysées, en el número 61 de la rué de Ponthieu y en el número 6 de la rué de Berry.

En Canadá, la sociedad es la propietaria del rascacielos más alto del mundo (la torre de la bolsa de Montreal), la torre Port Royal, un edificio de 224 apartamentos y una vasta zona residencial en Greensdale (Montreal).

En Estados Unidos, la Immobiliare tiene cinco grandes bloques de apartamentos en Washington, entre ellos el famoso Watergate Hotel, y en Nueva York es propietaria de una zona residencial de 277 hectáreas situada en Oyster Bay.

En México, posee la totalidad de una ciudad satélite de México D. F. llamada Lomas Verdes.

La lista anterior no pretende ser exhaustiva. Nogara también compró parte de General Motors, Shell, Gulf Oil, General Electric, Bethlehem Steel, I. B. M. y T. W. S. Si las acciones subían y subían era porque había hombres como Nogara que las hacían subir y subir.

Aunque oficialmente se jubiló en 1954, Nogara siguió como asesor del Vaticano (al que prestaba sus consejos de mago de las finanzas) hasta que murió en 1958. La prensa apenas si ha hablado de este hombre, al que solamente se le dedicaron unas pocas líneas con motivo de su muerte. Hasta después de su muerte, su actividad financiera al servicio del Vaticano aparecería envuelta en las brumas del misterio. Este hombre, único en su género, demostró que, dondequiera que se hallase el reino de Cristo, el reino de la Iglesia católica estaba en este mundo. Recibió el más adecuado epitafio en las palabras que le dedicó el cardenal Spellman, de Nueva York: «Desde Jesucristo, lo más grandioso que ha tenido la Iglesia católica es Bernardino Nogara».

Nogara creó el Vaticano, Sociedad Anónima, empezando con 80 millones de dólares, a los que hay que descontar los 30 millones de dólares que se gastaron Pío XI y su sucesor Pío XII en los seminarios regionales y en las casas parroquiales del sur de Italia, así como en la construcción de San Trastevere y en la instalación de la Biblioteca del Vaticano y de la galería de arte. Entre 1929 y 1939, también llegó a tener acceso a las colectas que se realizaban año tras año en todo el mundo y que en Gran Bretaña se llamaban Peter's Pence (un penique para Pedro). Gracias a los peniques de los fieles, a las liras de Mussolini y a los marcos alemanes de Hitler, Nogara entregó a sus sucesores un vasto entramado financiero cuyos intereses, evaluados en la forma más cautelosa, se pueden calcular en unos 500 millones de dólares a cargo de la Administración Especial, más unos 650 millones de dólares a

cargo de la sección secular de A. P. S. A. y unos 940 millones de dólares en inversiones a cargo del Banco del Vaticano, con unos beneficios anuales, que recibe directamente el papa, superiores a los 40 millones de dólares. En términos capitalistas, los servicios que prestó Nogara a la causa de la Iglesia católica tuvieron un éxito increíble. Desde el punto de vista del mensaje que contienen los Evangelios, la actuación de Nogara puede calificarse como un irremediable desastre. A partir de entonces el vicario de Cristo ha adquirido en la tierra un nuevo título extraoficial: el de presidente del consejo de administración.

Cuatro años después de la muerte de Nogara al Vaticano le hubieran resultado imprescindibles sus consejos y experiencia, porque el Gobierno italiano de la época volvió a levantar el espectro de los impuestos sobre los dividendos bursátiles. Lo que siguió produjo una serie de desastres en el Vaticano, que incluyen el chantaje financiero y el asesinato, prácticas habituales de la maña.

Si se pudiera hacer una lista de cuáles fueron los peores años en la historia de la Iglesia católica, 1968 estaría sin duda en los primeros lugares. Es el año de *Humanae vitae*, y el año en que el Gorila y el Tiburón, como se les llamaba, se hacen cargo impunemente de dos de los bancos del Vaticano. El Gorila es Paul Marcinkus. El Tiburón, Michele Sindona.

Una memorable observación de Benjamín Franklin dice: «Las únicas cosas inevitables en este mundo son la muerte y los impuestos». Pocos se atreverían a negar la exactitud de esta sentencia. Entre los pocos que se han atrevido se encuentran los hombres que gobiernan las finanzas del Vaticano. Todos han hecho agotadores esfuerzos para eliminar los impuestos.

En diciembre de 1962, el Gobierno italiano presentó una ley para regular los impuestos sobre los beneficios de las acciones bursátiles.

Inicialmente, los impuestos se fijaron en un 15% para luego seguir el camino propio de los impuestos: multiplicarse. En este caso concreto se multiplicaron por dos.

Al principio, el Vaticano no puso objeciones a la normativa que le obligaba a pagar impuestos; por lo menos, no se le pusieron objeciones públicas. En privado, sin embargo, por conductos diplomáticos, el Vaticano hizo saber al Gobierno italiano lo siguiente: «Según el espíritu de nuestro concordato, y considerando la ley del 2 de octubre de 1942, sería deseable que la Santa Sede recibiera un trato de favor en este asunto».

Hay una carta secreta del secretario de Estado del Vaticano, cardenal Cicognani, al embajador italiano ante la Santa Sede, Bartolomeo Mignone, en la que se detalla en qué consistiría este «trato de favor»: la exención impositiva para una serie de departamentos tan larga como el brazo de un cardenal, que incluye, por supuesto, a los dos bancos del Vaticano: la Administración Especial y el I. O. R.

El Vaticano quería participar en el mercado, pero no pagar por el privilegio de hacerlo. El gobierno demócratacristiano de entonces, minoritario y respaldado por el

Vaticano, hizo resonar los tacones, besó el anillo pontificio y no puso reparos a los requisitos exigidos por la Santa Sede. No se hizo ninguna referencia al asunto, ni ante el Parlamento italiano ni ante la opinión pública. Cuando el gobierno minoritario cayó, para ser reemplazado por una coalición de demócratacristianos y socialistas, encabezada por Aldo Moro, el cargo de ministro de Hacienda le correspondió al socialista Roberto Tremelloni, que no tenía ninguna propensión a firmar un acuerdo ilegal que había sido establecido su predecesor y que, para colmo, no sólo no había sido ratificado por el Parlamento, sino que, más grave todavía, se había concluido ocho días después de la renuncia del anterior gobierno.

Presionado por un lado por un ministro de Hacienda que amenazaba con dimitir y por el otro por un Vaticano que se mostraba intransigente, Aldo Moro trató de llegar a un compromiso. Pidió que el Vaticano presentara una declaración sobre los paquetes de acciones que controlaba como preludeo para que se le otorgara la exención fiscal. No le faltaba razón al primer ministro cuando pensaba que la nación italiana debía saber exactamente cuánto dinero le escamoteaban. El Vaticano se negó a entrar en detalles sobre sus intereses y defendió con energía su posición de estado soberano. Al parecer, es perfectamente aceptable que un estado soberano explote el mercado de valores de otro estado soberano y obtenga altos beneficios de dicha explotación sin que el estado explotado pueda saber siquiera a cuánto ascienden las cifras del expolio.

Diversos gabinetes entraron y salieron. El tema era tratado de tarde en tarde por el Parlamento italiano. Hubo un momento, en 1964, en que el Vaticano expresó con claridad cuánto se había apartado de las enseñanzas de Cristo, que decía que «mi reino no es de este mundo», para acercarse a las de Bernardino Nogara, que aconsejaba: «Conviene incrementar el volumen de la empresa porque la vigilancia fiscal por parte del Gobierno se vuelve ventajosamente difícil». La «empresa» a la que Nogara se refería era el Vaticano Sociedad Anónima, y el «Gobierno» eran los desgraciados que vivían en la orilla opuesta del Tíber y que estaban obligados a lidiar con un fondeadero extraterritorial, libre de impuestos, enclavado en el centro de Roma.

En junio de 1964, con Aldo Moro de nuevo en el poder, la Iglesia de los pobres amenazó con derrumbar por completo la economía italiana. Durante las negociaciones sobre el problema fiscal, los representantes del Vaticano anunciaron ante el Gobierno italiano que si no los dejaban salirse con la suya lanzarían al mercado todas las acciones bursátiles que poseían en Italia. Por supuesto, escogieron el momento más propicio: el mercado de valores italiano pasaba por un período particularmente malo, y las acciones se depreciaban un día tras otro. Volcar repentinamente en el mercado el enorme paquete de acciones que poseía el Vaticano hubiera realmente derrumbado la economía italiana. Enfrentado a esta amenaza, el Gobierno italiano se vio obligado a reconsiderar el tema y a capitular. En octubre de 1964 ya se había preparado el borrador de un proyecto de ley para ratificar el acuerdo

ilegal al que se había llegado previamente.

El proyecto de ley, sin embargo, nunca llegaría a discutirse en el Parlamento, principalmente porque los gobiernos caían demasiado de prisa como para que los sucesivos ministros de Hacienda pudieran revisar lo que tenían en los cajones. Mientras tanto, el Vaticano seguía disfrutando de su impunidad fiscal. Desde abril de 1963, no había vuelto a pagar ningún impuesto sobre sus acciones. En 1967, la prensa italiana en general, y la prensa de izquierdas en particular, pasó al ataque. Querían saber por qué. Querían saber cuánto. Y también querían saber a cuánto ascendían las acciones y qué poseía el Vaticano en el mercado italiano. Las cifras empezaron a volar. Había desde estimaciones que calculaban el total de las inversiones del Vaticano en la bolsa italiana en unos 160 millones de dólares hasta evaluaciones que remontaban la cifra hasta los 2400 millones de dólares.

En marzo de 1967, al responder a unas preguntas en el Senado, el ministro de Hacienda italiano, Luigi Preti, arrojó alguna luz oficial sobre los valores bursátiles que poseía el Vaticano en la península italiana. Él consideraba que el principal inversor del Vaticano era el I. O. R., seguido de la Administración Especial. Había varios otros departamentos del Vaticano, con nombres tan resonantes como el Taller de San Pedro, la Sociedad Pontificia para el Apóstol San Pedro, la Administración de Patrimonio de la Santa Sede y Propaganda Fide, que también solían jugar en la bolsa, como quedó claro tras el informe de Preti. El ministro de Hacienda afirmó que el Vaticano poseía valores italianos por un montante de 100 000 millones de liras, que serían al cambio de entonces 104,4 millones de dólares. Sin embargo, no cabe duda de que la cifra total era mucho más alta, porque en su informe Preti no tenía en cuenta las grandes inversiones del Vaticano en bonos y débitos del Estado, que están completamente libres de impuestos. El ministro sólo tenía en cuenta las acciones bursátiles sobre las que se pudiera exigir un gravamen fiscal.

El ministro tampoco tuvo en cuenta el hecho de que, en las normas del mercado de valores italiano, el poseedor de un paquete de acciones está autorizado a no recaudar ni declarar sus beneficios durante un período de cinco años. Todas las evidencias coinciden en apuntar que las inversiones ocultas del Vaticano, ya fuera en bonos o en débitos, ya por la argucia de los cinco años, sumaban, como muy poco, una cantidad semejante a la declarada por el ministro. Por lo tanto, el valor real de las inversiones del Vaticano en 1968, sólo en la bolsa de valores italiana, llegaba como mínimo a los 202,2 millones de dólares. A eso habría que sumar el valor de las propiedades inmobiliarias del Vaticano, particularmente en Roma y en los distritos aledaños, así como sus inversiones fuera de las fronteras italianas.

A la larga, Italia se cansó del timo del Vaticano: al menos dentro de Italia, la Iglesia católica romana tendría que empezar a darle al César lo que era del César. En enero de 1968, un nuevo gobierno de transición, encabezado por Giovanni Leone, declaró que a fin de año el Vaticano tendría que pagar y ponerse al día. Con considerables aspavientos y coméntanos sobre el estímulo que significaban sus

inversiones para la economía italiana, el Vaticano aceptó, aunque con una típica actitud vaticana. Al igual que el prisionero que suplica desde el banquillo de los acusados, el Vaticano pidió una prórroga para poder pagar lo que debía en cómodas cuotas.

El asunto tuvo unos resultados muy desagradables para el Vaticano. Fuera cual fuese la cifra total de su capital, todo el mundo en Italia sabía ya que la Iglesia de los pobres poseía cuantiosos bienes materiales que le aseguraban un beneficio anual de muchos millones de dólares. Más aún: después de seis años de pulso entre la Iglesia y el Estado, se habían identificado muchas empresas y compañías como pertenecientes al Vaticano o controladas por él mismo. Tan amplios interiores permitían avalar el más sutil capitalismo, pero hubiera sido una mala política de relaciones públicas permitir que el hombre de la calle supiera que si el teléfono, la luz, el agua o el gas no funcionaban debía agradecersele al Vaticano. Y lo más importante era que, de conservar unas inversiones tan enormes en Italia, el Vaticano no tendría más remedio que afrontar un pesado tributo fiscal. El papa Pablo VI se encontraba en un dilema. Los hombres a los que acudió para que le ayudaran a buscar una salida fueron el Gorila y el Tiburón.

Si es correcta la afirmación de Sigmund Freud de que la personalidad del hombre se forma por entero en los primeros cinco años de vida, entonces Paul Marcinkus merecería que los expertos le estudiaran con atención. Incluso en el caso de que uno no concuerde con la opinión de Freud, muy pocos pondrán en duda la enorme influencia que ejerce el ambiente en los años de formación.

Marcinkus nació en una ciudad gobernada por la mafia, donde los asesinatos entre pandilleros constituían el pan de cada día; una ciudad en la que la corrupción abarcaba desde el alcalde hasta los jóvenes impúberes. Era una ciudad a la que azotaban toda clase de delitos, en la cual, entre 1919 y 1960, se cometieron 976 asesinatos a cargo de pandilleros, pero sólo dos de los detenidos fueron condenados. Era una ciudad en la que, en el otoño de 1928, el presidente de la Comisión de Lucha contra la Delincuencia tuvo que recurrir a un hombre para asegurarse de que las elecciones que se iban a efectuar en el mes de noviembre fueran democráticas y honradas. El hombre al que hubo que recurrir se llamaba Al Capone. La ciudad se llama Chicago. Capone se jactaba: «La policía me pertenece». Una expresión más acertada hubiera sido: «La ciudad me pertenece». Capone condescendió ante las súplicas y garantizó la limpieza de las inminentes elecciones. Reunió a los policías de la segunda ciudad de Estados Unidos y les explicó lo que tenían que hacer. Los policías obedecieron. El presidente de la comisión contra el delito observaría después: «Resultaron ser las elecciones más honestas y limpias que se realizaron en 40 años. No hubo ni una sola queja, ni un solo fraude, ni la más mínima complicación a lo largo del día».

Paul Marcinkus nació en los suburbios de Cícero (Illinois) el 15 de enero de 1922. Al año siguiente, enfrentado por una vez con el insólito espectáculo de un alcalde y

un jefe de policía honestos, Al Capone desplazó su cuartel general de Chicago a Cícero. La población de Cícero era de unas 60 000 personas, en su mayoría emigrantes o hijos de emigrantes de origen polaco, bohemio y lituano. Muy pronto, esta gente se resignó a convivir con la maña. Capone instaló su cuartel general en Hawthorne Inn, un local que quedaba en el número 4833 de la calle Veintidós. Junto con Capone, llegaron a Cícero caballeros tan conspicuos como Jake «Dedo Grasiento» Guzik, Tony «Mops» Volpi, Frank «El Ejecutor», Nitti y Frankie Pope, llamado «El Chico Rico de Moda».

Así era la ciudad donde se crió Paul Casimir Marcinkus. Sus padres eran emigrantes lituanos. Su padre se ganaba la vida a duras penas limpiando las pocas ventanas que no eran destrozadas a balazos por las ametralladoras. Su madre trabajaba en una panadería. Entendían poco el inglés; apenas si lo chapurreaban. Al estilo clásico de tantos emigrantes, ansiosos de una vida mejor para los suyos en la tierra de la libertad, los Marcinkus decidieron que sus hijos debían esforzarse y trabajar honradamente para merecer una vida más digna y próspera. Paul, el menor de cinco hermanos, sobrepasó los más delirantes sueños de prosperidad y éxito que hayan podido imaginar sus padres. La suya es la historia del muchacho de la localidad que se convierte en el banquero de Dios.

Con la guía del cura de su parroquia, Marcinkus sintió la vocación del sacerdocio. Se ordenó en 1947, el mismo año en que Al Capone moría de sífilis. El entierro católico del enemigo público número uno más notorio que ha tenido Norteamérica fue oficiado por monseñor William Gorman, que explicó a los periodistas su actitud en los siguientes términos: «La Iglesia jamás perdona el mal, ni tampoco la maldad en la vida de ningún hombre. Con esta breve ceremonia la Iglesia sólo quiere reconocer que Capone cumplió con su penitencia, fortificado por los sagrados sacramentos de la extremaunción».

Marcinkus realizó sus estudios en Roma, en la misma universidad en la que Luciani había recibido su doctorado en teología: la Universidad Gregoriana. Después de una carrera marcada por el éxito, como la de Luciani, el futuro banquero de Dios se doctoró en derecho canónico. En su época de seminarista, Marcinkus supo sacar partido de sus casi dos metros de altura y sus más de 120 kilos de peso para destacar en muy diversos deportes. Cuando trataba de hacerse con el balón en un partido de fútbol, lo usual era que lo consiguiera. Su fortaleza física resultaría fundamental en su vertiginoso ascenso a la cumbre. Lo que había aprendido en las calles de Cícero también le sería de utilidad.

Una vez doctorado, regresó a Chicago, trabajó como cura párroco y luego se convirtió en miembro del Tribunal Eclesiástico de su diócesis. Uno de los primeros en fijarse en Marcinkus fue el entonces arzobispo de la archidiócesis de Chicago, el cardenal Samuel Stritch. Gracias a una recomendación del cardenal Stritch, Marcinkus fue transferido en 1952 al departamento de inglés de la Secretaría de Estado en Roma. A este nombramiento le siguieron otros, como agregado en la

nunciatura de Bolivia primero y de Canadá después. En 1959 regresó a Roma y se reintegró en la Secretaría de Estado. La fluidez con que hablaba español e italiano le convirtió rápidamente en un valioso intérprete.

En 1963, durante una de sus frecuentes visitas a Roma, el cardenal de Nueva York, Francis Spellman, llamó la atención del papa Pablo sobre las potenciales cualidades del padre Marcinkus. Debido sin duda al hecho de que Spellman encabezaba la que entonces era la diócesis más rica del mundo, por lo que a menudo era llamado «el cardenal del billetero repleto» —como tributo de su genio financiero—, el papa empezó a interesarse personalmente por el joven Paul Marcinkus.

En 1964, en el decurso de una visita a los barrios bajos de Roma el Santo Padre se encontró en peligro de sucumbir aplastado por la entusiástica multitud. Repentinamente, Marcinkus hizo su aparición. Empleando los hombros, los codos y las manos logró abrirse paso por entre la multitud hasta donde se hallaba el aterrado vicario de Cristo, al que rescató sano y salvo de la avalancha. Al día siguiente, el papa le citó para darle personalmente las gracias. Marcinkus se convirtió extraoficialmente en el guardaespaldas del pontífice; de ahí nació su apodo de Gorila.

En diciembre de 1964, Marcinkus acompañó a Pablo VI a la India, y, al año siguiente, a las Naciones Unidas. Entonces Marcinkus ya se encargaba de supervisar la seguridad del pontífice en sus desplazamientos. Era, además, guardaespaldas personal, consejero personal de seguridad y traductor personal. El muchacho de Cícero había llegado lejos. Se había hecho muy amigo del secretario particular del papa, el padre Pasquale Macchi, personaje clave dentro del entorno íntimo del papa, que entre la Curia se conocía como «la mafia de Milán». Cuando el cardenal Montini, arzobispo de Milán, fue elegido pontífice en 1963, lo primero que hizo fue hacer ir a Roma un ferrocarril entero de asesores, consejeros financieros y clérigos. Macchi era uno de estos clérigos. Si es cierto que todos los caminos conducen a Roma, no cabe duda de que muchos de ellos pasan antes por Milán. La influencia que ejercían en el papa hombres como el padre Macchi era totalmente desproporcionada al cargo oficial que ocupaban. Macchi regañaba al papa cuando le veía alicaído o apesadumbrado. No sólo le indicaba cuándo había llegado la hora de irse a la cama, sino que también le señalaba a quiénes debía promover, a quiénes debía castigar y a quiénes debía reemplazar y trasladar a los lugares más inhóspitos. Por la noche, una vez acostado el papa, Macchi solía frecuentar un excelente restaurante que quedaba al lado mismo de la plaza de Gregorio Settimo. Su acompañante habitual era Marcinkus. Grandes amigos ya entonces, los dos preladados acostumbraban a cenar juntos.

En posteriores viajes al extranjero con el «papa peregrino», primero a Portugal en mayo de 1967, y después a Turquía en julio del mismo año, Marcinkus estrechó lazos de amistad con Pablo VI. Aquel mismo año, el papa creó un departamento llamado Prefectura de la Santa Sede para Asuntos Económicos. Un título más comprensible hubiera sido el de Auditoría General o Ministerio de Finanzas. Lo que el papa quería era crear un departamento que estuviera en condiciones de proporcionarle todos los

años un estado de cuentas detallado de las finanzas de la Iglesia, así como información de los negocios emprendidos por las diversas administraciones pontificias, para tener así una idea cabal de cuáles eran las riquezas de la Santa Sede y de cómo crecían un año tras otro. Desde sus comienzos, sin embargo, el nuevo departamento se encontró con dos difíciles obstáculos. Primero, la orden expresa del pontífice de que el Banco del Vaticano quedara excluido de los balances anuales. Segundo, la paranoia existente en el Vaticano.

Después de que un trío de cardenales sentara las bases de lo que iba a ser el departamento, se encargó su dirección al cardenal Egidio Vagnozzi. En teoría, Vagnozzi debía proporcionar al papa, en el plazo de un año, un balance detallado de las finanzas de la Santa Sede. En la práctica, Vagnozzi descubrió que el maníaco deseo de conservar en secreto las operaciones financieras que los ejecutivos de los departamentos económicos del Vaticano desplegaban ante los periodistas, como una cortina de humo, también le incluía a él: los números se le esquivaban; las cifras exactas le eran inaccesibles.

La Congregación para la Evangelización quería conservar en secreto sus cuentas. Lo mismo ocurría con el A. P. S. A. Lo mismo ocurría con todos. En 1969, el cardenal Vagnozzi confesó a un colega suyo: «Haría falta una mezcla de la K. G. B., la C. I. A., y la Interpol para obtener un simple vislumbre en relación con el dinero de la Iglesia: cuánto es y dónde está».

Para que asesorara y ayudara al anciano colega de Bernardino Nogara, el cardenal Alberto di Jerio, que a sus ochenta y cuatro años seguía de director del Banco del Vaticano, el papa Pablo consagró como obispo a Paul Marcinkus. Al día siguiente de haberse postrado a los pies del santo padre, Marcinkus ocupó su cargo de secretario del Banco del Vaticano. A todos los efectos, se había convertido en el verdadero director del banco. Hacer de intérprete entre el presidente Johnson y Pablo VI le había resultado bastante fácil, pero era consciente de las dificultades con que iba a tropezar en su nuevo cargo porque, como él mismo admitiría, «no tenía la menor experiencia bancaria». El banquero virgen había llegado. De ser un oscuro sacerdote de Cícero, Paul Marcinkus había conseguido un poder efectivo más completo que cualquier otro norteamericano anterior a él.

Uno de los hombres que asistieron al auge de Paul Marcinkus fue Giovanni Benelli. Inicialmente, Benelli le aseguró al papa que el gigante hablador, fumador de puros y jugador de golf procedente de Cícero sería un buen fichaje para el Banco del Vaticano. Apenas dos años después, Benelli ya estaba firmemente convencido de que había cometido un desastroso error de juicio y que había que desplazar a Marcinkus inmediatamente. Lo que Benelli terminó por descubrir fue que Marcinkus, en aquel breve período de tiempo, se había asentado en unas bases más sólidas y fuertes que las suyas propias. Cuando finalmente se bajó el telón, en 1977, el que tuvo que dejar, no sólo su cargo, sino también el Vaticano y Roma, no fue Marcinkus, sino Benelli.

La vertiginosa promoción de Marcinkus formaba parte de un estudiado cambio de

política por parte del Vaticano. Tener que pagar enormes impuestos por los beneficios bursátiles y quedar al descubierto como el propietario de innumerables empresas italianas, no le convenía al Vaticano, Sociedad Anónima, especialmente cuando alguna de estas empresas fabricaba unos pequeños y paradójicamente embarazosos productos conocidos como píldoras anticonceptivas, contra las cuales no hacía mucho que Pablo VI había invocado las iras de Dios. Por lo tanto el pontífice y sus consejeros económicos habían decidido que lo más conveniente era reducir las inversiones del Vaticano en el mercado italiano y trasegar sus riquezas a mercados extranjeros, principalmente a Estados Unidos. También querían empezar a moverse en las lucrativas aguas pantanosas del eurodólar y el mercado negro.

Marcinkus fue escogido para ser un componente esencial de la nueva estrategia. El papa empleó a una parte de su «maña milanesa» para completar el equipo. Eligió en concreto a un hombre que pertenecía, no a la mera mafia milanesa de Pablo Montini, sino a la verdadera maña siciliana. Milán era la ciudad adoptiva de este hombre: el Tiburón, nacido en Patti, Sicilia, cerca de Messina. Su nombre: Michele Sindona.

Al igual que Albino Luciani, Michele Sindona había conocido de niño la pobreza. Al igual que Luciani, el ambiente en que creció le afectó profundamente e influyó de manera decisiva en su vida. Mientras que Luciani alcanzó la madurez con la determinación de combatir y de ser posible erradicar la pobreza, para que nadie tuviera que sufrirla, Michele Sindona se consagró a quitarles a otros, si podía, lo poco o mucho que tuvieran.

Nacido el 8 de mayo de 1920 y educado por los jesuitas, Sindona demostró muy pronto una marcada inclinación por las matemáticas y la economía. Tras graduarse en la Universidad de Messina con una excelente licenciatura en derecho, en 1942 Sindona logró eludir el alistamiento en el ejército de Mussolini gracias a los auxilios de un lejano pariente de su novia que trabajaba en la Secretaría de Estado del Vaticano, un tal monseñor Amleto Tondini.

En los tres últimos años de la segunda guerra mundial, Sindona dejó a un lado su licenciatura en derecho y se involucró en un lucrativo negocio que bien pronto le dispensó una opulenta vida. El negocio consistía en algo que con el tiempo le haría mundialmente famoso: la compraventa. Compraba alimentos en el mercado negro de Palermo y, con la colaboración de la mafia, los llevaba de contrabando a Messina, donde los vendía a sus famélicos moradores.

Después del desembarco aliado en Sicilia, que se produjo en junio de 1943, Sindona escogió al ejército de ocupación norteamericano para obtener sus suministros. A medida que sus negocios aumentaban, también aumentaban sus contactos con la mafia. En 1946, Sindona, acompañado de su joven esposa Riña y ya convertido en un experto en las sutiles leyes de la oferta y la demanda, dejó Sicilia para establecerse en Milán. Llevaba consigo unas valiosísimas cartas de recomendación del arzobispo de Messina, cuya amistad había cultivado calculada y

astutamente.

Una vez en Milán, Sindona se instaló en las afueras, concretamente en Affori, y empezó a trabajar para una empresa de consultores financieros. Al tiempo que en Italia fluía cada vez con mayor empuje el dinero procedente de Estados Unidos, Sindona se fue especializando en aconsejar a los potenciales inversores la mejor manera de abrirse camino por la tupida maraña de la legislatura impositiva italiana. Los progresos de Sindona impresionaron adecuadamente a sus socios de la mafia. Sindona era un hombre de indudable inteligencia. También era ambicioso y, lo que es más importante a los ojos de la mafia, inescrupuloso, corruptible y encima uno de ellos. Conocía la importancia de las tradiciones mañosas, como por ejemplo la famosa «cometa», o ley del silencio. A fin de cuentas era siciliano.

Los Gambino, importante familia mañosa, estaban especialmente encantados con el joven Sindona y con su habilidad para colocar fuertes inversiones en dólares sin tener que hacer caso a todos esos aburridos ordenamientos legales de los impuestos. La familia Gambino tiene los más diversos intereses por todas partes, aunque sus dos principales centros de poder son Nueva York y Palermo. En la gran ciudad norteamericana los que mandan son directamente los Gambino, mientras que en la provinciana ciudad de Sicilia asumen el poder sus primos los Inzerillo. El 2 de noviembre de 1957 se celebró una «reunión familiar» en el Grand Hotel des Palmes, de Palermo. Entre los invitados a disfrutar del vino y la comida se hallaba Michele Sindona.

La familia Gambino le hizo una oferta y Sindona la aceptó con entusiasmo. Los Gambino querían que Sindona se encargara de manejar y reinvertir los enormes beneficios que la familia había empezado a recibir por la venta de heroína. Necesitaban una persona que limpiara ese dinero negro, y habían pensado en Sindona. Con su probada astucia para meter y sacar de Italia grandes sumas de dinero sin perturbar la displicencia del departamento de vigilancia fiscal del Gobierno, Sindona era el hombre ideal para hacer de lavandera. A sus probadas habilidades en la materia había que sumar además el hecho de que en el momento en que se celebró esta «cumbre» mafiosa, Sindona dirigía ya una numerosa cantidad de empresas. Frecuentemente, solía decirles a sus agradecidos clientes: «No, gracias. Cobraré mis honorarios con algunas acciones de su compañía». También había empezado a perfeccionar la técnica de adquirir empresas en crisis para seccionarlas, venderlas por partes, sumergirlas en parte, dispersarlas en todas direcciones y luego poner en venta los restos con enormes dividendos personales. Debía de ser algo muy divertido de observar, siempre que no fuera uno el que pagara las consecuencias.

Diecisiete meses después de la reunión en la cumbre de la mafia, Sindona compró su primer banco con el apoyo de capitales mafiosos. En ese momento ya había descubierto una de las reglas cardinales del arte de robar: la mejor manera de robar un banco es comprarlo.

Sindona creó un *holding* con sede en Licchtenstein, llamado Fasco AG. Poco

después, Fasco adquiría la Banca Privata Finanziaria de Milán, habitualmente conocida como la B. P. F. Fundada en 1930 por un ideólogo fascista, la B. P. F. era una institución pequeña, muy privada y exclusiva, que servía de conducto para las transferencias monetarias ilegales desde Italia al extranjero. Trabajaba en beneficio de unos pocos privilegiados. Fue sin duda ésta orgullosa tradición lo que conmovió el corazón de Sindona. Aunque hubiera eludido con añagazas el reclutamiento militar para luchar por Mussolini, no cabe duda de que Sindona era un fascista nato. Debió de resultarle emocionante poder adquirir un banco como el B. P. F.

El mismo año en que se hizo cargo del B. P. F., Sindona realizó también otra habilidosa inversión. El arzobispo de Milán intentaba obtener una importante suma de dinero para un asilo de ancianos. Informado del asunto, Sindona se encargó de obtener por sí mismo la suma completa, que era de 2,4 millones de dólares. Por eso, cuando el arzobispo de Milán, el entonces cardenal Giovanni Battista Montini, inauguró la Casa de la Madonnina, el hombre que se encontraba a su lado era Michele Sindona. Los dos se convirtieron en buenos amigos, y Montini se apoyaba cada vez más en los consejos de Sindona para solucionar problemas monetarios ajenos a las inversiones diocesanas.

Lo que probablemente el cardenal Montini desconocía era que los 2,4 millones de dólares que le había entregado Sindona provenían principalmente de dos fuentes: la mafia y la C. I. A. El exagente de la CÍA. Víctor Marchetti revelaría más tarde:

En los años cincuenta y sesenta, la C. I. A. apoyó económicamente numerosas actividades de la Iglesia católica, desde la creación de orfanatos hasta las organizaciones misioneras. Año tras año, millones de dólares de la C. I. A. iban a caer a manos de obispos y arzobispos. Uno de ellos era el cardenal Giovanni Battista Montini. Es posible que el cardenal Montini desconociera la procedencia de aquel dinero. Tal vez pensaba que se lo daban sus amigos.

Unos «amigos» que, como parte de su estrategia para evitar que los italianos entregaran el poder mediante elecciones al partido comunista, no sólo volcaban millones de dólares en el país, sino que también estaban predispuestos a sonreír con benevolencia ante hombres como Michele Sindona. Es probable que fuera un delincuente de vuelos cada vez más altos, pero por lo menos era un delincuente de derechas.

El Tiburón empezó a nadar cada vez más deprisa. Los milaneses, que ya de por sí tienden a despreciar a los romanos, y no digamos a los sicilianos, al principio apenas si se fijaban en aquel hombre correcto, educado y bien hablado, mesurado y comedido, que provenía del sur. Pasado un tiempo, sin embargo, en los altos círculos económicos de la ciudad que es la capital económica de Italia, se empezó a aceptar mayoritariamente el hecho de que Sindona era un consejero bastante brillante en materia de impuestos. Cuando empezó a adquirir una empresa por aquí y otra por allá, los oligarcas milaneses lo achacaron en principio a la usual buena suerte que se dice que acompaña a los principiantes. Pero cuando se convirtió, no sólo en banquero, sino también en confidente del hombre que muchos señalaban

acertadamente como futuro pontífice romano, ya era demasiado tarde para detenerlo. Su auge fue imparable, vertiginoso. De nuevo a través de su *holding*, Fasco, Sindona adquirió la Banca di Messina. Esta jugada satisfizo de forma muy especial a las dos poderosas familias mañosas de los Gambino y los Inzerillo, porque les proporcionaba un acceso ilimitado a un banco de Sicilia, situado además en la provincia natal del propio Sindona.

Sindona estrechó profundos vínculos personales con Massimo Spada, uno de los hombres de confianza del Vaticano, secretario administrativo del Banco del Vaticano y miembro del consejo de administración de 24 compañías como representante de los intereses de la Santa Sede. Luigi Mennini, otro alto funcionario civil del Banco del Vaticano, también se convirtió en amigo personal de Sindona, al igual que el padre Macchi, secretario de Montini. La Banca Privata empezó a florecer. En marzo de 1965, Sindona le vendió el 22% de las acciones al Hambros Bank de Londres, empresa que mantenía una larga y estrecha relación financiera con el Vaticano. En Hambros consideraban «brillante» la gestión de Sindona al frente de la B. P. F. y a cargo de canalizar los fondos que recibía su empresa. Lo mismo opinaban los miembros del clan Gambino-Inzerillo. Igual opinión sustentaba el Continental Bank de Illinois, que adquirió otro 22% de las acciones del banco de Sindona. Para entonces, el Continental se había convertido en el principal conducto de las inversiones que realizaba el Vaticano en Estados Unidos. La trama que Sindona desplegó para vincularse con altos dignatarios de la Santa Sede ya era sólida y firme. Se hizo íntimo amigo de monseñor Sergio Guerri, responsable ejecutivo de la monolítica Administración Especial creada por Nogara.

En 1964, Sindona adquirió otro banco, en esta ocasión en Suiza: el Banque de Financement de Lausana, llamado Finábanle, que estaba mayoritariamente en manos del Vaticano y que, al igual que la B. P. F., era poco más que una fachada para la evasión ilegal de divisas. Después de que Sindona se hiciera con la mayoría de las acciones, el Vaticano conservaba todavía un 29% del paquete accionario de Finabank. También el Hambros de Londres y el Continental de Illinois eran propietarios de un cierto porcentaje de acciones del mencionado banco de Lausana.

Del hecho de que tres instituciones tan augustas como el Vaticano, el Hambros y el Continental se asociaran tan íntimamente con Sindona, debería desprenderse que éste dirigía sus negocios de forma ejemplar. ¿O no?

Cario Bordoni descubrió que las cosas eran muy distintas. La primera vez que Bordoni entró en contacto con Sindona fue en la segunda quincena de noviembre de 1964. El lugar del encuentro fue el Estudio Sindona, en el número 29 de la Vía Turati, de Milán. Con anterioridad, Bordoni había trabajado como administrador de la agencia milanese del First National City Bank de Nueva York. Poco antes de su primera entrevista con Sindona, a Bordoni le habían despedido del City Bank por haber sobrepasado los límites marcados en cuestión de negociar con divisas extranjeras. Por descontado, Sindona debió de sentirse bien predispuesto hacia un

hombre con estos antecedentes y le ofreció la posibilidad de manejar los fondos de divisas extranjeras de la B. P. F. Teniendo en cuenta el hecho de que los depósitos totales del Banco no llegaban a los 15 000 millones de liras (aproximadamente 15 millones de dólares), Bordoni rechazó el ofrecimiento. Comparados con los 1000 millones de dólares que movía el City Bank, los fondos de la B. P. F. le parecían calderilla. Otro obstáculo era que la B. P. F. no tenía ni siquiera una agencia de cambio y por lo tanto no estaba legalmente autorizada para negociar con moneda extranjera. Como carecía de prestigio internacional, la B. P. F., en opinión de Bordoni, «carecía de posibilidades de entrar a formar parte del círculo nobiliario de los bancos internacionales».

Bordoni tenía una idea mejor. ¿Por qué no crear una agencia financiera internacional? Si se trabajaba de firme, si se contaba además con los excelentes contactos de Bordoni, una empresa de esa clase podía prosperar rápidamente y ganar importantes comisiones. En palabras de Bordoni, se hubiera podido «incrementar el relieve del todavía modesto Grupo Sindona y, pasado un tiempo, casi con seguridad hubieran empezado a llover créditos en moneda extranjera a favor de la B. P. F. y del Finabank».

Tal como Bordoni afirmaría tiempo después, en una declaración jurada que prestó ante unos magistrados de Milán, Sindona se mostró visiblemente excitado con dicha perspectiva y aprobó el proyecto sin vacilar. El entusiasmo de Sindona es fácil de comprender. Con el nombre muy apropiado de Moneyrex (rey del dinero), la empresa entró en funciones el 5 de febrero de 1965. Al principio, operó de forma estrictamente legal y correcta, lo que no le impidió obtener significativos beneficios. En 1967 manejaba un capital anual de unos 40 000 millones de dólares, con unas ganancias netas que superaban los 2 millones de dólares al año. Estas ganancias se desvanecían en cuanto llegaban a las manos de Sindona, sin darle tiempo al fisco ni para parpadear. Sin embargo, Sindona aspiraba a más cosas que a obtener un honesto beneficio.

Sindona empezó a presionar a Bordoni para que canalizara la mayor cantidad posible de divisas extranjeras hacia sus dos bancos. Bordoni le indicó que existían varias y serias dificultades que hacían que la idea fuera impracticable. Entonces el Tiburón montó en cólera y advirtió a Bordoni que no olvidara su «capacidad persuasiva» y su «poder». Bordoni le contestó que las dificultades a las que se refería eran precisamente ésas. Por si a Sindona le quedaba alguna duda sobre el significado de sus palabras, Bordoni le hizo saber: «Tu “capacidad de persuasión” es la mafia y tu “poder”, la masonería. No pienso arriesgar mi reputación y prestigio, ni tirar por la borda el éxito de Moneyrex, sólo porque un mafioso me lo pida».

A la larga, sin embargo, la cautela se sobrepuso al coraje y Bordoni consintió en supervisar las operaciones bancadas de la B. P. F. y del Finabank. Sus descubrimientos son esclarecedores, no sólo de las maniobras de Sindona, sino de las actividades del Vaticano, el Hambros y el Continental. Doce años después, en una

declaración jurada, desde un hospital penitenciario de Caracas, Bordoni puso en conocimiento de los magistrados de Milán sus descubrimientos:

Cuando empecé a frecuentar la B. P. F., en el verano de 1966, me afectó profundamente el caos que reinaba en varias de sus secciones. Se trataba de un banco minúsculo que si sobrevivía era sólo gracias al margen de ganancias que le dejaban sus negocios, por supuesto debidamente enmascarados con «dinero negro», que procedía del Crédito Italiano, de la Banca Commerciale Italiana y de otros importantes bancos de aquel país. Todas estas operaciones con divisas extranjeras tenían por finalidad limpiar el dinero negro que provenía día a día, en grandes cantidades, de las mencionadas fuentes. Se trataba de un vasto negocio de exportación fraudulenta de capitales, y la técnica que se empleaba era la más canallesca y criminal que se hubiera podido imaginar.

Bordoni descubrió numerosos créditos concedidos bajo cuerda y sin ninguna garantía que los respaldara. Los números rojos excedían con creces el límite legal, que era del 5% del capital activo más las reservas. También descubrió que se practicaba el robo masivo, a la mayor escala. Los directivos se dedicaban a transferir grandes sumas de dinero de las cuentas de sus depositantes sin informar a éstos de lo que hacían. Dichas sumas eran trasladadas a una cuenta que tenía el Banco del Vaticano, que a su vez las transfería, previo descuento de una comisión del 15%, a una cuenta que tenía Sindona en la sede del Finabank en Ginebra. El nombre de esta cuenta era Maní, palabra compuesta por Ma de Manco y Ni de Niño. Manco y Niño eran los hijos de Sindona. La comisión del 15% que se embolsaba el Banco del Vaticano alcanzaba cantidades variables, según fueran las operaciones que se realizaban en el mercado negro del dinero.

Si un cliente de la B. P. F. de Milán se quejaba porque un cheque que había firmado con toda su buena fe resultaba que no tenía fondos y que por lo tanto era rechazado, o si descubría que faltaba dinero de su cuenta corriente, se le aconsejaba que hiciera sus negocios con otra empresa cualquiera. Si el cliente insistía, entonces aparecía el gerente, desbordante de franqueza lombarda, para disculparse y explicar que «se trata de un grave error de caja; ya sabe usted, con estos modernos ordenadores...».

Los chanchullos que Bordoni descubrió en el Finabank de Ginebra eran tan graves como los abusos en que incurría la B. P. F. El director ejecutivo de Finabank, Mario Olivero, no tenía ni idea de lo que era dirigir un banco. El gerente general se pasaba el día en la bolsa, especulando con acciones y divisas. Si perdía, las pérdidas se transferían a la cuenta de algún cliente. Si ganaba, se embolsaba él los beneficios. Los encargados de las diversas secciones seguían el ejemplo del gerente general y otro tanto hacía el Banco del Vaticano.

Además de ser uno de los propietarios del Finabank, el I. O. R. tenía abiertas varias cuentas en dicho banco. Bordoni descubrió que estas cuentas «reflejaban únicamente la realización de gigantescas operaciones especulativas que arrojaban unas pérdidas colosales». Estas pérdidas, como las de cualquier otro, las cubría una compañía de seguros llamada Liberfinco (Compañía Fiduciaria Liberiana). En la época en que Bordoni realizó su inspección, Liberfinco presentaba un déficit de 30

millones de dólares. Cuando los inspectores bancarios suizos se dejaron ver por fin, en 1973, las pérdidas de esta compañía fantasmal alcanzaban ya los 45 millones de dólares. Las autoridades suizas se dirigieron entonces a Sindona, al Vaticano, al Continental Illinois y a Hambros para comunicarles que disponían de 48 horas para liquidar Liberfinco. En caso contrario, el Finabank sería declarado en bancarrota. Entonces, otro aliado de Sindona, Gian Luigi Clerici di Cavenago, demostró tener ideas brillantes. Con una letra de cambio por valor de 45 millones de dólares, estrategia que no requería ningún desembolso en metálico, Clerici cubrió el expediente de Liberfinco, cerró la compañía y abrió otra, la inversora Aran de Panamá, con un déficit inicial inmediato de 45 millones de dólares.

Al pedirle a Bordoni que inspeccionara Finabank, Sindona pronunció una de las más grandes sentencias de todos los tiempos: «Pasan cosas raras allí dentro». Cuando Bordoni le explicó lo raras que eran las cosas que pasaban, Sindona le insultó y le echó violentamente de su despacho. Los negocios siguieron como de costumbre en los dos bancos. Bordoni trató de apartarse de aquel juego demasiado peligroso, pero Sindona empleó con él una de sus tácticas habituales: el chantaje. Bordoni también había delinquido en sus especulaciones con divisas extranjeras y Sindona, que lo sabía, lo amenazó con remitir al presidente del Banco de Italia las pruebas de sus delitos. Bordoni siguió en el juego.

Lo cierto es que un hombre experimentado y despierto como Cario Bordoni debió prever lo que ocurriría y no tratar de meter los dedos en el enchufe como si fuera inmune a las descargas eléctricas. En una de sus primeras entrevistas, Sindona le había avisado: «Nunca serás un verdadero banquero, no sólo porque eres incapaz de mentir, sino porque además eres un hombre con principios. Nunca aprenderías a utilizar un arma tan valiosa como el chantaje».

El respeto que le tenía a Bordoni hubiera aumentado considerablemente si Sindona hubiera sabido que su colega, al que consideraba tan timorato y tan abyectamente honesto, había empezado a succionar dinero para su fuero personal, remitiéndolo a varias cuentas secretas que había abierto en Suiza. Cuando la relación entre los dos hombres terminó, Bordoni le había timado a Sindona alrededor de 45 millones de dólares. Es una nimiedad si se compara con las actividades delictivas del propio Sindona, pero hay que tener en cuenta que Bordoni no pertenecía a la misma escuela.

En cuanto al chantaje, Sindona era un verdadero maestro. Aparte de poseer una innata habilidad para estos menesteres, Sindona había sido educado por la mafia y asesorado y aconsejado por el más audaz y brillante chantajista que había entonces en Italia: Licio Gelli.

Al echarle en cara a Sindona sus amistades mafiosas y sus contactos con la francmasonería, Bordoni jugaba con fuego. Sindona no pertenecía a ninguna logia masónica que pudiera argumentar que descendía de los constructores del templo de Salomón. Su logia tampoco se inspiraba en los ideales del patriota italiano Garibaldi,

ni tenía a ningún duque de Kent como Gran Maestro. Se trataba de la logia «Propaganda Dos» o P2, y su Gran Maestro era Licio Gelli.

Gelli nació en Pistoia, localidad de la Italia central, el 21 de abril de 1919. Su educación convencional cesó abruptamente cuando le expulsaron de la escuela a los 14 años. Se cuenta una anécdota de sus tiempos escolares que demuestra que Gelli desarrolló precozmente una especie de astucia muy peculiar. En la misma clase a la que Gelli asistía había un muchacho que era más alto y más fuerte que los demás. Sus compañeros le admiraban y le temían. Un día, Gelli robó la merienda al grandullón y, cuando éste ya había armado un buen alboroto al respecto, se le acercó y le dijo: «Sé quién te ha robado la merienda, pero no te lo voy a decir porque es un compañero al que no quiero causar problemas. Encontrarás tu merienda escondida detrás del tercer banco». Desde aquel día, el joven gigante se convirtió en amigo y protector de Gelli, que ya demostraba haber aprendido el arte de manipular a los demás. A los 17 años, el odio que sentía contra los comunistas se podía comparar con el del rey Herodes contra los primogénitos. Como miembros de la división italiana de Camisas Negras, Gelli y su hermano combatieron en España contra los comunistas enrolados en el ejército de Franco. Al referirse posteriormente a este período de su vida, Gelli decía: «Sólo yo regresé con vida».

En los inicios de la segunda guerra mundial, Gelli combatió en Albania. Luego obtuvo el grado de Oberleutnant de las S. S. en Italia, donde sirvió de «agente de enlace» con la Alemania nazi. Su misión consistía en espiar a los partisanos, infiltrado en su organización, para luego denunciarlos a sus amos teutones. Gelli empezó a acumular su fortuna durante la guerra, cuando se instaló en la ciudad italiana de Cattaro, lugar donde estaba escondido el tesoro nacional de Yugoslavia. Una parte significativa de este tesoro nunca regresaría a Yugoslavia porque Gelli se encargaría de robarlo. Su temprana vocación de cruzado anticomunista tendía a disminuir en proporción directa con las sucesivas derrotas del Eje a medida que la guerra se alargaba. Hubo un momento en que Gelli empezó a colaborar con los partisanos, que en su mayor parte eran comunistas. De esta forma, cuando localizaba un escondrijo de los partisanos, en seguida informaba diligentemente a los alemanes, y después avisaba a los partisanos para que huyeran antes de que llegaran las tropas nazis.

Gelli siguió jugando a dos bandos desde mediados de la guerra hasta el final de la misma, y fue uno de los últimos fascistas que se rindieron en el norte de Italia. Muy cerca, en Belluno, un joven sacerdote llamado Albino Luciani protegía y daba cobijo a los partisanos.

Terminada la guerra, Gelli llegó a un pacto con los comunistas: seguiría espiando para ellos a cambio de que le salvaran la vida cuando tuviera que enfrentarse al tribunal antifascista de Florencia. Una vez ante el tribunal y después de una discreta intervención comunista, las pruebas de que Gelli había torturado y asesinado a varios patriotas fueron desestimadas porque se consideraron insuficientes.

Libre de cargos al respecto, lo primero que hizo Gelli fue organizar una vía de escape (llamada «camino de ratas») para los nazis que quisieran marcharse a Sudamérica. Les cobraba una comisión fija, el 40% del dinero que tuvieran. Otro de los organizadores de aquel «camino de ratas» era un sacerdote católico de origen croata, el padre Krujoslav Dragonovic.

Entre los hombres que escaparon gracias a los servicios de Gelli y su organización estaba Klaus Barbie, alto jerarca de la Gestapo conocido como el Carnicero de Lyon. Barbie no tuvo que pagar ni a Gelli ni al padre Dragonovic, ya que su traslado a Sudamérica lo costeó la Corporación de Contraespionaje de Estados Unidos, que lo emplearía en tareas de espionaje hasta febrero de 1951.

Mientras colaboraba con las jerarquías del Vaticano y con el Servicio Secreto de Estados Unidos, Gelli siguió espionando para los comunistas hasta 1956.

Gelli dejó de espiar en favor de los comunistas cuando empezó a trabajar para el Servicio Secreto italiano. Como parte de la paga por la realización de este trabajo, Gelli obtuvo que se archivara el prontuario sobre sus actividades previas, que se hallaba en poder del Servicio Secreto. Esta transacción tuvo lugar en 1956. Dos años antes, Gelli se había embarcado con el mismo destino que habían tomado numerosos jefes del Tercer Reich, a los que él había ayudado a huir. Se marchó a Sudamérica y se alineó con elementos ultraderechistas de Argentina; llegó a hacerse íntimo amigo y confidente del general Juan Perón. Cuando la Iglesia católica excomulgó a Perón, Gelli cosechó uno de sus contados fracasos al tratar de interceder ante el Vaticano. La campaña anticlerical de Perón, que había provocado su excomunión, pesaba más para la Iglesia que las afirmaciones de Gelli, quien afirmaba que el general argentino era un genio incomprendido. Después de que Perón se viera obligado a huir de su país a raíz del golpe militar de 1955, Licio Gelli trabó en seguida amistad con los componentes de la nueva junta de gobierno. Lenta y cuidadosamente, había empezado a cimentar su poderío, que muy pronto se haría notar en gran parte de Sudamérica. Gelli siempre cortejó a los ricos y a los poderosos, o a los que iban camino de serlo. En términos de ideología o de filosofía política, Gelli era una ramera y siempre se vendía al que pudiera pagarle lo que pedía. Mientras colaboraba con la junta militar derechista que gobernaba en Argentina, Gelli volvió a practicar el espionaje para la Unión Soviética, tarea para la que se sirvió de sus contactos con Rumania. Llevaba consigo una recomendación del partido comunista italiano, que le había salvado la vida al terminar la segunda guerra mundial, y los números de teléfono de varios agentes de la C. I. A. a los que vendía información. También le sobraba tiempo para seguir trabajando a las órdenes del S. I. D., el Servicio de Inteligencia del ejército italiano.

Mientras Sindona escalaba posiciones en la tupida maraña que formaba la jungla financiera de Milán en la posguerra, Gelli ascendía peldaños dentro de la compleja estructura política y de poder que imperaba en Sudamérica: un general aquí, un almirante allá, unos cuantos políticos, varios altos funcionarios estatales, etcétera.

Mientras Sindona extendía sus contactos con la creencia de que el poder se asienta en el dinero, Licio Gelli usaba a sus nuevos amigos sudamericanos para acceder a la verdadera fuente del poder, que es la información: saber. Buscaba estar informado, conocer el prontuario de los banqueros, acceder a los archivos secretos donde se hallaban fichados los políticos en activo. La red de espionaje de Gelli se expandía desde Argentina, como una telaraña, por el continente entero: hacia Brasil, Bolivia, Paraguay, Colombia, Venezuela y Nicaragua. En Argentina, Gelli obtuvo la doble nacionalidad. Después fue designado consejero económico y representante financiero de Argentina en Italia, cargo que empezó a desempeñar en 1972. Una de sus tareas principales consistía en negociar la compra de grandes cantidades de armamento. A través de las gestiones de Gelli, Argentina adquirió tanques, aviones, barcos, sistemas de detección por radar y, más adelante, los fatídicos misiles Exocet. Antes, sin embargo, fue gerente de la fábrica de colchones Permaflex y administrador de la Remington Rand de Toscana. Entre los nombres que figuraban por entonces en el consejo de administración de la Remington Rand estaba el de Michele Sindona.

Siempre ávido por incrementar su radio de poder e influencia, Gelli pensó que la rehabilitada masonería constituía un vehículo ideal para complementar sus aspiraciones. El irónico destino quiere que haya sido su idolatrado Mussolini el que prohibiera en Italia las prácticas masónicas. Mussolini consideraba a los masones como “otro estado dentro del estado”.

También resulta irónico que haya sido un gobierno democrático, por los que Gelli sentía un particular desprecio, el que restableciera en Italia la libre práctica de la masonería, aunque conservando en vigencia un artículo de las leyes fascistas, el que prohibía, como delito penal, la creación de organizaciones secretas. Por lo tanto la nueva masonería, reformada, estaba obligada a presentar ante el Gobierno una lista con el nombre de todos sus miembros.

En noviembre de 1963, Gelli se integró en una logia masónica convencional. Rápidamente ascendió hasta el tercer grado, con lo que estaba legalmente habilitado para dirigir su propia logia. Entonces, el Gran Maestro Giordano Gamberini le impulsó a crear un círculo integrado por personas importantes, alguna de las cuales podía con el tiempo adscribirse a la organización, pero en cualquier caso todas servirían para fortalecer la auténtica francmasonería. Gelli estaba esperando que se le presentara una oportunidad de este tipo y no la desaprovechó. Lo que hizo, sin embargo, fue crear una organización secreta y por lo tanto ilegal. El círculo recibió el nombre de Raggruppamento Gelli: P2. La P era la inicial de Propaganda, que era a su vez el nombre de una legendaria logia italiana del siglo XIX. Inicialmente, Gelli reclutó los miembros de su grupo entre los altos oficiales retirados de las fuerzas armadas italianas, a través de los cuales logró entrar en contacto con los altos oficiales que seguían en activo. Con el tiempo, esta tenaz y laboriosa red envolvería a toda Italia, alcanzando hasta los últimos vericuetos de la estructura del poder. Los ideales y aspiraciones de la auténtica francmasonería fueron rápidamente

abandonados, aunque no de forma oficial. El objetivo de Gelli era más bien contrario al ideal masón, ya que consistía en que la extrema derecha se hiciera con el dominio de Italia. Este dominio no iba a ser explícito, no significaba ningún asalto efectivo al Gobierno. Siguiendo a su manera las ideas de Mussolini, lo que Gelli pretendía con su logia era crear otro estado dentro del estado, a menos que ocurriera lo impensable, es decir, que los comunistas ganaran las elecciones y gobernaran legítimamente. En tal caso se llevaría a cabo un golpe de Estado y la derecha se haría cargo abiertamente del poder. Gelli sabía que si esta acción se consumaba las demás potencias occidentales aceptarían la situación. De hecho, desde la creación misma de la P2, Gelli había contado con el apoyo y el aliento del departamento de la C. I. A. que operaba en Italia. Si esto parece el delirio de un loco, con toda esa tropelía de planes insensatos, convendría hacer notar que entre los miembros de la P2, y sólo en Italia (porque había, y hay todavía, otras ramas poderosas que funcionan en otros países), estaban el comandante en jefe de las fuerzas armadas, Giovanni Torrisi, los jefes del Servicio Secreto, generales Giuseppe Santovito y Giulio Grassini, el director de la policía de finanzas, Orazio Giannini, ministros del Gobierno y políticos de diversas tendencias (excepto, por supuesto, los comunistas), treinta generales, ocho almirantes, editores de prensa, ejecutivos de televisión y poderosos industriales y banqueros, entre los que figuraban Roberto Calvi y Michele Sindona. Al revés que con la francmasonería convencional, la lista de los miembros de la P2 era tan secreta que sólo Licio Gelli conocía todos los nombres.

Gelli utilizaba una gran variedad de técnicas para incrementar el poder de su logia. Una de las más usuales consistía en establecer un contacto personal, aparentemente inocuo, o ser introducido a los potenciales candidatos a través de algún miembro de la logia. Otros métodos no eran de tan buen gusto. El más frecuente era el chantaje. Para entrar a formar parte de la logia como miembro efectivo, el candidato estaba obligado a dar una muestra de su lealtad poniendo a disposición de Gelli documentos comprometedores, informes peligrosos, de hecho cualquier información secreta que después pudiera ser empleada, no sólo contra él mismo, sino también contra cualquier otro personaje importante al que Gelli deseara incluir en su nómina. Enfrentados a pruebas fehacientes de sus propios delitos o faltas, los hombres ambicionados por Gelli no tenían otro remedio que unirse a la P2. Éste fue el sistema empleado, por ejemplo, con Giorgio Mazzanti, presidente de la E. N. I., la compañía petrolera estatal. Ante las pruebas que demostraban su corrupción en relación con unos elevados sobornos que había recibido de Arabia Saudí por una gran compra de petróleo, Mazzanti tuvo que claudicar, unirse a la P2 y de paso facilitar a Gelli más información para enganchar a su carro a otros altos personajes corruptos de la República italiana.

Otra de las técnicas empleadas por Gelli para seducir a los miembros potenciales, consistía en informarse, a través de las turbias fuentes usuales, sobre los principales candidatos para ocupar cualquier cargo importante. Entonces Gelli telefoneaba a

todos (habitualmente eran tres: las consabidas ternas) para decirles que haría todo lo posible en su favor. Después se limitaba a esperar que uno de ellos fuera designado y al día siguiente éste pasaba a ser un nuevo, solícito y agradecido miembro de la logia.

Superficialmente, la P2 era, y es todavía, una fanática policía de seguridad, muy adecuada contra cualquier potencial gobierno comunista. Sin contar Italia, todavía funcionan ramas de la logia P2 en Argentina, Venezuela, Paraguay, Bolivia, Francia, España, Portugal y Nicaragua. También hay miembros activos en Suiza y Estados Unidos.

En Italia, Cuba y Estados Unidos, la P2 se halla íntimamente vinculada a la mafia. En América latina, mantiene sus vínculos más estrechos con diversos regímenes militares, grupúsculos neofascistas. También está íntimamente asociada con la C. I. A. Por otra parte, su influencia llega hasta el corazón mismo del Vaticano. El centro de interés que aglutina a todos estos dispares elementos es, al parecer, el odio y el miedo hacia el comunismo.

Sin embargo, la P2 no es de hecho una conspiración mundial cuya finalidad sea prevenir el crecimiento del marxismo en sus distintas versiones. Se trata más bien de una agrupación internacional que tiene diversos objetivos, ya que combina una actitud mental con una comunidad de intereses a defender, siendo su aspiración principal, no la destrucción de ninguna ideología en particular, sino una insaciable voracidad de poder y riquezas. Para alcanzar sus metas y preservar sus privilegios, esta gente se enmascara con una etiqueta ampliamente aceptada y aceptable: la de «defensores del mundo libre». En el mundo de la P2, de todos modos, nada es libre. Todo tiene su precio.

Los contactos de Licio Gelli eran amplios y variados. Incluían a elementos como Stefano della Chiaie, Pierluigi Pagliani y Joachim Fiebelkorn, miembros todos ellos de un ejército privado formado en Bolivia por el exjefe de la Gestapo Klaus Barbie. Esta agrupación armada adoptó el nombre de los «Novios de la Muerte». Entre sus tareas cotidianas figuraban los asesinatos políticos, como el del líder del socialismo boliviano Marcelo Quiroga Santa Cruz. Los «Novios de la Muerte» tomaron parte activa en el golpe de Estado que en 1980 llevó al poder en Bolivia al general García Meza. Klaus Barbie, avalado por su reconocido pasado de nazi, fue nombrado «encargado de seguridad» del coronel Gómez, hombre de cuyas manos chorrea la sangre de muchísimos bolivianos asesinados.

El grupo que dirigía Barbie expandió su radio de acción, con las bendiciones de la junta militar, luego del golpe de Estado de 1980. El asesinato de los opositores políticos, los periodistas demasiado osados y los líderes campesinos y estudiantiles alcanzó unas cotas muy elevadas. A este trabajo se sumaba la misión de «regular» la industria de la cocaína eliminando a los pequeños traficantes para beneficiar a los grandes, que contaban con la protección de la junta de gobierno. Desde 1965, las actividades de Barbie en Bolivia incluían el tranco de armas, no sólo para dotar a sus propias escuadras, sino también en representación de diversos regímenes derechistas

de Sudamérica e Israel. Fue mediante el negocio de las armas como Klaus Barbie, antiguo miembro de las S. S. que no se arrepentía de su pasado, se convirtió en socio de Licio Gelli.

Barbie, un hombre que entre mayo de 1940 y abril de 1942 ordenó la ejecución de todos los francmasones conocidos de la ciudad de Amsterdam, se asoció con el Gran Maestro de la logia masónica P2, Licio Gelli. Por supuesto, los dos hombres tenían muchas cosas en común, entre otras, la admiración que sentían por hombres como Stefano della Chiaie, terrorista italiano involucrado por lo menos en dos intentonas de golpe de Estado que se desarrollaron en su propio país. Cuando, en octubre de 1982, la junta militar de Bolivia cedió el paso a un gobierno civil, Della Chiaie recibió el cálido cobijo y la ayuda de José López Rega, miembro de la P2 y fundador de los notorios escuadrones de la muerte de la Triple A.

Además de fundar la Triple A, Rega había creado una amplia organización de contrabando de cocaína entre Argentina y Estados Unidos. Es evidente que Licio Gelli era tan habilidoso para vender su peculiar versión del mundo como para vender colchones. Tener un círculo de socios y amigos que incluya una criatura como López Rega y un cardenal tan esotérico como Paolo Bertoli constituye sin duda una hazaña digna de admiración, si no de respeto. Al igual que Gelli, el cardenal Bertoli es de origen toscano. De su carrera eclesiástica destacan sus cuarenta años de servicio en el cuerpo diplomático del Vaticano. Bertoli no carecía de apoyo en el cónclave del que salió elegido Albino Luciani.

La del cardenal Bertoli sólo era una de las muchas puertas de la Santa Sede a las que Gelli podía llamar, a cualquier hora del día o de la noche, con la seguridad de que sería atendido. Gelli solía cenar con el obispo Marcinkus, y el papa Pablo VI le concedió numerosas audiencias. Muchos cardenales, arzobispos, obispos y sacerdotes que hoy en día negarían haber mantenido contactos con Gelli, en los años sesenta y setenta se encontraban muy a gusto en su compañía.

Uno de los principales colaboradores de Gelli en la P2 era el abogado y hombre de negocios italiano Umberto Ortolani. Al igual que el Titiritero, Ortolani fue precoz en aprender lo que vale la información secreta. Durante la segunda guerra mundial, llegó a ser el jefe de dos amplias unidades operativas del S. I. S. M. I., el Servicio Militar de Inteligencia de Italia. La especialidad de Ortolani era el contraespionaje. Siendo como era católico practicante, Ortolani comprendió desde muy joven que uno de los verdaderos centros de poder que había en Italia se hallaba al otro lado del Tíber, en la Ciudad del Vaticano. Consecuentemente, Ortolani se dedicó a fatigar corredores y salones de la Curia, hasta adquirir una sólida fluencia de trato con las corrientes más influyentes del Vaticano.

Muchos altos dignatarios del Vaticano cenaban con frecuencia en casa de Ortolani, en la Vía Archimede de Roma. Un indicio de lo importantes que eran sus contactos en el Vaticano se deriva del hecho de que ya en 1953 fuera presentado al cardenal Lercaro, que entonces tenía una inmensa influencia dentro de la Iglesia y

que estaba destinado a convertirse en uno de los cuatro «moderadores» del Concilio Vaticano II. Según la opinión mayoritaria, Lercaro fue uno de los preclaros cerebros liberales que iluminaron el Concilio y que colaboraron activamente para que las reformas que se propusieron bajo la égida del papa Juan se llevaran a cabo. A Ortolani le tomaban habitualmente por primo del cardenal, confusión que él mismo se encargaría de fomentar. Ya en la recta final antes del cónclave del que resultaría elegido Pablo VI, el tema central de los debates consistió en si la obra de Juan XXIII debía seguir adelante o si el pontificado debía reencarnar el carácter reaccionario de Pío XII. Los «liberales» necesitaban un cuartel general discreto y seguro en el que poder reunirse para plantear su estrategia. Lercaro, que era uno de los más significativos representantes del ala liberal del Vaticano, le pidió a Ortolani que hiciera los oficios de anfitrión para el encuentro, que por fin se llevó a cabo en una villa que tenía éste en Grottaferata, cerca de Roma, pocos días antes del cónclave. A la reunión asistieron numerosos cardenales, entre ellos Suenens de Bruselas, Doefner de Munich, Koenig de Viena, Alfrink de Países Bajos y, por supuesto, el «primo» Giacomo Lercaro.

Esta reunión, altamente secreta, fue el factor individual más importante de lo que luego sucedería en el cónclave. En la reunión se acordó que si el amplio apoyo con el que contaba Lercaro demostraba ser insuficiente, entonces habría que canalizar sus votos en favor de Giovanni Battista Montini. De esta forma, en la tercera ronda de las votaciones, Montini recibió veinte inesperados votos adicionales que le acercaban al pontificado, al que accedió.

Pocos meses después de haberse sentado en el sillón de San Pedro, el papa Pablo recompensó a Umberto Ortolani con el título de caballero de Su Santidad. Con el tiempo, Ortolani recibiría muchos más honores recompensas por parte del Vaticano. Incluso conseguiría afiliarse a Licio Gelli, que no era católico, a la orden de los Caballeros de Malta y del Santo Sepulcro. Amigo íntimo de Casaroli, al que se llamaba el Kissinger del Vaticano porque dirigía la política internacional de la Santa Sede, el abogado Ortolani proporcionó al Gran Maestre masón los más valiosos contactos en el Vaticano. Unos contactos tan amplios, tan diversos, que permitían a Gelli tener acceso a cualquier dependencia curial que se propusiera. Al igual que su Maestre, Ortolani es, al menos sobre el papel, un ciudadano de varios países. Nacido en Viterbo (Italia), se hizo después ciudadano brasileño. Una beneficiosa consecuencia de dicho acuerdo (beneficiosa, se entiende, para Ortolani) es que entre Italia y Brasil no existe ningún tratado de extradición.

La lista de miembros de la P2 cada vez era más larga. En 1981, cuando fueron incautados numerosos documentos secretos que Gelli había escondido en Toscana, se reveló que la sociedad secreta tenía más de mil miembros sólo en Italia. Sin embargo, estos mil miembros eran sólo la punta del iceberg. El S. I. S. M. I. (Servicio Militar de Inteligencia de Italia) calcula que la cifra verdadera se aproxima a los dos mil. El propio Gelli, por su parte, afirma que la P2 tiene unos dos mil cuatrocientos

miembros en Italia. Sea cual fuere la verdad, lo cierto es que varios servicios de inteligencia europeos coinciden en señalar que la identidad de la mayoría de los miembros de la P2 está todavía por revelarse, y que en sus filas figuran trescientos de los hombres más poderosos de lo que el siglo xx se complace en calificar como el mundo libre.

Cuando en 1981 se dio a conocer en Italia la lista inicial de la P2, que incluía cerca de mil nombres, uno de los implicados, el senador Fabrizio Cicchitto, apuntó una verdad elemental: «En los años setenta, si alguien quería llegar alto en Italia, el mejor camino a su alcance era aliarse con Gelli y la P2».

La íntima relación existente entre la P2 y el Vaticano, al igual que todos los vínculos de esa clase creados por Gelli, resultaba muy beneficiosa para ambas partes. Gelli sabía sacar provecho al miedo poco menos que paranoico que le tienen al comunismo en el Vaticano. Gelli mostraba particular predilección por citar a quienes justificaban y defendían el fascismo antes de la segunda guerra mundial. Una de sus citas preferidas era una frase que el cardenal Hinsley, de Westminster, había pronunciado al dirigirse a los católicos en 1935: «Si el fascismo avanza, la causa del Señor avanza con él».

El factor más aberrante de los íntimos y continuos contactos existentes entre la logia de Gelli y el Vaticano es que tantos cardenales, obispos y curas sonrieran con benevolencia a ese hijo bastardo de la masonería ortodoxa que era la P2. Durante siglos, la Iglesia católica romana ha considerado a los masones hijos del mal. La masonería había sido repetidamente condenada por la Iglesia. Por lo menos hay seis bulas pontificias dirigidas específicamente contra las prácticas masónicas; la más antigua es la que promulgó en 1738, con el nombre de *In eminenti*, el papa Clemente XII.

Para la Iglesia, la masonería es una sociedad secreta regida por ateos que defiende principios contrarios a los que encarna el catolicismo y cuyo principal objetivo es la destrucción de la propia Iglesia católica. Por lo tanto, cualquier católico que se descubriera que formaba parte de una logia masónica recibía la inmediata excomunión.

No cabe duda de que muchos movimientos de carácter revolucionario utilizaron la masonería en sus enfrentamientos y pugnas con la Iglesia. Un ejemplo clásico es el del patriota italiano Garibaldi, que convirtió la masonería peninsular en una fuerza tan poderosa que provocó la rebelión del populacho, liberó la península de la dominación papal y consiguió la reunificación de Italia.

Hoy en día, sin embargo, la masonería puede significar muy distintas cosas en muy distintos países. Los masones no dudan en afirmar que se trata de una fuerza esencialmente benéfica. Los no masones, por su parte, observan las actividades de esta sociedad secreta, cuyos miembros se ayudan mutuamente, con sentimientos que van desde la más abierta hostilidad hasta una tibia suspicacia. De todos modos, y hasta hace muy poco tiempo, la Iglesia católica mantuvo una postura monolítica en

contra de la masonería, a la que consideraba como una actividad maligna, cuyos practicantes incurrieran automáticamente en anatema a los ojos de la religión. Si la Iglesia tenía este concepto en relación con la masonería convencional, sus vínculos tan estrechos con la logia P2 resultan extraordinarios. Así tenemos a uno de los más pequeños y poderosos estados de la tierra mancomunado con otro estado que es un estado dentro del estado. Entre los miembros de la logia P2 hay una aplastante mayoría de católicos practicantes.

Aunque la rama italiana de la logia P2 nunca celebró ninguna asamblea general (les hubiera quedado pequeña la Scala para reunirse todos), sin duda hubo muchas reuniones de grupos selectos. En ellas, el temario a tratar no incluía tan sólo las habituales acusaciones contra la demoníaca aberración del comunismo. También se elaboraban proyectos y se planeaban acciones concretas para combatir y evitar lo que para Gelli y sus asociados constituía el peor de los desastres: un gobierno comunista democráticamente elegido.

En las dos últimas décadas, Italia sufrió una oleada de atentados terroristas que en su mayor parte han quedado sin aclarar. Si algún día las autoridades italianas consiguen atrapar a Licio Gelli, y siempre que éste se encuentre dispuesto a hablar y a contar la verdad, seguramente muchos de estos atentados se podrán aclarar.

Existe un nexo, un elemento común en muchos de estos atentados. El nexo es la bomba, la utilización indiscriminada de artefactos explosivos. Entre los atentados más atroces que siguen sin resolverse figuran: Milán, 1969: estallido de una bomba en las cercanías de la piazza Fontana, con 16 muertos; Bolonia, 1974: explosión de una bomba en el expreso Itálicas, entre Roma y Munich, con 12 muertos; Bolonia, 1980: sabotaje con bomba en la estación de ferrocarril, que arrojó un saldo de 85 muertos y 182 heridos. Según la versión de un antiguo seguidor de Gelli, el neofascista arrepentido Elio Ciolini, este último atentado fue planeado en una reunión de cofrades de la P2 que se celebró en Montecarlo el 11 de abril de 1980. Licio Gelli en persona ofició de Gran Maestro en dicha reunión. Siempre según el testimonio que prestó Elio Ciolini bajo juramento, tres de los presuntos responsables del atentado contra la estación de ferrocarril son Stefano della Chiaie, Pierluigi Pagliani y Joachim Fiebelkorn.

El motivo de estos pavorosos atentados era despertar la ira colectiva y encauzarla contra los comunistas italianos, a los que se intentaba responsabilizar de esas matanzas indiscriminadas.

En julio de 1976, el magistrado italiano Vittorio Occorsio se hallaba investigando las relaciones que existían entre un movimiento neofascista llamado Vanguardia Nacional y la logia P2. El 10 de julio, Occorsio fue acribillado a balazos con una ametralladora. Acto seguido, el grupo neonazi Nuevo Orden se responsabilizó del asesinato. Nuevo Orden, Vanguardia Nacional: la diversidad de apelativos es una mera cuestión académica. Lo grave es que Vittorio Occorsio, hombre íntegro y valiente, yacía sin vida y, en consecuencia, sus investigaciones sobre la logia P2

quedaron interrumpidas.

A finales de los años sesenta, Michele Sindona era miembro de la P2 y amigo de Licio Gelli. Los dos hombres tenían mucho en común, sin ser lo más trivial el interés que por ambos compartían la CÍA. y la Interpol. Aunque es difícil que todavía queden ingenuos en este mundo capaces de creer lo contrario, conviene aclarar que estos dos organismos no siempre trabajan en equipo ni con similares objetivos. La investigación de la Interpol sobre Sindona constituye un clarísimo ejemplo de ello. En noviembre de 1967, la agencia de la Interpol en Washington envió por télex a la Jefatura de Policía de Roma el siguiente mensaje:

Recientemente hemos recibido ciertos informes sin verificar que señalan que los individuos cuya relación va adjunta están involucrados en el tranco ilegal de drogas estupefacientes, estimulantes y alucinógenas entre Italia y Estados Unidos, con probables conexiones en otros países europeos.

La lista de sospechosos la encabezaba Michele Sindona. La policía italiana respondió alegando que no existían pruebas de que Sindona estuviera involucrado en el tráfico de drogas. Una copia del requerimiento de la Interpol y otra con la respuesta de la policía italiana llegaron a manos de Sindona antes de que hubiera transcurrido una semana. Un requerimiento similar, también de la agencia de la Interpol en Washington, fue enviado a la C. I. A., y en concreto a sus agentes de servicio en la embajada de Estados Unidos en Roma y en la legación de Milán. Si la C. I. A. hubiera respondido honradamente al requerimiento, la Interpol habría visto confirmadas sus sospechas, porque en la CÍA. se sabía la verdad sobre las actividades de Sindona y su relación con el tráfico de narcóticos.

A estas alturas, el archivo que tenía la CÍA. sobre Sindona era ya muy extenso. Detallaba la vinculación entre Sindona y la familia Gambino, de la mafia de Nueva York. Esta familia contaba con 253 miembros y 1147 «asociados». Según los documentos que obraban en poder de la C. I. A., cinco familias de la mafia neoyorquina —los Colombo, los Bonanno, los Gambino, los Lucchese y los Genovese— trabajaban en equipo para perpetrar una amplia gama de delitos criminales, como el refinado de drogas y el contrabando y el tráfico de narcóticos; las drogas en cuestión eran la heroína, la cocaína y la marihuana. Otras actividades de estas familias mañosas que también figuran en los archivos de la CÍA. incluyen la prostitución, el juego, la pornografía, la usura, la protección, la intimidación, el fraude y los robos a gran escala de bancos y fondos pasivos.

Los archivos de la CÍA. aparecen llenos de detalles sobre el sistema que empleaban las familias mafiosas de Sicilia, los Inzerillo y los Spatola, para hacer llegar a sus colegas de Nueva York la heroína refinada en laboratorios sicilianos. También abundan los detalles sobre la infiltración de la mafia en las líneas aéreas italianas (Alitalia) y la recompensa de 50 000 dólares que las familias mafiosas de Nueva York entregaban a sus «asociados» para que se hicieran cargo de determinados bultos y equipajes que llegaban de Palermo. En dichos bultos iba la heroína, que

había sido refinada en alguno de los cinco laboratorios especializados que poseían los Inzerillo en la isla siciliana. A finales de los años sesenta, los beneficios de la venta de heroína de estas familias sicilianas superaba con creces los quinientos millones de dólares anuales.

Los archivos también daban pleno detalle de las travesías que realizaban todos los años cerca de treinta barcos, que hasta hace muy poco tiempo abandonaban los puertos libaneses cargados de heroína refinada o sin refinar, destinada a distintos puertos del sur de Italia.

El más grave interrogante que plantea este cúmulo de información es el siguiente: ¿Por qué habiendo reunido tantas pruebas incriminatorias la CÍA. nunca las utilizó ni las dio a conocer, sino que dejó que durmieran en sus archivos a lo largo de los años sesenta y setenta? La CÍA. no ejerce funciones policiales, sino que simplemente cumple o trata de cumplir las instrucciones emanadas del presidente de Estados Unidos.

Cabría preguntar: los sucesivos presidentes que gobernaron en Estados Unidos a lo largo de las dos últimas décadas ¿coincidían en que era preferible hacer la vista gorda ante las actividades delictivas de la mafia a cambio de que esta organización criminal colaborara en la tarea de mantener a Italia, país miembro de la OTAN, fuera del alcance del comunismo, aunque los comunistas llegaran al poder mediante elecciones democráticas?

Las propias familias de la mafia, a su vez, necesitaban desesperadamente los recursos de hombres como Michele Sindona. El crecimiento extraordinario de los depósitos bancarios y la floración de nuevos bancos y agencias bancarias en Sicilia, que es una de las regiones más pobres de Italia, constituyen mudos testimonios de la envergadura de los negocios y los problemas que tenía la mafia. Entonces, Michele Sindona entra en acción para resolver el problema de qué hacer con tanto dinero, por dónde y cómo canalizarlo y usarlo. En cierta ocasión le preguntaron a Sindona de dónde obtenía el dinero para poner en práctica sus grandiosos proyectos. Sindona contestó: «El noventa y cinco por ciento es dinero de otra gente». Estas palabras son verídicas en un 95%. Porque, como principal banquero de la mafia, un importante porcentaje de los fondos que manejaba Sindona provenían directamente del contrabando de heroína.

Michele Sindona es el hombre al que el papa Pablo VI escogió para que actuara como consejero económico del Vaticano. Éste es el hombre que, después de haber mantenido una prolongada amistad con el papa, fue elegido para que descargara a la Iglesia del peso en que se habían convertido sus inversiones en suelo italiano. El plan consistía en vender a Sindona algunas de las más importantes propiedades que había adquirido Bernardino Nogara. El Vaticano, Sociedad Anónima se hallaba a punto de despojarse de la faceta más inaceptable del capitalismo. Teóricamente la Iglesia volvería a abrazar la filosofía que contenía el mensaje que el papa Pablo VI había dado a conocer al mundo en: encíclica *Populorum progressio*:

Dios ha destinado la tierra y todo lo que ésta contiene al usufructo todos los hombres y todos los pueblos, de modo que los bienes de la creación deben repartirse equitativamente entre todos, de acuerdo en la regla que dice que la justicia es inseparable de la caridad. Los restantes derechos, incluso los de la propiedad y el libre comercio, deben subordinarse a este derecho esencial. No deben obstruir la igualdad ni ponerle trabas; al contrario, deben alentarnos a alcanzarla, porque es un deber social, grave y urgente, restablecer para siempre el objetivo original de los derechos humanos.

En la misma encíclica, el papa citaba a san Ambrosio: «Nunca das a los pobres lo que es tuyo. Simplemente les devuelves lo que les pertenece porque los bienes de los que te has apropiado fueron donados para que todos los disfrutaran. La tierra es de todos, no sólo de los ricos».

Cuando el papa Pablo pronunció esta sentencia, el Vaticano era el mayor propietario del mundo de bienes raíces. En *Populorum progressio* hay otra observación memorable, que dice que, aunque todo un pueblo viva tiranizado, la insurrección revolucionaria nunca podrá considerarse una justificada respuesta. «No se puede paliar ningún mal al precio de un mal aún peor».

Enfrentado con el problema que representaba una Iglesia católica opulenta cuando él aparentemente aspiraba a construir una Iglesia pobre para los pobres, Pablo VI, asesorado por sus consejeros, decidió que lo más práctico era despojarse de su opulencia italiana, demasiado flagrante, y repartirla en forma de reinversiones entre distintos países. De este modo el Vaticano, no sólo evitaba el acoso impositivo del Gobierno italiano, sino que se abría a un mercado más vasto en el que los beneficios podían ser muy superiores. Cuando en 1967 el papa Pablo hizo públicas las grandiosas aspiraciones de *Populorum progressio*, el Vaticano, Sociedad Anónima hacía algunos años que mantenía una estrecha alianza comercial con Michele Sindona. A través de los canales ilegales de tráfico de divisas de los que disponían los bancos italianos de Sindona, desde el Banco del Vaticano hasta el banco suizo del que eran propietarios conjuntos, el próspero banquero mañoso y la Santa Sede no harían que los bienes de la creación fluyeran sobre los pobres, pero al menos los hacían fluir copiosamente fuera de Italia.

A comienzos de 1968, otro banco controlado por el Vaticano, la Banca Unione, se hallaba en dificultades. El Banco del Vaticano poseía aproximadamente el 20% de las acciones de este banco, en cuyo consejo de administración figuraban Massimo Spada y Luigi Mennini, como representantes de la Santa Sede. En teoría, dos años después de que Sindona comprara la mayoría de las acciones, con el Vaticano todavía en posesión de una parte sustancial de las mismas, la Banca Unione empezó a dar unos resultados sorprendentes. Con la intención de atrapar a los pequeños e incautos ahorristas, a los que ofrecía un interés por encima del habitual, los depósitos del banco pasaron de 35 millones de dólares a más de 150 millones de dólares. Esto siempre en teoría.

En la práctica, durante el mismo período, Sindona y sus asociados robaron el banco desde dentro, despojándolo de más de 250 millones de dólares. La mayor parte de esta fortuna fue transferida a otro banco de Sindona: el Banco Amincor, de Zurich. Enormes cantidades de dinero se perdieron a causa de la especulación salvaje en el mercado de la plata. Uno de los hombres a los que por estas fechas Sindona causó una profunda impresión fue David Kennedy, presidente del Continental Illinois, que muy pronto iba a ser nombrado secretario del Tesoro por el presidente Richard Nixon.

En 1969, en el Vaticano ya tenían muy claro que la larga batalla sobre los impuestos a los dividendos, en la que se había enzarzado con el Gobierno italiano, estaba irremisiblemente perdida.

En el Vaticano, además, hablan empezado a entender que, si como habían amenazado, hacían revertir todas sus acciones en el mercado de valores italiano y en consecuencia desmoronaban la economía italiana, lo único que conseguirían sería infligirse otra grave derrota, porque una crisis de tal magnitud hubiera afectado muy negativamente los intereses de la Santa Sede.

Después de consultarlo con el cardenal Guerri, presidente de la Administración Especial de la A. P. S. A., el papa decidió desinflar un poco las abultadas inversiones italianas del Vaticano descargándose de la participación que le correspondía en la gigantesca Società Generale Immobiliare. Las acciones del Vaticano en esta sociedad, no sólo estaban valoradas en más de 500 millones de dólares, sino que consistían en bloques de edificios desparramados por todo el mundo. Constituían una muestra de opulencia demasiado visible de la que había que despojarse. Para ello, el Vaticano volvió a recurrir al Tiburón.

Las acciones de la Società Generale Immobiliare se cotizaban entonces a 350 liras por unidad. Directa o indirectamente, el Vaticano controlaba un 25% de un total de 143 millones de acciones. ¿Sindona las quería comprar? La pregunta le fue formulada por el cardenal Guerri. La respuesta de Sindona fue inmediata y afirmativa. Estaba dispuesto a comprar al Vaticano todas las acciones, y además se las pagaría al doble de la cotización oficial que tenían. Guerri y Pablo VI estaban encantados. El acuerdo entre Guerri y Sindona se firmó en una reunión secreta que se celebró en el Vaticano en la primavera de 1969.

Para el Vaticano, aquella reunión resultó especialmente positiva. Sus jefes también querían desprenderse de los paquetes mayoritarios de acciones que poseían en Condotte d'Acqua, que es la Compañía de Aguas Corrientes de Roma. Otro tanto querían hacer con el porcentaje mayoritario de acciones que tenían en Cerámica Pozzi, empresa de productos químicos y porcelana que perdía dinero. El Tiburón escuchó las ofertas que se le hacían, sonrió, acordó un precio, chasqueó los dedos y se quedó con ambas empresas.

¿Quién había concebido esta operación? ¿Quién recibió una bonita comisión de Sindona y se ganó el elevado respeto de Pablo VI y el cardenal Guerri? La respuesta

a estas preguntas es una poderosa demostración, no sólo de lo mucho que había penetrado la logia P2 en el Vaticano, sino también de que a menudo los intereses de la logia eran idénticos a los de la mafia y a los del Vaticano. El responsable, el encarado de montar la operación fue el número dos de Licio Gelli, el abogado Umberto Ortolani. Una vez cerrado el trato, lo único que Sindona tenía que hacer era pagar.

Es muy fácil adquirir gigantescas compañías si el dinero que se emplea es de otros. Sindona efectuó el primer pago con un dinero que transfirió ilegalmente desde depósitos de la Banca Privata Finanziaria. La transferencia se realizó en la última semana de mayo de 1969. Su monto era de 5 millones de dólares. Su destino, un pequeño banco de Zurich, llamado Privat Kredit. El banco de Zurich recibió las oportunas instrucciones para que el dinero fuera devuelto a la B. P. F. a través de la cuenta de Mabusí Beteiligung. Las señas de la Mabusí eran un apartado de correos de Vaduz, la capital del estado de Liechtenstein. Se trataba de una empresa que controlaba Sindona. Desde allí, los 5 millones de dólares volvieron a ser transferidos a otra empresa controlada por Sindona: la Mabusí italiana. Por último, los 5 millones de dólares pasaron a poder del Vaticano. El resto del dinero necesario para hacer frente a sus ambiciosas adquisiciones lo obtuvo Sindona asociando en el negocio a la empresa Hambros y al coloso norteamericano Gulf Western.

Es obvio que Sindona gozaba de un agudo sentido del humor. Entre las muchas empresas que pertenecían a la Gulf Western figuraba la Paramount Pictures. Una de las películas más taquilleras de la época fue una adaptación de la novela de Mario Puzo *El padrino*, producida por la Paramount. De este modo, una película en la que se contemplaba el mundo de la mafia desde una óptica amoral y desprovista de *glamour*, generaba enormes beneficios que, al menos en parte, servían para apoyar a Michele Sindona, quien a su vez era consejero económico de las familias mañosas de los Gambino y los Inzerillo. El clan Gambino-Inzerillo, por su parte, canalizaba los multimillonarios dividendos del tráfico de heroína hacia los bancos que controlaba Sindona. El círculo se cerraba. De nuevo la vida imitaba al arte.

A comienzos de los años setenta, las fugas ilegales de divisas eran ya tan masivas que habían empezado a provocar graves problemas en la economía italiana. Es probable que Sindona y Marcinkus ganaran suculentos dividendos con sus encarados esfuerzos por exportar clandestinamente de Italia enormes sumas de dinero, pero sus actividades producían unos efectos devastadores en la lira. Aumentó el desempleo. Aumentó el coste de la vida. Desentendidos de las secuelas de sus acciones, Sindona y sus asociados siguieron dedicados a invertir en el mercado de valores. Al inflar la cotización de las acciones hasta niveles desahorados, los bancos de Sindona arrasaban y devoraban millones de dólares de otras personas.

Al igual que su íntimo amigo Roberto Calvi, del Banco Ambrosiano, Michele Sindona no cejaba de alardear y de ufanarse de ser el que controlaba la bolsa de Milán. En realidad, la controlaban los dos. Se trataba de una estrategia realmente criminal, en la que ambos reincidían impunemente para volver impunemente a

reincidir. Las acciones subían y bajaban igual que si fueran un yo-yo. Sindona y sus socios, no sólo se beneficiaban con la compraventa de una y otra empresa, sino que también se divertían. Se divertían muchísimo. Las manipulaciones que realizaron con una empresa llamada Pachetti da una idea de las actividades a las que se dedicaban estos dos hombres.

Pachetti nació como una pequeña, insignificante, curtiduría. Cuando Sindona la adquirió en 1969, decidió convertirla en un conglomerado. Tomó de modelo a la Gulf and Western, un gigante cuyos intereses van desde los estudios de cine de la Paramount, ya mencionados, hasta las líneas aéreas, pasando por la publicidad y las editoriales. Las aspiraciones de Sindona con Pachetti eran más modestas. De hecho, la transformó en un vertedero comercial, con intereses no rentables en acerías y en una infructuosa empresa de limpieza. Pero dentro de todo aquel lodo había una joya: Sindona había comprado a Marcinkus una opción para adquirir la Banca Cattolica Véneto. No cabe duda de que el hecho de que el presidente de Pachetti fuera Massimo Spada, que a la vez era gerente del Banco del Vaticano, debió de pesar para que Marcinkus se olvidara de la prioridad que tenían y exigían los clérigos del Véneto con el patriarca Albino Luciani a la cabeza.

Roberto Calvi, que intervenía en todas estas negociaciones, se comprometió a comprarle a Sindona, en una fecha específica acordada, una empresa llamada Zitropo. El escenario estaba preparado para volver a manipular una vez más la bolsa de Milán.

El valor real de las acciones de Pachetti era de 150 liras por unidad. Sindona ordenó a la sección bursátil de la Banca Unione que pujara por las acciones de Pachetti. A través de un intermediario, las acciones fueron transferidas ilegalmente a otras empresas que Sindona poseía, donde quedaron aparcadas. Entonces el precio de las acciones de Pachetti empezó a remontar hasta alcanzar un valor en bolsa de 1600 liras la unidad.

En marzo de 1972, venció el plazo para que Calvi pagara por la compra de Zitropo. Simultáneamente, todas las empresas en las que Sindona había aparcado las acciones de Pachetti, reflataron dichas acciones y las volcaron en Zitropo. El efecto inmediato fue inflar artificialmente el valor de esta empresa. El precio que Calvi pagó por ella era astronómicamente más alto que su valor real. Sindona, que había apoyado la operación en garantías ficticias, se embolsó unos gruesos beneficios ilegales. Un indicio de las ganancias que percibió sólo en esta ocasión se puede obtener del hecho de que en 1978 un investigador nombrado por el Gobierno, Giorgio Ambrosoli, encontraría pruebas de que Sindona había entregado a Calvi una compensación de 6,5 millones de dólares, que Calvi a su vez había repartido al 50% con el obispo Paul Marcinkus.

¿Qué motivos tenía Calvi para adquirir Zitropo a un precio tan desproporcionado? Tenía tres motivos. Primero, el dinero que empleó para realizar la adquisición era de otros. Segundo, le aguardaba un beneficio personal de 3,25 millones de dólares. Tercero, al cerrarse el negocio de Pachetti, Calvi adquirió una opción para comprar la

Banca Catalica Véneto. La opción se la cedió Sindona, que a su vez la había adquirido de Marcinkus.

El hecho de que nadie consultara a Albino Luciani, patriarca de Veda, ni a los miembros de su diócesis cuyas acciones habían sido rapiñadas por el Banco del Vaticano, le pareció trivial al obispo Paul Marcinkus.

Sindona y Calvi se convirtieron en adeptos a este tipo de robo. Nunca la historia de los negocios bancarios se había pagado tanto por tan poco. En 1972, Calvi se embolsó otros 5 millones de dólares que le fueron remitidos por Sindona después de que las acciones de Bastogi cambiaran de manos. Más tarde recibió 540 millones de francos suizos, al henderle Sindona 7200 acciones del Finabank. En todas estas ocasiones, Sindona entregó su compensación a Calvi a través de la cuenta maní que tenía abierta en el Finabank. Estas fuertes sumas eran depositadas en varias cuentas secretas que Calvi había abierto, a su nombre y al de su mujer, en diversos bancos suizos. En la Union des Banques Suisses y en el Credit de Zurich, Calvi tenía abiertas cuatro cuentas secretas: la número 618934, la número 619992, la número Ralrov/G21 y la número Ehrenkranz. En cada una de estas operaciones, Sindona debió de ganar como mínimo una cantidad equivalente a la que él mismo le cedía luego a Calvi.

En Roberto Calvi se desarrolló una insaciable voracidad por realizar este tipo de delito, hasta el punto de haberlo puesto en práctica en diversas ocasiones por su cuenta y riesgo y para su beneficio exclusivo. Utilizó este sistema al hacer que un banco de su propiedad, el Céntrale, comprara en 1976 un gran paquete de acciones de Toro Assicurazioni, pagando por ellas 25 000 millones de liras más de lo que valían. Estos 25 000 millones de liras terminaron en una de las cuentas suizas antes enumeradas. El mismo destino tuvieron otros 20 000 millones de liras, después de que Calvi repitiera el truco con más de un millón de acciones del Céntrale. Estas fuertes sumas de dinero no eran meras anotaciones en una hoja de balance. Era dinero que se desplazaba físicamente del bolsillo de Calvi, y en su caso de Sindona. El destino que el arzobispo Marcinkus diera a los 3250 millones de dólares que le correspondí dieron por su participación en el asunto Pachetti, es algo todavía sin aclarar.

Las acciones de la Banca Cattolica también fueron sometidas al mismo tratamiento. Sindona estaba informado de que Calvi había empezado a negociar con Marcinkus para hacerse con el control del banco, de ahí la puja por las acciones. Al final de toda esta tramoya todos se habían hecho inmensamente ricos, excepto la diócesis del Véneto.

Calvi conoció a Marcinkus porque se lo presentó Sindona en 1971. De este modo el obispo Marcinkus, el hombre que había admitido no saber nada de asuntos bancarios, tuvo desde ese momento dos excelentes maestros. Mientras tanto, Marcinkus había sido promovido por el papa Pablo como director del Banco del Vaticano.

Los diversos departamentos financieros del Vaticano siguieron descargando sobre

Sindona y después sobre Calvi gran cantidad de empresas italianas cuya posesión resultaba molesta para la buena imagen de la Iglesia. Por ejemplo, en 1970, el Vaticano vendió Serono, empresa farmacéutica que contaba entre sus productos de mayor rentabilidad con una píldora anticonceptiva.

Una fuente de ganancias adicional que tenía Finabank (propiedad Sindona y del Vaticano) consistía en otro de los quistes malignos que envilecían la tambaleante economía italiana: el doble balance. En cuanto a esta maquinación, Bordoni observó: «Aunque las ganancias eran menos suculentas que las derivadas de la falsa inflación de acciones en la bolsa y de la exportación de dinero negro, también alcanzaban cifras muy elevadas». El juego consistía en declarar unas exportaciones a un costo muy inferior al verdadero. De esta forma, el resto de los beneficios se recibirían bajo cuerda. Los diminutos beneficios legales se cobraban oficialmente a través del Banco de Italia, el cual a su vez, como es lo usual pasaba la información a las oficinas impositivas del Ministerio de Hacienda. Así las exportaciones pagaban unos impuestos ridículos basados en una falsa declaración del valor exportado.

Finabank era la empresa que recibía la suma total pagada por el importador. En muchas circunstancias, gracias a este sistema, había exportadores italianos que oficialmente sufrían pérdidas con sus negocios, lo que les permitía obtener créditos impositivos por parte del Gobierno.

La mayoría de las empresas exportadoras en manos de Sindona se caracterizaban por presentar pérdidas de esta naturaleza. Sindona llegó incluso a sobornar a varios políticos y gobernantes italianos para poder prolongar esta anómala situación. Incluso llegaría a afirmar que, con sus actividades, ayudaba al Gobierno a combatir el desempleo.

Con las importaciones se practicaba un delito similar. En este caso la declaración alcanzaba una cifra mucho más alta que el verdadero valor de las mercancías. Cuando éstas pasaban por la aduana, los pagos por las cifras artificialmente infladas eran entregados por la compañía importadora al exportador extranjero. Dicho exportador, por su parte, devolvería el exceso que había cobrado a una cuenta numerada radicada en Finabank o en algún otro banco suizo.

Con todas estas triquiñuelas, la Iglesia pobre para los pobres que pregona Pablo VI se volvía cada vez más rica. Las maniobras del Vaticano para despojarse de su opulencia, demasiado notoria en Italia, y distribuirla mejor disfrazada por el resto del mundo, tuvo como resultado inmediato que hombres como Calvi y Sindona se dedicaran a la sistemática expoliación de la humanidad para enriquecer a la Iglesia católica y a su sumo pontífice Pablo VI.

Finabank también formaba parte de la gigantesca empresa de limpieza de dinero sucio que trabajaba para la mafia y para la logia P2. Al poseer todavía el 5% de la Società Generale Immobiliare, el Vaticano participaba en esta empresa de lavandería. Luego, cuando la mafia y el Banco del Vaticano empezaron a sacar e introducir dinero en Italia ilegalmente, llegó un momento en que la Santa Sede se convirtió en el

único propietario de la ya mencionada lavandería. El empleo sistemático que hacían Sindona y sus cómplices del Banco del Vaticano con las cuentas de la B. P. F. ya ha sido explicado. Se trataba, en todo caso, de uno entre varios métodos para sacar dinero sucio del país y limpiarlo a través del Finabank. Más tarde el sistema se invirtió: el dinero sucio que acumulaba la mafia con sus operaciones en México, Canadá y Estados Unidos se limpiaba antes de entrar en Italia. Para comprobar lo sencillo que era el sistema lo mejor es volver a citar a Carlo Bordini:

Las empresas de Canadá y México se usaban para hacer entrar en Estados Unidos, a través de las fronteras canadiense y mexicana, el dinero en dólares de la mafia, de los francmasones y de muchas otras empresas y operaciones ilegales y de carácter delictivo. El dinero llegaba en maletas y se invertía en bonos del Estado, que luego se enviaban a Finabank, por ser limpios y fácilmente negociables.

Es obvio que la mafia estadounidense no tenía problemas con las fronteras. El dinero que entraba en Estados Unidos lo transformaba Edilteco, en Washington, en bonos del Estado que luego se transferían a Finabank. Si la mafia quería hacer entrar en Italia este dinero, previamente limpiado, utilizaba los canales del Banco del Vaticano.

A principios de los años setenta Sindona se jactó ante Bordini, a quien le explicó cuáles eran sus virtudes: «Mi filosofía de hombre de negocios se basa en mi personalidad, única en el mundo, en unas mentiras bien planeadas y en el empleo eficiente del arma del chantaje».

En parte, la técnica del chantaje consistía en sobornar. Sindona consideraba el soborno como «una mera inversión que le proporciona a uno un gran poder sobre el individuo sobornado». De este modo Sindona «financiaba» extraoficialmente al poderoso partido político que gobernaba en Italia: la democracia cristiana. Entregó, por ejemplo, 2000 millones de liras para asegurarse de que el candidato del partido Mario Barone obtuviera el cargo de director gerente de la Banca di Roma. Entregó 11 000 millones de liras para financiar la campaña de los demócratacristianos en contra del referéndum sobre el divorcio. Sindona arreglaba las cosas para que la democracia cristiana italiana «ganara» miles de millones de dólares. Abrió en Finabank una cuenta para dicho partido que llevaba el número Sidc (es decir, Sindona, democracia cristiana). En los primeros años setenta se transferían habitualmente a esta cuenta 750 000 dólares. Aunque se autoproclamaba como el héroe de la lucha contra el comunismo, Sindona era hombre que sabía cubrirse bien las espaldas. Por lo tanto no es de extrañar que abriera otra cuenta en Finabank a beneficio del partido comunista italiano, cuenta en la que entraban unos 750 000 dólares al mes sacados del bolsillo de otras personas. Característico de Sindona: el número de la cuenta era Sico.

Sindona especulaba contra la lira, el dólar, el marco alemán y el franco suizo. En relación con estas masivas operaciones especulativas en contra de la lira (650 millones de dólares salieron de Italia gracias a una operación dirigida personalmente por Sindona), nuestro banquero mañoso comentó en cierta ocasión a Giulio

Andreotti, que entonces era primer ministro, que estaba informado de que existía una tremenda campaña especulativa contra la lira por lo cual, para informarse mejor sobre el monto de la operación y sobre cuáles eran sus fuentes, había dado instrucciones a Bordoni para que se uniera a los especuladores, a través de Moneyrex, de una manera simbólica. Lo paradójico, lo terrible, es que tras haber obtenido unos monstruosos beneficios con su campaña contra la lira, Sindona fue aclamado públicamente por Andreotti como «el salvador de la lira italiana». Fue durante este período cuando Sindona recibió una citación del embajador de Estados Unidos en Roma. En 1973 nombraron a Sindona «hombre del año».

Un año antes, en una recepción que ofreció para celebrar la adquisición del periódico Daily American de Roma, Sindona había anunciado que tenía la intención de ampliar su campo de actividades y que pensaba invertir otros 100 millones de dólares en Estados Unidos. Entre los que le escucharon esta afirmación se encontraba su íntimo amigo el obispo Paul Marcinkus. En realidad, con la compra del Daily American Sindona estaba ampliando sus intereses en Estados Unidos. El mencionado periódico había sido financiado hasta entonces por la CÍA. El Congreso de Estados Unidos había empezado a presionar a la CÍA. para que declarara con exactitud en qué empleaba los millones de dólares anuales que le eran consignados. Al igual que el papa Pablo, los jefes de la C. I. A. pensaron que había llegado el momento oportuno para desprenderse de algunas actividades embarazosas. Sindona insiste en que compró el periódico obedeciendo a una petición específica del embajador norteamericano Martin, quien temía que el Daily «pudiera caer en manos izquierdistas». Con un lenguaje carente de toda diplomacia Martin ha rechazado estas declaraciones y ha calificado a Sindona de «mentiroso».

Sea como fuere, de lo que no existe duda es de que el periódico había recibido anteriormente un amplio subsidio por parte de la CÍA. También se sabe con certeza que esta adquisición no fue el primer favor que Sindona le hizo a la Compañía (que es como se conoce a la CÍA.). En 1970 la CÍA. propuso a Sindona adquirir bonos del Banco Nacional de Yugoslavia por un total de 2 millones de dólares. Sindona aceptó. La CÍA. de esta forma podía controlar los bonos yugoslavos ya que se hallaban en manos de un «hombre de confianza». Sindona también se encargó de repartir dinero de la C. I. A. entre organizaciones de extrema derecha que operaban en Grecia y en Italia.

Sindona vio frustrados sus intentos de hacerse con Bastogi, empresa de Milán con enormes intereses. En esta ocasión fue frenado por las altas esferas de la oligarquía italiana, que empezaba a temer que un nombre como Sindona, cada día más poderoso, se moviera impunemente entre ellos, a lo que se añadían motivos racistas contra el arribista siciliano. Entonces, el Tiburón volvió su atención a Estados Unidos, donde ya poseía más bancos que camisas tienen los hombres normales, y compró otro banco más: el Franklin National Bank de Nueva York.

El Franklin ocupaba el lugar número veinte entre los bancos del país. Sindona

pagó 40 millones de dólares por un millón de acciones del banco, lo que representaba un interés del 21,6%. Pagó por lo tanto 40 dólares por acción en un momento en que su precio estaba en 32 dólares. Lo más grave en este caso es que el banco que adquirió estaba muy enfermo. Se hallaba en realidad al borde mismo de la bancarrota. El hecho de que los 40 millones que empleó para el negocio pertenecieran a otras personas (en concreto a los ahorristas de sus bancos italianos, a quienes nada consultó) no debe esconder el hecho de que, por una vez al menos, un puñado de hombres de Nueva York vieron llegar al alegre muchacho de Patti, le adivinaron sus intenciones y, para decirlo con palabras concretas, le estafaron.

La monstruosa megalomanía de Sindona se colige fácilmente del hecho de que, al darse cuenta del mal negocio en que se había embarcado, en lugar de preocuparse se encogió de hombros; estaba acostumbrado a manejar entidades bancadas al borde del colapso y a hacer «circular enormes cantidades en forma de papel» sólo se precisaba que un télex transfiriera dinero de A a B, de B a C y nuevamente de C a A. A las veinticuatro horas escasas de haber comprado el Franklin, y antes de que tuviera tiempo de averiguar cuáles eran las cifras exactas involucradas en el negocio, Sindona se encontró con que el banco hacía públicas las cifras de sus negocios para el segundo trimestre de 1972. Estas cifras mostraban una baja del 28% en relación con el segundo trimestre del año anterior. Sindona, el Tiburón, el salvador de la lira, el hombre al que Marcinkus consideraba muy por delante de su época en lo que se refiere a negocios bancarios, recibió las malas nuevas con su típico cinismo arrogante: «Tengo importantes conexiones con los más importantes centros financieros del mundo. Todos aquellos que, hacen negocios rentables con Michele Sindona seguirán negociando con el Franklin National Bank». Entretanto, los propietarios anteriores no cesaban de reírse mientras invertían sus 40 millones en un banco más rentable.

En cuanto a las «importantes conexiones» de las que se jactaba Sin dona, nadie puede negar que eran verídicas. Iban desde las familias mañosas de los Gambino y los Inzerillo en Sicilia y Nueva York hasta, el papa Pablo VI, los cardenales Guerri y Caprio y el obispo Marcinkus, en el Vaticano. Cubrían un amplio espectro político que iba desde Andreotti y Fanfani en Italia al presidente Nixon y David Kennedy en la Casa Blanca. Incluían íntimas relaciones comerciales con varias de las más poderosas instituciones del mundo, como el Banco del Vaticano, Hambros de Londres, el Continental Bank de Chicago y Rothschilds de París. A través de Gelli y de la P2, Sindona se había vinculado estrechamente con los hombres que gobernaban Argentina, Paraguay, Uruguay, Venezuela y Nicaragua. En relación con el dictador nicaragüense Anastasio Somoza, Sindona comentó en cierta ocasión a un abogado mañoso del foro romano:

Prefiero negociar con hombres como Somoza. Hacer negocios con un dictador resulta mucho más fácil que hacerlos con un gobierno elegido democráticamente. En las democracias hay demasiados comités, demasiados controles. Los demócratas también aspiran a ser honestos, lo cual es muy malo para los negocios bancarios.

Lo anterior constituye una perfecta ilustración de la filosofía que inspiraba a la P2 y particularmente a su fundador Licio Gelli, de quien es esta frase: «Las cajas de seguridad de los bancos siempre se abren hacia la derecha».

Mientras Sindona negociaba con Somoza y buscaba en Estados Unidos algún equivalente del dictadorzuelo centroamericano, Gelli no perdía el tiempo en Argentina. Sensible al desencanto que reinaba en la nación con la junta militar que entonces gobernaba, el Gran Maestro de la P2 empezó a tramar el regreso triunfal de Perón del exilio. En 1971 convenció al presidente Lanusse de que sólo con el regreso de Perón podría conseguirse en Argentina la estabilidad política. El general regresó triunfalmente y una de sus primeras acciones al llegar a Argentina fue arrodillarse en señal de gratitud a los pies de Licio Gelli. Entre los testigos de esta demostración se encontraba el primer ministro italiano Giulio Andreotti. En septiembre de 1973 Perón se convirtió en presidente de Argentina.

Mientras Gelli se dedicaba a fabricar un presidente, Sindona, tras escrutar minuciosamente el terreno político de Estados Unidos, fijó su interés en el hombre que, en su opinión, se hallaba más cerca de los ideales políticos de Somoza y Perón. Este hombre no era otro que Richard Millhouse Nixon.

Para fortalecer sus buenos contactos, Sindona obtuvo una cita con Maurice Stans, jefe de la oficina que recaudaba fondos para la campaña presidencial de Nixon en 1972. Sindona acudió a la cita con un gran portafolio que contenía un millón de dólares en efectivo. Se lo ofreció a Stans como demostración, según le dijo, «de su fe en Norteamérica». Que su fe en Norteamérica era muy limitada lo demuestra el hecho de que insistiera en que debía mantenerse en secreto su regalo en apoyo de la campaña de Nixon. De acuerdo con declaraciones suyas posteriores, Stans no aceptó el ofrecimiento porque, según una nueva ley federal, las donaciones anónimas para las campañas electorales no estaban permitidas.

Más o menos al mismo tiempo, el obispo Marcinkus exaltaba la brillantez del Tiburón como banquero ante los oficiales norteamericanos del fisco que investigaban la estafa de bonos falsos por valor de mil millones de dólares. Otra cosa que hizo Marcinkus en la misma época fue firmar un talón por 307 000 dólares, que era la cantidad que había que pagar a Sindona por un negocio ilegal realizado en la bolsa norteamericana, en beneficio del Vaticano, con las acciones de una compañía llamada Veteo Industries. Violando flagrantemente los reglamentos de la Securities and Exchange Commission (Comisión Controladora de Acciones y Valores, S. E. C.), un corredor de bolsa de Los Ángeles había adquirido, en representación de Sindona y Marcinkus, alrededor del 27% de las acciones de la Veteo. El Vaticano pagó la compra y luego vendió las acciones con un alto beneficio.

A mediados de 1973 el agujero que existía en los bancos de Sindona había adquirido proporciones galácticas. Una cosa es desplazar grandes sumas de dinero en documentos de un banco a otro, en contravención de toda clase de leyes y cometiendo innumerables delitos (siempre que el soborno alcance a las manos adecuadas el juego

puede convertirse en infinito). Los problemas empiezan cuando uno absorbe capital en grandes cifras para entregarlo a terceros. Entonces es cuando el agujero empieza a crecer. Para llenarlo hay que falsear declaraciones sobre beneficios que no existen y que sólo se fundamentan en papeles. El metálico, mientras tanto, sigue fluyendo en beneficio de terceros. El agujero se hace cada vez más grande y los falsos beneficios deben crecer proporcionalmente para poder taparlo. Sindona absorbía dinero ajeno para después repartirlo en varias direcciones: la P2, los demócratacristianos italianos, el Vaticano y los gobiernos militares derechistas de Sudamérica eran sólo algunos de los principales beneficiarios de estas operaciones. Muchos hombres de confianza de Sindona iban fraguándose una fortuna personal.

Con una perfecta adecuación a las circunstancias, el Tiburón se recluía en su despacho para practicar el arte japonés del Origami. La oficina central de Sindona, instalada en un edificio lujoso de la Sexta Avenida de Nueva York, aparecía cubierta de infinidad de monigotes de papel, arte en el que Sindona revelaba una surtidísima imaginación. Igual que en la mayoría de sus empresas los monigotes de papel eran simplemente eso: papel. Por entonces, el Tiburón estaba implicado en una feroz batalla intercontinental: reflotar esta compañía con los bienes de aquella financiera; transferir acciones de aquí para allá. Sacar a flote. Dividir. Reflotar.

Los italianos, cuando se produjera el colapso, lo llamarían «*Il crack Sindona*». Cuando sobrevino, cuando se desmoronó el monumento a la avaricia y la corrupción que Sindona había erigido, el efecto fue impresionante.

Sindona había hablado solemnemente y a menudo de no saber cuál era su riqueza personal, aunque reconocía que rondaba los 500 millones de dólares. La verdad es que Sindona sufría una pequeña confusión, ya que la realidad era más bien distinta. Lo que pasa es que entre los atributos del Tiburón nunca se contó el de tener los pies en la tierra. Sindona vivía más de acuerdo con sus propósitos que con la realidad, se alimentaba con las ilusiones que otros se encargaban de proporcionarle. Un bosquejo de su meteórica carrera demuestra mis afirmaciones:

Septiembre de 1973: en el Waldorf Astoria de Nueva York, el primer ministro de Italia, Giulio Andreotti, se pone de pie durante un almuerzo y, después de elogiar profusamente al Tiburón, lo define como el salvador de la lira.

Enero de 1974: Grand Hotel, Roma. El embajador de Estados Unidos, John Volpe, nombra al Tiburón hombre del año.

Marzo de 1974: los precios en el mercado de valores de Milán se elevan enormemente, mientras que al cambio el dólar alcanza una cotización de 825 liras. Si Sindona hubiera cerrado entonces todas sus vastas operaciones en el mercado de divisas, habría obtenido unas ganancias mínimas de 100 000 millones de liras. Anna Bonomi, rival de Sindona en el mundo financiero de Milán, le hace una excelente oferta al Tiburón para comprarle su paquete de acciones en la Società Generale. Sindona se niega a vender.

Abril de 1974: la bolsa registra un rápido declive y las cifras en el mercado de

cambio de divisas caen dramáticamente. Es el principio de «*Il crack Sindona*». El Franklin Bank de Nueva York anuncia unas ganancias netas para el primer trimestre del año de 2 centavos por acción, cuando el año anterior habían sido de 68 centavos por acción. Lo grave era que incluso ese magro beneficio constituía una impostura. En realidad el banco ha sufrido una pérdida de 40 millones de dólares, exactamente la cantidad que invirtió Sindona y que los anteriores propietarios no dudaron en llevarse a otro sitio.

Mayo de 1974: el Tiburón anuncia al consejo de administración de la Società Generale Immobiliare que los beneficios que aparecen en el balance son los más altos en la historia ya centenaria de la empresa.

El Franklin Bank pone a la venta sus acciones. El National Westminster de Londres denuncia el volumen en libras esterlinas que presenta el Franklin a su favor. La semana anterior había cotizado 50 millones de libras al día. Ahora el Franklin anuncia que no va a declarar dividendos trimestrales; por primera vez desde la gran depresión, uno de los grandes bancos norteamericanos se ha visto obligado a suspender la entrega de sus ganancias a los accionistas.

Julio de 1974: los agujeros empiezan a hacerse visibles tanto en Italia como en Estados Unidos. En un intento por cubrir el agujero italiano el Tiburón fusiona la Banca Unione con la Banca Privata Finanziaria. Llama a su nueva creación Banca Privata. En lugar de tener dos bancos medianos en mala situación con sede en Milán, Sindona posee uno solo, grande y al borde del colapso en la capital financiera de Italia. En vez de dos grandes agujeros, sale a la luz un agujero pavoroso, que alcanza los 200 000 millones de liras.

Agosto de 1974: el establishment cierra filas. En Italia, la Banca di Roma, asociada de forma colateral con el imperio de Sindona, libra 128 millones de dólares a favor de Banca Privata, en un intento desesperado por tapar el boquete. En Estados Unidos, mientras tanto, el Gobierno teme que el colapso del Franklin Bank sea la chispa que haga surgir un apocalipsis que desmorone las estructuras capitalistas. Por lo tanto, concede al Franklin recursos ilimitados procedentes de los fondos federales. Más de 2000 millones de dólares fluyen de las reservas del Tesoro norteamericano a las sedientas arcas del Franklin.

Septiembre de 1974: a pesar de los esfuerzos que se han hecho por salvarla, la Banca Privata sufre una vertiginosa liquidación. Las pérdidas se estiman en más de 300 millones de dólares. En esta cifra se incluyen 21 millones de dólares más las acciones pertenecientes al Vaticano.

3 de octubre: Licio Gelli devuelve en pequeñas dosis las vastas inversiones que Sindona ha hecho a favor de la P2. Por cortesía de miembros de la logia situados en las altas esferas judiciales y policiales, Gelli es informado de que Sindona va a ser detenido al día siguiente. Con la ayuda de Gelli, Sindona desaparece de Italia.

4 de octubre: se formula en Italia una orden de arresto contra Michele Sindona, que ya ha volado fuera del país. Siendo como es un hombre previsor, ha tenido la

precaución de cambiar previamente de nacionalidad. Se ha convertido en ciudadano suizo. El muchacho siciliano aterriza en su nueva patria.

8 de octubre: se produce el colapso del Franklin Bank. Las pérdidas correrán a cargo de la Corporación Aseguradora del Tesoro Federal: la cifra es de 2000 millones de dólares. Se trata del colapso financiero más grandioso de la historia de Estados Unidos.

Octubre de 1974 enero de 1975: resuenan por toda Europa los ladrillos del imperio Sindona que se desmorona. Un banco tras otro se ven arrastrados por la catástrofe, que alcanza, no sólo a las empresas en las que Sindona ostentaba la mayoría de las acciones, sino también a otras compañías con las que se había vinculado, como Bankhaus Wolff A. G. de Hamburgo, Bankhaus I. K. Herstatt de Colonia, Amincor Bank de Zurich y también, por supuesto, Finabank de Ginebra. En relación con Finabank, fuentes bancarias de Suiza estiman que las pérdidas sufridas por el Vaticano alcanzan los 240 millones de dólares. Las pérdidas de Finabank, sólo en el mercado de divisas, son por lo menos de 82 millones de dólares.

Las autoridades italianas, mejor dicho, el sector de las autoridades italianas que no ha caído en las garras de la P2, se encuentra a estas alturas muy agitado. Sindona, que ha reaparecido momentáneamente en Estados Unidos, no se muestra nada predispuesto a regresar a Italia. En octubre de 1974 comienza una dura batalla por su extradición. Esta batalla iba a ejercer una influencia muy directa en el destino final del hombre que, en aquellos momentos, se encontraba en Venecia con la principal preocupación de reunir el dinero necesario para ayudar a un grupo de minusválidos. Resultaría difícil encontrar un contraste mayor que el abismo ético que separaba a Albino Luciani del Tiburón.

Aunque la presencia de Sindona era insistentemente reclamada en Italia, seguramente el Tiburón se había convertido ya entonces en persona non grata para el Vaticano. A medida que el secretario de Estado, el cardenal francés Villot, informaba al papa sobre nuevos aspectos del colapso, Pablo VI se anonadaba cada vez más. Se ha dicho que Pablo VI aspiraba a convertirse en el primer papa pobre de los tiempos modernos. Es una falacia. El despojarse de la mayoría de sus intereses en Italia tenía una sola finalidad para el Vaticano: sacar mayores beneficios. Acuciado por el deseo de eludir las leyes impositivas italianas sobre el patrimonio de acciones, el Vaticano, Sociedad Anónima se había dejado seducir por Sindona y su clan con el proyecto de engrandecer su ya colosal fortuna mediante inversiones en Estados Unidos, Suiza, Alemania y otros países.

Hoy por hoy, el Vaticano preferiría que todo el mundo creyera que el papa Pablo fue, durante más de una década, el único responsable de los vínculos cada vez más profundos y estrechos entre la Santa Sede y Michele Sindona. Ésta es también otra falacia en que incurre el Vaticano. Resulta significativo que una mentira de esta magnitud no saliera a la luz en vida de Pablo VI. Persuadido por su secretario, monseñor Pasquale Macchi, por sus consejeros de la Administración Especial, el

cardenal Guerri y Benedetto Argentieri, y por su secretario de Estado, el cardenal Villot, de que Sindona era la respuesta de Dios a los ruegos del Vaticano, el papa no dudó en abrir al Tiburón las puertas de bronce y en aceptarle a su lado. Una vez dentro, el Tiburón no quería tener a nadie más a su lado. Es un hecho que si sus consejeros hubieran actuado con la cautela más elemental el papa por lo menos hubiera estado en guardia frente a un elemento como Sindona. Un estudio detallado de los sucesos ya descritos lleva a la inevitable conclusión de que dentro de las paredes del Vaticano había mucha sotana dispuesta e incluso ansiosa por unirse a Sindona en sus prácticas delictivas. ¿Eran Macchi, Argentieri, Guerri y Villot hombres honorables? ¿Eran Marcinkus, Mennini y Spada, del Banco del Vaticano, hombres honorables? ¿Era Su Santidad el papa Pablo VI un hombre honorable?

El obispo Marcinkus se vio obligado a sufrir la indignidad de tener que someterse a varios intensos interrogatorios realizados por las autoridades italianas en torno a sus relaciones personales y de negocios con Michele Sindona. Marcinkus, que tenía asiento junto a Sindona y Roberto Calvi como miembro de la junta directiva de una entidad bancaria domiciliada en el paraíso fiscal de Nassau, en las Bahamas; Marcinkus, íntimo amigo de Sindona, en 1973, durante una intensa sesión de interrogatorios a cargo de oficiales de la fiscalía general de Estados Unidos, declaró lo siguiente:

Michele y yo somos muy buenos amigos. Nos conocemos desde hace algunos años. De todos modos, mis negocios financieros con él han tenido un carácter muy limitado. Como ustedes saben, se trata de uno de los industriales más ricos de Italia. Va muy por delante de su tiempo en lo que concierne a los negocios económicos.

Menos de dos años después, la revista italiana L'Espresso le preguntó al honorable obispo Marcinkus por sus relaciones con Sindona. En la mañana del 20 de febrero de 1975, el obispo declaró:

La verdad es que ni siquiera conozco a Sindona. En ese caso, ¿cómo puedo haber perdido dinero por su culpa? El Vaticano no ha perdido ni un céntimo. Lo demás son fantasías.

Para ser director de un banco, el obispo Marcinkus demostraba tener una memoria de alarmante pobreza. En 1973, les había dicho a los oficiales del Departamento de Justicia de los Estados Unidos: «Mis negocios financieros con Michele Sindona han tenido un carácter muy limitado». Por el contrario, sus negocios financieros con el banquero mañoso habían sido abultados y numerosos, desde finales de los años sesenta hasta poco antes de que se produjera «*Il crack Sindona*» en 1975. Menos de dos años antes de ser interrogado por los oficiales norteamericanos y por el F. B. I., Marcinkus había requerido los servicios de Sindona, quien desempeñó un papel de crucial importancia en la venta de la Banca Cattolica a Roberto Calvi, por la suma de 46,5 millones de dólares, un negocio a resultas del cual Sindona devolvió a Calvi y a Marcinkus, por conducto ilegal, una recompensa de 6,5 millones de dólares. Esto, al igual que las pérdidas que más tarde Sindona le infligiría al Vaticano, no es ninguna

«fantasía».

El doctor Luigi Mennini, secretario inspector del Banco del Vaticano, fue arrestado a consecuencia del *crack* de Sindona, y le fue retirado el pasaporte. Mennini, que trabajaba directamente a las órdenes de Marcinkus, rechazó todos los cargos y declaró no saber nada del asunto. Es probable que uno de sus hijos, Alessandro, que ocupaba un alto cargo ejecutivo en la sección de negocios extranjeros del Banco Ambrosiano, verdadero centro neurálgico de especulación fraudulenta con divisas, también hubiera declarado no saber nada si le hubieran preguntado acerca de las actividades delictivas de Sindona y Calvi.

Antes de que se produjera «El *crack* Sindona», Mennini especulaba con divisas extranjeras en representación del Vaticano y en colaboración con el colega de Sindona, Cario Bordoni. Con el tiempo, Bordoni llegaría a conocer a Mennini muy bien:

A pesar de que actuaba como si fuera un prelado, no cabe duda de que era un curtido y arriesgado jugador. Me atormentaba en el peor sentido de la palabra porque quería ganar dinero en cifras cada vez más elevadas. Especulaba con el Finabank, en la bolsa, con propiedades inmobiliarias. Recuerdo que un día me entregó una breve misiva firmada por Pablo VI en la cual el papa me bendecía por mi labor como asesor económico de la Santa Sede. Aparentemente, Mennini era un esclavo de Sindona, quien ejercía sobre él un brutal chantaje. A menudo, Sindona amenazaba con hacer públicas las actividades delictivas de Mennini relacionadas con el Finabank.

Massimo Spada, secretario administrativo del Banco del Vaticano, también trabajaba directamente a las órdenes del obispo Marcinkus; aunque se retirara oficialmente del banco en 1964, siguió representando un amplio espectro de intereses económicos del Vaticano. Al igual que Mennini, Spada abrió una mañana la puerta de su casa y se encontró con la policía financiera italiana, cuyos inspectores llevaban una orden de registro. Todas sus cuentas bancadas personales fueron congeladas por orden judicial y el pasaporte le fue retirado. Se iniciaron contra él tres acusaciones legales por separado, todas las cuales abarcaban una amplia gama de violaciones legales y de bancarrotas fraudulentas.

Según el testimonio jurado de Cario Bordoni, Spada, que era otro esclavo de Sindona a través del chantaje, estaba enterado de todas las operaciones ilegales que realizaba el Tiburón. Sin embargo, al ser interrogado por L'Espresso en febrero de 1975, Spada contestó según la más clásica tradición vaticana: «¿Quién se iba a imaginar que Sindona estaba loco?». Este hombre, miembro del consejo de administración de tres de los bancos que poseía Sindona, generosamente retribuido por su patrón, siguió diciendo:

En cuarenta y cinco años nunca me había encontrado en una situación de esta naturaleza. He atravesado por las circunstancias más difíciles, pero nunca había visto nada semejante: lunáticos furibundos que empezaban a adquirir miles de millones de dólares en divisas europeas. Todas las pérdidas provienen de esta actividad. ¿Quién podía imaginarse que día tras día el señor Bordoni vendía cincuenta o cien millones de dólares para cambiarlos por francos suizos o por moneda alemana? ¿Qué puede

saber un consejo de administración sobre las demenciales operaciones que se desarrollaron entre los meses de enero y junio de 1974?

Cuando efectuó estas declaraciones, con 70 años de edad, Massimo Spada estaba considerado un hombre de negocios tan brillante que todavía seguía ocupando un puesto en el consejo de administración de 35 empresas.

Y así seguían las cosas. En el Vaticano nadie conocía a Sindona. Nadie estaba enterado de sus actividades delictivas. Los crédulos hombres de Dios habían sido «engañados» por el diablo.

¿Es posible que fueran todos ellos hombres honorables a los que Michele Sindona traicionó? ¿Es posible que representantes del Vaticano como Mennini y Spada ocuparan puestos en el consejo de administración de los bancos de Sindona y se mantuvieran beatíficamente ignorantes de la multitud de actividades delictivas que perpetraban Sindona y Bordoni? En la entrevista que le hicieron en L'Espresso, Massimo Spada se puso al descubierto. Al preguntarle si sólo Sindona y Bordoni eran culpables del delito de especular con divisas, contestó:

Usted debe de estar de broma. Maniobrar con miles y miles de millones y billones en operaciones de divisas se ha convertido en práctica habitual en los bancos. Cuando un especulador mediano del mercado bursátil de Milán presenta un balance anual de 25 000 o 30 000 millones de liras de promedio, y cuando cualquier pequeño banco milanés hace circular cada día entre 10 000 y 12 000 millones en divisas, hay que llegar inevitablemente a la conclusión de que si el sistema bancario italiano no se ha derrumbado ha sido sobre todo merced a la providencia y hay que agradecerse a Dios, a san Ambrosio, a san Jorge y sobre todo a san Jenaro. Digo esto para significar que deberían enviarse notificaciones legales a todos los bancos italianos avisándoles de que se va a iniciar una investigación sobre sus actividades.

Por lo tanto, de acuerdo con Spada, un hombre cuyo nombre era sinónimo de Vaticano, Sociedad Anónima, un hombre que había nacido en el seno de la dinastía financiera de la familia Spada (su bisabuelo fue el banquero del príncipe Torlonia; su abuelo, director del Banco de Italia; su padre, Luigi, un importante agente de bolsa, y él mismo, un destacado ejecutivo del Vaticano, Sociedad Anónima, desde 1929); pues bien, de acuerdo con las declaraciones de un hombre con un currículum tan ilustre, toda la industria banquera italiana estaba metida hasta el cuello en actividades delictivas. Sin embargo, Massimo Spada se declaraba inocente y afirmaba que ignoraba por completo lo que sucedía en los mismos bancos a cuyo consejo de administración pertenecía.

Después de la catástrofe, las especulaciones en torno a las pérdidas sufridas por el Vaticano eran continuas y diversas. Iban desde los 240 millones de dólares calculados por la banca suiza (como ya hemos mencionado) hasta la estimación hecha por el propio Vaticano, que decía escuetamente: «No hemos perdido ni un céntimo». La verdad probablemente ronde los 50 millones de dólares. Cuando la multinacional anclada junto al Tíber manifestaba no haber perdido ni un céntimo, es indudable que no tenía en cuenta en sus cálculos los enormes beneficios previos que había sacado de su alianza con el Tiburón. De cualquier modo, la reducción de un beneficio general de 300 millones de dólares a 250 millones de dólares significa una pérdida en

cualquier lenguaje, incluido el latín.

A esos 50 millones de dólares hay que sumar otra pérdida ocasionada por Sindona y asumida por el Vaticano que ronda los 35 millones de dólares. Se trata del curioso caso del Banco di Roma per la Svizzera, de Lugano (Svirobank). El Banco del Vaticano poseía el 51% de las acciones de este banco suizo. El presidente del banco era el príncipe Giulio Pacelli; el director ejecutivo, Luigi Mennini. Al igual que los demás bancos vinculados al Vaticano, Svirobank especulaba con los fondos de dinero negro que manejaba a nombre de los exportadores ilegales de liras y de las fraternidades delictivas que actuaban en Italia. Las especulaciones con oro y con moneda extranjera eran práctica cotidiana. En 1974 empezó a crecer un agujero. El gerente general, Mario Tronconi, cargó con la culpa injustamente: la persona que se encargaba de materializar las transacciones era Franco Ambrosio.

En el otoño de 1974 «suicidaron» a Mario Tronconi. Su cuerpo fue encontrado en la vía férrea que va de Lugano a Chiasso. En un bolsillo tenía una carta en que se despedía de su mujer. Antes de su muerte, sin duda en busca de quedar al margen de toda culpa, Pacelli, Mennini y los demás ejecutivos de Svirobank habían obligado a Tronconi a firmar una confesión por la cual asumía la total responsabilidad sobre los 35 millones de dólares de pérdidas. Nadie, sin embargo, denunció a Ambrosio, que era el hombre que había abierto el boquete. De todos modos, Ambrosio recibió el encargo de recuperar el dinero perdido. La verdad sólo saldría a la luz dos años después, cuando Mario Barone, director gerente de la Banca di Roma (institución que poseía el 49% restante de las acciones de Svirobank), fue arrestado e interrogado con relación a «Il crack Sindona». No cabe duda de que los negocios bancarios en Italia son enormemente arriesgados. Mario Tronconi es sólo uno de los muchos miembros de esta dudosa fraternidad cuya muerte se ha querido hacer pasar por un suicidio. En la década siguiente la lista de suicidios adquiriría proporciones alarmantes: la llamada solución italiana le sería aplicada a un número cada vez mayor de problemas.

Mientras Michele Sindona luchaba en Nueva York contra su extradición y planeaba su venganza, el Vaticano, Sociedad Anónima, se metía nuevamente de lleno en la especulación, teniendo como ejecutante al sucesor del Tiburón: el milanés Roberto Calvi. En los altos círculos financieros de Milán a Calvi se le conocía por el apodo de *il Cavaliere* (el Caballero). Se trata sin duda de un curioso apodo para el hombre que oficiaba de tesorero en la P2. El sobrenombre nació en 1974, cuando el entonces presidente de Italia Giovanni Leone nombró a Roberto Calvi Cavaliere del Lavoro por sus servicios en beneficio de la economía italiana. Calvi se convertiría en el sustituto de Sindona en la tarea de lavar dinero negro de la mafia. Suyo es el mérito de haber sido el organizador del robo más grande perpetrado contra un banco.

Roberto Calvi nació el 13 de abril de 1920 en Milán, aunque sus raíces familiares se encuentran en Valtelina, alargado valle alpino próximo a la frontera suiza y al lugar de nacimiento de Albino Luciani. Los dos eran hombres de montaña. Tras cursar estudios en la prestigiosa Universidad de Bocconi, Roberto Calvi peleó, durante la

segunda guerra mundial, en las filas del ejército fascista de Mussolini alineado en el frente soviético. Después de la guerra, su padre le introdujo en los negocios bancarios. En 1947 empezó a trabajar en el Banco Ambrosiano de Milán. Con un nombre que deriva de san Ambrosio, el banco exudaba religiosidad. Al igual que la Banca Cattolica Véneto, el Banco Ambrosiano era vulgarmente conocido como «el banco de los curas». Para poder abrir una cuenta se exigía un certificado de bautismo que indicara que el cliente era católico.

En las reuniones del consejo de administración del banco se daban gracias al Señor, con oraciones y rezos, por las ganancias que mostraba el balance anual del banco. A mediados de los años sesenta el Banco Ambrosiano tenía un aire mucho más piadoso y sacerdotal que la mayoría de las iglesias católicas de Milán. El Caballero, con sus ojos fríos como el hielo, albergaba sin embargo otros planes para aquel adormilado banco diocesano, que incluía entre sus cuentistas al cardenal arzobispo de Milán, Giovanni Montini.

En 1963, año en que Montini se convirtió en el papa Pablo VI, Calvi había ascendido en el Ambrosiano hasta desempeñar el cargo de administrador central. Cuando el papa Pablo decidió llamar a Sindona al Vaticano para descargar a la Iglesia de sus vastas posesiones italianas, tan embarazosas, el Tiburón y el Caballero ya eran íntimos amigos. Ya entonces tramaban hacerse con el control del Banco Ambrosiano, con la idea de transformarlo en un banco internacional de una categoría muy particular.

En 1971, Calvi se convirtió en director administrativo del banco. A los 51 años de edad, Calvi había llegado mucho más lejos que su padre, mitad banquero y mitad sacerdote sin sotana. Un hombre corriente se hubiera sentido satisfecho con dormirse durante un tiempo en sus laureles y con dirigir la prédica diaria del consejo de administración. Sin embargo, lo único de corriente que tenía Roberto Calvi era su altura. Su habilidad para planear retorcidos proyectos con los que limpiar el dinero negro de la mafia; sus tramoyas para exportar ingentes sumas en liras por conductos ilegales, para evadir impuestos y para ocultar el hecho delictivo de la compra de acciones en su propio banco; su demostrada destreza para manipular la bolsa de Milán, para el cohecho, el soborno y la corrupción; sus astutas artimañas para desviar el curso de la justicia, disponiendo un arresto equivocado aquí, dictaminando un asesinato allá; su talento para hacer todas estas cosas y más coloca al Caballero dentro de una clase de delincuentes muy especial.

Calvi solía aconsejar a la gente que si querían entender realmente por dónde se encaminaba el mundo lo mejor que podía hacer era leer la novela de Mario Puzo, El padrino. Iba con un ejemplar de la novela a todas partes, como un sacerdote con su Biblia bajo el brazo.

Calvi conoció al obispo Marcinkus en 1971, gracias a los buenos oficios de Sindona. Inmediatamente, pasó a engrosar el clan muy selecto de los «uomini di fiducia» del Vaticano: los hombres de confianza, una pequeña élite de seglares que

trabajaban con y para el Vaticano, Sociedad Anónima. Eran hombres como Sindona, Spada, Mennini y Bordoni; hombres que habían sido escogidos con el máximo cuidado.

En 1963, Calvi formó en Luxemburgo una compañía llamada Compendium, nombre que después fue sustituido por el de Banco Ambrosiano Holdings, S. A. Esta tapadera legal se convertiría en la pieza fundamental de las tramas delictivas de Calvi. Millones de eurodólares de los que se había apropiado estaban destinados a fluir a través del *holding* de Luxemburgo. Más de 250 bancos de todo el mundo fueron inducidos, por medio de artimañas, a prestar dinero a esta pequeña compañía. La cifra total del dinero prestado excede los 450 millones de dólares.

El imperio del Caballero creció rápidamente. Ya en los años sesenta, el Banco Ambrosiano había adquirido el Banco del Gotardo en Lugano, Suiza. Luego del colapso de la compañía Amincor que Sindona tenía en Zurich, este banco se convirtió en el principal conducto para lavar el dinero negro de la maña. A este pequeño banco suizo le seguirían otras adquisiciones en el extranjero. Una de ellas era el Banco Ambrosiano Transatlántico, de Nassau. Esta rama del Ambrosiano que opera en el paraíso fiscal de las Bahamas fue fundada en 1971 y desde sus comienzos figura en su consejo directivo el obispo Paul Marcinkus. Originariamente, el Ambrosiano de Nassau se llamaba Cisalpine Overseas Bank (Banco Cisalpino Transatlántico), para despistar posibles suspicacias por parte de la policía financiera italiana.

Los beneficios que se canalizaban hacia los cofres del Banco del Vaticano aumentaban en proporción con el crecimiento del imperio financiero de Calvi. Para entender muchas de las muy complicadas y a menudo deliberadamente ultra complicadas maniobras financieras en las que Calvi incurrió a lo largo de los años setenta, hay que tener en cuenta un hecho capital: en esencia, el Banco Ambrosiano de Milán y el Banco del Vaticano se hallaban íntimamente entrelazados.

Muchas de las más cruciales operaciones que se llevaron entonces a cabo eran compartidas por ambos bancos. El motivo por el cual Calvi estaba siempre en condiciones de infringir las leyes una y otra vez hay que buscarlo en la rápida asistencia que se le brindaba desde el Banco del Vaticano. Por ejemplo, cuando el 19 de noviembre de 1976 Calvi se decidió a comprar el 53,3% de las acciones del Banco Mercantile de Florencia, la compra parecía que se hubiera realizado en nombre del Banco del Vaticano. El 17 de diciembre, las acciones, luego de una tortuosa senda, llegaron a Giammei y Compañía, corredores de bolsa de Milán que frecuentemente actuaban en representación del Vaticano. Con un habilidoso papeleo, las acciones fueron «aparcadas» aquel mismo día en las arcas del Banco del Vaticano. El hecho de que el Vaticano careciera de los fondos suficientes para pagar, mediante una transferencia particular las acciones adquiridas, se solucionó con un crédito, concedido el 17 de diciembre al Banco del Vaticano e ingresado en una nueva cuenta numerada (el número era 42801). El crédito alcanzaba los 8000 millones de liras.

El verano siguiente, el 29 de junio de 1977, Giammei volvió a comprar las

acciones al Banco del Vaticano, a través de Crédito Commerciale de Milán. Al tiempo que las acciones seguían este serpenteante sendero, también sobrellevaban, al menos en el papel, un espectacular alza de precio. La compra original se había efectuado a una cotización de 14 000 liras por acción. Cuando las acciones regresaron a manos de Giammei, su valor estimado alcanzaba las 26 000 liras por acción. El 30 de junio de 1977, las acciones fueron vendidas por Crédito Commerciale a Immobiliare XX de settembre, S. A., empresa que Calvi controlaba.

En el papel, el Banco del Vaticano había obtenido un beneficio de 7 724 378 000 liras, gracias al alza manipulada del precio de las acciones. La realidad es que Calvi pagó al Banco del Vaticano 800 millones de liras por el privilegio de utilizar su nombre y sus conductos. El Banco del Vaticano, con sede en el estado independiente de la Ciudad del Vaticano, se hallaba fuera del alcance de los inspectores bancarios italianos. Al venderse a sí mismo unas acciones que ya eran suyas, a un valor que casi doblaba el que tenían cuando las adquirió la primera vez, Calvi incrementó de manera grandiosa, siempre sobre el papel, el valor del Banco Mercantile y de paso robó 7 724 378 000 liras, a los que hay que descontar, por supuesto, el dinero que pagó el Banco del Vaticano por utilizar sus servicios. Posteriormente, Calvi vendió sus acciones a su rival en los negocios de Milán, Anna Bonomi, por 33 000 millones de liras.

Con la íntima y continuada colaboración del Banco del Vaticano, Calvi estaba en condiciones de sortear, una y otra vez, las leyes italianas como si de un elegante bailarín se tratara. Operaciones como la referida no podían llevarse a cabo sin el completo conocimiento y plena aprobación de Marcinkus.

En relación con el plan de Sindona, Calvi y Marcinkus concerniente a la Banca Cattolica Véneto, la evidencia de que he podido disponer apunta a la existencia de una conspiración de carácter delictivo que involucre a los tres.

Marcinkus quería que la operación se mantuviera en secreto, incluso a los oídos del papa Pablo VI. Algunos años más tarde, Calvi describiría el entramado del negocio a su amigo y socio el financiero Flavio Carboni^[6]:

Marcinkus, que es un tipo duro, nacido en un suburbio de Chicago, de una familia de inmigrantes pobres, quería llevar adelante la operación sin informar al patrón, quiero decir a) papa. Mantuve tres reuniones con Marcinkus sobre la Banca Cattolica Véneto. Él me la quería vender. Le pregunté: «¿Estás seguro? ¿Entra dentro de tus posibilidades? ¿El patrón está de acuerdo?». Fui yo el que insistió y el que le aconsejó: «Ve a ver al patrón y cuéntale tus planes». Marcinkus me hizo caso. Más tarde me diría que sí, que había hablado del tema con Pablo VI y que el papa estaba de acuerdo con la venta. Algún tiempo después, me consiguió una audiencia con Pablo VI, quien me agradeció unos servicios que yo le había prestado para resolver unos problemas de la Biblioteca Ambrosiana. En realidad, a mí me daba la impresión de que me agradecía la adquisición de la Banca Cattolica Véneto.

Si alguien necesita confirmación de que ya a comienzos de los setenta el papa había adquirido un nuevo título terrenal, el de presidente del consejo de administración, le basta con leer el relato de Calvi a Flavio Carboni. El santo padre, el vicario de Cristo, se ve rebajado a ser «el patrón». Igualmente iluminadoras son las ansiosas preguntas que le formulaba Roberto Calvi al obispo Marcinkus: «¿Estás

seguro? ¿Entra dentro de tus posibilidades?». El banquero milanés se hallaba evidentemente muy bien informado de los profundos nexos que existían entre el banco veneciano y los curas de Vicenza. El hecho de que Marcinkus no quisiera que el papa se enterara de la transacción es una indicación más de lo muy dudoso que le parecía a Calvi el asunto. La advertencia que el cardenal Benelli le hizo a Luciani, cuando le dijo que el papa no iba a interceder en favor del patriarca, de sus obispos y de sus curas, queda establecido que era acertada. No podía valer de mucho ir a quejarse de la venta del banco de los curas precisamente al hombre que había bendecido personalmente dicha transacción. El papa Pablo VI, con la ayuda de Calvi, Marcinkus y Sindona, había fabricado una bomba de tiempo, que seguiría con su tictac hasta septiembre de 1978.

Temerosos de que en Venecia se desencadenara una reacción hostil, Marcinkus y Calvi suprimieron toda noticia sobre la venta del banco. El 30 de marzo de 1972, el grupo de Calvi anunció la adquisición del 37,4% de las acciones de la Banca Cattolica, pero la evidencia documentada que he recopilado nos cuenta una historia distinta. El 27 de julio de 1971, Calvi le escribía a Marcinkus:

El motivo de esta carta es informarte de nuestra firme oferta de comprar el 50% de las acciones de la Banca Cattolica Véneto, en Vicenza, al precio de 1600 liras por acción, cuyo normal usufructo debería producirse a través de los pasos siguientes:

- 1) Para el 45% de las acciones de dicha compañía, es decir, para un total accionario de 16 254 000 unidades, su aplicación depende de que tú aceptes nuestra firme oferta contra un pago por nuestra parte de 42 millones de dólares.
- 2) En cuanto a las acciones restantes, que cubren otro 5% del capital, es decir, un total de 1 806 000 acciones, su transferencia se llevaría a efecto en la fecha de la «declaración de intenciones» concerniente a la mencionada Banca Cattolica Véneto, que debería tener lugar antes del 31 de octubre de 1971, y contra un pago de 4,5 millones de dólares a efectuar el 29 de octubre de dicho año.

El Banco del Vaticano percibió 46,5 millones de dólares, al valor de 1971. Hoy en día, la cifra aproximada sería de unos 115 millones de dólares.

Sabedor de que, a causa de su insistencia, su ofrecimiento sería puesto en conocimiento del papa, Calvi agregaba en su carta:

Te hago saber que asumimos formalmente la responsabilidad de adherirnos de forma inquebrantable a la tradicional postura de la Banca Cattolica Véneto, cuyas actividades sostienen importantes labores de ayuda social, y te comunico que conservaremos los altos valores sociales, los elevados principios religiosos y los dignísimos conceptos morales que rigen en esa católica entidad.

La copia de esta carta que obra en poder del Vaticano lleva el sello oficial y la firma de Marcinkus. La venta secreta, que se realizó en 1971, llegó a conocimiento de los venecianos casi un año después.

Los «altos valores sociales, los elevados principios religiosos y los dignísimos conceptos morales» que Calvi se comprometía a defender fueron dejados de lado muy pronto, tan pronto que Calvi, con su gestión en la Banca Cattolica, hizo que a mediados de 1972 toda la clerecía de la región se levantara en armas y sitiara la residencia de Luciani en Venecia. Luciani se apresuró a desplazarse a Roma, pero

1972 no parecía ser un año propicio para poner remedio a lo ocurrido, luego de que Pablo VI hubiera bendecido personalmente la transacción. El momento de entrar en acción se postergaría hasta septiembre de 1978.

Durante los años intermedios entre una fecha y otra, se mantuvo una curiosa situación, ya que las acciones nunca abandonaron las arcas del Banco del Vaticano. El 29 de octubre de 1971, fecha en la que Calvi debía pagar el 5% que le quedaba por comprar del 50% estipulado, las acciones (que todavía se encontraban íntegramente en posesión del Banco del Vaticano) fueron asignadas a Zitropo, empresa que por aquel entonces pertenecía a Sindona. Más tarde Zitropo pasó a formar parte del imperio de Calvi, y posteriormente fue adquirida por el Banco del Vaticano. De esta forma, las acciones de la Banca Cattolica siguieron durmiendo en las arcas del Vaticano. No es de sorprender por lo tanto que, en una fecha tan avanzada como marzo de 1982, el entonces arzobispo Paul Marcinkus hablara de «nuestras inversiones en la Banca Cattolica, que marchan muy bien».

Cuando en 1974 la bolsa de Milán empezó a desmoronarse, entre los afectados se encontraba el Banco Ambrosiano. Calvi era especialmente vulnerable. El principal ingrediente de los negocios bancarios internacionales es la confianza. Se sabía que Calvi estaba íntimamente asociado con Sindona. Cuando estalló «*Il crack*», el mundo banquero empezó a mirar con otros ojos al Caballero. Los límites crediticios de los que gozaba el Banco Ambrosiano fueron drásticamente reducidos. Los préstamos en el mercado internacional eran difíciles de conseguir, y lo más ominoso de todo es que la demanda de acciones del banco por parte de los pequeños inversores empezó a disminuir, como consecuencia, el valor de las acciones se depreció.

Como por arte de magia, justamente en el momento en que el Banco Ambrosiano se veía con la soga al cuello, una compañía llamada Suprafin, S. A., con unas oficinas registradas en Milán, hizo su entrada en el mercado. Esta empresa financiera se dedicó desde el primer momento a depositar una suprema confianza en el signor Calvi. Día a día Suprafin compraba acciones del banco de Calvi, y antes de que el nombre de Suprafin pudiera ser inscrito siquiera en la lista de poseedores de dividendos bursátiles, las acciones ya habían sido revendidas a diversas compañías con sede en Liechtenstein y Panamá. Calvi empezó a recuperar la confianza de los demás y Suprafin siguió comprando. En 1975, 1976, 1977 y 1978, Suprafin seguiría demostrando una fe ciega en el futuro del banco de Calvi, una fe de 50 millones de dólares de cotización.

Es evidente que Suprafin estaba al tanto de algo que nadie más conocía. Entre 1974 y 1978, las acciones del Ambrosiano no dejaron de perder enteros en el mercado; sin embargo, Suprafin llegaría a adquirir más del 15% del banco. Oficialmente, Suprafin era una subsidiaria de dos compañías de Liechtenstein: Teclefin e Imparfin. En teoría, estas dos compañías eran propiedad del Banco del Vaticano. Ésa era, técnicamente, la teoría. En la práctica, el propietario de Suprafin era el propio Calvi. Por lo tanto queda al descubierto que, con la absoluta avenencia y

el pleno conocimiento del Banco del Vaticano, lo que Calvi hacía era sostener el valor de mercado de las acciones del Ambrosiano mediante adquisiciones masivas de las mismas, lo cual constituye una práctica totalmente ilegal. El dinero con el que financiar el fraude provenía de préstamos internacionales efectuados por la subsidiaria de Luxemburgo y por la casa principal del banco en Milán.

El Banco del Vaticano recibió sustanciosas retribuciones anuales por brindarle al Caballero una respetable fachada detrás de la cual Roberto Calvi podía poner en marcha un gigantesco fraude internacional. El Banco del Vaticano recibía su retribución por muy diversos conductos. Todos los depósitos del Vaticano en el Banco Ambrosiano eran recargados con un interés de un 1% más elevado que el que recibían los restantes depositarios. Otro método consistía en que el Ambrosiano «comprara» acciones pertenecientes al Vaticano. En el papel, el Vaticano vendía, por ejemplo, un paquete de acciones a una compañía panameña, que le pagaba un precio un 50% más alto que el valor real de las acciones. Éstas, sin embargo, nunca saldrían de las arcas del Vaticano, y el banco que Marcinkus dirigía acrecentaría su capital en muchos millones de dólares. La compañía panameña, que por lo general tenía un capital de apenas unos cuantos miles de dólares, recibía un préstamo, por los millones de dólares necesarios para la adquisición, del Banco Ambrosiano Transatlántico de Nassau, en el que Marcinkus figuraba como miembro del consejo de dirección. La rama de Nassau del Ambrosiano habría recibido el dinero inicialmente de la filial de Luxemburgo, la que a su vez lo obtenía con créditos que le otorgaban los bancos internacionales.

Es evidente que Calvi, contra toda esperanza, confiaba en que las acciones del Banco Ambrosiano volverían a alcanzar una elevada cotización. Llegado el momento, se podría desprender de todo el lote.

En 1978, Calvi andaba precariamente por el borde afilado de un cuchillo. Como si toda aquella colosal operación no bastara para mantenerlo despierto por las noches, el banquero milanés dedicaba gran parte de sus energías a enfrentarse con los problemas derivados de la difícil tarea de lavar el dinero negro de la mafia. Además, la logia P2 le urgía con constantes demandas de dinero. Esto significaba que tenía que seguir con los desfalcos. También por entonces, Roberto Calvi sufría las consecuencias de una campaña de chantaje que Michele Sindona había emprendido contra él.

Mientras el Caballero se encontraba muy atareado estafando millones de dólares para sostener de una forma fraudulenta el valor en bolsa de las acciones del Ambrosiano, el Tiburón estaba lejos de mantenerse ocioso. Sindona inevitablemente nos hace pensar en un personaje de alguna obra de Pirandello, en la que todas las expectativas terminan por disiparse en algo ilusorio. Sindona es un hombre que exuda teatralidad, una teatralidad tan desmesurada que cualquier escritor de obras de ficción se resistiría a crear un personaje de sus características. Sólo la vida real es capaz de crear personajes como Michele Sindona.

Licio Gelli, por su parte, le retribuía a Sindona su identificación con P2. Cuando

el fiscal de Milán requirió la extradición de Sindona, en enero de 1975, las autoridades judiciales norteamericanas pidieron más información, incluida una foto de Sindona. También exigieron que los documentos en los que se pedía la extradición se tradujeran al inglés. La oficina fiscal de Milán completó un nuevo recurso que alcanzaba unas 200 páginas, y lo envió al Ministerio de Justicia en Roma para que lo tradujeran y lo despacharan a Washington. El documento fue devuelto a la fiscalía, con la observación de que el Ministerio de Justicia no podía hacerse cargo de la traducción, a pesar de que contaba con uno de los más vastos departamentos de traducción de toda Italia. La embajada de Estados Unidos en Roma, mientras tanto, declaró que desconocía la existencia de cualquier recurso de extradición. Licio Gelli tenía amigos en muchas partes.

Sindona vivía entonces en un lujoso apartamento del Hotel Pierre, de Nueva York. Se adhería a la ley elaborada por Richard Nixon y John Mitchell porque la consideraba su mejor apoyo para combatir la orden de extradición. Cuando era requerido por los periodistas, Sindona quitaba importancia a sus problemas con Italia.

El gobernador del Banco de Italia y otros miembros del establishment italiano están conspirando contra mí. Nunca he realizado operaciones con divisas extranjeras. Mis enemigos en Italia me han tendido una trampa, y espero que algún día la justicia resplandezca.

En septiembre de 1975, aparecieron unas fotografías de Sindona, vestido de etiqueta, que estrechaba la mano del alcalde de Nueva York, Abraham Beame. Las fotos aparecieron en la prensa italiana y produjeron un arrebato de furor, al menos en ciertos sectores. El Corriere della Sera observó:

Sindona sigue haciendo declaraciones y concediendo entrevistas, y en su exilio refugio de Estados Unidos suele alternar con la *jet set*. Las leyes y los mecanismos de la extradición no funcionan con equidad para todos. Una persona que roba unas manzanas puede languidecer en prisión durante meses o incluso años. Un emigrante que trabaje en el extranjero y que no pueda presentar al día sus papeles es forzado a regresar y a enfrentarse con el rigor de un tribunal militar. Para esa gente desasistida, las argucias y artimañas de la burocracia sencillamente no existen.

En Italia, algunos ahorristas contrataron abogados con el fin de salvar al menos en parte su dinero después del colapso de Sindona, y el Vaticano declaró padecer «un grave déficit presupuestario». En Estados Unidos, el Tiburón contrató a un especialista en relaciones públicas y se dedicó a recorrer el circuito universitario para impartir conferencias.

Mientras los altos ejecutivos del Franklin National Bank eran arrestados y acusados de conspirar para enajenar millones de dólares con especulaciones en divisas extranjeras, Sindona se dirigía a los estudiantes de la Wharton Graduate School de Filadelfia:

El objetivo, quizás ambicioso, de esta breve charla es el de contribuir a recuperar la fe de Estados Unidos en sus círculos económicos, financieros y monetarios y el de recordarles que el mundo libre necesita a Norteamérica.

Mientras era sentenciado *in absentia* a tres años y medio de prisión por un tribunal de Milán, que lo había hallado culpable de 23 cargos de apropiación indebida por 10 millones de libras esterlinas, Sindona se dedicaba a impartir lecciones de moral a los estudiantes de la Universidad de Columbia:

Cuando se realizan pagos con la intención de infringir la ley o de obtener beneficios ilegales, lo más oportuno es que se produzca una acción pública de repulsa. Tanto el corruptor como el corrompido deben ser castigados.

Mientras planeaba una amplia operación de chantaje contra su colega, amigo y también miembro de la P2 Roberto Calvi, Michele Sindona pintaba una visionaria imagen a los estudiantes que soñaban con emularlo:

Espero que en un futuro no muy distante, cuando entremos en contacto con otros mundos y otros planetas de la miríada de galaxias que nos rodean, los estudiantes de esta universidad estén en condiciones de sugerir a las compañías a las que representen que deberían expandirse en un sentido cósmico, para crear «cosmocorporaciones», que desplegarán el espíritu creador del empresario privado a través de todo el universo.

No cabe duda de que Sindona era un hombre claramente resolutivo. Concertó diversas reuniones de la mafia norteamericana, la Cosa Nostra y la mafia siciliana y trató de persuadir a sus capos y a Licio Gelli de que organizaran la escisión de Sicilia de la Italia continental. Con anterioridad, en 1972, había formado parte de una conspiración que se conoció con el nombre de «Golpe blanco», cuya finalidad era apoderarse de Italia. Los mañosos se mostraron escépticos con los planteamientos de Sindona, mientras que Gelli no ocultó su desdén. Le dijo a Sindona que la idea le parecía «una locura», que la secesión de Sicilia sólo podría llevarse a cabo con el apoyo de los miembros políticos y militares de la logia P2, y que la cuestión necesitaba tiempo y cavilaciones. Aconsejó a Sindona: «Archiva el plan en la carpeta de asuntos pendientes».

En septiembre de 1976, las autoridades italianas finalmente consiguieron que Sindona fuera arrestado en Nueva York. Se trataba del primer atisbo de éxito que obtenían en su larga lucha por conseguir la extradición del mañoso. Sindona expresó su sorpresa ante el hecho de que «Estados Unidos elija esta ocasión, casi dos años después de que se me imputaran en Italia esos cargos falsos, para iniciar los procedimientos de extradición. Quiero enfatizar que estas acusaciones que me lanzan desde Italia, sobre la base de una muy escasa cuando no inexistente investigación, son absolutamente falsas». Sindona fue puesto en libertad bajo una fianza de 3 millones de dólares, pero en 1977 la red se empezó a apretar en torno a él. Un gran jurado federal empezó a investigar presuntas violaciones legales cometidas por Sindona en relación con el colapso del Franklin Bank.

Sindona empleó todas las armas que tenía a su alcance. Gente importante testificó a favor del Tiburón, que luchaba contra su extradición. Carmelo Spagnuolo, presidente de un departamento del Tribunal Supremo de Roma, presentó una

declaración jurada en la que testimoniaba que los cargos que se esgrimían contra Sindona eran el resultado de un complot comunista. También afirmó, bajo juramento, que Sindona era un gran protector de las clases trabajadoras y que las personas que dirigían las investigaciones contra Sindona en Italia eran unos incompetentes manipulados por perseguidores políticos del Tiburón. Como una buena medida a adoptar, Spagnuolo aconsejó al tribunal de Estados Unidos que rechazara la petición porque muchos miembros de la judicatura italiana eran extremistas de izquierda, y si el Tiburón era devuelto a Italia sería asesinado. Carmelo Spagnuolo era miembro de la logia P2.

Licio Gelli también presentó un testimonio jurado a favor de Sindona, en el que hacía notar que él mismo había sido acusado de ser «agente de la C. I. A., jefe de los escuadrones de la muerte de Argentina, representante de los servicios secretos de Portugal, coordinador de los servicios secretos de Grecia, Chile y Alemania Occidental, líder del movimiento fascista internacional subterráneo, etcétera».

Gelli no trató de rechazar ninguna de estas acusaciones, así como tampoco ofreció ninguna prueba de que carecieran de fundamento. Las atribuyó «al auge del poderío comunista en Italia». Siempre bajo juramento, hizo luego unas cuantas acusaciones personales, tales como que «la influencia comunista ya ha alcanzado a diversos sectores del Gobierno, en especial en la esfera del Departamento de Justicia, en el cual durante los últimos cinco años se ha producido un desplazamiento desde una política de centro a otra de extrema izquierda». Tampoco en esta ocasión presentó prueba alguna. Afirmó además que, a causa de la «infiltración comunista», Sindona no sería juzgado con imparcialidad por ningún tribunal italiano y probablemente acabaría asesinado. Luego agregó: «El odio que tienen los comunistas a Michele Sindona se debe a que es un anticomunista que siempre ha defendido el sistema de la libre empresa dentro de una Italia democrática».

El 13 de noviembre de 1977, Sindona dio una demostración de cuál era su versión de un sistema de libre empresa dentro de una Italia democrática. La campaña de chantaje contra Calvi, rigurosamente planeada, se puso en marcha. Empezaron a aparecer por la ciudad de Milán carteles y panfletos, en los que se acusaba a Calvi de fraude, evasión de divisas, falsificación de balances, estafa y evasión de impuestos. Mencionaban los números de las cuentas secretas que Calvi poseía en diversos bancos suizos. Se referían a sus vinculaciones con la mafia. Desatada la campaña, las paredes de Milán ofrecían una lectura mucho más emocionante que el Corriere della Sera. Sindona, que había orquestado este lavado en público de los trapos sucios de Roberto Calvi, había llegado a la conclusión de que su cofrade de la P2 y antiguo protegido no se tomaba un interés lo bastante activo en apoyo de las tesis sustentadas por el Tiburón. Consultado por Sindona, Licio Gelli había reconocido que Calvi debía realizar una «sustancial contribución» a la guerra privada que llevaba a cabo Sindona. Gelli se ofreció como intermediario entre sus dos amigos y cofrades masónicos. De esta forma, Gelli se aseguraba de que los dos le pagarían una buena comisión.

Una vez más, Roberto Calvi tuvo que rascarse los bolsillos; mejor dicho, tuvo que rascar los bolsillos a los incautos que le habían confiado sus ahorros. En abril de 1978, Roberto Calvi depositó medio millón de dólares en el Banco del Gotardo de Lugano, en una cuenta cuyo titular era Michele Sindona.

El hombre que había organizado la campaña de carteles y panfletos a favor de Sindona, Luigi Cavallo, había realizado su cometido con enorme fruición. Durante algún tiempo, Cavallo se dedicó a divulgar por toda Italia la campaña de difamación contra Calvi. Como buena ramera profesional, Cavallo siempre se vendía al mejor postor. A los carteles siguió una carta, fechada el 24 de noviembre de 1977 y dirigida al gobernador del Banco de Italia, en la que se enumeraban todas las acusaciones que habían aparecido en las paredes de Milán. La carta también hacía mención a un comunicado previo, que incluía fotocopias de las cuentas que Calvi tenía en los bancos suizos. Cavallo remataba su carta al gobernador con la amenaza de demandar al Banco de Italia por incumplimiento de funciones a menos que iniciara una inmediata investigación sobre el Banco Ambrosiano.

Esta carta demuestra la fundamental diferencia que existe entre un delincuente de primera división, como Sindona, y un canalla de tercera fila como Cavallo. La carta era idea exclusiva de éste, que le había escrito sin comunicárselo a Sindona, quien jamás hubiera autorizado una acción de esa naturaleza. Se pueden robar los huevos de oro que produce la gallina, pero lo que no se debe hacer es degollar a la gallina, al menos mientras siga poniendo huevos de oro.

En la misma semana de abril de 1978 en la que Sindona recibió su paga de medio millón de dólares, agentes del Banco de Italia, que durante muchos años habían mantenido las más graves reservas contra el Banco Ambrosiano y contra Roberto Calvi, se lanzaron al fin sobre su presa. Eran doce hombres que habían sido cuidadosamente seleccionados por Paolo Baffi y por su superior Mario Sarcinelli. El hombre escogido para dirigir la inspección era Giulio Padalino. Desgraciadamente para Calvi, Padalino era incorruptible.

La campaña de carteles y panfletos que había desatado Sindona era como la picadura de un mosquito comparada con los problemas con los que luego se vio enfrentado Roberto Calvi. Las noticias sobre la espectacular investigación se filtraron por todos los círculos financieros de Milán. El valor de las acciones del Ambrosiano cayó en picado, y Calvi se vio obligado a esquilmar más dinero de otra gente para poder sostener y tratar de alzar el precio. En esa época, el enmarañado imperio financiero que Calvi controlaba tenía una rama en Nicaragua y otra estaba planeada para ser puesta en funcionamiento en Perú. Había bancos de Calvi en Puerto Rico, las islas Caimán y París. Había empresas de Calvi en Canadá, Bélgica y Estados Unidos.

El talón de Aquiles del imperio era Suprafin. Si los investigadores bancarios descubrían la verdad sobre Suprafin, entonces el colapso del Banco Ambrosiano sería inevitable, como sería inevitable que Roberto Calvi fuera arrestado y encarcelado. También y por lo mismo la tan anhelada extradición de Sindona se convertiría en una

operación mucho más simple. Los dos hombres estaban en un tris de perderlo todo, incluida la libertad, siempre que los inspectores pudieran seguir el rastro de Suprafin y desenmarañar la madeja.

En Milán, Roberto Calvi se empezó a poner nervioso. En Nueva York, Sindona dejó de pavonearse sobre el medio millón de dólares que le había sacado al Caballero mediante el sencillo recurso de la extorsión. La única esperanza que les quedaba a los dos, el último asidero que tenían era el obispo Paul Marcinkus. Y Marcinkus, obediente, cumplió con su obligación. Cuando los inspectores del Gobierno le preguntaron a Cario Olgiati, administrador general del Ambrosiano, a quién pertenecía Suprafin, Olgiati contestó que era una empresa propiedad del Istituto per le Opere di Religione, o sea del Banco del Vaticano.

Sin perder la calma, los inspectores prosiguieron con su investigación. Poco a poco se abrían paso por la maraña de compra de acciones, transferencias, dobles transferencias, aparcamientos de paquetes accionarios, ventas y reventas. Las leyes italianas, sin embargo, limitaban enormemente su libertad de movimiento. La información que los inspectores podían requerir en relación con los asociados extranjeros dejaba mucho que desear. Si por ejemplo hubieran estado en condiciones de obtener informes precisos sobre el *holding* que Calvi poseía en Luxemburgo, se habrían apercebido de que los millones de dólares en créditos obtenidos en los mercados europeos habían sido canalizados a Managua y a Nassau, donde Marcinkus compartía con Calvi un puesto en el consejo de dirección de un banco. De ahí a colegir y comprobar que estas dos filiales del Ambrosiano habían prestado millones de dólares a pequeñas compañías panameñas sin exigirles ningún aval, ya que eran meras tapaderas, mediaban muy pocos pasos. Con todos estos hilos en manos de los inspectores, el juego se habría terminado en ese momento.

Sin embargo, los inspectores no lograron obtener ningún informe detallado sobre las propiedades de Calvi en Luxemburgo. El propio Calvi les empezó a poner obstáculos. Se hacía cada vez más evasivo: «Me resulta tan difícil. Ya saben ustedes cómo son estos extranjeros. No puedo violar sus normas sobre materias confidenciales».

Los inspectores no se daban por vencidos y seguían escarbando. Descubrieron que el 6 de mayo de 1975 Luigi Landra, antiguo alto ejecutivo del Banco Ambrosiano, y Livio Godeluppi, hermano del director contable del Ambrosiano, habían sido nombrados directivos de Suprafin. ¿Acaso estos dos hombres, que gozaban de la confianza del Ambrosiano, también formaban parte de la élite del Vaticano? ¿Acaso, además de trabajar para el Banco Ambrosiano, eran «uomini di fiducia» de la Santa Sede?

Los inspectores llegaron a la conclusión de que Suprafin había sido fundada en Milán, en noviembre de 1971, por dos íntimos socios de Roberto Calvi: Vahan Pasargiklian, que en 1978, cuando se efectuaba la inspección, se había convertido en director ejecutivo de la Banca Cattolica, y Gennaro Zanfagna. ¿Es que también ellos

eran hombres de confianza del Vaticano? Suprafin parecía llevar un gran cartel que decía: «propiedad de Roberto Calvi».

La investigación siguió adelante. Un cuidadoso examen de las cuentas corrientes de Suprafin convenció a los inspectores de que la compañía era efectivamente propiedad del Banco Ambrosiano y no de la Santa Sede. ¿Por qué sino iba el banco a comprar acciones de La Céntrale a Suprafin por 13 864 liras la unidad, cuando su valor en el mercado era de 9650 liras, para luego volver a vendérselas a Suprafin por 9340 liras? ¿Acaso para obtener una carta de agradecimiento del papa Pablo o una palmada en la espalda por parte de Marcinkus?

En julio de 1978, los inspectores volvieron a presionar al alto empleado del Ambrosiano Carlo Olgiati, que se vio obligado a consultar con su amigo, colega y patrón Roberto Calvi. Regresó con una carta. Con un gran despliegue de encanto milanés, Olgiati entregó la carta a Padalino para que la leyera. Era una carta del Banco del Vaticano que tenía como destinatario a Roberto Calvi. Estaba fechada el 20 de enero de 1975 y decía:

La presente es para hacer ciertas precisiones sobre el paquete de acciones que posee desde el 31 de diciembre de 1974 la empresa Suprafin, S. A. Se trata de una empresa que pertenece a nuestro instituto. Requerimos de usted que se encargue a partir de ahora de administrar dicho paquete de acciones de la forma más apropiada y que realice las operaciones e inversiones que le parezcan adecuados. Le rogamos que nos mantenga periódicamente informados en cuanto a la actividad de la mencionada compañía y que nos detalle las transacciones que efectúe en nuestro nombre.

La carta iba firmada por Luigi Mennini y por el jefe contable del Banco del Vaticano, Pellegrino de Strobel. Es probable que hubiera sido escrita en enero de 1975, pero los inspectores tenían la fuerte sospecha de que en realidad la habían fraguado después de que ellos iniciaran sus investigaciones en abril de 1978. También presumían que la carta, legítima o no, contaba con la aprobación total y directa del obispo Marcinkus.

De creer a Marcinkus y a sus colegas del Banco del Vaticano, habría que reconocer que la Santa Sede le daba una nueva definición a la vieja frase de la “caridad cristiana”, que al parecer incluía entre sus obligaciones jugar en la bolsa de Milán y desperdiciar millones de dólares meramente para sostener el valor de las acciones del Banco Ambrosiano. A los inspectores del Banco de Italia les parecía muy improbable que las limosnas que los pobres de todo el mundo entregaban en sus iglesias pudieran tener ese objetivo. ¿A qué desheredado le podía caber en la cabeza que cuando se desprendía de un poco de lo muy poco que tenía era para socorrer caritativamente a un poderoso banquero milanés? Fuera como fuese, y por cortesía del obispo Marcinkus, al menos temporalmente Calvi había escapado del brazo de la ley.

La carta, aparentemente, constituía una prueba palpable de que Suprafin pertenecía al Banco del Vaticano. El habitualmente frío y distante Roberto Calvi se volvió casi afable a los ojos de algunos de sus colegas milaneses de más edad.

Confiado en haber bloqueado la investigación bancaria en la que era su zona más vulnerable, Calvi se embarcó en los preparativos para realizar un viaje a Sudamérica con Clara, su mujer. El viaje, según los planes de Calvi, iba a ser mitad de negocios y mitad por placer. Calvi pensaba realizar ciertas prospecciones en busca de los lugares más idóneos para abrir nuevas filiales de sus empresas en el continente americano. Además de las inevitables reuniones que hay que sobrellevar cuando se realizan esa clase de negocios, Calvi tenía en mente realizar otras prospecciones de carácter más plebeyo.

Una vez en Sudamérica, el Caballero empezó a relajarse. Fue entonces cuando murió Pablo VI. Calvi, desde la *suite* que ocupaba en un hotel de Buenos Aires, mantuvo largas conversaciones telefónicas con personas que se encontraban en diversos lugares de la geografía italiana. Al enterarse de que el papa elegido era Albino Luciani, a Calvi le sobrevino un angustioso estupor. En principio, cualquiera de los otros 110 cardenales le hubiera parecido mejor que Luciani.

Calvi estaba perfectamente enterado del furor que había levantado en el Véneto al apropiarse de la Banca Cattolica. Sabía que Lucian había viajado a Roma en un intento por recuperar para la diócesis el control sobre el banco. También sabía que Luciani tenía una formidable reputación por la defensa de la pobreza personal y por su intransigencia contra los tejemanejes económicos de los clérigos.

El episodio de los dos sacerdotes y el especulador que había tenido lugar en Vittorio Véneto era ya legendario en el norte de Italia. Desde Buenos Aires, Calvi mandó instrucciones telefónicas para que sus subordinados se desprendieran de algunas acciones de la Banca Cattolic que obraban en poder de Suprafin. Con los inspectores observándoles de cerca, los altos ejecutivos del Ambrosiano tuvieron que actuar con suma cautela. De todos modos, en las primeras tres semanas de septiembre de 1978 consiguieron vender unas 350 000 acciones. Luego llegaron a oídos de Calvi las noticias que más temía. Los días del obispo Marcinkus estaban contados. Si Marcinkus se iba, inevitablemente quedaría expuesto a la luz el gigantesco fraude. Entonces Roberto Calvi recordó algo que Marcinkus le había dicho por teléfono a los pocos días de la elección pontifical de Luciani: «A partir de ahora, las cosas, van a cambiar. Este papa es un hombre muy distinto».

Albino Luciani representaba una amenaza muy grave tanto para Michele Sindona como para Calvi. Los eventos posteriores vendrían a demostrar irrefutablemente la suerte que solía correr la gente que representaba una grave amenaza para estos dos individuos.

También está claro que el nuevo papa representaba una seria amenaza para el obispo Paul Marcinkus, director del Banco del Vaticano Si Luciani escarbaba las interioridades del banco se produciría un elevado número de vacantes. Mennini y De Strobel, que habían avalado con su firma la carta sobre Suprafin, también puede decirse que vivían de prestado. Ambos habían estado involucrados, a lo largo de muchos años, en las actividades delictivas de Sindona y Calvi. Si a Marcinkus le

quedaba alguna duda, por muy remota que fuese, sobre la capacidad de Luciani para llevar a cabo una acción vigorosa, no tenía más que ponerse al habla con De Strobel, abogado que procedía de las cercanías de Venecia y que conocía con todo detalle el problema suscitado por los dos curas embaucadores de la diócesis de Vittorio Véneto.

Es indudable que Bernardino Nogara debió de tener una mentalidad nítidamente capitalista, pero comparado con los que le sucedieron en el Vaticano, Sociedad Anónima, aquel hombre era un santo. La empresa había recorrido un largo camino desde que Mussolini le dio su moderno ímpetu en 1929.

En septiembre de 1978, el papa se hallaba a la cabeza de una descomunal corporación multinacional. Al mirar por las ventanas de los diecinueve apartamentos del tercer piso del palacio en el que residía, Albino Luciani, que se había dedicado a erigir una Iglesia pobre para los pobres, sabía que la misión en la que se había embarcado era tan importante como la posición que ocupaba.

Para que su sueño de ser el último «papa rico» se convirtiera en realidad, el Vaticano, Sociedad Anónima tendría que ser desmantelado. Los Estados Pontificios seguramente se habían perdido para siempre, pero en su lugar se había erigido una extraordinaria maquinaria de producir dinero.

Estaba la Administración del Patrimonio de la Santa Sede (A. P. S. A.), con su presidente el cardenal Villot, su secretario monseñor Antonetti, y sus secciones ordinaria y extraordinaria. La sección ordinaria administraba las riquezas de las congregaciones, los tribunales y los oficios eclesiásticos. Específicamente, estaba a cargo de un vasto imperio de propiedades inmobiliarias pertenecientes al pontificado. Solamente en Roma, el Vaticano poseía más de 5000 apartamentos de alquiler. En 1979, el importe bruto de sus posesiones sobrepasaba los 1000 millones de dólares.

La sección extraordinaria, que era el otro banco del Vaticano, mantenía un activo sistema de especulación bursátil, al igual que el I. O. R. que dirigía Marcinkus. La sección extraordinaria se había especializado, sin embargo, en el mercado de divisas y trabajaba en íntima trabazón con el Crédit Suisse y con la Société de Banque Suisse. En bruto, su liquidez superaba, en septiembre de 1978, los 1200 millones de dólares.

El Banco del Vaticano, que era el que Marcinkus gobernaba, tenía unos fondos estimados en más de 1000 millones de dólares. Sus dividendos anuales en 1978 serían de más de 120 millones de dólares, el 85% de los cuales irían directamente a manos del papa para que los utilizara como creyera conveniente. El I. O. R. tenía más de 11 000 cuentas corrientes. El banco había sido creado por Pío XII durante la segunda guerra mundial, y en el acta fundacional constaba que estas cuentas debían pertenecer, en su gran mayoría, a órdenes e instituciones religiosas. Cuando Albino Luciani se convirtió en pontífice, sólo 1047 cuentas corrientes estaban destinadas a órdenes o instituciones religiosas. Otras 312 pertenecían a diversas parroquias, y 290 se hallaban en manos de distintas diócesis. Las restantes, que sumaban 9351, eran propiedad de diplomáticos, altos prelados y «ciudadanos privilegiados», muchos de

los cuales ni siquiera eran italianos. Cuatro de estos privilegiados, de todos modos, sí lo eran: Sindona, Calvi, Gelli y Ortolani. Otras cuentas las manejaban los principales políticos de todas las facciones y poderosos empresarios industriales. Muchos titulares de dichas cuentas usaban los privilegios de que disfrutaba el estado soberano de la Ciudad del Vaticano para practicar la evasión ilegal de divisas. Además, todos los depósitos que se efectuaran en dichas cuentas estaban libres de gravámenes impositivos.

Dos departamentos, A. P. S. A. y Banco del Vaticano, constituían los mayores problemas con los que Albino Luciani se tendría que enfrentar y a los que tendría que doblegar, si es que deseaba hacer volver a la Iglesia a las fuentes originarias de la cristiandad. También había muchos otros problemas que solucionar, de los cuales no era el menos delicado el de la opulencia que la Iglesia había adquirido a lo largo de los siglos. Esta opulencia, esta colosal riqueza, se manifestaba de muy diversas formas, entre ellas una innumerable colección de tesoros artísticos.

El Vaticano, Sociedad Anónima, al igual que cualquier otra multinacional que aspire a la respetabilidad, no era en absoluto negligente en cuestiones artísticas. El patronazgo del Vaticano está a la vista de todo el mundo, permitiendo en horario de visita apreciar los cuadros de Caravaggio, los tapices de Rafael, la cruz de oro del altar de los Farnesio, los candelabros de oro de Antonio Gentili, el Apolo del Belvedere, el Torso del Belvedere, las pinturas de Leonardo da Vinci y las esculturas de Bernini. ¿Acaso las palabras de Jesús se oirían con menos claridad en un lugar más modesto que la Capilla Sixtina, con los majestuosos frescos del Juicio final pintados por Miguel Ángel?

Según la clasificación del Vaticano, las obras de arte son bienes improductivos. Cómo las clasificaría el fundador de la cristiandad puede extraerse de sus propias opiniones sobre la riqueza y la propiedad.

¿Qué hubiera sentido Jesucristo de haber regresado a la tierra en septiembre de 1978, siempre que le hubieran autorizado el acceso al estado soberano de la Ciudad del Vaticano?

¿Qué hubiera sentido el hombre que declaró que «mi reino no es de este mundo» si le hubieran permitido vagar por los departamentos que ocupaba, A. P. S. A., con sus equipos de clérigos y seculares dedicados a analizar el mercado de valores? ¿Qué hubiera sentido al observar a todos aquellos hombres, cada cual un experto en su terreno, siguiendo día a día y a veces minuto a minuto las fluctuaciones de la bolsa, de las obligaciones, acciones, títulos e inversiones que A. P. S. A. poseía por todo lo ancho de la faz del mundo? ¿Qué hubiera hecho el hijo del carpintero con las computadoras IBM que funcionaban en el Banco del Vaticano y en A. P. S. A.? ¿Qué hubiera pensado el hombre que había dicho que era tan difícil que un rico accediera al reino de los cielos como que un camello pasara por el ojo de una aguja, sobre las últimas evaluaciones del mercado de valores de Londres, Wall Street, Tokio, Zurich, Milán o Montreal? ¿Cómo hubiera reaccionado ante esa cháchara de cifras y

cotizaciones que fluye incesantemente dentro del Vaticano?

¿Qué hubiera dicho el hombre que declaró «benditos sean los pobres» sobre los dividendos anuales que recibía el Vaticano por la venta de sellos y que excedían el millón de dólares? ¿Cuál hubiera sido su opinión sobre la colecta de los peniques de Pedro, que iba a parar directamente a las manos del papa? Esta colecta anual, que muchos consideran como el más afinado barómetro sobre la popularidad del papa de turno, había llegado a producir, con el carismático Juan XXIII, entre 15 y 20 millones de dólares por año. Bajo la égida de Pablo VI, y sobre todo después de *Humanae vitae*, los beneficios de la colecta mundial habían descendido a un promedio de unos 4 millones de dólares al año.

¿Qué hubiera sentido el fundador de la fe cristiana al comprobar, con estos pocos ejemplos, de qué modo se había pervertido su maravillosa y enaltecedora prédica? La pregunta, por supuesto, no es más que retórica. Si Jesucristo hubiera vuelto al mundo en septiembre de 1978, o si volviera hoy mismo y tratara de entrar en el Vaticano, el resultado sería el mismo. No habría llegado ni hasta la puerta del Banco del Vaticano. Hubiera sido arrestado en el portón de Santa Ana y habría sido entregado desdeñosamente a las autoridades italianas. Nunca hubiera tenido ni la más mínima oportunidad de conocer de primera mano ningún informe sobre el Vaticano, Sociedad Anónima, una multinacional que se nutre de tan diversas y dispersas fuentes. No hubiera oído, por ejemplo, de qué forma se canalizan ingentes cantidades de dinero hacia Estados Unidos y Alemania Occidental. Tampoco se habría enterado de que mediante el impuesto estatal del Kirchensteuer la Iglesia católica de Alemania Federal había recibido 1900 millones de dólares, de los cuales un elevadísimo porcentaje había ido a parar a las arcas del Vaticano.

Para que Albino Luciani pudiera hacer realidad su sueño de crear una Iglesia pobre para los pobres, tendría que afrontar una misión digna de Hércules. El moderno monstruo creado por Bernardino Nogara ya era, en 1978, un ente con vida propia. Cuando en aquel tórrido mes de agosto de 1978 los cardenales eligieron a Albino Luciani para que ocupara el trono pontificio, lo que hicieron fue lanzar a un hombre honesto, puro, totalmente incorruptible, que con el báculo de san Pedro iba a entrar inevitablemente en colisión con el Vaticano, Sociedad Anónima. Las fuerzas ya irresistibles del Banco del Vaticano, de A. P. S. A. y de otras maquinarias productoras de dinero, estaban a punto de topar con la inamovible integridad de Albino Luciani.



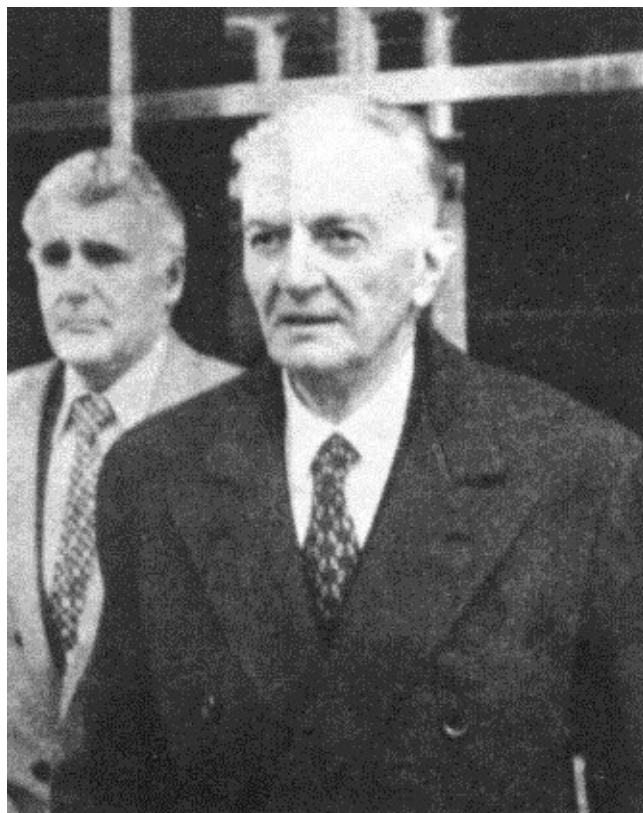
Roberto Calvi.



Cardenal Cody.



Humberto Ortolani.



Michele Sindona.

Los treinta y tres días

Cuando Albino Luciani abrió las ventanas de los apartamentos pontificios, veinticuatro horas después de haber sido elegido, su actitud era una personificación de lo que sería su pontificado. El aire fresco y la luz del sol penetraron a raudales en una Iglesia católica que, sobre todo en los últimos años de la era de Pablo VI, se había vuelto oscura y tétrica.

Luciani, un hombre que durante su estancia en Venecia se autodefinió como «un pobre hombre acostumbrado a las pequeñas cosas y al silencio», ahora se veía obligado a enfrentarse a la solemne grandeza del Vaticano y a los intrincados murmullos de la Curia romana. El hijo de un albañil se había convertido en el rector supremo de una religión fundada por el hijo de un carpintero.

Muchos expertos vaticanólogos, que fracasaron hasta el punto de no tenerle ni siquiera en cuenta como un posible nuevo pontífice, le bautizaron con el apodo del «papa desconocido». Sin embargo, sí le conocían los 99 cardenales que habían puesto el futuro de la Iglesia en sus manos, las de un hombre sin ningún aprendizaje diplomático y sin ninguna experiencia curial.

Un considerable número de cardenales de la Curia habían sido derrotados. En esencia, la totalidad de la Curia había sido derrotada, descartada a cambio de un hombre apacible y humilde, que una de las primeras cosas que hizo fue declarar que prefería el calificativo de pastor espiritual antes que el de sumo pontífice. Era más cura que papa.

Las aspiraciones de Luciani muy pronto quedaron claras: la revolución total. Lo que intentaba era devolver a la Iglesia a sus orígenes: a la simplicidad, la honestidad, los ideales y las aspiraciones de Jesucristo. Otros antes que él acariciaron el mismo sueño, pero pronto se vieron aplastados por la realidad del mundo tal como se la transmitían sus consejeros. Así se borraron y murieron muchas ilusiones. Entonces, ¿cómo podría aquel hombrecillo tan falto de arrogancia llevar a cabo siquiera el comienzo de esa transformación, material y espiritual, que la Iglesia precisaba?

Al elegir a Albino Luciani, sus colegas los cardenales habían hecho numerosas y profundas afirmaciones sobre lo que querían y lo que no querían. Está claro que no querían un papa reaccionario que pudiera imprimir su marca sobre el mundo con agudos y desconcertantes ejemplos de incomprensible intelectualismo. Parecería como si los 111 capelos que se reunieron en cónclave hubieran tratado de causar un impacto que estremeciera al mundo, eligiendo para el sumo pontificado a un hombre cuya bondad, sabiduría y ejemplar humildad se pusieran de manifiesto ante los ojos de todos. Al fin y a la postre, esto fue lo que obtuvieron: un pastor que se encargara de la bonanza espiritual de su rebaño.

El nuevo nombre que eligió Luciani fue asumido alegremente por los romanos; pronto lo abreviaron y lo convirtieron en una contracción de tono más intimista: Gianpaolo. El papa aceptó con alegría este apelativo e incluso lo empleó para firmar

sus cartas, que prestamente le eran devueltas por su secretario de Estado, el cardenal Villot, para que las firmara con su título formal y su nombre oficial. Una de dichas cartas, que Luciani escribió de puño y letra, era para agradecer a los padres agustinos la hospitalidad que le habían dispensado en su residencia antes del cónclave. Este acto tan simple era característico de Luciani. Dos días después de haber sido elegido pontífice, jefe espiritual de más de 800 millones de católicos, Luciani se tomaba la molestia de acordarse de sus recientes anfitriones y de agradecerles personalmente su hospitalidad.

Otra carta, que Luciani escribió aquel mismo día, contenía un tinte más sombrío. Al escribir a un sacerdote italiano al que admiraba por su labor, Luciani le revelaba lo pesado de la misión que le había correspondido y lo informado que estaba de lo arduo de la tarea de la que tenía que encargarse. «No entiendo cómo pude aceptar. Al día siguiente ya me había arrepentido, pero entonces era demasiado tarde para remediarlo».

Uno de los primeros actos de Luciani después de alojarse en los aposentos pontificios consistió en llamar por teléfono a su tierra natal, para hablar con un asombrado monseñor Ducoli, viejo amigo con el que había colaborado y que entonces era obispo de Belluno. Luciani confesó al obispo que se sentía solo, «lejos de los míos». Después habló con su hermano Eduardo, al que dijo: «Mira lo que me ha sucedido». Éstos eran actos privados. Con otros actos más públicos, el nuevo pontífice incitó la imaginación de millones de personas.

Para empezar tenemos su sonrisa, con una cristalina expresión facial de alegría que calaba hondo en mucha gente. Era imposible no sentir cariño por Luciani, como no era posible no sentir que se trataba de un cariño justificado. Con su agudo aunque dubitativo cerebro, Pablo VI había hecho que millones de personas se desinteresaran de la Iglesia Albino Luciani invirtió las tornas. Recuperó el interés general por la figura del papa.

Cuando la gente de todos los confines de la tierra escuchaba las palabras que brotaban detrás de la sonrisa, cuando la gente captaba el significado de aquellas palabras, el interés se acrecentaba. La sonrisa de Luciani es algo que no se puede encontrar en ningún libro que aspire a que sus lectores se conviertan en mejores cristianos, pero es indudables, que estaba expresando el regocijo que su dueño había descubierto en el cristianismo. El gran logro del papa Luciani fue su capacidad para comunicarse con la gente, de una forma y hasta un punto que ningún otro papa había tenido ni la habilidad ni el don de conseguir ya fueras directamente, por radio, por prensa o por televisión. Se trataba de una ventaja inimaginable para la Iglesia católica, que sin embargo apenas pudo aprovechar.

Luciani era un maestro en el arte de cómo ganar la batalla que significa llegar al corazón, a la mente y al alma de la humanidad. Por primera vez desde que el mundo conserva memoria, había un papa que hablaba con los suyos en un lenguaje y con un estilo que todos podían entender. El suspiro de alivio de los fieles fue tal, que casi se

pudo escuchar en todo el mundo. Los murmullos de deleite prosiguieron a lo largo del veranillo de San Martín de 1978. Luciani empezaba a llevar a la Iglesia por su largo camino de regreso a sus orígenes: la palabra evangélica.

Rápidamente, la gente se dio cuenta de que aquel hombrecillo carismático constituía un enorme hallazgo. Los observadores especializados en cuestiones vaticanas, por su parte, no sabían qué hacer con él. Muchos habían elaborado rápidas y eruditas opiniones sobre la elección del doble apelativo papal, al que consideraban un «símbolo de continuidad». Luciani, sin embargo, había demolido toda aquella cháchara pedantesca el primer domingo, al afirmar que Juan le había hecho obispo y Pablo cardenal. No había ningún símbolo de continuidad por ese lado.

Los expertos escribían sesudos artículos en los que especulaban sobre lo que el nuevo papa iba o no iba a hacer en una gran diversidad de temas. La mayoría de estas conjeturas se volvió superflua con un comentario que hizo el papa Juan Pablo en su primera alocución como pontífice: «Es a las enseñanzas del Concilio Vaticano II a las que deseo encomendar enteramente mi ministerio como sacerdote, como maestro y como pastor».

Oídas estas palabras, no había necesidad de especular. Lo único que tenían que hacer los interesados era remitirse a las actas y conclusiones del mencionado concilio.

En otra alocución pública, ante una plaza de San Pedro abarrotada de gente, el domingo 10 de septiembre, Luciani habló de Dios y dijo: «Dios es nuestro Padre; más aún, es nuestra Madre». Los expertos en cuestiones vaticanas, y muy especialmente los expertos italianos, nunca le perdonaron esta frase. En un país notorio por su machismo, la sugerencia de Dios como mujer muchos la interpretaron como una confirmación de que el mundo llegaba a su fin. Se produjeron furibundos debates en relación con este cuarto e inesperado miembro femenino de la Santísima Trinidad, hasta que Luciani, delicadamente, señaló que lo único que había hecho había sido citar al profeta Isaías. Entonces la madre Iglesia, apabullada bajo la dominación del sexo masculino, pudo respirar tranquila.

Unos días antes, exactamente el 6 de septiembre, durante una audiencia general, los miembros del cortejo papal, zumbando alrededor del santo padre como irritantes moscardones que hostigaran a un caballo, demostraron públicamente su embarazo cuando Luciani cautivó con sus claras palabras a una muchedumbre de 15 000 personas. Entrando casi al trote en el Salón Nervi, lleno hasta los topes, Luciani habló del alma. No había nada especialmente digno de atención en el tema. Lo inusual era la forma y el estilo que empleó en aquella ocasión Albino Luciani.

En cierta ocasión, un hombre fue a una agencia de automóviles a comprarse un coche nuevo. El vendedor le dio algunos consejos: «Mire, se trata de un coche estupendo, así que procure tratarlo como se merece. Llene el depósito con la gasolina más refinada y ponga en el motor el aceite de mejor calidad». El comprador le respondió: «Oh, no. No soporto el olor de la gasolina ni del aceite. Llenaré el depósito con champán, que es una bebida que me gusta mucho, y engrasaré el motor

con mermelada». El vendedor se encogió de hombros: «Haga lo que quiera, pero luego no venga a quejarse si su coche termina en la cuneta».

El Señor ha obrado con nosotros de forma similar. Nos ha dado un cuerpo, animado por un alma inteligente y con una buena intención. Es una buena máquina, siempre que se trate bien.

Mientras entre las filas de la élite del Vaticano cundía el pavor ante tamaña blasfemia, Albino Luciani sabía muy bien que sus palabras se divulgaban por los cinco continentes. Si se desparraman suficientes semillas algunas sin duda florecerán. A Luciani le había sido otorgado el púlpito más poderoso y de mayor difusión del planeta. Su utilización de este don causaba una profunda impresión. Muchos dentro de la Iglesia hablan *ad nauseam* de «la buena nueva de los Evangelios», mientras dan la impresión de que lo que hacen es informar a sus oyentes sobre un cúmulo de desastres. Cuando Luciani hablaba de la buena nueva, quedaba patente, a través de su semblante y de su entera actitud, que la buena nueva que proclamaba era buena de verdad.

En diversas ocasiones, Luciani escogía a un niño del coro para que compartiera el micrófono con él y le ayudara a dirigirse, no sólo a la audiencia del Salón Nervi, sino también a las multitudes mucho más vastas que se encontraban afuera. Entre los jerifaltes del mundo, los ha habido y los hay que demuestran una inescrutable predilección por coger en brazos a los pequeños y besarlos. En Luciani había un hombre que verdaderamente les hablaba y, lo que es aún más digno de mención, les escuchaba y respondía a las preguntas que le planteaban.

Luciani citaba a Mark Twain, a Julio Verne y al poeta italiano Trissula. Hablaba de Pinocho. Después de haber comparado el alma con un automóvil, concibió una nueva analogía entre la oración y el jabón. «Si la oración se usa bien, puede resultar un magnífico jabón, capaz de limpiarnos a todos y convertirnos en santos. Si no somos santos es porque no nos hemos lavado todavía lo bastante con este jabón». En la Curia, y especialmente entre determinados obispos y cardenales, la comparación produjo alarmados respingos. El público, en cambio, escuchaba fascinado.

A los pocos días de haber resultado elegido, Luciani se enfrentó con más de un millar de miembros destacados de la prensa mundial, y después de reprenderles amablemente por prestar demasiada atención a las trivialidades del cónclave en lugar de concentrarse en su verdadera importancia, Luciani les hizo saber que este problema no era nuevo, para lo cual citó el consejo que un antiguo editor italiano les había dado a sus reporteros: «Recuerden una cosa: al público no le interesa saber lo que Napoleón III le dijo a Guillermo de Prusia. Lo que el público quiere saber es si Napoleón llevaba los pantalones de color rojo o gris y si por casualidad fumaba un cigarro».

Es evidente que Luciani se sentía como en su casa entre los periodistas. Más de una vez, a lo largo de su vida, Luciani había señalado que de no haberse entregado al sacerdocio seguramente se habría convertido en reportero. Sus dos libros y sus

numerosos artículos constituyen un indicio harto elocuente de que su talento periodístico estaba a la altura de los más encopetados de sus contertulios. Recordando una frase del difunto cardenal Mercier, que había dicho que de haber vivido en nuestra época Pablo el apóstol hubiera sido periodista, el nuevo papa demostró que conocía la importancia de los medios de comunicación de masas, hasta el punto de que agigantó el posible papel que hubiera desempeñado el apóstol en el mundo moderno. «No sólo hubiera sido periodista. Probablemente sería el director de la Reuter. No sólo el director de la Reuter, sino que también tendría un programa en la televisión italiana y otro en la N. B. C.».

Los corresponsales de prensa en el Vaticano adoraban a Luciani. Se divertían con él. A los miembros de la Curia, sin embargo, no les resultaba tan divertido. Más bien no les hacía ninguna gracia. Todas las referencias que he mencionado serían luego expurgadas del texto oficial de la conferencia de prensa, después de haber pasado por la obligada censura de la Curia. Lo que se conserva para la posteridad es un discurso farragoso, mojigato, preparado de antemano por unos oscuros amanuenses del Vaticano, del que el Papa se alejaba constantemente, casi hasta descartarlo. Lo que se divulgó, se comentó y se publicó es un inexpresivo e inadecuado testimonio, que no da la talla del ingenio y personalidad que poseía Albino Luciani. A lo largo del mes de septiembre de 1978, la férrea censura que ejercía el Vaticano sobre las intervenciones públicas del papa se convirtió en uno de los rasgos más característicos del fugaz reinado de Albino Luciani.

Illustrissimi, el volumen con la recopilación de sus cartas a hombres famosos, se hallaba a la venta en las librerías italianas desde 1976. En los dos años transcurridos desde que había sido editado, el libro había tenido un notable éxito de ventas. Después, con su autor erigido en el jefe espiritual de 800 millones de fieles católicos, el potencial valor comercial del libro no pasó inadvertido a la industria editorial. Altos ejecutivos de las principales editoriales, revestidos de plenos poderes, empezaron a desfilar por los despachos de Il Messaggero, de Padua. La revista, de periodicidad mensual, reconocida como uno de los más prestigiosos voceros del catolicismo, se había encontrado con una impensada mina de oro, de la que habría que descontar los derechos de autor. Sin embargo, para el autor no había gratificación más elevada que la posibilidad de poner al alcance del mundo entero las ideas y observaciones que contenían sus cartas. El hecho de que se difundieran masivamente sólo porque él se había convertido en papa, a Luciani le traía sin cuidado. Eran más semillas que desparramar. Eran más plantas que florecerían.

Una de las consecuencias más agradables que se hicieron evidentes en los días posteriores al cónclave del mes de agosto es el hecho de que, mientras Luciani se mantuvo en el cargo de pontífice, los analistas, los observadores, los expertos en vaticanología y los variopintos augures se volvieron repentinamente pleonásticos y redundantes. Era como si todos estuvieran de más. Lo único que hacía falta era que se redactaran reportajes precisos y fieles. Con eso, las intenciones del nuevo papa

quedaban bien en claro para todo el mundo, sin necesidad de arúspices ni de intérpretes.

El 28 de agosto se produjo el anuncio de que la revolución papal emprendida por Luciani había empezado. Dicho anuncio aparece explícito en una declaración emanada del Vaticano en la que se anunciaba que no se procedería a ninguna coronación porque el nuevo papa se negaba a ser coronado. Tampoco se utilizaría la sedia gestatoria, silla que tradicionalmente se venía empleando para transportar al papa. No habría ninguna tiara con incrustaciones de esmeraldas, rubíes, zafiros y diamantes, ya que el papa se negaba a adornarse con ella. No flamearían las plumas de avestruz, no se ritualizaría ninguna ceremonia de seis horas de duración. En resumidas cuentas, se abolió el ritual con el cual la Iglesia demostraba que seguía anhelando con un esplendor de lujuria el antiguo poder temporal, la gran pompa.

Antes de ver prevalecer sus opiniones, Albino Luciani se vio obligado a mantener largas y tediosas disputas verbales con los elementos tradicionalistas del Vaticano. Luciani, que nunca emplearía el mayestático «nos», monárquica expresión con la que los papas solían referirse a sí mismos, en primera persona del plural, también estaba firmemente decidido a dar a la Iglesia un giro de ciento ochenta grados, que la apartara de sus aspavientos de grandeza terrenal para devolverla al sencillo sendero que había marcado el fundador de la cristiandad. Así, el acto de la «coronación» se transformó en una simple misa. La absurda costumbre de acarrear al pontífice en un palanquín, como si fuera un burdo remedo de los califas de Las mil y una noches, se dejó de lado, y un sonriente pastor supremo subió por su propio pie los escalones que conducían al altar. Con esta sola actitud, Luciani abolía mil años de historia y acercaba a la Iglesia, al menos un poco, hacia el camino que la reconduciría a las prédicas de Jesucristo.

La tiara pontifical, de tres pisos superpuestos, con forma de colmena, fue sustituida por el palio, que es una estola de lana blanca que el papa lleva en los hombros. El monarca le había cedido su sitio al pastor. La era de la Iglesia de los pobres había empezado oficialmente.

Entre los doce jefes de Estado y otros altos dignatarios de muy distintos países que hicieron acto de presencia en la ceremonia, había hombres con los que el papa no quería encontrarse. En especial, Luciani había pedido a su secretario de Estado que no invitara a la misa inaugural a los gobernantes de Argentina, Chile y Paraguay, pero cuando Luciani cursó esta petición, el departamento que dirigía el cardenal Villot ya había cursado las respectivas invitaciones, sin consultar previamente con el papa. Los ensotados burócratas habían dado por descontado que se procedería a la coronación tradicional, y la lista de invitados reflejaba esa presunción.

Por lo tanto, cuando se ofició la misa en la plaza de San Pedro, entre los que formaban parte de la concurrencia estaban el general Videla de Argentina, el ministro de Asuntos Exteriores de Chile y el hijo del presidente de Paraguay, como representantes de tres países en los que los derechos humanos no eran lo que se dice

una cuestión prioritaria.

Se realizaron manifestaciones en contra de la presencia de estos desagradables invitados, y se procedió a arrestar a casi 300 manifestantes. Más tarde, Albino Luciani sería criticado por la presencia de estos hombres en la misa inaugural. Los vaticanólogos que levantaron su voz contra Luciani por este hecho desconocían que si había algún culpable su nombre era Jean Villot, cardenal y secretario de Estado del Vaticano. Cuando aparecieron las críticas por la infecciosa presencia de los dignatarios sudamericanos, Luciani no se encontraba en condiciones de responder y el cardenal Villot mantuvo un absoluto mutismo.

En una audiencia privada, luego de la celebración de la misa, Luciani, hijo de un socialista que siempre había aborrecido el fascismo en todas sus facetas, dejó bien sentado ante el general Videla que había heredado las opiniones de su padre. Luciani se refirió concretamente a su preocupación y tristeza por los desaparecidos: miles de personas que parecían haberse esfumado de la ensangrentada tierra argentina sin dejar ningún rastro. Al terminar los 15 minutos de la audiencia, el general Videla sin duda lamentaba no haber hecho caso de los infructuosos ruegos de último momento que le habían presentado varios altos dignatarios de la Iglesia para disuadirle de desplazarse a Roma.

La audiencia con Walter Mórdale, vicepresidente de Estados Unidos, transcurrió en un clima mucho más cordial. Mórdale entregó al nuevo papa un libro en el que se habían reunido los titulares de primera página de más de 50 grandes rotativos norteamericanos que daban cuenta de la elección de Luciani. Otro regalo más sutil, más emocionante también, consistió en un ejemplar de la primera edición de la obra de Mark Twain *La vida en el Mississippi*. No cabe duda de que alguien, en el departamento de Estado, se había ganado con creces su jornal.

De esta forma se inició el pontificado de Juan Pablo I, un pontificado que tenía unos designios claros y unas aspiraciones tan claras como sus designios. En seguida de tomar posesión de su cargo, Luciani lanzó varios gatos en persecución de diversas palomas vaticanas. Antes de la misa inaugural, Luciani se dirigió al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede. Los encopetados representantes de la plana mayor de la diplomacia del Vaticano se pusieron blancos cuando Luciani, como representante supremo de la Iglesia católica romana dijo:

No tenemos bienes materiales que intercambiar ni intereses que discutir. Nuestras posibilidades para intervenir en los asuntos del mundo son específicas y limitadas y tienen un carácter especial. No interferimos con los asuntos puramente temporales, técnicos y políticos, que corresponden a vuestros respectivos gobiernos.

En este sentido, nuestras representaciones diplomáticas acreditadas ante vuestras más altas autoridades civiles, lejos de ser un vestigio del pasado, constituyen un testimonio de nuestro más profundo respeto por el poder temporal cuando se ejerce de manera honorable, un testimonio de nuestro fecundo interés en favor de las causas humanas que los poderes temporales deben tener en cuenta y mejorar.

«No tenemos bienes materiales que intercambiar». Esta simple frase constituye una pública sentencia de muerte contra el Vaticano, Sociedad Anónima. Lo único que quedaba por determinar era cuántos días, semanas o meses seguiría funcionando la multinacional. En el mercado internacional del dinero, en Milán, Londres, Tokio y Nueva York, la gente ponderaba las palabras de Luciani con el más vivo interés. Si Luciani realmente pensaba lo que decía, y si lo llevaba a efecto, se producirían sin duda grandes cambios. Dichos cambios no se verían confinados al desplazamiento de determinados individuos del Banco del Vaticano o de la Administración del Patrimonio de la Santa Sede, sino que inevitablemente significarían un recorte de las actividades financieras del Vaticano. A la gente del mundo de las finanzas se le presentaba la posibilidad de embolsarse miles de millones si inferían con exactitud qué dirección tomaría el Vaticano con la nueva filosofía que emanaba de Luciani.

Si Albino Luciani quería Una Iglesia pobre para los pobres, ¿qué pensaba hacer con aquellos que habían ayudado a construir una Iglesia opulenta? Más importante todavía: ¿qué pensaba hacer con toda aquella opulencia?

A causa de su humildad personal, Luciani permitió que nacieran en torno a su persona diversos malentendidos. Muchos observadores llegaron a la apresurada conclusión de que aquel hombre eminentemente puro era en realidad una persona simple, sin complicaciones, que carecía del talento y la cultura de Pablo VI. La verdad es que Luciani gozaba de una cultura mucho más rica y de una mente mucho más sofisticada que su predecesor. Eran tales sus dones naturales que Luciani, siendo como era un hombre extraordinario, podía dar la impresión de ser un hombre casi exageradamente vulgar. La suya era una simplicidad que sólo alcanzan muy pocos: la simplicidad que resulta de una profunda sabiduría.

Una de las peculiaridades de nuestra época es que la humildad y la gentileza son invariablemente tomadas como indicios de alguna forma de debilidad, cuando con frecuencia suelen indicar lo contrario: una gran fortaleza.

Cuando el nuevo papa señaló que había estado hojeando el Libro del año del Vaticano para averiguar quién había hecho esto y quién aquello, numerosos miembros de la Curia sonrieron astutamente, convencidos de que con un papa como ése, tan anodino, las cosas para ellos iban a ser un paseo. Otros, sin embargo, no pensaban lo mismo.

Había hombres que conocían a Luciani desde hacía muchos años, hombres que observaban y esperaban. Conocían el material con el que estaba hecho Luciani: una estructura de acero bajo su suave aspecto. Conocían su fortaleza y entereza cuando había que adoptar decisiones difíciles o impopulares. Numerosas personas me hablaron de estos ocultos atributos que poseía Luciani. Monseñor Tiziano Scalzotto, el padre Mario Senigaglia, monseñor Da Rif, el padre Bartolomeo Sorge y el padre Busa son sólo cinco nombres, que pongo a modo de ejemplo, de los muchos que coincidieron en señalarme la gran fortaleza interior que caracterizaba al papa Juan Pablo I. El padre Busa observó:

Tenía un cerebro tan fuerte, duro, cortante y afilado como un diamante. Es de allí de donde procedía su verdadero poder. Cualquier problema que se le presentara lo comprendía en seguida, y tenía la notable habilidad de ir directamente al corazón del asunto. No habla nada que le pudiera sobrepujar. Cuando todos aplaudían al papa de la sonrisa, yo esperaba que «tirare fuori le unghie», que enseñara las garras. Era un hombre con una tremenda fuerza.

Sin rodearse de incondicionales, sin ninguna mafia veneciana que desplazara a la mafia milanesa de los aposentos pontificales, Albino Luciani iba a necesitar de todo el acopio de su fortaleza interior si no quería convertirse en un prisionero de la Curia del Vaticano.

En los días que siguieron al cónclave de agosto, la maquinaria de gobierno del Vaticano no se mantuvo ni mucho menos ociosa. El mismo domingo 27 de agosto, después de su alocución de mediodía a la multitud, Luciani comió en compañía del cardenal Jean Villot. Como secretario de Estado que había sido de Pablo VI desde 1969, Villot había consolidado un firme prestigio de discreción y competencia. En los días que precedieron a la apertura del cónclave, por su posición de Camarlengo, Villot había ejercido provisionalmente las funciones de un papa en ejercicio, apoyado por sus comités de cardenales.

Luciani pidió a Villot que continuara en su cargo de secretario de Estado, «al menos durante un breve lapso, para darme tiempo a encontrar mi propio camino». A sus 73 años de edad, Villot pensaba con agrado que le había llegado el momento de retirarse. De cualquier modo, acató la petición del pontífice.

Por el momento, entonces, Luciani designó a Villot para que siguiera al frente de la Secretaría de Estado, y conservó intacto el orden jerárquico dentro de los distintos departamentos de la Curia. Sin embargo, se trataba tan sólo de una medida temporal, y los miembros de la Curia lo sabían muy bien. Siempre prudente, el nuevo papa pensaba que lo mejor era tomarse un tiempo para cavilar. «Deliberación. Decisión. Ejecución».

Si en la Curia interesaba saber cómo actuaría el nuevo pontífice, les bastaba con leer la carta que había escrito a san Bernardo. Muchos lo hicieron. Muchos también se dedicaron a realizar investigaciones de mayor profundidad sobre el papa Juan Pablo I. Lo que descubrieron produjo consternación en muchos departamentos del Vaticano, y fue motivo de una profunda y anticipada alegría en otros departamentos.

Con la muerte de Pablo VI, una tupida red de inquinas y animadversión que yacía hasta entonces latente emergió burbujeante hasta la superficie dentro de los muros del pueblo del Vaticano. En la Curia romana, que es el cuerpo administrativo central de la Iglesia, hacía años que existía una sorda guerra intestina. La experiencia de Pablo VI había evitado que la mayoría de aquellas reñidas batallas fueran del dominio público. Sin embargo, luego del desaire que sufrió la Curia en el cónclave, aquella guerra secreta llegó hasta los aposentos pontificios. Albino Luciani se quejó amargamente de la situación, confiándose con diversos amigos que fueron a visitarle. «Quiero

aprender lo más rápido que pueda el oficio de papa, pero no hay casi nadie que me explique la situación y que me plantee los problemas de una forma clara y detallada. La mayor parte del tiempo lo único que oigo son mutuos reproches. Todo el mundo habla mal de todo el mundo». Así habló a un amigo. A otro, un compatriota de las tierras del norte, le hizo notar: «Me he dado cuenta de que hay dos cosas muy difíciles de encontrar dentro del Vaticano: la honradez y una buena taza de café».

En la Curia romana había tantas facciones como niños cantores en el coro de la Capilla Sixtina.

Había una facción de la Curia, no sólo dedicada devotamente a preservar la memoria del último papa con constantes honores, sino entregada también en cuerpo y alma a impedir cualquier desviación de las doctrinas, opiniones y posturas que había adoptado Pablo VI durante su prolongado y hamletiano reinado.

Había otra facción de la Curia que apoyaba al cardenal Giovanni Benelli, y otra más que rezaba para que se fuera al infierno. El papa Pablo había nombrado a Benelli secretario de Estado auxiliar, como subalterno inmediato del cardenal Villot. Benelli, sin embargo, se convirtió rápidamente en la fuerza muscular del papa, en el encargado de hacer que sus decisiones se cumplieran. Al final de su pontificado, Pablo VI había desplazado a Benelli a Florencia y lo había promovido al capelo cardenalicio para salvaguardarlo de sus enemigos. Ahora su protector había muerto, pero los largos cuchillos que le apuntaban seguían desenvainados. Si Luciani llegó a ser papa fue gracias a hombres como Benelli.

Había facciones de la Curia que apoyaban o se oponían a los cardenales Baggio, Felici y Bertoli. Había facciones de la Curia que querían centralizar todavía más el poder; otras, en cambio, lo querían descentralizar.

A lo largo de su vida, Albino Luciani había evitado lo más posible sus visitas al Vaticano. Sus contactos con la Curia habían sido mínimos, lo imprescindible. Como resultado de esta actitud, es probable que antes de resultar elegido fuera el cardenal que tenía menos enemigos en la Curia romana. Esta situación, sin embargo, iba a modificarse en muy poco tiempo a causa de que Luciani consideraba que la función básica de la Curia era la «mera ejecución».

Luciani era partidario de compartir y repartir su poder con los obispos de todo el mundo, y tenía planeada la descentralización de la estructura del Vaticano. Al negarse a ser coronado había sembrado la aflicción, cuando no el rencor, entre las facciones más apegadas a la tradición. Otra de sus innovaciones difícilmente le podía aportar adhesiones entre los miembros de la Curia con una mentalidad más materialista: se trataba de su disposición de reducir a la mitad el salario extra que se pagaba automáticamente con la designación de cada nuevo papa.

No cabe duda de que, entre los aproximadamente 3000 miembros que tiene la Curia, muchos estaban dispuestos a servir lealmente y con amor a su nuevo papa. Pero es el destino del mundo asegurar que las potencias negativas predominen a menudo. Apenas se supo el resultado de la elección papal, la Curia, o ciertos sectores

de la misma, se puso, o se pusieron, en campaña. Pocas horas después de terminarse el cónclave, estaba en la calle una edición especial del *Osservatore Romano*, con una detallada biografía del nuevo papa. La radio del Vaticano, por su parte, se encargaba de hacer trepidar el éter con el *magnum cum laude* que le habían obsequiado a Luciani por su mediocre tesis doctoral. Se trataba de una campaña orquestada por los sectores más reaccionarios de la Curia para mostrar al mundo un perfil reaccionario de Luciani: el perfil que ellos querían verle, no el que verdaderamente tenía.

El tratamiento que le brindó el *Osservatore Romano* a Juan Pablo I constituye un ejemplo cabal de cómo se puede influir en la opinión pública mundial en relación con un jefe de Estado desconocido o escasamente conocido hasta el momento de su designación. Por su forma deliberada de hacer el retrato de una persona que sólo existía en la mente reaccionaria y opresiva del redactor de la biografía de Luciani, la edición especial del *Osservatore Romano* constituye también una muestra excelente de por qué este periódico semioficial del Vaticano ha sido comparado a menudo, y desfavorablemente, con el *Pravda* soviético.

Empleando los «datos oficiales», muchos periodistas expertos en el refrito cayeron en la emboscada de perpetrar también ellos el retrato de un hombre que no existía. *The Economist*, por poner sólo uno entre cientos de casos semejantes, dijo del nuevo papa que «no se sentiría muy a gusto en la compañía del doctor Hans Kung». Indagaciones posteriores han dejado claramente elucidado que Luciani y Hans Kung habían intercambiado cartas muy amistosas y que se enviaban el uno al otro sus libros respectivos. De haber seguido con las indagaciones, se hubiera demostrado también que Luciani había citado a menudo a Hans Kung en sus sermones y que lo había hecho bajo un prisma favorable a las teorías del brillante teólogo. Sin embargo, todos los periódicos del mundo, con contadísimas excepciones, así como todas las publicaciones de información general, cayeron en el mismo error que *The Economist* al borrar con afirmaciones gratuitas cuando no erróneas el perfil del nuevo papa.

Al leer la edición especial que le dedicó el *Osservatore Romano* no hay más remedio que colegir que el nuevo papa era un hombre todavía más conservador que Pablo VI. La distorsión con que es tratada su figura abarca una amplia gama de opiniones y posturas adoptadas por Albino Luciani antes de ser elegido para el trono de San Pedro. Sin embargo, entre todas estas deliberadas distorsiones hay una altamente reveladora, si se tiene en cuenta lo que fue la vida y cómo fue la muerte de Albino Luciani. Me refiero a su opinión sobre el control de la natalidad.

El periódico del Vaticano describía a un hombre que era un intrépido e incuestionable defensor de *Humanae vitae*.

Realizó [Luciani] un minucioso estudio sobre el tema de la paternidad responsable y se enfrascó en consultas y pláticas con especialistas médicos y con teólogos. Advirtió sobre la grave responsabilidad de la Iglesia (el magisterio eclesiástico) para pronunciarse con relación a una materia tan delicada y controvertida.

Hasta aquí el artículo es estrictamente verídico y acertado. Lo que sigue es completamente erróneo.

Con la publicación de la encíclica *Humanae vitae* ya no cabían las dudas, y el obispo de Vittorio Véneto fue uno de los primeros en hacer circular el documento papal y en insistir ante los que demostraban su perplejidad por el contenido del mismo, que la doctrina que impartía la encíclica no admitía ningún cuestionamiento.

Cuando se pone en movimiento, la Curia es una maquinaria formidable. Su eficiencia y rapidez dejarían jadeante y sin aliento a cualquier otro servicio civil. Representantes de la Curia romana hicieron su aparición en la Universidad Gregoriana y retiraron las notas y los documentos que hacían referencia a los estudios de Luciani para obtener su doctorado. Otros miembros de la Curia se desplazaron a Venecia, a Vittorio Véneto y a Belluno. En todos los lugares en los que Luciani había estado, muy pronto se presentaron hombres de la Curia. Todas las copias del documento de Luciani acerca del control de natalidad fueron recogidas por la Curia para ser depositadas en los archivos secretos del Vaticano, junto con la tesis de Luciani sobre Rosmini y muchos otros escritos surgidos de su pluma. Se puede decir, atinadamente, que el proceso de beatificación de Albino Luciani se inició el mismo día en que le eligieron papa. También sería igualmente atinado observar que la labor de encubrimiento de la Curia para esconder al verdadero Luciani empezó el mismo día.

Lo que ciertos sectores de la Curia habían llegado a comprender con la más profunda alarma era que, al elegir a Albino Luciani, los cardenales habían colocado al frente de la Iglesia a un hombre que no se resignaría a que el asunto del control de natalidad permaneciera intacto según lo establecía *Humanae vitae*. Un estudio cuidadoso por parte de los miembros de la Curia de las afirmaciones que Luciani verdaderamente había hecho, no sólo en público ante sus parroquianos, sino también en privado ante sus amigos y colegas, les permitieron dictaminar sin dilación que el nuevo papa estaba a favor de los métodos anticonceptivos. La deformada y falaz figura que el *Osservatore Romano* había pintado, mostrando a un hombre que se había erigido en tenaz campeón de los principios de *Humanae vitae* constituía sólo el arranque de un vasto contraataque cuya finalidad era constreñir a Albino Luciani dentro de las estrictas reglamentaciones que había establecido la encíclica de su antecesor. A esta primera descarga muy pronto le seguiría otra.

La agencia de noticias U. P. I. descubrió que Luciani se había mostrado favorable a una reglamentación emanada del Vaticano que apoyara el control de natalidad. Los periódicos italianos también empezaron a publicar artículos que se referían al documento que Luciani había elaborado y que el cardenal Urbani había hecho llegar a Pablo VI, con una sólida recomendación en apoyo de la libre utilización de la píldora anticonceptiva. La Curia no tardó en localizar al padre Henri de Riedmatten, que había sido secretario de la comisión pontificia sobre el control de natalidad. Riedmatten calificó de «fantásticos» los reportajes según los cuales Luciani se había

opuesto a la publicación de una encíclica que condenara el control de natalidad. Riedmatten también aseguró que Luciani nunca había sido miembro de la comisión, lo cual era cierto. Luego pasó a calificar de infundio el hecho de que Luciani hubiera escrito y enviado al papa Pablo VI una carta y un informe sobre el tema.

Esta refutación de hechos verídicos y la forma en que se hizo constituye un ejemplo de la duplicidad que caracteriza las actividades y actitudes de la Curia romana. El documento elaborado por Luciani llegó a Roma a través del cardenal Urbani, y por lo tanto llevaba el imprimátur de éste. Refutar la existencia de cualquier documento firmado por Luciani era técnicamente correcto. Refutar que Luciani hubiera elaborado el mencionado documento en representación de sus colegas episcopales de la región del Véneto para que fuera entregado al papa a través del que era entonces patriarca de Venecia, manifiesta una iniquidad, además de una inexactitud.

Irónicamente, antes de que se cumplieran tres semanas de su pontificado, Albino Luciani ya había enderezado unos primeros y muy significativos pasos tendentes a revisar la postura de la Iglesia sobre el tema del control de natalidad. Mientras el nuevo pontífice daba esos pasos trascendentales, los órganos de prensa y difusión, por cortesía del Osservatore Romano y de la radio del Vaticano, y merced a algunas acotaciones *off the record* que se dignaron brindar distintos miembros de la Curia, ya habían acuñado firmemente una imagen absolutamente falsa de la opinión de Luciani sobre la materia.

Durante su breve papado, Luciani citó una variada gama de pronunciamientos y encíclicas que provenían del papa Pablo VI. La ausencia de la más mínima referencia a *Humanae vitae* no deja de ser, por lo tanto, digna de atención.

Los defensores de la última encíclica del papa Pablo empezaron a alarmarse por las opiniones del nuevo papa cuando comprobaron que en el borrador de la homilía inaugural, que había sido elaborado por la Secretaría de Estado para que sirviera de base al sucesor de Pablo, todas las alabanzas al espíritu de *Humanae vitae* que habían sido incluidas, e incluso hasta las más mínimas referencias a la mencionada encíclica, habían sido luego suprimidas por Luciani.

Más tarde, la facción que se oponía al control de natalidad descubrió que, en mayo de 1978, Albino Luciani había sido invitado a asistir y hablar en un congreso internacional que se había celebrado en Milán los días 21 y 22 de junio. El propósito principal del congreso era celebrar el décimo aniversario de la promulgación de la encíclica *Humanae vitae*. Primero Luciani comunicó que no hablaría en el congreso, y posteriormente anunció que no asistiría. Entre los que sí participaron del evento y se expresaron en términos exultantes sobre *Humanae vitae*, se encontraba el cardenal polaco Karol Wojtyła.

Ya en septiembre de 1978, mientras la prensa de todo el mundo repetía sin ponerlas en duda las mentiras difundidas por el Osservatore Romano, hubo quienes oyeron a Albino Luciani hablar en los aposentos papales con su secretario de Estado,

el cardenal Villot, y decirle: «Me causa una gran alegría poder hablar sobre el tema con esta delegación de Estados Unidos. En mi opinión, la situación no puede prorrogarse conforme a sus actuales postulados».

El tema al que Luciani se refería era el de la población mundial. La situación a la que hacía mención era la encíclica *Humanae vitae*. A medida que el diálogo avanzaba, el cardenal Villot pudo oír al papa Juan Pablo I expresar una opinión que otros, entre los que se cuenta su secretario privado el padre Diego Lorenzi, le hablan oído expresar muchas veces en anteriores ocasiones. El padre Lorenzi es una de las personas que tuvieron la deferencia de citarme las palabras exactas de Luciani sobre el tema:

Tengo entendido que el período de ovulación de la mujer, en cuanto a las posibilidades de fecundación, varía entre unas veinticuatro y unas treinta y seis horas. Incluso si se concede que la vida de los espermatozoides pudiera llegar a ser de cuarenta y ocho horas, el período máximo de fecundación sería siempre inferior a cuatro días completos. En un ciclo regular, esto significa que por cada cuatro días de fertilidad hay veinticuatro días de infertilidad. En ese caso, ¿cómo es posible que pueda ser un pecado decir veintiocho días en lugar de veinticuatro?

Lo que motivó este histórico y verídico coloquio fue una tentativa de acercamiento al Vaticano propiciada por la embajada de Estados Unidos en Roma, que había sido contactada por el Departamento de Estado de Washington y por el congresista norteamericano James Scheuer. Este congresista encabezaba un comité del congreso sobre la población y era vicepresidente de la fundación de las Naciones Unidas para las actividades sobre la población. Dicha fundación consistía en un equipo de trabajo interparlamentario. La historia del documento que Luciani había elaborado para aconsejar a Pablo VI sobre la materia había llamado la atención de Scheuer y del comité que encabezaba y les había hecho concebir la esperanza de que la postura de la Iglesia sobre el control de natalidad podía cambiar. A Scheuer le parecía muy poco probable que su grupo de trabajo obtuviera una audiencia de Luciani cuando su pontificado apenas había comenzado, pero pensó que no perdería nada con ejercer una cierta presión sobre el Departamento de Estado y, a través de la embajada en Roma, sobre el propio Vaticano. A Scheuer le esperaban unas gratas e inesperadas noticias.

Al igual que muchos otros hombres que se movían alrededor de Luciani, el cardenal Villot se encontraba cada vez con mayores dificultades para adaptarse a las ideas y a la forma de ser del nuevo pontífice. A lo largo de los años, Villot había desarrollado una íntima relación de trabajo con Pablo VI. Era, por lo tanto, un profundo admirador del llamado estilo Montini. Luego, cuando el agobiado, el octogenario Hamlet milanés fue reemplazado por un optimista Enrique VI, que los 65 años de edad seguía pareciendo en cierto sentido un jovenzuelo el veterano cardenal francés sintió que sus hábitos y costumbres sí conmovían desde sus mismos cimientos.

Las relaciones entre Luciani y su secretario de Estado eran más bien difíciles. Para el nuevo papa, Villot era frío y distante. A Luciani le exasperaba la machacona insistencia de Villot sobre la forma en que Pablo VI hubiera encarado determinado problema, o sobre lo que Pablo VI hubiera opinado acerca de determinado asunto. Pablo VI estaba muerto, pero Villot, al igual que un significativo sector de la Curia, se negaba a aceptar que el estilo Montini para abordar los problemas hubiera muerto con él.

La alocución que el nuevo papa había pronunciado veinticuatro horas después del cónclave no era más que un cúmulo de generalidades en cuya elaboración el nuevo pontífice apenas si había intervenido. Si verdadero programa de gobierno empezó a formularse en los primeros días de septiembre de 1978. La actuación de Luciani desde entonces es comparable a la que guió a Juan XXIII en los cien primeros días de su mandato.

El papa Juan resultó elegido el 28 de octubre de 1958. En los primeros cien días de su pontificado, Juan XXIII tomó una serie de decisiones verdaderamente cruciales, como la de volver a ocupar el cargo del secretario de Estado, vacante desde 1944, con la designación del cardenal Domenico Tardini. Sin embargo, su decisión más significativa fue la convocatoria del Concilio Vaticano II, hecha pública el 25 de enero de 1959, noventa y nueve días después de su elección como papa.

Ahora que era él el que calzaba las sandalias del pescador, Albino Luciani estaba decidido a seguir el ejemplo de los revolucionarios cien días de Juan XXIII. A la cabeza de la lista de reformas y cambios prioritarios elaborada por Luciani figuraban la necesidad de alterar radicalmente la relación del Vaticano con el capitalismo y el deseo de aliviar los grandes sufrimientos que vivía gran parte de la humanidad causa de la encíclica *Humanae vitae*. Luciani había sido testigo presencial de estos sufrimientos.

De acuerdo con los cardenales Benelli y Felici y con otras fuentes del Vaticano, el austero-Villot daba muestras de recelo y suspicacia al oír el planteamiento del nuevo papa sobre los problemas que había causado la famosa encíclica de su antecesor. Según se reveló claramente durante las entrevistas que le hice sobre este tema, el cardenal Felici se sentía plenamente identificado con los sentimientos del ya difunto cardenal Villot.

Sólo algunos meses antes de la elección de Luciani, con motivo del décimo aniversario de su promulgación, Villot había desplegado amplios elogios al espíritu de la encíclica *Humanae vitae*. En una carta que le mandó a John Quinn, arzobispo de San Francisco, Villot se reafirmaba en apoyar la postura del papa Pablo en contra de los métodos anticonceptivos. Para el secretario de Estado, la importancia que Pablo VI concedía a su doctrina quedaba plenamente reflejada en una frase de su encíclica, que decía que la libre e indiscriminada procreación (siempre, por supuesto, dentro del sagrado sacramento del matrimonio) «estaba de acuerdo con la ley de Dios».

Había muchas más cosas del mismo estilo. Ahora, menos de dos meses después, Villot se veía obligado a escuchar al sucesor de Pablo adoptando una postura inversa. El café se enfriaba mientras Luciani se levantaba de su asiento, se paseaba por su estudio y exponía metódicamente algunos de los efectos que *Humanae vitae* había producido en los últimos diez años.

La encíclica, cuya finalidad primordial consistía en fortalecer la autoridad pontificia al refutar que pudiera producirse cualquier cambio en la prédica tradicional de la Iglesia sobre la natalidad, había surtido el efecto contrario al que se buscaba. Las evidencias a este respecto eran irrefutables. En Bélgica, en Países Bajos, en Alemania, en las islas Británicas, en Estados Unidos y en muchos otros países, no sólo se había erigido una marcada oposición a la encíclica, sino que también se había producido una desobediencia masiva de su prédica. Muy pronto se había acuñado una máxima: si un cura no adoptaba una actitud tolerante contra el pecador que había transgredido las enseñanzas de la encíclica y se presentaba ante el confesionario, los pecadores, los transgresores empezaban a recorrer las diversas iglesias y parroquias en busca de un sacerdote con ideas más liberales. Luciani citó ejemplos concretos de esta contradicción, que él mismo había presenciado en la región del Véneto.

La teoría que sustenta *Humanae vitae* puede concebirse como un punto de vista moralmente ideal para ser adoptado por la sociedad eminentemente masculina del Vaticano. En el norte de Italia, sin embargo, Luciani había sido testigo de una realidad de un orden muy distinto, que le había hecho ver con absoluta claridad (al igual que sus viajes al extranjero), la rígida inhumanidad del edicto pontificio. En los diez años que había transcurrido desde que se promulgó la encíclica, la población mundial había aumentado en más de 750 millones de personas.

Cuando Villot le señaló que el papa Pablo había subrayado la validez de los métodos naturales de prevención del embarazo, Luciani se limitó a sonreír de un modo que no se parecía en nada a esa plena y radiante sonrisa que el mundo conocía. Su sonrisa iba teñida de tristeza. «Eminencia —dijo—, ¿qué podemos saber de los deseos de las parejas casadas dos viejos célibes como nosotros?».

Esta plática, que fue la primera de las que el nuevo papa sostuvo con su secretario de Estado, siempre sobre el mismo tema, se desarrolló en el estudio papal de los aposentos pontificios el 19 de septiembre. Luciani y Villot discutieron el asunto durante casi tres cuartos de hora. Cuando terminó la entrevista y Villot ya se preparaba para marcharse, Luciani le acompañó hasta la puerta y le interpelló de la siguiente forma:

Eminencia, nos hemos pasado casi tres cuartos de hora discutiendo el control de natalidad. Si la información que he recibido, si las diversas estadísticas que he estudiado y si los informes que he recopilado son correctos, entonces durante nuestra plática más de mil niños menores de cinco años han muerto de desnutrición. En los próximos cuarenta y cinco minutos, mientras nosotros nos preparamos para comer, paladeando nuestros manjares por anticipado, otros mil niños morirán a causa de la desnutrición. Mañana a esta hora, cuarenta mil niños que en estos momentos siguen con vida habrán muerto por la desnutrición. Dios no siempre provee.

Aparentemente, el secretario de Estado del Vaticano no supo encontrar ninguna respuesta adecuada.

Los detalles relativos a la posible audiencia del santo padre con una delegación norteamericana, para tratar el tema de la población mundial, se conservaron en el más estricto secreto, tanto en el Vaticano como en el Departamento de Estado norteamericano. Una reunión de tales características, cuando el pontificado de Luciani apenas si había echado a andar, adquiriría un indudable y profundo significado, en caso de trascender a la opinión pública.

Un significado todavía más profundo se le hubiera adjudicado a esta reunión, por parte de la opinión pública mundial, si trascendía que su entrevista con los delegados de Estados Unidos era uno de los motivos por los cuales el papa Juan Pablo I había decidido no asistir a la conferencia de Puebla, en México. Esta conferencia era una consecuencia directa de otra conferencia mucho más importante que se había celebrado en Medellín, Colombia, en 1968.

En Medellín, los cardenales, obispos y sacerdotes de América latina habían inyectado savia nueva en la Iglesia católica del continente sudamericano. La declaración de estos prelados, contenida en el llamado «Manifiesto de Medellín», incluía entre otras afirmaciones la sentencia de que la motivación central de la Iglesia sudamericana en el futuro sería la de ponerse al servicio de los pobres, los desamparados y los oprimidos. Se trataba de un cambio revolucionario en una Iglesia que hasta entonces se había identificado con los ricos y los poderosos. La «teología de la liberación», resultante de la conferencia de Medellín, constituía una clara advertencia para las diversas juntas militares y los diversos regímenes de opresión que predominaban en América latina. Era un aviso de que la Iglesia tendía a movilizarse para abolir la explotación económica y terminar con la injusticia social. De hecho, se trataba de un llamamiento a las armas.

Como era inevitable, la oposición a esta filosofía liberadora, no sólo provino de los regímenes dictatoriales de aquella parte del mundo, sino también de los elementos reaccionarios incrustados en la propia Iglesia. La reunión de Puebla, una década más tarde, prometía ser crucial. ¿Seguiría avanzando la Iglesia por el mismo camino o se produciría un retorno a las antiguas trincheras dogmáticas? Que el nuevo papa declinara la invitación que se le hizo para que asistiera a una conferencia de tanta envergadura no hace más que subrayar la importancia que Luciani concedía a su entrevista con Scheuer y su comité. Porque no cabe duda de que Luciani conocía las implicaciones de la conferencia de Puebla.

En el cónclave, menos de una hora después de la elección, los cardenales Baggio y Lorscheider, que habían desempeñado una tarea fundamental en la proyectada reunión de México, se acercaron a Luciani. La conferencia de Puebla había sido aplazada a causa de la muerte de Pablo VI. Los cardenales estaban ansiosos por saber si el nuevo papa se hallaba preparado para indicar una nueva fecha de celebración de la conferencia.

De esta forma, sin que hubiera pasado ni una hora desde el momento en que fuera elegido, Luciani ya estaba enfrascado en una profunda discusión sobre los temas que debían tratarse en la conferencia de Puebla. Luciani se mostró muy partidario de que la proyectada conferencia se celebrara, y de inmediato se fijaron las fechas. La reunión de Puebla se efectuaría entre el 12 y el 28 de octubre.

Durante su conversación con Baggio y Lorscheider, Juan Pablo I dejó asombrados a sus dos interlocutores al demostrarles su profundo conocimiento de los temas que había que tratar en la asamblea de Puebla. En relación con su propia asistencia a las reuniones, Luciani prefirió no comprometerse todavía; apenas hacía una hora que le habían elegido como pontífice. Más adelante, cuando Villot le hizo saber que el comité presidido por Scheuer había solicitado una audiencia para el 24 de octubre, Luciani comunicó a Baggio y a Lorscheider que no podría asistir a las sesiones de Puebla y pidió a Villot que confirmara la audiencia prevista con la delegación estadounidense. Para Luciani, la inminencia de esta entrevista era un motivo más que suficiente como para dictarle que durante las próximas semanas su lugar estaba en el Vaticano.

También había otros motivos de mucho peso que influyeron en la decisión de Albino Luciani de permanecer en Roma. A mediados de septiembre, el papa Juan Pablo I había llegado a la conclusión de que su tarea más prioritaria era la de poner su casa en orden. El problema del Banco del Vaticano, con su especial filosofía especulativa, se había convertido para él en un asunto trascendental.

Luciani evolucionaba con una rapidez que contrastaba notablemente con la casi nula actividad que había caracterizado los últimos años del largo reinado de su inmediato predecesor. Escoba en mano, Luciani no tenía la intención de barrer y limpiar el Vaticano entero en sus primeros cien días de pontificado, pero sentía la imperiosa necesidad de conseguir que en ese plazo la Iglesia empezara a cambiar de dirección, especialmente en lo que concernía a los negocios del Vaticano.

Una semana después de haber asumido el cargo, el nuevo papa ya había delineado a grandes rasgos el inmediato porvenir de la Iglesia. Le dio su «aquiescencia» al cardenal Villot, que había declarado su franco deseo de ser relevado de uno de sus múltiples cargos: el de presidente del consejo pontificio Cor Unum. El puesto lo ocupó el cardenal Bernard Gantin. Cor Unum es uno de los principales conductos por los que pasa el dinero recolectado en todo el mundo antes de ser distribuido entre las naciones más paupérrimas.

Para Luciani, Cor Unum constituía un elemento vital para sustentar su idea de que las finanzas del Vaticano, al igual que las restantes facetas de la Iglesia católica, debían inspirarse en las palabras del Evangelio. Villot fue reemplazado nada menos que por Gantin, cardenal de raza negra, un hombre con una profunda espiritualidad y de una transparente honestidad.

En el villorrio del Vaticano el zumbido de las especulaciones era incesante. Muchos proclamaban que nunca habían visto ni la cara de Sindona ni la de Calvi ni la

de nadie de la mafia de Milán que había infectado el Vaticano durante el dominio del papa Pablo. Otros, movidos por el afán individual de supervivencia, empezaron a canalizar información hacia los aposentos pontificios.

Pocos días después de la designación de Gantin, el nuevo papa encontró sobre su mesa de trabajo una copia de una circular de la Oficina Italiana para el Control de las Operaciones con Divisas (U. I. C.). No hay duda de que aquella circular representaba una respuesta directa a la larga carta abierta que *II Mondo* había publicado, dirigida al nuevo papa. En la carta se bosquejaba lo que era una situación insostenible para un hombre comprometido personalmente con la pobreza y con el cometido de crear una Iglesia pobre.

La circular, firmada por el ministro de Comercio Exterior, Rinaldo Ossola, había sido enviada a todos los bancos italianos. En ella Ossola recordaba a los banqueros que el I. O. R., o sea, el Banco del Vaticano, «es a todos los efectos una institución bancada no residente», o para decirlo con palabras más claras: un banco extranjero. Como tal, las relaciones del Banco del Vaticano con las instituciones crediticias del estado italiano debían regularse según los mismos términos que se aplicaban a los demás bancos extranjeros.

El ministro mostraba una especial preocupación por los abusos monetarios relativos a la fuga ilegal de divisas de Italia. La circular suponía una clara admisión ministerial de la existencia de dichos abusos. Muy pronto, los círculos financieros italianos coincidieron en interpretar la circular como un intento por reprimir al menos una de las muchas actividades dudosas del Banco del Vaticano. En la Ciudad del Vaticano, la opinión más generalizada parecía señalar que la circular confirmaba la sentencia de muerte de Paul Marcinkus en su condición de director del Banco del Vaticano, previamente dictada por Luciani. La actitud del ministro venía a demostrar la amplia repercusión que había tenido la postura del nuevo papa en relación con las actividades capitalistas de la Santa Sede.

A principios de septiembre de 1978 empezó a circular por el villorrio del Vaticano una anécdota, que a mi entender es apócrifa, pero que en el Vaticano y en los medios de comunicación italianos se asegura que es verídica. La anécdota está vinculada con la venta de la Banca Cattolica y con el viaje de Albino Luciani al Vaticano, en su empeño por impedir que el banco de los curas pasara a manos de Roberto Calvi. En realidad, Luciani se entrevistó con Benelli, tal como ya ha sido mencionado en este libro. La versión que empezó a circular por el villorrio estaba adornada con elefantes variaciones típicamente italianas. Luciani, según esta versión, se habría enfrentado a Pablo VI, quien le había contestado: «También vosotros debéis sacrificaros por la Iglesia. Nuestras finanzas aún no se han recuperado del daño que nos infligió Sindona. De cualquier modo, explicadle vuestro problema a monseñor Marcinkus».

Luciani se presentó en el despacho de Marcinkus, a quien le repitió la lista de quejas de los miembros de su diócesis sobre la venta del banco. Marcinkus le escuchó atentamente y luego dijo: «¿Su Eminencia no tiene nada mejor que hacer hoy? Es

mejor que os dedicuéis a vuestro trabajo y que me dejéis a mí hacer el mío». Dicho esto, Marcinkus acompañó a Luciani a la puerta y le despidió.

Cualquiera que haya visto a Marcinkus en acción sabe que sus modales concuerdan con su apodo de Gorila. Entre los obispos, los altos prelados, los curas y las monjas del Vaticano reinaba la impresión general de que aquella confrontación efectivamente se había producido. Y ahora, en septiembre de 1978, el pequeño y apacible hombrecillo de Belluno podía hacer desaparecer al gigantesco Marcinkus con sólo mover un dedo.

Entre los miembros de la Curia se organizó una apuesta, que consistía en adivinar la fecha en la que Marcinkus sería desplazado de su cargo al frente del banco. Además de la investigación que le había ordenado dirigir al cardenal Villot, el papa sonriente, con su característica astucia de montañés, había abierto varias otras líneas de inspección. Asiduamente hablaba con el cardenal Felici de los asuntos del Banco del Vaticano. También telefoneó al cardenal Benelli, que seguía en Florencia.

A través de Benelli el papa se enteró de la investigación que había iniciado el Banco de Italia en relación con el Banco Ambrosiano. Típico rasgo del funcionamiento de la Iglesia católica: un cardenal de Florencia informa al obispo de Roma de ciertos eventos que se desarrollan en Milán.

El antiguo número dos de la Secretaría de Estado del Vaticano había montado una vasta y surtida red de contactos que abarcaba todo el país. El propio Licio Gelli, Gran Maestro de la logia P2, se hubiera quedado impresionado de haber sabido el volumen y la calidad de la información a la que tenía acceso el cardenal Benelli. En su red de contactos, Benelli contaba con gente muy bien situada en el propio Banco de Italia. Eran estas fuentes las que habían informado al cardenal sobre la investigación en curso relativa al imperio de Roberto Calvi, investigación que en septiembre de 1978 se acercaba a su momento culminante. Lo que principalmente le interesaba a Benelli, y por lo tanto también a Luciani, era una línea en concreto de las muchas líneas que seguía la inspección bancaria. Era la línea que investigaba los vínculos existentes entre Roberto Calvi y el Vaticano.

Los informantes del Banco de Italia le dijeron a Benelli que tenían la certeza de que la inspección culminaría con el procesamiento de Roberto Calvi, al que se le imputarían graves acusaciones delictivas, al igual, probablemente, que a otros directivos del Ambrosiano. Otro detalle seguro era el hecho de que el Banco del Vaticano estaba profundamente implicado en un considerable número de negocios que contravenían una gran variedad de leyes italianas. El equipo de inspectores había elaborado una lista de los principales sospechosos y potenciales delincuentes que se movían dentro del Vaticano. La lista la encabezaban Paul Marcinkus, Luigi Mennelli y Pellegrino de Strobel.

Benelli, que conocía íntimamente a Luciani desde hacía ya casi diez años, sabía que no lograría influir en él si le agobiaba para que siguiera un curso de acción en especial. Al respecto, el cardenal de Florencia me dijo:

Lo que había que hacer con el papa Luciani era plantearle los hechos, hacerle la sugerencia que a uno le pareciera más indicada y luego darle tiempo para que meditara y espacio para que se moviera. Después de absorber toda la información que pudiera obtener, entonces y sólo entonces tomaba una decisión. Pero cuando el papa Luciani tomaba una decisión no había nada, y quiero que me entienda bien claro lo que le quiero decir, no había nada que pudiera detenerle o apartarle de su objetivo. Amable, sí. Humilde, también. Pero, cuando emprendía una acción, era como una roca, ladera abajo.

Benelli, sin embargo, no era el único en tener acceso directo a las más recónditas intenciones de los más altos ejecutivos del Banco de Italia. Había miembros de la P2 que le ofrecían a Licio Gelli, radicado entonces en Buenos Aires, exactamente la misma información que había recibido Benelli. Gelli, por su parte, comunicaba todas las novedades a sus compañeros de viaje Roberto Calvi y Umberto Ortolani.

Otros miembros de la logia, infiltrados en la magistratura judicial de Milán, avisaron a Gelli de que cuando se completara la investigación sobre el Banco Ambrosiano todos los documentos le serían remitidos al juez Emilio Alessandrini. Pocos días después de que Licio Gelli se hiciera con esta noticia, un grupo terrorista de extrema izquierda con base en Milán, denominado Prima Linea, recibió un informe de uno de sus contactos, que se movía también en la magistratura, y que le indicó quién podía ser su próxima víctima. Una vez recibido el informe, el jefe del grupo terrorista clavó con chinchetas en una de las paredes de su guarida una foto del hombre elegido para morir. Era el juez Emilio Alessandrini. Tentacular, la P2 se movía en muchas direcciones, incluido el Vaticano.

A principios de septiembre. Albino Luciani descubrió que por algún misterioso motivo le habían incluido en la selectísima lista de suscriptores de una agencia de noticias más bien inusual que se llamaba Osservatore Político (el O. P.). El director del O. P. era el periodista Mino Pecorelli, que invariablemente se dedicaba a husmear en asuntos escandalosos con una puntería, eso sí, muy afinada. Un día, al igual que los políticos más importantes, que los periodistas más destacados, que los arúspices de la opinión pública y que otras personalidades que vivían o medraban por el hecho de informarse de las cosas antes que nadie, el papa Albino Luciani se encontró enfrascado en la lectura de un artículo que el O. P. titulaba «La gran logia del Vaticano». El artículo mencionaba los nombres de 121 personas a las que se acusaba de pertenecer a logias masónicas. Aunque la lista incluía los nombres de algunos seculares, estaba mayoritariamente formada por cardenales, obispos y otros altos dignatarios de la Iglesia. Los motivos que habían movido a Pecorelli a dar a conocer la lista eran muy simples. Pecorelli un miembro arrepentido de la P2, mantenía una agria disputa con su antiguo Gran Maestro Licio Gelli.

Pecorelli creía que la publicación de la lista de los masones del Vaticano, pondría a Licio Gelli en una embarazosa y difícil situación, principalmente porque gran parte de los nombres que figuraban en la lista eran los de buenos amigos de Gelli y de Ortolani.

En el caso de que fuera auténtica, la lista significaba que Luciani se encontraba literalmente rodeado de masones, cuando ser masón significaba la automática

excomuni3n para todo cat3lico. Antes del c3nclave hab3a corrido el rumor de que varios de los principales *papabili* eran masones. Ahora, el 12 de septiembre, el nuevo papa ten3a ante sus ojos la lista completa. En relaci3n con la masoner3a, Luciani opinaba que los sacerdotes que se adhirieran a una logia no ten3an excusa posible. Sab3a que muchos cat3licos practicantes a los que conoc3a personalmente eran miembros de diversas logias. Pero eso era diferente porque tambi3n ten3a amigos comunistas. Luciani se hab3a adaptado a su 3poca y viv3a de acuerdo con ella. Aceptaba que un cat3lico se integrara en una orden mas3nica, siempre que no llevara sotana, porque en este caso la opini3n de Luciani era implacable. Desde tiempos remotos, la Iglesia cat3lica se hab3a declarado en contra de la masoner3a. El nuevo papa estaba dispuesto a replantear el asunto en relaci3n con los cat3licos legos. Sin embargo, la lista con 121 nombres que, seg3n se afirmaba en el art3culo, eran miembros activos de una logia y casi todos prelados, no admit3a planteamientos ni replanteamientos de ninguna clase.

El secretario de Estado, cardenal Jean Villot, nombre mas3nico Jeanni, n3mero 041/3, se hab3a enrolado en una logia de Zurich el 6 de agosto de 1966. Tamb3n figuraban el ministro de Asuntos Exteriores, monse3or Agostino Casaroli; el cardenal Ugo Poletti, vicario de Roma; el cardenal Baggio; el obispo Paul Marcinkus y monse3or Donato de Bonis, del Banco del Vaticano.

Cada vez m3s at3nito, totalmente desconcertado, el papa ley3 y reley3 aquella lista que parec3a el qui3n es qui3n de la Ciudad del Vaticano. Aliviado, Luciani advirti3 que ni Benelli ni el cardenal Felici figuraban en la lista, en la que incluso aparec3a el secretario personal del papa Pablo, monse3or Pasquale Macchi. Todav3a anonadado, pero sin perder tiempo, Albino Luciani llam3 por tel3fono al cardenal Felici y le invit3 a tomar con 3l caf3.

Felici hizo saber al pont3fice que una lista muy similar hab3a circulado sigilosamente por el Vaticano unos dos a3os antes. En mayo de 1976, para ser concretos. El motivo de que la lista volviera a salir a flote era evidente. Se trataba de un intento para influir en las inminentes decisiones que deb3a tomar el papa sobre la cuesti3n de los nombramientos, los ascensos y los ceses. «¿La lista es aut3ntica?», pregunt3 Luciani. Felici le dijo que, en su opini3n, se trataba de una astuta mezcolanza. Algunos de los que figuraban en la lista eran masones, otros, en cambio, no lo eran. Felici argument3: «Al parecer, estas listas provienen de la facci3n de Lefebvre... No es que las fabrique nuestro rebelde hermano franc3s, aunque ciertamente las instrumenta en su beneficio».

El obispo Lefebvre era una espina que ten3a clavada el Vaticano, y que hab3a amargado la vida del papa Pablo VI durante muchos a3os.

Tradicionalista a ultranza, Lefebvre consideraba que el Concilio Vaticano II era la peor de las herej3as. Por lo tanto, siempre hab3a pasado por alto las conclusiones del Concilio. Hab3a alcanzado una amplia notoriedad universal por su insistencia en que la misa s3lo se deb3a celebrar en lat3n. Sus posturas ultraderechistas sobre numerosos

temas habían obligado a Pablo VI a denunciarle y condenarle públicamente.

En relación con el cónclave del que había salido elegido Albino Luciani, los seguidores de Lefebvre habían afirmado inicialmente que se negarían a reconocer al nuevo papa porque lo habría nombrado un cónclave del que estaban excluidos los cardenales mayores de ochenta años. Después del cónclave, calificaron de «ominosos» los nombres que había escogido Albino Luciani.

Después de pensárselo unos instantes Luciani se dirigió a Felici.

—¿Habéis dicho que hace dos años que circulan listas como ésta?

—Exactamente, Su Santidad.

—¿Han llegado a manos de la prensa?

—Sí, Su Santidad. Sin embargo, no se ha publicado ninguna lista completa. Sólo algún nombre por aquí y algún otro por allá.

—¿Y cuál fue la reacción del Vaticano?

—La de siempre, Su Santidad. Ninguna.

Luciani rió. Le gustaba Pericle Felici. Hombre de la Curia de los pies a la cabeza, con ideas tradicionalistas, y sin embargo agudo, ingenioso, sofisticado y poseedor de una considerable cultura.

—Eminencia, la revisión de la ley canónica que tantas preocupaciones os ha causado y que os ha ocupado tanto tiempo ¿tenía algo que ver con el hecho de que el santo padre planeara cambiar la postura de la Iglesia en relación con la masonería?

—Hubo muchas presiones en ese sentido a lo largo de muchos años. Ciertos sectores interesados exigían una postura más «moderna». El santo padre no había terminado de decidirse sobre el asunto cuando murió.

Luego Felici señaló que entre los que más habían presionado para que se flexibilizaran los reglamentos canónicos que declaraban la excomunión automática para cualquier católico que se adhiriera a la masonería, se encontraba el cardenal Jean Villot.

En los días que siguieron a esta conversación, el papa se dedicó a escrutar y estudiar cuidadosamente a muchos de sus visitantes. El problema consistía en que el aspecto externo de los masones era similar al del resto de los mortales. Mientras Luciani meditaba sobre aquel inesperado problema, muchos miembros de la Curia romana que simpatizaban con los puntos de vista derechistas de Licio Gelli se encargaban de canalizar información procedente del Vaticano. Esta información llegó a conocimiento de su principal destinatario: Roberto Calvi.

Las noticias procedentes del Vaticano tenían un cariz siniestro para el poderoso banquero milanés, convencido como estaba de que el papa buscaba la forma de vengarse por la usurpación de la Banca Cattolica. Roberto Calvi no se podía imaginar que las investigaciones de Luciani sobre el Banco del Vaticano tenían objetivos muy distintos y no estaban inspiradas por ningún deseo de venganza contra él. Calvi, sin embargo, no podía dejar de recordar el furor de los clérigos de Venecia y las quejas de Luciani, así como tampoco había olvidado que muchas cuentas diocesanas habían

sido retiradas de la Banca Cattolica para ser transferidas a un banco rival. ¿Qué podía hacer Calvi? ¿Entregar al Vaticano una sustancial donación desinteresada? ¿Regalar una gran suma de dinero para que fuera invertida en obras de caridad?

Sin embargo, lo que sabía sobre Luciani debía conducir a Calvi a la irrefutable conclusión de que se las veía con una clase de hombre con la que muy raramente se había encontrado en sus negocios, es decir, con una persona totalmente incorruptible.

A medida que avanzaba el mes de septiembre, Calvi se desplazaba por el continente sudamericano. Viajó por Uruguay, Perú y Argentina. En todo momento, a sol y a sombra, le acompañaba Gelli u Ortolani. Si Marcinkus caía, el hombre que ocupara su lugar descubriría muy pronto el verdadero estado de las cosas y la verdadera naturaleza de la relación que había entre el Banco del Vaticano y el Banco Ambrosiano. Mennini y De Strobel serían sustituidos. El Banco de Italia sería puntualmente informado y Roberto Calvi se pasaría el resto de su vida en una celda.

Calvi había previsto hasta la más mínima eventualidad, había calculado todos los peligros potenciales, había taponado todas las grietas. Había creado una estructura perfecta. No se trataba de *un* robo, ni siquiera de un *gran* robo. Lo suyo era un robo permanente, en una escala impensable hasta entonces. En septiembre de 1978, Calvi había robado ya más de 400 millones de dólares mediante los negocios de evasión fiscal, las sociedades en el extranjero y las empresas fantasmas. Si para cualquier delincuente profesional el robo de un gran banco puede ser motivo de orgullo, ¿qué sensación podía experimentar Calvi, que robaba y despojaba bancos por docenas? Bancos que en realidad parecían estar ansiosos por que los robaran, bancos que se peleaban por el privilegio de prestar dinero al Banco Ambrosiano.

Ahora, llegado a la cumbre del éxito, Calvi se las tenía que ver con inspectores del Banco de Italia a los que no se podía sobornar y que día a día se iban acercando al inevitable final de sus investigaciones. Gelli le había asegurado que el problema había que arreglarlo y que podía arreglarse, pero Calvi no se sentía tranquilo. Se preguntaba cómo se las apañaría Licio Gelli, a pesar de su inmenso poderío y su influencia, para manipular y detener a un papa.

Si por algún milagro Albino Luciani cayera sin vida antes de despedir a Marcinkus, entonces Calvi podría ganar tiempo. Como mucho un mes, es cierto. Pero en un mes pueden pasar muchas cosas. Podían pasar muchas cosas en el caso de que, producido el milagro, la Iglesia convocara un nuevo cónclave. Sin embargo, ¿cómo poder afirmar que Dios no iba a escoger a otro papa ansioso por reformar las finanzas del Vaticano?

Al igual que siempre, Calvi acudió a Licio Gelli para confiarle sus peores temores. Después de varias entrevistas con el Titiritero, que se llevaron a cabo en distintas ciudades de Sudamérica, Calvi empezó a sentir que todavía quedaba un rayo de loca esperanza. Gelli persistía en tranquilizarle, afirmando que el «problema» podía y debía resolverse.

Mientras tanto, la rutina diaria en los aposentos pontificios rápidamente se

empezaba a ajustar a la pauta marcada por el nuevo inquilino. Luciani se mantenía fiel a su costumbre, larga como su propia vida, de levantarse muy temprano. Para dormir, había escogido la misma cama que había usado Juan XXIII, en lugar de la utilizada por Pablo VI. El padre Magee comentó a Luciani que Pablo se había negado a dormir en la cama en la que dormía su antecesor «por el respeto que sentía hacia el papa Juan».

Luciani le respondió: «Yo dormiré en su cama por el amor que siento por él».

Aunque habitualmente ajustaba el despertador que tenía junto a la cama, por si se quedaba dormido, para que sonara a las cinco de la madrugada, el papa se solía levantar a las cuatro y media, que era cuando le despertaban con unos suaves golpes en la puerta. La llamada le informaba de que la hermana Vincenza le había dejado junto a la puerta su habitual taza de café. Aunque parezca increíble, incluso esta minucia había sufrido interferencias por parte de la Curia.

En Venecia, la monja tenía la costumbre de llamar a la puerta del dormitorio de Luciani, darle los buenos días y llevarle directamente el café a la cama. Los laboriosos prelados del Vaticano, sin embargo, consideraban que esta inocente manía transgredía algún imaginario protocolo. Le plantearon su preocupación a Luciani que, demasiado estupefacto para discutir esa desproporcionada bagatela, consintió en que la monja le dejara el café en su estudio, que estaba al lado del dormitorio.

A causa de una operación de sinusitis a la que le habían sometido muchos años antes, Luciani había adquirido el hábito de beber una abundante ración de café al despertarse. La operación le había dejado la secuela permanente de un gusto amargo en la boca al despertarse. Cuando viajaba, en caso de que no hubiera café disponible, Luciani se conformaba con un caramelo.

Después de beberse su café, Luciani se afeitaba y tomaba un baño. Entre cinco y cinco y media se dedicaba a sus estudios de inglés con la ayuda de unas cintas de cassette. A las cinco y media, Luciani abandonaba su dormitorio y se encaminaba a una pequeña capilla cercana. Hasta las siete se dedicaba a la oración, a la meditación y a recitar el breviario.

A las siete de la mañana Luciani se reunía con los otros miembros del equipo pontifical, especialmente con sus secretarios el padre Lorenzi y el padre Magee.

Al igual que el propio Luciani, el padre Lorenzi era un recién llegado al Vaticano, donde se sentía como un niño perdido. Por eso había solicitado al papa que conservara en su cargo al padre Magee, que era un hombre con experiencia, ya que anteriormente había sido uno de los secretarios de Pablo VI. Impresionado sobre todo por la habilidad que tenía el padre Magee para conseguirle café, apenas a los dos días de haber iniciado su pontificado el papa Luciani aceptó sin vacilar la sugerencia del padre Lorenzi.

Asistido por sus dos secretarios, Luciani oficiaba misa para las monjas de la congregación de María Bambina, cuya labor consistía en limpiar, lavar y cocinar para el papa. A estas monjas, que eran Elena, la madre superiora, y las hermanas

Margherita, Assunta, Gabriella y Clorinda, se les unió, también por sugerencia del padre Lorenzi, la hermana Vincenza, de Venecia.

Vincenza servía a las órdenes de Luciani desde los tiempos del obispado de Vittorio Véneto, y conocía perfectamente sus hábitos y esas pequeñas manías que tiene todo ser humano. Luego la hermana Vincenza se había desplazado a Venecia con Luciani, donde había sido la madre superiora de una pequeña comunidad formada por cuatro monjas, encargadas de atender al patriarca. En 1977, la hermana Vincenza sufrió un ataque cardíaco y tuvo que ser hospitalizada. Los médicos le advirtieron que no debía volver a trabajar, sino que tenía que permanecer lo más quieta posible, impartiendo sus órdenes a las otras monjas. Vincenza, sin embargo, había hecho caso omiso de estas advertencias y había seguido su rutina de antes: supervisaba a la hermana Celestina, encargada de la cocina, y rondaba constantemente al patriarca, para que no se olvidara de tomar puntualmente su dosis de medicina, prescrita a causa de su baja tensión sanguínea.

Para Albino Luciani, Vincenza y el padre Lorenzi eran el único vínculo que le ligaba con su terruño natal, al norte de Italia, unas tierras que sólo podría visitar muy de cuando en cuando y en las que nunca volvería a vivir. Es algo realmente sombrío el hecho de que un hombre, cuando le eligen papa, esté condenado, desde el momento mismo de la elección, a vivir en el mismo lugar en el que con toda seguridad tendrá un día que morir y donde luego será enterrado. Es como si fuera una prematura residencia en su propia tumba.

El desayuno, que consistía en café con leche, un bollo y fruta, se tomaba a las siete y media, una vez terminada la misa. Tal como Vincenza les había informado a las otras monjas, dar de comer a Albino Luciani constituía una laboriosa tarea. Luciani por lo común ni siquiera se percataba de lo que comía, tenía el mismo apetito que un canario y no era raro que se olvidara de comer. Al igual que muchos otros que conocen en carne propia lo que es la verdadera, la más aguda pobreza, Albino Luciani odiaba tener que desperdiciar la comida. Por lo común, con las sobras de cualquier banquete especial con invitados, Luciani mandaba preparar su comida al día siguiente.

Con el desayuno, Luciani acostumbraba leer diversos matutinos italianos. Había mandado que se incluyera *II Gazzettino*, de Venecia, entre los periódicos que se entregaban en los aposentos pontificios. Entre las ocho y las diez de la mañana el papa se dedicaba a trabajar apaciblemente en su estudio, donde se preparaba para sus primeras audiencias. Entre las diez y las doce y media, el papa recibía a sus visitantes y platicaba con ellos en el segundo piso del Palacio Apostólico. Monseñor Jacques Martin, prefecto del Palacio Pontificio, y otras personas trataban de que la gente que tenía audiencia concedida entrara y saliera según el horario establecido.

Muy pronto, monseñor Martin y otros miembros de la Curia comprenderían que Luciani tenía sus propias y sólidas ideas, y que a despecho de las cautelosas objeciones y de los amables reparos que se le ponían, el papa solía excederse en su

plática con la gente a la que recibía, lo que provocaba tremendas alteraciones y confusiones en el horario previsto. Los hombres como monseñor Martin representan una actitud muy extendida dentro del Vaticano, que a grandes rasgos se caracteriza por considerar que, de no ser por el papa, todos ellos podrían realizar su trabajo sin problemas.

El almuerzo, con sopa de legumbres o alguna pasta como primer plato y cualquier otra cosa que a Vincenza se le ocurriera como segundo, se servía a las doce y media. Incluso este detalle fue motivo de polémicas, por el simple hecho de que el papa Pablo siempre había almorzado a la una y media. Que un hecho tan trivial pudiera levantar encendidas polémicas en el Vaticano constituye un claro indicio de que el opulento estado soberano no pasa de ser una aldea. Las lenguas motorizaban torrentes de comentarios si les llegaba el rumor de que el papa había invitado a su mesa a algún integrante del sexo femenino. Pía, sobrina de Luciani, al igual que la mujer de su sobrino, seguramente figuran en los registros secretos del Vaticano, altamente sospechosas quizá por ser mujeres.

Entre la una y media y las dos de la tarde, Luciani se retiraba para hacer una breve siesta. Luego se dedicaba a pasear por las ajardinadas azoteas del palacio o por los jardines del Vaticano. Ocasionalmente, el cardenal Villot le acompañaba en sus paseos, aunque lo más usual era que Luciani se dedicara a leer mientras andaba. Además de leer su breviario, Luciani solía solazarse con lecturas un poco más entretenidas, aunque asaz variadas, que iban de autores como Mark Twain a otros como Walter Scott.

Muy poco después de las cuatro, Luciani ya estaba de regreso en su despacho, donde estudiaba el contenido de un gran sobre que le entregaba monseñor Martin: la lista de las audiencias del día siguiente, con una serie de detalladas y minuciosas instrucciones.

A las cuatro y media, mientras saboreaba una taza de manzanilla, el papa recibía en su despacho a «la Tardella», integrada por varios cardenales, arzobispos y secretarios de las congregaciones, y que venía a constituir una especie de gabinete informal. Era en estas sesiones donde la jerarquía católica se encargaba de confirmar que todo siguiera atado y bien atado dentro de la Iglesia. Dichas reuniones eran fundamentales, ya que en ellas se engrasaban las tuercas, se ajustaban los tornillos y se corregía el rumbo de la maquinaria religiosa.

La cena se efectuaba a las ocho menos cuarto. A las ocho, cuando todavía no había terminado de cenar, Luciani encendía el televisor para ver el noticiario. A la mesa, salvo que hubiera algún invitado especial, Luciani estaba acompañado por los padres Lorenzi y Magee.

Después de la cena, se proseguía con los preparativos para las audiencias del día siguiente. Por último, el papa recitaba la parte final del breviario y, alrededor de las nueve y media de la noche se retiraba a sus habitaciones privadas.

La cena, al igual que la comida del mediodía, se componía de platos sencillos.

El 5 de septiembre, Luciani recibió y agasajó a un cura veneciano, el padre Mario Ferrarese, con la excusa de que le invitaba a los aposentos papales porque deseaba devolverle la hospitalidad que le había dispensado el padre Mario en Venecia. El que muchos hombres ricos y poderosos de Italia ansiaran compartir la mesa con él a Luciani le parecía un hecho irrelevante: prefería la compañía de un simple cura párroco. En esta ocasión, la cena la sirvieron los hermanos Guido y Gian Paolo Guzzo, que pertenecían al servicio pontificio. El papa le pidió a su invitado que le transmitiera las últimas novedades sobre Venecia. Luego le dijo: «Pídele a la gente de allá que rece por mí, porque no es fácil ser papa». Volviéndose a los hermanos Guzzo, Luciani añadió: «Como tenemos un invitado, hoy habrá postre».

Después de un cierto retraso, los hermanos Guzzo depositaron sobre la mesa unos tazones con helado. Siempre había vino a disposición de los que compartían la mesa con el papa. Él, por su parte, se contentaba con beber agua mineral.

Así era la rutina diaria del papa Juan Pablo I, una rutina que sin embargo le encantaba quebrantar de cuando en cuando. Sin informar a nadie, se iba a pasear por los jardines del Vaticano. Uno puede pensar que se trataba de una simple diversión, pero estas pequeñas escapadas causaban consternación en los encargados del protocolo pontificio y eran motivo de que la alarma cundiera entre la Guardia Suiza. Cada vez que el papa Luciani rompía con su rutina, el Vaticano entero se veía inmerso en una total confusión.

Luciani ya había consternado a los altos oficiales de la Guardia Suiza por su costumbre de ponerse a platicar con los centinelas, cuando estaban de servicio, a los que también les solía reprochar que hincaran la rodilla cada vez que le veían acercarse. Un día, Luciani le expresó al padre Magee su opinión sobre el asunto: «¿Quién soy yo para que se arrodillen a mi paso?».

Monseñor Virgilio Noe, maestro de ceremonias, le suplicó a Luciani que no hablara con los guardias y que se contentara con saludarles en silencio con la cabeza. El papa le preguntó por qué. Noe separó los brazos, azorado. «No se debe hacer, santo padre. Ningún papa ha hablado nunca con los guardias».

Albino Luciani sonrió y siguió hablando con los guardias. Había una gran distancia entre esta actitud y la costumbre imperante todavía en los primeros tiempos del reinado de Pablo VI de que los curas y las monjas se postraran de rodillas cuando se dirigían al papa, e incluso cuando hablaban con él por teléfono.

La actitud de Luciani en relación con el teléfono también era motivo permanente de alarma entre los elementos más tradicionalistas de la Curia, que se las tenían que ver con un insólito pontífice que se consideraba capacitado para marcar los números del teléfono e incluso para levantar el auricular y contestar personalmente cuando el teléfono sonaba. Luciani llamaba por teléfono a Venecia. Llamaba a diversas madres superiores simplemente para charlar un poco con ellas.

Un día, Luciani le dijo a su amigo el padre Bartolomeo Sorges que le gustaría que el padre jesuita Dezza fuera su confesor. Enterado del deseo del pontífice, Dezza se

apresuró a telefonar al Vaticano para concertar una visita. La voz, al otro lado de la línea, le contestó:

—Lo siento, pero el secretario del papa no está aquí en este momento. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Bueno, ¿con quién hablo?

—Con el papa.

El papa Luciani era sencillamente así y actuaba sencillamente así. Se trataba de una actitud sin precedentes. Algo que nunca se había visto y que casi con seguridad nunca se volverá a ver. Los dos sacerdotes que oficiaban como secretarios de Luciani se esforzaron inútilmente en negar que hubieran sucedido tales cosas. Era algo impensable. Sin embargo, la verdad es que tales cosas sucedieron.

Un día, Luciani empezó a explorar el Vaticano, con sus 10 000 estancias y salones, con sus 997 escaleras, 30 de las cuales son secretas. Sin previo aviso, Luciani abandonaba los aposentos papales, o bien solo, o bien con la única compañía del padre Lorenzi. Con idéntica actitud, sin previo aviso, Luciani aparecía en cualquiera de las oficinas de la Curia. «Sólo estoy tratando de conocer el lugar», le dijo en una ocasión a un asombrado prelado, el arzobispo Caprio, que era diputado mayor de la Secretaría de Estado.

A la gente de la Curia no le gustaba la actitud de Luciani. No le gustaba en absoluto. Los hombres de la Curia estaban acostumbrados a tratar con un papa que supiera cuál era el lugar que le correspondía, y que actuara siempre según los canales de la burocracia. Sin embargo, aquel papa aparecía por cualquier parte, se entrometía en todas las cosas y lo que es peor: quería cambiar muchas cosas.

La batalla sobre la *sedia gestatoria*, la silla en la que los papas siempre habían sido transportados cuando aparecían en público, empezó a asumir proporciones extraordinarias. Luciani había arrumbado la famosa silla en el trastero. Los tradicionalistas empezaron entonces a ejercer presión para que la silla volviera a servir para sus longevos fines ceremoniales. El hecho de que unos asuntos tan triviales le hicieran perder muchísimo tiempo al pontífice constituye una cabal demostración de la amplitud de miras que existía en ciertos sectores de la Curia.

Luciani trataba de razonar con hombres como monseñor Noe; les hablaba como si fueran niños. El mundo en el que ellos vivían no era el mundo de Luciani, y estaba muy claro que éste no iba a consentir que le hicieran vivir en aquel mundo.

Hablando con Noe y con otros miembros de la Curia, Luciani manifestó que si andaba en público por su propio pie era porque no se consideraba mejor que ningún otro hombre. Detestaba la silla gestatoria y lo que ella representaba.

«Ah, pero la multitud no puede veros —le respondían los hombres de la Curia—. La gente exige que se vuelva a utilizar la silla porque todos tienen derecho a ver al papa». Agudamente, Luciani les indicó que solía aparecer en televisión, y que todos los domingos salía al balcón de la plaza de San Pedro a la hora del *Ángelus*. También les señaló lo mucho que le repugnaba la idea de saberse transportado sobre las

espaldas de otros hombres.

«Pero Su Santidad —le replicaron los de la Curia—, si lo que deseáis es sentirnos más humilde de lo mucho que ya sois, ¿qué peor humillación que dejaros transportar en esa silla que tanto detestáis?». Enfrentado con un argumento de esta naturaleza, el papa se vio obligado a darse por vencido. En su segunda audiencia pública. Albino Luciani hizo su entrada en el Salón Nervi sobre la *sedia gestatoria*.

Aunque perdía un tiempo precioso en discutir trivialidades con la Curia, Luciani dedicaba la mayor parte de sus horas de vigilia a tratar problemas mucho más serios. Ante el cuerpo diplomático había declarado que el Vaticano renunciaba a cualquier aspiración a ejercer ningún poder temporal. No obstante, el nuevo papa no tardaría en descubrir que los más importantes problemas mundiales pasaban por su mesa de trabajo. La Iglesia católica, que representa espiritualmente (al menos en teoría) a más del 18% de la población mundial, es por esto mismo una poderosa fuerza terrenal. Como jefe de esta potencia, Luciani se veía obligado a tomar postura e incluso a actuar en gran cantidad de problemas.

Vista la actitud que adoptó hacia el general argentino Videla, ¿cuál podía ser la postura de Albino Luciani ante la plétora de dictadores que ejercían su poder sobre ingentes masas de católicos? ¿Cómo podía actuar en relación con Marcos y su camarilla, que gobernaban en las Filipinas donde hay 43 millones de católicos? ¿Qué respuesta le podía dar al general Pinochet, dictador de un país como Chile, con más del 80% de católicos? ¿O al dictador de Nicaragua Somoza, tan admirado por el asesor financiero del Vaticano Michele Sindona?

¿Qué podía hacer Luciani para que la Iglesia católica se convirtiera en un verdadero hogar para los pobres y los desamparados en un país como Uganda, donde Idi Amín se encargaba de perpetrar accidentes mortales contra los sacerdotes un día tras otro? ¿Qué actitud podía adoptar con los católicos de la república de El Salvador, donde algunos miembros de la junta de gobierno consideraban que ser católico era ser «enemigo» de la patria? Esta forma de pensar, en un país en el que el 96% de la población era de religión católica, prometía acabar en un indiscriminado y atroz genocidio, y representaba un problema un poco más serio que los enconados debates que suscitaba entre la Curia el asunto de la *silla gestatoria*.

Un hombre como Luciani, que había pronunciado muy duras palabras contra el comunismo desde su púlpito de Venecia, ¿cómo tendría que dirigirse al mundo comunista desde el balcón de la plaza de San Pedro? Un cardenal que había aprobado el «equilibrio del terror» en relación con las armas nucleares, ¿debía mantener como pontífice la misma posición, cuando los movimientos que propugnaban el desarme unilateral se le acercaban para solicitarle una audiencia?

Dentro de la propia Iglesia había multitud de problemas que Luciani había heredado de Pablo VI. Muchos curas exigían que se terminara con el voto de castidad y con el obligatorio celibato. Había muchas presiones para que se permitiera que las mujeres ejercieran el sacerdocio en igualdad de condiciones. Había grupos que

pedían una revisión urgente de las leyes canónicas relativas al divorcio, al aborto, a la homosexualidad y a una docena más de temas. Todos se dirigían a un solo hombre, al que rogaban, exigían, conminaban.

En palabras de monseñor Loris Capovilla, antiguo secretario de Juan XXIII, el nuevo papa demostró muy pronto que «había más cosas en la tienda que las que se exhibían en el escaparate». Cuando monseñor Agostino Casaroli, ministro de Asuntos Exteriores, le planteó al papa un cuestionario con siete preguntas sobre las relaciones entre la Iglesia y diversos países de la Europa del Este, Luciani le respondió de inmediato a cinco preguntas y le pidió que le concediera un poco de tiempo para estudiar las otras dos.

Asombrado, deslumbrado, Casaroli volvió a su despacho y le contó a un colega lo que le había pasado. El otro le preguntó:

—¿Eran las respuestas adecuadas?

—En mi opinión, totalmente adecuadas. Me hubiera costado un año que el papa Pablo me diera su respuesta.

Otro de los muchos problemas que el nuevo papa tenía en sus manos era el de Irlanda y la actitud de la Iglesia católica en relación con el I. R. A.

Muchos opinan que la Iglesia no actuó con la debida rapidez al condenar la permanente masacre de Irlanda del Norte. Unas pocas semanas antes de la elección de Luciani como pontífice, el entonces arzobispo O Fiach, primado de la Iglesia católica para toda Irlanda, había protagonizado los titulares de los periódicos con su denuncia de las condiciones imperantes en la cárcel de Mazo, en Long Kesh. Después de visitar dicha prisión, O Fiach se refirió al impacto que le causaron «el olor y la inmundicia de algunas celdas, con restos de comida podrida y excrementos humanos desparramados junto a las paredes». Manifestó muchas más cosas del mismo estilo. Sin embargo, por ninguna parte de sus largas declaraciones, que fueron recogidas por los medios de información con indudable profesionalismo, se percibe el hecho de que el arzobispo sabía perfectamente que las condiciones de la cárcel las habían creado los propios prisioneros.

En Irlanda no había ningún cardenal. Luciani sufrió enormes presiones de muy distinta gente que trataba de influir en su ánimo. Algunos apoyaban a O Fiach. Otros opinaban que su promoción a la archidiócesis de Armagh había constituido un verdadero desastre, que provocaría largas secuelas.

Después de estudiar el *dossier* sobre O Fiach, Albino Luciani se lo devolvió a su secretario de Estado sacudiendo la cabeza y con un breve epitafio: «Creo que Irlanda se merece algo mejor». La designación de un cardenal se prolongaría.

En septiembre de 1978, los disturbios del Líbano no parecía que pudieran llegar a ocupar los primeros lugares entre la enormidad de problemas que padece el mundo moderno. Durante dos años había reinado en Beirut una especie de paz, perturbada tan sólo por esporádicos tiroteos entre las tropas sirias y las milicias cristianas. Sin embargo, y mucho antes que cualquier otro jefe de Estado del mundo, el pequeño

sacerdote del Véneto se dio cuenta de que el Líbano era un matadero potencial. Discutió el asunto largamente con Casaroli y le dijo que le gustaría visitar la ciudad de Beirut antes de la Navidad de 1978.

El 5 de septiembre, uno de los hombres con los que Luciani se entrevistó en sus audiencias matinales fue el cardenal Gabriel-Marie Garrone, prefecto de la Sagrada Congregación para la Educación Católica. Esta audiencia en especial constituye un ejemplo excelente de los notables talentos con que contaba Luciani. Garrone tenía la intención de discutir con el papa un documento llamado *Sapientia christiana*, que se ocupaba de la constitución apostólica y de las directivas y reglas que regían en todas las facultades católicas del mundo.

Ya a comienzos de los años sesenta, el Concilio Vaticano II había revisado las directrices para los seminaristas. Después de dos años de discusiones internas, la Curia romana había hecho llegar sus propuestas a los obispos de todo el mundo, para que a su vez le presentaran sus recomendaciones. Los documentos más relevantes habían sido luego sometidos a otras dos asambleas de la Curia a las que asistieron representantes eclesiásticos ajenos a ésta. Los resultados fueron examinados por al menos seis departamentos curiales y el documento final fue entregado a Pablo VI en abril de 1978, dieciséis años después de que se empezaran a elaborar las reformas propuestas. Pablo quería que el documento se imprimiera el 29 de junio, coincidiendo con la fiesta de San Pedro y San Pablo, pero un documento que había sido gestado durante dieciséis años no podía ser ultimado con tanta urgencia por el departamento de traducción de la Curia. Cuando el documento se terminó de preparar, el papa Pablo ya había muerto. Cualquier iniciativa que no haya sido aprobada antes de la muerte de un papa queda automáticamente anulada, a menos que la apruebe su sucesor.

Por lo tanto, no es de extrañar que monseñor Garrone acudiera a su audiencia con el nuevo papa con una considerable ansiedad. Dieciséis años de largos y agotadores trabajos podían terminar en el cubo de la basura si Luciani desaprobaba el documento. El antiguo profesor del seminario de Belluno le dijo a Garrone que había dedicado casi todo el día anterior a analizar dicho documento. Entonces, sin tener a mano ningún ejemplar del mismo, empezó a desmenuzarlo íntegramente, detalle por detalle. Garrone, estupefacto, se mantenía en silencio mientras el papa elaboraba su argumentación, demostrativa de que había abarcado y comprendido la completa significación de un documento tan complejo como aquél. Al terminar la audiencia, Luciani comunicó a Garrone que el documento contaba con su aprobación y que se publicaría el 15 de diciembre.

Al igual que Casaroli, que Baggio y Lorscheider, al igual que muchos otros hombres, Garrone salió asombrado de su entrevista con el papa Luciani. De regreso a su despacho, se cruzó casualmente con monseñor Scalzotto, de Propaganda Fide, a quien le señaló: «Acabo de conocer a un gran pontífice».

El «gran pontífice», mientras tanto, seguía batallando con las toneladas de problemas que había dejado sin resolver el papa Pablo. Uno de estos problemas lo

constituía el cardenal John Cody, que estaba al frente de una de las diócesis más ricas y poderosas del mundo: la de Chicago.

Que un cardenal llegue a ser considerado por el Vaticano como un grave problema es algo muy inusual. Lo que pasa es que Cody era un hombre muy inusual. En los diez años previos al reinado del papa Luciani, llovieron las denuncias contra él. Aunque sólo el 5% de las denuncias fueron ciertas, Cody, no sólo no merecía seguir como cardenal de Chicago, sino que era inexplicable que se hubiera ordenado sacerdote.

Antes de ser promovido a la archidiócesis de Chicago, en 1965, Cody había estado al frente de la diócesis de Nueva Orleans. Muchos de los curas que tuvieron que trabajar bajo sus órdenes en Nueva Orleans todavía conservan cicatrices de aquella tenebrosa época. Uno de ellos me dijo textualmente: «Cuando a ese hijo de perra le trasladaron a Chicago, organizamos una fiesta y entonamos el *Te Deum* [himno de acción de gracias]. En lo que nos concernía, nosotros salíamos ganando y Chicago perdía».

Cuando traté de la posterior carrera de Cody en Chicago con el padre Andrew Greeley, un notable sociólogo católico, escritor notorio y notorio crítico de la gestión de Cody, señaló que un sacerdote de Chicago había comparado al cardenal Cody con el capitán Queeg, el paranoico despótico comandante de *El Motín del Caine*. El padre Greeley me respondió: «Creo que esa comparación es muy injusta con el capitán Queeg».

En los años que siguieron al nombramiento del cardenal Cody para que gobernara la archidiócesis de Chicago, se puso de moda en la Ciudad Ventosa compararlo con el alcalde Richard Dailey, un hombre que había gobernado mucho tiempo la ciudad, y que si alguna vez había adoptado alguna actitud democrática sin duda se debía a un lapsus. Había, sin embargo, una única aunque capital diferencia: que cada cuatro años, al menos en teoría, Dailey tenía que responder ante sus electores. Si el electorado podía sobreponerse a la maquinaria política de Dailey, entonces el despótico alcalde sería democráticamente arrojado del Ayuntamiento. A Cody en cambio no le eligieron, sino que fue designado. Salvo que el Vaticano adoptara una acción espectacular, Cody permanecería al frente de Chicago el resto de su vida.

Pavoneándose, a Cody le gustaba hacer notar: «No estoy obligado a responder ante nadie de mis acciones, excepto ante Roma y ante Dios». Posteriores eventos iban a demostrar que Cody se negaba a responder de sus actos ante Roma, de modo que sólo quedaba Dios para juzgarle.

Cuando llegó a Chicago, Cody gozaba de la reputación de ser un excelente administrador económico y un liberal progresista, que había luchado larga e intensamente en favor de la integración racial en las escuelas de Nueva Orleans. También tenía fama de ser un prelado muy exigente. Muy pronto perdería sus dos primeros atributos. A principios de junio de 1970, siendo tesorero de la Iglesia católica de Estados Unidos, Cody invirtió 2 millones de dólares en la adquisición de

acciones de Penn Central. A los pocos días la empresa se declaró en bancarrota y las acciones se convirtieron en papel mojado. Cody había invertido ilegalmente el dinero durante la administración de su sucesor, ya entonces elegido, a quien se negó a entregarle los libros de cuentas hasta mucho después del desastre. Así logró sobrevivir al escándalo.

A las pocas semanas de llegar a Chicago, Cody dio cabales muestras de cuál era su especial forma de entender el liberalismo progresista, empleando drásticas medidas contra algunos sacerdotes que se hallaban bajo su mando. En los archivos que le había legado su predecesor, el cardenal Albert Meyer, Cody encontró una lista de sacerdotes «problemáticos»: hombres alcohólicos, seniles o sin la suficiente capacidad para hacerse cargo de sus responsabilidades. Los domingos por la tarde, Cody se dedicaba a recorrer las rectorías. Entonces se encargaba personalmente de despedir a los curas «problemáticos», dándoles dos semanas para que abandonaran sus hogares. A mediados de los años sesenta, no había fondo para pensiones, no había ninguna legislación sobre los curas retirados ni ningún tipo de medidas de protección hacia esa gente. Muchos de los hombres a los que Cody despidió brutalmente tenían más de setenta años, y de repente se encontraban con que el cardenal se había deshecho de ellos por el simple procedimiento de ponerlos en la calle.

Sin consultarlos, Cody empezó a desplazar a sus curas de un lugar a otro de la ciudad. También ejerció su saña clausurando conventos, rectorías y escuelas. En una ocasión, por orden de Cody, un equipo de demolición empezó a echar abajo una rectoría y un convento mientras sus ocupantes se bañaban y desayunaban.

El problema básico de Cody, al parecer, era una profunda incapacidad para reconocer como un factor vital el Concilio Vaticano II. Durante el Concilio, había habido interminables alocuciones sobre la necesidad de repartir el poder, de implantar en la Iglesia un sistema colegiado para tomar decisiones. Todas estas noticias nunca pasaron del umbral de la mansión del cardenal de Chicago.

En una diócesis que contaba con 2,4 millones de católicos, muy pronto se empezarían a demarcar las trincheras de los partidarios y de los enemigos de Cody. Mientras tanto, la mayoría de los católicos practicantes que vivían en la gran ciudad trataban de preguntarse qué demonios sucedía.

Los curas de la diócesis formaron una especie de sindicato, la Asociación Sacerdotal de Chicago (Association of Chicago Priests, A. C. P.). Cody siempre hizo caso omiso a todas sus demandas. Las cartas que se le enviaban para pedirle una reunión no recibían respuesta. Cuando le llamaban por teléfono, el cardenal invariablemente se encontraba «reunido». Algunos sacerdotes siguieron luchando en pro de una Iglesia más democrática. Otros abandonaron la lucha. En diez años, la tercera parte de los curas de Chicago abandonó la profesión. Centenares de curas colgaron la sotana. A pesar de todas estas demostraciones masivas, que indicaban que había algo muy podrido en el estado de Illinois, el cardenal Cody no cesaba de insistir en que sus oponentes eran tan sólo «una minoría muy ruidosa».

El cardenal también puso en la picota a la prensa de Chicago, declarando que los periódicos eran hostiles. De hecho, sin embargo, tanto los periódicos como la televisión de Chicago se mostraron extraordinariamente imparciales y hasta tolerantes a lo largo de casi todo el reinado del cardenal Cody.

El hombre que en Nueva Orleans había luchado por la integración racial, se dio a conocer en Chicago como el hombre que clausuraba las escuelas para negros, con la excusa de que la Iglesia no estaba en condiciones de mantenerlas. Esto lo decía el jerarca de una diócesis cuyos beneficios anuales se acercaban a los 300 millones de dólares.

Como era habitual en él, Cody solía cerrar las escuelas sin consultarlo con nadie y sin informar previamente siquiera a la dirección de las mismas. Cuando las acusaciones de que era un racista empezaron a hacerse oír demasiado, Cody se defendió afirmando que muchos negros no eran católicos y que pensaba que la Iglesia no tenía la obligación de educar a las clases medias de negros protestantes. Sin embargo, nunca consiguió librarse de la etiqueta de racismo con la que le rotularon.

A medida que los años pasaban, las denuncias y las acusaciones contra Cody se multiplicaban. El conflicto que mantenía con un amplio sector de su propia clerecía se hacía cada vez más áspero. Su paranoia florecía como una planta desmesurada.

Cody empezó a contar historias de cómo se había integrado en el servicio secreto de espionaje del Gobierno de Estados Unidos. Empezó a pasar lista a sus diversas colaboraciones con el F. B. I. Explicaba a los curas que había desempeñado misiones especiales para la C. I. A., como por ejemplo volar a Saigón. Los detalles de sus aventuras eran siempre muy vagos pero, si lo que decía era cierto, Cody debió de estar mezclado en actividades de los servicios secretos del Gobierno de su país desde principios de los años cuarenta. Parecería como si John Patrick Cody, hijo de un bombero de Saint Louis, hubiera desarrollado distintas vidas.

La reputación de astucia financiera que le precedía al llegar a Chicago, bastante erosionada por la desastrosa inversión de los 2 millones de dólares en acciones de Penn Central, adquirió un nuevo colorido cuando algunos de sus adversarios empezaron a indagar en su llamativa carrera anterior.

Entre uno y otro de sus reales o imaginarios vuelos sobre territorios enemigos, Cody había demostrado indudable falta de perspicacia en cuestiones financieras, hasta el punto de que muchas iglesias que había dirigido habían sucumbido a la pobreza, aunque no a la clase de pobreza por la que pugnaba Albino Luciani. En la diócesis de Kansas City, Saint Joseph, Cody había dejado una deuda de 30 millones de dólares. En Nueva Orleans había repetido la hazaña, con el agravante, altamente significativo, de que los curas de la diócesis entonaran el *Te Deum* para agradecerle al Señor que se lo hubiera quitado de encima. En la diócesis de Kansas City, por lo menos, Cody dejó un recordatorio permanente de su paso al haber dilapidado grandes sumas de dinero para adornar la cúpula de la restaurada catedral del casco viejo de la ciudad.

Una vez en Chicago, Cody se dedicó a vigilar muy de cerca los movimientos de curas y monjas que sospechaba que le eran desleales. Acumuló informes secretos sobre los «sospechosos» y secretamente se dedicó a interrogar a los amigos de sus probables o presuntos enemigos. Este ambiente inquisitorial se volvió poco a poco rutinario. Qué tenía que ver todo esto con el Evangelio de Cristo es incierto.

Cuando algunas de estas actividades se convirtieron en motivo de queja, cuando las acusaciones de la clerecía de Chicago contra Cody empezaron a acumularse en Roma, Pablo VI se alarmó y su tortuoso cerebro empezó a darle vueltas al asunto, sin que terminara nunca de tomar una decisión.

El más alto dignatario de la Iglesia católica en Chicago había demostrado abundantemente, a comienzos de los años setenta, su ineptitud para el cargo que ocupaba. Sin embargo el papa Pablo, con su extravagante sentido de cuáles eran los asuntos prioritarios, no hacía otra cosa que dudar. Para él, la tranquilidad de conciencia de Cody parecía pesar más que el amargo destino de 2,4 millones de católicos.

Uno de los aspectos más estafalarios del caso Cody lo constituye el hecho de que aquel hombre controlara, aparentemente sin tener que responder ante nadie, todos los recursos económicos de la Iglesia católica en Chicago. De haber sido un hombre con una mente sana, eficiente e inteligente, hubiera resultado lógico que se le otorgara el poder de controlar una suma que oscilaba anualmente entre los 250 y los 300 millones de dólares. Que tamaña responsabilidad le fuera encomendada a un hombre como Cody es algo que desafía toda explicación.

En los años setenta, las propiedades y la riqueza de la Iglesia católica en Chicago excedían de los 1000 millones de dólares. Como el cardenal Cody se negaba sistemáticamente a publicar cualquier balance anual certificado, los curas de diversas parroquias de la ciudad decidieron retener fuertes sumas de dinero, que en días más felices hubieran ido a parar a las manos del cardenal. Finalmente, en 1971, Cody consintió en dar a conocer unos documentos a los que quería hacer pasar por balances anuales. Es un asunto curioso. Dichos documentos no revelaban el patrimonio en bienes inmuebles de la diócesis. Tampoco incluían las inversiones en la bolsa. En relación con las prebendas procedentes de los comentarios, existía por lo menos la evidencia de que había una vida después de la muerte, ya que las cifras eran muy vigorosas. Seis meses antes de dar a conocer las cifras, con aquel caprichoso informe, Cody le había revelado a uno de sus asistentes que los fúnebres beneficios alcanzaban los 50 millones de dólares. Sin embargo, cuando se publicaron las cifras, esta cantidad se había reducido a 36 millones. Es probable que para un hombre que podía estar simultáneamente en Roma, en Saigón, en la Casa Blanca, en el Vaticano y en la mansión del cardenalato de Chicago, hacer desaparecer 14 millones de dólares de las prebendas de los funerales fuera un juego de niños.

Sesenta millones de dólares provenientes de los fondos parroquiales estaban en litigio entre la diócesis y los tribunales de Chicago, porque no aparecían por ninguna

parte. Cody, sin embargo, se negó sistemáticamente a declarar dónde se hallaba aquel dinero, en qué había sido invertido y quién se beneficiaba de los posibles intereses.

Una de las más notables habilidades del cardenal de Chicago consistía en su facilidad para hacerse amigos dentro de los círculos más influyentes de las estructuras de poder del Vaticano. Antes de la guerra, cuando formaba parte de la Curia, trabajando primero en el Colegio Norteamericano de Roma y luego en las oficinas de la Secretaría de Estado, Cody cultivó fecundas amistades que iban a reportarle sustanciosos dividendos en tiempos de necesidad. Desde muy temprana edad, Cody se destacó por saber apostar siempre por los favoritos y por colocarse siempre del lado de los ganadores. Congraciándose con el papa Pío XII y con el futuro Pablo VI, Cody estableció una formidable base de poder dentro del Vaticano.

El contacto en Chicago era, a comienzos de los años setenta, uno de los principales vínculos entre la Santa Sede y Estados Unidos. Una abrumadora mayoría de las inversiones bursátiles que realizaba el Vaticano en el mercado de valores de Estados Unidos se canalizaba a través del Continental Illinois. En el consejo de administración de este banco, además de David Kennedy, que era íntimo amigo de Michele Sindona, figuraba el sacerdote jesuita Raymond C. Baumhart. Las grandes cantidades de dinero que Cody hacía llegar a Roma se convirtieron en un factor vital de la política fiscal del Vaticano. Es probable que Cody no supiera cómo tratar a sus sacerdotes, pero sin duda sabía muy bien cómo estirar la mano para recaudar dólares. Cuando el obispo que estaba a cargo de la diócesis de Reno hizo ciertas «infortunadas inversiones» que provocaron el colapso de las finanzas católicas de dicha localidad, el Vaticano le pidió a Cody que socorriera a su desgraciado colega. Cody telefoneó a sus amigos banqueros y el piadoso obispo de Reno recibió rápidamente el dinero necesario para hacer frente a sus acreedores.

A lo largo de los años, la amistad entre Cody y Marcinkus se fue estrechando considerablemente, hasta que se convirtieron en íntimos, en fraternos camaradas. Tenían demasiadas cosas en común, demasiados intereses económicos compartidos. En Chicago, con la enorme colonia polaca que le apoyaba, en una clara demostración de escasez de raciocinio, Cody empezó a desviar cientos de miles de dólares hacia el Banco del Vaticano y hacia Marcinkus, a través del Continental Illinois, para que Marcinkus a su vez canalizara aquel dinero hacia Polonia, y en concreto a las manos de los cardenales polacos.

Otra astuta medida de protección que adoptó el cardenal Cody consistió en distribuir una parte de las enormes riquezas de Chicago entre ciertos sectores de la Curia romana. Cuando visitaba el Vaticano (y hay que tener en cuenta que realizó más de cien viajes a Roma), Cody distribuía costosos regalos a manos llenas. Los beneficios a obtener multiplicarían el valor de lo que repartía. Un encendedor de oro para monseñor Tal, un valioso reloj para el obispo Cuál. El cardenal Cody sabía elegir a los hombres que le podían ser de utilidad.

Sin embargo, las quejas contra Cody que llegaban a Roma eran cada vez más

abundantes, hasta que superaron los costosos regalos que el cardenal repartía. En la Sacra Congregación para la Doctrina de la Fe, que es una especie de policía del Vaticano en cuestiones de ortodoxia doctrinal y de moralidad clerical, las cartas que denunciaban el despotismo del cardenal Cody adquirían proporciones cada vez más alarmantes. Las denuncias no sólo provenían de los curas y monjas que trabajaban bajo el puño de hierro del cardenal, sino también de muchos hombres y mujeres que se dedicaban a las más variadas y diversas actividades seculares. El arzobispo Jean Hamer, O. P. (Orden de Predicadores), sopesó el problema. Actuar contra un sacerdote es relativamente fácil. Después de la debida investigación, lo único que tiene que hacer la Congregación es requerirle al obispo correspondiente que reemplace al sacerdote acusado y lo aleje del lugar en el que ha cometido sus agravios. Sin embargo, con un cardenal no resultaba tan fácil. ¿A quién se le puede, ya no exigir ni requerir, sino meramente sugerir que reemplace a un cardenal?

El sindicato de sacerdotes de Chicago condenó públicamente a Cody y le acusó de mentiroso. Más tarde elevó contra él un voto de censura. Roma, a pesar de todo, se mantenía en silencio.

A principios de 1976, el arzobispo Hamer no era el único entre los altos dignatarios de la Curia romana que conocía los problemas que provocaba el representante de Chicago. Primero por separado y después de mutuo acuerdo, los cardenales Benelli y Baggio llegaron a la conclusión de que había que remover a Cody de su cargo.

Después de largas consultas con el papa Pablo VI se dilucidó una fórmula. Aprovechando uno de los muchos viajes que Cody hacía a Roma, en la primavera de 1976 el cardenal Benelli le ofreció un puesto en la Curia. Le darían un título fabuloso, pero no tendría poder ninguno. Se sabía que Cody era ambicioso y que creía tener suficiente talento como para escalar a posiciones más altas que la de manejar la diócesis de Chicago. En realidad, a lo que Cody aspiraba era a convertirse en papa. Es un claro indicio de su arrogancia que, con el malestar que había provocado y las ofensas, los excesos y las arbitrariedades que había cometido en Chicago, el cardenal Cody pensara seriamente que contaba con buenas posibilidades de resultar elegido para el cargo de pontífice máximo.

Con la nítida aspiración de ceñir la tiara pontificia, que para él entraba muy bien dentro de lo posible, Cody hubiera cambiado alegremente la diócesis de Chicago por ejercer la jefatura en una de las diversas congregaciones de la Curia que se encargaban de repartir dinero a las diócesis necesitadas de todo el mundo. Para Cody, eso le podía aportar los suficientes votos como para colocarle en el trono de San Pedro en cuanto se presentara la primera oportunidad. Benelli conocía las aspiraciones de Cody. De ahí el ofrecimiento que le hizo. Sin embargo, a pesar de lo resonante del título, el cargo que le ofrecían no era precisamente lo que Cody quería, de modo que rechazó la oferta. Había que encontrar otra solución.

En enero de 1976, unos meses antes de la entrevista de Benelli con Cody, una

delegación de curas y monjas de Chicago visitó a Jean Jadot, el delegado apostólico del Vaticano en Washington. Jadot comunicó a sus visitantes que Roma ya se había hecho cargo de la situación y que pronto habría una solución. Sin embargo, pasaron los meses sin que se produjera ni solución ni resolución alguna, y la batalla en Chicago adquirió nuevo ímpetu. La imagen pública de Cody era entonces tan nefasta, que el cardenal contrató a una empresa de relaciones públicas, a expensas de la Iglesia, en un intento por mejorar su imagen frente a los medios de comunicación.

Los iracundos curas y las irritadas monjas se volvieron a quejar ante Jadot. Éste les aconsejó que tuvieran paciencia. «Roma encontrará la solución —les prometió—. Debéis interrumpir las denuncias públicas. Debéis dejar que el asunto se apacigüe. Entonces, tranquila y discretamente, Roma se hará cargo del problema».

Los clérigos de Chicago aceptaron la sugerencia de Jadot. Las críticas públicas se amortiguaron sólo para encenderse a alturas todavía peores porque el propio Cody echó leña a la hoguera, al decretar la clausura de varias escuelas dentro de la ciudad.

Baggio aprovechó el tumulto para tratar de nuevo de persuadir a Pablo VI para que actuara de una vez por todas con determinación. Sin embargo, el concepto del papa de lo que era para él la determinación queda claro en su decisión de escribirle una carta a Cody en la que le pedía que le explicara por qué motivo había clausurado las escuelas. Cody no sólo hizo caso omiso de la carta, sino que se jactó abiertamente de no haber prestado atención a la solicitud del papa.

La población de Chicago, mientras tanto, irritada por la inercia del Vaticano, siguió remitiendo a Italia cartas de protesta. Entre estas cartas había nuevas denuncias, apoyadas por declaraciones, testimonios y registros financieros. Había pruebas que indicaban que el comportamiento de Cody en otra área hasta entonces no tratada también dejaba mucho que desear. Empezaron a aparecer denuncias de su amistad con una mujer que se llamaba Helen Dolan Wilson.

A sus ayudantes, Cody les había explicado que Helen Wilson era miembro de su familia. Sin embargo, la naturaleza exacta del vínculo que los unía solía variar. Habitualmente, Cody decía que era prima suya. Para explicar su elevado nivel de vida, las elegantes ropas que usaba, sus frecuentes viajes y el lujoso piso en el que vivía, el cardenal solía señalar que su prima había recibido una importante herencia de su difunto marido. Las acusaciones que llegaron a Roma, sin embargo, señalaban que Cody y Helen Wilson no tenían parentesco ninguno y que el marido de la mujer, del que se había divorciado mucho tiempo antes, estaba vivo por mucho que Cody dijera que se había ido al otro mundo. Luego, cuando el exmarido de Helen Wilson murió realmente en mayo de 1969, no dejó testamento ninguno, siendo sus únicos bienes terrenales un coche con ocho años de uso que valdría a lo sumo 150 dólares y que había heredado su segunda esposa.

Estas denuncias, que fueron efectuadas en el más estricto secreto, también aportaban pruebas de que la amistad de Cody con Helen Wilson provenía desde mucho tiempo atrás, que el cardenal se había hecho un seguro de vida por 100 000

dólares con Helen Wilson como beneficiaria y que el informe sobre los trabajos que la mujer había realizado en la diócesis había sido falsificado por Cody para que ella pudiera cobrar una pensión más alta.

La pensión que cobraba Helen Wilson se había estipulado según un pliego que testimoniaba que la beneficiaria había trabajado 24 años en la diócesis, lo cual era falso y se podía demostrar. También había pruebas que señalaban que Cody le había dado a su amiga 90 000 dólares, para que se pudiera comprar una residencia en Florida. Los denunciantes recordaron al Vaticano que Helen Wilson había acompañado a Roma a Cody cuando le nombraron cardenal. Sin embargo, en aquella ocasión mucha otra gente había acompañado a Cody. De todos modos, esa otra gente no viajaba a expensas de la diócesis de Chicago ni decidía sobre el mobiliario y las cortinas que había que poner en la mansión del cardenal. También se incluyeron denuncias de que Cody había sustraído cientos de miles de dólares de los fondos de la Iglesia para entregárselos a su amiga.

Como si todo esto no fuera suficiente, las denuncias también puntualizaban que un hijo de Helen Wilson, llamado David, había sido designado para hacerse cargo de muchos y muy importantes negocios bursátiles de la diócesis. Antes, David Wilson se había visto beneficiado por su desprendido «tío» John en otras ocasiones: era una situación que provenía desde 1963, cuando Cody estaba en la diócesis de Saint Louis. A medida que Cody cambiaba de destino, su asesor en materia bursátil le seguía. Según las denuncias presentadas al Vaticano, David Wilson, que aparentemente monopolizaba las inversiones bursátiles de la Iglesia que Cody controlaba, había obtenido unas comisiones que superaban los 150 000 dólares.

Baggio estudió detenidamente la larga y detallada lista de acusaciones. Mandó que se hicieran investigaciones. El Vaticano no tiene rival posible en asuntos de espionaje: basta con tener en cuenta todos los curas y monjas que están repartidos por el mundo; basta pensar que todos le deben obediencia a Roma. Los resultados de la investigación que había ordenado el cardenal Baggio confirmaron, a finales de junio de 1978, la exactitud de las denuncias presentadas.

En julio de 1978 Baggio volvió a debatir el problema del cardenal Cody con el papa Pablo VI, quien momentáneamente reconoció que había que destituir al cardenal de Chicago, pero insistió en que había que obrar con tacto y efectuar el reemplazo con compasión, de un modo que le permitiera a Cody conservar su imagen. La sustitución tenía que hacerse, según indicó Pablo VI, de modo que cualquier posible escándalo quedara minimizado, para que no se produjera ninguna publicidad. Se llegó a la conclusión de que habría que decirle a Cody que aceptara el nombramiento de un coadjutor, un obispo que para las finalidades prácticas se haría cargo de la diócesis. Oficialmente, se anunciaría que el santo padre había decidido tomar esta medida a causa de la mala salud del cardenal Cody, que en realidad estaba bastante enfermo. A Cody, sin embargo, se le permitiría seguir de titular como arzobispo de Chicago hasta que alcanzara los 75 años, en 1982, y con ello llegara a la edad obligatoria para

retirarse.

Armado con el edicto papal, el cardenal Baggio no perdió un instante en disponer las cosas para embarcarse hacia América, y con una maleta por todo equipaje se encaminó al aeropuerto de Fiumicino, en las afueras de Roma. Al llegar al aeropuerto, sin embargo, Baggio recibió la notificación de que el papa quería hablar con él antes de que partiera hacia Chicago.

Pablo VI, a pesar de su avanzada edad (81 años), seguía empeinado en danzar. Ahora, después de dar un atrevido paso adelante, le tocaba dar un cauteloso paso atrás. Comunicó a Baggio que el plan de nombrar un coadjutor para que sustituyera a Cody sólo se podría llevar a cabo en caso de que Cody se mostrara de acuerdo.

Desalentado, Baggio rogó:

—Por lo menos dejadme que le presione, santo padre.

—No, no. No debéis darle ninguna orden. El plan sólo puede seguir adelante si Su Eminencia lo aprueba.

Furioso y frustrado, consciente de antemano de la inutilidad de su viaje, el cardenal Baggio se desplazó a Chicago.

Toda red de espionaje transmite información en ambos sentidos, y el cardenal Cody tenía sus propias fuentes dentro del Vaticano. El elemento sorpresa, que era la última esperanza que tenía Baggio, no existía. Aunque Baggio no lo sabía, Cody había recibido inmediata información sobre los reparos que había manifestado Pablo VI en su última y crucial reunión con Baggio. Así que Cody esperaba preparado.

La mayoría de los hombres, de haber estado en la posición de Cody, se hubieran dedicado a autoexaminarse, al menos ligeramente, y a considerar los acontecimientos que, a lo largo de los años, habían llevado a un papa tan hipersensible como Pablo VI a la torturadora conclusión de que, en el interés de los demás, el poder que Cody poseía debía pasar a otras manos. Teniendo en cuenta los sentimientos del hombre al que quería reemplazar, el papa había arreglado las cosas de modo que la estancia de Baggio en Chicago se mantuviera en secreto. Oficialmente, Baggio se había marchado a México, para ultimar los preparativos de la conferencia de Puebla. Gestos de este calibre resultaban completamente inútiles con un hombre como el cardenal Cody.

El encuentro entre Cody y Baggio se produjo en la villa del cardenal, que se alzaba en las tierras del seminario de Mundelein. Baggio desplegó las pruebas acusatorias. Le señaló al cardenal que no era correcto que hiciera obsequios en metálico a Helen Wilson con dinero perteneciente a la Iglesia, que le había sido encomendado para destinarlo a otros fines. Además, la pensión que le había concedido a su amiga era impropia. La investigación realizada por el Vaticano había puesto de manifiesto una gran cantidad de hechos imprudentes que repercutirían negativamente en la reputación de la Iglesia católica si llegaban al conocimiento del público.

Cody estaba lejos de mostrarse arrepentido. Pronto la conversación entre los dos hombres se hizo más agria y acabó en gritos intempestivos.

Cody sacó a relucir las grandes aportaciones económicas que había hecho a Roma, las vastas sumas de dinero que había canalizado hacia el Banco del Vaticano para que fueran utilizadas en Polonia, el dinero que había entregado al papa en persona en sus visitas *ad limina* (que son unas visitas a Roma de carácter informativo, que hay que realizar obligatoriamente cada cinco años). No eran los miserables miles de dólares que entregaban otros, sino cientos de miles de dólares.

Los dos príncipes de la Iglesia se gritaban el uno al otro de tal forma que sus gritos se oían por todas las dependencias del seminario. Cody se mostraba inmovible. Dijo que si un obispo iba a encargarse de gobernar su diócesis tendría que pasar antes por encima de su cadáver. Al final, como un disco rayado, repetía monótonamente una única frase: «No pienso renunciar al poder en Chicago».

Baggio se marchó derrotado. Cody, con su abierto desafío, con su cerrada negativa a aceptar un coadjutor, transgredía las leyes canónicas; pero el papa no iba a consentir que se hiciera del dominio público que el cardenal de la diócesis más poderosa del mundo se hallaba en franca rebeldía contra él. Prefería tolerar la arrogancia de Cody hasta el final de sus días. No obstante, le quedaban muy pocos días de tolerancia: murió una semana después de recibir el informe de Baggio sobre su viaje a Chicago.

A mediados de septiembre, Luciani había estudiado el caso Cody en profundidad. Citó al cardenal Baggio y discutió el asunto con él. También lo comentó con Villot, Benelli, Felici y Casaroli. El 23 de septiembre mantuvo otra larga entrevista con el cardenal Baggio. Al término de la misma le dijo a su interlocutor que al cabo de unos días le comunicaría su decisión.

Por primera vez a lo largo de su larga y turbulenta vida, el cardenal Cody se empezó a sentir inseguro. Después del cónclave, había mostrado en privado su desdén hacia el apacible hombrecillo italiano que había resultado elegido. «Todo seguirá igual», declaró el cardenal de Chicago en presencia de uno de sus íntimos amigos de la Curia. Que todo siguiera igual era sin duda lo que Cody quería, porque le permitiría seguir siendo el amo en Chicago. Después, sin embargo, las noticias que empezó a recibir desde Roma le hicieron comprender que había subestimado a Luciani. Cuando el mes de septiembre llegaba a su término, John Cody estaba convencido de que Luciani iba a actuar donde Pablo no lo había hecho. Los amigos que tenía en Roma le advirtieron de que, fuera cual fuese el curso de acción que se decidiera a emprender el nuevo papa, había algo fuera de toda duda y era que lo seguiría hasta el final. Le citaron numerosos ejemplos de la vida de Luciani para que Cody se hiciera una idea de la inhabitual fuerza de carácter que ostentaba el nuevo papa.

Luciani tenía en su mesa de trabajo unas pocas posesiones personales que guardaba como oro en paño. Una era una foto; su primitivo marco se había

deteriorado con el tiempo y, durante la estancia de Luciani en Venecia, un feligrés agradecido le había regalado un marco de plata con piedras semipreciosas. La fotografía mostraba a los padres de Luciani contra el fondo cubierto de nieve de los Dolomitas. En los brazos de su madre estaba Pía, entonces una niña y ahora una mujer casada y con hijos.

A lo largo de septiembre de 1978, sus secretarios observaron que el papa a menudo se perdía en cavilaciones mientras contemplaba aquella foto. Era un recordatorio de días más felices, cuando hombres como Cody, Marcinkus y Calvi no perturbaban su tranquilidad. Entonces Luciani disponía de tiempo para el silencio y las pequeñas cosas. Ahora, sin embargo, le parecía que no volvería a tener tiempo suficiente para dedicarlo a esas facetas tan importantes de su vida. Estaba definitivamente apartado de Canale e incluso de su propia familia. De vez en cuando hablaba por teléfono con su hermano Eduardo y con Pía, pero las inesperadas visitas que solía hacerles se le habían terminado para siempre. La maquinaria del Vaticano bien que se encargaba de eso. Incluso Diego Lorenzi trataba de mantener alejada a Pía cuando llamaba por teléfono. En cierta ocasión. Pía quería llevarle a Luciani unos pequeños regalos, algunos recuerdos de su terruño del norte. «Déjelos en la portería —le dijo Lorenzi—. El papa está demasiado ocupado para poder atenderla». Luciani escucho estas palabras y cogió el aparato. «Ven a verme —dijo—. Estoy muy ocupado, pero no importa».

Luciani y Pía comieron juntos. El tío Albino parecía gozar de una salud excelente y de muy buen estado anímico. Mientras comían, Luciani se refirió a su nueva tarea: «De haber sabido que un día llegaría a ser papa hubiera estudiado más —dijo. Luego agregó, en un espléndido sobreentendido—: Es muy duro ser papa».

Pía se daba perfecta cuenta de lo duro que podía ser aquel trabajo. La obstinada cerrazón de la Curia, siempre vigilante, lo dificultaba todavía más.

Luciani quería estar en Roma como si fuera una nueva parroquia. Quería caminar por sus calles como lo había hecho antes en Venecia y en sus otras diócesis. Sin embargo, que un jefe de Estado actúe de esa forma puede acarrear problemas insolubles. Tajantes, los jefes de la Curia declararon que la idea, no sólo era impensable, sino también impracticable. La ciudad se convertiría en un caos permanente si el santo padre salía a pasear por sus calles. Luciani abandonó la idea, pero adoptó una versión modificada. Comunicó a los jefes de la Curia que deseaba visitar todos los hospitales, iglesias y asilos de Roma. Así podría empezar a desplazarse por lo que consideraba como su nueva parroquia. Para un hombre comprometido con ser un papa pastor, la realidad que se le ofrecía frente a sus propias puertas le parecía un poderoso desafío.

Roma tiene una población católica de 2,5 millones de personas. Debería producir al menos 70 nuevos sacerdotes al año. Cuando Luciani se convirtió en papa, sólo se ordenaban cada año en Roma seis nuevos sacerdotes. La vida religiosa de la Ciudad Eterna se preservaba gracias a las importaciones de curas procedentes de otros

lugares. En realidad, en la ciudad había grandes zonas paganas, en las que la asistencia a las iglesias era inferior al 3% de la población. Allí, en el corazón de la fe católica, abundaba el cinismo.

La ciudad que iba a ser a partir de entonces el hogar de Luciani, también era el hogar del alcalde comunista Cario Argan. Curiosa paradoja que una ciudad cuya mayor industria era la religión tuviera un alcalde comunista y un alto índice de delincuencia. Uno de los nuevos títulos que Luciani había adquirido era el de obispo de Roma. Sin embargo, en un sentido estricto, a lo largo de más de una centuria Roma no había tenido un verdadero obispo, un obispo como el de Milán, Venecia, Florencia o Nápoles. Los efectos saltaban a la vista.

Mientras Pía comía con su tío, don Diego se enredó en una larga y audible discusión con un jerarca de la Curia que no quería ni oír hablar de los deseos del papa de visitar distintos puntos de Roma. Luciani interrumpió su coloquio con Pía y se dirigió a don Diego: «Decidle que debe hacerse. Decidle que es la voluntad del papa».

Lorenzi obedeció las instrucciones del papa, pero se encontró con una cerrada negativa. Se volvió de nuevo al papa: «Dicen que no es posible, santo padre, porque no existe precedente».

Fascinada, Pía observaba la partida de tenis vaticano y movía la cabeza a uno y otro lado a medida que se desarrollaba. Al final, Luciani se disculpó con su sobrina por la interrupción e informó a su secretario de que daría instrucciones sobre el asunto a Villot. Sonriendo, Luciani le dijo a Pía: «Si la Curia romana lo autoriza, tu tío quiere visitar el Líbano antes de Navidad».

Luciani se extendió hablando sobre aquel traumatizado país y sobre su deseo de interceder antes de que estallara el polvorín. Después de comer, cuando Pía ya se iba, Luciani insistió en regalarle una medalla que le había dado a él la madre del presidente de México.

Unos días después, el 15 de septiembre, Luciani invitó a cenar a su hermano Eduardo. Estas dos pequeñas reuniones familiares serían las últimas en la vida de Albino Luciani.

A medida que avanzaba el pontificado de Albino Luciani y que se fortalecía su relación con los fieles, el abismo entre el nuevo papa y los observadores profesionales del Vaticano se hacía más y más hondo.

Confrontados con un cardenal que no pertenecía a la Curia y que aparentemente carecía de prestigio internacional, los expertos habían llegado a la conclusión de que tenían ante ellos al primer ejemplar de una nueva raza de pontífices, un hombre escogido deliberadamente para que se produjera una reducción del poder pontificio y para menguar el significativo papel del papado. Casi no cabe duda de que el propio Luciani compartía a su manera estos puntos de vista. El problema esencial de esta idea de quitar relevancia al sumo pontífice radicaba en el hombre mismo, porque la verdadera esencia de Albino Luciani, su personalidad, su intelecto y sus

extraordinarios dones naturales contribuyeron a que muy pronto las masas le atribuyeran una posición de mayor preponderancia, dado que entendían que todo lo que él decía era de suma importancia y poseía un profundo significado. La reacción de la gente ante Luciani demuestra con claridad la honda necesidad de que el papel del pontífice ganara en relevancia, que era exactamente lo contrario de lo que buscaban muchos cardenales. Cuanta menos importancia se daba el propio Luciani, más le exaltaban los fieles.

Muchos de los que sólo le habían tratado cuando era patriarca de Venecia estaban sorprendidos por lo que consideraban un profundo cambio en la manera de ser de aquel hombre. En Vittorio Véneto, en Belluno y en Canale, sin embargo, nadie mostró el más mínimo asombro. Así era el verdadero Luciani. La sencillez, el sentido del humor, la importancia que le daba al catecismo: todos eran elementos consustanciales de su auténtico carácter.

El 26 de septiembre, Luciani podía sentirse satisfecho al analizar lo que había sido el primer mes de su nuevo trabajo. En tan corto espacio de tiempo había causado un poderoso y profundo impacto. Las investigaciones iniciadas por Luciani sobre la corrupción y las prácticas deshonestas habían acorralado a los culpables dentro de un hosco cerco de temor. Una y otra vez, Luciani se había apartado en sus alocuciones públicas de lo que tenía que decir, de lo que otros escribían para él. «Esto tiene un estilo demasiado curial», decía. O si no: «Esto es exageradamente meloso».

Sus comentarios espontáneos raramente eran recogidos por el *Osservatore Romano* o por la radio del Vaticano, pero el público los oía y los otros medios de difusión los divulgaban. Usando una expresión de san Gregorio, el papa había señalado que al elegirlo «el emperador quería que un mono se transformara en león». Mientras los labios curiales se constreñían, una sonrisa aliviaba los rostros de la muchedumbre. Allí tenían a un «mono» que, en el primer mes de pontificado, les hablaba en latín, italiano, francés, inglés, alemán y español. Como Winston Churchill hubiera podido apreciar: «asaz mono».

El 7 de septiembre, en una audiencia privada con Vittore Branca a las ocho de la mañana, hora que hizo que las cejas de los capitostes de la Curia se elevaran todavía más. Branca (amigo suyo) le expresó su preocupación por lo pesado que debía de ser el oficio de pontífice. Luciani le respondió:

Sí, es verdad que soy demasiado pequeño para realizar grandes cosas. Sólo puedo aterrarme a la verdad y repetir el mensaje del Evangelio, tal como hacía en la pequeña iglesia de mi pueblo natal. Los hombres necesitan vitalmente estas cosas, y por encima de todo soy un pastor de alma. La única diferencia entre el párroco de Canale y lo que soy ahora estriba la cantidad de fieles a los que me debo, pero la misión es la misma. Consiste en recordar a Cristo y su mensaje.

Aquel mismo día, más tarde, Luciani recibió a los curas de Roma al hablarles de la necesidad de la meditación, sus palabras adquirieron un profundo y punzante significado, sobre todo si se tiene en cuenta el poco tiempo que un papa recién nombrado le puede dedicar a la meditación.

En la estación del ferrocarril de Milán me conmovió ver a un maletero que dormía felizmente, con la cabeza apoyada en un saco de carbón y la espalda contra una columna. Los trenes pitaban al partir y sus ruedas chirriaban al llegar. Los altavoces atronaban constantemente. Ruidosa, la multitud entraba y salía. Sin embargo, aquel hombre dormido parecía decirles: «Haced lo que queráis, pero dejadme tranquilo. Necesito estar en paz». Nosotros los sacerdotes deberíamos hacer lo mismo. A nuestro alrededor existe un movimiento constante. Hay gente que habla, periódicos, aparatos de radio y televisores. Con la disciplina y moderación de los sacerdotes, debemos decirles: «Después de un cierto límite, vosotros no existís para mí. Soy un sacerdote del Señor. Necesito un poco de silencio y soledad para consagrarlos a mi propia alma. Si me distancio de vosotros es para quedarme durante un tiempo a solas con Dios.

El Vaticano recogió las alocuciones de Luciani en la audiencia general de los miércoles, cuando se refirió sucesivamente a la fe, a la esperanza y a la caridad. Sin embargo, las súplicas del santo padre para que estas virtudes se extendieran, por ejemplo, a los drogadictos fueron pasadas por alto por la Curia y por lo tanto también por los medios de difusión controlados por el Vaticano.

Cuando el 20 de septiembre Luciani pronunció la memorable sentencia de que es erróneo creer que «ubi Lenin ibi Jerusalem» (donde está Lenin está Jerusalén), la Curia anunció que el papa condenaba la teología de la liberación. No era así. Más aún: tanto la radio del Vaticano como el *Osservatore Romano* omitieron la importante comparación que efectuó Luciani entre la Iglesia y la salvación religiosa y el mundo y la salvación humana, al decir: «Existe una indudable coincidencia, pero no se puede realizar una perfecta equiparación».

Al llegar al sábado 23 de septiembre, la investigación de Luciani sobre los negocios del Vaticano ya había avanzado mucho. Villot, Benelli y otros le habían proporcionado distintos informes que Luciani había estudiado y sobre los que había reflexionado a fondo. Aquel sábado, Luciani salió del Vaticano por primera vez, para tomar posesión de su catedral como obispo de Roma. Después de la ceremonia, con la mayoría de los miembros de la Curia presentes, el papa hizo varias referencias a los problemas internos que estaba inspeccionando. Al referirse a los pobres, que constituían el sector de la sociedad más próximo a su corazón, Luciani señaló:

Ellos, como dijo el diácono católico Lawrence, constituyen el verdadero tesoro de la Iglesia. Sin embargo, aquellos que puedan hacerlo tienen que ayudarlo a tener más y a ser más, sin que se sientan humillados y ofendidos por la ostentación de la opulencia, por el dinero que se desperdicia en banalidades en lugar de ser invertido, en la medida de lo posible, en empresas que benefician a todos.

En aquella misma alocución, hubo un momento en que Luciani clavó su mirada en los caballeros del Banco del Vaticano, reunidos en un mismo lugar. Entonces se puso a hablar sobre lo difícil que resultaba dirigir y gobernar.

Aunque llevo veinte años como obispo, primero en Vittorio Véneto y después en Venecia, debo admitir que todavía no he aprendido bien el trabajo. En Roma, me pondré bajo la tutela de san Gregorio Magno, que escribió que el pastor «debe acercarse compasivo a los que están a su cargo; olvidándose de su rango, debe considerarse al mismo nivel que sus buenos súbditos, pero no debe vacilar cuando le llegue el momento de ejercer los derechos de su autoridad contra los malvados».

Aunque no conocía el decurso de los acontecimientos que se desarrollaban en el interior del Vaticano, el público aprobó la sabiduría de aquel mensaje. En la Curia, sin

embargo, sabían que el papa se refería a algo muy concreto, y sabían a qué se refería. Según el estilo predominante en el Vaticano, las palabras del papa eran un elegante pronunciamiento que anticipaba que muchas cosas iban a ocurrir.

Los cambios flotaban en el aire, y en la aldea del Vaticano las especulaciones crecían frenéticamente. Se daba por descontado que el obispo Marcinkus y por lo menos dos de sus más íntimos colaboradores, Mennini y De Strobel, se marcharían. Eso, como quien dice, estaba hecho. Lo que instigaba e intrigaba a los miembros de la Curia eran los rumores que indicaban que también se producirían otros reemplazos.

Cuando el 25 de septiembre un alto prelado con vista de lince identificó a un visitante al que el papa recibió en privado en los aposentos pontificios, la excitación dentro de la aldea vaticana alcanzó unos límites imprevistos. El visitante era Lino Marconato, director del Banco de San Marco. ¿Acaso su presencia en los aposentos pontificios indicaba que el papa ya había encontrado un adecuado reemplazo para el Banco Ambrosiano?

De hecho, la entrevista de Luciani con Marconato se debía a otros asuntos bancarios mucho menos exóticos. El Banco de San Marco se había convertido en el banco oficial de la diócesis de Venecia después de que Luciani, furioso, hubiera mandado cancelar todas las cuentas diocesanas de la Banca Cattolica. Ahora Luciani necesitaba cerrar su cuenta personal en el Banco de San Marco, ya que sabía que nunca volvería a vivir en Venecia. Marconato encontró en perfecto estado de salud al que muy pronto dejaría de ser su cliente. Los dos platicaron alegremente sobre Venecia después de que Luciani le diera instrucciones a su huésped para que transfiriera el dinero de su cuenta al obispo que le sucediera en el cargo de patriarca.

La preocupación por los inminentes cambios era aguda. En muchas ciudades. Por mucha gente.

Otra persona interesada en conocer las posibles acciones de Luciani era Michele Sindona. La larga batalla, que ya duraba cuatro años, en la que se hallaba envuelto Sindona para evitar su extradición de Estados Unidos a Italia, iba llegando a su clímax en septiembre de 1978. En mayo de aquel mismo año, un juez había sentenciado que el siciliano, que se había nacionalizado suizo, debía ser devuelto a Milán para dar la cara ante las autoridades por la gran sinfonía de estafas que había orquestado.

Durante su ausencia, Sindona había sido sentenciado por la magistratura de Milán a una pena de prisión de tres años y medio. Sin embargo, Sindona sabía muy bien que aquella condena resultaría demasiado benigna cuando las autoridades judiciales italianas hubieran terminado las investigaciones. Aparte de la investigación federal en curso, en Estados Unidos todavía no había cargos contra él. El colapso del Franklin Bank había ocasionado la detención de diversas personas, bajo distintas acusaciones. Sin embargo, en septiembre de 1978, el Tiburón seguía indemne de cargos contra él. Su principal problema, por aquellas fechas, seguía siendo Italia.

El equipo de abogados de Sindona, cuyo contrato se elevaba a un millón de

dólares, había persuadido a las cortes judiciales norteamericanas para que pospusieran la orden de extradición hasta que los investigadores judiciales de Estados Unidos pudieran comprobar que había pruebas bien fundadas contra Sindona en relación con los distintos cargos que se le imputaban desde Milán.

A partir de mayo, los acusadores norteamericanos habían trabajado de firme para obtener las pruebas que se les exigían. Con la colaboración de la mafia y de sus colegas de la P2, Sindona había trabajado igual de firme para hacer desaparecer todo vestigio de pruebas contra él. A medida que avanzaba el mes de septiembre de 1978, sin embargo, Sindona todavía tenía sin resolver una serie de ominosos «problemas». El primero de ellos era el testimonio que había presentado en los procedimientos judiciales para la extradición un testigo que se llamaba Nicola Biase, antiguo empleado de Sindona, y que amenazaba con ser muy peligroso. Sindona se las arregló para solucionar ese «problema». Después de plantear sus dificultades a algunos miembros de la familia Gambino, se llegó a un pequeño acuerdo. No era nada especialmente siniestro. Simplemente, Biase, su mujer, sus hijos y su abogado serían amenazados de muerte. Si Biase sucumbía ante estas intimidaciones y retiraba su testimonio, las cosas se quedarían como estaban. Si Biase, en cambio, se negaba a cooperar con la mafia, entonces los gambino y Sindona planeaban «revisar» la situación, lo cual no auguraba nada bueno para la salud, el bienestar y la vida misma de Nicola Biase. El acuerdo inicial, por el que se habían pagado mil dólares para que unos «especialistas» se encargaran de intimidar a Biase, se incrementaría sustancialmente hasta alcanzar una cifra apropiada. Los encargados de hacer cumplir el acuerdo, los especialistas contratados eran Luigi Ronsisvalle y Bruce McDowall. Ronsisvalle tiene como ocupación habitual y medio de vida la de asesino profesional.

La mafia también le planteó otro contrato a Ronsisvalle, anunciándole que Michele Sindona exigía la muerte de John Kenney, fiscal general suplente de Estados Unidos.

No hay nada que ilustre mejor la mentalidad de Michele Sindona como su actitud en este caso: ponerle precio a la cabeza de John Kenney, principal acusador en el juicio por extradición. Era el hombre que dirigía el ataque del Gobierno de Estados Unidos contra la permanencia de Michele Sindona en el territorio de aquella nación. Sindona había llegado a la conclusión de que si Kenney era eliminado, el problema desaparecería. La muerte de Kenney serviría de advertencia al gobierno norteamericano, que comprendería que Michele Sindona se estaba empezando a hartar. Entonces, pensaba Sindona, las investigaciones en curso cesarían. Ya no habría más irritantes sesiones judiciales, ni más absurdos intentos para deportarlo a Italia. El proceso mental de Sindona, en este caso en concreto, es ciento por ciento típico de la mafia siciliana. Se trata de una filosofía que ha demostrado ser muy práctica en Italia, donde funciona una y otra vez. Es una parte esencial, motriz en realidad, de lo que ha dado en llamarse la «solución italiana». Las autoridades pueden ser amedrentadas, y lo son. Un investigador que tenga que reemplazar a un colega

que ha sido asesinado se moverá con más tiento que su malogrado precursor. Para Sindona, lo que funcionaba efectivamente en Palermo tenía que funcionar con igual efectividad en Nueva York.

Por muy asesino que fuera de profesión, Luigi Ronsisvalle se resistía a aceptar la oferta. El precio era de 100 000 dólares, suma harto razonable, pero Ronsisvalle, que había llegado a conocer mejor que Sindona el modo de vida de los norteamericanos, temía que después de cumplir con su parte del contrato no le quedara mucho tiempo por delante para disfrutar de las ganancias. Si Kenney moría asesinado iba a haber olas, grandes olas, todo un oleaje. Como acto de buena voluntad, y en nombre de la familia Gambino, Ronsisvalle empezó a indagar a ver si encontraba algún profesional más incauto, que confiara en poder seguir con vida después de asesinar a un fiscal.

Entonces Sindona y sus socios se dedicaron a examinar el siguiente problema, Carlo Bordonni, que había hecho negocios con Sindona en otro tiempo y que había llegado a ser también un gran amigo suyo. Ya entonces, Bordonni se enfrentaba a múltiples acusaciones relacionadas con el colapso del Franklin Bank, y Sindona sabía muy bien que su viejo compinche era capaz de brindar pruebas letales contra él con tal de hacer méritos y reducir su propia condena. Se decidió, por lo tanto, hacer extensivo a Carlo Bordonni el tratamiento que se iba a aplicar a Nicola Biase, familia y abogado.

Los restantes problemas de Sindona se encontraban en Italia, y especialmente dentro del Vaticano. Si Marcinkus caía, Calvi también caería y si Calvi caía, Sindona caería con él. Los cuatro años de lucha para eludir la extradición no habrían servido de nada. ¿Es posible que un hombre que creía poder resolver sus problemas en Estados Unidos con el asesinato de un fiscal, pudiera pensar que la más grave amenaza que se cernía sobre él en Italia la podía eliminar con el asesinato de un papa?

Sindona, Calvi, Marcinkus y Cody: el 28 de septiembre de 1978, cada uno de estos cuatro hombres estaba a punto de perderlo todo si Albino Luciani se decidía a emprender determinadas acciones. Licio Gelli y Umberto Ortolani también se veían directamente afectados. Para estos dos hombres, líderes de la P2, perder a Roberto Calvi significaba que la logia perdería a su principal valedor.

Al llegar el 28 de septiembre, otro nombre se sumó a la creciente lista de los hombres que estaban a punto de verse afectados por las actividades que pensaba emprender el papa Luciani. Este nuevo nombre era el del cardenal Jean Villot, secretario de Estado del Vaticano.

En la mañana del 28 de septiembre, después de un desayuno a base de café y *croissants*, Luciani se encaminó a su despacho. Eran las ocho de la mañana y tenía mucho trabajo por delante.

Lo primero que hizo Luciani fue encarar la actitud del *Osservatore Romano*, que se había convertido en un irritante problema. A lo largo del mes transcurrido desde el día mismo en que lo proclamaron papa, Luciani había acumulado numerosos motivos

de queja contra la pertinaz actuación obstruccionista del mencionado periódico. Después de ganar una importante batalla sobre el uso mayestático del «nos» y el «nuestro», que inicialmente el periódico había seguido empeñado en emplear en sustitución de la más humilde primera persona del singular que utilizaba Luciani en sus alocuciones, no había día que el periódico no irritara al nuevo pontífice.

El *Osservatore Romano* se adhería rígidamente a las alocuciones y a los discursos papales según la previa versión escrita por la Curia, haciendo caso omiso de cualquier comentario al margen del propio pontífice. El periódico criticaba incluso el que otros órganos de difusión italianos presentaran una versión más fidedigna de las palabras del papa. Sin embargo, todo eso no era nada comparado con otros problemas recientes, más acuciantes y de naturaleza más grave.

Se había desatado una campaña para constreñir a Luciani a seguir obligatoriamente las posturas de su precursor. Dicha campaña, de la que el periódico del Vaticano era una pieza fundamental, había alcanzado, después de la edición del 27 de septiembre del *Osservatore Romano*, un límite que Luciani consideraba intolerable.

Horrorizados, varios cardenales de la Curia acababan de descubrir que poco antes del cónclave Albino Luciani había sido interrogado para que opinara sobre el nacimiento de Louise Brown, conocida como el primer «bebé probeta». Louise Brown era una niña nacida recientemente en Gran Bretaña gracias a la ayuda de la inseminación artificial. A Luciani le habían entrevistado sobre el tema tres días antes de que muriera Pablo VI, pero sus opiniones no se divulgaron masivamente hasta que el artículo fue publicado en *Prospettive nel Mondo*, ya después de la elección pontifical. Los más recalcitrantes enemigos del control de la natalidad leyeron entonces con creciente desaliento las opiniones del hombre al que ya tenían como supremo pontífice.

Luciani había empezado a expresarse con cautela, dejando bien sentado que lo que decía era exclusivamente una opinión personal, porque él, al igual que todos, «esperaba conocer la auténtica doctrina de la Iglesia después de que fueran consultados los expertos». Sin embargo, su sorprendente designación le había colocado en la situación de que la auténtica doctrina de la Iglesia, tanto en aquella materia como en cualquier otra, era repentinamente una cuestión de su incumbencia personal: era él, Albino Luciani, como sumo pontífice, revestido de infalibilidad, el que sentaba el dogma y la doctrina.

En la entrevista que le habían hecho, Luciani expresaba un comedido entusiasmo por el nacimiento del «bebé probeta». Le alarmaba la posibilidad de que se crearan «fábricas de bebés», lo que llegado el tiempo demostraría haber sido una profética advertencia, visto que en California hay mujeres que se pelean por quedar embarazadas con espermatozoides de algunos premios Nobel.

En una referencia personal a los padres de Louise Brown, Luciani señalaba:

Siguiendo el ejemplo de Dios, que desea y ama la vida humana, envío al bebé mis mejores deseos. En

cuanto a sus padres, no tengo derecho a condenarlos. Subjetivamente, si actuaron con buena intención y buena fe, incluso es probable que hayan contraído un gran mérito ante los ojos de Dios por lo que han hecho con la colaboración de los médicos.

Más adelante, Luciani llamaba la atención sobre un pronunciamiento de Pío XII, que podía situar a la fertilización artificial en conflicto con la Iglesia. Luego, considerando que en su opinión todo individuo tiene derecho a elegir por sí mismo, Luciani expresaba una opinión que resulta básica para entender su actitud en relación con los problemas de orden moral: «En cuanto a la conciencia individual, pienso que cada persona debe seguir lo que le dice la suya, ya sea para prohibirle o para ordenarle que actúe. Mediante el pensamiento, el ser humano debe tratar siempre de desarrollar una conciencia sana y bien formada».

Los elementos del Vaticano que creían que las únicas conciencias bien formadas eran las que ellos mismos formaban, sin ninguna otra intervención, empezaron a refunfuñar molestos, indignados y hasta coléricos por las opiniones de Luciani. Poco a poco se empezaron a realizar discretas reuniones, cuyos participantes coincidían en la opinión de que fuera como fuese había que frenar a Luciani. Se habló airadamente de que «Pablo ha sido traicionado», lo cual, para muchos refinados miembros de la Curia, era una forma elegante de decir: «Discrepo».

Cuando empezaron a filtrarse noticias del cauteloso diálogo que se había iniciado entre la Secretaría de Estado y el Gobierno de Estados Unidos, los integrantes de este grupo de integristas decidieron que había llegado el momento de pasar a la acción. La información de que el papa había concedido una audiencia a una delegación estadounidense para dialogar sobre el control de natalidad, difundió el horror entre la facción de la Curia que consideraba que la encíclica *Humanae vitae* era y debía seguir siendo la última palabra sobre el tema.

El 27 de septiembre, apareció en la primera página del *Osservatore Romano* un largo artículo titulado «*Humanae vitae* y la moral católica», escrito por el cardenal dominico Luigi Ciappi, teólogo adscrito a la casa pontificia.

Luigi Ciappi había sido teólogo personal de Pío XII y de Pablo VI. Al provenir de una autoridad tan eminente, se desprendería que el artículo contaba con el imprimátur personal del nuevo papa.

El mismo artículo había sido publicado previamente en *Leterano*, para celebrar el décimo aniversario de la promulgación de *Humanae vitae*. El hecho de que el *Osservatore* lo reprodujera constituía un intento deliberado y evidente de coartar cualquier cambio en el tema del control de natalidad que Albino Luciani se propusiera efectuar.

El artículo del cardenal Ciappi es un largo elogio de *Humanae vitae*, en el que se exaltan las inmutables virtudes de la encíclica. Acompañaban al artículo copiosas citas de Pablo VI, pero de Luciani no aparecía ni una palabra que expresara que compartía las opiniones de Pablo VI y del cardenal Ciappi. La causa de esta remarcable ausencia era muy simple: Ciappi ni siquiera había hablado de su artículo

con Luciani. De hecho, el 27 de septiembre de 1978, Ciappi seguía a la espera de que Luciani le concediera una audiencia privada.

La primera noticia que tuvo Luciani de la existencia de aquel artículo y de las opiniones que contenía fue al leerlo en la edición del 27 de septiembre del *Osservatore Romano*. Con un furor que aumentaba por momentos, Luciani pasó a la segunda página del periódico para seguir con la lectura del artículo que, como ya se ha indicado, era muy largo. En la segunda página, para colmo, Luciani se encontró con otro golpe bajo de la Curia para socavar su posición. Titulado a tres columnas, había otro artículo: «El riesgo de la manipulación en la creación de la vida». Se trataba de una tosca y dogmática condena del nacimiento de la niña probeta Louise Brown y, por extensión, de toda práctica de inseminación artificial.

Tampoco en este segundo artículo se hacía referencia alguna a Luciani. Sin embargo, como bien sabían en la Curia, por más que el *Osservatore Romano* afirme que se trata de un vocero semioficial, también este segundo artículo sería considerado en todo el mundo como representativo del punto de vista del papa sobre la materia. Luciani se dio cuenta de que la batalla iba a ser larga y enconada.

El 28 de septiembre, poco después de las ocho de la mañana, el papa telefoneó a Villot para exigirle una completa explicación de la causa por la cual se habían publicado aquellos dos artículos. Luego Luciani habló por teléfono con el cardenal Felici, que se encontraba en Padua, a punto de empezar un retiro espiritual.

Luciani se había acostumbrado ya entonces a utilizar a Felici como el interlocutor ideal para sondear la receptividad de sus ideas. Aunque sabía muy bien que la opinión de Felici y la suya diferían radicalmente en multitud de cuestiones, Luciani también sabía que Felici era un hombre honesto y que le respondía siempre con total sinceridad. Como deán que era del Sacro Colegio, Felici conocía como pocos, como ninguno quizá, los entresijos y maquinaciones que se urdían en la Curia vaticana. Luciani sabía sacar partido a esta indudable virtud del cardenal.

Después de transmitirle su disgusto por la publicación de los dos artículos, Luciani le dijo a Felici:

—Hace unos días me avisasteis de que en la Curia querían refrenar de algún modo mi natural exuberancia.

—Era sólo una sugerencia, Su Santidad.

—Tal vez me hagáis el favor de devolverles el cumplido en mi nombre. Decid a los encargados de ese pequeño periódico que se refrenen en opinar sobre tales asuntos. Un editor es lo mismo que un papa. Ninguno es indispensable.

Después de acordar que se verían después de que Felici regresara de Padua, el papa Luciani se dedicó a examinar el siguiente problema de su agenda: la Iglesia católica neerlandesa.

Cinco de los siete obispos neerlandeses planeaban adoptar una actitud moderada en temas como el aborto, la homosexualidad y la ordenación sacerdotal de hombres casados. Entre los cinco obispos liberales figuraba el cardenal Willebrands, que le

había dado palabras de aliento a Luciani durante el cónclave. A estos cinco obispos se oponían los otros dos, que eran extremadamente conservadores. Se trataba de Gijssens, de Roermond, y Simonis, de Rotterdam. Una reunión que iba a celebrarse en Países Bajos en noviembre de 1978 prometía ser la arena de combate donde quedarían expuestas al público las profundas divisiones que existían en la Iglesia neerlandesa.

Había además otro problema, del que existía un detallado informe sometido a Pablo VI poco antes de morir.

Los jesuitas acosaban al mundialmente famoso teólogo y profesor, el dominico Edward Schillebeeckx. Al igual que con su contemporáneo suizo Hans Kung, los conservadores deseaban acallar las ideas de Schillebeeckx, por considerarlas demasiado radicales.

El temido y temible *índice*, en el que figuraban los libros desautorizados y prohibidos por la Iglesia, había sido eliminado por Pablo VI. Su muerte, sin embargo, había dejado sin resolver el problema de cómo sujetaría la Iglesia a sus pensadores de ideas más avanzadas. Tiempo antes, Luciani había empleado una frase de Hans Kung para condenar a los «teólogos de tres al cuarto». Pero ni Kung ni Schillebeeckx podían ser catalogados como teólogos de tres al cuarto. Eran dos brillantes y serios pensadores. Ambos articulaban en sus obras un profundo deseo por devolver a la Iglesia a sus verdaderos orígenes, que era algo que el papa Luciani aprobaba a su manera de todo corazón. Pocos minutos antes de las diez, Luciani apartó a un lado el informe sobre el caso Schillebeeckx y se sumergió en otros aspectos más agradables de su tarea: las audiencias.

La primera audiencia le correspondía a un grupo de gente en el que figuraba el hombre al que el propio Luciani había designado para que ocupara la presidencia de Cor Unum: el cardenal Bernard Gantin. El papa sonrió deslumbrado al observar la joven y poderosa figura de Gantin, que para él representaba la Iglesia del futuro. Durante la conversación, Luciani señaló: «Nuestra única tarea consiste en presentar a Jesucristo ante los ojos del mundo. Aparte de esto no tenemos razón de ser ni propósito, ni derecho siquiera a que nos escuchen».

Otro alto prelado que fue recibido en audiencia aquella mañana fue Henri de Riedmatten. Poco después del cónclave, cuando empezaron a cundir por Roma los rumores de que Luciani le había escrito un informe a Pablo VI, antes de la promulgación de *Humanae vitae*, en el que le aconsejaba que no confirmara la prohibición de los anticonceptivos, había sido Riedmatten el que se había encargado de calificar de «absoluta fantasía» aquellos rumores, aseverando que dicho informe jamás había existido. El motivo de su audiencia con el papa, el 28 de septiembre, era el de tratar ciertos asuntos relativos a su trabajo como secretario de Cor Unum, pero Luciani aprovechó la ocasión para advertirle que no volviera a difundir ningún «desmentido» carente de fundamento: «Tengo entendido que mi informe sobre el control de natalidad le resulta desconocido». Riedmatten farfulló algo sobre una

posible confusión. «Hay que tener cuidado, padre Riedmatten, y no hacer declaraciones públicas antes de aclarar toda confusión posible. Si tiene interés, seguro que le puedo conseguir una copia de mi informe».

Riedmatten le dio las gracias al papa. A partir de ese momento guardó un sapientísimo silencio mientras el papa Luciani discutía de los problemas del Líbano con el cardenal Gantin. Luciani le hizo saber a Gantin que el día anterior había hablado de su proyectada visita al Líbano con el patriarca Hakim, cuya diócesis, del rito grecomelquita, abarcaba no sólo el invadido territorio del Líbano, sino también el de la vecina e invasora Siria.

A continuación, Luciani recibió en audiencia a unos obispos de las islas Filipinas, que habían acudido a Roma a cumplimentar su obligatoria visita *ad limina*. Frente a aquellos hombres, que tenían que enfrentarse día tras día con la dictadura del presidente Marcos, el tema que eligió Luciani fue uno muy caro a su corazón: la evangelización. Sabedor de las dificultades que podían sufrir aquellos hombres si les hablaba directamente del presidente Marcos, el papa prefirió hacer una parábola y destacar la importancia de la evangelización. Les recordó el viaje que había efectuado Pablo VI a Filipinas.

En un momento que escogió para hablar de los pobres, de la justicia, de la paz, de los derechos humanos y de la liberación económica y social; en un momento en el que comprometió efectivamente a la Iglesia en la lucha por aliviar la miseria, el santo padre no podía ni debía guardar silencio sobre otro bien más elevado, es decir, sobre la plenitud de la vida en el reino de los cielos.

El mensaje podía ser entendido fácilmente, no sólo por los obispos, sino también y en consecuencia por la familia Marcos.

Después de las audiencias de la mañana, Luciani tenía una entrevista con el cardenal Baggio. Luciani había llegado a varias decisiones y estaba a punto de comunicarle dos de ellas a Baggio.

La primera decisión era sobre el problema del cardenal John Cody, de Chicago. Después de sopesar los pros y los contras, Luciani había decidido que Cody fuera removido. Había que hacerlo según el clásico estilo del Vaticano, es decir, sin la indebida publicidad. Le dijo a Baggio que había que darle a Cody la oportunidad de renunciar alegando su mala salud. En ese caso, se producirían pocos comentarios en la prensa porque era verdad que la salud de Cody distaba de ser buena.

Si Cody se negaba a renunciar, antes que sufrir el oleaje de una publicidad contraproducente, se nombraría un coadjutor por mucho que se opusiera el cardenal de Chicago. Se designaría otro obispo para hacerse cargo del poder y gobernar la diócesis. Luciani tenía la certeza de que, enfrentado a esta alternativa, Cody preferiría retirarse con dignidad. Si insistía en permanecer en su puesto lo conservaría, pero sería relevado de toda responsabilidad. En este aspecto Luciani fue transparente como el cristal. No había que plantearle preguntas al cardenal, no había que solicitarle nada. Se nombraría un coadjutor y listo.

Baggio estaba encantado. Por fin se había resuelto aquella desagradable situación.

Sin embargo, cuando Luciani le comunicó la otra decisión que había tomado, Baggio estaba muy lejos de sentirse complacido. Venecia seguía sin patriarca y el cargo le fue ofrecido a Baggio.

Muchos se hubieran sentido honrados con una oferta semejante. Baggio no. Al contrario: estaba furioso.

El ambicioso cardenal se veía a corto plazo como la figura dominante de la conferencia que se iba a desarrollar en la ciudad mexicana de Puebla. Baggio creía que el futuro de la Iglesia estaba en el Tercer Mundo. A largo plazo se veía de nuevo en Roma, en el corazón de los acontecimientos. Es decir, en el lugar que en aquellos momentos ocupaba el papa Luciani. En Venecia, Baggio, estaría lejos del centro de acción y, lo que aún era más grave, nadie pensaría en él cuando se elaboraran los planes para el futuro. La forma en que rechazó hacerse cargo del patriarcado de Venecia dejó asombrado a Luciani.

La obediencia al papa y al papado era algo que le había sido imbuido a Luciani desde muy temprana edad, cuando asistía al seminario de Feltre, y la obediencia que Luciani había adquirido tenía una naturaleza totalmente incuestionable. A lo largo de los años y a medida que progresaba en su carrera, Luciani había empezado a cuestionarse muchas cosas, sobre todo los negocios del Vaticano y la encíclica *Humanae vitae*. Sin embargo, le hubiera resultado indispensable hacer un llamamiento público para rebelarse contra unos temas tan importantes como éstos.

Luciani era un hombre que, a requerimiento de Pablo VI, había escrito un artículo tras otro apoyando los puntos de vista del pontífice. Al escribir uno de estos artículos, sobre el tema del divorcio, había comentado con aspereza al dárselo a su secretario el padre Mario Senigaglia: «Estoy seguro de que esto me traerá muchos dolores de cabeza cuando se publique, pero el Papa me ha pedido que lo escriba».

Rechazar una petición directa del papa de la forma arrogante que Baggio había adoptado era algo que iba más allá del entendimiento de Luciani. Lo que pasa es que los dos hombres funcionaban de acuerdo con dos conjuntos de valores distintos. Luciani pensaba en lo mejor para la Iglesia católica. Baggio pensaba en lo mejor para Baggio.

Diversos motivos habían llevado a Luciani a la conclusión de que lo más conveniente era apartar a Baggio de Roma y desplazarlo a Venecia. Uno de estos motivos, no el último ni el de menos peso, era que uno de los nombres que figuraban en la lista de masones que había recibido Luciani era precisamente el de Baggio, nombre masónico Seba, número dentro de la logia 85/2640. Enrolado el 14 de agosto de 1957.

Después de su conversación con el cardenal Felici sobre la infiltración masónica en la Iglesia, el nuevo papa había hecho otras averiguaciones al respecto. Un comentario de Felici le tenía preocupado: «Algunos de los que figuran en la lista son masones, pero otros no lo son». El problema de Luciani consistía en distinguir a los verdaderos de los falsos. Las averiguaciones le habían llevado a clarificar un poco la

situación.

La entrevista entre Baggio y Luciani me fue descrita como «una discusión muy violenta, si bien es verdad que el furor y la violencia procedían del cardenal. El santo padre, por su parte, no perdía la calma».

Perdiera o no la calma, cuando llegó la hora de la comida Luciani tenía un grave problema sin resolver. Venecia seguía sin jefe espiritual y Baggio se aferraba a que su lugar estaba en Roma. Un pensativo Luciani se sentó a la mesa y empezó a ingerir la sopa de modo mecánico.

El veranillo de San Martín del que Roma había disfrutado a lo largo de todo septiembre había llegado a su fin y el tiempo había empezado a refrescar aquel jueves 28. Después de una corta siesta, Luciani decidió ejercitar su organismo sin salir a los jardines: caminaría en el interior de sus aposentos. Empezó a pasearse por los corredores hasta que a las tres y media, cumplido el ejercicio prescrito, se encerró en su despacho y realizó diversas llamadas telefónicas.

Volvió a consultar al cardenal Felici, en Padua, y también llamó a Venecia, para hablar con el cardenal Benelli, a quien le planteó los eventos de aquella jornada matinal, incluido su enfrentamiento con Baggio. Luego los dos hablaron de la próxima entrevista que iba a sostener el papa con el cardenal Villot. Luciani había tomado varias decisiones que iba a transmitir a su secretario de Estado.

Luciani y Villot se sentaron a compartir una infusión de manzanilla. En un intento por hacer más llevaderas sus relaciones con el secretario de Estado, de cuando en cuando el papa hablaba con Villot en francés, que era la lengua natal del cardenal. Era una demostración de buena voluntad que el cardenal de St. Amande-Tallende apreciaba en lo que valía.

A Villot le había impresionado la rapidez y eficiencia con que Luciani se había adaptado al pontificado. Esta opinión había sido divulgada, a través de las oficinas de la Secretaría de Estado, a muchos amigos y antiguos colegas de Luciani. Monseñor De Rif, que todavía servía en la diócesis de Vittorio Véneto, fue uno de los que recibieron un informe de esta naturaleza.

En la Secretaría de Estado, del cardenal Villot para abajo, todos admiraban el método de trabajo del papa Luciani, la habilidad que tenía para llegar en seguida a la raíz de los problemas y adoptar firmes y rápidas decisiones. Les impresionaba su destreza para salir airoso de sus difíciles cometidos. Estaba claro que se trataba de un hombre que una vez que tomaba una decisión perseveraba en ella hasta el final. No toleraba recibir presiones. En mi opinión, esta característica de marcarse una línea y seguirla hasta el fin era uno de los rasgos más notables de Albino Luciani.

Al caer la tarde del 28 de septiembre de 1978, Jean Villot recibió una extensa demostración de esta habilidad que tanta impresión le había causado a lo largo de los últimos treinta y tantos días. El primer problema que había que tratar era el Istituto per le Opere di Religione, o sea, el Banco del Vaticano. Para entonces, Luciani ya estaba en posesión de una gran cantidad de información minuciosamente detallada. El propio Villot le había remitido un primer informe preliminar. Luego Luciani había obtenido más información a través del arzobispo Giuseppe Caprio, lugarteniente de

Villot, y a través de Benelli y Felici.

El obispo Marcinkus, iniciador del plan y activo colaborador de Roberto Calvi en la adquisición de la Banca Cattolica, ya podía considerarse, como muchos otros, como un pollo a punto de entrar en el asador. Villot se apresuró a informar al papa de que, como era inevitable, se había filtrado al exterior cierta información sobre las investigaciones que se realizaban en relación con el Banco del Vaticano. Los órganos de prensa italianos se empezaban a mostrar muy curiosos, y además se había publicado muy recientemente un amplio reportaje sobre el tema.

La revista *Newsweek* tenía buenas fuentes de información dentro del Vaticano. Se había enterado de que, antes del cónclave, un considerable número de cardenales habían solicitado al cardenal Villot un informe completo sobre las actividades del Banco del Vaticano. También, siempre según sus «fuentes dignas de crédito», la revista hacía notar que existía la intención de desplazar a Marcinkus. Citando una fuente inidentificada de la Curia, la revista incluía la siguiente declaración: «Hay en curso una gestión para sacar a Marcinkus del Vaticano. Probablemente lo nombren obispo auxiliar».

Luciani sonrió. «¿Acaso *Newsweek* me sugiere a quién debo poner en el lugar de Marcinkus?».

Villot lo negó moviendo la cabeza.

Según avanzaba la conversación, Luciani dejó bien claro que no tenía la más mínima intención de permitir que Marcinkus siguiera en el Vaticano, y mucho menos al frente del banco.

Unos días antes, en una entrevista de 45 minutos, Luciani había evaluado personalmente a Marcinkus y había llegado a la conclusión de que podía resultar de utilidad como obispo auxiliar de Chicago. No le había dado ningún indicio de sus proyectos, pero la fría cortesía con la que le había tratado, no sólo le había resultado más que reveladora al hombre de Cicerone, sino que tampoco le había pasado inadvertida a los demás miembros de la Curia.

De regreso en su despacho después de la entrevista con Luciani, Marcinkus le había confesado a un amigo: «Lo más probable es que no siga aquí mucho más tiempo».

Tanto a Calvi, con el que había hablado por teléfono, como a sus colegas del Banco del Vaticano, Marcinkus les había señalado: «Haríais bien en tener en cuenta que el nuevo papa es muy distinto al anterior. Se van a producir cambios aquí dentro. Grandes cambios».

Marcinkus estaba en lo cierto. Luciani le dijo a Villot que había que destituir a Marcinkus inmediatamente. No dentro de un mes ni siquiera de una semana, sino al día siguiente. En un plazo máximo de 24 horas, Marcinkus tendría que presentar un permiso para ausentarse. Con el tiempo, cuando se hubiera resuelto el problema del cardenal Cody, se le encontraría un puesto adecuado en la ciudad de Chicago.

Villot recibió el anuncio de que Marcinkus iba a ser reemplazado por monseñor

Giovanni Angelo Abbo, secretario de la Prefectura de Asuntos Económicos de la Santa Sede. Siendo como era una figura clave en el tribunal financiero del Vaticano, monseñor Abbo podría aportar a su nueva tarea una sólida experiencia en cuestiones económicas.

Los inspirados cien días iniciales del pontificado de Juan XXIII indudablemente habían galvanizado al papa Luciani. Las zarpas del león que llevaba dentro y que sus íntimos esperaban que mostrara le fueron enseñadas a Villot en todo su poder aquella tarde del 28 de septiembre.

A causa de su humildad y gentileza, antes de llegar a papa, Luciani parecía mucho más bajo de lo que era en realidad. A numerosas personas que le habían tratado a lo largo de muchos años, Luciani les daba la impresión de confundirse con el decorado. Sus modales eran tan dulces y apacibles que, en cualquier reunión en la que hubiera mucha gente, la mayoría ni siquiera advertía la presencia de Albino Luciani. Para Villot, sin embargo, Albino Luciani estaba hartamente presente aquella tarde. Luciani le dijo:

Hay otros cambios que quiero que se realicen en seguida en el Istituto per le Opere di Religione. Mennini, De Strobel y monseñor De Bonis deben ser destituidos. Inmediatamente. A De Bonis le reemplazará monseñor Antonetti. Las otras dos vacantes las discutiré con monseñor Abbo. Quiero también que se corten todos nuestros vínculos con el Banco Ambrosiano. Me propongo terminar con esta relación en un futuro muy próximo. En mi opinión, resultaría imposible dar este paso si los que tienen las riendas son los mismos de ahora.

Cuando le entrevisté, el padre Magee me dijo, como una observación de carácter general, que Luciani «sabía lo que quería. En realidad lo tenía todo muy claro en este aspecto. Sin embargo, la forma que tenía de alcanzar sus objetivos rezumaba delicadeza».

Luciani hizo gala de esta delicadeza cuando se explayó en su conversación con Villot. Ambos sabían que Marcinkus, Mennini, De Strobel y De Bonis, no sólo tenían lazos inextricables con Roberto Calvi, sino también con Michele Sindona. Lo que no se dijo entonces no podría ser mal interpretado más adelante.

El cardenal Villot recibió la noticia de los cambios sin hacer apenas ningún comentario. En los años que llevaba en la Curia, Villot había aprendido muchas cosas. Había gente en el Vaticano que le consideraba un hombre muy poco efectivo. Sin embargo, su presunta falta de efectividad había sido a menudo una técnica deliberada para no crearse problemas. En el lenguaje habitual de la aldea del Vaticano es lo que se llamaría una técnica de supervivencia: cuanto menos se aparente saber más posibilidades hay de ascender.

Acto seguido, Luciani abordó el problema de Chicago y la discusión que había sostenido con Baggio para concertar el ultimátum que había que transmitirle al cardenal John Cody. Villot aprobó de viva voz aquella medida. Al igual que Baggio, Villot pensaba que Cody resultaba demasiado gravoso para la Iglesia católica en Estados Unidos. El hecho de que el problema por fin se hubiera resuelto era motivo de honda gratificación para el secretario de Estado del Vaticano.

Luciani le dijo que quería que se realizaran unos sondeos, a través del nuncio papal en Washington, para tratar de encontrar un posible sucesor de Cody. A continuación el papa agregó: «Se ha traicionado la confianza de los fieles en Chicago. Debemos asegurarnos de que sea quien fuere la persona que reemplace a Su Eminencia, tenga la habilidad necesaria como para ganarse el corazón y la mente de los miembros de la diócesis».

Luciani planteó después la negativa de Baggio a aceptar el patriarcado de Venecia, así como la firme determinación que tenía de obligar a Baggio a que fuera donde se le ordenaba ir. «Venecia no es ningún apacible lecho de rosas. Hace falta un hombre con la fortaleza de carácter que tiene Baggio. Quiero que abordéis este tema con él, que le digáis que en estas horas difíciles todos debemos realizar ciertos sacrificios. Tal vez convendría que le recordarais que yo tampoco deseaba aceptar *este trabajo*».

Esta argumentación hubiera tenido muy poco valor para Baggio, porque él sí deseaba ávidamente encontrarse en el lugar de Luciani. Diplomáticamente, Villot prefirió pasar por alto este punto.

Luego el papa comunicó a su secretario de Estado los otros cambios que tenía planeados. Le dijo que el cardenal Pericle Felice sería nombrado vicario de Roma, en sustitución del cardenal Ugo Poletti, quien ocuparía el lugar de Benelli como arzobispo de Florencia. Benelli, por su parte, sería nombrado secretario de Estado, es decir, reemplazaría al propio cardenal Villot.

Villot se tomó un tiempo para meditar sobre los cambios propuestos, que incluían su propia «dimisión». Se sentía viejo y cansado. Además hacía tiempo que se encontraba gravemente enfermo, y los dos paquetes de cigarrillos que se fumaba a diario no se puede decir que favorecieran su ya delicada salud.

A finales de agosto, Villot había manifestado su deseo de retirarse en poco tiempo. Ahora que le había llegado el momento, le parecía que era demasiado pronto para sus planes. Por supuesto, habría un período en el que seguiría al frente de la Secretaría de Estado, mientras su sucesor se empapaba sobre el cargo que iba a asumir. Pero, a todos los efectos, su poder había terminado. Además, el hecho de que Luciani se propusiera sustituirlo por Benelli debió de resultarle particularmente vejatorio a un hombre como Villot. Tiempo atrás Benelli había sido el segundo de a bordo en la Secretaría de Estado, detrás de Villot, y las relaciones entre los dos habían distado mucho de ser amistosas.

Aparentemente, Villot se concentró en el estudio de las notas que había tomado sobre los cambios que el papa Juan Pablo I se proponía realizar. El papa, por su parte, dejó a un lado sus propias notas manuscritas y sirvió más manzanilla en las dos tazas. Luego Villot le dijo:

—Creía que Su Santidad tenía la intención de designar a Casaroli para que ocupara mi lugar.

—Es verdad. Al principio tuve esa precisa intención. Creo que Casaroli ha

realizado muchos trabajos brillantes. Sin embargo, comparto las reservas de Giovanni Benelli sobre ciertas iniciativas políticas que la Iglesia ha tomado recientemente en relación con los países de Europa Oriental.

Luciani esperaba de Villot alguna palabra de aliento. El silencio, sin embargo, se alargaba. Nunca hasta entonces, en su cotidiana relación con el papa, Villot había abandonado las formalidades. Siempre conservaba su máscara impasible. Siempre mantenía su distante frialdad. Luciani había intentado, directamente y a través de Felici y Benelli, conseguir que sus relaciones con Villot fueran un poco más cálidas. Pero la fría, distante y profesional objetividad que eran su marca de fábrica, su característica más notoria, nunca abandonaron ni por un instante a Villot. Al final tuvo que ser Luciani el que rompiera el silencio.

—¿Bien, Eminencia?

—El papa sois vos. Sois libre para elegir.

—Sí, sí, pero ¿qué opináis?

Villot se encogió de hombros.

—Estas decisiones alegrarán a unos y disgustarán a otros. Dentro de la Curia romana hay cardenales que se movieron lo suyo para apoyar vuestra elección y que ahora se sentirán traicionados. Considerarán que estos cambios, que estas designaciones contradicen la voluntad del difunto santo padre.

Luciani sonrió.

—¿Es que el difunto santo padre planeaba hacer nombramientos a perpetuidad? En cuanto a los cardenales que tanto se afanaron para que me designaran papa, quiero que entendáis esto. Lo he dicho ya muchas veces, pero me parece que tendré que repetirlo. En ningún momento aspiré a que me eligieran papa. No quería ser papa. Nadie podrá dar el nombre de ningún cardenal, ni uno solo, al que le haya hecho ninguna proposición. Ninguno al que haya tratado de persuadir para que me votara. No era lo que yo quería. Tampoco era cuestión mía. Hay hombres aquí, dentro de la Ciudad del Vaticano, que parecen haber olvidado la verdadera finalidad de la Iglesia. Hombres que han convertido la Santa Sede en una especie de mercado. Éste es el motivo por el cual pienso realizar todos estos cambios.

—Se dirá que habéis traicionado a Pablo.

—También se dirá que he traicionado a Juan, que he traicionado a Pío. Cada uno encontrará una luz que lo alumbre, según cuáles sean sus necesidades. En lo que me concierne, mi única misión es la de no traicionar a Nuestro Señor Jesucristo.

La discusión se prolongó casi dos horas. A las siete y media de la tarde Villot se retiró. Regresó a su oficina, muy cerca de los aposentos papales, se sentó detrás de su mesa de trabajo y se dedicó a estudiar la lista de cambios. Luego abrió un cajón y extrajo otra lista. Tal vez se trataba de una mera coincidencia. Sin embargo, todos los hombres a los que Luciani iba a desplazar figuraban en la lista de presuntos masones que Pecorelli había publicado. Marcinkus, Villot, Poletti, Baggio, De Bonis. Todos figuraban en la lista. Todos iban a ser reemplazados. Los clérigos que Luciani había

designado hasta ese momento para un nuevo y más importante cometido se hacían notar de una forma aún más evidente en la lista de Pecorelli justamente por lo contrario: porque no figuraban en ella. Benelli, Felici, Abbo, Antonetti: ninguno de ellos era tachado de masón.

El cardenal Villot dejó a un lado la lista y dedicó su atención a otra nota que había sobre la mesa. Era la confirmación definitiva de que la reunión entre el comité norteamericano sobre el control de población y el papa Albino Luciani se celebraría finalmente el 24 de octubre. Una delegación del Gobierno de Estados Unidos que trataba de modificar la posición de la Iglesia sobre la píldora anticonceptiva se iba a reunir en cuestión de pocas semanas con un papa que precisamente estaba ansioso por realizar esa modificación.

Villot se levantó de su asiento dejando descuidadamente a la vista los papeles que había sobre su mesa. El hombre de hielo había perdido, no sólo su frialdad, sino su aplomo. ¿Qué signo más evidente podía haber de que el león por fin había enseñado sus garras?

Inmediatamente después de haber terminado su entrevista con Villot, a las siete y media de la tarde, Albino Luciani pidió al padre Diego Lorenzi que se pusiera en contacto con el cardenal Colombo, en Milán. Pocos instantes después, Lorenzi le comunicaba al pontífice que Colombo no estaría disponible hasta las nueve menos cuarto. Mientras Lorenzi regresaba a su despacho, el padre Magee se reunió con Luciani. Juntos recitaron la parte final del breviario del día. Lo hicieron en inglés.

A las ocho menos diez, Luciani se sentó a la mesa con Magee y Lorenzi. Luciani había olvidado por completo su larga y tirante reunión con el cardenal Villot y ahora charlaba amistosamente mientras las hermanas Vincenza y Assunta servían la cena, que consistía en consomé, bistec de buey, judías verdes y ensalada. Luciani apenas si bebió unos sorbos de su vaso de agua, Lorenzi y Magee bebieron vino tinto.

Sentado a uno de los extremos de la mesa, al padre Lorenzi le asaltó de golpe un pensamiento: con 33 días a punto de cumplirse, el pontificado de Albino Luciani ya había dejado de ser el más corto de la historia. Lorenzi se disponía a convertir en palabras aquel súbito pensamiento, cuando el papa sacó a relucir el tema de su nuevo reloj. Se trataba de un regalo que le había hecho monseñor Macchi, el secretario privado del papa Pablo. Luciani lo había aceptado porque poco tiempo antes Felici le había advertido que algunos miembros de la Curia veían con malos ojos su viejo reloj. Lo consideraban inadecuado porque daba una mala imagen.

Era así, con ese tipo de triquiñuelas, que la Curia trataba de convertir al pontífice en un vendedor de coches de segunda mano, cuya principal preocupación debía consistir en llevar los pantalones bien planchados. La última vez que se vio con su hermano Eduardo, el papa Luciani le ofreció su viejo reloj con las siguientes palabras: «Según parece, al papa no le está permitido usar un viejo y baqueteado reloj al que hay que darle cuerda cada dos por tres. ¿Te ofenderás si te lo cedo?».

Finalmente, Luciani le entregó su nuevo reloj a Magee para que lo ajustara

cuando empezara el informativo de la televisión. Faltaba exactamente un minuto para las ocho.

Muy poco después de haber disfrutado de una anodina cena, el papa regresó a su estudio para repasar las notas que había utilizado durante su discusión con Villot. A las nueve menos cuarto, Lorenzi le puso en comunicación con Milán para que hablara con el cardenal Colombo.

Cuando se lo pedí, el cardenal Colombo se negó a dejarse entrevistar, pero otras fuentes indicaban que la conversación con Luciani giró en torno a los cambios que Luciani pensaba llevar a cabo. No hubo discrepancias de opinión. A lo máximo que llegó el cardenal Colombo fue a declarar: «Me habló [Luciani] largo rato, con un tono de voz normal, del que no se podía inferir que sufriera ninguna molestia física ni enfermedad. Estaba completamente sereno y lleno de esperanzas. A modo de despedida me dijo: “Rezad”».

Lorenzi advirtió que la llamada telefónica terminó alrededor de las nueve y cuarto de la noche. Luego Luciani se dedicó a repasar una alocución que pensaba efectuar para la Compañía de Jesús el sábado 30. Había telefoneado al general de los jesuitas, el padre Pedro Arrape, para avisarle de que tendría un par de cosas que señalar sobre la disciplina.

Luciani subrayó un trozo de su discurso, relacionado de algún modo con los cambios que acababa de ordenar.

Sin duda conocéis muy bien y os preocupáis justificadamente por los grandes problemas económicos y sociales que mortifican hoy en día a la humanidad y que están tan íntimamente relacionados con la vida cristiana. Sin embargo, cuando busquéis una solución a esos problemas, tenéis que saber distinguir la misión de los hombres de Iglesia de las tareas que incumben a los seglares. Los sacerdotes deben animar e inspirar a los legos para que cumplan con sus deberes, pero no deben ocupar su lugar ni descuidar su labor específica, que es la evangelización.

Luciani dejó a un lado el discurso sobre su mesa de trabajo, y volvió a coger las notas sobre los drásticos cambios que había discutido con el cardenal Villot. Con los papeles en la mano se levantó, se encaminó a la puerta de su despacho, la abrió, vio al padre Magge y al padre Lorenzi, y se despidió de ellos de esta forma: «Buona note. A domani. Se Dio vuole». («Buenas noches. Hasta mañana. Si Dios quiere»).

Faltaban cinco minutos para que dieran las nueve y media. Albino Luciani cerró la puerta de su despacho. Había pronunciado sus últimas palabras. Su cuerpo sin vida sería encontrado a la mañana siguiente. Las circunstancias precisas en relación con el descubrimiento de su cuerpo demuestran con bastante elocuencia que el Vaticano perpetró un encubrimiento. Empezó con una mentira, para seguir con una tonelada de mentiras. Mentiras sobre pequeñas cosas y mentiras sobre grandes cosas. Todas estas mentiras no tenían sino un único propósito: disfrazar el hecho de que Albino Luciani, el papa Juan Pablo I, murió asesinado en algún momento entre las nueve y media de la noche del 28 de septiembre y las cuatro y media de la madrugada del 29 de septiembre de 1978.

Albino Luciani fue el primer papa que murió a solas en más de cien años, pero

hacía mucho más de cien años que ningún papa había muerto asesinado.

Cody. Marcinkus. Villot. Calvi. Gelli. Sindona. Por lo menos uno de estos seis hombres había puesto en marcha un mecanismo, calculado como un reloj, para que cumpliera con un determinado cometido a últimas horas de la noche del 28 de septiembre o a primeras horas de la madrugada del día 29. Este mecanismo, este curso de acción derivaba de la previa conclusión de que la solución italiana tenía que ser aplicada una vez más. El papa debía morir.

Todavía tenemos miedo

¿Cómo y por qué cayó la oscuridad sobre la Iglesia católica el 28 de septiembre de 1978?

El «por qué» ya ha quedado establecido. Existía una plétora de motivos. El «cómo» también presenta una alarmante cantidad de posibilidades. Si Albino Luciani fue asesinado por cualquiera de las causas ya anotadas, entonces hay que deducir una serie de factores.

El asesinato debía llevarse a cabo furtivamente. Para que el *statu quo* de corrupción que existía antes de la elección de Luciani pudiera continuar, el asesinato tenía que pasar inadvertido, había que disfrazarlo. No podía producirse un atentado a balazos contra el papa en medio de la plaza de San Pedro. No podía realizarse contra él ningún ataque público, que hubiera conducido inevitablemente a una investigación en gran escala para descubrir por qué aquel apacible e intachable hombre que era Albino Luciani había sido eliminado. La muerte tenía que producirse de tal forma que los interrogatorios públicos y la ansiedad de la gente se redujeran al mínimo.

La mejor forma de matar al papa era mediante un veneno que después de administrado no dejara ninguna señal externa. Según se ha investigado y demostrado, existen más de doscientas drogas que servirían para ese fin. Una droga como el digital, por ejemplo, es sólo una de una larga lista. Es una droga insípida e inodora que se puede agregar a la comida, a la bebida o a cualquier medicamento prescrito y habitual, sin que la incauta víctima pueda apercibirse de que ha tomado una dosis letal.

Sea quien fuere el que planeó el asesinato del papa, tiene que tratarse de una persona que conociera a la perfección la conducta y la forma de actuar del Vaticano. El asesino o los asesinos tenían que saber que fueran cuales fuesen los indicios que se encontraran después del asesinato, no se realizaría la autopsia. Teniendo en cuenta que podían confiar plenamente en este hecho, entonces había más de doscientas drogas para elegir. Una droga como el digital causa la muerte de una forma que un examen externo practicado por los médicos del Vaticano les llevaría a la conclusión de que la muerte se debía a un ataque cardiaco. Los conspiradores debían estar perfectamente informados de que no había nada en las leyes apostólicas que exigiera la realización de una autopsia. Más aún: los conspiradores tenían que saber que, aunque las sospechas se dispararan hasta las más altas cotas dentro del Vaticano, era virtualmente seguro que las jerarquías de la Curia y los médicos que examinaran el cadáver se contentarían con un examen externo y un diagnóstico superficial. Si a un incauto Luciani le fue suministrada una droga como el digital a últimas horas de la tarde, entonces los criminales tenían que tener la certeza de que el papa se recluiría en su dormitorio a primeras horas de la noche, que se metería en la cama y que sucumbiría al sueño final. La muerte por digital suele producirse entre las dos y las seis horas después de que la víctima haya ingerido la dosis mortal. En la mesilla de

noche, al lado de su cama, el papa tenía junto a su viejo y baqueteado reloj despertador un frasco de Efortil, que son unas gotas que Luciani se administraba desde hacía algunos años para mitigar su baja tensión sanguínea. Una dosis letal de digital (media cucharadita hubiera sido suficiente) habría pasado inadvertida de haber sido agregada al medicamento.

El papa tomaba otros pocos medicamentos, tales como unas píldoras vitamínicas, tres veces al día con las comidas, y unas inyecciones de cortexadrenal, que es un estimulante de la glándula suprarrenal secretora de adrenalina. Estos medicamentos también eran para paliar la tensión baja. Luciani recibía las inyecciones en tanda, dos veces al año, una en primavera y otra en otoño. El fármaco que se le administraba mediante este sistema variaba, aunque uno de los más habituales era Cortiplex. Las inyecciones se las ponía la hermana Vincenza, de ahí que la presencia de la monja en los aposentos papales se hiciera necesaria. Tanto las inyecciones y las píldoras como el Efortil que Luciani tenía junto a su lecho estaban al alcance de cualquiera, ya que no se tomaba ninguna precaución al respecto. Acceder al lugar donde se guardaban las medicinas no hubiera representado ningún problema para una persona con propósitos asesinos. De hecho, tal como quedará establecido, el acceso a cualquier lugar de los aposentos pontificios no representaba ninguna dificultad para nadie que tuviera el propósito de terminar con la vida de Albino Luciani.

A las cuatro y media de la mañana del viernes 29 de septiembre, la hermana Vincenza llevó un café al estudio del papa, como era lo habitual. Unos instantes después la hermana golpeó en la puerta del dormitorio del papa y llamó: «Buenos días, santo padre». Por una vez no obtuvo respuesta. Vincenza aguardó un momento y luego se alejó despacio. A las cinco menos cuarto regresó. La cafetera seguía intacta sobre la bandeja, en el estudio.

La hermana Vincenza trabajaba con Luciani desde 1959, cuando éste era obispo de Vittorio Véneto. Ni una sola vez en dieciocho años se había quedado dormido. Angustiada, la hermana se acercó a la puerta del dormitorio y trató de oír algún sonido. El silencio era total. La hermana volvió a golpear la puerta, tímidamente al principio, con más contundencia después. El silencio perduraba. Por el resquicio debajo de la puerta salía una línea de luz.

La hermana Vincenza volvió a golpear la puerta. Seguía sin obtener respuesta. Cuando por fin la hermana abrió la puerta, vio a Albino Luciani sentado en la cama. Llevaba puestas las gafas y sus manos sujetaban unas hojas de papel. Tenía la cabeza ladeada hacia la derecha y entre sus labios separados asomaban sus dientes. Sin embargo, no se trataba de la cara sonriente que tanta impresión causaba entre las muchedumbres. No era una sonrisa lo que mostraba el rostro de Luciani, sino una expresión indudable de agonía. La hermana Vincenza le tomó el pulso. Hace muy poco, la hermana revivió aquellos momentos en una entrevista que me concedió: «Es un milagro que siga con vida; tengo el corazón delicado. Pulsé el timbre para llamar a los secretarios, y luego salí a buscar a las otras hermanas y a despertar a don Diego».

Las hermanas residían en la otra punta de los aposentos papales. El padre Magee dormía escaleras arriba, en el ático. Temporalmente, el padre Lorenzi dormía cerca del papa Luciani, ya que estaban decorando su dormitorio, que era el que antes ocupaba monseñor Macchi, el secretario de Pablo VI. El padre Lorenzi fue despertado bruscamente por la hermana Vincenza.

Para entonces, muchos romanos madrugadores habían advertido con satisfacción que la luz de la habitación del papa se hallaba encendida. Resultaba agradable saber que uno no era el único en estar levantado a una hora tan temprana. Sin embargo, a lo largo de toda aquella noche, los guardias de seguridad del Vaticano no habían advertido el brillo de la luz en la ventana del dormitorio del papa.

Medio dormido todavía, completamente aturdido también, el padre Diego Lorenzi no apartaba los ojos del cuerpo sin vida de Albino Luciani. El siguiente en llegar fue el padre Magee. Por segunda vez en menos de dos meses, Magee tenía ante sus ojos el cuerpo sin vida de un papa, aunque en esta ocasión las circunstancias eran muy distintas que en la ocasión anterior.

Cuando Pablo VI murió, el 6 de agosto, había muchas personas apiñadas alrededor del lecho de muerte de Castel Gandolfo, la residencia veraniega del papa, cerca de Roma. En las últimas 24 horas se habían sucedido los boletines médicos, con detallados informes sobre la agonía del papa Montini, así como con una detallada relación de las causas que le habían llevado a la muerte, que se produjo a las diez menos veinte de la noche.

Ahora, sólo 33 días después de haber sido elegido como pontífice, Albino Luciani había muerto a solas. ¿Causas de su muerte? ¿Hora en que murió?

Después de uno de los cónclaves más cortos de la historia, uno de los papados más cortos. Desde hacía más de 400 años, ningún papa había muerto tan poco tiempo después de ser elegido. Para encontrar un pontificado más breve es necesario remontarse hasta 1605, con el papa León XI, que reinó durante 17 días.

¿Cómo murió Albino Luciani?

Lo primero que hizo el padre Magee fue telefonar al secretario de Estado, el cardenal Villot, que residía dos plantas más abajo.

Menos de doce horas antes, Luciani le había comunicado a Villot que iba a ser sustituido de inmediato por Benelli. Ahora, con la muerte del papa, Villot no sólo se aseguraba de que permanecería en el cargo hasta que se eligiera un sucesor, sino que asumía de nuevo el papel de camarlengo, lo que le colocaba temporalmente al frente de la Iglesia.

Alrededor de las cinco de la mañana, Villot ya estaba en el dormitorio del papa y confirmaba por sí mismo que Luciani había muerto.

Si la muerte de Luciani se produjo por causas naturales, entonces las subsecuentes acciones e instrucciones de Villot resultan inexplicables. Su conducta sólo se puede entender si se vincula a una específica conclusión. O bien el cardenal Jean Villot tomó parte en una conspiración para asesinar al papa o bien descubrió en el

dormitorio del pontífice claras evidencias que indicaban que éste había sido asesinado y, para proteger a la Iglesia, rápidamente decidió destruirlas.

Junto a la cama del papa, en la mesilla de noche, estaba el frasco con el medicamento que Luciani tomaba contra la tensión baja. Villot se lo embolsó en la sotana y arrancó de las manos yertas de Luciani los apuntes sobre los desplazamientos y las designaciones que el papa le había comunicado la víspera. También los papeles se los guardó Villot. Del estudio del pontífice desapareció su testamento. De su dormitorio desaparecieron sus gafas y sus zapatillas. Nada de todo esto se ha vuelto a encontrar. Luego Villot creó, para los aturdidos integrantes del servicio papal, una relación totalmente ficticia sobre las circunstancias en las cuales se había descubierto el cadáver de Luciani. Villot impuso un voto de silencio en cuanto al hallazgo de la hermana Vincenza e instruyó a todos para que las noticias sobre la muerte de Luciani fueran silenciadas hasta que él ordenara lo contrario. Entonces se sentó detrás de la mesa de trabajo del papa y se dedicó a hacer una serie de llamadas telefónicas.

Según la versión ocular de los testigos directos a los que he interrogado, tanto el frasco de medicina como las gafas, las zapatillas y el testamento del papa estaban, si no en su dormitorio, sí en su despacho antes de que entrara Villot. Después de realizar éste su inspección, todas esas cosas habían desaparecido.

El primero en recibir la noticia de la muerte del papa Luciani fue el cardenal Confalonieri, que a sus 86 años de edad seguía siendo deán del Sacro Colegio. Luego fue informado el cardenal Casaroli, eje de la diplomacia del Vaticano. Villot ordenó a las monjas encargadas de la centralita telefónica que localizaran a su comisionado y número tres en la jerarquía eclesiástica, el arzobispo Giuseppe Caprio, que estaba de vacaciones en Montecatini. Sólo después de realizar estas llamadas, Villot se comunicó con el doctor Renato Buzzonetti, jefe del servicio sanitario del Vaticano. Por último, Villot se puso en contacto con el sargento Hans Roggan de la Guardia Suiza, a quien pidió que subiera inmediatamente a los aposentos papales.

El padre Diego Lorenzi, que era el único hombre que había acompañado a Luciani desde Venecia, vagaba aturdido por los pasillos. Había perdido a un hombre que en los dos últimos años se había convertido en su segundo padre. Deshecho en llanto, Lorenzi trataba de comprender, de encontrarle algún significado a lo sucedido. Cuando por fin Villot diera su consentimiento para que el mundo supiera lo que había pasado, millones de seres humanos compartirían la amargura y el asombro del padre Lorenzi.

A pesar de las instrucciones que había dado Villot para que no se filtrara la noticia, Lorenzi telefoneó al médico de Luciani, el doctor Giuseppe da Ros. Hacía veinte años que Da Ros atendía a Luciani como médico personal. Lorenzi recuerda vívidamente la reacción del doctor. «Estaba aturdido, estupefacto. No se lo podía creer. Me preguntó el motivo, pero yo no lo sabía. También el doctor Da Ros se hallaba desconcertado. Me dijo que iría a Venecia de inmediato en coche, y que de

allí tomaría un avión para Roma».

La otra llamada telefónica que efectuó el padre Lorenzi aquella mañana fue a Pía, la sobrina de Albino Luciani y probablemente la persona más próxima al papa de toda su familia. Al parecer, Diego Lorenzi fue el único miembro de la Iglesia católica que pensó que también los papas tienen familiares. Lorenzi prefirió informarle personalmente a Pía por teléfono sobre lo ocurrido, antes de que ella se enterara a través de la radio.

«Le hemos encontrado muerto esta mañana. Ahora hay que tener mucha fe», le dijo. Mucha gente iba a necesitar fe. Muchas personas iban a tener que dejar de razonar para poder tragarse lo que Villot y sus colegas les transmitirían en los próximos días.

Las noticias habían empezado a circular por la aldea del Vaticano. En un patio cercano al Banco del Vaticano, el sargento Roggan se encontró con el obispo Paul Marcinkus. Eran las siete menos cuarto de la mañana. Marcinkus vivía en la Villa Stritch, en la Via della Noceta, en Roma. Nunca que se sepa se destacó por ser madrugador. Qué hacía entonces a esa hora tan temprana en el Vaticano es algo que sigue constituyendo un misterio.

La Villa Stritch queda a tres cuartos de hora en coche del Vaticano. Para estar en el Vaticano a las siete menos cuarto, el obispo Marcinkus se tuvo que despertar como muy tarde a las cinco y media.

Al ver a Marcinkus, el sargento Roggan le espetó brutalmente la noticia: «El papa ha muerto». Marcinkus se limitó a clavar su mirada en los ojos del sargento de la Guardia Suiza, que acercándose más al director del Banco del Vaticano le dijo: «El papa Luciani. Está muerto. Lo han encontrado muerto en su cama».

Marcinkus no reaccionó. Sólo siguió con la vista clavada en el sargento, que después de unos instantes se alejó, sintiendo que le seguía la mirada de Marcinkus.

Unos días después, durante el funeral del pontífice, Marcinkus dio una explicación de su extraño comportamiento. Le dijo al sargento: «Perdóneme. Creí que se había vuelto loco».

El doctor Buzzonetti examinó brevemente el cadáver. Le comunicó a Villot que la causa de la muerte había sido un infarto agudo de miocardio, un ataque cardiaco. El doctor fijó la hora de la muerte alrededor de las once de la noche.

Fijar la hora de la muerte a las once de la noche, y diagnosticar la causa de la muerte como infarto de miocardio después de un examen superficial y breve del cadáver, es clínicamente imposible.

Antes de que Buzzonetti examinara el cuerpo sin vida de Luciani, aproximadamente a las seis de la mañana, Villot ya había decidido que el difunto Juan Pablo I debía ser embalsamado de inmediato.

Incluso antes de telefonar al cardenal Confalonieri, a las cinco y cuarto, Villot ya había puesto en marcha el mecanismo para asegurarse de que el fallecido Albino Luciani sería rápidamente embalsamado. Los hermanos Ernesto y Renato Signoracci

se habían encargado de embalsamar a los dos papas anteriores. Ahora, una llamada telefónica antes de que alboreara y un coche del Vaticano que llegaba a recogerlos a las cinco de la mañana, eran los actos iniciales de lo que iba a ser un largo día para los hermanos Signoracci. Que los localizaran tan temprano demuestra claramente que el Vaticano se había puesto en comunicación con el Instituto de Medicina en el que trabajaban ambos hermanos y que las primeras instrucciones las recibieron entre las cinco menos cuarto y las cinco.

A las siete de la mañana, más de dos horas después de que la hermana Vincenza encontrara el cuerpo sin vida de Albino Luciani, el mundo seguía sin saber que el papa Juan Pablo I había dejado de existir. En el villorrio del Vaticano, mientras tanto, el edicto de Villot era pasado por alto. En Florencia, el cardenal Benelli se enteró de lo ocurrido a las seis y media de la mañana, por una llamada telefónica. Desconsolado, llorando a lágrima viva, Benelli se retiró a su habitación y se puso a rezar. Las esperanzas, los sueños y las aspiraciones que tenía se habían hecho pedazos. Los planes que había elaborado Luciani, los cambios que pensaba introducir, la nueva dirección que iba a emprender la Iglesia: todo había quedado en nada. Cuando un papa muere, toda decisión que no haya sido anunciada públicamente muere con él. *A menos que su sucesor decida retomarla.*

A las siete y veinte, las campanas de la iglesia parroquial de Canale d'Agordo, pueblo natal de Albino Luciani, tañían la lúgubre noticia. Radio Vaticano, sin embargo, guardaba un absoluto silencio sobre la muerte del papa. Finalmente, a las siete y veintisiete minutos, casi tres horas después de que la hermana Vincenza hubiera efectuado su macabro descubrimiento, el cardenal Villot ya se sentía lo bastante seguro de tener bajo control los acontecimientos:

En la mañana del día de hoy, 29 de septiembre de 1978, alrededor de las cinco y media, el secretario particular del papa, extrañado de que, contra lo habitual, el santo padre no estuviera en la capilla de sus aposentos privados, fue a buscarle a su habitación y lo encontró muerto en la cama con la luz encendida, como si hubiera estado leyendo. Advertido de inmediato, el doctor Renato Buzzonetti verificó la muerte del papa y estableció que el fallecimiento presumiblemente se produjo en la noche de ayer, alrededor de las once. Según el doctor Buzzonetti, el papa «murió súbitamente, probablemente a causa de un infarto de miocardio».

Posteriores boletines oficiales señalarían que el secretario particular en cuestión era el padre Magee, quien, de acuerdo con las declaraciones del Vaticano, acostumbraba a decir misa con el papa a las cinco y media de la mañana. También se informó oficialmente de que al morir el papa estaba leyendo *La imitación de Cristo*, una obra del siglo xv que habitualmente se atribuye a Thomas de Kempis.

Además del frasco de medicamento, las notas manuscritas, el testamento, las gafas y las zapatillas, también la hermana Vincenza y su descubrimiento, que se produjo a las cinco menos cuarto de la mañana, se habían esfumado.

A pesar de haber dispuesto de al menos dos horas y cuarenta y cinco minutos para fraguar una sólida mentira, Villot y sus asesores lo único que hicieron fue una vulgar chapucería:

Mientras todos los periódicos, emisoras de radio y cadenas de televisión del mundo libre difundían amplios informes y reportajes basados en los boletines oficiales del Vaticano, Villot se las veía y se las deseaba para mantener a flote su chapucera barcaza.

La idea de colocar un libro que Luciani reverenciaba entre sus manos muertas le pudo parecer brillante a Villot. El problema era que no había ningún ejemplar de dicho libro en el dormitorio del papa. Más aún: no había ningún ejemplar en los aposentos pontificios. El ejemplar que poseía Luciani todavía seguía en Venecia, y cuando unos pocos días antes el papa tuvo la necesidad de citar a Kempis, mandó a Lorenzi a que le pidiera un ejemplar a su confesor del Vaticano. Don Diego le devolvió el libro al confesor antes de que el papa muriera, de modo que la burda trama del libro no se podía sostener durante mucho tiempo.

El Vaticano perseveró con aquella mentira en especial hasta el día 2 de octubre, es decir, durante cuatro días. A lo largo de esos cuatro días, la falsa información que brindaba el Vaticano penetraba en el pensamiento del público en general y se transformaba en la realidad, en la verdad, en certeza.

Muchas personas creyeron la información proveniente del Vaticano. Empezó a circular una historia sobre el padre Magee, que había entrado en el dormitorio papal poco antes de las diez de la noche del 28 de septiembre. Esta historia, que emanaba directamente de la Curia romana, afirmaba que Magee había ido a comunicarle al Papa que un estudiante había sido asesinado en Roma. «¿De nuevo están esos jóvenes tiroteándose unos a otros? Es realmente terrible». Por todo el mundo se difundiría ampliamente que éstas habían sido las últimas palabras del papa. De esa forma se podía dar crédito a una posible explicación sobre la repentina muerte del papa. Así se podría pensar que había fallecido por la impresión que le habían causado tan lamentables novedades como las que le había dado su secretario.

Sin embargo, esa breve conversación final entre Luciani y Magee nunca existió. Es una invención más del Vaticano.

Abundan las invenciones del Vaticano. Otro ejemplo lo constituye la mentira perpetrada sobre el hábito que tenía Luciani de decir la misa junto con Magee a las cinco y media de la mañana, cuando la verdad es que la misa no se celebraba hasta las siete en los aposentos pontificios. Tal como hemos anotado con anterioridad, entre las cinco y media y las siete, Albino Luciani solía dedicarse a la meditación y la oración, generalmente a solas, aunque a veces se le reunían Magee y Lorenzi alrededor de las seis y media.

La imagen de un sorprendido, de un alarmado padre Magee al advertir que Luciani no aparece en la capilla a las cinco y media es una pura fantasía del Vaticano.

El mundo entero se conmovió con la inesperada muerte del papa Luciani. Las pesadas puertas de bronce de la basílica fueron clausuradas, la bandera del Vaticano ondeaba a media asta. Éstos eran los indicios externos de la muerte de Luciani, pero lo súbito de su muerte resultaba tan chocante que millones de personas en todo el

mundo se repetían las mismas dudas y manifestaban la misma atónita y desconcertada incredulidad que el doctor De Ros, el médico personal de Albino Luciani.

El papa sonriente había encandilado al mundo. ¿Cómo era posible entonces que el candidato de Dios, debidamente elegido, pasara por el mundo tan de prisa como un suspiro?

El cardenal Willebrands, de Países Bajos, que albergaba grandes esperanzas en cuanto al pontificado de Albino Luciani, declaró: «Es un desastre. No puedo transmitir con palabras lo felices que nos sentíamos aquel día de agosto después de haber elegido al papa Juan Pablo. ¡Teníamos tantas y tan grandes esperanzas! Era una sensación maravillosa: la sensación de que algo nuevo iba a ocurrir en nuestra Iglesia».

El cardenal Baggio, que era uno de los hombres a los que el papa Luciani había decidido extirpar de Roma, se mostró mucho menos abatido. «El Señor nos utiliza pero no nos necesita —declaró por la mañana temprano, después de haber visto el cuerpo sin vida de Luciani. Agregó—: Era como un cura párroco cuya parroquia era la Iglesia entera». Cuando le preguntaron qué pasaría después de morir el papa, el cardenal Baggio contestó tranquilamente: «Fabricaremos otro».

Baggio, sin embargo, constituye una excepción. La mayoría de la gente mostró una profunda emoción y un gran amor por el papa fallecido. Cuando por fin emergió de sus aposentos, a las nueve de la mañana, el cardenal Benelli fue inmediatamente rodeado por los periodistas. Con lágrimas que todavía le surcaban el rostro, dijo: «La Iglesia ha perdido el hombre adecuado para el momento adecuado. Todos nos sentimos profundamente afectados y doloridos. Estamos asustados. Uno no puede explicarse que pasen cosas así. Son circunstancias que nos limitan y condicionan».

Mientras tanto, en el Vaticano, los planes de Villot para que Luciani fuera inmediatamente embalsamado se empezaban a encontrar con dificultades. Los cardenales Felici, desde Padua, y Benelli, desde Florencia, que conocían con precisión la naturaleza de los cambios que Luciani se disponía a llevar a cabo, estaban particularmente alterados por lo ocurrido y así se lo hicieron saber por teléfono al cardenal Villot. Ya entonces se empezaba a murmurar en Italia que habría que hacer la autopsia. Era una opinión que, vistas las circunstancias, Benelli y Felici estaban inclinados, si no a sustentar, por lo menos a considerar. Si el cuerpo de Luciani era embalsamado, si la causa de la muerte había sido la ingestión de algún veneno, la autopsia no serviría de nada.

Oficialmente, el Vaticano creó la impresión de que el cuerpo de Juan Pablo I ya había sido embalsamado antes de ser expuesto al público en la Sala Clementina, el viernes a mediodía. Sin embargo, las personas que desfilaron aquel día por la sala tenían ante ellos a un Luciani ya difunto pero entero, es decir, sin embalsamar. El padre Diego Lorenzi declaró:

El cuerpo fue trasladado de los aposentos privados a la Sala Clementina. El cuerpo no estaba

embalsamado. Lo vestimos entre el padre Magee, monseñor Noe y yo. Después Magee y yo nos quedamos junto al cuerpo sin vida hasta las once. A esa hora llegaron los hermanos Signoracci.

El contraste con la muerte de Pablo VI era sobrecogedor. Al morir Pablo VI el público apenas si mostró una mínima emoción. Con la muerte de Luciani se produjo un tumulto, una generalizada conmoción. Sólo el primer día, 250 000 personas desfilaron frente a su cuerpo sin vida. Las sospechas de la gente de que la muerte de Luciani no se había producido por causas naturales crecía por momentos. Se podía escuchar a hombres y mujeres que al pasar junto al papa yacente exclamaban: «¿Quién ha podido hacerte esto? ¿Quiénes te han asesinado?».

Mientras tanto, crecían los debates sobre la autopsia entre una minoría de cardenales que se iban reuniendo en Roma. Si Albino Luciani hubiera sido un ciudadano romano vulgar, no hubiera habido lugar a debate ninguno, se habría realizado una autopsia inmediata. Las leyes italianas establecen que no se puede embalsamar a nadie hasta que hayan transcurrido por lo menos 24 horas desde que se produjo la muerte, salvo dispensa especial de un magistrado. Si un ciudadano italiano hubiera muerto en circunstancias similares a las que rodearon la muerte de Luciani, se hubiera ordenado practicarle la autopsia. La moraleja al parecer consistiría en que cualquier italiano que desee que se realicen todos los preceptos legales y correctos después de su muerte, lo primero que debe evitar es convertirse en jefe de Estado de la Iglesia Católica Romana.

De ser unos hombres que no tuvieran nada que ocultar, las acciones de Villot y de otros miembros de la Curia romana resultarían totalmente incomprensibles. Cuando un grupo de hombres conspira para fraguar un encubrimiento, inexorablemente es porque hay algo que encubrir.

La razón más estrafalaria que he oído sobre estos manejos me la brindó un cardenal residente en Roma.

Me dijo [Villot] que lo que había ocurrido era un trágico accidente. Que el papa, sin duda sin darse cuenta, había tomado una sobredosis de su medicina. El camarlengo señaló que si se llevaba a cabo la autopsia era fatal que se descubriera que el papa había ingerido una sobredosis, y que nadie se creería que Su Santidad había actuado por descuido. Algunos habrían considerado su muerte como un suicidio. Otros hubieran proclamado que el santo padre había muerto asesinado. Por eso se acordó que no se realizara la autopsia.

Entrevisté dos veces al profesor Giovanni Rama, el especialista que prescribió a Luciani el Efortil, el Cortiplex y otros medicamentos con el propósito de paliar los efectos de su baja presión arterial. Luciani era paciente suyo desde 1975. Las observaciones del doctor Rama sobre la posibilidad de que Luciani se hubiera administrado accidentalmente una sobredosis mortal son bastante reveladoras.

Es inconcebible pensar en una sobredosis accidental. Luciani era un hombre muy consciente, muy escrupuloso. Además era muy sensible con los fármacos. Sólo precisaba pequeñas dosis. De hecho, la dosis de Efortil que tomaba era la mínima. Normalmente, la dosis consiste en 60 gotas al día, pero a Luciani le bastaba con 20 o 30 gotas. Los dos éramos muy prudentes con la prescripción y administración de medicamentos.

En posteriores conversaciones con mi informante, se me dijo que Villot había llegado a la deducción de que Luciani se había autoadministrado una sobredosis letal de su medicina en el dormitorio, y que luego guardó en su sitio el frasco con las gotas. Si esto fuera cierto, Villot sería un hombre dotado con unas atribuciones extraordinarias. El papa muere a solas, tras haberse retirado a sus habitaciones en perfecto estado de salud y después de llevar a cabo una serie de decisiones, entre las cuales había una que afectaba directamente el futuro de Villot. Sin necesidad de ningún examen forense, sin necesidad de ningún tipo de evidencia, externa o interna, el anciano secretario de Estado deduce que el sensato y racional Albino Luciani se ha matado accidentalmente. Tal vez una patraña de este calibre tenga credibilidad dentro de la rarificada atmósfera de la aldea del Vaticano. Sin embargo, en el mundo exterior, haría falta que se presentaran pruebas auténticas para poder sustentar ésta o cualquier otra hipótesis.

No cabe duda de que el propio Villot se encargó de destruir algunas de las evidencias clave, que hubieran podido establecer la verdad de los hechos. Me refiero al frasco de medicina y a las notas que Luciani había elaborado en relación con los importantes cambios que pensaba emprender. Una medida del pánico que tenía Villot se puede inducir de la desaparición del testamento y última voluntad de Albino Luciani. Aunque no contenía nada significativo en relación con su muerte, fue destruido junto con otras pruebas sin duda vitales. Por qué desaparecieron las gafas y las zapatillas de Luciani sigue siendo un misterio.

Los rumores se empezaron a expandir por el Vaticano. Se dijo que la luz de alarma de un panel que hay en los aposentos papales se había encendido durante la noche y que nadie había respondido a la señal de auxilio. Se dijo que se habían encontrado huellas de vómitos en el dormitorio, sobre diversos objetos, y que por ese motivo habían desaparecido las zapatillas y las gafas. Frecuentemente, los vómitos constituyen uno de los primeros síntomas de una sobredosis de digital. Grupos de obispos y sacerdotes se reunían en distintas oficinas de la Curia y recordaban el curioso incidente de la repentina muerte del arzobispo de Leningrado, del rito greco-ortodoxo, Nicodemo, que había sido recibido en una audiencia especial por Albino Luciani el 5 de septiembre y que de pronto, sin previo anuncio, se había doblado en su silla y se había caído hacia adelante. Unos minutos después estaba muerto. El prelado ruso tenía 49 años, se encontraba muy mal de salud y había sufrido varios ataques cardíacos previos. Después de la muerte de Luciani se empezó a rumorear en el Vaticano que Nicodemo, poco antes de morir, había tomado una taza de café que en realidad estaba destinada al papa Luciani. En la asustadiza ciudad-estado, olvidándose de la frágil salud del prelado soviético, de los ataques cardíacos que había sufrido antes, su súbita muerte cobraba el ominoso aspecto retrospectivo de haber sido una señal, una advertencia, un presagio de los horribles sucesos que se habían desarrollado en los aposentos pontificios.

A lo largo del día, todo lo que pertenecía a Albino Luciani fue retirado de los

apuestos pontificios, incluidos sus apuntes, cartas, libros y escasos recuerdos personales, tales como la fotografía de sus padres con la pequeña Pía. Miembros de la Secretaría de Estado, subalternos por lo tanto de Villot, se encargaron de retirar los documentos confidenciales. Rápidamente desapareció de los aposentos papales toda evidencia material de que Albino Luciani había vivido y trabajado allí dentro. A las seis de la tarde, las 19 habitaciones de los aposentos estaban totalmente limpias de cualquier cosa que pudiera asociarse con el pontificado de Albino Luciani. Era como si nunca hubiera estado allí, más aún: como si nunca hubiera existido. A las seis de la tarde, los aposentos pontificios fueron sellados por el cardenal Villot. Seguirían cerrados hasta la elección del sucesor de Luciani.

Sin que nadie se lo impidiera, las monjas que habían servido a Luciani, al igual que sus dos secretarios, se marcharon del lugar. Magee conservaría como recuerdo las cassettes que utilizaba Luciani para mejorar su inglés. Lorenzi se llevó un revoltillo de imágenes y recuerdos. Eludiendo cuidadosamente la vigilancia de los periodistas, monjas y secretarios buscaron refugio en unos alojamientos de las monjas de la Congregación de María Bambina.

John Magee estaba destinado a servir como secretario privado de tres papas: Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II. Se trata sin duda de una notable proeza. Diego Lorenzi, el joven sacerdote italiano, se encontraba destrozado por la muerte del hombre al que más quería. Con el tiempo volvería al norte de Italia para dar clases en una pequeña escuela. Vincenza sería enviada más al norte todavía, a un oscuro convento. La maquinaria del Vaticano trataría de asegurarse, con estos destierros, de que ninguno de ellos fuera fácil de localizar.

Después de cerrar al público las puertas de la Sala Clementina, a las seis de la tarde del viernes 29 de septiembre, seguramente el hombre más aliviado del Vaticano era el cardenal Villot: por fin podía respirar tranquilo; por fin el trabajo de los embalsamadores podía empezar. Una vez que el cuerpo de Luciani estuviera embalsamado, sería una empresa difícil, por más autopsia que se le hiciera, descubrir cualquier vestigio de veneno. Si el papa realmente había muerto de un infarto agudo de miocardio, los fluidos y bálsamos del embalsamamiento no afectarían las válvulas cardíacas que la pura naturaleza había lesionado.

En lo que presumiblemente no pasa de ser irónica coincidencia, la Asociación de Farmacéuticos de Roma escogió precisamente aquel día para publicar un comunicado de prensa en el que se advertía que determinados medicamentos esenciales para tratar distintos casos de intoxicación o envenenamiento no se hallaban disponibles, así como tampoco ciertas medicinas necesarias para diversas dolencias cardíacas. Quizá tiene mayor trascendencia la declaración que los periodistas italianos consiguieron extraerle finalmente a Villot: «Cuando le vi por última vez, ayer por la tarde, Su Santidad estaba en perfecto estado de salud y totalmente lúcido. Me había dado detalladas instrucciones para el día siguiente».

Detrás de las puertas cerradas de la Sala Clementina, el laborioso proceso de

embalsamamiento se prolongó por espacio de tres horas. El cuidado y la preservación del cuerpo se hallaban bajo la responsabilidad del profesor Cesare Gerin, pero el verdadero trabajo lo llevaron a cabo el profesor Marracino y los hermanos Ernesto y Renato Signoracci.

Al examinar el cadáver antes de que lo trasladaran a la Sala Clementina, los hermanos Signoracci habían llegado a la conclusión, por la ausencia del *rigor mortis* y por la temperatura del cuerpo, que la muerte se había producido, no a las once de la noche del 28 de septiembre, sino entre las cuatro y las cinco de la madrugada del día 29. Sus conclusiones se vieron confirmadas por monseñor Noe, que les dijo que el papa había muerto poco antes de las cinco de la mañana. Me entrevisté con los hermanos Signoracci en tres ocasiones distintas, y les interrogué a fondo. Los dos se mostraron concluyentes e inamovibles en afirmar que la muerte de Albino Luciani había acaecido entre las cuatro y las cinco de la mañana, y que el cuerpo sin vida del papa había sido encontrado menos de una hora después de que se produjera su muerte. Si la contundente conclusión de los hermanos Signoracci es correcta, entonces una de dos: o el papa Luciani estaba todavía con vida cuando la hermana Vincenza entró en su dormitorio o acababa de morir. Sólo una autopsia rigurosa y completa hubiera podido esclarecer estas conflictivas opiniones.

Por estrictas exigencias del Vaticano, no se extrajo la sangre del cadáver ni se le extirparon los órganos. Para preservarlo de la corrupción le fueron inyectados varios productos químicos, tales como formalina, a través de la arteria femoral y de otros conductos arteriales y venosos. El proceso duró más de tres horas.

La causa por la cual el proceso fue tan prolongado reside en que, contra la práctica habitual, en que la sangre es extraída y diluida con una solución salina, que se hace circular por todo el cuerpo, el Vaticano se mostró inflexible en que no debía extraerse ni una gota de sangre del cadáver. Por supuesto, una pequeña cantidad de sangre hubiera bastado para que un perito forense pudiera establecer la presencia de cualquier sustancia venenosa.

El tratamiento cosmético que se le dio al cuerpo sin vida de Luciani hizo desaparecer la expresión de angustiosa agonía que tenía su cara al morir. Las manos que habían aferrado las escamoteadas hojas de papel se cerraron en torno a un rosario.

Por fin, poco antes de medianoche, el cardenal Villot se pudo retirar a dormir.

De acuerdo con las leyes italianas, Pablo VI no había sido embalsamado hasta después de transcurridas 24 horas de su fallecimiento. Aunque después de la muerte del papa Pablo hubo denuncias de incompetencia médica, no se produjo ni la más mínima sugerencia de ningún juego sucio. Ahora, sin embargo, a pesar de que tanto el público en general como los periódicos, las emisoras de radio y las cadenas de televisión reclamaban que se efectuara la autopsia, el cuerpo de Albino Luciani había sido embalsamado unas doce horas después de haber sido encontrado sin vida.

El sábado 30 de septiembre había en el aire una pregunta que urgía cada vez más

una clara y precisa respuesta: «¿Por qué no se ha efectuado la autopsia?».

Los medios de comunicación empezaron a buscarle una explicación a la inesperada muerte de Albino Luciani. La Curia se apresuró a recordar a los reporteros una observación fuera de contexto (es decir, que no figuraba en el texto que le habían escrito para que leyera) que había hecho Albino Luciani el 27 de septiembre, durante su última audiencia general de los miércoles. Volviéndose hacia un grupo de enfermos y minusválidos que habían acudido a la Sala Nervi, Luciani había dicho: «Quiero que recordéis que vuestro papa ha estado ocho veces en el hospital y ha sido operado en cuatro ocasiones».

La oficina de prensa del Vaticano empezó a responder a las preguntas sobre la salud de Luciani remitiendo una y otra vez la frase entrecomillada más arriba. Tanto la usaron que al final parecía un contestador automático, que respondía siempre con las mismas palabras y que producía esa misma clase de frustración que provocan los contestadores automáticos a todo el que desea hablar con un ser humano y no con una máquina.

Los distintos medios de comunicación coincidían en afirmar que Luciani no había dado muestras de tener mala salud durante su breve pontificado. Al contrario, decían, parecía la misma imagen de la salud, lleno de vida y de ánimo. Gente que conocía a Luciani desde hacía mucho tiempo empezó a recibir solicitudes para que diera su testimonio al respecto.

Cuando monseñor Senigaglia, que había sido secretario de Luciani en Venecia durante más de seis años, reveló que el difunto papa había superado un chequeo médico completo poco antes de partir de Venecia para el cónclave, y que el resultado de los análisis a los que le habían sometido había sido «positivo en todos los aspectos», las exigencias para que se efectuara la autopsia se acentuaron.

Cuando numerosos especialistas médicos italianos empezaron a afirmar categóricamente la necesidad de practicar la autopsia para certificar el motivo preciso de la muerte, el pánico dentro del Vaticano llegó a alturas mayúsculas. Los médicos estaban bien dispuestos a considerar, e incluso a ofrecer, diversos factores que podían haber contribuido a la muerte de Luciani (el más recurrente era el repentino estrés de verse convertido en papa), pero no había un médico en toda Italia que pareciera dispuesto a aceptar sin una autopsia la afirmación de que Albino Luciani, como decían en el Vaticano, había muerto a causa de un infarto de miocardio.

El Vaticano pasó al contraataque con el argumento de que realizar la autopsia iba contra las normas de la Santa Sede, lo cual no pasaba de ser otra de tantas patrañas que le fueron comunicadas a la prensa internacional. Posteriormente interrogaciones realizadas por periodistas italianos establecieron que el Vaticano se refería a la Constitución Apostólica anunciada por el papa Pablo VI en 1975. Éste era el documento que detallaba los procedimientos que había que efectuar para la elección de su sucesor, con sus órdenes para que se buscaran dispositivos ocultos de transmisión dentro de la zona del cónclave y con sus instrucciones sobre el tamaño

que debían tener las papeletas de voto. Una cuidadosa lectura del documento establece sin lugar a dudas que Pablo se olvidó de cubrir la posibilidad de cualquier controversia en relación con las causas de su propia muerte. El documento ni prohibía ni aprobaba la práctica de la autopsia. Sencillamente omitía el tema.

La muerte de Pablo VI se convirtió en un asunto de controversia pública. Ha quedado abrumadoramente establecido que la vida del papa Pablo pudo haberse prolongado. En opinión de reputados expertos mundiales, el tratamiento médico que recibió durante sus últimos días había dejado mucho que desear. Desde el hospital de Ciudad de El Cabo, al ser informado de que el papa Pablo no había sido ingresado en una unidad de cuidados intensivos, el doctor Christian Barnard declaró: «Si eso hubiera sucedido en África del Sur, los médicos responsables hubieran sido denunciados por negligencia a la Asociación Médica».

Entre la pléyade de médicos que se habían encargado del tratamiento de Pablo VI, uno de los principales era el doctor Renato Buzzonetti, jefe de los servicios sanitarios del Vaticano. El mismo médico que, en opinión del doctor Barnard, había actuado con negligencia en agosto se arriesgaba en septiembre a determinar la causa de la solitaria muerte de Albino Luciani. Sin autopsia, el dictamen del doctor Buzzonetti carece de toda validez.

En medio de estas circunstancias, el cardenal Confalonieri presidió la primera asamblea de la Congregación de Cardenales que, como ya ha sido expuesto, es el organismo que controla los negocios eclesiásticos durante el período de sede vacante, o sea, entre la muerte de un papa y la elección de su sucesor.

Todos los cardenales del mundo forman parte de la Congregación, a la que pueden integrarse si se encuentran en Roma. Cuando se celebró la asamblea inicial, a las once de la mañana del sábado 30 de septiembre de 1978, la gran mayoría de los cardenales se hallaba desparramada por todas partes del mundo. De los 127 cardenales con los que contaba la Iglesia, sólo 29 se hicieron presentes en la asamblea, y, por supuesto, casi todos italianos.

Esta minoría tomó una serie de decisiones, una de ellas que el entierro de Albino Luciani se efectuaría el miércoles siguiente, o sea, el 4 de octubre. Por el momento, el masivo interés de la gente por desfilar ante el cuerpo sin vida de Luciani causaba estragos entre las jerarquías del Vaticano.

La Curia había previsto que el público demostraría el mismo interés (es decir, casi ninguno) que con la muerte de Pablo VI, lo cual constituye otro ejemplo de los fracasos de la Curia en cuanto a percatarse del profundo impacto que había causado Luciani en las masas.

La Congregación también tomó la decisión de trasladar aquella misma tarde el cuerpo del difunto papa a la basílica de San Pedro.

Sin embargo, las dos decisiones más significativas adoptadas aquella mañana eran que el próximo cónclave debía inaugurarse en la fecha más próxima posible, que era el 14 de octubre, y que no habría autopsia para determinar las causas de la muerte de

Luciani.

Las dudas y tribulaciones de hombres como Benelli, Felici y Caprio sobre la muerte de Luciani fueron desestimadas. Sabiamente convencidos de que la controversia crecería en violencia mientras la opinión pública no tuviera otra cosa con la que entretenerse y desviar su atención, Villot y sus colegas tomaron una decisión absolutamente opuesta a la adoptada en agosto. Entonces el cónclave había sido postergado el mayor tiempo posible, o poco menos. Ahora se iba a realizar dentro del período más breve que autorizaba el edicto de Pablo VI.

Principalmente los cardenales de la Curia calculaban que después del entierro de Luciani los medios de comunicación dedicarían su principal atención y su más amplia cobertura a especular sobre el posible sucesor de Luciani. Por lo tanto, si podían aguantar unos días, hasta que se efectuara el entierro de Luciani, los altos prelados del Vaticano se sentirían seguros y a salvo.

Más adelante, si algún cardenal de los que quedaban por llegar se sentía con ánimos de insistir en el tema de la autopsia se encontraría ante la infranqueable muralla de los actos consumados. Tratar de modificar las decisiones adoptadas por la minoría, mayoritariamente curial, de la Congregación hubiera sido prácticamente imposible. «Buscad la verdad y seréis libres», nos dice la Biblia: un mandato que veintinueve cardenales prefirieron pasar por alto en representación de la totalidad de la Iglesia Católica en la mañana del 30 de septiembre de 1978.

Al término de la asamblea, el cardenal Confalonieri brindó su meditada opinión sobre las causas que habían acarreado la súbita muerte de Luciani.

Luciani no podía soportar la soledad. Todos los papas viven en una especie de soledad institucional, pero quizá Luciani sufría sus consecuencias en un grado más elevado que los demás. Era un hombre que siempre había estado rodeado de gente y que de pronto se encontraba viviendo con dos secretarios a los que no conocía y con dos monjas que ni siquiera se atrevían a levantar la vista en su presencia. El santo padre ni siquiera tuvo tiempo de hacer amigos.

El padre Diego Lorenzi había trabajado junto a Luciani, íntimamente se puede decir, durante más de dos años. La hermana Vincenza había servido a Luciani más de veinte años. Lejos de fijar su mirada en el suelo ante la presencia y la cercanía del santo padre, Vincenza le servía de enorme consuelo. Es verdad que Luciani había sido bruscamente desarraigado, pero me pregunto: ¿hubiera servido de algo que estuviera rodeado por una multitud de amigos? ¿Hubieran podido sus amigos prever y prevenir su muerte, tan solitaria, tan misteriosa?

No cabe duda de que la hostilidad y la arrogancia que desplegó la Curia durante los 33 días de su reinado no habían constituido la más dichosa de las experiencias para Albino Luciani. Pero no hay que olvidar que Luciani ya estaba acostumbrado a lidiar con la hostilidad y la arrogancia de los clérigos, con los que había tenido continuados roces y enfrentamientos a lo largo de casi una década como patriarca de Venecia.

A las seis de la tarde del sábado 30 de septiembre, el cuerpo embalsamado fue

trasladado, descubierto, a la basílica de San Pedro. En gran parte del mundo la televisión transmitió imágenes de la procesión, de la que formaban parte 24 cardenales y 100 obispos y arzobispos que pasaron a través de la primera logia, por la sala ducal, por el salón y luego por la escalinata de los Reyes y que finalmente cruzaron las puertas de bronce para salir a la plaza de San Pedro. En el momento en que se entonaba el *Magnificat*, se produjo una de esas actitudes tan peculiares entre los italianos, cuyos aplausos ahogaron las cristalinas voces del coro. El sostenido aplauso de la multitud es el equivalente latino del silencio anglosajón.

A través del mundo entero, personas con opiniones acertadas o desacertadas, bien o mal informadas, trataban no sólo de evaluar la vida y el corto pontificado de Albino Luciani, sino también de explicar su súbita muerte. Mucho de lo que se escribió al respecto dice más sobre los autores que sobre el hombre que era objeto de sus reflexiones.

La creencia expresada por la Curia la mañana del sábado 30 de que los pensamientos de la opinión pública podían desviarse rápidamente de la muerte de Luciani al intrínquilis de su sucesión muy pronto demostraron su exactitud. En Gran Bretaña, el *Times* reflejaba la transitoriedad de la vida humana con un editorial titulado: «El año de los tres papas».

Algunos observadores se refirieron agudamente a una gran promesa frustrada. Otros, a un pontificado que prometía ser divertido. En lo concerniente a la repentina muerte de Luciani, que seguía y seguiría sin explicación creíble, los servicios de información de la Curia romana obtuvieron un éxito digno de alabanza. Uno tras otro, los periodistas se referían a una larga cadena de enfermedades que habían perseguido a Luciani a lo largo de su vida.

Que un hombre con la experiencia de Patrick O'Donovan, del *Observer*, fuera engañado hasta el punto de escribir lo que sigue, constituye un indicio de lo efectivas que eran las mentiras que fluían del Vaticano: «Sólo ahora, después de su muerte, se empieza a divulgar que el cardenal Luciani presentaba una larga historia clínica que incluía un sinnúmero de enfermedades mortales».

Cuáles eran exactamente estas enfermedades mortales es algo que queda sin explicar. Enfrentados a las exigencias de sus editores, O'Donovan y otros escritores evidentemente no tuvieron tiempo de realizar pesquisas personales, y por lo tanto no les quedó otro remedio que confiar en sus contactos dentro del Vaticano, sin apercibirse de que se enfrentaban con una verdadera caterva de mentiras.

Algunos informantes se refirieron a lo mucho que fumaba Luciani, o al hecho de que sólo tenía un pulmón, o a los varios ataques de tuberculosis que había sufrido. Después de la muerte de Luciani, muchos periodistas recibieron informes de sus fuentes privadas en el Vaticano sobre los cuatro ataques cardiacos que había sufrido el difunto papa o sobre la flebitis que padecía, que es una dolorosa enfermedad del sistema circulatorio. Otras fuentes altamente responsables señalaban que Luciani tenía un enfisema, que es una enfermedad pulmonar crónica derivada generalmente

del abuso del tabaco. No hay una sola palabra de verdad en todo lo expuesto.

El abuso de embustes tramado por el Vaticano sobre las enfermedades que aquejaban a Luciani era en realidad contraproducente y autodemoledor para sus propios intereses. ¿Es posible que 111 cardenales se hayan reunido en Roma durante el mes de agosto para elegir a un hombre que sufría de casi todas las enfermedades posibles? ¿Es posible que si se conocía el pésimo estado de salud de Luciani le dejaran morir a solas? Además de surtir a los medios de información con mentiras sobre la historia clínica de Luciani, el servicio de información del Vaticano estaba muy alterado con otros asuntos. La Curia había empezado a hacer correr una enmascarada opinión *off the record* en la que se afirmaba que después de todo Luciani como papa no había sido gran cosa, ni mucho menos. Así que ¿para qué lamentarse por algo o alguien que no valía la pena? Hablé de esta maloliente campaña con el cardenal Benelli, quien me indicó:

Me da la impresión de que su objetivo [el de la Curia] tenía dos sentidos. Minimizar las dotes de Luciani serviría en primer lugar para que disminuyera la sensación de haber experimentado una gran pérdida, y se redujeran por tanto las exigencias de que se practicara la autopsia. En segundo lugar, la Curia se preparaba para el inminente cónclave y quería un papa salido de sus filas. Un papa de la Curia.

La última vez que comió con su sobrina Pía, uno de los temas sobre los que se exployó Luciani fue el de las distorsiones de la prensa. Ahora que ya había muerto, Luciani se convertía en una víctima de ese mal, y además en una víctima que no se podía defender.

Los comentarios negativos de la prensa sobre Luciani procedían principalmente de algunos prelados insignificantes o de algunos monseñores de tercera fila que por lo general se dedicaban a escribir irrelevantes mamotretos vaticanos. Toda ésta gentezuela se sentía de lo más lisonjeada cuando se le pedía que opinara sobre el difunto papa. El hecho de que ninguno de ellos estuviera cerca de los círculos del poder, o que incluso no hubieran pisado jamás los aposentos papales, quedaba enmascarado por la trillada descripción, que tanto sirve para un barrido como para un fregado, de señalar que «una fuente de alto relieve dentro del Vaticano ha señalado que». Lo que estas «fuentes bien informadas» decían formaba parte de una gran injusticia que se cometía contra el papa Luciani. Sin embargo, la retahíla de memeces y arbitrariedades que salían de su boca servía a los especialistas, que antes del cónclave de agosto apenas si le habían hecho caso a Luciani, para ocultar el indudable e incómodo hecho de que la elección de Luciani había constituido una elocuente demostración de lo mal informados que estaban. Después de la muerte de Luciani, las ideas de estos especialistas tenían un cierto aire de revancha, ya que parecían señalar: bueno, sí, es verdad que ni siquiera lo tuvimos en cuenta, pero ya veis que no había motivo para tenerlo realmente en cuenta. Por ejemplo:

Las audiencias le atrajeron [al papa] las inmediatas simpatías del público, pero muy pronto desilusionaron e incluso causaron preocupación entre las altas jerarquías eclesiásticas. El papa parecía representar una filosofía de la vida que de algún modo se asemejaba a la del *Reader's Digest*: sentido común, un poco

simplón incluso, que rompía de forma demasiado visible con los elevados vuelos teológicos de la oratoria de Pablo VI. Está claro que Luciani no tenía ni la cultura ni la preparación intelectual de su predecesor.

Robert Solé, corresponsal de *Le Monde* en el Vaticano.

Para la revista *Newsweek*, el rechazo que había hecho Luciani de la filosofía que se condensa en la frase «ubi Lenin ibi Jerusalem», era una traición contra los cardenales de América latina, que habían desempeñado un papel preponderante en su designación. La revista considera que al hacer esa observación Luciani condenaba la teología de la liberación. A causa de la censura de la Curia, *Newsweek* pasó por alto el hecho de que Luciani había agregado una importante aclaración: «Existe indudable coincidencia, pero no se puede realizar una perfecta equiparación». De este modo, el semanario desvirtuaba su apreciación del asunto.

Peter Nichols, el muy experimentado corresponsal del *Times*, aunque en esta ocasión escribía para el *Spectator*, comparó a Luciani con un popular cómico italiano de otra época, al que le bastaba aparecer a la vista del populacho para recibir una cerrada ovación. Sin embargo, Nichols se olvida de explicar por qué Pablo VI no recibía ovaciones cuando aparecía en público.

Otros criticaban a Luciani haber confirmado en sus puestos a todos los altos prelados de la Curia romana, sin tener en cuenta el hecho, digno en este caso de mención, de que los tres papas que ocuparon el trono de San Pedro antes que él hicieron exactamente lo mismo. Tampoco señalaron que Luciani conservaba su poder y autoridad para destituir a cualquier alto cargo de la Curia en el instante en que se lo propusiera.

Muchos medios de comunicación de todo el mundo, en los días que siguieron a la muerte del papa, incluían reportajes sobre el ritual del Vaticano que rodea estos cruciales momentos. Los periódicos aparecían llenos de detalles sobre cómo se había acercado el cardenal Villot al cuerpo sin vida para proclamar tres veces: «¿Estás muerto, Albino?», golpeando después de cada pregunta la frente del papa con el pequeño y simbólico martillo de plata reservado para esas ocasiones. También surcaron el globo dramáticas descripciones del momento en que Villot había sacado el anillo del pescador del dedo del pontífice muerto para luego romperlo en pedazos.

Sin embargo, cuando se produjo la muerte de Albino Luciani no hubo golpes simbólicos en su frente con ningún martillo de plata, ni se le formularon las tres idénticas preguntas de rigor. Este ceremonial había sido abolido en vida del papa Pablo. En relación con el anillo papal, el reinado de Luciani había sido tan corto que el Vaticano ni siquiera había mandado hacerlo. El único anillo que Luciani llevaba en la mano al morir era el que había llevado durante todo su pontificado: un anillo que les había sido entregado a todos los obispos que habían acudido al Concilio Vaticano II.

Del hecho de que se divulgaran tantos reportajes inexactos se puede sacar una obvia conclusión. Si uno está al tanto, no sólo de los muchos logros de Luciani durante su brevísimo pontificado, sino también del profundo respeto que sentían por

él hombres de la calidad humana y del talento de Casaroli, Benelli, Lorscheider, Garrone y Felici, no cabe duda de que la falsa información que cundió por el mundo se debía a una campaña orquestada con ese exclusivo propósito. Ni un solo obituario, ni un solo artículo, reportaje o editorial que yo conozca, menciona ninguno de los hechos recogidos en el capítulo anterior. Una de las muchas expresiones que los hombres de la Ciudad del Vaticano suelen citar con orgullo es: «Nada se filtra desde el Vaticano si no es con un propósito concreto».

El 1.º de octubre, la presión para que se le practicara la autopsia a Luciani aumentó todavía más. El periódico más prestigioso de Italia, el *Corriere della Sera*, publicó en la primera página un artículo titulado: «¿Por qué negarse a la autopsia?». Lo firmaba Cario Bo, escritor de enorme talento que además poseía un conocimiento considerable sobre el Vaticano.

Que el artículo de Bo se publicara ya resulta de por sí muy significativo, porque en Italia, gracias a la firma del Tratado de Letrán y de otros acuerdos entre el Estado italiano y el Vaticano, la prensa debe andarse con mucho cuidado al escribir sobre la Iglesia católica. Las leyes antilíbelo son muy rigurosas en esta materia. Cualquier comentario crítico, y no digamos un ataque directo, puede llevar en un abrir y cerrar de ojos ante los tribunales al periódico que los haya publicado.

Astutamente, Cario Bo evitaba todo riesgo que pudiera terminar en Marco Antonio en su famosa arenga al populacho romano. Bo mencionaba las sospechas y denuncias que habían surgido después de la súbita muerte de Luciani. Aseguraba a sus lectores que tenía la certeza de que tanto en los palacios como en las catacumbas del Vaticano no se habían producido acciones criminales de tamaña naturaleza desde hacía siglos. Por esta razón, afirmaba que no podía entender por qué el Vaticano había decidido no practicar ningún análisis científico o, «para decirlo en un lenguaje llano, por qué no se ha practicado la autopsia». Más abajo agregaba:

[...] La Iglesia no tiene nada que temer y por lo tanto nada que perder. Al contrario, tendría mucho que ganar.

[...] Saber fehacientemente de qué murió el papa es un legítimo hecho histórico, ya que forma parte de nuestra historia visible y no afecta de ninguna forma al misterio espiritual de su muerte. El cuerpo que dejamos atrás al morir puede ser analizado por nuestros pobres instrumentos: es un despojo. El alma en cambio ya está, o mejor dicho ha estado siempre, bajo otras leyes que no son humanas y que por lo tanto permanecen inescrutables. No hagamos un misterio de un secreto que se preserva por motivos terrenales y reconozcamos la mezquindad de nuestros secretos. No declaremos sagrado lo que no lo es.

Mientras los médicos que pertenecían al servicio sanitario del Vaticano rehusaban comentar la conveniencia de realizar autopsias a los papas, Eduardo Luciani, recién llegado de Australia, debilitó todavía más la postura del Vaticano cuando le preguntaron sobre la salud de su hermano:

Al día siguiente de la ceremonia de entronización, le pregunté a su médico personal cómo encontraba a mi hermano, teniendo en cuenta las presiones a las que desde entonces se vería sometido. El doctor me tranquilizó. Me dijo que mi hermano gozaba de una excelente salud y que su corazón se encontraba en buenas condiciones.

Cuando le preguntaron si su hermano había sufrido alguna dolencia cardiaca, Eduardo Luciani replicó: «Absolutamente ninguna, que yo sepa». Estas declaraciones no encajaban muy bien con la fantasía orquestada por el Vaticano.

El 2 de octubre, la controversia sobre la muerte del papa se había expandido por el mundo entero. En la ciudad de Aviñón, en Francia, el cardenal Silvio Oddi se tuvo que enfrentar a numerosas preguntas sobre el tema. ¿Podría un cardenal italiano como Oddi decir la verdad a los franceses que le interrogaban? Lo que hizo fue indicarles que el Colegio de Cardenales «no tiene la menor intención de examinar la posibilidad de que se realice una encuesta, y no aceptaré la supervisión de nadie en el asunto ni consentiré siquiera en discutirlo». Acto seguido, Oddi agregó: «Sabemos con absoluta certeza que el corazón de Juan Pablo I cesó de latir por causas naturales».

Es evidente que el cardenal Oddi poseía el mejor ojo clínico del mundo, ya que se consideraba calificado para diagnosticar sin autopsia lo que es imposible diagnosticar sin autopsia.

Por otra parte, las quejas del padre Lorenzi y de otros residentes de los aposentos papales, respecto a un embuste en concreto, finalmente dieron su fruto. El Vaticano anunció:

Después de realizar las necesarias indagaciones, estamos ahora en condiciones de afirmar que el papa, cuando fue encontrado muerto en la mañana del 29 de septiembre, sujetaba en sus manos unas hojas de papel que contenían escritos personales suyos, tales como homilías, alocuciones, reflexiones y diversos apuntes.

Cuando previamente el Vaticano anunció que Luciani tenía *La imitación de Cristo* en las manos en el momento de morir, y según lo que registra el padre Andrew Greeley en su libro *Cómo se hacen los papas*, «algunos reporteros se rieron abiertamente».

Estos papeles, que detallaban minuciosamente los cambios cruciales que Albino Luciani estaba a punto de realizar, han sufrido con el decurso de los años una extraordinaria metamorfosis: pasaron a ser un informe sobre la Iglesia en Argentina, unas notas para su próxima alocución dominical del *Ángelus*, unos sermones escritos en Belluno, Vittorio Véneto y Venecia, una revista parroquial, la disertación que estaba a punto de pronunciar ante los jesuitas (que de hecho se encontró en su mesa de trabajo) y hasta un informe que había escrito el papa Pablo.

Cuando un jefe de Estado muere en circunstancias aparentemente normales, sus últimos actos trascienden el mero interés académico. Cuando un jefe de Estado muere en las circunstancias que rodearon a Albino Luciani, la necesidad de información precisa se convierte en una cuestión vital para el interés público. El hecho de que Luciani sostuviera en sus manos sus notas personales sobre los inminentes cambios cruciales que iba a atravesar la Iglesia me ha sido confirmado por cinco fuentes distintas. Dos de ellas proceden directamente del Vaticano y las otras tres, de gente que no reside en el Vaticano. Al tener que retractarse oficialmente de la versión que ponía en las manos de Luciani *La imitación de Cristo*, la maquinaria de la Curia

había empezado a mostrar síntomas de tensión.

La tensión dentro de la Curia empeoró el 2 de octubre, cuando la prensa mundial empezó a divulgar una serie de circunstancias muy poco tranquilizadoras. Que un papa no tuviera a nadie que se encargara de atenderle y de vigilar que nada le sucediera desde las primeras horas de la noche hasta el amanecer del día siguiente había sorprendido a muchos observadores, que lo consideraban un fallo garrafal. El hecho de que el doctor Renato Buzzonetti trabajara en un hospital de Roma, donde pasaba la mayor parte del tiempo, sin ninguna garantía por lo tanto de que se le pudiera encontrar en el Vaticano en caso de producirse una emergencia, les parecía a muchos una abominable falta de cuidado. Numerosos comentaristas se consideraron directamente ultrajados por este hecho. Si hubieran sabido el verdadero grado de ineficacia que existía en el Vaticano, se hubieran sentido mucho más ultrajados. Los detalles completos de la negligencia reinante en el Vaticano, no solamente son ilustrativos de que podían posibilitar una muerte prematura por causas naturales, sino que también dibujan el escenario para que se pueda cometer, impunemente y con alevosía, un asesinato.

En España al igual que en otros países, la controversia rápidamente se decantó en discusiones y debates públicos. El profesor Rafael Gamba, de la Universidad de Madrid, es uno de los muchos que se quejaron de que el Vaticano «hiciera las cosas al estilo italiano o al estilo florentino, como en el Renacimiento». Con su exigencia de que se practicara la autopsia, el profesor Gamba se convirtió en el vocero de un amplio grupo de opinión que temía que un papa manifiestamente decidido a reimplantar en la Iglesia un sentido de la disciplina del que ésta se hallaba muy necesitada, hubiera sido asesinado.

En Ciudad de México, el arzobispo de Cuernavaca, Sergio Arothco, exigió públicamente que se realizara la autopsia, con las siguientes palabras: «Tanto al cardenal Miranda como a mí nos parece que podría ser de mucha utilidad». El obispo dispuso que se leyera una detallada declaración en todas las iglesias de su diócesis. La detallada información del obispo, al igual que tantas otras cosas relacionadas con este caso, se esfumó de la superficie de la tierra sin dejar rastro. Al poco tiempo de llegar a Roma, el cardenal Miranda se apresuró a declarar que no le cabía ninguna duda en relación con la muerte del papa.

El 3 de octubre, mientras la multitud desfilaba por delante del cuerpo sin vida del papa Luciani, a un promedio de 12 000 personas por hora, la controversia sobre la autopsia seguía en aumento, hasta convertirse en un clamor.

El testamento de Albino Luciani se había esfumado, pero con su extraordinario comportamiento el Vaticano sólo conseguiría recibir un amargo legado. Un papa con unas dotes indudables para hablar franca, directa y sencillamente se veía envuelto, en el momento de su muerte, por tortuosas actividades y por supercherías. El sentimiento de haber sufrido una pérdida irreparable era inmenso entre la gente corriente. Desde el Vaticano apenas si parecían percibirse o darle importancia a este

multitudinario sentimiento. Más bien se dedicaban a efectuar maniobras de retaguardia, no para proteger el recuerdo de Albino Luciani, sino más bien para salvaguardar a quienes las pruebas y los indicios señalaban claramente al menos como cómplices del asesinato del pontífice.

Numerosos prelados no pertenecientes a la Curia debatían abiertamente en los periódicos las ventajas e inconvenientes de que se practicara la autopsia. Los vaticanólogos y los observadores acreditados habían empezado a descargar sus iras contra el Vaticano por su empecinada cerrazón. Si había algo en lo que todos coincidían, porque las pruebas al respecto eran abrumadoras, tal como observó Vittorio Zucconi desde las páginas del *Corriere della Sera*, era en que, «además de las dudas sobre la muerte del papa, subsiste una profunda insatisfacción respecto a las versiones oficiales».

La organización de católicos tradicionales conocida como Civilitá Christiana se encargaría de demostrar lo arraigada y extendida que estaba la insatisfacción reinante. El secretario de la organización, Franco Antico, reveló que había enviado una instancia oficial, remitida al jefe del departamento de justicia de la Ciudad del Vaticano, para exigirle que se realizara una investigación judicial en regla en torno a la muerte del papa Juan Pablo I.

La decisión de enviar la instancia y los motivos que subyacían detrás de la decisión llenaron los titulares de los periódicos en muchas partes del mundo. Antico enumeró una serie de contradicciones en las que había incurrido hasta la fecha el Vaticano. Su organización exigía, no meramente la autopsia, sino una encuesta judicial en toda regla. Antico dijo: «Si el presidente Cárter hubiera muerto en las mismas circunstancias, pueden estar seguros de que el pueblo norteamericano hubiera exigido una explicación».

En sus declaraciones a la prensa, Antico señaló que su organización había examinado inicialmente la posibilidad de presentar un alegato formal de que el papa había sido asesinado por persona o personas desconocidas. Haciendo gala de un maravilloso ejemplo de lo compleja que es la mentalidad italiana, Antico agregó que se había contenido antes de dar un paso semejante porque «no buscamos ningún escándalo».

Civilitá Christiana también había elevado su instancia al cardenal Confalonieri, deán del Sacro Colegio Cardenalicio. Algunos de los puntos que tocaba la organización eran el lapso transcurrido entre el descubrimiento del cadáver y el anuncio oficial y público de la muerte del papa, el hecho de que éste aparentemente siguiera trabajando a altas horas de la noche en su cama sin que nadie se encargara de su custodia, y que no se hubiera expedido el correspondiente certificado de defunción, porque ningún médico del Vaticano había afrontado de modo oficial la responsabilidad de establecer la causa de la muerte de Albino Luciani.

Los seguidores del arzobispo rebelde Marcel Lefebvre, que primero habían anunciado que la muerte de Luciani se debía a que Dios se negaba a aceptarle como

pontífice, manifestaron después, a través del abad Ducaud-Bourget, mano derecha del propio Lefebvre, una teoría más bien distinta: «Nos resulta difícil creer que la muerte haya sido natural, considerando todas las criaturas diabólicas que habitan en el Vaticano».

Después de haberse visto obligados a retractarse de sus declaraciones oficiales sobre la prohibición específica de que se le pudiera efectuar la autopsia a un papa, los portavoces del Vaticano tuvieron que enfrentarse, el martes 3 de octubre, con el resultado de las tenaces investigaciones de algunos órganos de difusión italianos, que demostraron fehacientemente que la autopsia le había sido practicada con anterioridad a otros pontífices, como por ejemplo Pío VIII, muerto el 30 de noviembre de 1830. El diario del príncipe don Agostini Chigi hacía constar que, a la tarde siguiente, el cuerpo sin vida de Pío VIII había sido sometido a una autopsia. Los resultados de la autopsia nunca llegaron a conocerse oficialmente, porque oficialmente el Vaticano jamás admitió que se hubiera practicado. En realidad, salvo sus pulmones, que estaban algo deteriorados, todos los órganos de Pío VIII demostraron hallarse en buen estado. Se sospechaba que este papa había muerto envenenado.

A las siete de la tarde de aquel martes 3 de octubre, se produjo un curioso acontecimiento. El portón de San Pedro ya se había cerrado al público. La iglesia estaba desierta, con la excepción de cuatro guardias suizos que montaban guardia en los ángulos del catafalco, según la tradicional ceremonia de proteger durante 24 horas el cuerpo sin vida del papa. A las ocho menos cuarto, un grupo de unos ciento cincuenta peregrinos procedentes de Canale d'Agordo, pueblo natal de Luciani, acompañados por el obispo de Belluno, fueron sigilosamente admitidos en la iglesia por una entrada lateral. Los peregrinos acababan de llegar a Roma, después de que les fuera concedido un permiso especial del Vaticano para tributarle los últimos respetos a un hombre al que muchos de ellos habían conocido personalmente. Se les otorgó también la dispensa de que la pequeña ceremonia fúnebre se celebrara después de la clausura oficial de la iglesia, a fin de que los peregrinos no se vieran atropellados y deglutidos por el tumulto de dolientes.

Pero en la Ciudad del Vaticano había alguien que tenía sus propios planes respecto al cadáver del papa Luciani, y que fuera quien fuese no había sido advertido de la visita de los peregrinos procedentes de Canale. A los pocos minutos de haber entrado en la iglesia, los peregrinos se vieron expulsados sin explicación alguna y se quedaron atónitos en la plaza de San Pedro.

En la iglesia habían entrado unos jerarcas del Vaticano acompañados por un grupo de médicos. Se impartieron órdenes para que todo el mundo se marchara, inclusive los guardias suizos, a los que se dispensó de su obligación de rendir honores ante el cuerpo sin vida del papa Luciani.

Alrededor del yacente Albino Luciani se colocaron unos grandes biombos de color púrpura, para impedir que cualquier curioso que siguiera merodeando por el

interior de la iglesia pudiera observar qué hacían los médicos allí.

Este precipitado y anónimo examen médico se prolongó hasta las nueve y media de la noche. Cuando ya había concluido y médicos y prelados de la Curia se habían marchado, los peregrinos procedentes de Canale d'Agordo que seguían en la plaza preguntaron si les permitían brindarle sus últimos respetos al difunto Luciani. La solicitud les fue denegada.

¿Por qué se produjo esta inspección clínica del cadáver de Juan Pablo I, menos de 24 horas antes del entierro? Numerosos profesionales de los medios de difusión no tenían ningún género de dudas. Se había realizado la autopsia del cadáver. ¿Al fin el Vaticano había decidido dar los pasos necesarios para relajar el creciente clima de tensión y angustia que reinaba entre la multitud? Si éste era el motivo inicial de la precipitada inspección médica, las posteriores declaraciones del Vaticano en relación con dicho examen del cadáver de Luciani conducen inexorablemente a la conclusión de que los resultados del análisis debieron de confirmar los temores, sospechas y suspicacias que la muerte de Luciani había suscitado. Entonces es que el papa había sido efectivamente asesinado.

Después de la inspección médica no se produjo ningún anuncio por parte del Vaticano y, a pesar del diluvio de preguntas y de interrogantes con que les inundaron los medios de difusión, los encargados de la oficina de prensa de la Santa Sede perseveraron en mantener el más absoluto mutismo en relación con lo que había sucedido en la iglesia de San Pedro hasta después del entierro del papa. Sólo entonces, con Albino Luciani debidamente instalado en el silencio definitivo de la sepultura, la oficina de prensa del Vaticano dio a conocer su versión. Con anterioridad, y *off the record*, la oficina de prensa había informado a la agencia informativa ANSA de que la inspección médica era un chequeo de rutina, realizado para comprobar el buen estado de conservación del cadáver de Luciani y practicado, entre otros, por el profesor Gerin y los hermanos Arnaldo y Ernesto Signoracci. También se comunicó (a ANSA) que se le habían inyectado más bálsamos y líquidos al cadáver, con el propósito de preservarlo mejor de la corrupción.

Cuando la oficina de prensa del Vaticano terminó por dar su versión oficial de los hechos, los 90 minutos que se había prolongado la inspección se vieron reducidos a 20. También se declaró que el examen del cuerpo había confirmado que todo estaba en orden y que posteriormente los peregrinos procedentes de Canale d'Agordo habían sido autorizados a entrar de nuevo en la iglesia.

Aparte de los errores o de las mentiras deliberadas que contiene el comunicado oficial de la oficina de prensa, se infieren otros factores sumamente inquietantes. Contrariamente a lo que afirmaron los prelados del Vaticano entrevistados por ANSA, el profesor Gerin no estuvo presente durante el examen. Más aún, y más grave: cuando les entrevisté, los hermanos Signoracci se mostraron terminantes en señalar que tampoco ellos habían participado en aquel extraño y furtivo acontecimiento. Por lo tanto, se trataba de un chequeo rutinario de conservación sin

los especialistas en la materia.

Si, tal como muchos suponen, se practicó realmente la autopsia, aunque se trate de una autopsia parcial —porque en una hora y media no es posible realizar un análisis *post mortem* completo—, los resultados, de haber sido negativos, hubieran sido anunciados a bombo y platillo. ¿Qué mejor forma de acallar los rumores? El *Corriere della Sera* señaló que «en el último minuto, un famoso médico de la Universidad Católica se unió al equipo especial». Desde entonces, el «famoso médico» no ha vuelto a dar señales de vida. Se desvaneció entre las tinieblas matinales que emanan del Tíber.

El psicólogo católico Rosario Mocciaro, al referirse al comportamiento de los hombres encargados de gobernar la Iglesia católica durante el lapso de sede vacante, lo describió con los siguientes términos: «Era una especie de *omerta* de carácter mañoso (ley del silencio), disfrazada como caridad cristiana y protocolo eclesiástico».

El diálogo de amor que Albino Luciani había inspirado y despertado en la gente continuó hasta el amargo final. Haciendo caso omiso de la copiosa lluvia que caía, cerca de 100 000 personas se aglomeraron en la plaza de San Pedro para asistir a la misa de réquiem al aire libre que se celebró el 4 de octubre.

La primera de las tres lecturas fue extraída del Apocalipsis de San Juan, y terminaba con estas palabras: «Soy alfa y omega, el principio y el fin. Aliviaré a los sedientos con agua del manantial de la vida».

El cuerpo sin vida de Albino Luciani, herméticamente cerrado dentro de tres ataúdes, uno de madera de ciprés, otro de plomo y el último de ébano, descendió a su lugar de descanso final en el interior de un sarcófago de mármol de la cripta de San Pedro. Cuando ya sus restos mortales habían sido depositados en el frío polvo romano, entre los restos de Juan XXIII y Pablo VI, proseguía la disputa sobre si antes de morir Albino Luciani había bebido, sin saberlo, algo que sin duda no era agua del manantial de la vida.

Gran cantidad de gente, entre la que se contaba el doctor De Ros, seguía disgustada porque no se hubiera realizado la autopsia. El hecho de que el médico personal de Luciani pensara que «hubiera sido oportuno verificar científicamente las causas de la muerte» resulta altamente significativo.

Con el papa ya enterrado, sumido en el catafalco, dentro de tres ataúdes, era evidente que iba a resultar prácticamente imposible tratar de convencer al Vaticano de que diera marcha atrás en su actitud. La denuncia formal elevada por Civiltà Christiana al tribunal del Vaticano había quedado bajo el discernimiento de un único juez: Giuseppe Spinelli. Por mucho que este hombre hubiera deseado que se practicara la autopsia y que se abriera una investigación en toda regla, es difícil apreciar cómo hubiera podido sobreponerse al poderío de la Ciudad del Vaticano y de los hombres que la gobernaban, hombres que reivindicaban como un inapelable «hecho» histórico que ellos y sus predecesores tenían casi dos mil años de

experiencia en gobernar la Iglesia Católica.

Está muy bien que los jesuitas compararan la muerte de Luciani con una flor del campo que se cierra por la noche, o que los franciscanos hablaran de la muerte como un ladrón nocturno. Gentes con menos veleidades estéticas seguían en busca de una explicación más práctica. Los escépticos abundaban en las dos márgenes del Tíber. Dentro del Vaticano, entre los que estaban más disgustados por lo sucedido se hallaban los pocos que conocían la verdad sobre el descubrimiento del cadáver de Luciani por parte de la hermana Vincenza. El disgusto arreciaba a medida que proliferaban los embustes oficiales. Inicialmente, esta gente habló con la agencia ANSA. Hace poco habló conmigo. De hecho, fueron determinados miembros de este grupo los que me convencieron para que realizara una investigación sobre la muerte de Albino Luciani.

El 5 de octubre, poco después de comer, integrantes del grupo de disidentes que sabían la verdad empezaron a facilitar detalles a la agencia ANSA sobre el hallazgo de la hermana Vincenza. En sus informes, incluso identificaban acertadamente que las notas que el papa sujetaba entre sus dedos al morir estaban relacionadas con «ciertas nominaciones dentro de la Curia romana y del episcopado italiano». El grupo también decidió revelar que el papa había discutido el problema que significaba la negativa de Baggio a aceptar el patriarcado de Venecia. Cuando la historia se divulgó como una bomba, la respuesta que dio el Vaticano fue muy parecida a lo que dijo monseñor Henri Riedmatten cuando le preguntaron sobre el informe de Albino Luciani en relación con el control de natalidad. Según Riedmatten, como ya se ha dicho, aquel documento era tan sólo «una fantasía». En esta ocasión, enfrentado literalmente con cientos de reporteros que exigían una explicación de las recientes filtraciones, el director de la oficina de prensa del Vaticano, el padre Panciroli, transmitió un desmentido lacónico, de una sola frase: «Esos reportajes carecen de fundamento».

Entre los que no se mostraron impresionados por esta negativa figuraban numerosos cardenales que llegaban a Roma para asistir al próximo cónclave. En la sesión de la Congregación de Cardenales que se celebró el 9 de octubre, la insatisfacción de muchos de los reunidos salió a la superficie. El cardenal Villot, principalmente, se encontró en medio de la línea de fuego, ya que sobre él se volcaban la mayor parte de los ataques. Como camarlengo, Villot había tomado las decisiones y había autorizado las declaraciones que indicaban con luminosa claridad que a la muerte de Luciani le había seguido una inmediata maniobra de encubrimiento. Muchos príncipes de la Iglesia no nacidos en Italia exigían que se les dijera exactamente a quién o a quiénes se encubría. Querían saber por qué no se había diagnosticado con exactitud la causa de la muerte de Luciani, en lugar de basarla en meras presunciones. Querían saber por qué no se arrojaba más luz sobre la hora exacta de su muerte. Querían saber por qué ningún médico había asumido la responsabilidad oficial de poner su firma en un certificado de defunción que pudiera

ponerse en conocimiento del público.

No hubo suerte. Los furiosos y suspicaces príncipes de la Iglesia no consiguieron, por más que se lo propusieran, que les aclararan esos hechos. El siguiente cónclave se acercaba hasta hacerse ya inminente, gracias a la decisión que había tomado una pequeña minoría al día siguiente de descubrirse el cuerpo sin vida del papa. La mente de los cardenales empezó a concentrarse en los pactos e intrigas que suscitaba la elección del próximo pontífice, lo cual constituye un claro indicio de que los hombres de la Curia romana, con una experiencia heredada de casi dos mil años, realmente habían aprendido mucho de sus precursores.

El 12 de octubre, menos de 48 horas antes de que se reuniera el nuevo cónclave, el Vaticano dio a conocer su última declaración pública con relación al furor despertado por la muerte de Albino Luciani. Se trata de un documento elaborado por el padre Romeo Panciroli, secretario de prensa del Vaticano:

Al final de los «Novendiales», cuando entramos en una nueva fase de la sede vacante, el director de la oficina de prensa de la Santa Sede desea expresar su firme disconformidad con todos aquellos que en los últimos días han contribuido a incrementar extraños rumores sin confirmar, a menudo falsos y convertidos a veces en graves insinuaciones, tanto más graves por la repercusión que pueden tener en países cuyos habitantes no están habituados a formas de expresión demasiado relajadas e informales. En estos momentos de tristeza y pesar para la Iglesia era de esperar mayor discreción y respeto.

Panciroli repitió que «lo sucedido ha sido fielmente difundido en el comunicado del viernes 29 de septiembre, por la mañana. Este comunicado mantiene su validez y refleja con tanta exactitud el certificado de defunción firmado por el profesor Mario Fontana y el doctor Renato Buzzonetti que hace innecesaria su publicación».

Panciroli también hacía notar con satisfacción «la rectitud de muchos profesionales, quienes, en unos momentos tan difíciles para la Iglesia, han demostrado una leal preocupación por los acontecimientos y han informado al público de una forma ponderada y objetiva».

En mi ánimo no está tratar de producir «graves insinuaciones». Por tanto, es mejor que haga una afirmación categórica: Estoy completamente seguro de que el papa Juan Pablo I, Albino Luciani, murió asesinado.

Hasta la fecha no se ha hecho público ningún certificado de defunción y, a pesar de mis insistentes requisitorias, en el Vaticano se negaron a mostrarme ningún documento de este tipo. Indudablemente, dicho certificado debía testificar que la causa de la muerte de Luciani fue un infarto de miocardio. La cerrada negativa del Vaticano a difundir el certificado de defunción significa que no hay ningún médico dispuesto a aceptar públicamente la responsabilidad legal por el diagnóstico de la muerte del papa Luciani. El hecho de que el diagnóstico se basara en una revisión *externa* del cadáver, inaceptable desde un punto de vista médico, probablemente tiene bastante que ver con la continuada negativa del Vaticano.

El que no se realizara ni la autopsia completa ni un examen *post mortem* preciso del cuerpo de Albino Luciani, a despecho de la presión internacional y de las suspicacias generalizadas, constituye una poderosa evidencia de que el papa

realmente murió asesinado. Si la muerte de Luciani se debió a causas naturales, ¿por qué no consentir que se realizara la autopsia y despejar así toda sospecha?

Queda claro que, oficialmente al menos, el Vaticano no sabe cuándo murió Luciani, ni qué le mató. «Presumiblemente alrededor de las once» y «murió súbitamente probablemente a causa de», son ambiguas declaraciones que testimonian con claridad un alto grado de ignorancia, de presunciones y de suposiciones.

El cadáver de un mendigo que hubiera sido encontrado en las cloacas de Roma habría recibido un tratamiento profesional mucho más adecuado y escrupuloso. El escándalo se agudiza si se tiene en cuenta que los dos médicos que examinaron el cuerpo sin vida de Luciani nunca habían atendido clínicamente a éste. Cuando hablé con el doctor Renato Buzzonetti en Roma y le pregunté qué medicamentos había tomado Luciani durante su corto pontificado, me contestó: «No tengo ni idea de los fármacos que tomaba. La primera vez que le atendí como médico, el papa estaba muerto».

El doctor Seamus Banim es un especialista en cardiología con más de veinte años de experiencia profesional. Es asesor jefe de los hospitales de San Bartolomeo, en Londres, y de Nuffield. Durante una entrevista que mantuve con él, el doctor Banim me dijo:

Para cualquier médico, atribuir una muerte a un infarto de miocardio constituye un error. A mí un diagnóstico de esa clase no me dejaría satisfecho. Si hubiera conocido al paciente de antemano, si lo hubiera tratado durante un tiempo, si lo hubiera atendido en caso de que hubiera sufrido un ataque cardíaco previo, en ese caso el diagnóstico apenas podía ser estrictamente aceptable. Pero si el médico no conocía al paciente de antes, entonces no está capacitado para realizar un diagnóstico de esa clase, porque corre el grave riesgo de equivocarse y por lo menos en este país no se toleran esas anomalías. Un diagnóstico de defunción por infarto de miocardio, en esas condiciones, sólo puede realizarse con una autopsia.

Tenemos, por lo tanto, una conclusión inaceptable sobre la causa de la muerte de Luciani, así como una conclusión igualmente inaceptable sobre la hora en que se produjo su muerte.

El Vaticano le comunicó al mundo que la muerte del papa Luciani «presumiblemente se produjo alrededor de las once de la noche del 28 de septiembre». El doctor Derek Barrowcliff, que fue patólogo del Home Office (Ministerio del Interior británico) y que tiene una experiencia de más de cincuenta años, me señaló:

A menos que se le tome la temperatura al difunto, de forma graduada y por vía rectal, a lo largo de varias horas, hay que ser muy audaz, pero que muy audaz, para señalar que la muerte se produjo a tal o cual hora. Repito: hay que ser muy audaz.

El *rigor mortis* tiende a hacerse detectable después de transcurridas unas cinco o seis horas, según distintos factores, incluida la temperatura que hubiera en la habitación. Una habitación caldeada acelera el *rigor mortis*, mientras que una habitación fría lo retarda. Puede tardar doce horas en desarrollarse, mantenerse durante otras doce horas y luego empezar paulatinamente a aflojarse y debilitarse a lo largo de doce horas más. Esto es un cálculo sólo aproximado. Si el *rigor mortis* ya ha aparecido, es razonable suponer que la muerte se produjo unas seis horas antes o más. Indudablemente, si se controlara la temperatura del hígado (lo que no se hizo con Luciani), se podría efectuar una evaluación más precisa. Si uno examina un cadáver escrupulosamente, desde un punto de vista médico-legal, entonces puede detectar que hay ligeras variaciones en el *rigor mortis*, que es algo que deviene lentamente. De ahí que si

el cuerpo se encontraba rígido a las seis de la mañana, sería razonable presumir que la muerte se había producido a las once de la noche, pero igualmente hubiera podido fijarse como hora de la muerte las nueve de la noche.

Por lo tanto, se puede decir que han quedado establecidos dos factores sin lugar a dudas:

No sabemos qué produjo la muerte de Albino Luciani.

No podemos establecer con certeza a qué hora se produjo su fallecimiento.

Cuando el papa Pablo VI murió, en agosto de 1978, se hallaba rodeado de médicos, secretarios y sacerdotes. Consideremos el detallado contenido del boletín oficial que fue publicado, firmado por los doctores Mario Fontana y Renato Buzzonetti:

En el decurso de la última semana, el santo padre Pablo VI sufrió un serio agravamiento de los dolorosos síntomas relacionados con la enfermedad artrítica que sufría desde hace muchos años. En la tarde del sábado 5 de agosto, Su Santidad acusó una fiebre debida a la súbita reaparición de una cistitis aguda. Tras consultar con el profesor Fabio Proserpi, jefe de urología de los Hospitales Unidos de Roma, se inició el tratamiento adecuado en pro de una mejoría. Durante la noche del 5 al 6 de agosto, el santo padre seguía con fiebres muy altas. Alrededor de las seis y cuarto de la tarde del domingo 6 de agosto, se observó la aparición de un súbito, grave y progresivo aumento de la tensión arterial, seguido de los típicos síntomas de insuficiencia del ventrículo izquierdo, con un cuadro clínico que mostraba un grave edema pulmonar.

A pesar de haberle sido aplicadas las medidas precautorias y de haber adoptado de inmediato las atenciones precisas, su santidad Pablo VI murió a las diez menos veinte de la noche.

En el momento de su muerte, según los médicos que le atendían, el papa Pablo VI presentaba el siguiente cuadro clínico: arteriosclerosis cardiopática, poliartritis, pielonefritis crónica y cistitis aguda. Causa directa de la muerte: crisis hipertensiva con insuficiencia del ventrículo izquierdo y edema pulmonar agudo. Menos de dos meses después el sucesor de Pablo muere «como una flor del campo que se cierra por la noche», sin tener a la vista ni a un solo miembro de la profesión médica.

En contraste con la abundancia de embustes que emanaron del Vaticano en relación con el historial clínico de Luciani, vale la pena establecer la verdad de los hechos.

En su infancia, Luciani mostró señales de una enfermedad tuberculosa cuyo síntoma consistía en el crecimiento de los ganglios del cuello. A los 11 años le extirparon las amígdalas. A los 15 años le operaron de vegetaciones nasales. Ambas operaciones se realizaron en el Hospital General de Padua. En 1945 y de nuevo en 1947, el joven Luciani fue ingresado en un sanatorio en prevención de una probable tuberculosis. Los exámenes que se le practicaron en ambas ocasiones arrojaron resultados negativos y su malestar pulmonar fue diagnosticado como bronquitis. Se recobró por completo y desde entonces todas las radiografías de tórax que se le hicieron resultaron negativas. En abril de 1964, Luciani fue operado de cálculos biliares y de obstrucción del colon. Pocos meses después, en agosto, le operaron de hemorroides.

El profesor Amedeo Alexandre, que se encargó de ambas operaciones en el hospital de Pordenone, consultó sus fichas médicas antes de confirmarme que Albino Luciani no sufría ninguna otra dolencia y que los exámenes que se le habían efectuado antes y después de las operaciones demostraron que se encontraba en perfecto estado de salud. Estos exámenes incluían radiografías y diversos ECG (electrocardiogramas), análisis que se practican para localizar cualquier anomalía cardíaca. El profesor me aseguró que la recuperación de su paciente, después de estas dos pequeñas operaciones, había sido completa. «Le volví a examinar en verano después de la segunda operación y comprobé que seguía gozando de una excelente salud».

Para ilustrar lo saludable que era Albino Luciani nada mejor que transcribir su rutina diaria, según me la describió su antiguo colega monseñor Taferal. Es la misma rutina que seguiría en Venecia y posteriormente en el Vaticano. Luciani se levantaba entre las cuatro y media y las cinco menos cuarto de la mañana y se acostaba unas 16 horas después, entre las nueve y las diez de la noche. Según me comentó monseñor Taferal, además de sus muchas otras funciones, Luciani realizaba visitas pastorales a las 180 parroquias de su diócesis. Ya había realizado una ronda completa de visitas y había cumplimentado las dos terceras partes de una segunda ronda cuando le ascendieron y tuvo que desplazarse a Venecia.

Luciani tuvo un coágulo en la vena central de la retina de su ojo izquierdo en diciembre de 1975. No hizo falta ninguna intervención quirúrgica y su médico, el especialista profesor Rama, me dijo:

El tratamiento que se le hizo sólo fue de carácter general y estaba basado en hemocinesis, anticoagulantes, algún suave medicamento para dilatar los vasos sanguíneos y, sobre todo, unos pocos días de descanso en el hospital. El resultado fue casi inmediato, con una recuperación completa de la vista y una mejoría general. Luciani nunca fue lo que se dice un «coloso» desde el punto de vista sanitario, pero era un hombre sano y los exámenes a los que fue sometido nunca revelaron ninguna deficiencia cardíaca.

El profesor Rama me hizo notar que Luciani tenía la tensión baja; en condiciones normales oscilaba entre 120 y 80. La tensión de la sangre baja, según los 23 miembros de la profesión médica a los que he consultado, está considerada como «el mejor diagnóstico posible para una expectativa de vida».

Durante su estancia en Venecia, a Luciani ocasionalmente se le inflamaban los tobillos. Según los médicos que le atendían, esto se podía deber a su baja tensión sanguínea y a la necesidad de realizar más ejercicios físicos. En esa época Luciani pasó diez días en el Instituto Stella Maris, en la isla del Lido, a fin de evitar una posible recaída en su enfermedad biliar, que ya le había costado una operación para extirparle unos cálculos. Durante ese período, siguió una dieta ligera y realizó largas caminatas matinales y vespertinas para aliviarse de la hinchazón en los tobillos. Después de su estancia en el Instituto, Luciani pasó por un chequeo médico que demostró que se encontraba en excelente estado de salud.

Lo expuesto es un compendio global del historial médico de Albino Luciani a lo

largo de su vida. Los datos están basados en entrevistas con los médicos que le atendieron, y con amigos, colegas y miembros de su familia. Debería compararse minuciosamente este inocuo resumen sobre el farrago mentiras sobre la salud de Luciani que vomitaría después el Vaticano.

Lo primero que nos viene a la mente al comprobar tamaño contraste es preguntarnos: ¿por qué tantas mentiras? Cuanto más se investiga y se ahonda en la vida de Luciani mayor es la consistencia de la sospecha primero y de la total certeza al final de que este hombre fue asesinado.

A lo largo de cinco años, las mentiras del Vaticano en relación con el difunto papa Luciani han gozado de la más absoluta impunidad: no hubo comprobaciones, no se produjeron desmentidos, nadie parecía dudar. La Curia romana habría terminado por conseguir que el mundo creyera que Albino Luciani era un hombre simple, poco menos que un idiota, y un hombre gravemente enfermo cuya elección como papa fue una aberración y cuya muerte natural supuso un alivio misericordioso para la Iglesia. Así trataban de encubrir un asesinato. Es como si los últimos 400 años no hubieran existido. Es como si siguiéramos en la era de los Borgia.

Sin embargo, mientras los medios de difusión de todo el mundo se fatigaban en detalles aportados por la contumacia falsaria del Vaticano sobre la salud de Luciani, había muchas personas que, de haberles sido solicitada su opinión; hubieran pintado un cuadro muy diferente.

Le conocía desde 1936. Salvo las dos veces que estuvo internado por una presunta tuberculosis, Albino Luciani siempre gozó de buena salud. Después de internarle por segunda vez, se recobró por completo. Al menos hasta 1958, cuando le nombraron obispo de Vittorio Véneto, no volvió a presentar ningún otro problema serio en cuestión de salud. (Monseñor Da Rif, al autor).

Mientras estuvo en Vittorio Véneto dio muestra de un envidiable estado físico. En 1964, le operaron dos veces de unos cálculos biliares y de hemorroides, pero se recuperó por completo. Su capacidad de trabajo siguió siendo la misma de siempre. He oído hablar de su baja presión y de la hinchazón en las piernas. Mientras permaneció en Vittorio Véneto no presentó problemas con ninguna de esas cosas, y no tengo noticias de que sufriera nada serio después, cuando se marchó a Venecia. Nos seguíamos viendo muy a menudo. Siempre me pareció muy saludable. Entre 1958 y 1970, salvo esas dos pequeñas operaciones que le he mencionado, su salud era perfecta. (Monseñor Taferal, al autor).

En los ocho años que pasó en Venecia, el cardenal Luciani guardó cama una sola vez. Tenía una simple gripe. Por lo demás, el patriarca de Venecia era un hombre muy saludable y no sufría ninguna enfermedad. (Monseñor Giuseppe Bosa, administrador apostólico de Venecia).

Aparte de no presentar ningún síndrome cardiopático, la baja presión sanguínea de Luciani, al menos en teoría, le debía mantener a resguardo de cualquier posible ataque cardiovascular. Sólo tuve que atenderle una vez, de una gripe. (Dr. Cario Frizziero, médico veneciano).

Albino Luciani no sufría del corazón. Una persona que sufre del corazón no escala montañas, como hacía el patriarca. Entre 1972 y 1977, salíamos una vez al año a escalar. Acostumbrábamos ir a Pietralba, cerca de Bolzano, para escalar el Corno Bianco, desde los 1500 hasta los 2400 metros de altura, y a buena velocidad... Nunca advertí en Luciani ningún síntoma de insuficiencia cardíaca. Al contrario. A instancia mía, después de mucho insistirle, se hizo un electrocardiograma en 1974, sin que le notaran nada irregular. Inmediatamente antes de partir para el cónclave, en 1978, y después de visitar el Instituto Stella Maris, le hicieron un chequeo médico completo. Los resultados fueron favorables en todos los aspectos. La teoría del estrés o del agotamiento es una estupidez. Su horario de trabajo en el Vaticano no era más largo que el que tenía en Venecia, y en el Vaticano tenía muchos más ayudantes, recibía más colaboración y le asesoraban qué se yo cuántos consejeros. Los hombres de las montañas no mueren del corazón. (Monseñor Mario Senigaglia, secretario de Albino Luciani entre 1970 y 1976, al autor).

El doctor Da Ros me dijo: «¿Tienen algún medicamento secreto? Albino Luciani se encuentra en perfecto estado de salud y mucho más relajado. ¿Qué poción mágica le dan?». (Padre Diego Lorenzi, secretario de Albino Luciani desde 1976 hasta su muerte, al autor).

Todos los testigos citados, además de otras veintitantas personas con las que hablé, y que conocían a Albino Luciani desde la niñez, me confirmaron que Luciani nunca había fumado, que raramente bebía alcohol y que comía parcamente. Este estilo de vida, sumado a su baja presión, es el mejor sistema para evitar los trastornos coronarios.

Además de los miembros de la profesión médica que he citado, en relación con algunos malestares concretos que sufrió Albino Luciani también hablé con su médico habitual y personal, el doctor Giuseppe da Ros, que vigiló constante y regularmente el estado de salud del papa a lo largo de los últimos veinte años de su vida.

El doctor Da Ros, además de su médico, también era amigo de Luciani, al que visitaba todas las semanas en Vittorio Véneto. Cuando a Luciani le desplazaron a Venecia, las visitas del doctor Da Ros se hicieron quincenales. A las seis y media de la mañana, el doctor iniciaba la periódica revisión de su paciente, que siempre se prolongaba por lo menos noventa minutos. Bien es verdad que también desayunaban juntos, pero las visitas del doctor Da Ros eran tanto de carácter profesional como social.

Después de que le eligieran papa, Luciani siguió recibiendo las puntuales visitas del doctor Da Ros. A lo largo de los 33 días que duró el pontificado de Juan Pablo I, el doctor Da Ros le hizo tres revisiones completas a su viejo amigo y paciente. La última, el sábado 23 de septiembre, terminó momentos antes de que Luciani abandonara el Vaticano por primera vez, desde su elección, para participar en su primer compromiso público, que consistía en reunirse con el alcalde Argan y en aceptar oficialmente, como obispo de Roma, la titularidad de la iglesia de San Juan de Letrán: toda una ordalía pública que sin duda hubiera puesto de relieve cualquier debilidad física que Luciani pudiera padecer. El doctor Da Ros encontró a su paciente en un estado de salud tan bueno que le comunicó que, en lugar de seguir viéndole cada dos semanas, como hasta entonces, volvería al cabo de tres semanas.

Aquel mismo día, el doctor Da Ros consultó al doctor Buzzonetti, en el Vaticano, para evaluar entre ambos el historial clínico de Luciani. Resultaba obvio que el papa iba a requerir los servicios de un profesional de medicina general que le atendiera de modo regular y que viviera en la ciudad de Roma. Los dos médicos llegaron a la conclusión de que por el momento no había ninguna urgencia. Da Ros seguiría examinando personalmente al pontífice, de forma periódica, aunque se tuviera que desplazar desde Vittorio Véneto.

Que el médico que le había atendido durante más de veinte años y un miembro del cuerpo médico del Vaticano llegaran fácilmente a este acuerdo, sobre todo si se tiene en cuenta que el médico habitual de Luciani residía a unos 600 kilómetros de distancia, constituye la demostración más reveladora que se puede pedir sobre la buena salud del pontífice.

Que un acuerdo de esta naturaleza resultara satisfactorio para ambas partes sólo puede conducir a dos conclusiones. O bien el doctor Da Ros y el médico del Vaticano

son culpables de la más avasalladora negligencia, que debería inhabilitarlos para la práctica de la medicina, o Albino Luciani era un hombre con una salud de hierro y no padecía ningún malestar físico ni enfermedad en el momento de su muerte. En vista del cuidado y la atención que siempre demostró el doctor Da Ros, para no mencionar el afecto real y sincero que sentía hacia su paciente, debemos reconocer que la única conclusión plausible es la última. Cuando le anunciaron la muerte de Luciani, Da Ros, como ya se ha mencionado, se quedó atónito, estupefacto, sin podérselo creer.

El doctor Da Ros nos comunicó que había encontrado al papa tan bien de salud que desde entonces vendría cada tres semanas. El papa parecía gozar de una notable salud. La última noche se encontraba en plena forma. A lo largo de su papado no tuvo ningún problema con sus piernas. No se le inflamaron ni una vez. Todos los días hacía ejercicio, en los jardines del Vaticano o en la sala grande. (Padre John Magee, secretario del papa Juan Pablo I desde finales de agosto de 1978 hasta que murió, al autor).

Principalmente a causa de su amistad con el doctor Da Ros, muy pocos hombres podrían aspirar a recibir una más asidua atención médica que Luciani. Una visita semanal primero, y quincenal después, a lo largo de más de veinte años. Una atención médica continuada, vigilante, a la que siguió una muerte inesperada, a la que siguió a su vez un falso diagnóstico y un presunto certificado médico de defunción que nunca se ha dado a conocer.

¿Cómo explicar lo inexplicable?

Una teoría que se puso en boga al poco tiempo de morir Luciani es la de que su muerte se debió al estrés, teoría a la que los muchos médicos a los que he consultado no le dan ninguna credibilidad. Muchos de ellos se mostraron mordaces con lo que denominan «el negocio del estrés», una industria en la que se ganan fortunas incentivando los miedos colectivos. Demasiadas relaciones sexuales producen estrés. Pocas relaciones sexuales producen estrés. Jugar con las máquinas de marcianos produce estrés. Asistir a espectáculos deportivos produce estrés. Demasiado ejercicio produce estrés. Poco ejercicio produce estrés.

Asisto a multitud de gente con síntomas de estrés, pero no tienen enfermedades coronarias. Sienten un dolor en el cuello. Trabajan muchas horas. Se pasan seis o incluso siete días a la semana completamente inmersos en su trabajo, hasta que pierden perspectiva. Mi impresión es que, después de un tiempo, a menos que consigan relajarse, ellos mismos alimentan este tremendo balance negativo. Visitan a un neurólogo porque sufren jaqueca, visitan a un especialista en enfermedades del estómago porque suponen que tienen úlcera, me visitan a mí porque les duele el pecho. Podrán sufrir de lo que sea, menos del corazón. Aquí, en el Hospital de San Bartolomé, tenemos una unidad coronaria que se encuentra siempre a tope. No son los anhelantes muchachos de la ciudad los que están allí internados. Son los portadores y los mensajeros. Si el mito del estrés tuviera verdadera validez, no asistiríamos al cambio que se está produciendo en el índice de mortalidad: disminuyen los ataques cardíacos entre las clases altas y aumentan entre las clases bajas. Los factores de riesgo son mucho más elevados para una persona que pertenece a la clase cinco que para otra que pertenece a la clase dos o una. Toda esa gente que presenta síntomas de estrés carece de problemas cardíacos. Sufren extraños dolores en el pecho, una extraña falta de aliento. Lo que les pasa en realidad es que se sienten extraños. El corazón nunca es el culpable. Lo único que necesitan es una elevada dosis de estímulo. Jamás hay que decirles cuáles son los verdaderos síntomas de un ataque cardíaco, porque al día siguiente los empiezan a sentir. (Doctor Seamus Banim, al autor).

Las estadísticas señalan que el estrés puede a veces dañar el corazón, e incluso provocar un ataque cardíaco fatal, pero las crisis cardíacas provocadas por el estrés

no son moneda corriente. Los síntomas de debilidad coronaria se manifiestan a lo largo de muchos meses, incluso de muchos años. Ningún médico que tratara a Albino Luciani le notó nunca ninguno de esos síntomas.

El Vaticano mintió al afirmar que los reglamentos del Vaticano prohibían que le fuera practicada la autopsia a un papa.

El Vaticano mintió al afirmar que nunca se había realizado ninguna autopsia a ningún papa.

Los arroyuelos de embustes se convirtieron en un torrente. Gota a gota, las mentiras terminaron por transformarse en una inundación.

El testamento del papa. La salud del papa. La hora en que lo embalsamaron. La naturaleza exacta de los análisis médicos que se efectuaron en el cadáver poco antes del entierro. El Vaticano mintió sobre todas y cada una de estas cuestiones.

Pensemos en el testamento de Albino Luciani. No se hizo público ningún testamento. A la familia de Luciani, de hecho, se le llegó a decir que tal testamento no existía. Sin embargo:

Por supuesto que el testamento existía. No sé ni lo largo que era ni lo que decía. Recuerdo que el papa habló de su testamento en la mesa, más o menos quince días antes de morir. Eduardo, su hermano, se refirió entusiasmado al testamento que había dejado Pablo VI. «Mi testamento tiene otro tono y pesa mucho menos —comentó el papa Luciani. Luego separó una pulgarada el índice y el pulgar y añadió—: Mi testamento es así» (Padre Diego Lorenzi, al autor).

Cuando era cardenal de Venecia hizo un testamento de tres líneas en el que le dejaba todo a su seminario de Venecia y nombraba albacea a su obispo auxiliar. Cuando el obispo auxiliar murió, Luciani tachó su nombre, puso el mío en su lugar y me mostró el testamento. (Padre Mario Senigaglia, al autor).

Cuando Albino murió no se encontró su testamento, aunque estoy segura de que lo había hecho. Algún dinero que poseía en una cuenta bancaria en Venecia fue enviado a mi familia porque en teoría el tío Albino había muerto intestado. Nosotros remitimos aquel dinero a la diócesis de Venecia porque sabíamos que ésa era su intención. En parte fue a manos de su sucesor y en parte para obras de caridad. Sé que tenía testamento. Cuando el tío se trasladó de Belluno a Vittorio Veneto destruyó su testamento para hacer uno nuevo. Cuando le desplazaron a Venecia hizo otro. Cuando le eligieron papa le pidió al padre Cario, que era uno de sus secretarios en Venecia, que le llevara a Roma su testamento y él se lo llevó. Si no hizo un testamento nuevo en los treinta y tres días del pontificado, sin duda conservaría el anterior. Siempre fue muy metódico con estas cosas. No entiendo por qué no consiguen encontrar su testamento. (Pía Luciani, al autor).

Como ya ha quedado establecido, los bienes materiales no le importaban a Luciani, pero el testamento de un papa siempre incluye algo más que meras instrucciones sobre repartos económicos. Siempre se añade un mensaje espiritual: comentarios y reflexiones sobre el estado de la Iglesia, por ejemplo. El testamento de Albino Luciani ¿fue destruido porque reflejaba de forma fidedigna los sentimientos y opiniones de Luciani sobre lo que había descubierto en los treinta y tres días de su reinado? Es raro que un magnífico escritor como Luciani, uno de los papas más literarios de los tiempos modernos, se olvidara de escribir una última voluntad, un testimonio final. ¿Es que el papa revolucionario iba a dejar a la Iglesia sin sus postreras reflexiones?

Puede parecer chocante que tanta información falsificada emanara directamente del Vaticano, lugar al que millones de personas consideran el hogar espiritual del cristianismo. ¿No es también chocante que unos hombres que han consagrado su vida

a servir a Jesucristo se dediquen a destruir pruebas tan valiosas como las apuntadas? ¿Y no es extraño que el cardenal Villot, secretario de Estado de la Santa Sede, impusiera un voto de silencio a los miembros del entorno y del servicio papal? ¿No es raro que Villot, actuando en calidad de papa interino, se llevara del dormitorio del papa un frasco de medicina, unas gafas de lectura y unas zapatillas? ¿Es acaso natural que Villot le quitara de las manos al papa muerto unos papeles y los destruyera? Unos papeles, no lo olvidemos, que detallaban los importantes cambios que Albino Luciani estaba a punto de emprender y de los cuales había hablado extensamente con Villot sólo unas horas antes de su inesperada muerte.

¿Formaba parte Villot de una conspiración para asesinar al papa? Su extraño proceder después del descubrimiento del cadáver es el de un hombre decidido a escamotear como sea la verdad sobre esa muerte. No cabe duda de que Villot se apoderó del testamento cuando se sentó detrás de la mesa de trabajo, en el estudio de Luciani, para efectuar las primeras llamadas telefónicas. Al arrancar los papeles de la yerta mano de Luciani, está claro que Villot había decidido firmemente no dejar ni traza de todos esos cambios que tanto le preocupaban la víspera, y que además le afectaban personalmente. Sólo Dios sabe qué más habrá sido robado de los aposentos papales. Lo que sí sabemos es que todos los objetos que hemos mencionado se desvanecieron.

El padre Magee, las hermanas y yo mismo buscamos en el aposento por todas partes esas cosas. No las pudimos encontrar. Las buscamos la mañana misma del 29 de septiembre. (Padre Diego Lorenzi, al autor).

Sabemos sin ningún género de duda que todas esas cosas se hallaban en los aposentos privados del papa antes de que Villot apareciera. De hecho, las gafas estaban en la misma cara del difunto pontífice. Cuando Villot se marchó todas esas cosas habían desaparecido.

El Vaticano mintió al afirmar que el cadáver fue descubierto por el padre Magee, alrededor de las cinco y media de la mañana del 29 de septiembre. La hermana Vincenza me relató personalmente cómo descubrió el cuerpo sin vida de Albino Luciani. (Previamente, les había dicho casi las mismas palabras a monseñor Mario Senigaglia, a Pía Luciani y a Nina, la hermana de Albino).

«Es un milagro que siga con vida; tengo el corazón delicado. Pulsé el timbre para llamar a los secretarios, y luego salí a buscar a las otras hermanas y a despertar a don Diego».

La hermana Vincenza también me dijo que, cuando observaba atónita y transfigurada, inmóvil como una estatua, el cuerpo sin vida del pontífice, el reloj despertador empezó a hacer sonar la campanilla. Entonces instintivamente estiró el brazo y lo paró.

Hay una curiosa circunstancia externa que confirma la veracidad de las declaraciones de la hermana Vincenza. Conan Doyle en cierta ocasión le hace

observar a su ficticio Sherlock Holmes que hay un hecho extraño y significativo sobre un perro: que no ladra. En el dormitorio del papa, junto a la cama, había un despertador que no sonó. Interrogué a fondo a los dos secretarios del papa y a los otros miembros de los aposentos papales sobre este punto. Todos ellos se mostraron contundentes al afirmar que la mañana en que Albino Luciani fue encontrado muerto, el despertador que el propio papa ponía en hora todos los días, como lo venía haciendo desde hacía muchos años, no sonó. El reloj estaba ajustado para que sonara a las cinco menos cuarto de la mañana. El cuerpo del papa muerto no se encontró oficialmente hasta después de las cinco y media. Diego Lorenzi, que dormía tan cerca del dormitorio papal que podía escuchar al papa cuando se movía, no oyó sonar ningún reloj.

Cuando el papa Pablo VI murió, en agosto de 1978, transcurrieron 24 horas antes de que su cuerpo fuera embalsamado, de acuerdo con las leyes italianas. Cuando Albino Luciani murió, en septiembre de 1978, las leyes italianas fueron arrojadas por la ventana, el Vaticano aplicó sus propias leyes.

El cuerpo del papa Albino Luciani fue embalsamado a lo sumo 14 horas después de su muerte. ¿Por qué esta urgencia? La evidencia incluso sugiere que el secretario de Estado Villot quería que el embalsamamiento se hiciera incluso unas horas antes. Hay pruebas que indican que los embalsamadores fueron avisados antes de que el cuerpo fuera «oficialmente» descubierto. Si el padre Magee encontró el cuerpo poco después de las cinco y media, ¿por qué los hermanos Ernesto y Renato Signoracci recibieron el aviso 45 minutos antes? La prudencia es llevada a unos límites desacostumbrados.

El 29 de septiembre, la agencia de noticias italiana ANSA, organización altamente respetable en su ramo, que se puede comparar con la Press Association o con la Reuter, transmitió por sus servicios cablegráficos uno de los muchos rumores que corrían aquel día sobre la muerte del papa. En parte, el texto de ANSA dice: «Dos de los hermanos Signoracci, Ernesto y Renato [los otros dos son Cesare y Arnaldo], fueron despertados esta madrugada al alba y a las cinco los recogieron de sus hogares en un coche del Vaticano que les condujo al depósito de cadáveres del pequeño estado, donde empezaron la operación de embalsamar».

He conseguido entrevistarme con el redactor de esta noticia periodística, Mario di Francesco. En nuestra conversación, el periodista me confirmó la verosimilitud de la historia, basada en una entrevista con los Signoracci que se había celebrado el 29 de septiembre. A los hermanos Signoracci les he entrevistado en diversas ocasiones. En relación con la hora exacta en que recibieron el primer aviso, ahora, transcurridos cinco años, no están seguros. Me han confirmado que fue muy temprano. Si la historia de Francesco es verídica, entonces es que existe una operación similar a las de la mafia. Los encargados del embalsamamiento recibieron el aviso antes de que hubiera oficialmente ningún cadáver.

El hecho es que los embalsamadores fueron alertados antes de que la causa de la

muerte quedara determinada. ¿Por qué iba a destruir el Vaticano la evidencia más valiosa antes de que se estableciera la causa oficial de la muerte?

¿Se practicó una autopsia secreta poco antes del entierro del papa? Las evidencias establecen claramente que hubo una larga y minuciosa inspección médica. ¿Con qué motivo? Un chequeo rutinario sobre el embalsamamiento sólo hubiera llevado unos pocos minutos. Por tanto, ¿qué examinaron los médicos detrás de los biombos, en una iglesia que permaneció cerrada una hora y media?

Debe tenerse en cuenta que el médico personal de Albino Luciani se trasladó por vía aérea de Venecia a Roma el mismo día 29 de septiembre y que se mostró de acuerdo con el diagnóstico de los médicos del Vaticano de que la muerte de Albino Luciani la había provocado un infarto de miocardio. También debe tenerse en cuenta que, en vista de que el doctor Da Ros observó un cadáver que llevaba muerto varias horas y se conformó con un examen somero y superficial, su opinión médica carece de todo valor.

Si había un hombre en toda Italia capaz de confirmar que Albino Luciani había muerto realmente de un infarto de miocardio ese hombre era el profesor Giovanni Rama, el oftalmólogo que había tratado a Luciani desde 1975 por un coágulo que se le había producido en el ojo izquierdo.

El profesor Rama es de la opinión de que esta enfermedad vascular pudo haber llevado a Luciani a la tumba, pero también admite, o por lo menos a mí me lo admitió, que sin autopsia cualquier opinión médica en este sentido carecía de validez.

Si el cardenal Villot y su camarilla de altos prelados de la Curia realmente creían que Albino Luciani había muerto de modo natural a causa de un infarto, no cabe duda de que con sus tres años de experiencia como médico de Luciani el profesor Rama era el hombre al que debía llamar el Vaticano. El profesor me hizo saber que no había mantenido ningún contacto de ninguna clase con el Vaticano después de la muerte de Albino Luciani y subrayó: «Me sorprendió mucho que no me pidieran que fuera a examinar el cuerpo sin vida del papa».

Sin embargo, la observación más significativa de las que realizaron los miembros de la profesión médica sobre este caso es un comentario que se le atribuye al profesor Mario Fontana. Al parecer, el profesor hizo su declaración en privado, poco después de la muerte del papa, pero no trascendió a conocimiento del público hasta la muerte del propio profesor, que se produjo en 1980. «Si tuviera que certificar en las mismas circunstancias la muerte de cualquier ciudadano vulgar y sin importancia, simplemente no hubiera consentido que le enterraran».

El profesor Mario Fontana era jefe del servicio médico del Vaticano.

¿Cómo y por qué cayó el denso telón de sombras sobre la Iglesia católica romana aquel 28 de septiembre de 1978?

Establecer que se ha cometido un asesinato no es esencial para establecer un móvil, pero ayuda. Se lo puede confirmar cualquier oficial de policía experimentado. Sin un móvil, el investigador se mueve en aguas turbias. En relación con la muerte de

Albino Luciani hay una gran cantidad de móviles. En este libro he señalado claramente varios de ellos. También he identificado a los hombres que tenían un móvil concreto y poderoso.

El hecho de que tres de estos hombres, es decir, Villot, Cody y Marcinkus, sean sacerdotes no los coloca por encima de toda sospecha. Los hombres del clero deberían, en teoría, estar por encima de cualquier sospecha. Deberían. Por desgracia, desde que nació el cristianismo muchos clérigos han demostrado gran habilidad para cometer los crímenes más horrendos.

Villot, Cody, Marcinkus, Calvi, Sindona, Gelli: cada uno de ellos tenía un poderoso motivo. ¿Es posible que el cardenal Villot cometiera tamaño asesinato para proteger su posición como secretario de Estado, para proteger a otros hombres que estaban a punto de sucumbir a los drásticos cambios que asomaban en el horizonte, y sobre todo para evitar el furor que sin duda se hubiera levantado cuando Albino Luciani adoptara públicamente una postura diferente sobre el tema de la natalidad?

¿Es posible que el cardenal Cody, ayudado por alguno de los muchos amigos que tenía en el interior del Vaticano, y en un acto desesperado por aferrarse a la red de corrupciones con la que gobernaba Chicago, silenciara drásticamente a un papa que estaba a punto de apartarle de un puesto por el que había luchado con uñas y dientes?

¿Es posible que el obispo Marcinkus, que se encontraba al frente de un banco corrupto, actuara de forma decisiva para conservar su puesto?

Es posible que uno de estos tres hombres sea culpable. Ciertamente, las acciones de Villot después de la muerte del papa son acciones delictivas, ya que destruyó pruebas probablemente vitales, pergeño una falsa historia e impuso un obligatorio voto de silencio. Su conducta deja mucho que desear.

¿Por qué el obispo Paul Marcinkus vagaba por el Vaticano a una hora tan intempestivamente temprana para sus hábitos? Una investigación policíaca normal hubiera exigido muchas respuestas de estos tres hombres, pero, transcurridos cinco años, ya no es posible realizar un interrogatorio profundo y en regla. Villot y Cody han muerto y Marcinkus está sepultado en vida dentro de las paredes del Vaticano. Si diera un solo paso fuera, 160 policías italianos se le echarían encima. El simpático prelado de Cicero es hoy por hoy el hombre, si no más buscado (en realidad no hace falta buscarlo), sí el más anhelado por las autoridades judiciales italianas.

Sin embargo, la evidencia más pertinente y elocuente en defensa de estos tres hombres no son sus inevitables protestas de inocencia. Es el hecho mismo de que vistan sotana, de que sean hombres de la Iglesia católica romana. Dos mil años de tradición han enseñado a esos hombres a adoptar opiniones de largo alcance. La historia del Vaticano es la historia de innumerables pontífices ansiosos por emprender reformas y sin embargo aprisionados en la telaraña de la Curia y neutralizados por el sistema. Si la Iglesia en general y la Ciudad del Vaticano en particular lo desean, pueden y suelen influir espectacularmente en las decisiones papales. Ya se ha señalado cómo una minoría de hombres decididos y experimentados impusieron su

voluntad sobre Pablo VI en el problema del control de natalidad. También se ha señalado la forma en que Baggio se negó abiertamente a reemplazar a Luciani como patriarca de Venecia.

En cuanto a los cambios que Luciani estaba a punto de llevar a cabo, muchos en el Vaticano los hubieran recibido con alegría, pero incluso aquellos que se oponían de forma más drástica hubieran tendido naturalmente a reaccionar de un modo menos dramático y con un método menos vulgar que el asesinato.

Todo esto no descarta a Villot, a Cody y a Marcinkus. Más bien les coloca al final de la lista de sospechosos y hace que Calvi, Sindona y Gelli pasen a ocupar los primeros lugares. ¿Tenía alguno de estos tres hombres la capacidad suficiente para instrumentar la empresa? La respuesta sucinta es que sí.

Fuera quien fuese el que asesinó a Luciani está claro que apostaba (arriesgadamente, quizá) a que en el cónclave siguiente se elegiría un nuevo papa que dejaría dormir el sueño de los justos a todas las reformas que iba a emprender Luciani. Sus instrucciones sólo acumularían polvo en algún lugar recóndito de los recónditos archivos secretos del Vaticano.

Los seis hombres que he señalado como sospechosos tenían mucho que ganar si en el cónclave se elegía al hombre «adecuado». ¿O es que alguien va a matar (y nada menos que a un papa) para disponer sólo de un mes de gracia (o para volver a verse en la necesidad de matar, y nada menos que a otro papa)? Si resultaba elegido el hombre adecuado, el mes de gracia se prolongaría en el futuro. Dos de los sospechosos, Cody y Villot, se encontraban en la más óptima posición para influir a los integrantes del nuevo cónclave. Marcinkus, a pesar de que no participaría directamente en el cónclave, como los dos cardenales, tampoco carecía de influencia. Como tampoco carecían de ella, en las más altas esferas de la Iglesia, Calvi, Sindona y Gelli.

Fue en la villa de Umberto Ortolani, recordémoslo, donde se establecieron los planes finales de un grupo de cardenales que influirían decisivamente en la elección de Pablo VI. Como dirigentes máximos de la P2, Gelli y Ortolani tenían acceso a todos y cada uno de los más íntimos recovecos de la Ciudad del Vaticano, y a los círculos más elevados del Gobierno italiano, la banca y la judicatura.

Sobre una base práctica, ¿cómo se pudo llevar a cabo el asesinato de Albino Luciani? ¿Es seguro que la guardia de seguridad del Vaticano no puede ser burlada? La verdad es que las medidas de seguridad que existían en el Vaticano en los tiempos de la muerte de Luciani podían franquearse con absoluta impunidad. Con la misma facilidad con la que un hombre llamado Michael Fagin se introdujo tranquilamente en el Palacio de Buckingham en medio de la noche y, después de vagabundear por allí, entró en el dormitorio de Su Graciosa Majestad y le pidió a la reina un cigarrillo.

La seguridad del Vaticano en 1978 era muy fácil de burlar. Tan fácil como introducirse entre los cuerpos de seguridad que rodeaban al presidente Reagan cuando John Hinckley disparó y le hirió a él y a varios miembros de su estado mayor.

O tan fácil como cuando, el 13 de mayo de 1982, un hombre llamado Mehmet Ali Agca efectuó tres disparos contra el papa Juan Pablo II.

Juan XXIII había abolido la costumbre de la Guardia Suiza de mantener un retén de vigilancia frente a sus aposentos. De todos modos, Albino Luciani merecía una mejor protección que la que le fue otorgada. La Ciudad del Vaticano, un estado independiente un poco más grande que el St. James Park de Londres, y más pequeño que el Parque del Retiro de Madrid, no presentaba ningún serio problema para alguien que tratara de introducirse de manera clandestina.

El cónclave del que salió elegido Luciani era, en teoría, uno de los lugares más rígida y monolíticamente custodiados del mundo. Es posible que el lector recuerde el catálogo casi exasperante de medidas que mandó disponer Pablo VI para asegurarse de que nadie podría entrar ni salir de la zona del cónclave durante el período de sesiones para elegir un nuevo pontífice. Después de su elección, Luciani mantuvo el cónclave en sesión durante el sábado 26 de agosto. Sin embargo, el padre Diego Lorenzi, un simple sacerdote que nada tenía que hacer allí, me contó gráficamente cómo, en su ansiedad por reunirse con Luciani, había vagado sin que nadie le pusiera objeciones por dentro del mismo corazón del cónclave. Sólo cuando ya estaba a la vista de los 110 cardenales y del flamante pontífice, alguien se le acercó y le preguntó qué hacía allí. De haberlo querido, a esas alturas el padre Lorenzi podría haber hecho volar en pedazos el edificio entero, enviando a todos sus moradores directamente al otro mundo.

En la época en que se desarrolló el cónclave, numerosos comentaristas aludieron a la absoluta falta de seguridad. Citaré sólo a dos de ellos:

También en esta ocasión existía el siempre latente aunque silenciado peligro de las amenazas terroristas. Desde mi punto de vista, la seguridad en torno al Vaticano distaba mucho de ser impresionante durante la pasada semana, y el zafarrancho de callejuelas que se desparrama desde la plaza representa tal vez un problema de una magnitud insuperable. Más razón todavía para terminar con el cónclave de una buena vez. (Paul John son, *Sunday Telegraph*, 27 de agosto de 1978).

Por lo que he podido observar, los cuerpos de seguridad están mucho más interesados en hablar con las muchachas bonitas que merodean por los cafés de las aceras. Espere que las Brigadas Rojas no hayan planeado nada para esta tarde (el día del funeral de Pablo VI). Podrían hacer volar a muchos de los principales jefes políticos del mundo con un solo golpe audaz. (Padre Andrew Greeley, *Cómo se hacen los papas*).

Luego, apenas dos meses después, durante el funeral de Albino Luciani, «las precauciones de seguridad son enormes» (Greeley, *op. Cit.*).

Es curioso que después de la muerte de Luciani aparecieran repentinamente las medidas de seguridad que no habían existido durante su pontificado. «No había ningún guardia de seguridad en la zona de los aposentos pontificios cuando estuve allí con Albino Luciani», me indicó el padre Diego Lorenzi.

También entrevisté al sargento Hans Roggan, oficial que estaba a cargo de la Guardia Suiza la noche en que Luciani murió. Roggan me explicó que aquel día había cenado con su madre en Roma. Cuando regresaron, a las diez y media de la noche,

ambos vieron la luz encendida en el dormitorio del papa. La madre de Roggan se retiró a acostarse y su hijo se mantuvo firmemente en la labor. Me dijo:

No sé por qué motivo, aquélla fue una noche terrible para mí. Esa noche yo era el oficial a cargo del palacio, y no me podía dormir. Al final me levanté, me encaminé a las oficinas y trabajé un poco con el libro mayor. Normalmente, sin embargo, duermo bien.

Éste es el oficial que estaba a cargo de la seguridad del palacio la noche en que Luciani murió de forma tan súbita como inesperada. El oficial daba vueltas y trataba de acomodarse en su cama porque no se podía dormir. A esto hay que agregar que a nadie se le ocurrió salir a dar una vuelta, pues en ese caso seguramente habrían comprobado que la luz del dormitorio del papa había permanecido encendida toda la noche. Es igual. Seguramente el hecho les hubiera parecido superfluo. Un guardia que no puede conciliar el sueño y un papa trasnochador.

Hubo oleadas de crítica cuando se produjo el asesinato del presidente Kennedy en Dallas, porque se comprobó que las medidas de seguridad eran paupérrimas, mejor dicho, no existían. En comparación con el desamparo en el que vivía el papa Luciani, hay que señalar que el presidente Kennedy iba extremadamente bien protegido.

Posteriores investigaciones establecieron que durante el pontificado de Luciani había un guardia suizo instalado en lo alto de las escaleras, en la tercera logia. Su función sin embargo era meramente ceremonial; muy poca gente entraba en los aposentos papales siguiendo ese camino, sino mediante el ascensor, que era lo usual. Para poder montar en el ascensor hacía falta disponer de una llave, pero en ese sentido en el Vaticano eran extremadamente dispendiosos. No había gato en el Vaticano que no tuviera su respectiva llave, al igual que muchos otros que no trabajaban ni vivían allí. El acceso al ascensor no estaba vigilado. Cualquier hombre vestido de cura pudo entrar y salir de los aposentos papales sin ser interrogado, sin que le vieran siquiera.

Abundan muchos otros detalles sobre el caos de seguridad que existía y existe en la Ciudad del Vaticano. Después de la muerte de Albino Luciani, se descubrió, probablemente después de decenios si no de siglos de existencia, una escalera secreta que desemboca muy cerca de los aposentos del papa. La escalera realmente no estaba escondida, no había sido encubierta por ninguna edificación posterior. Simplemente se habían olvidado de su existencia. ¿O no? ¿O quizás había alguien que conocía el secreto y la utilizó la noche del 28 de septiembre?

Oficialmente, los guardias suizos duermen cuando están en funciones. Un guardia suizo custodia una entrada que nadie usa. Muy cerca, hay una escalera cuya existencia al parecer nadie conoce. Incluso el más negado de los asesinos aficionados no hubiera tenido muchas dificultades, y quien fuera que asesinó al papa Luciani no era ningún aficionado. Para colaborar con cualquier persona con aspiraciones a ganarse por mérito propio el escalafón del asesinato, *L'Osservatore della Domenica* publicó el 3 de septiembre de 1978 un plano detallado, completado con fotografías,

de los aposentos papales.

Si Mehmet Ali Agca hubiera tomado las medidas más elementales, el papa Juan Pablo II estaría ahora tan muerto como su predecesor. Asesinado también, como su predecesor. Cuanto más exploraba más me convencía de que a cualquiera que se hubiera decidido a asesinar a Albino Luciani le había resultado muy fácil. Acceder a los aposentos papales en septiembre de 1978 y revolver entre los medicamentos, o acercarse sin ser visto al lugar donde se guardaban la comida y la bebida del papa, con una cantidad suficiente de una de las doscientas drogas letales en circulación, debió de ser una tarea muy simple para el que la realizó.

La virtual certeza de que no se practicaría la autopsia hacía que los riesgos fueran mucho menores. El Vaticano, estado soberano, ni siquiera disponía de un médico de guardia las 24 horas del día. El servicio de sanidad del Vaticano no disponía, por aquellas fechas, del equipamiento más exiguo de cualquier hospital moderno. No había ninguna estructura para el caso de que se presentara una emergencia médica. Y en el centro de esta tentadora carnicería se encontraba un hombre honesto que, al emprender varios cursos de acción, había dado motivos al menos a seis hombres para que se decidieran a asesinarle.

A pesar del alucinante atentado que sufrió el sucesor de Luciani, es muy poco lo que ha cambiado en materia de seguridad dentro del Vaticano.

Durante mis investigaciones, exploré los jardines de la residencia de los padres agustinos, por donde Luciani había paseado antes del cónclave de agosto. Era un domingo de septiembre de 1982. El papa Juan Pablo II había salido al legendario balcón de la plaza de San Pedro a ofrecer a los fieles el *Ángelus* del mediodía. Desde donde yo me encontraba, el papa se hallaba dentro del radio de línea directa, a menos de dos mil metros, con la mitad superior de su cuerpo totalmente descubierta. Si Agca o cualquier otro de su clase hubiera estado donde me hallaba yo, el papa habría muerto y el asesino se encontraría de nuevo en el centro de Roma en cuestión de minutos. Caminé por los jardines sin que nadie hiciera la menor pregunta.

Unos días después entré sin que me inspeccionaran por la puerta de Santa Ana del Vaticano. Llevaba conmigo una maleta lo bastante grande como para contener bombas pero, a pesar del detalle, entré sin que me registraran en el Banco del Vaticano. A la semana siguiente, acompañado por dos investigadores, los tres doblegados de maletas y mochilas, entramos de igual modo y nos paseamos por el mismo corazón del Vaticano para ir a ver a monseñor Ciappi. Todos estos eventos, de los que doy testimonio fidedigno, se produjeron sólo 17 meses después de que el papa Juan Pablo II estuviera a punto de morir asesinado en la plaza de San Pedro.

¿Es posible que en uno de los países con el índice de mortalidad por enfermedades coronarias más bajo de Europa, pudiera morir de infarto un hombre sano, cuya única característica física fuera de lo normal, la presión baja, sirve para defender al organismo de un síncope cardiaco? ¿Es posible que un hombre como Luciani, que no fumaba, que comía con moderación, que era abstemio, que obedecía

ciegamente las instrucciones de sus médicos sufriera tamaña desgracia? ¿Es una desgracia el que, a pesar de haberse tomado todas las precauciones concebibles en materia de salud, muriera súbitamente? Una desgracia que, a pesar de los constantes chequeos médicos, que incluían numerosos electrocardiogramas, no le fuera detectado a lo largo de sesenta y cinco años ningún vestigio de debilidad cardíaca. Una desgracia que su muerte le sobreviniera tan de improviso que no tuviera ni tiempo de apretar el timbre de alarma, que se hallaba a unos pocos centímetros del alcance de su mano.

En palabras de dos de los expertos a los que consulté en Roma, los profesores Rulli y Masini: «Es muy poco corriente que la muerte sobrevenga de una forma tan rápida que el moribundo no pueda llevar a cabo ninguna acción. Es algo muy raro».

Todas las evidencias apuntan contra la afirmación de que la muerte de Luciani se produjera por causas naturales. Por el contrario, las evidencias apuntan fuertemente hacia la sugerencia de que se cometió un asesinato. Yo por mi parte no tengo ninguna duda. Estoy totalmente convencido de que Albino Luciani murió asesinado y que por lo menos uno de los seis sospechosos que he mencionado con anterioridad está (o estaba) en posesión de la clave.

La edad de Albino Luciani, 65 años, se consideraba la más adecuada, dentro del cónclave que le designó, para ocupar el trono pontificio. Pablo VI tenía 66 años cuando resultó elegido, y gobernó la Iglesia durante quince años. Juan XXIII, que tenía 77 años en el momento de su denominación, y que era considerado un papa de transición, llegó a gobernar durante cinco años. En el cónclave se calculaba que Albino Luciani gobernaría la Iglesia por lo menos durante diez años.

Los cónclaves son acontecimientos muy costosos. La muerte de Pablo VI y la elección de su sucesor le costaron a la Iglesia más de cinco millones de dólares. La Iglesia no está predispuesta a efectuar cónclaves con frecuencia, ni a que los pontífices duren poco en el cargo. Como consecuencia de la repentina e inesperada muerte de Luciani, hubo dos cónclaves en menos de dos meses.

No creo que el complot para asesinar a Albino Luciani se concibiera el mismo 28 de septiembre de 1978. El acto final, obviamente, se desarrolló en esa fecha, pero la decisión sin duda había sido tomada mucho antes; con cuánta antelación, es un hecho discutible.

Es posible que se adoptara pocos días después de la elección de Luciani, cuando el nuevo papa inició sus investigaciones sobre el Banco del Vaticano. También pudo tomarse en la primera quincena de septiembre, cuando llegó a conocimiento de varios moradores de la aldehuela del Vaticano la indagación de Luciani sobre la infiltración masónica en la Iglesia. Se pudo decidir en la segunda quincena de septiembre, cuando la actitud del nuevo papa sobre el control de natalidad y sus planes para asumir una postura liberal sobre el tema empezaban a causar honda consternación en el Vaticano. Se pudo tomar en la tercera semana de septiembre, cuando se supo con certeza que Marcinkus y otros altos ejecutivos del Banco del Vaticano iban a ser destituidos. Se

pudo tomar incluso unos pocos días antes de que lo mataran, y que el plan se pusiera rápidamente en marcha, ya que en esos días Albino Luciani había llegado a otras decisiones cruciales y de más largo alcance. Sea cuando fuere que el plan se originó, para los encartados anteriormente identificados, el acto final se cumplió con milimétrica precisión; a todos les ponía a resguardo en el último momento, cuando el chubasco que arreciaba amenazaba con convertirse en diluvio. Si hubieran transcurrido unos días más, hubiera sido demasiado tarde para todos ellos.

Algunos habrán observado que muchas de las evidencias que ya han sido expuestas son de carácter circunstancial. Cuando uno se enfrenta con un asesinato, las pruebas frecuentemente son circunstanciales. Las personas que planean cometer un asesinato no tienen la menor propensión a anunciar sus propósitos en la primera página del *Times*, de *Le Monde*, o del *Washington Post*.

Cuando se comete un asesinato, es raro encontrar un testigo independiente, que esté en una posición incontrovertible como para poder ofrecer pruebas categóricas. La evidencia circunstancial, por sí misma, se ha estimado suficiente para mandar a muchos hombres y mujeres al patíbulo, a la silla eléctrica, a la cámara de gas o ante el pelotón de fusilamiento. Cuando se considera el asesinato de Albino Luciani, tropezamos con un factor de suma importancia. Para que los asesinos logaran su objetivo, el crimen se tenía que cometer sin que lo pareciera, de modo que hubiera una razonable posibilidad de que la muerte de Luciani apareciera como natural. Durante casi seis años, quienes perpetraron el asesinato de Albino Luciani han logrado su propósito de enmascarar lo que debemos catalogar entre los crímenes más importantes del siglo.

Para identificar correctamente al responsable del asesinato de Albino Luciani hay que considerar lo que sucedió en el cónclave siguiente y lo que ha venido ocurriendo desde entonces hasta hoy. El examen de ciertos acontecimientos debería demostrar cuál de los seis sospechosos estaba en el centro de la conspiración que culminó con el asesinato del candidato de Dios.



En julio 10 de 1976, el asesino del magistrado italiano Vittorio Occorsio detuvo la investigación acerca de los vínculos entre un movimiento neofascista y la Orden Masónica P2.



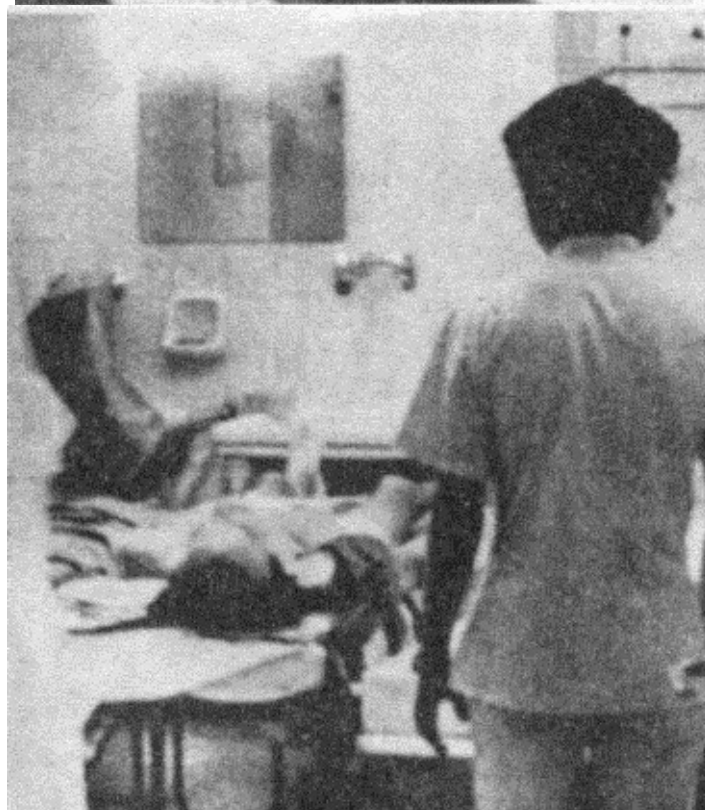
Emilio Alessandrini, magistrado milanés, asesinado el 29 de enero de 1979, poco después de abrir una investigación sobre el Banco Ambrosiano de Calvi.



Mino Pecorelli, miembro desilusionado de la P2 que empezó a hablar. También fue Asesinado.



El diputado gerente general del Banco de Italia, Mario Sarcinelli, abandona la prisión después de haber sido encarcelado por falsos cargos arreglados por Gelli.



Giorgio Ambrosoli, asesinado horas después de haber obtenido evidencia vital contra Sindona.



Dos días antes de ser asesinado, Giorgio Ambrosoli se había entrevistado con el jefe de policía de Palermo, Boris Giuliano. A menos de dos semanas de la muerte de Ambrosoli, Giuliano fue también asesinado.

En beneficio del crimen: Los negocios, como siempre

Cuando las votaciones del cónclave para elegir al sucesor de Albino Luciani empezaron el domingo 15 de octubre de 1978, desde el principio se hizo patente que el Espíritu Santo no tenía ni la más mínima intención de hacer acto de presencia.

En el primer día de votaciones, el tema predominante fue una larga y agria polémica, principalmente entre los seguidores de Siri y Benelli. Quien fuera el responsable del asesinato de Luciani, estuvo muy cerca de tener que volver a asegurarse de que un segundo papa muriera súbita y misteriosamente. A lo largo de dos días, y después de ocho sucesivas votaciones, el cardenal Benelli arañó la mayoría absoluta. Le faltaban tan sólo unos pocos votos. De haber resultado elegido, no cabe duda de que Benelli habría recogido el relevo para seguir varias de las líneas de acción marcadas por Luciani. Cody y Villot habrían sido reemplazados. Marcinkus, De Strobel y Mennini habrían sido arrojados del Banco del Vaticano.

Pero a Benelli le faltaban nueve votos y el eventual ganador resultó ser un candidato de compromiso, el cardenal Karol Wojtyla, que guarda muy poca similitud con Albino Luciani. En estos años, Wojtyla ha dado incontables demostraciones de que lo único que le liga a su predecesor es haber elegido el mismo nombre: Juan Pablo.

A pesar de los esfuerzos de Benelli, Felici y otros cardenales, el pontificado de Juan Pablo II no ha dejado de ser el usual asunto de negocios: negocios que se han incrementado enormemente a tenor de otros asesinatos que siguieron a la extraña y solitaria muerte que se produjo en el Vaticano en septiembre de 1978.

En seguida de tomar posesión de su cargo, el papa Wojtyla fue informado de los cambios que Luciani se había propuesto llevar a cabo. Se le informó sobre las diversas consultas que su predecesor había efectuado en torno a una serie de problemas. La información fiscal recogida por Benelli, Felici, funcionarios de A. P. S. A. y otras personas en nombre de Luciani se puso a entera disposición de Wojtyla. Se le mostraron las pruebas que habían llevado a Luciani a la conclusión de que el cardenal Cody, de Chicago, tenía que ser sustituido. Se le entregó la evidencia que demostraba que la francmasonería se había infiltrado en el Vaticano. Se le comunicó que Luciani había mantenido un diálogo con el Departamento de Estado de Estados Unidos y que planeaba una reunión con un comité del Congreso encargado de la población y del control de natalidad. Villot, por su parte, jugó limpio y puso en antecedentes al nuevo pontífice sobre la actitud de Luciani en relación con la prevención artificial del embarazo. En pocas palabras, Juan Pablo II se encontraba en una posición única para hacer fructificar los planes de Albino Luciani. Sin embargo, ni una sola de las reformas que Luciani se había propuesto se convirtió en realidad. Fueran quienes fuesen los autores del asesinato del papa Luciani, no le habían asesinado en vano.

Villot volvió a ser designado como secretario de Estado. Cody conservó el control

sobre Chicago. Marcinkus, ayudado por Mennini, De Strobel y De Bonis, siguió manejando el Banco del Vaticano, al tiempo que encubría igual que antes las actividades delictivas, cada vez más florecientes, del Banco Ambrosiano. Calvi, al igual que sus jefes de la P2, Gelli y Ortolani, seguían en libertad para dedicarse al saqueo masivo y al fraude a gran escala, actuando bajo la cobertura del Banco del Vaticano. Sindona, por su parte, y al menos por corto plazo, estaba en condiciones de seguir en libertad en Estados Unidos. Baggio no fue trasladado a Venecia. El corrompido Poletti permaneció como cardenal vicario de Roma.

Desde la elección de Karol Wojtyla, se han escrito muchos millones de palabras para tratar de entender la clase de hombre que es. Es la clase de hombre que tolera que gente como Villot, Cody, Marcinkus, Mennini, De Strobel, De Bonis y Poletti sigan en actividad y gocen de amplios poderes. No es posible erigir una defensa de Wojtyla basada en su presunta ignorancia. Marcinkus responde de sus acciones directamente ante el papa, y que éste desconozca el grado de culpabilidad delictiva que pesa sobre Marcinkus escapa a toda duda razonable. Nadie con dos dedos de frente se lo puede creer.

En relación con Cody, los cardenales Benelli y Baggio informaron a Juan Pablo II de los antecedentes del caso en octubre de 1978. Wojtyla no hizo nada. Tenemos un papa que regaña con acritud a los sacerdotes de Nicaragua por mezclarse en cuestiones políticas y que simultáneamente concede su bendición para que enormes cantidades de dólares lleguen, secreta e ilegalmente, al sindicato Solidaridad de Polonia.

El de Wojtyla es un pontificado que se caracteriza por tener dos medidas de valor distintas: una para los actos del santo padre y otra para lo que hace el resto de la humanidad. El papado de Juan Pablo II ha supuesto el triunfo de los bribones, de los corruptos, de los ladrones internacionales como Calvi, Gelli y Sindona, que actúan a mansalva mientras el papa mantiene una imagen fabricada tenazmente por los publicistas, milimétricamente calculada, que no se diferencia de la de muchos cantantes de *rock and roll* dedicados a realizar grandes giras. Los hombres que actúan a la sombra del maniaco besacemento se aseguran de que las cosas sigan siendo lo de siempre: un negocio. Así, los ingresos de la multinacional que difunde por el mundo la imagen del santo padre han registrado un colosal aumento en los últimos cinco años. Es de lamentar que los severos discursos moralizantes que acostumbra a endilgarle Su Santidad a las muchedumbres no los puedan oír los hombres que se mueven detrás del escenario.

Tal como he apuntado antes, producida la elección de Luciani, el obispo Paul Marcinkus puso en guardia a sus colegas del Banco del Vaticano, al igual que a Roberto Calvi, que a la sazón se encontraba en Buenos Aires, y les aconsejó que no olvidaran que el nuevo papa era muy distinto al anterior y que iban a cambiar muchas cosas.

Con la elección de Wojtyla, la Iglesia retomó los valores de Pablo VI, con

intereses. Fijémonos por ejemplo en los francmasones infiltrados en el Vaticano. Gracias a los oficios del papa de turno, el Vaticano, no sólo ha hecho subir a la barca de San Pedro a una gran cantidad de logias masónicas, sino que también ha adoptado su propia masonería interior. Su nombre es el Opus Dei, que quiere decir la obra de Dios.

El 25 de julio, Albino Luciani había escrito un artículo sobre el Opus Dei en el periódico veneciano // *Gazzettino*. Sus opiniones estaban confinadas a esbozar una pequeña historia de la organización y a señalar algunas de sus aspiraciones en torno a la espiritualidad secular. En relación con otros aspectos más controvertidos del Opus Dei, o bien Luciani los ignoraba, lo que es improbable, o bien volvía a dar otra prueba de su habitual discreción.

Con la elección de Karol Wojtyła, la discreción se convirtió en un artículo de lujo. Los esponsales de Wojtyła con el Opus Dei están ampliamente documentados. En vista de que esta secta católica comparte muchos puntos de vista y valores con la corrompida logia P2, y de que el Opus Dei constituye ahora una fuerza con la que hay que contar dentro de la estructura del Vaticano, es necesario precisar algunos detalles.

El Opus Dei es una organización católica de dimensiones internacionales. Aunque su número de miembros es relativamente pequeño (las cifras que se manejan oscilan entre los 60 000 y los 80 000 miembros), su influencia es enorme. Se trata de una sociedad secreta, algo que está estrictamente prohibido por la Iglesia. Cuando se le acusa de ser una organización secreta, el Opus Dei lo desmiente, pero se niega a dar a conocer una lista completa de sus miembros.

El Opus Dei, que fue fundado en 1928 por un sacerdote español, monseñor José María Escrivá de Balaguer, pertenece a la facción de extrema derecha de la Iglesia católica, siendo éste un factor político que le ha aportado tantos miembros como enemigos. Entre sus miembros se cuenta un pequeño porcentaje de sacerdotes, estimado en un 5%. El resto lo integran católicos laicos de ambos sexos.

Aunque en sus filas se pueden encontrar personas procedentes de muy diversos sectores y de las más variadas profesiones, el Opus Dei pretende atraer a formar parte de la organización a los miembros más destacados de las clases profesionales, incluyendo a estudiantes y recién graduados que aspiren a alcanzar el rango de ejecutivos. El doctor John Roche, lector de la Universidad de Oxford y antiguo miembro del Opus Dei, lo describe como una organización «siniestra, secreta y orwelliana».

Es muy probable que la preponderancia que los miembros del Opus Dei le conceden a la automortificación constituya en gran parte el motivo de la abierta hostilidad con que muchos medios de información tratan a la secta. Ciertamente, la idea de autoflagelarse en la espalda desnuda y llevar cilicio con clavos de metal que se le hincan a uno en la carne, para mayor gloria de Dios, puede ser una forma de actuar difícil de digerir para la mayoría de la gente que vive en las postrimerías del siglo xx.

Los miembros del Opus Dei están abocados a una empresa de mayor envergadura: la de apoderarse de la Iglesia católica. Esto debería constituir motivo de alarma, no sólo para los católicos, sino para el común de los mortales. Es probable que la mencionada sociedad secreta tenga facetas dignas de admirar. Albino Luciani alabó elocuentemente alguno de sus conceptos espirituales básicos. Sin embargo, guardó un discreto silencio sobre temas tales como la autoflagelación y sobre otros mucho más graves, como la potente ideología fascista de la organización. Con el papa Juan Pablo II, el Opus Dei ha florecido. Si él mismo no es miembro del Opus Dei, no cabe duda de que colma los más desaforados deseos de los adherentes de la mencionada organización.

Uno de los primeros actos de Karol Wojtyla después de su elección fue el de rezar en la tumba del fundador del Opus Dei. Desde entonces, ha permitido a la secta convertirse en prelatura personal, paso significativo por el camino que conduce al terreno ideológico del cardenal Cody, en el que sólo hay que responder ante Roma y ante Dios.

El Opus Dei es una organización que confiesa tener adherentes que trabajan en más de 600 periódicos, revistas y publicaciones científicas distribuidos por todo el mundo. Hay miembros de la secta en más de 50 emisoras de radio y televisión. En los años sesenta, tres de sus miembros formaban parte del gobierno del dictador español Francisco Franco, dedicados a crear lo que después se llamaría «el milagro económico español». También pertenece a la organización el presidente de la vasta multinacional llamada Rumasa, el español José María Ruiz Mateos que actualmente se encuentra reclamado por la justicia española después de haber creado una red de corrupción semejante al imperio financiero de Calvi.

El Opus Dei es inmensamente rico. Hasta hace muy poco, en que cambió de manos, cualquiera que entrara en una licorería de Augustus Barnett, en Gran Bretaña, estaba contribuyendo con su óbolo a rellenar la hucha ya rellena del Opus Dei.

José María Ruiz Mateos, considerado el hombre más rico de España, canalizó millones hacia el Opus Dei. Una parte muy considerable de su fortuna personal provenía de negocios ilegales que perpetró asociado con Calvi, tanto en España como en Argentina. El financiero de la P2 y el financiero del Opus Dei: ¿acaso es a esto a lo que se refiere la Iglesia al decir que Dios avanza por caminos torcidos?

Desde la muerte de Albino Luciani y su sucesión por Karol Wojtyla, la solución italiana que le fue aplicada a un papa honesto ha sido aplicada frecuentemente para eliminar los obstáculos que se cruzaban en el camino de Marcinkus, Sindona, Calvi y Gelli. La letanía de asesinatos y atentados violentos con fines intimidatorios, que se han perpetrado para enmascarar la práctica habitual del saqueo a gran escala, pone los pelos de punta. Todas estas muertes, amenazas y mutilaciones también constituyen una poderosa evidencia para confirmar que Albino Luciani murió asesinado.

Roberto Calvi, Licio Gelli y Umberto Ortolani no pisaron Italia mientras Luciani se mantuvo en la cúspide de la Iglesia. Calvi regresaría a finales de octubre, después

de la elección de Karol Wojtyla. Gelli y Ortolani seguirían el curso de los acontecimientos desde Uruguay. ¿Será una mera coincidencia que estos tres hombres estuvieran en diversas ciudades de Sudamérica? ¿Acaso sus reuniones de negocios les ocuparon todo agosto, todo septiembre y casi todo octubre? ¿Era realmente necesario que Gelli u Ortolani no se apartaran ni a sol ni a sombra de Roberto Calvi a lo largo del mes de septiembre de 1978? ¿Realmente tardaron todo ese tiempo en entrevistarse con altos ejecutivos para programar la apertura de nuevas sucursales del Banco Ambrosiano?

El tiempo de respiro que obtuvo el financiero de la P2 con la muerte de Luciani parecía que iba a tener un carácter meramente temporal después de la entrevista que mantuvo en Milán con Calvi, el 30 de octubre, el inspector del Banco de Italia Giulio Padalino. Calvi, con su mirada fija en la punta de los lustrosos zapatos, se negó de nuevo a responder de forma directa gran número de preguntas que le fueron planteadas. El 17 de noviembre se dio por concluida la inspección del Banco Ambrosiano ordenada y realizada por el Banco de Italia.

A pesar de la carta fraudulenta de Marcinkus y sus subalternos del Banco del Vaticano en relación con la propiedad de Suprafin, a despecho de las mentiras y evasivas de Roberto Calvi, a pesar de la ayuda que brindó Licio Gelli a su protegido financiero, los inspectores del banco central del Estado italiano elaboraron un larguísimo y minucioso informe en el que se establecía la corrupción que había en la pequeña Dinamarca financiera que era el imperio de Calvi.

Desde Sudamérica, y usando siempre su nombre en clave, Gelli telefoneó a Calvi a su residencia particular. Para Calvi, que cada vez se encontraba más empantanado en las arenas movedizas de los negocios mafioso-vaticano-masónicos, las noticias que Gelli le transmitió eran malas.

A los pocos días de que el inspector Giulio Padalino le entregara su informe a Mario Sarcinelli, jefe de vigilancia del Banco de Italia, una copia completa de dicho informe ya se hallaba en Buenos Aires, en manos de Gelli. No le había llegado por concurso ni de Sarcinelli ni de Padalino, sino por cortesía de la red de servicios de la logia P2. Gelli le advirtió a Calvi de que el informe estaba a punto de ser enviado por el Banco de Italia a la magistratura de Milán, y específicamente al hombre cuyo nombre ya Gelli había anticipado en septiembre: el juez Emilio Alessandrini.

De nuevo Calvi se hallaba al borde de verse expuesto a la ruina más absoluta. A Emilio Alessandrini no había forma de comprarle. Con su talento y valentía, Alessandrini representaba una amenaza muy peligrosa para Calvi, Marcinkus, Gelli y Sindona. Si Alessandrini llevaba adelante el caso con su acostumbrado vigor, la carrera de Calvi habría terminado, Marcinkus se vería expuesto como lo que era en realidad y Gelli perdería la mina de oro que representaba para él y para su logia el Banco Ambrosiano, sistemáticamente expoliado por Calvi en beneficio de su patrón y de su secta secreta. Para Sindona, la caída de Calvi significaba tener que enfrentarse con un poderoso argumento en contra suya, lo que le acarrearía la inmediata

extradición de Estados Unidos y la consiguiente repatriación hacia Italia, donde le esperaban los sórdidos ángulos de una celda, hasta que la muerte llegara a liberarle.

A comienzos de enero de 1979, los círculos financieros de Milán de nuevo se empezaban a preocupar por los rumores que corrían sobre el Caballero Roberto Calvi. El juez Emilio Alessandrini, después de estudiar detenidamente un sumario del informe de 500 páginas compilado por el Banco de Italia, ordenó al teniente coronel Cresta, que estaba al frente de la policía fiscal milanese, que mandara a sus hombres al «banco de los curas». La orden consistía en verificar punto por punto las muchas irregularidades delictivas detalladas en el informe. Nadie fuera de los círculos oficiales había tenido acceso al informe. Nadie, es decir, salvo Calvi y Gelli.

El 21 de enero, *L'Espresso* se hizo eco de los rumores que circulaban por la ciudad, entre ellos la alarmante novedad de que Calvi y todo el consejo de administración de su banco iban a ser arrestados y que a Calvi se le iba a retirar el pasaporte. Había que actuar con rapidez, antes de que el público fuera presa del pánico. En ese caso, el Banco Ambrosiano pagaría las consecuencias: sus clientes le retirarían la confianza y el dinero que tenían depositado.

En la mañana del 29 de enero, Alessandrini se despidió de su mujer con un beso y llevó en coche a su hijo a la escuela. A continuación, Alessandrini se dirigió a su despacho. Pocos segundos antes de que dieran las ocho y media, detuvo el vehículo ante un semáforo en la Vía Muratori. Todavía esperaba que cambiara la luz roja cuando cinco hombres se acercaron a su coche y le llenaron de balas el cuerpo.

Aquel mismo día, horas más tarde, un grupo de terroristas de extrema izquierda llamado Prima Linea se responsabilizó del asesinato. El grupo también dejó un panfleto en una cabina telefónica de la estación central de Milán. Ni la llamada telefónica ni el panfleto aportaban motivos claros sobre el asesinato del juez Alessandrini.

¿Por qué un grupo de extrema izquierda iba a asesinar a sangre fría a un juez conocido en toda la península precisamente por haberse dedicado a investigar el terrorismo de las bandas de extrema derecha? Emilio Alessandrini había sido uno de los principales investigadores del atentado de la piazza Fontana, en el que una bomba causó una pavorosa cifra de víctimas. El atentado se atribuía a los terroristas de derecha. ¿Por qué Prima Linea iba a matar a un hombre que, por medio de los conductos legales adecuados, intentaba conseguir lo que los mismos terroristas de izquierda, al menos en teoría, debían alabar con el mayor entusiasmo? Para nadie era un secreto que los criminales derechistas pagaron las consecuencias de sus acciones.

Bandas como Prima Linea o las Brigadas Rojas no asesinan y atentan contra la gente por motivos meramente políticos o ideológicos. En realidad son asesinos a sueldo. Por ejemplo, los vínculos entre las Brigadas Rojas y la Camorra de Nápoles (la mafia napolitana) están hartamente documentados.

En el período que llevo preparando este informe, cinco hombres se han confesado autores del asesinato de Alessandrini y están siendo juzgados. Sus declaraciones

aparecen ahítas de detalles. Sin embargo, a la hora de explicar los motivos que les llevaron a cometer tamaña tropelía, sus explicaciones plantean más preguntas que respuestas.

Marco Donat Cattin, que fue el segundo hombre en abrir fuego sobre el desarmado e indefenso juez Alessandrini, observó: «Esperamos que salieran en los periódicos los reportajes sobre nuestra acción y en los obituarios dedicados al magistrado encontramos los motivos para justificar el atentado».

Tres días después de cometido el asesinato, en la tarde del 1.º de febrero, Roberto Calvi participó en un cóctel que se celebró en Milán. Como era inevitable, la conversación recayó sobre la reciente atrocidad cometida por Prima Linea. Calvi no tardó en explicitar lo mucho que lamentaba lo ocurrido, no por la signora Alessandrini ni por el niño que se había quedado sin padre, sino por sí mismo: «Es una verdadera vergüenza. Justamente la víspera del suceso, Alessandrini me había dicho que no pensaba proseguir con sus investigaciones y que iba a ordenar que el caso se diera por cerrado».

El asesinato de Luciani había proporcionado un respiro momentáneo a Marcinkus, Calvi, Sindona y sus amigos de la logia P2. Ahora, el asesinato de Emilio Alessandrini les otorgaba un nuevo respiro. La investigación judicial iniciada por el juez Alessandrini siguió adelante, sólo que a paso de tortuga.

En el Banco de Italia, Mario Sarcinelli se daba perfecta cuenta de que la investigación había perdido todo su impulso. Sarcinelli y el gobernador del banco, Paolo Baffi, estaban decididos a que la larga y compleja investigación que se había realizado el año anterior no terminara como un vano ejercicio.

En febrero de 1979, Mario Sarcinelli emplazó a Calvi para que se presentara en el Banco de Italia. Calvi fue interrogado metódicamente sobre Suprafin, sobre las relaciones que existían entre el Banco Ambrosiano y el I. O. R. y sobre la filial del banco que funcionaba en Nassau. También se le solicitó que precisara a quién pertenecía realmente el Banco Ambrosiano. Con Alessandrini muerto, Calvi era un hombre nuevo, o mejor dicho: volvía a ser el mismo de antes. Su mirada se había vuelto otra vez fría como el hielo. El manto de protección de Licio Gelli incrementaba todavía más su desaforada arrogancia. Secamente, Calvi se negó a responder al interrogatorio de Sarcinelli, pero el requerimiento al que le sometieron no le dejó dudas de que el Banco de Italia seguía con su investigación y que el asesinato de Alessandrini no había inhibido a las autoridades.

Una vez más, Calvi discutió sus problemas con Gelli, quien le aseguró que el asunto se podía arreglar. Antes de resolver ese problema, sin embargo, había otra cuestión que significaba muchos quebraderos de cabeza para la logia P2. Se trataba de las dificultades que les causaba el abogado y periodista Mino Pecorelli. Entre las muchas y diversas actividades de Pecorelli figuraba la de director de un semanario más bien inusual, que era en realidad un derivado de la O. P., la peculiar agencia de noticias a la que ya hemos hecho referencia.

La O. P. ha sido descrita de muy diversas formas. Para unos era un «estercolero»; para otros, meramente «escandalosa». Era ambas cosas. También afinaba mucho su puntería. En los años setenta, la agencia recogió e hizo circular un asombroso número de revelaciones y denuncias sobre la corrupción existente en Italia. Se convirtió, de esa forma, en lectura obligada para todo el que quisiera estar al día en la materia de quién robaba a quién.

A pesar de las rígidas leyes antilíbello que existen en Italia, la O. P. llevaba una existencia placentera. Es evidente que Pecorelli tenía acceso directo a las más restringidas fuentes de información, que le brindaban ajustados informes sobre los temas más delicados y peliagudos. Muchos periodistas italianos se inspiraban en la O. P. para escribir sus artículos. Mientras tanto, trataban de averiguar quién o quiénes estaban detrás de aquella agencia de noticias que se hallaba por encima de la ley, pero la O. P. seguía conservando celosamente el halo de misterio que la envolvía. En una entrevista que le hicieron en televisión. Rosita, hermana de Pecorelli, declaró que la O. P. la financiaba el primer ministro Andreotti.

A comienzos de los años setenta, el nombre de Michele Sindona solía ligarse con la O. P. Pecorelli contaba con informantes en los servicios secretos italianos, pero sus contactos principales los tenía dentro de una organización más poderosa y secreta que la agencia de espionaje del Gobierno. Mino Pecorelli era miembro de la P2, y de esta logia masónica ilegal obtenía la mayor parte de la información que mantenía en estado de alerta constante a los medios de difusión italianos.

En una sesión de la logia, Licio Gelli pidió a los miembros de la misma que contribuyeran con documentos e informes que luego serían canalizados hacia la O. P. En este período, la principal función de la O. P. consistía, por lo tanto, en fortalecer las ambiciones de Gelli y apoyar los objetivos de la logia secreta. A mediados de 1978, sin embargo, Pecorelli decidió llevar adelante por su propia cuenta una pequeña actividad privada. Había obtenido informes sobre uno de los robos más grandes de la historia de las finanzas en Italia. El cerebro del robo no era otro que el propio Licio Gelli, actuando como siempre entre bambalinas. La jugada consistía en defraudar al fisco italiano 2500 millones de dólares.

En Italia se emplea un mismo derivado del petróleo en la calefacción de los edificios y como combustible de los camiones de transporte con motor diésel. El fluido que se emplea para la calefacción es coloreado para distinguirlo del que se utiliza en los vehículos, y su tasación es cincuenta veces inferior al combustible para motores diésel. Se trata de una situación que parece que se hubiera hecho a propósito para un delincuente como Gelli. Maniobrando bajo la oculta tutela del Titiritero, el magnate del petróleo italiano Bruno Musselli, miembro de la P2, adulteraba la tintura colorante. El director de la policía de finanzas italiana, general Raffaele Giudice, también miembro de la logia, se encargaba de falsificar los documentos para que todo el combustible importado fuera tasado según el canon mínimo. El combustible se vendía después a las estaciones de servicio, que lo pagaban al precio más alto, ya que

se usaba para alimentar camiones.

Gracias a los servicios de otro miembro de la logia, Michele Sindona, y a través del Banco del Vaticano, los beneficios se transferían a una serie de cuentas corrientes abiertas en el banco suizo de Sindona: el Finabank. Licio Gelli se convirtió de esa forma en una figura familiar dentro del Vaticano, donde se le solía ver entrar por el portón de Santa Ana con grandes maletas repletas de miles de millones de liras robadas.

El general Giudice fue designado director de la policía de finanzas por el primer ministro Giulio Andreotti, amigo de Licio Gelli. Esta designación se produjo desde que el cardenal Poletti, vicario de Roma, escribiera una carta al primer ministro en la que le recomendaba a Giudice como el hombre más apropiado para el cargo. Poletti, como se recordará, era uno de los hombres a los que Albino Luciani planeaba alejar de Roma. Pecorelli desconocía la relación del Vaticano con el escándalo del petróleo, pero sabía lo bastante sobre esta gigantesca estafa fiscal como para atreverse a publicar algunos minúsculos fragmentos de información sobre el tema. Una delegación compuesta por el senador democristiano Claudio Vitalone, el juez Cario Testi y el general Donato lo Prete, de la policía de finanzas, se entrevistó con Pecorelli para comprar su silencio. Los pequeños artículos sobre el escándalo del petróleo dejaron de aparecer.

Apercibido de que podía ganar más dinero si perseveraba en la aplicación de esta dudosa técnica, Pecorelli empezó a escribir sobre los masones. La lista que elaboró a comienzos de septiembre de 1978, con los nombres de más de un centenar de masones vaticanos, constituía una simple llamada de atención, pero afectó profundamente a Licio Gelli.

El hecho de que una copia de la lista de Pecorelli aterrizara en la mesa de trabajo de Albino Luciani y que éste, después de examinarla cuidadosamente, empezara a moverse en base a dicha información, no le hizo ninguna gracia a Licio Gelli, que ya entonces estaba muy alarmado por la amenaza que representaban las actividades de Luciani para el financiero de la P2, el banquero milanés Roberto Calvi.

Muerto Luciani, Gelli se dispuso a negociar con Pecorelli. Primero le sobornó aunque, como era inevitable, Pecorelli exigió más dinero a cambio de su silencio. Gelli se negó a dárselo. Entonces Pecorelli publicó el primero de lo que prometía ser una serie de artículos. En él revelaba que Licio Gelli, baluarte de la extrema derecha, antemural del fascismo, había espionado a favor de los comunistas durante la guerra y lo había seguido haciendo después. Pecorelli asumía repentinamente el papel de intrépido y temerario periodista y prometía a sus lectores cuantiosas revelaciones sobre la logia Propaganda Dos. Para que sirviera de muestra, dio a conocer que Licio Gelli, antiguo jerarca nazi exfascista y aliado de los comunistas, mantenía además estrechas relaciones con la C. I. A. Por haber revelado tantas cosas ciertas, los miembros de la P2 llegaron a la conclusión de que Pecorelli les había traicionado.

El 20 de marzo, Gelli llamó por teléfono a las oficinas de Pecorelli, en Roma. Al

habla con el periodista, le sugirió la conveniencia de que ambos mantuvieran una pacífica plática al día siguiente, mientras cenaban juntos. «Si es que esa hora te resulta conveniente». A Pecorelli le resultaba conveniente. Durante la conversación, Pecorelli mencionó que esa noche se iba a quedar trabajando hasta tarde en su despacho, pero que al día siguiente dispondría de tiempo para cenar con Gelli. Era una cena a la que Pecorelli jamás acudiría.

A las nueve y cuarto de la noche, Pecorelli salió de su oficina, sita en la Vía Orazia, y se encaminó en busca de su coche aparcado a corta distancia. Las dos balas que le causaron la muerte, cuando ya estaba sentado al volante, le fueron disparados en la boca, desde muy cerca. El disparo en la boca es una clásica acción de la mafia siciliana. Se conoce como *sasso in bocea* y significa que un traidor ya no podrá volver a hablar. Deriva de la ancestral costumbre de poner una moneda en la boca de los muertos, de los que habían «soplado» por dinero.

Descartada por hartos motivos la cena con su viejo amigo, Licio Gelli se entretuvo en abrir su fichero secreto sobre los miembros de la P2, para extraer la ficha correspondiente a Mino Pecorelli y cruzar la primera hoja con la palabra «fallecido».

Nadie se responsabilizó del asesinato de Pecorelli, pero en 1983 un antiguo alto oficial del S. I. D. (Servicio Secreto Italiano), llamado Antonio Viezzer, fue arrestado bajo el cargo de haber estado presumiblemente involucrado en el asesinato de Pecorelli. Antonio Viezzer era miembro de la logia P2.

Pocos días antes de que Pecorelli fuera silenciado para siempre, uno de los hombres a los que había incluido en la lista de masones del Vaticano, el cardenal Jean Villot, precedió a su denunciante en el definitivo exilio de la tumba. Cuando murió, Jean Villot todavía conservaba gran cantidad de títulos y cargos oficiales, los mismos que ostentó durante el breve pontificado de Albino Luciani. La agonía de Villot, un hombre que aunque no tomara parte en la conspiración que terminó con la vida de Luciani por lo menos prestó a los criminales una ayuda vital, fue descrita paso a paso en una serie de informes médicos minuciosamente detallados. Sus últimos momentos, por tanto, contrastan de modo significativo con los del papa Luciani.

Mientras en el Vaticano enterraban al difunto secretario de Estado, al otro lado del Tíber la batalla a favor de una purificación más prosaica y temporal proseguía con encono. El director de vigilancia del Banco de Italia, Mario Sarcinelli, y el gobernador del mismo banco, Paolo Baffi, habían empezado a presionar para que la investigación contra Calvi se agilizará. Los dos insistían en que había pruebas más que suficientes para justificar una detención inmediata. Evidentemente, Gelli y Calvi no estaban, de acuerdo con esa decisión.

El 25 de marzo de 1979, las detenciones se llevaron a cabo, pero los detenidos no eran ni Calvi ni sus acólitos del Banco Ambrosiano, sino Sarcinelli y Baffi. El magistrado romano Mario Alibrandi, bien conocido por sus ideas derechistas, dejó a Baffi en libertad bajo fianza a causa de su edad, ya que contaba 67 años. Mario

Sarcinelli menos afortunado, fue arrojado al interior de una celda. Los cargos contra los dos ejecutivos del Banco de Italia, consistentes en retener información sobre unos hechos delictivos, además de falsos, eran demasiado burdos, así que a las dos semanas Sarcinelli fue puesto en libertad bajo fianza. De todos modos, los cargos seguían pendientes, tanto contra Sarcinelli como contra Baffi, hasta que en enero de 1980 se reconoció que eran acusaciones totalmente falsas y carentes de la más mínima justificación. Sin embargo, y mientras no se levantaron los cargos, Sarcinelli se vio impedido a volver a ocupar su puesto de director de vigilancia del Banco de Italia, porque el juez que lo había hecho arrestar se empeñaba en no anular una orden que él mismo había firmado y que impedía a Sarcinelli desempeñar cualquier cargo público durante un año.

Con esta resonante demostración de poderío, la logia de Gelli había logrado mellar los afilados dientes del Banco de Italia.

Traumatizado y desalentado, Paolo Baffi renunció a su empleo de gobernador del banco en septiembre de 1979; tras el despliegue de poder por parte de Calvi y sus asociados, estaba convencido de que él y sus nombres luchaban inútilmente contra una fuerza superior a la que tenía el propio Banco de Italia. Entre el escándalo de la incalificable detención de Sarcinelli y la renuncia de Baffi, los miembros de la plana mayor del banco recibieron una nueva y definitiva demostración del poderío que ostentaban las fuerzas que se alzaban contra ellos. La demostración, que se llevó a cabo en Milán, fue organizada y financiada por Michele Sindona.

Mientras Calvi y sus amigos trataban de resolver a su manera los problemas que tenían en Italia, su cantarada de logia Michele Sindona se enfrentaba con una porción de complicaciones en Nueva York. Después de haber sorteado la solicitud de extradición efectuada por el Gobierno italiano, Sindona comprobarla que esa victoria le iba a proporcionar muy poca alegría.

El 19 de marzo de 1979, el Ministerio de Justicia de Estados Unidos dictó una orden de detención contra Sindona, que fue inculpado de 99 cargos por fraude, perjurio y apropiación indebida de fondos bancarios. Los cargos provenían directamente del colapso del Franklin National Bank. Después de depositar una fianza de tres millones de dólares, Sindona quedó en libertad bajo fianza, con la obligación además de presentarse todos los días en el despacho de un alguacil de policía.

En la primera semana de julio de 1979, un juez del Tribunal Federal dictaminó que Sindona no podía ser repatriado a Italia para afrontar las acusaciones de bancarrota fraudulenta, porque en muy poco tiempo tendría que hacer frente a unos cargos similares en Estados Unidos.

El tratado de extradición entre Italia y Estados Unidos tiene una cláusula que establece determinadas prioridades. Sobre esta base, el procurador John Kenney confirmó que el Gobierno tenía la intención de repatriar a Sindona a Italia después de que se cerrara el caso contra él en Estados Unidos.

Con vida todavía, a pesar de los 100 000 dólares con que habían tasado su cabeza los amigos mañosos de Sindona, Kenney debía su supervivencia a un único factor. En Italia, matar a un juez, a un fiscal o a un procurador constituye a menudo una forma muy efectiva de persuadir a las autoridades para que paralicen cualquier investigación o búsqueda. El asesinato de Alessandrini es un ejemplo cabal de la efectividad de esta forma brutal de practicar el chantaje. En Estados Unidos, en cambio, un asesinato como el de Alessandrini hubiera surtido exactamente el efecto contrario. Un estipendio de 100 000 dólares era sin duda muy tentador para los profesionales del ramo. Sin embargo, como buenos profesionales, sabían perfectamente que el asesinato de Kenney, no sólo desencadenaría una caza despiadada del asesino, sino que supondría un vigoroso acicate a favor de la acusación en trámite contra Sindona.

Enfrentado a un tribunal de Nueva York, con el tenaz Job Kenney como acusador, Sindona decidió utilizar una vez más la solución italiana para quitarse de encima a otro hombre que le causaba unos sobresaltos todavía peores que los que le provocaba John Kenney. Ese otro hombre era Giorgio Ambrosoli.

El 29 de septiembre de 1974, el fiscal Giorgio Ambrosoli fue designado liquidador de la Banca Privata Italiana, propiedad de Michele Sindona. Tal como se ha informado anteriormente, la Banca Privata había sido creada por Sindona en julio de 1974 al fusionar dos de sus bancos, la Banca Unione y la Banca Privata Finanziaria, de modo que un único banco fraudulento de gran envergadura venía a reemplazar a dos bancos fraudulentos de mediana envergadura. Cinco años después no había nadie en el mundo mejor informado de los negocios sucios de Sindona que Giorgio Ambrosoli. Designado liquidador por el Ministerio de Hacienda y el gobernador del Banco de Italia, Ambrosoli se había entregado de lleno a la tarea, verdaderamente de pesadilla, de desenredar la enmarañada madeja de apaños, amaños y jugarretas que había tejido un moderno Maquiavelo.

Ya en una fecha tan temprana como el 21 de marzo de 1975, el prudente y minucioso Ambrosoli, en un informe secreto que elevó al procurador general de Italia, demostraba su convencimiento de que las actividades de Sindona eran de carácter delictivo. Las pruebas que había reunido y estudiado hasta entonces le confirmaron que lejos de haber sido producida por una mala administración o por erróneas prácticas comerciales, la bancarrota de Banca Privata había sido provocada deliberadamente por el propio Sindona y sus acólitos, que gobernaban sus bancos. A principios de 1974, Sindona había auspiciado «las operaciones de febrero con el fin de crear las circunstancias adecuadas para la bancarrota». Se trataba, por lo tanto, de un vasto despojo de bienes ajenos fría y calculadamente premeditado.

Giorgio Ambrosoli era un hombre con un coraje singular. Más o menos por la misma época en que elevó su informe al procurador general, en el que le transmitía sus hallazgos preliminares, Ambrosoli le confió algunos de sus íntimos sentimientos a su mujer: «Pase lo que pase, estoy seguro de que voy a tener que pagar un precio muy alto por haber aceptado esta misión. Pero yo ya sabía esto antes de aceptarla y

por lo tanto no me quejo. Es una ocasión única que me han dado para que haga algo por nuestro país... y también por supuesto para que me cree enemigos personales».

Lenta y metódicamente, Ambrosoli empezó a encontrarle un sentido al insensato rompecabezas deliberado que había creado Sindona. Las acciones aparcadas, las devoluciones ilegales, las comisiones bajo cuerda, las mareantes transferencias de dinero a través de un laberinto de compañías distintas. Mientras Sindona disertaba ante los estudiantes de una universidad de Estados Unidos, explayándose en sus delirios sobre el capitalismo cósmico, con galaxias enteras apretujadas de estrellas por las que desparramar empresas fraudulentas (aunque esto no lo dijera en sus charlas), el tranquilo y circunspecto abogado milanés armaba poco a poco la paciente estructura que iba a demostrar que Sindona estaba podrido hasta la punta de las uñas de sus dedos cuidadosamente arregladas.

En 1977 un abogado romano llamado Rodolfo Guzzi sondeó a Ambrosoli con una complicada oferta de comprar Banca Privata y salvarla de la bancarrota. Ambrosoli descubrió en seguida que Guzzi era un peón que había avanzado Michele Sindona y declinó amablemente la oferta, a pesar de que dos ministros democristianos le presionaron para que la aceptara.

El poder que todavía tenía Sindona se puede colegir fácilmente del hecho de poder contar, incluso a esas alturas, con el apoyo de un par de ministros. Ambrosoli recibió una nueva demostración del poder de Sindona cuando Baffi, e) gobernador del Banco de Italia le habló de la presión que ejercía Franco Evangelisti, hombre de confianza y mano derecha del primer ministro Andreotti, para que el Banco de Italia tomara una rápida y típica solución italiana. Lo que Evangelisti exigía era que Baffi diera su aprobación para que el banco se hiciera cargo de las deudas de Sindona. En una demostración de valentía, Baffi se negó. La investigación de Ambrosoli, por lo tanto, siguió adelante.

Entre la montaña de papeles con los que tenía que luchar, Ambrosoli fue encontrando recurrentes referencias que le permitieron abrirse camino hasta descubrir a «los 500»; según evidenciaban los documentos en poder del magistrado milanés, así era como se conocía a las 500 personas predominantes dentro del mercado negro italiano de divisas. Estas personas, con la colaboración de Sindona y del Banco del Vaticano, eran los principales evasores ilegales de divisas. Es probable que la lista completa y comprobada de los 500 hubiera eludido las pesquisas de Ambrosoli hasta el final, como las venía eludiendo desde hacía cinco años. Sin embargo, muy poco más se escapaba a su escrutinio.

Ambrosoli comprobó que un gran número de organismos públicos, de instituciones respetables como INPDAI, el gigante de los seguros, depositaban sus fondos en los bancos de Sindona, donde percibían un interés más bajo del habitual: el 8% en vez del 13%. Como contrapartida, sin embargo, recibían una tasa de intereses secreta, que iba a parar directa y sigilosamente a los bolsillos de los directivos, tanto del INPDAI como de las otras augustas empresas.

Ambrosoli identificó muchos de los trucos de los que se servía Sindona para exportar dinero ilegalmente, incluida la compra de dólares a un precio más alto que la tasación del mercado, para que luego el remanente (lo que al parecer había pagado de más) le fuera devuelto en forma de depósito en una cuenta corriente del extranjero, ya fuera en Londres, Suiza o Estados Unidos.

Ambrosoli empezó a compilar su propia lista de culpables. Nunca llegaría a tener 500 nombres —Michele Sindona se iba a encargar de eso—, aunque consiguió 77 nombres, entre los que figuraban los de ciertos hombres de confianza del Vaticano, como Massimo Spada y Luigi Mennini. Ambrosoli recopiló irrefutables evidencias de la complicidad del Banco del Vaticano en muchos de los delitos cometidos por Sindona. A lo largo del período en que llevó a cabo su investigación para el Banco de Italia, Giorgio Ambrosoli, un hombre que tenía que trabajar prácticamente sin ninguna ayuda, vivió sometido de continuo a todo tipo de presiones por parte de Sindona. Primero Sindona se querelló judicialmente contra Ambrosoli, acusándole de desfalco. Después retiró la querrela para sustituirla por una táctica distinta, que consistía en el ofrecimiento, efectuado por el yerno de Sindona, Pier Sandro Magnoni, para que Ambrosoli se convirtiera en el presidente del nuevo banco de Sindona, «una vez que usted haya terminado con todo este aburrido papeleo sobre bancarrotas y demás, ya me entiende».

La infiltración de la logia P2 en todas las esferas era tan absoluta que Sindona se mantenía informado por alguien en quien Ambrosoli creía poder confiar, como quedó claro cuando Magnoni le repitió oralmente un pasaje de un informe secreto que había elaborado Ambrosoli y que oficialmente sólo habían recibido unos pocos altos ejecutivos del Banco de Italia. Alguno de ellos, si es que era uno solo, o pertenecía a la P2 o era un informante de la logia.

En marzo de 1979, Ambrosoli ya estaba en condiciones de establecer una cifra sobre las dimensiones de «*Il crack Sindona*» al menos en lo que concernía a la Banca Privata: sus pérdidas eran de 257 000 millones de liras. También en marzo de 1979 arreciaron las amenazas telefónicas que Ambrosoli recibía desde hacía tiempo. Los que le llamaban tenían un fuerte acento italo-norteamericano.

Desde finales de 1978, las amenazas y los insultos se habían intensificado. Los anónimos individuos que llamaban a Ambrosoli empleaban las tácticas más diversas, desde tratar de tentar al magistrado ofreciéndole grandes sumas de dinero hasta soltarle las más feroces amenazas. Un día quedó bien claro de quién procedía la campaña telefónica, cuando una voz le propuso a Ambrosoli: «¿Por qué no va a ver a Sindona a Estados Unidos? Como amigos».

Ambrosoli declinó la invitación y empezó a grabar las llamadas telefónicas. Habló con sus amigos y colegas en relación con estas llamadas. Incluso le hizo escuchar una cinta a uno de los abogados de Sindona. Unos días después recibió una nueva llamada: «Sucio bastardo. Te crees muy listo por haber grabado las llamadas telefónicas ¿eh?». El abogado de Sindona reconocería más tarde que después de

escuchar la grabación lo primero que había hecho había sido llamar a su cliente a Nueva York.

El 10 de abril de 1979, Sindona se enfrentó con otro hombre al que consideraba un enemigo. Este hombre era Enrico Cuccia, director ejecutivo de Mediobanca, un banco inversor de propiedad estatal. Las conclusiones de Sindona eran acertadas, ya que Cuccia le había impedido apoderarse de Bastogi en 1971. Mucho antes que cualquier otro, Cuccia había llegado a la conclusión de que Sindona era un estafador megalomaniaco. Durante la entrevista que mantuvo con Sindona en abril de 1979, Cuccia obtuvo todo un recital de evidencias que confirmaban lo que había empezado a sospechar casi ocho años antes.

Lo que había movilizado a Cuccia a viajar a Nueva York era una serie de llamadas telefónicas que también él había estado recibiendo de hombres con un pronunciado acento italo-yanqui. Las llamadas, al igual que las que recibía Ambrosoli, tenían un indudable carácter amenazador. Mientras que Ambrosoli prefirió quedarse en Milán y seguir con su trabajo, Cuccia en cambio se desplazó a Estados Unidos para enfrentarse con Sindona.

En su entrevista con Cuccia, Sindona planteó una serie de exigencias. La primera era que Cuccia debía conseguir que se retirara la orden de arresto que había contra él en Italia. El hecho de que en 1976 le hubieran sentenciado *in absentia* a tres años y medio de cárcel era un punto que Sindona ni siquiera consintió en tener en consideración. Era algo demasiado trivial. Luego, Sindona exigió a Cuccia que debía encontrar los 257 millones de liras necesarios para reflotar la Banca Privata. Como medida suplementaria también le exigió que consiguiera el dinero necesario para mantener a la familia de Sindona. Además de la merced de permitirle al signor Cuccia que siguiera con vida, no queda claro qué era lo que Sindona estaba dispuesto a ofrecer a cambio de todas aquellas exigencias.

En el transcurso de esta extraordinaria conversación, tal vez para demostrarle a Cuccia que se encontraba en verdadero peligro, Sindona sacó a colación el tema de Giorgio Ambrosoli. «Ese maldito auditor que han nombrado para que haga la liquidación de mi banco me está fastidiando, de modo que voy a ordenar que le maten. Le haré desaparecer de tal forma que no deje ni rastro». Así es en realidad la mentalidad de la maña. Al Pacino con sus trajes bien cortados, los encantadores nietecitos de Brando y las dotes que los padres entregan a sus hijas pertenecen al mundo mañoso de la fantasía. La mafia real la forman hombres como Michele Sindona.

Sindona profirió las amenazas contra Cuccia menos de un mes después de haber sido inculcado de 99 cargos delictivos. La misma mentalidad que le había llevado a creer, según los preclaros esquemas sicilianos, que la causa de extradición desaparecería si el fiscal de distrito John Kenney moría asesinado, se ponía de nuevo en funcionamiento. Si silenciaban a Ambrosoli, los cargos criminales que éste había acumulado contra Sindona probablemente se desvanecerían como el rocío de la

aurora. Un hombre cuya mente funciona de acuerdo con unos razonamientos tan retorcidos, muy bien puede planear el asesinato de un papa y llevarlo a cabo sin vacilar.

Enrico Cuccia no estaba en absoluto impresionado al término de su entrevista en Nueva York. En octubre de 1979, una bomba hizo explosión junto a la puerta de su piso, en Milán; afortunadamente, nadie resultó herido. Giorgio Ambrosoli, en cambio, no iba a tener tanta suerte.

Si en algo coincidían las partes implicadas en el inminente proceso judicial que se iba a iniciar contra Sindona era en que el testimonio de Giorgio Ambrosoli tenía una importancia trascendental. El 9 de julio de 1979, el juez Thomas Griesa, al que habían designado para que incoara el proceso contra Sindona, dispuso que Ambrosoli efectuara una declaración jurada en Milán.

Ese día, el hombre al que se le había ofrecido una recompensa de 100 000 dólares para que asesinara a Giorgio Ambrosoli, estaba en el Hotel Splendido de Milán, donde se alojaría durante 24 horas. Se había registrado en el hotel con el nombre de Robert McGovern, aunque era mejor conocido como Bill *el Exterminador*. Su verdadero nombre es William Arico.

En su hotel de primera categoría, a menos de 50 metros de la estación central de Milán, Arico cenó en compañía de los cinco hombres que iban a colaborar con él en el asesinato. Sus dos cómplices principales eran su hijo Charles Arico y otro hombre llamado Rocky Messina. Llevaban encima una metralleta M-11, a la que se le había ajustado un silenciador, y cinco revólveres P-38. Arico alquiló un Fiat y empezó a seguir, acechante, a Giorgio Ambrosoli.

El requerimiento para que Ambrosoli hiciera una larga y detallada deposición de sus investigaciones había sido solicitado inicialmente por los propios abogados de Sindona, que tenían la esperanza de poder demostrar que las acusaciones eran absurdas y que por lo tanto carecía de sentido que su cliente estuviera bajo proceso de extradición en Nueva York. En la mañana del 9 de julio, los abogados de Sindona iban a despertar de sus dorados sueños de una forma extremadamente ruda.

Cuatro años de trabajo, más de 100 000 hojas de anotaciones preparadas meticulosamente y encima la excepcional inteligencia que poseía un abogado tan dotado como Ambrosoli, poco a poco empezaron a desvelar la aterradora verdad, en presencia del juez italiano Giovanni Galati, de una pléyade de abogados norteamericanos y de dos alguaciles que representaban al juez Thomas Griesa, de Nueva York.

Cuando el juicio se aplazó, después de la primera audiencia, resultaba muy fácil identificar a los abogados de Sindona: eran los que tenían la cara más larga de preocupación.

Con Arico siguiéndole los pasos, el abstraído Ambrosoli se dirigió al lugar en el que mantendría una nueva entrevista. En esta ocasión, Boris Giuliano, jefe del C. I. D. y superintendente de las fuerzas de policía de Palermo. El tema era el mismo

sobre el que Ambrosoli ya había testificado a lo largo del día: Michele Sindona. Giuseppe di Cristina, matón que trabajaba para el clan mañoso de las familias Gambino, Inzerillo y Spatola, había sido asesinado en Palermo en mayo de 1978. Sobre su cuerpo sin vida, Giuliano había encontrado talones bancarios y otros documentos que indicaban que Sindona había transferido los beneficios del tráfico de heroína, a través del Banco del Vaticano, a un banco de su propiedad: el Smincor de Suiza. Después de comparar los resultados a los que habían llegado cada uno por su lado, los dos investigadores convinieron volver a entrevistarse para tratar el asunto con mayor detenimiento después de que Ambrosoli terminara con el testimonio que le habían solicitado los abogados de Estados Unidos.

Avanzaba el día y Ambrosoli todavía no había terminado con el asunto Sindona. Después de su entrevista con Giuliano, habló largamente por teléfono con el teniente coronel Varisco, jefe del servicio de seguridad de Roma. El tema se relacionaba con la investigación que Varisco tenía entre manos: la logia Propaganda Dos.

El 10 de julio, al proseguir con su deposición bajo juramento, Ambrosoli dejó caer varias bombas. Al detallar de qué forma había cambiado de manos la Banca Cattolica Véneto y cómo Pachetti había sido descargada por Sindona sobre Calvi, Ambrosoli afirmó que Sindona había pagado «una comisión de 6,5 millones de dólares a un banquero mitanes y a un obispo norteamericano».

El 11 de julio, Ambrosoli completó su testimonio jurado. Se decidió que volvería al día siguiente para firmar las actas notariales de su declaración y que a la semana siguiente se pondría a disposición de los acusadores norteamericanos y de los abogados de Sindona para ser interrogado y clarificar su testimonio.

Poco después de la medianoche del día 11, Ambrosoli llegó a la puerta del edificio de apartamentos donde vivía. Desde una ventana, su mujer le recibió moviendo una mano. Aunque ya era tarde iban a cenar juntos. Cuando Ambrosoli avanzó para abrir la puerta, Arico y dos de sus cómplices emergieron de las sombras de la noche. La pregunta surgió de la penumbra:

—¿Giorgio Ambrosoli?

—Sí.

Arico hizo fuego prácticamente a quemarropa y por lo menos cuatro balas de su P-38 le acertaron en el pecho al abogado, cuya muerte fue instantánea.

A las seis de la mañana, Arico estaba en Suiza. Cien mil dólares habían sido transferidos de una cuenta que tenía Sindona en el Banco del Gotardo (que formaba parte del imperio financiero de Calvi), a una cuenta que Arico había abierto a nombre de Robert McGovern en el Crédit Suisse de Ginebra con el número 415851-22-1.

El 13 de julio de 1979, menos de 48 horas después del asesinato de Giorgio Ambrosoli, el teniente coronel Antonio Varisco recorría en un BMW blanco conducido por su chofer el Lungotevere Arnaldo de Brescia, de Roma. Eran las ocho y media de la mañana. Un Fiat 128 de color blanco se acercó y se mantuvo a su flanco. Una metralleta de cañón recortado apareció por una de las ventanillas del Fiat,

se efectuaron cuatro disparos y el teniente coronel y su chófer resultaron muertos. Una hora más tarde, las Brigadas Rojas se «atribuían» el doble asesinato.

El 21 de julio de 1979, Boris Giuliano entró en el Lux Bar de la Via Francesco Paolo di Biasi, de Palermo, para tomar un café. Eran las ocho y cinco de la mañana. Después de consumir su taza de café, Giuliano se acercó a la caja para pagar. Un hombre avanzó hacia él y disparó seis veces. Giuliano resultó muerto. A esa hora, el café estaba repleto. Las posteriores encuestas policiales establecieron que nadie había visto nada, que nadie había oído nada. El puesto de Boris Giuliano lo ocuparía Giuseppe Impallomeni, miembro de la P2.

Los miembros de las Brigadas Rojas no se adjudicaron, verídica o falazmente, la «paternidad» del asesinato de Giorgio Ambrosoli y Boris Giuliano. Cuando las noticias sobre el asesinato de Ambrosoli llegaron a Nueva York, Michele Sindona, el hombre que había pagado a un exterminador profesional para que se hiciera cargo del interventor de su Banca Privata, declaró con su estilo característico: «Que nadie se atreva a imputarme ninguna relación con este acto de cobardía porque iniciaré las acciones legales pertinentes contra quien quiera que lo haga».

Dos años antes, en una entrevista que le concedió a *il Fiorino*, Sindona había efectuado unas declaraciones mucho más significativas. Hablando del «complot que existe contra mí», había enumerado a los jefes de la trama que, según él, se había montado para perjudicarlo y difamarlo. Entre los jefes mencionados por Sindona estaba Giorgio Ambrosoli. Después de dar cuenta de su lista de enemigos Sindona señaló: «Hay muchos que deberían estar asustados... Repito: hay muchos muchos».

Giorgio Ambrosoli no murió en balde. Sus muchos años de labor, más su deposición jurada, aunque no llegara a firmarla, demostrarían su poder de convicción como pruebas acusatorias en el discurso del juicio que iba a celebrarse muy pronto en Nueva York contra Michele Sindona.

El banquero milanés y el obispo norteamericano a los que Ambrosoli se había referido bajo juramento en su deposición, fueron rápidamente identificados como Roberto Calvi y Paul Marcinkus. Marcinkus desmentiría tajantemente haber recibido esa comisión. Ambrosoli no era de la clase de hombres que hacen tamaña acusación sin carecer de pruebas abrumadoras. En relación con la veracidad de los juicios vertidos por el obispo Marcinkus, valdría la pena recordar que poco después de producirse el colapso que se conoce como «*Il crack Sindona*» el director del Banco del Vaticano declaró que ni siquiera conocía al banquero siciliano.

¿Quiénes eran los principales beneficiarios de esta serie atroz e inhumana de asesinatos? La lista ya empieza a tener un retintín familiar, como de ritornello: Marcinkus, Calvi, Sindona, Gelli y Ortolani.

En Milán, después de los sucesivos asesinatos, el terror que se cernía sobre el Palacio de Justicia era poco menos que tangible. Los hombres que habían trabajado junto a Ambrosoli empezaron a dar claras señales de que les fallaba la memoria, ya que apenas si se acordaban de haber colaborado con el magistrado recientemente

asesinado en sus investigaciones sobre los asuntos de Sindona. El juez Luca Mucci, que se había hecho cargo de la investigación criminal después del asesinato de Ambrosoli, avanzaba tan despacio en sus pesquisas que más parecía que retrocediera. Una evaluación inicial de la investigación del Banco de Italia sobre las actividades del Banco Ambrosiano llegaba a la asombrosa conclusión de dar por perfectamente aceptables las explicaciones de Calvi. Al menos así opinaba la policía de finanzas.

Padalino, el ejecutivo del Banco de Italia que había dirigido las pesquisas en 1978, se vio sucesivamente citado a comparecer en Milán ante magistrados muy dubitativos, que no parecían creer ni una palabra de lo que les decía. A medida que transcurría el verano de 1979, Padalino sufrió frecuentes amenazas y se encontró zancadilleado y hostilizado por elementos pertenecientes a la judicatura de Milán. Se le puso sobre aviso de que su informe sobre el Ambrosiano constituía de hecho un libelo. Eran la logia de Gelli y la mafia de Sindona, que convertían el concepto de la justicia en mera depravación.

Un ejemplo del enorme poderío del eje Calvi/Gelli se puede elucidar de los sucesos que se desarrollaban en Nicaragua, más o menos en la época en que se produjo el asesinato de Emilio Alessandrini, en enero de 1979.

En septiembre de 1977, Calvi había abierto otra sucursal de su imperio en Managua, que se llamaba Banco Comercial del Grupo Ambrosiano. Su función oficial era la de «realizar transacciones comerciales de carácter internacional». Su función verdadera era la de desplazar de la agencia de Nassau, con el visto bueno del obispo Paul Marcinkus, una enorme cantidad de documentos que podían servir de prueba para revelar los artilugios delictivos y fraudulentos que empleaba la casa central de Milán en el tejemaneje de inflar, comprar, vender y aparcar acciones bursátiles. En Nicaragua, este cúmulo de evidencias estaba todavía más lejos del alcance del Banco de Italia. Como siempre, por supuesto, había un precio que pagar. Gelli le había allanado el camino a Calvi, al ponerle en contacto directo con el dictador nicaragüense Anastasio Somoza. Después de que unos cuantos millones de dólares fueran a parar cabalmente a su bolsillo, el dictador afirmó que le parecía una buena idea que Calvi abriera un banco en su pequeño y maltrecho país. Uno de los beneficios accesorios que Calvi obtendría con esta operación sería la adquisición de un pasaporte nicaragüense, del que no se volvería a desprender a lo largo de su vida.

Calvi y Gelli conocían perfectamente las circunstancias políticas que atravesaba Nicaragua, con la posibilidad siempre creciente de que la rebelión sandinista se hiciera con el poder en un futuro no muy lejano. Dos hombres como Calvi y Licio Gelli, que habían militado simultáneamente en el fascismo y en la guerrilla de los partisanos durante la segunda guerra mundial, no iban a cambiar los hábitos de toda una vida, apostando siempre tanto al negro como al rojo, lo que en la terminología bancaria se llama adoptar una actitud prudente. Calvi, no sólo llenó los ya desbordados bolsillos de Somoza con unos cuantos millones de dólares, sino que también entregó similares cantidades de dinero a los rebeldes, a veces para que

compraran trigo, a veces para que compraran armas.

A comienzos de 1979, la toma del poder en Nicaragua por parte de la izquierda se convirtió en realidad. Al igual que había sucedido con otras revoluciones izquierdistas que habían triunfado anteriormente, una de las primeras medidas que adoptó la revolución sandinista al ocupar el poder fue nacionalizar los bancos extranjeros. En este caso con una excepción: el Banco Comercial del Grupo Ambrosiano, que siguió tranquilamente sus negocios en manos de Roberto Calvi.

En Nueva York, mientras tanto, con un gran número de sus enemigos italianos acallados, si no de modo permanente por lo menos de forma temporal, Michele Sindona decidió a finales de julio de 1979 regresar a Italia. Ilegalmente, claro. El hecho de que estuviera en libertad condicional en Nueva York, con una fianza depositada de tres millones de dólares, y tuviera que presentarse todos los días ante el alguacil, más el haber sido sentenciado a tres años y medio de reclusión en Italia, donde además le buscaban por otros cargos, podía parecer un cúmulo de buenas razones para no regresar. La solución que encontró Sindona era la simplicidad personificada. Con la colaboración de sus amigos de la mafia de Nueva York y de Sicilia, Michele Sindona puso en marcha su propio «secuestro».

Los motivos que impelían a Sindona a regresar en secreto a su tierra natal incluían la urgencia que tenía por obtener el máximo apoyo para cuando se abriera el juicio contra él en Nueva York. Sindona era de la opinión de que había mucha gente que le debía favores. Ahora se los tendrían que devolver. Para persuadir a sus amigos y colegas italianos, que tal vez no se mostraran muy ansiosos por pagar los servicios recibidos, Sindona estaba preparado para jugarse el último as que le quedaba: daría los nombres de los 500.

La lista de los 500 evasores de dinero negro de Italia había sido una elusiva presa para las autoridades italianas en los diez últimos años. Sin contar a Giorgio Ambrosoli, multitud de investigadores italianos seguían continuamente una u otra pista que les podían conducir a la esquivada lista de los 500, en la que se aseguraba que figuraban los nombres de muchos de los hombres más poderosos de Italia. Para las autoridades financieras italianas, la lista se había convertido en una especie de Santo Grial, con la diferencia de que no se trataba, como en el Grial, de una cuestión meramente legendaria. La lista existe. No cabe duda de que tanto Sindona como Gelli poseen una copia de la misma, y que Calvi también poseía la suya.

Sindona creía que la amenaza de hacer públicos los misteriosos nombres de la lista le bastaría para conseguir la más impoluta rehabilitación por parte de la sociedad italiana. La condena de tres años y medio de cárcel sería derogada, las restantes denuncias y acusaciones que existían contra él serían dejadas de lado, podría recuperar sus bancos italianos y el tribunal de Nueva York se tendría que enfrentar con un hombre que podría proclamar legítimamente que era la inocente víctima de una maligna conspiración, inspirada probablemente por el comunismo. Un tumulto de personas respetables dirían en su testimonio que Sindona era, no sólo un hombre mal

comprendido, sino además el banquero más brillante del mundo, personificación del limpio, honesto y saludable capitalismo. Todo esto lo pensaba obtener Sindona con el empleo de una técnica en la que, según él mismo se había jactado profusamente ante su exsocio y examigo Cario Bordoni, era un verdadero maestro: el chantaje.

Tiempo después, Sindona alegraría que había otro motivo para su viaje. Insistiría ante cualquiera que quisiera escucharlo (y sigue insistiendo todavía) en que lo que intentaba era derrocar el gobierno italiano en Sicilia y declarar la independencia de la isla. De acuerdo con sus propias palabras, una vez conseguido su propósito de independizar Sicilia, Sindona le ofrecería la isla a Estados Unidos para que la integrara a sus dominios. A cambio pediría que se anularan todos los cargos que había contra él en Estados Unidos. Sindona afirma que su plan hubiera dado resultado de no haber sido por el hecho de que, después de haber tramado un falso secuestro con sus amigos de la mafia, sus amigos de la mafia decidieron convertir lo falso en auténtico y le secuestraron de verdad. Fantasías y engaños de este tipo resultan risibles, pero sólo hasta que uno se acuerda de que hombres buenos y honestos como Giorgio Ambrosoli no se reían precisamente cuando los asesinaron.

La locura de Michele Sindona queda revelada con la mayor nitidez en la concepción de sus planes para independizar Sicilia primero, y anexionarla a Estados Unidos después. Sindona afirma que la familia Gambino estaba totalmente dispuesta a desmantelar sus factorías de heroína en Sicilia, industria delictiva que proporcionaba a los Gambino, los Inzerillo y los Spatola unos beneficios anuales mínimos de 600 millones de dólares, según estimaciones de las autoridades italianas. A cambio de esta actitud tan ponderable, de desmantelar el negocio de la heroína, la familia Gambino obtendría el control del comercio de naranjas y a Rosario Spatola se le daría autorización para que construyera un casino en Palermo.

De acuerdo con el plan para el secuestro, Sindona desapareció adecuadamente de las calles de Nueva York en la tarde del 2 de agosto de 1979. Estaba claro que iba a encontrarse muy atareado si pensaba anexionar Sicilia a Estados Unidos, ya que incluso tenía pensado entrevistarse con el presidente norteamericano para hacerle su propuesta antes de que se abriera el proceso en Nueva York el 10 de septiembre.

Con un pasaporte falso extendido a nombre de Joseph Bonamico (buen amigo, en italiano), y acompañado por Anthony Caruso, con gafas, una bufanda blanca y bigote y barba postizos, Sindona se embarcó en el vuelo 740 de la TWA con destino a Viena, que salía del aeropuerto Kennedy.

La farsa, completada con las exigencias de que se entregara un rescate, enviadas a diversas personas por unos «secuestradores» que se autodenominaban «Comité Proletario para la Eversión [sic] de una Verdadera Justicia», se prolongó hasta el 16 de octubre, en que un Sindona «emocionalmente exhausto y físicamente débil», con una herida de bala ya cicatrizada en una pierna, telefoneó a uno de sus abogados de Nueva York desde una cabina telefónica situada en la esquina de la calle 42 y la Décima Avenida de Manhattan.

Se mida como se mida, el viaje de Sindona estuvo muy lejos de redundar en un éxito abrumador. Sicilia no se convirtió en un nuevo estado de la Unión. Muchos antiguos amigos de Sindona siguieron siendo exactamente eso: antiguos amigos. La lista de los 500, a pesar de las amenazas, no se dio a conocer, y Sindona, en un futuro muy próximo, tendría que enfrentarse con acusaciones adicionales tales como perjurio, incumplimiento de palabra al no obedecer las cláusulas de la fianza y la de haber amañado un falso secuestro. Al parecer, el único buen resultado que obtuvo Sindona en su clandestina visita a Italia, fueron los 30 000 millones de liras que le entregó Roberto Calvi después de que el siempre amable Licio Gelli mediara una vez más a favor de Sindona. En teoría, el dinero fue entregado a los presuntos secuestradores de Sindona, que lo habrían recibido a través de uno de los bancos de Calvi: el Banco del Gotardo, en Suiza. En teoría, el dinero era para pagar al mañoso Rosario Spatola, a fin de que dejara en libertad a Sindona: versión italiana del truco de las tres cartas.

Los principales encartados en esta complicada conspiración, además del propio Sindona, eran Anthony Caruso, Joseph Macaluso, Johnny Gambino, Rosario Spatola, Vincenza Spatola y Joseph Miceli Crimi. Las autoridades italianas comprobaron que Rosario Spatola, a quien habitualmente se le podía encontrar merodeando entre las mezcladoras de una gran empresa de construcciones que poseía en Palermo, se encontraba en Nueva York en el preciso momento en que se produjo la desaparición de Sindona. Al ser inquirido por los motivos de su visita a Estados Unidos, Rosario Spatola respondió: «Negocios familiares».

La causa contra Sindona, contra el que convergían innumerables acusaciones a raíz del colapso del Franklin Bank, comenzó finalmente a principios de febrero de 1980. Muy poco antes de que se iniciaran las audiencias judiciales, desde el Vaticano partieron claros indicios de que al menos la Iglesia católica romana iba a mantener su solidaridad con su antiguo asesor económico.

Los cardenales Giuseppe Caprio y Sergio Guerri y el obispo Paul Marcinkus habían consentido en testificar a favor de Michele Sindona, al serles solicitado por los abogados de la defensa, aunque su testimonio sería bastante original. Los tres altos dignatarios prestarían una deposición jurada para que fuera registrada en videotape. Con la intriga de qué podrían decir estos tres hombres tan devotos a favor de Sindona, la acusación no había puesto ningún reparo a esta maniobra tan inusual.

Lo normal es que los testigos de una causa criminal presten declaración bajo juramento en una sala judicial, delante del juez y del jurado. Sin embargo, como demostración de buena voluntad, el juez Thomas Griesa dispensó de estas minucias a los tres altos dignatarios del Vaticano y autorizó a los abogados de Sindona a desplazarse a Roma el viernes 1.º de febrero. Se daba por entendido que la declaración se realizaría al día siguiente y que los abogados regresarían con las cintas de vídeo el lunes, para entregárselas al juez. El informe de los abogados defensores, que está incluido en las transcripciones del juicio de Estados Unidos contra Michele

Sindona, es insólito y extraordinario.

En el último minuto, o para ser precisos cuatro horas antes de que se realizaran las deposiciones, intervino el secretario de Estado del Vaticano, cardenal Casaroli. No se realizaría deposición ninguna. «Pueden crear un precedente muy conflictivo y perjudicial. Ha habido por desgracia demasiada publicidad sobre estas deposiciones. Nos duele mucho que el gobierno de Estados Unidos no reconozca diplomáticamente al Vaticano».

Los sofisticados abogados neoyorquinos seguían atónitos cuando informaron al juez Griesa de lo sucedido. A las once de la mañana del sábado, el secretario del cardenal Guerri, monseñor Blanchard, había llamado por teléfono a la embajada de Estados Unidos para confirmar que los cardenales y el obispo Marcinkus acudirían a la embajada a las cuatro de la tarde. Pocos minutos después, monseñor Blanchard volvió a llamar a la embajada para comunicar que Casaroli había impedido que se efectuaran deposiciones. Cuando le preguntaron a qué se debía este súbito cambio de idea, monseñor Blanchard negó haber efectuado cualquier otra llamada telefónica, cuando en realidad había telefoneado apenas un rato antes. A esta mentira en seguida le agregó otra, señalando que «el juez norteamericano ya está informado del asunto».

La confusa diplomática norteamericana que atendió las dos veces a monseñor Blanchard no estaba acostumbrada a lidiar con las deshonestas argucias del Vaticano. Por lo tanto, trató de ponerse en contacto con el cardenal Guerri en persona. Cuando por fin lo localizó, Su Eminencia le confesó que no sabía si iba a hacer deposición o no. Al final resultó que no.

Tanto Guerri como Caprio y Marcinkus aseguraron a los abogados defensores que sus deposiciones hubieran estado llenas de elogios a Michele Sindona. No era ése el problema. El problema había surgido al darse cuenta el cardenal Casaroli de las devastadoras consecuencias que podía tener esta toma de actitud. Si el jurado norteamericano declaraba culpable a Sindona, tres altos dignatarios de la Iglesia católica quedarían ignominiosamente al descubierto como mentirosos. Más grave todavía era el hecho de que si se permitía que los tres altos prelados testimoniaran en un proceso judicial, aunque lo hicieran voluntariamente, quedaría sentado un precedente que abriría las puertas del Vaticano a todos los magistrados italianos que pudieran exigir una colaboración similar, y no cabe duda de que serían muchos. Eso crearía una brecha en el Tratado de Letrán, que garantizaba la más completa inmunidad judicial a todo cardenal católico, que bajo ningún concepto podía ser arrestado en territorio italiano. El paso siguiente, una vez abierta la brecha, consistiría en que demasiados focos, demasiada luz ingrata alumbraría los mecanismos de los negocios del Vaticano.

Con indudable sagacidad, Casaroli había salvado al Vaticano de una catástrofe. Lo que los abogados neoyorquinos no sabían era que, el actuar como lo hizo, el cardenal Casaroli había desobedecido una decisión tomada por el papa. Alegrementemente, el papa Juan Pablo II había dado su visto bueno al requerimiento de Marcinkus y sus

amigos, que le solicitaron su infalible autorización para poder proclamar ante el mundo el altísimo concepto que les merecía Michele Sindona.

El 27 de marzo de 1980, Michele Sindona fue declarado culpable de 65 actos delictivos, entre ellos fraude, conspiración, perjurio, falsificación de asientos bancarios y apropiación indebida de los fondos de un banco. Fue encarcelado en el Centro Correccional Metropolitano, de Manhattan, para esperar que se dictara sentencia.

El 13 de mayo, dos días antes de la fecha establecida para que le leyera la sentencia, Sindona fingió que había tratado de suicidarse. Se abrió las muñecas superficialmente, aunque lo que resulta más significativo es que ingirió una cierta dosis de digital. Siguiendo los consejos del Gran Maestro Licio Gelli, todos los miembros de la P2 llevaban siempre encima una dosis letal de digital. Gelli había aconsejado tanto a Sindona como a muchos otros altos miembros de la logia que nunca se desprendieran de la droga. De hecho, la droga era el último recurso que podía utilizar un miembro de la logia si le presionaban para que facilitara informes. Era una forma que tenía la logia de asegurarse su supervivencia, aun a costa de la vida de sus propios miembros.

Lo que continua siendo un misterio es cómo entró en la prisión la dosis de digital que Sindona ingirió. Sindona ha afirmado que hacía muchos años que llevaba una ampolla con su dosis letal cosida al forro de una chaqueta. Introducir clandestinamente una droga como el digital en una prisión de alta seguridad como la que le acogió en Nueva York resultaría para Sindona una empresa mucho más difícil que introducirla en los aposentos papales en septiembre de 1978.

Al principio parecía que Sindona se iba a morir, principalmente porque los médicos estaban desconcertados en cuanto a las contramedidas a adoptar, ya que ni siquiera sabían qué droga había ingerido. Sin duda la dosis que ingirió no era suficiente para matarle. Tras descubrir finalmente que se trataba de digital, los médicos pudieron administrarle un antídoto. Sindona se recobró y el 13 de junio de 1980 fue sentenciado a cumplir 25 años de presidio y a pagar una multa de 200 000 dólares. Cario Bordoni, que había sido el principal testigo de la acusación contra Sindona, recibió una condena de siete años de cárcel y una multa de 20 000 dólares. Posteriormente, Sindona también fue declarado culpable de haber dispuesto su propio secuestro, con lo que se le sumaron dos años y medio más de prisión. Como cómplices de Sindona, acusados de conspiración y de ayudarle a eludir sus obligaciones de libertad condicional, Anthony Caruso y Joseph Macaluso fueron condenados a cinco años de cárcel.

Mientras estos acontecimientos se desarrollaban en Nueva York, Roberto Calvi y Licio Gelli seguían con sus negocios al otro lado del Atlántico. En 1979, Roberto Calvi vivía bajo una permanente protección. Tenía un ejército privado de guardaespaldas. Había contratado un servicio de vigilancia para que protegiera las 24 horas del día a él y a su familia, al igual que sus casas de Milán, Roma y Drezzo. Para

desplazarse, Calvi utilizaba un Alfa Romeo blindado, con llantas a prueba de balas. Esta paranoia del supremo ladrón costaba a los accionistas del Banco Ambrosiano un millón de dólares al año. Hasta sus propios terrores se los hacía pagar Calvi a los demás. No había nadie en Italia, ni siquiera el presidente o el primer ministro, que estuviera tan bien protegido como Roberto Calvi, que también requería protección (de otra clase) de todos los partidos políticos, fuera cual fuese su color. Los democristianos, los socialistas, los comunistas: a todos financiaba ilegalmente Roberto Calvi, y por lo tanto todos se encargaban de protegerle. También contaba con la protección de Gelli y de su logia, así como con la de sus socios de la maña, pero tanto la falsa masonería de Gelli como la organización criminal siciliana eran espadas de doble filo que, cuando se descuidara, Calvi podía descubrir que en lugar de defenderle le atacaban.

Las acciones del Banco Ambrosiano, negociadas ilegalmente, estaban escondidas en compañías panameñas, fuera de la jurisdicción del Banco de Italia, pero Calvi temía en todo momento que las autoridades financieras descubrieran este aspecto de sus variadas actividades delictivas. Primero se había utilizado la agencia de Nassau para enterrar las transacciones ilegales. Cuando el Banco de Italia estaba a punto de poder demostrar que sus sospechas eran verídicas, Calvi transfirió el eje de la maquinaria fraudulenta a Nicaragua. Después, en 1979, desplazó parte del mecanismo que gobernaba el sistema del fraude perpetuo todavía más lejos: a Perú. El 11 de octubre de 1979, el Banco Ambrosiano Andino abrió sus puertas en Lima. Poco tiempo después, la mayoría de los préstamos que habían sido extendidos a compañías de Panamá y Licchtenstein fueron transferidos a Perú. Las restantes compañías de cobertura, muchas de las cuales tenían un capital nominal de apenas 10 000 dólares, siguieron proliferando. Hubo un momento en que llegaron a ser diecisiete. La mayoría eran propiedad de una compañía de Luxemburgo adecuadamente denominada Manic, S. A., que a su vez era propiedad del Banco del Vaticano.

Si los bancos internacionales que año tras año hacían cola para prestar a Calvi millones de dólares sobre millones de dólares hubieran realizado una elemental investigación, Calvi hubiera quedado al descubierto como timador muchos años antes de sufrir su último destino pendular. Es verdad que el informe sobre el Banco Ambrosiano que elaboró el Banco de Italia era estrictamente confidencial y por lo tanto no estaba a disposición de cualquiera. Sin embargo, así estaban las cosas todavía cuando yo lo obtuve en 1981. Si un escritor puede obtener un informe de esa naturaleza, entonces es más que probable que lo hubieran podido conseguir el Midland, el Lloyds, el National Westminster o cualquiera de los otros 250 bancos distribuidos por el mundo que prestaban a Calvi grandes sumas. Pero, que se sepa, no lo obtuvieron. Con total impunidad, Calvi les siguió robando. Durante años y años se dedicó a robar *nuestro* dinero.

Todos estos banqueros internacionales tienen una gran reputación, muy ventilada,

de ser astutos y rápidos de entendederas. Sin embargo, todos se creían a pies juntillas las cuentas que Calvi les enseñaba. La declaración que les hizo de que los vastos fondos que le cedían eran para financiar las exportaciones italianas fue unánimemente aceptada. ¿No hubo un solo banquero que efectuara alguna comprobación? ¿No hubo uno solo que vigilara las actividades de Calvi? Que más de 450 millones de dólares fueran cedidos por la gran banca internacional, no a otro gran banco, sino a una mera compañía fiduciaria denominada Banco Ambrosiano Holdings, con sede en Luxemburgo, una compañía a la que ningún banco nacional respaldaba, constituye la más feroz demostración condenatoria de las prácticas corrientes con que se realizan grandes préstamos y se otorgan amplios créditos en el mercado bancario internacional.

Los hombres que se sientan en el consejo directivo de los bancos prestamistas deberían ser obligados a rendir cuentas a sus accionistas y a los clientes que tengan abierta una cuenta en cualquiera de estas respetables empresas bancadas. No es muy grato ponerse a pensar que algunos británicos hayamos podido financiar la compra de los misiles Exocet por parte de Argentina, unos misiles que iban a causar la muerte de tantos hombres durante la guerra de las Malvinas. Sin embargo, y pese a todo, no cabe duda de que así ha sido. Existía una secreta cadena formada por malignos eslabones. Calvi le entregó millones de dólares a Licio Gelli, quien a su vez utilizó una parte de ese dinero para comprar los misiles Exocet como representante del gobierno militar argentino. Invertir para el futuro está muy bien, pero invertir para que maten con vuestro propio dinero a vuestros hijos y para que vuestros nietos no tengan ni siquiera futuro es algo muy diferente. Probablemente los hombres que concedieron esos vastos créditos a Calvi se defenderían alegando que en su momento parecía un buen negocio.

Lo obsceno de estas transacciones en especial sólo es posible apreciarlo si se tiene en cuenta que este dinero fue canalizado a las manos de Gelli y Ortolani a través de una compañía panameña propiedad del Vaticano.

La compañía en cuestión, llamada Bellatrix, la controlaba Marcinkus desde el Banco del Vaticano, pero la había creado una trinidad de miembros de la P2: Gelli, Ortolani y Bruno Tassan Din, director ejecutivo y estratega financiero de la gigantesca empresa editorial Rizzoli. Estos tres masones ordeñaron 184 millones de dólares de la vaca de oro del Ambrosiano, cuyas generosas ubres chorreaban billetes. ¿Cuál era el capital de Bellatrix? Era de 10 000 dólares. El enorme préstamo, a fondo perdido, estaba garantizado sobre el papel con el aval de un importante paquete de acciones de Rizzoli. El valor que se fijaba a las acciones de Rizzoli excedía de lejos a su valor real.

Astolfine, otra compañía con sede en Panamá y propiedad también del Vaticano, estaba en condiciones, sobre un capital de 10 000 dólares, de soportar deudas que alcanzaban los 486 millones de dólares. ¿Con qué aval? Con un importante paquete de acciones enormemente infladas y sobretasadas del Banco Ambrosiano.

Con que la práctica usual en cuestión de negocios siga así, el capitalismo no debe temer que los marxistas lo destruyan. Lo único que tienen que hacer los marxistas es sentarse a esperar que el capitalismo se destruya solo.

Se comprende que la ENI, uno de los conglomerados económicos más grandes del mundo, empiece de pronto a prestarle dinero a Calvi. Que esta gigantesca compañía petrolera estatal empiece de pronto a funcionar como un banco y que en vez de solicitar créditos los conceda, y que se los conceda al Banco Ambrosiano Holdings de Luxemburgo, sólo se comprende cuando se sabe que Giorgio Mazzanti, presidente del ENI, al igual que el jefe del departamento financiero de la empresa, Leonardo di'Donna, son miembros de la logia P2. Hasta la fecha no se ha descubierto que nadie de la cúpula de la gran banca internacional pertenezca a la P2. Sin embargo, muchos grandes bancos internacionales vertían millones y millones de dólares por la insaciable garganta de Calvi. Entre 1978 y 1980, 450 millones de dólares.

Cuando en Londres, París, Nueva York, Copenhague, Tokio, Ottawa, en Sydney y Wellington el hombre de la calle maldice los elevados índices de interés crediticio de su banco, debería sacarse el sombrero ante el fantasma de Roberto Calvi, al igual que ante los siempre elusivos Licio Gelli y Umberto Ortolani. También debería dedicarle unos instantes a la Ciudad del Vaticano. Cuando pagamos nuestros altos intereses bancarios, lo que hacemos es darles nuestro penique para que lo metan en sus huchas.

Existe evidencia incontrovertible de que el Vaticano es el verdadero propietario de estas fantasmagóricas compañías panameñas por lo menos desde 1971, que es cuando Calvi y Sindona incluyeron al obispo Paul Marcinkus en el consejo directivo de la agencia del Ambrosiano en Nassau.

En Milán, a lo largo de 1979, el juez Luca Mucci interrogó de una forma más bien espasmódica a Roberto Calvi. Calvi entonces se miraba los zapatos o contemplaba fijamente el suelo; musitaba su ineludible compromiso de preservar la discreción bancada, una cuestión de honor, ¿sabe usted?; comentaba las posibilidades que tenía el ínter de Milán de ganar el próximo partido, y al marcharse dejaba atrás a un juez insípido y perplejo, al que había manipulado como si fuera un yo-yo.

A finales de 1979, las deudas de las pequeñas empresas tapadera propiedad del Vaticano, que Calvi controlaba, superaban los 500 millones de dólares. Afortunadamente, las fantasías de crear bancos intergalácticos de Sindona no se han hecho todavía realidad; afortunadamente, digo, no sólo para nosotros los terrestres, sino también para los extraterrestres.

Había situaciones financieras que ni siquiera Calvi podía controlar. El dólar empezó a presionar contra la lira y a subir su cotización en el mercado de divisas italiano. Las inversiones del Ambrosiano, por su propio carácter, consistían principalmente en paquetes de acciones cotizables en liras. El juego se volvió frenético. Para poder seguir con el fraude, sin que todo quedara al descubierto, había que pergeñar demenciales imposturas, especialmente cuando los costos de las

operaciones en curso incluían 30 000 millones de liras para comprar el periódico veneciano // *Gazzettino*, a fin de que los democristianos se quedaran contentos, y 20 000 millones de liras que había que «prestarle» al periódico romano *Paese Sera*, a fin de que los comunistas se quedaran contentos. Todos estiraban la mano y, como siempre, el que tenía el brazo más largo y la mano más grande era Licio Gelli.

En enero de 1980, el Banco Ambrosiano de América del Sur abrió sus puertas en Buenos Aires. Prácticamente no existía ninguna actividad bancaria, pero a través de esta rama del gran árbol del imperio de Calvi se obtuvo la financiación para la compra de los misiles Exocet por parte de Argentina. También por el mismo conducto llegaron fondos para la compra de armas destinadas a otros regímenes de Sudamérica.

En julio de 1980, el juez Luca Mucci se sentía impresionado por la investigación que la Guardia di Finanza, la policía financiera italiana, había realizado sobre la base de la encuesta de 1978 emprendida por el Banco de Italia. El juez se sintió tan atrevido que osó exigirle a Calvi que le entregara su pasaporte, advirtiéndole además que era probable que tuviera que enfrentarse a varias causas criminales. Era un pequeño paso adelante, en nombre de la justicia.

Un pequeño paso adelante y unos pocos meses más tarde un enorme salto atrás, cuando Calvi consiguió que le devolvieran diligentemente su pasaporte gracias a los buenos oficios de Licio Gelli.

El Gran Maestro se mostraba, sin embargo, bastante menos predispuesto a interceder cuando Massimo Spada, antiguo ejecutivo del Banco del Vaticano y que en ese momento se hallaba al frente de la Banca Cattolica Véneto, fue arrestado y acusado de haber estado implicado criminalmente en «*Il crack Sindona*», Luigi Mennini, que seguía trabajando en el Banco del Vaticano, iba a ser el próximo en sentir el chasquido metálico de las esposas, bajo la misma acusación.

A medida que la red se empezó a adensar en torno a Calvi, a despecho de los valientes esfuerzos de Gelli por corromper a diestra y siniestra, el banquero milanés vio que se esfumaban sus esperanzas, ya que para poder seguir con su implacable estafa debía apoyarse demasiado en el obispo Marcinkus. El juego se hacía cada vez más rudo y sin la cooperación asidua del Banco del Vaticano, que le servía de gran tapadera, los crímenes de Roberto Calvi hubieran quedado inmediatamente al descubierto. En el pasado la alianza había sido idéntica, pero las presiones sobre el Vaticano eran mínimas, insignificantes. Ahora, sin embargo, con el arresto de Mennini, la presión se intensificó. Calvi empezó a temer que, a pesar del dinero que había canalizado a manos de Paul Marcinkus, quizás en muy poco tiempo el obispo le retirara su apoyo y le dejara solo y absolutamente vulnerable.

A comienzos de 1981, el ministro de Hacienda, Beniamino Andreatta, que había sido designado en el mes de octubre del año anterior, llegó a la conclusión de que el Vaticano le debía retirar su apoyo a Calvi inmediatamente. Había estudiado el informe que el Banco de Italia había encargado en 1978. Lo había estudiado a fondo y se sentía obligado a intentar proteger a la Iglesia. Así que fue al Vaticano y habló

largamente con el ministro de Asuntos Exteriores de la Santa Sede, el cardenal Casaroli. Le planteó la situación y le apremió para que el Vaticano rompiera los lazos con el Banco Ambrosiano antes de que fuera demasiado tarde.

En el Vaticano no hicieron caso del consejo de Andreatta. Tiempo después, Marcinkus declararía no haberse enterado de la entrevista de Andreatta con Casaroli. En cualquier caso, si el devoto católico que era Andreatta hubiera conocido a fondo los hechos, se habría percatado de que al Vaticano le resultaba imposible cercenar sus vínculos con el Ambrosiano, pues de hecho el Ambrosiano le pertenecía. A través de las diversas compañías que tenía en Panamá y en Licchtenstein, el Vaticano había adquirido el control de más del 16% del total de las acciones del Banco Ambrosiano. Con el resto de las acciones ampliamente repartidas entre pequeños accionistas, tener el 16% significaba para el Vaticano ejercer de hecho el control y por lo tanto tener el banco en propiedad.

El 2 de marzo de 1981, a mediodía, la oficina de prensa del Vaticano divulgó un documento que intrigó a mucha gente. Sin que mediara explicación alguna, dicho documento recordaba a los practicantes católicos las leyes canónicas relativas a la masonería y recalca el hecho de que dicho código «prohíbe a los católicos, bajo la pena de excomunión, unirse a organizaciones de carácter masónico o similar». Nadie entendía a qué obedecía esta información. Desde 1738 los católicos estaban sujetos a la excomunión automática si se hacían masones. Era algo que cualquier católico sabía. ¿Por qué se lo tenían que recordar a comienzos de marzo de 1981? La respuesta no iba a tardar en llegar, y constituye un indicio de que la red de información de la Iglesia es por lo menos tan eficiente como la de Licio Gelli. La súbita declaración del Vaticano no aclaraba cómo deberían actuar los buenos católicos que formaban parte de la logia P2 para que sus nombres fueran expurgados de los registros antes de que las autoridades italianas echaran mano a los mismos. Para el masón Roberto Calvi, miembro de la logia P2, este problema aparentemente inexpugnable iba a tener desastrosas consecuencias.

Cuando la situación quedó por fin expuesta al público, fue irónicamente a través de la asociación de Calvi con su protector Licio Gelli. En 1981, los magistrados italianos seguían tratando de clarificar los hechos relacionados con el autosequestro de Michele Sindona. El 17 de marzo, la policía irrumpió en la villa palaciega que Gelli tenía en Arezzo y en sus despachos de la fábrica textil Gio-Le. Buscaban pruebas que relacionaran a Gelli con el viaje secreto que Sindona había realizado a su tierra natal. Lo que encontraron, lo que cayó inesperadamente en manos de la policía, era una verdadera caja de Pandora de la que salieron los flagelos del escándalo. En la caja fuerte de Gelli, la policía descubrió una lista con el nombre de 962 miembros de la P2. También encontraron numerosos *dossiers* e informes gubernamentales de carácter secreto.

La lista de los miembros de la P2 era verdaderamente un quién es quién de Italia. Las fuerzas armadas estaban ampliamente representadas, con más de cincuenta

miembros entre generales y almirantes. El gobierno que existía en aquellas fechas aparecía representado por dos ministros. También había industriales, periodistas (inclusive el director del *Corriere della Sera* y varios miembros de su plana mayor), treinta y seis miembros del Parlamento, estrellas de la música pop, eruditos y altos oficiales del cuerpo de policía. Se trataba de un estado dentro del estado.

Muchos han dicho que Gelli planeaba apoderarse de Italia. No es cierto. Gelli ya se había apoderado de Italia. Del Gran Maestro en persona no había ni vestigios. Los trámites para organizar la incursión policial se habían realizado en el más estricto secreto, lo que en realidad significa que sólo lo tenían que saber los oficiales de la mayor confianza y Licio Gelli. Advertido, como siempre, Licio Gelli había volado a Sudamérica.

El consiguiente escándalo hizo caer al gobierno italiano de turno y dio un gran impulso a la investigación judicial sobre Gelli. En Milán, el juez Mucci fue sustituido por Gerardo d'Ambrosio. Habían pasado más de dos años desde el asesinato del juez Emilio Alessandrini, dos años de¹ dilaciones y retrasos. Ahora, con un nuevo magistrado al frente de las investigaciones, con la ayuda de los comprometedores documentos que se habían encontrado en la caja fuerte de Gelli, las cosas cambiaron dos meses después Calvi era arrestado y alojado en una celda de la prisión de Lodi.

Había llegado el momento de que los buenos amigos acudieran en socorro del hombre que con tanta frecuencia les había socorrido. En las pocas semanas que siguieron al arresto de Calvi, el líder del partido socialista, Bettino Craxi, y el presidente de la democracia cristiana Flaminio Piccoli, se levantaron de sus escaños en el Parlamento para hacer elocuentes elogios de Calvi y de su banco. El Vaticano, por su parte, guardaba un discreto silencio. Indudablemente, toda la atención de la Iglesia romana se concentraba en un hecho mucho más grave siete días antes de que Calvi fuera arrestado el papa Juan Pablo II había tenido su inesperada cita con Mehmet Ali Agca en plena plaza de San Pedro.

Mientras millones de personas en el mundo rezaban para que el papa siguiera con vida, Roberto Calvi, dentro de su celda, estaba hondamente preocupado por algo que para él era infinitamente más importante su propia supervivencia. A través de su familia, Calvi empezó a presionar a Marcinkus para que reconociera públicamente que hacía años que trabajaban los dos juntos, dedicados a la elaboración de deliciosas burbujas vacías para engatusar a medio mundo.

Después de muchas llamadas telefónicas, a cual más inútil, Cario Calvi, el hijo de Roberto, consiguió ponerse en comunicación con Marcinkus. Cario Calvi dio a entender al obispo que la grave situación en que se encontraba su padre sería mucho menos opresiva si el Banco del Vaticano admitía su implicación en los hechos. Los negocios se canalizaban a través del Banco del Gotardo, en Lugano, propiedad de Calvi, que no podía revelar la verdad por las severas reglamentaciones bancarias existentes en Suiza. Sin embargo, el Banco del Vaticano no tenía a nadie a quien obedecer. Podía ofrecer voluntariamente ciertas informaciones. Marcinkus, de todas

formas, no tenía la más remota intención de aceptar públicamente ninguna responsabilidad. Le dijo al hijo de Calvi: «Si hacemos lo que me pides, sólo la imagen del I. O. R. y la del propio Vaticano sufrirán las consecuencias. También vosotros las sufriréis, porque nuestros problemas son vuestros problemas».

Realmente lo eran. Los dos bancos estaban tan entrelazados que parecían uno solo. Llevaban mucho tiempo unidos tan estrechamente como pueden unirse dos cuerpos en el lecho del buen dividendo.

El obispo Marcinkus se hallaba en un brete. Decir la verdad sólo serviría para volcar sobre el Vaticano las iras de toda Italia. La alternativa era dejar sin respaldo a Calvi, con la esperanza de que la larga y profunda complicidad del Vaticano en sus asuntos se mantuviera en secreto. Después de que a Calvi le juzgaran las aguas volverían a su cauce y todo seguiría siendo igual: cuestión de negocios.

Indudablemente, la decisión que *tomó* Marcinkus de mantener la boca cerrada se basaba en el hecho de que, de todos los crímenes que Calvi había perpetrado, los cargos con los que se enfrentaba sólo involucraban dos transacciones ilegales: la venta a sí mismo de las acciones de Toro y Crédito Varesino (acciones que ya le pertenecían), con unos precios enormemente inflados. Como consecuencia de este malabarismo bursátil, Calvi había tenido que evadir divisas de Italia, y era sobre este delito que los magistrados de Milán confiaban en poder acusarle y condenarle. Marcinkus pensaba que si todo el mundo se quedaba tranquilo y conservaba la calma el juego podía continuar. Calvi, recluso en la lúgubre celda de Lodi, no demostró el más mínimo entusiasmo cuando le transmitieron los mensajes de su confiado socio del Vaticano. Los grandes banqueros internacionales movían la cabeza, sin poderse creer, mientras Calvi, desde la cárcel, seguía manejando el Banco Ambrosiano.

El 7 de julio, el Gobierno italiano acusó a Michele Sindona de haber ordenado el asesinato de Giorgio Ambrosoli. La reacción de Calvi al conocer esta novedad es particularmente digna de interés: la tarde siguiente trató de suicidarse. Se tragó una porción de barbitúricos y se abrió las venas. Luego explicaría las causas que le llevaron a obrar de esta forma: «A causa de una especie de lúcida desesperación. A causa de que no había ni vestigios de justicia en todo lo que se hacía contra mí. Y no me refiero al proceso judicial».

Por supuesto, si Calvi hubiera querido terminar de verdad con su vida lo único que hubiera tenido que hacer era conseguir que le hicieran llegar de contrabando hasta su celda la dosis letal de digital que Gelli recomendaba llevar siempre encima. A los miembros del tribunal, el presunto intento de suicidio de Calvi no les impresionó nada.

El 29 de julio, Calvi fue sentenciado a cuatro años de prisión y a pagar una multa de 16 000 millones de liras. Sus abogados apelaron de inmediato y Calvi fue puesto en libertad bajo fianza. Menos de una semana después de haber salido de la cárcel, el consejo de administración del Banco Ambrosiano lo confirmaba como presidente al tiempo que le rendía una cerrada ovación. Los banqueros internacionales de nuevo

sacudían la cabeza, sin podérselo creer. Marcinkus ya lo había predicho: era cuestión de negocios, como siempre. La P2 conservaba todavía un amplio poder. El Banco de Italia autorizó a Calvi a ocupar la presidencia de su banco milanés. El Gobierno italiano no hizo nada para terminar con el extraordinario espectáculo de un hombre convicto de haber cometido delitos bancarios, que se hallaba en libertad bajo fianza, al frente de uno de los bancos más grandes del país.

Hubo un banquero que presentó objeciones ante esta situación. Era el administrador general del Banco Ambrosiano, Roberto Rosone, que instó al Banco de Italia para que aprobara la destitución de Calvi y lo sustituyera por el presidente anterior, Ruggiero Mozzana. En el Banco de Italia, sin embargo, se negaron a intervenir. A todos los tenía hipnotizados el poder de la P2, así como los puñados de políticos que Calvi había comprado a lo largo de sus triunfales años.

Una nueva amenaza que se empezó a cernir sobre el imperio bancario de Calvi provenía de Perú y Nicaragua. Para arrostrarla, Calvi requirió la imprescindible colaboración de Marcinkus. Si bien le había negado todo apoyo, tanto público como privado, a lo largo del proceso judicial, el obispo ahora estaba dispuesto a prestar a Roberto Calvi toda su asistencia para asegurarse de que el pavoroso fraude que habían perpetrado los dos siguiera bajo secreto.

Mientras se desarrollaba el juicio contra Calvi, el Vaticano anunció que el papa Juan Pablo II había designado una comisión de quince cardenales para que estudiaran el estado de las finanzas de la Iglesia católica romana. La función de la comisión era recomendar cualquier mejora que pudiera incrementar los dividendos del Vaticano.

Aunque no figuraba en la comisión (le faltaba el capelo), el obispo Paul Marcinkus creía que como director del Banco del Vaticano podía aportar una poderosa contribución para desentrañar la espinosa cuestión de las finanzas del Vaticano. Marcinkus mantuvo una serie de entrevistas secretas con el convicto banquero Calvi, consecuencia de las cuales fue que el Banco del Vaticano admitiera oficialmente un aumento de sus débitos de casi mil millones de dólares. Ésta era la suma que Calvi debía a los bancos de Perú y Nicaragua, como resultado de los préstamos que dichos bancos, siguiendo instrucciones del propio Calvi, habían otorgado a compañías como Bellatrix, Astolfine, etc. A pesar de ser empresas subsidiarias del imperio milanés de Calvi, los bancos de Perú y Nicaragua ya empezaban a desplegar una reducida independencia.

Las garantías contra las que se habían librado esos préstamos eran insignificantes, cuando no inciertas. En Perú y Nicaragua exigían unas garantías más sólidas. ¿Quién iba a pagar la cuenta en el caso de que se produjera un desfaldo? Exactamente ¿quiénes eran los propietarios de todas esas fantasmagóricas compañías panameñas? Los caballeros peruanos se mostraban especialmente angustiados, lo que es de comprender: habían concedido préstamos por un valor que rondaba los 900 millones de dólares.

A estas alturas, en agosto de 1981, Calvi y Marcinkus perpetraron el fraude más

grandioso. Los documentos pasarían a conocerse como «letras de conformidad». No le ofrecían ninguna conformidad a ningún católico. Tampoco le ofrecían ningún amparo a nadie que quisiera creer en la integridad moral del Vaticano. Las cartas fueron escritas en hojas encabezadas por el rótulo del Istituto per le Opere di Religione, de la Ciudad del Vaticano, con la fecha del 1.º de septiembre de 1981. Iban dirigidas al Banco Ambrosiano Andino, de Lima (Perú), y al Banco Comercial del Grupo Ambrosiano, en Nicaragua. Siguiendo las instrucciones del obispo Paul Marcinkus, las cartas fueron obedientemente firmadas por Luigi Mennini y Pellegrino de Strobel. Decían:

Caballeros: Sirva ésta para hacerles saber que, directa o indirectamente, poseemos el control de las empresas que pasamos a enumerar:

Manic, S. A., de Luxemburgo.

Astolfine, S. A., de Panamá.

Nordeurop Establishment, de Licchtenstein.

U. T. C. United Trading Corporation, de Panamá.

Erin, S. A., de Panamá.

Bellatrix, S. A., de Panamá.

Belrose, S. A., de Panamá.

Starfield, S. A., de Panamá.

También les hacemos constar que reconocemos que son deudoras de ustedes, desde el 10 de junio de 1981, tal como consta en el estado de cuentas adjunto.

El estado de cuentas adjunto señalaba que las deudas contraídas tan sólo por la sucursal de Lima ascendían a 907 millones de dólares.

Los banqueros de Perú y Nicaragua respiraron aliviados. Ahora tenían una clara admisión de que las enormes deudas eran responsabilidad del Banco del Vaticano. La Iglesia católica apostólica romana salía de garantía. Ningún banquero podía soñar con una garantía mejor. Sólo había un pequeño inconveniente. Los banqueros de Perú y Nicaragua sólo conocían la mitad de la historia. Existía otra carta. Era una carta de Roberto Calvi al Banco del Vaticano, fechada el 27 de agosto de 1981. Dicha carta ya estaba en manos de Marcinkus antes de que el Banco del Vaticano admitiera responsabilizarse de los 1000 millones de dólares de deudas. La carta de Calvi era un requisito formal para las letras de conformidad en las que el Vaticano admitiría ser el propietario de las compañías desparramadas por Luxemburgo, Licchtenstein y Panamá. Esta admisión, según aseguraba Calvi en su carta al Vaticano, «no acarreará ninguna responsabilidad crediticia al I. O. R.». La *caita* terminaba con un párrafo en el que se confirmaba que pasara lo que pasase el Banco del Vaticano «no sufrirá ningún perjuicio futuro ni pérdida ninguna». De esta forma, el Banco del Vaticano se veía secretamente absuelto de tener que abonar las deudas que estaba a punto de admitir de modo oficial.

Para que la carta de Calvi a Marcinkus tuviera validez legal, habría sido obligado que su existencia y contenido hubieran sido puestos en conocimiento de los

banqueros de Perú y Nicaragua. Más aún: los acuerdos entre Calvi y Marcinkus hubieran necesitado el apoyo mayoritario del consejo de administración del Ambrosiano de Milán. Más todavía: de ser un acuerdo legal, hubiera sido esencial que el contenido de ambas cartas, tanto la de Calvi como las letras de conformidad, llegara a conocimiento de todos los accionistas del Banco Ambrosiano, incluidos los miles de pequeños accionistas que residían en la zona de Milán.

Tanto las cartas como el acuerdo entre Calvi y Marcinkus constituyen un caso clarísimo de fraude delictivo, deliberado, del que los dos son culpables. Que todo esto tuviera que trascender precisamente al cumplirse el tercer aniversario de la elección de Albino Luciani como sumo pontífice, le agrega inmundicia al asunto. Luciani, un hombre comprometido y dedicado a extirpar todo rastro de corrupción del interior del Vaticano, había sido sucedido por el Papa Juan Pablo II, un hombre que aprobaba de todo corazón la conducta del obispo Marcinkus.

Esta pavorosa desfachatez llegó al colmo de la desvergüenza el 28 de septiembre de 1981; al cumplirse el tercer aniversario de la muerte de Albino Luciani, el obispo Paul Marcinkus fue ascendido por el papa. Se anunció que Marcinkus había sido designado propresidente de la Comisión Pontificia para el estado de la Ciudad del Vaticano. Con este decreto, Marcinkus se convertía virtualmente en gobernador de la Santa Sede. Seguía conservando su puesto de director del Banco del Vaticano, pero con su nuevo cargo quedaba automáticamente ascendido al rango de arzobispo.

Gracias a sus raíces lituanas, gracias también a sus prolongados esponsales en términos fiscales con las necesidades de Polonia, y gracias por último a su relación de proximidad con el papa, ya que era su guardaespaldas personal y supervisor general de seguridad de los viajes pontificios al extranjero, Marcinkus había descubierto en la persona de Karol Wojtyla al más poderoso protector al que podía aspirar un funcionario del Vaticano. Según el Vaticano, Sindona, Calvi y otros como ellos son hombres viles que han engañado con tortuosas artimañas a unos ingenuos y confiados sacerdotes. Una de dos: o Marcinkus ha engañado con mentiras, con engaños, al papa Wojtyla desde octubre de 1978, incluso tapándole los ojos, o el propio papa también está implicado en el asunto.

Mientras Karol Wojtyla despliega su indudable carisma por todo el orbe y afirma con su sonora y solemne voz que quien mira con deseo a su propia mujer muy bien puede cometer un adulterio del corazón, Marcinkus se ha dedicado a seducir a cantidad de banqueros de todo el mundo. Mientras el papa de Cracovia muestra su preocupación por preservar el *statu quo* del catolicismo con su declaración de que un católico que se divorcie y se vuelva a casar sólo podrá recibir la sagrada comunión si se abstiene totalmente de mantener relaciones sexuales con su segunda pareja, el banquero del papa ha demostrado que a él no le importa con quién duermen los demás, mientras se dediquen a los negocios.

En los años que han transcurrido desde la elección de Wojtyla, el incrédulo Licio Gelli ha seguido manifestando su propio poder y su propio carisma. Nadie se

atrevería a llamarle el vicario de Dios, pero muchos siguen saltando cuando el Titiritero tira de los alambres.

Desde su santuario personal en Montevideo, capital de Uruguay, Licio Gelli se mantuvo siempre en contacto con Calvi. Seguiría tirando de ese alambre en especial, seguiría arrancando voluminosas cantidades de dinero al banquero milanés, al que solía telefonarle a su villa de Drezzo. Clara Calvi, la viuda de Roberto y su hija Anna han señalado que el número de teléfono de la villa sólo lo conocían dos personas: Gelli y Umberto Ortolani: la línea caliente de la logia P2. Gelli jamás decía su verdadero nombre cuando alguien de la familia Calvi le preguntaba quién era. Les respondía con su nombre en clave: Luciani.

¿Por qué el Gran Maestro se autodesignaría con el apellido de Albino Luciani como nombre en clave dentro de su logia? Era el nombre que usaba desde 1978 cuando se ponía en contacto con Calvi. ¿Era acaso una forma de mantener vivo el recuerdo de algún hecho concreto? ¿Significaba acaso la constante amenaza que ejercía este indudable maestro del chantaje? ¿Una señal de que podía revelar incómodos detalles de algún asunto concreto a menos que el dinero siguiera fluyendo en las cuentas bancadas abiertas a su nombre? Indudablemente, el dinero nunca dejó de fluir en las cuentas de Licio Gelli. Hasta su mismo final Roberto Calvi no dejó de revertir enormes sumas de dinero hacia las manos voraces y dilapidadoras del Titiritero.

Perseguido por las autoridades italianas, huido de Italia, oculto en Sudamérica, requerido bajo multitud de acusaciones, la protección que Gelli le podía brindar a Calvi en esas condiciones tenía que ser fatalmente limitada. ¿Por qué entonces el banquero milanés se apresuraba a hacer llegar al insaciable Gelli millones y millones de dólares cada vez que le escuchaba pronunciar «Luciani»? Calvi llegaría a estimar que Gelli y Ortolani le habían salido, cada uno, a más de 500 millones de dólares.

Meses antes de que estallara el escándalo de la P2, Calvi trataba de romper todos sus vínculos con Gelli. ¿Por qué si no eludía las llamadas telefónicas del Gran Maestro, que entonces todavía seguía en Italia? ¿Por qué instruía a su familia para que dijeran a Gelli que estaba enfermo, o que no había llegado, o que acababa de irse? Según la familia de Calvi, el insaciable coleccionista de secretos e informes Licio Gelli ejercía un poder escalofriante sobre Roberto Calvi. ¿Qué secreto tan atroz era el que Gelli podía conocer como para hacer que Calvi sudara y temblara de terror a la mera mención de su nombre?

El dominio que Gelli ejercía sobre Calvi se prolongó hasta el final de la vida del banquero. Cuando Gelli silbaba, Calvi se ponía a bailar. A finales de 1981, Cario de Benedetti, director ejecutivo de Olivetti, se convirtió en consejero delegado del Banco Ambrosiano, a requerimiento del propio Calvi. De Benedetti era un hombre honrado, que le daba a la imagen pública más bien maltrecha del banco de Calvi un barniz de respetabilidad.

En Uruguay, Gelli y Ortolani recibieron la noticia con alarma y desagrado. Un

consejero delegado honesto no les resultaba conveniente si querían seguir adelante con sus continuados saqueos de los fondos del Banco Ambrosiano.

Así pues, «Luciani» levantó el auricular y marcó el número privado de la villa de Drezzo. Después de persuadir a De Benedetti para que se uniera a su banco, ahora Calvi le tenía que alejar cuanto más de prisa y más lejos mejor. Así empezó a hacerle la vida imposible al honrado ejecutivo de Olivetti. «Trate de ir con el mayor cuidado —le solía decir—. La P2 está preparando un *dossier* sobre usted. Le aconsejo que se ande con cuidado, porque de estas cosas yo sí sé». Un mes después de haber entrado en el Ambrosiano, De Benedetti salió de él.

Un grupo de accionistas milaneses del Banco Ambrosiano envió al papa Juan Pablo II una larga carta de súplica, engrosada con minuciosos apéndices. La carta, fechada el 12 de enero de 1981, es un ataque demoledor contra el antiguo banco de los curas. En ella se establecen claramente los vínculos que existían entre Marcinkus, Calvi, Gelli y Ortolani. Los accionistas se mostraban especialmente disgustados por el hecho de que un banco con una larga tradición católica como el Ambrosiano hubiera establecido con el Banco del Vaticano una alianza tan poco evangélica. Tal como observaban los católicos accionistas milaneses:

El I. O. R. no sólo es accionista del Banco Ambrosiano, sino que también es socio y compinche de Roberto Calvi. Tal como ha quedado revelado por un creciente número de casos judiciales, Roberto Calvi se encuentra hoy por hoy a horcajadas, con un pie sobre la francmasonería más aberrante, como es la logia P2, y con el otro en los círculos de la maña, como resultado de haber heredado el puesto de Sindona. Todo esto se ha podido realizar a través de la actuación de hombres a los que el Vaticano protege y aplaude, como por ejemplo Ortolani, que se mueve entre el Vaticano y los círculos más poderosos del hampa internacional.

Ser socio de Calvi significa ser socio de Gelli y de Ortolani, dado que ambos le guían y ejercen sobre él una vasta influencia. El Vaticano, por lo tanto, le guste o no le guste, al estar asociado con Calvi también es un socio activo de Gelli y Ortolani.

En la carta se pedía ayuda y consejo al papa Juan Pablo II. Aunque el papa habla muchos idiomas, incluido el italiano, los milaneses, con indudable inteligencia, hicieron traducir su carta al polaco y tomaron todas las previsiones para que ni la Curia ni Casaroli, el sustituto de Villot, pudieran impedir que la carta llegara a las manos de su destinatario. Sin embargo, la carta fue pasada por alto. Los accionistas milaneses ni siquiera recibieron la gracia de un acuse formal de recibo. Tal vez Su Santidad estaba demasiado ocupado en redactar una homilía sobre el don infinito de la caridad.

Calvi sabía que la carta había sido enviada al papa y que contaba con la aprobación de su administrador general y consejero delegado Roberto Rosone. Calvi discutió este tema con su amigo Flavio Carboni, también de la logia. Le dijo que los esfuerzos de Rosone por limpiar el Ambrosiano se estaban convirtiendo en una fastidiosa amenaza.

Carboni tenía amigos en todos los círculos sociales. Por ejemplo, era amigo de dos capos del hampa de Roma, los caballeros Danilo Abbruciati y Ernesto Diotavelli.

En la mañana del 27 de abril de 1982, Rosone abandonó su piso pocos minutos

antes de las ocho. Afortunadamente para él, Rosone vivía en los altos de una sucursal del Banco Ambrosiano que, al igual que todas las agencias bancarias italianas, estaba protegida las 24 horas del día por un servicio de guardias armados. Al salir Rosone a la calle, un hombre se le acercó y empezó a disparar contra él. Herido en las dos piernas, Rosone cayó a tierra. Los guardias armados del banco repelieron la agresión. Instantes después, el asaltante de Rosone también yacía en el pavimento, sólo que él estaba muerto. Su nombre era Danilo. Abbruciati.

Al día siguiente del frustrado intento de asesinato, o sea, el 28 de abril, Flavio Carboni pagó 530 000 dólares al socio de Abbruciati, el Otro capo de los bajos fondos romanos, que también había participado en el atentado contra Rosone y había conseguido escapar ileso. El trabajo había salido mal, pero Calvi era hombre de palabra y siempre cumplía con sus deudas: las pagaba con dinero de otros.

Calvi, que sin duda había ordenado el asesinato de su propio consejero delegado, no tardó en presentarse junto a la cama del herido Rosone, al que obsequió con un gigantesco ramo de flores. «¡Madonna! Qué mundo de locos. Nos quieren atemorizar, Roberto, para poder apropiarse del Grupo, que está valorado en veinte billones de liras».

En mayo de 1982, a Calvi le empezaron a apretar las clavijas. Consob, la agencia reguladora del mercado de valores de Milán, le obligó finalmente a publicar una lista de sus acciones en la bolsa de Milán. Una lista como aquella necesitaría un auditor exclusivo que se dedicara a examinar los libros de cuentas del Banco Ambrosiano.

Bajo solemne juramento, la viuda de Roberto Calvi, Clara, ha afirmado que a comienzos de aquel mismo año, en una audiencia privada con Juan Pablo II su marido planteó el problema de los mil millones de débitos en los que había incurrido el Vaticano, principalmente, está claro, por los esfuerzos combinados de Calvi, Gelli, Ortolani y Marcinkus. Entonces, presuntamente, el papa le hizo a Calvi una promesa: «Si consigues desembrollar al Vaticano de esas deudas, tendrás plenos poderes para reedificar nuestras finanzas».

Si de verdad se hizo esta oferta, Su Santidad lo único que buscaba era lo mismo de siempre. La finalidad eran los negocios, como siempre y para siempre, sin ningún amén jamás.

El papa y Calvi eran sólo dos de las muchas personas que empezaban a mostrar verdadera preocupación por los millones y millones de dólares que habían ido a parar a las compañías del Vaticano que se hallaban fuera del alcance de las leyes italianas. El 31 de mayo de 1982, el Banco de Italia se dirigió por escrito a Calvi y al consejo de administración del Banco Ambrosiano de Milán para exigirles una cuenta detallada de todos los empréstitos extranjeros realizados por el Grupo Ambrosiano. El consejo, en una demostración lastimosamente tardía de oponerse a los designios de Calvi, decidió, por 11 votos contra 3, obedecer las órdenes del banco central italiano.

Licio Gelli, que había regresado secretamente a Europa desde Argentina el día 10 de mayo, también planteaba sus propias exigencias ante Calvi. Gelli estaba en Europa

para comprar más misiles Exocet con los que ayudar a su patria adoptiva en la guerra de las Malvinas contra Gran Bretaña. Gelli se encontró con todos los fondos que Argentina tenía en el extranjero congelados, y con una operación oficial de embargo sobre la venta de armas a dicho país, así que se vio obligado a recurrir al mercado negro del armamento, donde reinaba un cierto escepticismo sobre las disponibilidades del Gran Maestro para poder pagar el dinero que ofrecía por los mortales misiles. Gelli ofrecía pagar cuatro millones de dólares por misil, con una adquisición mínima garantizada de veinte unidades. Ofrecía seis veces el precio oficial, lo que hacía que su oferta fuera muy interesante para los traficantes de armas, siempre y cuando Gelli tuviera dinero para pagar. Los traficantes de armas le conocían muy bien desde hacía muchos años porque les había comprado aviones, equipamiento de radar, pistolas, tanques y los primeros misiles Exocet en representación de Argentina. Ahora Gelli necesitaba con urgencia por lo menos 80 millones de dólares. Los necesitaba con extrema urgencia: la guerra de las Malvinas pesaba cada vez más en la balanza.

Calvi ya entonces estaba enredado en la asfixiante telaraña de las reclamaciones del papa Juan Pablo II, sus clientes de la mafia, sus iracundos accionistas, los inspectores del Consob en el Mercado de divisas de Milán, un consejo de administración recalcitrante que votaba contra él y encima un asesino incompetente que lo único que había conseguido era hacerse matar él mismo, y por si no tuviera suficiente, volvía a encontrarse con Gelli, un Gelli, como siempre, con su mano gigante tendida.

Calvi sólo veía dos vías de salida. O el Vaticano le ayudaba a cubrir el agujero cada vez más grande que aparecía en los asentamientos del banco, o Gelli *el Titiritero*, tendría que volver a demostrar que todavía controlaba la estructura de poder en Italia y salvar de la ruina al financiero de su logia secreta.

Calvi discutió estas opciones con Fiavio Carboni, que nunca dejaba de grabar secretamente sus conversaciones.

De las afirmaciones de Calvi se desprende claramente que en su opinión el Banco del Vaticano tenía que taponar el gran boquete que había en el Ambrosiano, por el justificado motivo de que era el mismo Vaticano el principal beneficiario de los cientos de millones que habían sido robados y además porque legalmente el I. O. R. estaba obligado. Calvi señaló: «El Vaticano debería hacer honor a sus compromisos vendiendo una parte de las riquezas que controla el I. O. R. Tiene un inmenso patrimonio. Personalmente lo estimo en 10 000 millones de dólares. Para socorrer al Ambrosiano, el I. O. R. podría empezar a vender a tajadas. Mil millones cada vez».

Si alguna vez hubo un seglar que pudiera conocer el valor de las riquezas y propiedades del Vaticano, ese hombre sólo pudo ser Roberto Calvi. Calvi tenía acceso a todos los secretos financieros de la Santa Sede. Durante más de una década había sido *el* hombre del Vaticano en asuntos financieros. Ya he apuntado que por la época en que Albino Luciani resultó elegido como papa, en 1978, las riquezas que controlaban tanto las dos secciones de A. P. S. A. como el Banco del Vaticano se

podían estimar en unos 3000 millones de dólares. A principios de 1982, Roberto Calvi sitúa sólo el patrimonio del I. O. R. en 10 000 millones de dólares.

A medida que avanzaba el año de 1982, el hombre que equivocadamente se conoce como «banquero de Dios» tenía unos problemas cada vez mayores. Casi todos estos problemas se los había buscado él mismo. «El ladrón de Dios» sería probablemente un título más apropiado para este hombre que robó millones en beneficio del Vaticano y de la P2. Desde los últimos años sesenta ha habido un solo hombre que se merece realmente el remoquete de ser el «banquero de Dios», y ese hombre es el arzobispo Paul Marcinkus.

A pesar de la enormidad de problemas que le agobiaban, de los que yo entonces sólo conocía una parte, Roberto Calvi se mostró al principio muy sereno cuando le entrevisté por teléfono la tarde del 9 de junio de 1982. La entrevista la había concertado un intermediario en el que Calvi confiaba. Los temas a tratar eran muy diversos. Por medio de un intérprete, empecé a interrogar a Calvi en profundidad sobre la transacción de la Banca Cattolica Véneto. A Calvi le habían dicho que yo pensaba escribir un libro sobre el Vaticano, y cuando mencioné el banco de Venecia, Calvi me preguntó cuál iba a ser el tema central del libro. Le contesté: «Es un libro sobre la vida del papa Juan Pablo I, Albino Luciani».

Los modales de Calvi cambiaron bruscamente. Su calma y dominio de sí mismo se esfumaron, para verse sustituidos por un torrente de palabras gruesas. Su voz se volvió excitada, vibrante, con un timbre emotivo. El intérprete me traducía el torrente de palabras.

—¿Quién le ha mandado contra mí? ¿Quién le ha dicho que hiciera tal cosa? Yo siempre pago. Siempre pago. ¿De qué conoce a Gelli? ¿Qué quiere? ¿Cuánto quiere?

Le aseguré que jamás había visto a Licio Gelli. Calvi apenas si me escuchó antes de insistir:

—Sea usted quien sea, no escriba ese libro. No puedo decirle nada. No me vuelva a llamar. Nunca.

Ocho días después, el cuerpo de Roberto Calvi fue hallado colgando del puente de Blackfriars, en la city de Londres.

A los pocos días de este macabro descubrimiento, se descubría algo más frío, números escuetos: un agujero de 1300 millones de dólares en el Banco Ambrosiano.

El motivo central de mi investigación ha sido la muerte de un hombre muy distinto: Albino Luciani.

Villot, Calvi, Marcinkus, Sindona, Gelli, Cody: uno de estos hombres se hallaba en el centro de la conspiración que terminó con la vida del papa Luciani. Antes de que usted, lector, dictamine su veredicto, echemos una mirada final a estos seis hombres.

El cardenal Jean Villot, a quien Albino Luciani había decidido destituir de su puesto, conservaría el cargo de secretario de Estado después de la elección de Karol Wojtyła. También mantendría sus restantes cargos, incluido el control de una vital

sección financiera, la Administración del Patrimonio de la Santa Sede, o A. P. S. A. Fue la A. P. S. A. la que representó el papel de la novia en el matrimonio entre Sindona y el Vaticano. El arzobispo Marcinkus a menudo ha sido severamente criticado por ser el hombre que introdujo a Sindona en el Vaticano, cuando en realidad no le corresponde responsabilidad ninguna por ese acto. La decisión la tomaron monseñor Macchi, secretario de Pablo VI, Umberto Ortolani y los caballeros de la A. P. S. A., entre ellos su presidente, el cardenal Villot. Si Luciani hubiera seguido con vida, la destitución de Villot como secretario de Estado hubiera significado también su destitución automática como presidente de la A. P. S. A. Es esta organización, con su inmenso portafolio de inversiones, y no el Banco del Vaticano de Marcinkus, la que es reconocida como banco central tanto por el Banco Mundial como por el Fondo Monetario Internacional y el Banco de Asentamientos Internacionales de Basilea. Se trata de una sección que tiene mucho que esconder desde la fecha en que empezó a involucrarse profundamente con Sindona.

En la época de la elección de Luciani, a Villot le quedaba una corta vida. Estaba viejo y cansado, en septiembre de 1978 hacía tiempo que sabía que estaba gravemente enfermo. Murió el 9 de marzo de 1979, menos de seis meses después que Luciani. Su muerte, de acuerdo con el parte del Vaticano, se debió a «una neumonía bronquial bilateral con complicaciones, un colapso circulatorio y una aguda insuficiencia hepática y renal». Se sabía que Villot quería retirarse, pero también que quería designar él mismo a su sucesor, y el hombre en el que pensaba no era Benelli. Si Benelli descubría la escandalosa situación que reinaba en la A. P. S. A., lo primero que haría sería informar al papa. Esto, combinado con los otros cambios que Villot sabía que Luciani iba a acometer, arroja como resultado un poderoso motivo. Si realmente Villot estuvo en el centro de la conspiración para asesinar a Luciani, el motivo que le debió impulsar tuvo que ser la futura dirección de la Iglesia. Según el testimonio de tres testigos del Vaticano, Villot consideraba que los cambios que iban a introducirse constituían «una traición a los deseos de Pablo, un triunfo de la restauración». Villot temía que Luciani condujera a la Iglesia a una postura preconciliar, como si el Vaticano II no se hubiera celebrado. *Que* este temor fuera equivocado no es lo principal. Villot lo sentía realmente, y lo sentía muy adentro. También se oponía amargamente al plan de Luciani para modificar la postura de la Iglesia sobre el control de natalidad, lo que permitiría a todos los católicos del mundo el uso de la píldora anticonceptiva. Con Pablo VI, el creador de *Humanae vitae*, recientemente muerto, Villot veía con muy malos ojos la destrucción de un edicto que él mismo había apoyado en público muchas veces. ¿Acaso Villot llegó a la conclusión de que lo mejor que podía hacer por la Iglesia a la que servía era asesinar a Luciani?

El comportamiento de Villot después de la muerte del papa es o el de un hombre que estaba involucrado en esa muerte, o el de un hombre que sufría una profunda crisis moral. Villot destruyó pruebas, mintió e impuso un voto de silencio a los

miembros del servicio papal. Se lanzó a ordenar que el papa fuera embalsamado antes de que la mayoría de los cardenales tuvieran tiempo de llegar a Roma, y menos de ser consultados. Si Villot no tuvo relación directa con la muerte de Luciani, entonces debemos concluir que ayudó materialmente a cualesquiera que sean los responsables del asesinato. Sus acciones y declaraciones permitieron que alguien saliera adelante con su crimen. El propio Villot tenía, no sólo un motivo, sino también una inmejorable oportunidad. Además, dada su condición de camarlengo, podía controlar todos los acontecimientos inmediatamente posteriores a la muerte del papa, o, como en el caso de su negativa a llevar a cabo la autopsia, podía también evitar los acontecimientos.

Es probable que las diversas acciones ilegales perpetradas por Villot después de que se descubriera el cuerpo sin vida de Albino Luciani estuvieran motivadas por lo que Villot consideraba el factor primordial: el bienestar de la Iglesia católica. Esto en el caso de que encontrara claras pruebas de que Luciani había sido asesinado. Muchos opinarán que sus acciones estaban tan sólo encaminadas a proteger a la Iglesia. Incluso aunque le otorguemos validez a esta probabilidad, yo personalmente seguiré pensando que, por lo menos desde el punto de vista moral, el cardenal Villot era un hombre desquiciado, que hubiera necesitado de ayuda.

El cardenal Cody, otro de los hombres a los que Luciani había decidido sustituir, conservó su posición como cardenal de Chicago después de la elección de Karol Wojtyła, sucesor de Albino Luciani. En su libro *Cómo se hacen los papas*, el padre Andrew Greeley observa:

El cardenal Cody convirtió sus pasadas contribuciones financieras a Polonia (y algunas contribuciones nuevas, de acuerdo con fuentes de Chicago), el tamaño de la población polaca de Chicago y su presunta amistad con el papa, en una victoriosa contraofensiva para derrotar a sus enemigos. Juan Pablo II, según comentó el cardenal a un grupo de personas que le visitó a principios de diciembre de 1978, le ofreció un cargo en Roma, que él rehusó. En opinión del cardenal, el papa consideraba el asunto zanjado.

Mis propias investigaciones concuerdan con lo que he transcrito antes. Más aún: las contribuciones financieras que Cody siguió aportando al Vaticano para que fueran canalizadas secretamente a Polonia se convirtieron en parte de una operación mucho más vasta, de la que se encargaron Marcinkus y Calvi en nombre de Juan Pablo II.

El cardenal Cody siguió con su antigua costumbre de hacer espléndidos regalos. En octubre de 1979, el papa Juan Pablo II visitó Estados Unidos. Cuando llegó al aeropuerto O'Hare, de Chicago, lo recibió el cardenal Cody, que puso en las manos del papa «un obsequio personal». Se trataba de una pequeña caja de madera, dentro de la cual había 50 000 dólares. Nadie le puede negar al cardenal su derecho a hacerle al papa un obsequio, pero aparte de la grosería de su actitud, hay una cuestión sin aclarar: ¿De dónde provenía el dinero? ¿Provenía de los fondos diocesanos? ¿Provenía de los fondos que Cody controlaba personalmente? ¿De dónde salieron aquellos 50 000 dólares que aparecieron tan misteriosamente?

Menos de un año después de este incidente, el Gobierno de Estados Unidos

organizó una investigación oficial, aunque secreta, sobre Cody. Miembros de la fiscalía de Estados Unidos empezaron a comprobar ciertas denuncias que indicaban que Cody había sustraído ilegalmente cerca de un millón de dólares de los fondos de la Iglesia para dárselos a su vieja amiga Helen Wilson. También empezaron a investigar otra serie de acusaciones, entre ellas la probabilidad de que Cody hubiera mezclado sus propias finanzas con las de la Iglesia, que le hubiera pagado a Helen Wilson un salario secreto durante muchos años, que hubiera aumentado de forma ilegal la pensión de retiro de la mujer y que le hubiera comprado una casa de 90 000 dólares en Florida. Que todo esto se hubiera realizado presuntamente con fondos de la Iglesia, que se hallan exentos de pagar impuestos, lo convertía en una cuestión gubernamental. En vista de las delicadas implicaciones políticas que presentaba una investigación de esta naturaleza, el hecho de que el Gobierno iniciara su encuesta constituye un claro indicio del importante peso específico que tenían las pruebas. La investigación empezó en septiembre de 1980.

En enero de 1981, el Gran Jurado Federal hizo llegar a Cody diversas citaciones, exigiéndole que enseñara sus registros financieros. Sí Cody era tan puro como la nieve, su comportamiento en relación con las citaciones resulta inexplicable. Sólo el cardenal, sus abogados y uno o dos confidentes muy íntimos estaban al tanto de la investigación en curso y de las citaciones recibidas. Cody no informó de lo que sucedía ni a los feligreses de Chicago, ni al delegado apostólico en Washington, ni siquiera al propio Vaticano. También se negó a cumplir con los requerimientos del Gobierno, que le pedía que entregara los asientos financieros de la diócesis. Un ciudadano corriente que rehusara cooperar con la justicia de este modo hubiera ido a dar con sus huesos en la cárcel, pero Cody, de quien se afirma que declaró que «no gobierno la nación, pero gobierno Chicago», demostró que sus alardes no carecían de veracidad.

En septiembre de 1981, cuando el *Chicago Sun Times* dio publicidad al asunto, Cody todavía no había respondido a las citaciones. El *Sun Times* había llevado a cabo su propia investigación sobre el cardenal durante más de dos años. Luego procedió a informar a sus lectores, con una lista de pavorosos delitos presuntamente cometidos por Cody.

El cardenal se negó a presentar evidencias que pudieran refutar la gran variedad de cargos que se levantaban contra él. Por el contrario, trató de allegarse a los 2 440 000 católicos de la ciudad con esta declaración: «No es un ataque contra mi persona, sino contra la Iglesia en general».

Muchos se tragaron esta falaz afirmación del cardenal. Muchos otros no lo hicieron. El tremendo daño a la imagen y la reputación de la Iglesia católica que Albino Luciani había intuido correctamente, era ya una realidad. La ciudad estaba dividida. Inicialmente, la mayoría apoyaba a Cody, pero a medida que los meses se sucedían empezó a emerger un hecho fundamental: Cody seguía sin obedecer a los requerimientos del Gobierno. Sus propios partidarios más tenaces empezaron a

exigirle que se sometiera a la justicia. La respuesta inicial de Cody, a través de sus abogados, había sido: «Sólo soy responsable ante Dios y ante Roma». Era una actitud que Cody se llevaría consigo a la tumba. En abril de 1982, mientras el Gobierno todavía aguardaba una respuesta, Cody murió. A pesar de que se conocía su largo historial clínico, lleno de achaques, el cuerpo de Cody, al contrario que el de Albino Luciani, fue sometido a una autopsia. Su muerte se debió a una «grave disfunción arterocoronaria».

Cody había dejado un mensaje final, para que se leyera después de su muerte. El mensaje no presentaba ni una sola prueba de la inocencia del cardenal en relación con las muy graves denuncias que había arrostrado, sino que destilaba la misma arrogancia que había caracterizado en vida al cardenal. Decía: «Perdono a mis enemigos, pero Dios no los perdonará».

Muerto el despótico y tiránico cardenal Cody, en seguida se empezó a especular con el nombre de su sucesor. Un nombre que se mencionaba con frecuencia era el del arzobispo Paul Marcinkus, ciudadano norteamericano, nacido en Cicero, Chicago. Por aquel entonces, Marcinkus, en Italia, estaba empantanado y enlodado de escándalos. Las altas jerarquías de la Iglesia católica de Estados Unidos decidieron advertir al Vaticano de que poner a Marcinkus al frente de la diócesis de Chicago supondría dejar las cosas «igual que antes». Finalmente, el cargo lo ocupó el arzobispo Josep Bernardin, de Cincinatti, quien prometió que la Iglesia abriría una inmediata investigación sobre el caso Cody.

El Gobierno, por su parte, anunció la clausura de su encuesta, y el Gran Jurado Federal cerró su investigación sin presentar ninguna denuncia concreta. En vista de que el hombre al que iban a acusar estaba muerto, no les quedaba en realidad otra salida.

En diciembre de 1982, Bernardin dio a conocer una carta pastoral de dos páginas a los católicos de Chicago. La carta no estaba apoyada por ninguna evidencia documental. Bernardin concluía señalando que la investigación del caso Cody no había demostrado ninguna malversación, si bien era posible que Cody hubiera concedido una pensión ilegal a Helen Wilson, aunque Cody «no siempre se ajustaba a los procedimientos más adecuados en cuestiones de contabilidad». Más significativo es el hecho de que unos contables contratados por Bernardin se negaron a certificar «la exactitud de las cifras estimadas de entradas y salidas», aunque señalaron que las cifras «se ajustaban a una cierta verosimilitud según las finalidades de la investigación». El motivo por el cual los peritos contables se negaron a firmar los libros de registro era que, según admitió el propio Bernardin, algunos registros financieros de la archidiócesis no habían sido localizados y «en el caso de que un día dispongamos de ellos, es posible que haya que revisar las conclusiones». Casi dos años después, dichos documentos siguen sin aparecer.

El despótico y arrogante Cody tenía claramente un motivo, y un motivo muy poderoso, para involucrarse en una conspiración destinada a asesinar a Albino

Luciani. Podremos poner en duda la cuestión de la corrupción económica de la que se acusa a Cody. De lo que no podemos dudar es de que sufría una profunda paranoia. Si era un psicópata paranoico, es perfectamente plausible que intentara resolver sus problemas, reales o imaginarios, mediante métodos violentos. Estaba claro que si algún papa pensaba sustituir a Cody de su cargo en Chicago, tendría que pasar por encima de su cadáver: el de Cody o el del propio papa.

En los muchos años que había pasado en Roma, y después con sus numerosas visitas, Cody había logrado congraciarse con dos futuros pontífices, Pacelli y Montini, y había tejido una amplia red de amigos e informadores. Que este hombre pudiera mandar al diablo a Pablo VI, tal como lo hizo, es una demostración cabal del poder que ostentaba. Los muchos regalos en metálico que hizo, no sólo a Polonia, sino entre diversos miembros de la Curia romana, también le servían para consolidar una forma peculiar de lealtad hacia su persona. Cody tenía su propia mafia o su propia logia instalada y bien enraizada dentro del Vaticano. Tenía hombres a sus órdenes que gozaban de libre acceso a los aposentos papales.

El arzobispo Paul Marcinkus, otro hombre clave al que Luciani pensaba desalojar de su puesto, conservó su posición como director del Banco del Vaticano después de la elección de Karol Wojtyla. De hecho, tal como ya se ha detallado, Wojtyla lo elevó al rango de arzobispo y le concedió unos poderes más amplios todavía. Si tenemos en cuenta que al ser designado para trabajar en el Banco del Vaticano declaró: «Mi única experiencia financiera es la de manejar la colecta de los domingos», no cabe duda de que Marcinkus ha recorrido un largo camino. Tiene muchos más méritos para recibir el título de «exbanquero de Dios» que cualquiera de sus dos viejos amigos y socios en cuestiones de negocios, Roberto Calvi y Michele Sindona. Marcinkus también puede justificadamente aspirar al título de ser el cura que mayores perjuicios ha causado a la reputación de la Iglesia católica en los tiempos modernos.

Ha quedado suficientemente claro que a mediados de los años setenta Calvi y Marcinkus tenían en marcha un sistema que abarcaba multitud de delitos. También quedó demostrado que las compañías panameñas y las demás compañías fantasmas que el Vaticano poseía, y que posee todavía, servían para el mutuo beneficio del Banco Ambrosiano y del Banco del Vaticano.

Desde la muerte de Calvi, el Vaticano asegura que la primera noticia que tuvo de que estas compañías le pertenecían fue en agosto de 1981. Ésta es otra falacia del Vaticano. Hay pruebas documentadas que establecen que, ya en 1978, el obispo Marcinkus actuaba activamente para asegurarse de que no se descubriera que estas empresas pertenecían al Vaticano. En cuanto a la falta de conocimientos que alega el Vaticano respecto a ellas, con un ejemplo será suficiente. La UTC, United Trading Corporation de Panamá, es una de las compañías que figuran en las letras de conformidad y de las que el Vaticano asegura desconocer su existencia hasta poco antes de que Marcinkus escribiera las notorias cartas. Hay documentos fechados el 21 de noviembre de 1974, debidamente firmados por ejecutivos del Banco del Vaticano,

en los que se solicita al Banco del Gotardo, propiedad de Calvi, un acuerdo para formar, a nombre del Banco del Vaticano, una compañía llamada United Trading Corporation.

Para Calvi, este sistema ilegal tenía muchas ventajas. Y el Banco del Vaticano ¿qué ganaba? Ganaba dinero. Grandes cantidades de dinero. Calvi se compraba a sí mismo sus propias acciones, pagando unos precios enormemente inflados, pero, sobre el papel, estas acciones eran legalmente propiedad, y lo siguen siendo, de las compañías panameñas, que a su vez pertenecen al Vaticano. Obedientemente, Calvi entregaba a sus propietarios legales los dividendos de los enormes paquetes de acciones que manipulaba, y los propietarios legales de dichas acciones eran uno solo: el Banco del Vaticano. Los dividendos anuales variaban, pero alcanzan un promedio de unos dos millones de dólares al año.

Esto, por supuesto, era sólo la punta visible del iceberg. Se puede seguir la huella a otras ganancias más sustanciales. Por ejemplo, en 1980 el Banco del Vaticano vendió dos millones de acciones de una compañía internacional de construcción, con sede en Roma, llamada Vianini. Las acciones las adquirió una pequeña compañía panameña denominada Laramie. Era la primera escena de un negocio por el que se planeaba que el Vaticano vendiera seis millones de acciones de Vianini a la compañía Laramie. El precio de las acciones estaba enormemente inflado. Los dos millones de acciones de la primera transacción le costaron a Laramie diez millones de dólares. Laramie es otra compañía más de las tantas que posee el Vaticano. Es posible que parezca un desperdicio inútil de energía que uno se venda a sí mismo sus propias acciones y pague por ellas un precio mucho mayor del que valen realmente. Sin embargo, este ejercicio se presenta como menos inútil si el dinero que uno emplea es de otros, como Calvi demostró a lo largo de muchos años. Los veinte millones de dólares con los que comprar las acciones provenían de Roberto Calvi. El Banco del Vaticano conservaba unas acciones que ya eran suyas y encima recibía veinte millones de dólares. Más aún: el Vaticano no tenía entonces y nunca tuvo seis millones de acciones de Vianini. Su mayor paquete accionario en dicha empresa nunca pasó de los tres millones de unidades. Con estratagemas de este tipo Calvi pagaba a Marcinkus sus servicios.

En marzo de 1982, Marcinkus concedió una extraña entrevista al semanario italiano *Panorama*. Los comentarios del arzobispo sobre Roberto Calvi resultan particularmente reveladores, si tenemos en cuenta que fueron pronunciados ocho meses después de que a Calvi le condenaran a pagar una multa de 13,7 millones de dólares y a cumplir una condena de cuatro años de cárcel, y si tenemos en cuenta además que dichas declaraciones se efectuaron sólo siete meses después de que el Vaticano y el propio Marcinkus descubrieran (si hemos de creer la versión del Vaticano) que Calvi había robado más de mil millones de dólares y había dejado que el Vaticano pagara la cuenta.

No me cabe la menor duda de que Calvi merece nuestra confianza. No pensamos ceder las acciones del

Banco Ambrosiano que obran en nuestro poder. Más aún, tenemos otras inversiones dentro de este conglomerado, como por ejemplo en la Banca Cattolica, que obtienen buenos rendimientos.

Existe un indudable parecido entre esta declaración y los elogios que Marcinkus brindó a los fiscales del Gobierno de Estados Unidos y a los agentes del F. B. I. que investigaban la presunta complicidad de Marcinkus en una gran estafa con bonos falsos, por un valor de mil millones de dólares, en abril de 1973. En aquella ocasión, como se recordará, Marcinkus se dedicó a elogiar las virtudes de un hombre al que ahora asegura que apenas si vio una vez. Este hombre, por su parte, insiste: «Durante muchos años nos vimos con frecuencia porque realizábamos negocios juntos. Marcinkus era socio mío en dos bancos». Este hombre es Michele Sindona, quien, aparte de muchos otros delitos, es responsable del mayor desastre bancario que ha ocurrido en la historia de Estados Unidos, un hombre al que Marcinkus consideraba que iba «muy por delante de su época en lo que se refiere a cuestiones bancarias».

En apoyo de Marcinkus, se podría argumentar que su observación se efectuó un año antes de «El crack Sindona». En 1980, seis años después del *crack*, Marcinkus se encontraba muy predispuesto a testimoniar a favor de Sindona, y sólo se lo impidió la enérgica intervención del cardenal Casaroli, quien se sintió obligado a desobedecer al propio papa Juan Pablo II.

Si Marcinkus no ha sido elevado al cardenalato es por un único motivo. A pesar de la enorme irritación mundial que sus actividades han despertado contra el Vaticano y contra el propio catolicismo, Karol Wojtyla estaba muy bien dispuesto e incluso decidido a darle al hombre de Cicero el capelo de color púrpura. Tuvo que ser de nuevo Casaroli, con su insistencia, el que salvara la cara ya descuartizada de la Iglesia. Parecería que el papa tiene una opinión bastante más tolerante hacia los pecados que se cometen detrás de la ventanilla de un banco, que hacia los que se cometen en la cama.

En relación con el asesinato de Albino Luciani, Marcinkus tenía tanto el motivo como la ocasión. Una de las muchas funciones que desempeñó Marcinkus para Pablo VI fue la de guardaespaldas personal y consejero de seguridad. Funciones que ha seguido desempeñando, con singular torpeza, para Juan Pablo II. Sin embargo, en función de estos cargos, nadie en todo el Vaticano conocía mejor que Marcinkus las medidas de seguridad. Todavía no se ha aclarado qué hacía el presidente del I. O. R. paseándose por los alrededores del Banco del Vaticano, poco después de las seis y media de la mañana del mismo día en que se descubrió el cuerpo sin vida de Albino Luciani. Mis informantes coinciden en indicar que no era habitual que Marcinkus anduviera por el Vaticano a una hora tan temprana. Al contrario que Villot, Marcinkus no vivía en el Vaticano, sino en la Villa Stritch, de Roma. Al entrar a trabajar en el Banco del Vaticano, Marcinkus aportó muchas nuevas facetas, sin que fuera la de menor importancia su infancia en la ciudad de Cicero, donde mandaba Al Capone. «¿Cómo están tus amigos los pandilleros de Chicago, Paul?», era una broma muy usual en el Vaticano a principios de los años setenta, que se empezó a utilizar

menos después del juicio contra Sindona y que dejó de emplearse tras la caída de Roberto Calvi.

Si no estuvo involucrado activamente en la conspiración para asesinar a Albino Luciani, es posible que Marcinkus, a sabiendas o no, actuara como catalizador. Varios siglos antes un rey inglés exclamó: «¿Es que no hay nadie que me pueda librar de este cura entrometido?». Poco después, la Iglesia católica sumaba otro mártir en la figura de Tomás Beckett. No cabe duda de que Marcinkus informó extensamente a Roberto Calvi sobre los temores que le despertaba el nuevo pontífice. Tampoco existe ninguna duda de que Albino Luciani estaba a punto de desplazar a Marcinkus del Banco del Vaticano y cortar todos los nexos con el Banco Ambrosiano. ¿Es posible que los temores que Marcinkus expresó sobre el nuevo pontífice y otras personas provocaran el curso de acontecimientos que, en la mañana del 29 de septiembre, dejaron a Marcinkus estupefacto y con la boca abierta cuando un guardia suizo le comunicó que el papa había muerto?

A Michele Sindona se le cataloga a menudo e inadecuadamente como «el banquero de Dios». Un título más apropiado para él sería el de «el especulador de Dios». En la época de la muerte de Albino Luciani, Sindona luchaba contra una orden de extradición pronunciada contra él por el Gobierno italiano. También se le buscaba para que se responsabilizara de una serie de delitos financieros cometidos en varios países. En septiembre de 1978, la posibilidad de que las autoridades de Estados Unidos iniciaran un proceso criminal contra él, en relación con el colapso del Franklin Bank, era día a día más firme: de mera posibilidad se iba haciendo certidumbre. Este procedimiento le libraría de la extradición, pero le pondría automáticamente en peligro en Estados Unidos. El único as que le quedaba por jugar dependía de la colaboración del Vaticano. Sindona pensaba que si el obispo Marcinkus y los cardenales Guerri y Caprio aportaban pruebas a su favor, cualquier jurado se sentiría enormemente influido por las declaraciones de unos personajes tan augustos. Con Albino Luciani como papa, era una imposibilidad manifiesta cualquier testimonio del Vaticano, y más aún un testimonio a favor de Sindona.

Sindona, en su condición de miembro tanto de la mafia como de la P2, no sólo tenía el motivo y la oportunidad para cometer el crimen, sino que también estaba capacitado para llevarlo a cabo. Era un hombre lo bastante desequilibrado como para confiar en que si mandaba matar al fiscal que le acusaba, sus problemas en Estados Unidos se habrían terminado. Era un hombre lo bastante retorcido como para pensar que si mandaba asesinar a Giorgio Ambrosoli sus problemas en Italia se desvanecerían. Un hombre con esta tortuosa y desquiciada naturaleza podía muy bien ordenar asesinar a un pontífice honesto y reformista.

Sindona sigue siendo un hombre muy requerido. Tiene pendiente una condena de tres años y medio de prisión que le ha sido impuesta en Italia. Existe una prolongada investigación norteamericana sobre el caso del helicóptero que trató de rescatarle de la prisión en Estados Unidos, en enero de 1981. Hay una orden de detención contra

él, emitida por el Gobierno italiano en julio de 1981, en la que se le acusa de haber ordenado el asesinato de Giorgio Ambrosoli. En dicha orden de arresto también figuran su hijo Niño Sindona y su yerno Pier Sandro Magnoni. Hay otra orden de enero de 1982, procedente de Palermo (Sicilia), en la que se acusa a él y a otros 65 miembros de la mafia, de las familias Inzerillo, Gambino y Spatola, de controlar el tráfico de heroína con Estados Unidos, desde Sicilia, con unas ganancias anuales del orden de los 600 millones de dólares. Otras requisitorias judiciales procedentes de Sicilia acusan a Sindona de posesión ilegal de armas, de fraude, de emplear un pasaporte falso y de violar las leyes fiscales. En otros sumarios penales, presentados por el Gobierno italiano en julio de 1982, se acusa a Sindona y a otras personas, entre ellas a los hombres de confianza del Vaticano Luigi Mennini y Massimo Spada, de una larga lista de actividades delictivas conectadas con la bancarrota fraudulenta de la Banca Privata Italiana. Es de resaltar que estas últimas acusaciones se basan fundamentalmente en el valiente trabajo del asesinado Giorgio Ambrosoli. No tengo mejores palabras para describir con tanta exactitud la clase de hombre que es Sindona, y la clase de hijos que ha engendrado, que las pronunciadas por su hijo Niño Sindona, que habló ante un magnetófono con el escritor Luigi di Fonzo (las cintas grabadas en la ocasión se encuentran ahora en las oficinas de la fiscalía de Nueva York). La larga entrevista se celebró en la noche del 18 de marzo de 1983 y se prolongó hasta la mañana del día siguiente.

Mi padre admitió en mi presencia que fue Arico^[7] quien cometió el asesinato. Amenazaron a Ambrosoli y las amenazas surtieron efecto durante un tiempo. Billy Arico fue despachado a Milán por Venetucci [traficante de heroína y presunto miembro del clan Gambino], por requerimiento de mi padre, con la condición de que disparara contra Ambrosoli aunque no para matarlo. Arico es el autor del asesinato... La familia de Ambrosoli no merece piedad. Aquel jodido cabrón no me merece compasión y pienso que lo que le pasó no era lo bastante para un hijo de perra como él. Lamento que haya muerto sin haber sufrido. Dejemos bien claro este punto. Nunca recriminaré a mi padre porque Ambrosoli no se merecía seguir en este mundo. Mi padre ya ha sufrido demasiado. Ahora es el momento de que nuestros enemigos también conozcan lo que es sufrir. A Griesa y Kenney les ha llegado el turno de pasarlo mal. A mi padre de nuevo, no. Nosotros no hemos hecho nada. Para obtener justicia no hay crimen que yo no estuviera dispuesto a cometer. Gente como Kenney y Griesa merecen morir de la peor manera, con los peores sufrimientos. Para mí sería una buena ocasión para descorchar algunas botellas de champaña. Creo en el homicidio justificado.

Thomas Griesa era el juez encargado del caso contra Sindona en Estados Unidos. John Kenney, el acusador principal. Luigi di Fondo le preguntó a Niño Sindona cómo podía justificar el asesinato.

Lo puedo justificar más o menos en un segundo y medio. Como puedo justificar el asesinato político en un segundo y medio. Digamos que sí, que quiero asesinar al juez Griesa. Para mí sería un acto de defensa propia... porque él ha cometido el crimen incalificable de mandar a mi padre a la cárcel de por vida. Y no hay ninguna posibilidad de que se celebre un nuevo juicio mientras el juez Griesa siga con vida. De modo que si lo matamos tendremos la posibilidad de que se celebre otro juicio. Así que ya lo ve: defensa propia.

Evidentemente, para individuos como Michele Sindona y su hijo, el asesinato de un papa que se interponía en su camino lo hubieran justificado como «defensa propia».

Volvamos ahora a Roberto Calvi. En cierta ocasión, Lenin dijo: «Dadle sogas suficientes a un capitalista y veréis que se ahorca a sí mismo». Es indudable que el coronel que investigó la muerte de Calvi coincidía punto por punto con la opinión de Lenin. Se dictaminó que Calvi se había suicidado. El hecho de que se realizara una apresurada audiencia que se cerró en un solo día, el hecho de que los testigos brillaran por su ausencia, el hecho de que se produjeran testimonios que derivaron en obvio perjurio y el hecho de que se presentaran muy pocos antecedentes del difunto no parecieron inquietar al coronel. En Italia, el veredicto fue recibido con incredulidad. En 1983, un segundo juicio llegó más cerca de la verdad al emitir un veredicto abierto sobre la muerte del hombre que había sido encontrado colgado cerca de la gran boca pestilente del desagüe de una cloaca.

A mí no me cabe duda de que Calvi fue «suicidado» por sus amigos de la logia, lo que constituye un ejemplo más de lo extremadamente arriesgado que es el oficio de banquero en Italia. Unas horas antes de que Calvi muriera, su secretaria, Graziella Coorocher, también fue «suicidada»: cayó a la calle desde la ventana del cuarto piso de la sede central del Banco Ambrosiano, en Milán. La «nota de suicidio» que dejó la desafortunada, llena de maldiciones contra Roberto Calvi, fue hallada por Roberto Rosone, que todavía se apoyaba en dos muletas para andar, después del atentado que casi le costó la vida. Unos meses más tarde, el 2 de octubre de 1982, Giuseppe Dellacha, un ejecutivo del banco, también murió «suicidado» cayendo desde una ventana de la sede central de Milán.

De Clara, la viuda de Calvi, se sabe que acusa de la muerte de su marido apuntando a las puertas de bronce del Vaticano. «El Vaticano ordenó la muerte de mi marido para esconder la bancarrota del Banco del Vaticano». No comparto su opinión, pero si fueran ciertas sus afirmaciones quizá podría hablarse de una especie de justicia poética. El caso de Roberto Calvi en relación con su complicidad directa en la muerte de Albino Luciani es consistente. Muy consistente.

Calvi se hallaba envuelto en el robo de más de mil millones de dólares, robo que hubiera quedado totalmente al descubierto si Luciani hubiera seguido con vida. Con Luciani muerto, Calvi estaba en libertad para proseguir con su colosal y tenebrosa panoplia de crímenes. Más de 400 millones de dólares del dinero que aparentemente se ha desvanecido en el triángulo de Panamá se los cedieron a Calvi los grandes bancos internacionales después de la muerte de Albino Luciani.

Calvi recomendaba leer *El padrino* para entender cómo es el mundo. Indudablemente se refería al mundo en el que él habitaba.

Hasta el final de su vida, Calvi se dedicó a limpiar el dinero sucio de la mafia, función que había heredado de Michele Sindona. También hasta el último momento estuvo filtrando dinero para la logia P2. Estas tareas las llevaba a cabo con la asistencia del Banco del Vaticano, moviendo dinero del Banco Ambrosiano a una cuenta del Vaticano en Italia y de allí al Banco del Gotardo o al U. B. S. de Suiza. Lavaba dinero obtenido de secuestros, de la venta de drogas y armas, de los asaltos a

bancos, de atracos, de robos de joyas y obras de arte. Sus contactos dentro del mundo de la delincuencia iban desde los más altos escalafones de la mafia hasta los asesinos más vulgares, pasando por las organizaciones terroristas de extrema derecha.

El agujero de 1300 millones de dólares del Banco Ambrosiano no sólo se produjo por la compra fraudulenta de acciones del propio banco de Calvi. Muchos millones se utilizaron en apoyar a Gelli y a Ortolani. Por ejemplo, 55 millones de dólares fueron desviados por Calvi desde Perú a una cuenta numerada del U. B. S. de Zurich. El propietario de dicha cuenta era Licio Gelli. Otros 30 millones de dólares fueron remitidos a una cuenta suiza que tenía otro miembro de la logia: Flavio Carboni.

A comienzos de 1982, Calvi transfirió 470 millones de dólares del banco central de Milán a Perú. Luego entregó a su secretaria un billete de avión para Montecarlo junto con una pila de mensajes para enviar por télex. Los mensajes fueron enviados y de esa forma el dinero se distribuyó entre varias cuentas numeradas de los bancos suizos.

Los partidos políticos italianos, tales como el cristianodemócrata, el comunista y el socialista, no eran los únicos que mordían la manzana de oro. Siguiendo instrucciones de Gelli, se transfirieron millones para ser entregados a los regímenes que entonces controlaban Argentina y que todavía controlan Uruguay y Paraguay. Dinero robado por Calvi fue utilizado por la junta militar argentina para comprar a Francia los misiles Exocet. El banco de Calvi en Perú colaboró en dicho convenio. Se enviaron millones a Polonia, secreta e ilegalmente, para ayudar a Solidaridad. Esta transacción en especial consistía en una mezcla de dinero robado por Calvi y de dinero procedente del Banco del Vaticano, que lo había obtenido de las colectas entre los fieles católicos. A menudo, Calvi se iba de la lengua sobre estas transacciones con amigos en los que confiaba. Uno de ellos era Carboni que, como buen miembro de la P2, siempre tenía oculto y en funcionamiento un magnetófono.

Marcinkus debe tener cuidado con Casaroli que es el jefe del grupo que se le opone. Si Casaroli se encontrara con uno de esos financieros de Nueva York que trabajan a las órdenes de Marcinkus para canalizar dinero hacia Solidaridad, el Vaticano entero se desmoronaría. O si simplemente Casaroli descubriera uno de esos papeles que yo conozco, adiós Marcinkus. Adiós Wojtyla. Adiós Solidaridad. Con la última operación que se hizo, la de 20 millones de dólares, sería suficiente. Se lo he comunicado a Andreotti, pero no tengo muy claro de qué lado está. Si las cosas en Italia siguen por cierto camino, el Vaticano tendrá que alquilar un edificio en Washington, detrás del Pentágono. Lo más lejos posible de la plaza de San Pedro.

El monto total de dinero canalizado secreta e ilegalmente, a nombre del Vaticano, para Solidaridad supera con exceso los cien millones de dólares. Las personas que sientan una fuerte simpatía por Solidaridad probablemente aprueben esta actitud. Pero interferir de ese modo en los asuntos de otro país es crear un peligroso precedente. ¿Por qué no canalizar cien millones secretamente al IRA para que mate y provoque atentados en Gran Bretaña? ¿Por qué no canalizar mil millones de dólares a los sandinistas para que hagan volar unos cuantos rascacielos de Nueva York, Chicago y San Francisco? Jugar a ser Dios, incluso cuando se es papa, puede resultar peligroso.

Que Karol Wojtyla, mientras condena públicamente a los sacerdotes nicaragüenses que intervienen en política, interfiera de esa forma ilegal y peligrosa en los asuntos internos de Polonia, no es más que una desalentadora demostración de hipocresía.

No tenemos bienes materiales para comerciar, no tenemos intereses económicos que defender. Nuestras posibilidades para intervenir son específicas y limitadas y tienen un carácter especial. No interfieren con lo puramente temporal, con los asuntos técnicos o políticos, que son cuestiones que deben resolver vuestros gobiernos.

Así hablaba Albino Luciani al cuerpo diplomático acreditado ante el Vaticano. Es obvio que el hombre que le sucedió mantiene una opinión diametralmente opuesta.

En relación con el asesinato de Albino Luciani, Roberto Calvi tenía el motivo, la oportunidad y, al igual que Michele Sindona, la capacidad.

Antes del asesinato de Luciani, los camaradas de Calvi en la logia P2 ya habían demostrado, con diversos atentados con bombas, su capacidad para matar. Su habilidad para asesinar a una persona en concreto la demostraron con el asesinato de Vittorio Occorsio. Después de la muerte del papa, los gigantescos robos que Calvi cometía iban curiosamente acompañados de asesinatos y atentados. El hecho de que Emilio Alessandrini, Mino Pecorelli, Giorgio Ambrosoli, Antonio Varisco y Boris Giuliano estén muertos constituye la más elocuente evidencia de la gente con la que Roberto Calvi se juntaba. El hecho de que el gobernador del Banco de Italia y uno de sus subalternos de mayor confianza fueran falazmente acusados, el que Sarcinelli se viera obligado a cumplir seis semanas de prisión, el que durante muchos años hombres que conocían la verdad no se atrevieran a actuar por temor, supone una demostración del terrorífico poder que Calvi tenía a su alcance. Un poder que emanaba de muchas fuentes, entre las que se encontraba Licio Gelli, Gran Maestro de la logia Propaganda Dos.

Licio Gelli *el Titiritero*, disponía de unos cuantos miles de cuerdas a su elección para mover. Cuerdas que al parecer conducían a todas partes. Al corazón mismo del Vaticano. A la Casa Blanca. A los palacios presidenciales de un gran número de países. Gelli, como ya he referido, aconsejaba a los principales miembros de la logia que siempre llevaran consigo una dosis mortal de digital, una dosis que provocara, hablando en términos vulgares, un ataque al corazón. Cualquier examen externo que realizara un médico confirmaría que la muerte se debía a un infarto de miocardio. El digital es una droga inodora. Es imposible de descubrir si no se realiza una autopsia.

Licio Gelli, como también he referido empleaba un extraño nombre en clave cuando llamaba a su pagador, al financiero de la logia P2: «Luciani». ¿Era suficiente la simple mención de este nombre para que Calvi no dudara en enviar millones y más millones destinados a las cuentas bancarias de Gelli?

De acuerdo con el testimonio de sus familiares, Roberto Calvi atribuía la raíz de todos sus males a «los curas». También dejó bien sentado a qué curas se refería: a los del Vaticano. En septiembre de 1978, había un cura en particular que representaba para Roberto Calvi la peor amenaza con la que se había encontrado jamás. En agosto

de 1978, Calvi, Gelli y Ortolani se encontraban en Sudamérica planeando nuevos robos a gran escala. ¿Es posible que alguien crea que Gelli y Ortolani se limitaron a encogerse de hombros cuando Calvi les anunció que Albino Luciani estaba decidido a emprender ciertas acciones que significarían que la partida se había terminado?

El asesinato de un magistrado, de un juez o de un policía se puede llevar a cabo abiertamente. La muerte de estos hombres se convertirá en un misterio o le será cargada a cualquiera de las numerosas organizaciones terroristas que arrasan la tierra italiana. Pero el asesinato de un papa, para cubrir una estafa de mil millones de dólares, debe realizarse con disimulo, como si no pareciera un asesinato, de modo que provoque el mínimo de inquietud posible. Para que un asesinato de este calibre alcance sus verdaderos objetivos, que van más allá del asesinato en sí mismo, la muerte tiene que parecer natural.

El costo, no importa lo alto que fuera, en sobornos, ofertas, recompensas y comisiones, es irrelevante. Si el objetivo de la muerte del papa era proteger y sustentar a Roberto Calvi para que pudiera seguir rapiñando impunemente millones de dólares, se disponía de un manantial de dinero del que echar mano. El problema que representaba un irritante consejero delegado, problema que Calvi trató ampliamente con su colega de logia Flavio Carboni, se trató de resolver con el asesinato, bajo contrato, de Rosone. Rosone salió con vida, pero Carboni pagó al día siguiente los 530 000 dólares pactados con el pandillero superviviente, Ernesto Diotavelli. Si por un consejero delegado se pagó más de medio millón de dólares, ¿cuánto se pagaría por el asesinato de un papa? ¿Cuánto si se tiene en cuenta que se disponía de un banco entero con el que financiar el asesinato?

Después de la muerte de Roberto Calvi, el obituario más atinado provino de Marco Sarcinelli, uno de los muchos hombres que habían experimentado en carne propia el poder sobre el que Calvi descansaba. «Empezó como servidor y se convirtió en patrón sólo para volver a convertirse en servidor de otros patrones». El último patrón de Calvi es el hombre que en mi opinión se encuentra en el corazón mismo de la conspiración que terminó con la vida de Albino Luciani. Ese hombre, el que dictaminó el asesinato de Albino Luciani, es obviamente Licio Gelli.

En este libro ya he registrado numerosos ejemplos del poder de influencia que Gelli poseía y ejercía. Por la época en que Albino Luciani murió, en septiembre de 1978, Licio Gelli gobernaba en Italia de hecho y bajo todos los conceptos. Su libertad de acceso a cualquier persona o a cualquier recóndito lugar del Vaticano no tenía límite ninguno, gracias sobre todo a la tarea de zapa de Umberto Ortolani. El hecho de que estos dos hombres se encontraran en Sudamérica cuando se produjo la muerte de Luciani no constituye ninguna coartada, en el sentido legal de la expresión. Sindona disfrutaba de su primer martini seco de la tarde, en Nueva York, en el mismo momento en que William Arico asesinaba a Giorgio Ambrosoli en Milán. Esta coartada no salvará a Sindona si las autoridades italianas consiguen en algún momento su extradición de Estados Unidos.

El *Titiritero*, que utilizaba el nombre clave de «Luciani», sigue demostrando que conserva todavía un poder impresionante en Italia, y que aún ejerce una influencia extraordinaria. En 1979, Gelli y Ortolani empezaron a trabajar para lograr la reconciliación política entre el líder democristiano y antiguo primer ministro Giulio Andreotti y el líder socialista Bettino Craxi. El hecho de que saliera a la luz pública un documento que enumeraba a casi mil miembros de Propaganda Dos retrasó estas delicadas gestiones. Sin embargo, ahora han florecido. En el momento en que escribo estas líneas, el primer ministro de Italia es Bettino Craxi y el ministro de Asuntos Exteriores es Giulio Andreotti. Ambos tienen mucho que agradecerle a Licio Gelli.

El 8 de abril de 1980, Gelli escribió desde Italia a Philip Guarino, un importante miembro del comité nacional del partido republicano de Estados Unidos, que por entonces concentraba todos sus esfuerzos en lograr que Ronald Reagan fuera elegido presidente. Gelli le decía: «Si piensa que puede resultarle de utilidad que se publique en Italia cualquier comentario favorable a su candidato a la presidencia, envíeme el material que considere oportuno y haré que lo publiquen en algún periódico de aquí».

Sin conocer el poder que poseía Gelli, la oferta pudiera parecer extravagante. ¿Cómo es posible que un hombre que oficialmente no poseía ningún periódico garantizara a Guarino una mención favorable y una opinión que apoyara al candidato Reagan? En realidad, junto con el Vaticano, un consorcio de miembros de la P2 dirigía el grupo Rizzoli, coloso de la industria editorial, con intereses que llegaban hasta Buenos Aires. Entre sus muchas revistas y sus diversos periódicos estaba el *Corriere della Sera*, que es el diario más prestigioso de Italia. Otros miembros de la P2 tenían posiciones de privilegio tanto en la prensa como en la radio y la televisión del país. Los comentarios favorables a Ronald Reagan, distribuidos con cautela por Licio Gelli, aparecieron efectivamente en la prensa italiana.

En enero de 1981, Licio Gelli figuraba entre los huéspedes de honor a la toma de posesión del ya presidente Ronald Reagan. Guarino comentaría tiempo después: «Incluso le dieron un sitio mejor que a mí».

En mayo de 1981, después de que se descubriera la lista con los nombres de casi mil miembros de la logia, entre los que se encontraban varios ministros del gabinete, y que produjo su caída, Gelli seguía ejerciendo su poder desde diversas ciudades de Sudamérica. Un claro indicio de que Gelli estaba lejos de haber perdido ni un ápice de su poder se puede colegir del hecho de que Roberto Calvi ordenara la transferencia de 95 millones de dólares del Banco Ambrosiano a la compañía panameña Bellatrix, que era una de las que funcionaban como tapadera. Esta transferencia, efectuada a través de rutas tan exóticas como Rothschild en Zurich, Rothschild en Guernesey y la Banque Nationale de París en Panamá, desparramó dinero en las más inesperadas direcciones; por ejemplo, al Ansbacher and Company, un pequeño banco mercantil de Dublín, le cayeron 20 millones de dólares.

Un año después, en mayo de 1982, con la guerra de las Malvinas entre Gran Bretaña y Argentina en pleno apogeo, Licio Gelli, un prófugo, un delincuente,

requerido bajo numerosas acusaciones, regresó tranquilamente a Europa para ayudar a sus amigos argentinos. Los primeros misiles Exocet que Gelli compró para la junta militar demostraron ser un arma devastadora. Ya he indicado que Gelli volvió a Europa a comprar más misiles. Se instaló con Ortolani en una villa de Cap Ferrat, y empezó a negociar secretamente con varios traficantes de armas y con Aerospaciale, la empresa que fabricaba los misiles.

Los servicios de inteligencia británicos se enteraron de estas gestiones y alertaron a sus colegas del servicio secreto italiano, quienes rápidamente se cernieron sobre la villa de Cap Ferrat. Sin embargo no pudieron llegar hasta Gelli. Los agentes del servicio secreto francés se encargaron de que Gelli no pudiera ser arrestado, lo que demuestra el poder del *Titiritero*.

Mientras negociaba con diversos suministradores potenciales de misiles, Gelli se mantenía en contacto con Calvi, a diario. Los dos masones todavía tenían mucho en común. Durante la segunda semana de junio de 1982, Calvi, al igual que Gelli, se había convertido en un fugitivo. Con su imperio ambrosiano al borde de la bancarrota, Calvi había huido de Italia, desplazándose primero a Australia y después a Londres. De nuevo, Calvi y Gelli se necesitaban mutuamente, y mucho. Calvi necesitaba que le protegieran de las autoridades italianas y Gelli necesitaba muchos millones de dólares para la compra de los Exocet. Mis investigaciones indican que los franceses planeaban encontrar la forma de eludir el embargo de armas que pesaba entonces contra Argentina. Los misiles irían a Perú y de allí se dirigirían a Argentina. Técnicos franceses estaban a la espera de ser transportados para modificar los Exocet de modo que los pudiera utilizar la fuerza aérea argentina.

Desgraciadamente para ambos, las urgencias de Calvi colisionaban con las prisas de Gelli. La guerra no iba a esperar a que el *Titiritero* pudiera mover sus túteres italianos. Por sugerencia de Gelli, Roberto Calvi se desplazó a Londres, en busca de su muerte. Le «suicidaron» el 17 de junio de 1982, el mismo día en que el general Galtieri era reemplazado como presidente de Argentina por el general Bignone. Argentina había perdido la guerra. Los miembros de la P2 llegaron a la conclusión de que su camarada Calvi les había fallado al no conseguir con la premura del caso el dinero que hacía falta para adquirir los misiles, y que por tanto era responsable de la derrota militar de Argentina.

En agosto de 1982, la junta argentina decidió secretamente reiniciar las hostilidades contra las fuerzas británicas que vigilaban las Malvinas. Los toscos militares rioplatenses consideraban que con un buen puñado de misiles la victoria no se les podría escapar.

En esta ocasión, Gelli negoció con un antiguo oficial del servicio secreto italiano, el coronel Massino Pugliese, miembro también él de la P2. De nuevo, el servicio de inteligencia británico se enteró de que había un negocio en marcha y se aseguró de hacerlo abortar.

También en agosto de 1982, Gelli empezó a encontrar problemas con una de sus

cuentas bancadas secretas de Suiza. La cuenta no funcionaba como debía. Cada vez que Gelli, desde Sudamérica, trataba de transferir dinero de dicha cuenta, el U. B. S. de Ginebra se negaba a cumplir sus instrucciones, Gelli recibió la notificación de que para aclarar las cosas se tendría que personar en el propio banco.

Con un pasaporte falso, argentino, Gelli se desplazó en avión a Madrid y de Madrid a Ginebra, el 13 de septiembre de 1982. Una vez en el banco, presentó su falsa documentación y se le informó de que habría un ligero retraso. Minutos después fue detenido. Había caído en una trampa cuidadosamente preparada. Le habían congelado la cuenta a requerimiento del Gobierno italiano, advertido por el Gobierno suizo de la verdadera identidad del titular de dicha cuenta.

La cuenta la había abierto Roberto Calvi a favor de Gelli. Calvi había vertido en dicha cuenta más de cien millones de dólares. En el momento en que fue arrestado, Gelli trataba de conseguir que los 55 millones de dólares que quedaban en la cuenta le fueran transferidos a Uruguay.

Los procedimientos para la extradición empezaron de inmediato, con Gelli que cantaba la misma canción que en su momento cantaron Sindona y Calvi: «Soy víctima de una persecución política, de un complot izquierdista». Mientras los magistrados suizos ponderaban el problema de la extradición, Licio Gelli fue trasladado a una cárcel suiza de máxima seguridad, en Champ Dollon. Como ya he dicho, los procedimientos para la extradición de los miembros de la logia P2 tienden a alargarse. Al llegar el verano de 1983, Gelli seguía en Champ Dollon.

Con Italia a punto de enfrentarse con unas nuevas elecciones generales en junio, la comisión parlamentaria que había investigado la actuación de la logia P2 cesó en sus funciones. El partido democristiano presentaba al menos cinco miembros de la logia como candidatos a las elecciones. La signorina Tina Anselmi, que había sido la presidenta de la comisión investigadora, fue interrogada para que diera su opinión sobre la P2, después de haber dedicado dos años a hurgar profundamente en los secretos de la sociedad secreta. La signorina declaró:

La P2 no está muerta ni mucho menos. Todavía es poderosa. Sus miembros trabajan en las instituciones, se mueven en la sociedad. La logia tiene dinero, medios e instrumentos a su disposición. También tiene amplios centros operativos de poder en Sudamérica. Todavía está en situación de condicionar, al menos en parte, la vida política italiana.

La evidencia disponible confirma abrumadoramente la validez de las afirmaciones de la signorina Anselmi. Cuando llegaron a Argentina las primeras noticias de que Gelli había sido arrestado, el almirante Emilio Massera, miembro de la junta de gobierno, señaló: «El signor Gelli ha rendido unos invaluable servicios a Argentina. Este país tiene mucho que agradecerle y siempre estará en deuda con él».

El almirante Massera, al igual que el general Carlos Suárez Masón, comandante en jefe de las fuerzas armadas, y que el organizador de los escuadrones de la muerte de Argentina, José López Rega, es miembro de la sección argentina de la P2. En Uruguay, la P2 incluye entre sus miembros al comandante en jefe de las fuerzas

armadas, el general Gregorio Álvarez.

Todos los que en Italia o en cualquier otra parte pensaran que lo que Tina Anselmi buscaba con sus declaraciones era marcarse un tanto político ante la inminencia de las elecciones, el 10 de agosto de 1983 sentirían sin duda un ligero remordimiento, sino un sobresalto, al descubrirse que en Champ Dollon había un prisionero menos que el día anterior. Licio Gelli se había escapado. Las autoridades suizas, en un intento por tapar su ineptitud (sólo sirven para vigilar bancos), quieren cargar la culpa a un guardia corrompido, Umberto Cerdana, quien oficialmente recibió un ridículo soborno de poco más de seis mil libras esterlinas por parte de Gelli. Si cualquier lector de este libro cree de verdad que Gelli pudo escapar de la cárcel de Suiza gracias a la ayuda de un único guardia, entonces también es probable que crea que Albino Luciani murió de muerte natural. ¿Es creíble que un guardia acepte el equivalente de cuatro meses de sueldo por cometer una acción que le acarreará siete años y medio de prisión?

Nueve días después de haberse fugado Gelli, las autoridades suizas concedieron la orden de extradición presentada por Italia. El problema consistía en que no había Gelli ninguno a quien enviar a Italia. Conducido primero a Francia por su hijo, en un BMW alquilado, Gelli y su hijo fueron transportados después a Montecarlo en un helicóptero cuyo piloto no sabía quiénes eran. La excusa que le dieron al piloto para desviarse de Niza (primer destino indicado) y aterrizar en Montecarlo fue que a Gelli le dolían las muelas y necesitaba con urgencia que le atendiera un dentista. En un yate propiedad de Francesco Pazienza, un hombre que afirma haber sido buen amigo del difunto Roberto Calvi, Gelli se fue a buscar un buen dentista a Uruguay. En el momento de escribir estas líneas, desde su casa en las afueras de Montevideo sigue moviendo tranquilamente las cuerdas que hacen bailar a sus títeres por todo lo ancho de la tierra. Le buscan en varios países, donde le acusan de muy variados crímenes, pero la gran cantidad de información que ha acumulado diligentemente en el decurso de los años le sirve de inmejorable parapeto para seguir impune y gozar de protección.

Las elecciones italianas de junio de 1983 dieron como resultado que Bettino Craxi, uno de los muchos beneficiarios de la largueza de Calvi, se convirtiera en primer ministro. Al recibir la noticia de que Gelli había escapado, señaló: «La fuga de Gelli confirma que el Gran Maestro tiene una red de poderosas amistades».

Si algún día Licio Gelli llega a ser entregado con vida al Gobierno italiano, tendrá que arrostrar una multitud de cargos delictivos, entre los que figuran los siguientes: extorsión, chantaje, tráfico de drogas, contrabando de armas, conspiración para derribar al gobierno constitucional, espionaje político, espionaje militar, posesión ilegal de secretos de Estado, complicidad en una serie de masacres provocadas por bombas, entre ellas el atentado en la estación de Bolonia que causó 84 muertos.

La cadena que conduce, eslabón por eslabón, desde un papa que muere asesinado al arzobispo Marcinkus, a Roberto Calvi, a Umberto Ortolani y a Licio Gelli, es

consistente. Para que las pruebas circunstanciales den resultado tienen que ser consistentes, deben superar un minucioso escrutinio antes de que un jurado pueda emitir el veredicto de «culpable». Ningún jurado enfrentado con las pruebas que contiene este libro podría dictaminar un veredicto de «muerte por causa natural». Ningún juez, ningún juzgado del mundo aceptaría un veredicto de esa naturaleza ante las pruebas aquí aportadas. Esto es algo que está por encima de toda discusión. No hay evidencia ninguna que demuestre que Albino Luciani murió por accidente. Nos queda una única conclusión: le asesinaron. Desde mi punto de vista, no lo hicieron persona o personas desconocidas, sino personas quizás incluso demasiado conocidas. En el centro de la trama se encuentra el Gran Maestre Licio Gelli. Un hombre que se da la coincidencia de que tiene entre los miembros de su logia a Francesco Baggio, hermano del cardenal Sebastiano Baggio. Un hombre cuyas entrevistas con los famosos y los poderosos incluyen audiencias con el papa Pablo VI. Un hombre con íntimos amigos como el cardenal Paolo Bertoli y cuyo segundo de a bordo en la logia P2, Umberto Ortolani, fue profusamente condecorado por el Vaticano y se conocía, mejor que muchos cardenales, hasta los pasillos más recónditos del pequeño estado. Ortolani estaba tan próximo al centro neurálgico del poder en el Vaticano que fue en su villa de recreo, y con él como anfitrión, donde se realizó la reunión secreta en la que se gestó la elección del papa Pablo VI. Ortolani concibió la idea de la venta multimillonaria (en dólares) de los intereses del Vaticano en la Società Generale Immobiliare, en Ceramiche Pozzi y en Condone. A Ortolani, casamentero de la logia P2, se le deben notorios celestinajes, entre ellos los esponsales económicos entre el mañoso y masón Michele Sindona y el papa Pablo VI, que le granjearon una elevada comisión por el lado del novio y honores y medallas por el lado de la sotana. Gracias a la labor de Ortolani, no había lugar en el estado del Vaticano al que se le pudiera negar el acceso al *Titiritero* o a los hombres y mujeres a los que controlaba. Gelli coleccionaba informes y detalles tan curiosos como unas fotografías del papa Juan Pablo II completamente desnudo junto a la piscina que se mandó construir en el Vaticano. Cuando Gelli le mostró estas instantáneas al alto dignatario político del partido socialista Vanni Nistico, le señaló: «¿Ves el problema que tienen casi todos los servicios de seguridad? Si es posible sacarle al papa unas fotos así, imagínate lo fácil que sería abatirlo a balazos». Por supuesto. O envenenar a su predecesor.

Y Jesús entró en el templo de Dios, expulsó a todos los que compraban y vendían dentro de él, y volcó las mesas de los que cambiaban dinero y derribó los asientos de los que vendían imágenes. Y les dijo a todos ellos: «Está escrito. Mi casa será llamada la casa de las plegarias. Mas vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones».

Mateo, 21: 12-13

Albino Luciani tenía un sueño. Soñaba con una Iglesia católica romana que respondiera verdaderamente a las necesidades de sus fieles en cuestiones tan vitales como el control de la natalidad. Soñaba con una Iglesia que repartiera las riquezas y el poder que había adquirido el Vaticano con sus negocios. Soñaba con una Iglesia

que se apartara del mercado y que expulsara a los prestamistas que habían mancillado el mensaje de Cristo. Soñaba con una Iglesia que descansara una vez más en lo que siempre había sido su principal posesión, la fuente de su verdadero poder, su más grande aspiración a tener prestigio y fama universales: los Evangelios.

Al atardecer del 28 de septiembre de 1978, Albino Luciani ya había dado los primeros pasos hacia la realización de sus extraordinarios sueños. A las nueve y media de la noche cerró la puerta de su dormitorio y sus sueños se acabaron: murieron con él.

Actualmente, en Italia, existe un movimiento que pretende convertir a Luciani en santo. De hecho, ya se han recolectado varios miles de firmas en apoyo de esta aspiración. Si este hombre, «acostumbrado a las pequeñas cosas y al silencio», resulta beatificado, no cabe duda de que será una adecuada decisión. El 28 de septiembre de 1978, Albino Luciani recibió la palma del martirio por sus creencias. Enfrentados con un hombre como Albino Luciani, con los problemas que su continuidad les planteaba, hubo quienes se decantaron por aplicarle la solución italiana. La decisión de que el papa debía morir había sido tomada, y el candidato de Dios murió asesinado.



Estaciones del tren de Bolonia, 1980, cuando 85 personas fueron asesinadas y 182 resultaron heridas en la explosión de una bomba colocada por la Orden Masónica P2.



Hacia 1980, Roberto Rosone (izquierda), el diputado presidente del Banco Ambrosiano, estaba convirtiéndose en una amenaza a las actividades de Calvi. El 27 de abril de 1980, Rosone recibió un disparo y resultó herido de gravedad.



El cuerpo del asaltante de Rosone, Danilo Abbruciati, luego de haber sido acribillado por los guardianes del Banco Ambrosiano.



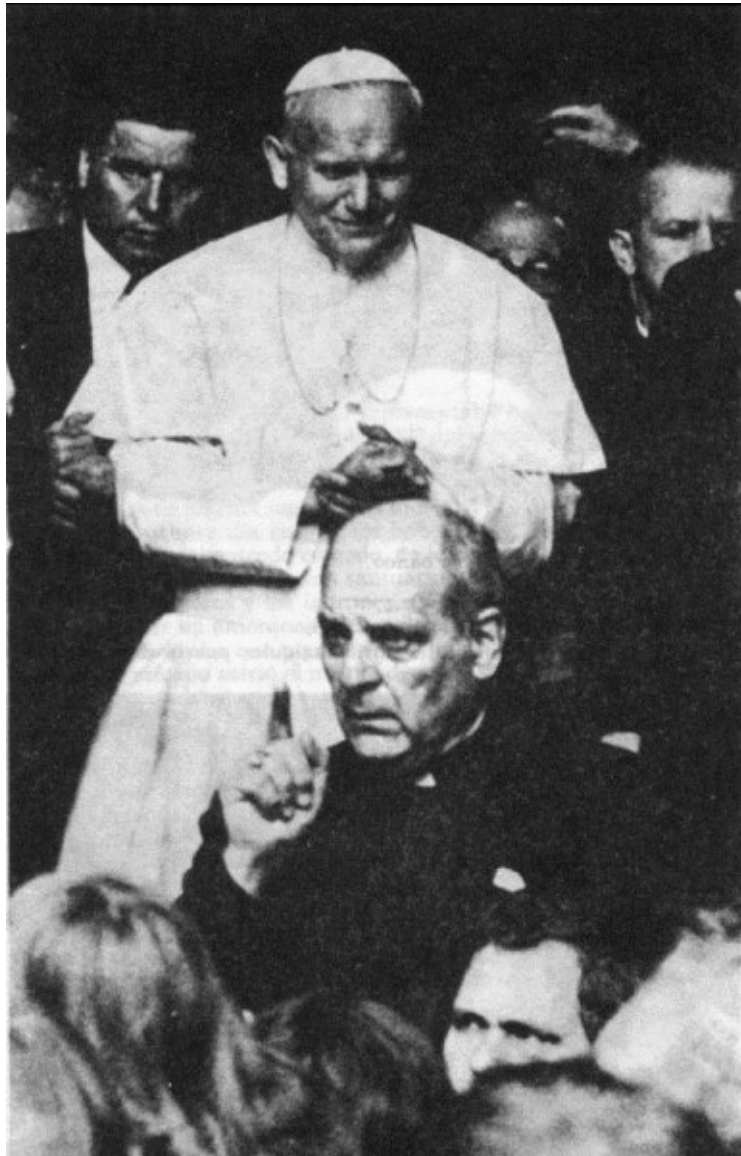
Flavio Carboni (a la derecha) amigo de Roberto Calvi.



Roberto Calvi, «suicidado» en Londres entre el 17 y 18 de junio de 1982.



Pocas horas antes de la muerte de Calvi, su secretaria, Graziella Corrocher, fue también «suicidada» desde el cuarto piso de la oficina principal del Banco Ambrosiano. Una ambulancia abandona el lugar con su cuerpo.



Con todos los demás sospechosos muertos, en prisión, o fugitivos de la justicia, Marcinkus (centro, primer plano) permanece dentro del Vaticano.



«El Banquero de Dios», en su banco.



Umberto Ortolani, quien podía abrir cualquier puerta dentro del Vaticano.

Epílogo

Si el bien que Albino Luciani representaba fue enterrado con sus huesos, el mal perpetrado por Roberto Calvi seguramente ha sobrevivido a su divulgador.

A las pocas horas de haber sido identificado su cuerpo, en Londres, las campanas de alarma sonaban en muchos lugares de Italia. El lunes 22 de junio, primer día en que los bancos abrían después de que el Caballero fuera encontrado colgado, no lejos de donde en la Edad Media los monjes blancos ofrecían santuario y morada a los embaucadores, los desfalcadores y los ladrones, el Banco Ambrosiano de Milán empezó a sufrir un amontonamiento de clientes que se apresuraban a retirar su dinero. Lo que no se ha hecho público hasta hoy es que el Banco del Vaticano sufrió el mismo destino. Muchos millones de dólares fueron retirados de sus arcas por los miembros de los altos círculos financieros italianos que, en vista de los hechos, sabían que el agujero de 1300 millones de dólares que había dejado tras él el Banco Ambrosiano pronto sería del dominio público, y que dicho agujero estaba íntimamente vinculado a los largos años de fraternidad financiera y de amistad personal que había mantenido Calvi con el obispo Paul Marcinkus y el I. O. R.

En septiembre de 1982, el hombre que en mayo y junio no se había apartado ni medio metro del papa durante la visita pontificia a Gran Bretaña era un virtual prisionero, que no podía salir del interior del Vaticano. Le reemplazaron como organizador y avanzadilla de los viajes del papa; de haberse arriesgado a asomar la nariz fuera del Vaticano, Marcinkus se hubiera encontrado con un tropel de agentes oficiales italianos que se le echaban encima. Su arresto, por mucho birrete arzobispal, hubiera sido instantáneo.

Marcinkus siguió a cargo del Banco del Vaticano y, aparte de reconocer que el Vaticano aceptaría la responsabilidad por una deuda de 250 millones de dólares procedente de la rama peruana del imperio de Calvi, declaró tajantemente que el Vaticano no tenía la menor intención de responsabilizarse de los 1300 millones de dólares que habían desaparecido.

La Curia romana se negó a aceptar unos documentos judiciales que el Gobierno italiano trataba de hacer llegar a Marcinkus y a otros ejecutivos del Banco del Vaticano. El protocolo hay que observarlo en todas las circunstancias, dijeron insistentemente en la Curia, incluso en el caso de que estuviera involucrado el ladrón de mil millones de dólares. Los documentos tendrían que ser entregados al embajador italiano ante la Santa Sede.

La Ciudad del Vaticano estableció una comisión investigadora después de que el Gobierno italiano insistiera y aguijoneara hasta la saciedad. Simultáneamente, los propios abogados del Banco del Vaticano se encargaron de realizar por su cuenta una investigación similar. El propio Gobierno italiano creó a su vez una tercera comisión inquisitiva. Ahora parecía que había trabajo para todo el mundo. Los abogados que trabajaban para Marcinkus fueron los primeros en llegar a una serie de conclusiones:

- El Istituto per la Opere di Religione *no* ha recibido dinero ni del Grupo Ambrosiano ni de Roberto Calvi y por lo tanto no tiene que devolverle nada a nadie.
- Las compañías foráneas que se encontraban en situación de morosos con el Grupo Ambrosiano nunca han estado a cargo del I. O. R., que desconocía por completo las operaciones que hayan podido realizar dichas compañías.
- Está bien establecido que todos los pagos efectuados por el Grupo Ambrosiano a las referidas compañías lo fueron con anterioridad a las llamadas «letras de conformidad».
- Estas últimas, por la fecha en que fueron enviadas, no pudieron ejercer influencia alguna sobre los pagos mencionados.
- En caso de que se realice una comprobación de los hechos, todo lo indicado en los cuatro puntos anteriores demostrará su veracidad.

Por mi parte he establecido que estos «hechos» del Vaticano están muy lejos de la «verdad».

La comisión investigadora designada por el Vaticano todavía no ha presentado su informe. Sus conclusiones debían haberse establecido a finales de marzo de 1983, pero fueron prorrogadas hasta finales de abril, después hasta agosto, después hasta octubre, después hasta noviembre. Los aplazamientos continúan.

La comisión la componen «cuatro hombres justos». La presencia de dos de ellos en una comisión investigadora que el cardenal Casaroli, como no podía ser menos, ha calificado de «objetiva», invalida completamente cualquier hallazgo y conclusión a los que puedan llegar. Uno de estos hombres es Phillipe de Weck, antiguo presidente del U. B. S. de Zurich. De Weck todavía mantiene una íntima relación con el U. B. S., que es el banco que retenía, con cargo a Licio Gelli, 55 millones de dólares de la gran suma robada. Es el mismo banco que conserva, con cargo a los difuntos Roberto Calvi y Flavio Carboni, más de 30 millones de dólares del dinero robado. Es el mismo banco que mantiene, con cargo a la amante austríaca de Carboni, Manuela Kleinszing, 2 millones de dólares del dinero robado. Phillipe de Weck es también el principal protagonista del escándalo que los franceses llaman «el caso de los aviones rastreadores», maravillosa invención producto del privilegiado cerebro del técnico italiano Aldo Bonassoli y del conde Alain de Villegas, un maduro aristócrata belga. La invención constaba de dos partes. La primera, situada en un avión, tenía que enviar a la segunda, fijada en la tierra, unos rayos para hacer exploraciones de los estratos geológicos a muchos miles de metros por debajo de la superficie de la tierra.

El potencial era ilimitado. En relación con prospecciones instantáneas de minerales y petróleo, con un costo muy inferior al habitual se podía obtener un resultado similar. También había importantes implicaciones militares, ya que cualquier artilugio que pudiera detectar petróleo a miles de metros de la corteza terrestre también podría localizar fácilmente un submarino nuclear en inmersión.

Alentados por el presidente Giscard d'Estaing, los ejecutivos de la gigantesca compañía petrolera francesa Elf vertieron alrededor de 120 millones de dólares en una cuenta panameña del conde llamada Fisalma. Villegas era el único accionista y De Weck era el administrador. Cuando los franceses comprendieron que Le Sting había estado jugando con ellos, ya habían desaparecido 60 millones de dólares. De Weck dijo a los franceses que el dinero se había ido en investigaciones tecnológicas y en «obras de caridad». Uno de los hombres que actuaba para el U. B. S. de Zurich en el arte del robo internacional era Ernst Keller, quien por aquella misma época era accionista de Ultrafin AG, una compañía propiedad de Calvi y vinculada al Ambrosiano Holding de Luxemburgo. Ultrafin era el conducto por medio del cual la compañía panameña del conde recibió sus primeros pagos.

Otro miembro de la comisión es Hermán Abs, presidente del Deutsche Bank desde 1940 hasta 1945. El Deutsche fue el banco de los nazis en la segunda guerra mundial. De hecho, Abs era el pagador oficial de Hitler y figuraba también en el consejo directivo de I. G. Farben, el conglomerado químico-industrial que tanta y tan desinteresada ayuda brindó a Hitler durante la guerra. Abs participaba en las sesiones del consejo directivo de I. G., en las que se debatían asuntos tales como el empleo de mano de obra de esclavos eslavos en una planta de fabricación de goma situada en el campo de concentración de Auschwitz.

Por muchos expresidentes de banco o pagadores del Tercer Reich que emplee el Vaticano, la verdad se abrirá a la luz. El Vaticano es responsable de al menos mil millones de dólares del dinero que se debía a varios bancos internacionales. No importa lo mucho o lo poco que se haya beneficiado con las compañías fantasmas con sede en Panamá o en cualquier otra parte. El caso es que las compañías eran del Vaticano cuando las deudas se produjeron. Si los bancos a los que se debe dinero están decididos a recuperarlo, sólo les queda un último recurso de acción: demandar al Vaticano. Para ser más específicos: demandar al Banco del Vaticano y al papa Juan Pablo II, porque el 85% de los beneficios del banco van directamente al papa.

De acuerdo con declaraciones juradas efectuadas por miembros de la familia de Roberto Calvi, en la época en que murió mantenía negociaciones con el Opus Dei, que se había mostrado de acuerdo en adquirir el 16% del Banco Ambrosiano que hasta entonces pertenecía al Vaticano. De haberse llevado a cabo este negocio, el agujero de 1300 millones de dólares hubiera quedado cubierto, el imperio de Calvi se hubiera mantenido intacto y el arzobispo Paul Marcinkus hubiera sido diligentemente apartado de su cargo. Muchos, entre los que se contaba el propio Marcinkus, se oponían a ese socorro de último momento, sobre todo teniendo en cuenta su procedencia.

Con Calvi muerto, el Vaticano se vio enredado en una confusa lucha con el Gobierno italiano y con un consorcio que representa a los banqueros internacionales. Según noticias filtradas de los despachos ginebrinos en febrero de 1984, finalmente se ha llegado a un acuerdo. La banca internacional recuperará aproximadamente dos

tercios de los 600 millones de dólares que cedió en préstamo al *holding* de Calvi en Luxemburgo. De esa cifra, unos 250 millones de dólares los pagará el Banco del Vaticano. Esta cifra representa un préstamo concedido al Vaticano por la filial peruana del imperio de Calvi, por lo que no pueden haber dudas ni discusiones posibles sobre la deuda.

Los fieles deberían hacer caso omiso de las súplicas y exhortaciones que sin duda recibirán en todas las iglesias católicas del mundo. Lo único que el Banco del Vaticano hace es devolver un dinero que le fue prestado. A pesar de todo, se han escamoteado muchos millones de dólares que representan una parte sustancial del dinero que todavía no ha aparecido.

En el momento en que escribo estas últimas cuartillas, el arzobispo Paul Marcinkus todavía se aferra a su cargo, a pesar de que se ha anunciado en innumerables ocasiones su inminente cese. Allí sigue. Vive oculto en el Vaticano porque teme que, si sale, las autoridades italianas inmediatamente le arrestarían. También se ocultan en el Vaticano Luigi Mennini, su colega y socio en tantos actos delictivos, y Pellegrino de Strobel. Así gobierna el papa Juan Pablo II el Banco del Vaticano.

Mientras Marcinkus, De Strobel y Mennini permanecen fugitivos de la justicia italiana, las autoridades han secuestrado las propiedades italianas de Mennini y De Strobel. Diversas judicaturas de diversas ciudades italianas buscan a los tres por diversos delitos. También se oculta en el Vaticano otro personaje que, de haber seguido con vida Luciani, habría sido rápidamente desplazado. Se trata de monseñor Donato de Bonis, el secretario del I. O. R., que se escabulle de los magistrados de Turín que investigan un escándalo de evasión impositiva por mil millones de dólares. De Bonis, a quien los magistrados le han retirado su pasaporte, sigue trabajando en el Banco del Vaticano al igual que sus tres queridos colegas. Es de esta forma como, en abril de 1984, el papa Juan Pablo II, ante quien son responsables directos estos hombres, gobierna el Banco del Vaticano.

Contra el cardenal Ugo Poletti, vicario de Roma, también existen evidencias que ilustran la sabiduría de Albino Luciani al querer tomar la decisión de desplazarle. Poletti es el responsable de la recomendación efectuada al entonces primer ministro Giulio Andreotti de poner al frente de la policía de finanzas al general Raffaele Giudice. Gracias a esa recomendación, el general Giudice, solícito miembro de la logia P2, pudo organizar una evasión impositiva de mil millones de dólares que fueron a parar en su mayor parte a los amplios bolsillos de Gelli. En 1983, el cardenal Poletti desmintió indignado haber utilizado su influencia para que Giudice obtuviera el cargo. Los magistrados de Turín, entonces, enviaron al cardenal una copia de la carta que él había enviado en su día a Andreotti. Poletti sigue siendo vicario de Roma. Así preside Juan Pablo II la Iglesia católica romana en abril de 1984.

El nuevo concordato, recientemente firmado entre el Vaticano y el Gobierno italiano, sirve de adecuado epitafio. Italia, que durante cerca de dos mil años fue

considerada por los católicos de todo el mundo como el hogar de la fe, ya no tiene el catolicismo como «la religión del estado». La posición privilegiada de la Iglesia en Italia se está terminando.

Ha habido otro cambio que ha debido de originar una cálida sonrisa en el rostro de Licio Gelli. La nueva ley canónica que entró en vigor el 27 de noviembre de 1983 ha eliminado el reglamento por el cual los masones estaban sujetos a la excomunión automática. Los supervivientes de la lista de masones del Vaticano que Albino Luciani recibió y leyó se encuentran ahora a salvo. La purga que Luciani pensaba efectuar fue dejada de lado por su sucesor.

Tal como he indicado antes, ninguno de los cambios propuestos por Luciani ha sido puesto en práctica. Los negocios del Vaticano todavía siguen funcionando. A pleno rendimiento y en todos los mercados.



David Anthony Yallop (Londres, Reino Unido, 1937). Es un autor e investigador británico que escribe principalmente sobre crímenes no resueltos. En los años 70 contribuyó también con algunos guiones para espectáculos cómicos de la BBC. Se ha casado dos veces y tiene cinco hijos.

El llamado «buscador de justicia», ha alcanzado fama como escritor e investigador sin igual. Sus obras se han traducido a cuarenta idiomas y se han vendido más de seis millones de ejemplares en todo el mundo.

Tras investigar asesinatos en serie, el terrorismo, el lado oscuro del negocio del fútbol y los traficantes de drogas, David Yallop escribió su último libro acerca de la corrupción del Vaticano, a través de una biografía crítica de Juan Pablo II llamada «El Poder y la Gloria». En este libro, el autor denuncia cuentas secretas de dinero proveniente del narcotráfico y del delito, relaciones estrechas con las dictaduras latinoamericanas y hostigamiento a disidentes, y describe a un Papa convertido en un experto en el manejo de los medios de comunicación de masas.

Habiendo sido cuestionado desde la Iglesia por criticar a una persona que murió, Yallop señaló que el libro lo comenzó antes de la muerte de Juan Pablo II. Por otra parte, en una entrevista el autor recordó una frase de Voltaire: «A los vivos les debemos respeto; pero a los muertos sólo les debemos la verdad». Con «En el nombre de Dios», su *bestseller* internacional multimillonario en ventas, donde demostraba que el papa Juan Pablo I había sido asesinado, Yallop hizo temblar al Vaticano. En el libro «Quién ha robado la Copa», alude con datos interesantes la manera en que João

Havelange hizo crecer a la FIFA, pero también se reafirma la historia de corrupción de alrededor. También fue coautor de la autobiografía de Graham Chapman, *A Liar's Autobiography* (Volume VI).

Con *Beyond Reasonable Doubt?*, obligó a la policía a reabrir el caso de Arthur Allan Thomas, lo que indujo a la liberación de un hombre condenado a cadena perpetua por un crimen que no había cometido. En *To Encourage the Others*, Yallop aportó argumentos definitivos sobre la inocencia de Derek Bentley veintisiete años antes de su reciente indulto.

Notas

[1] En la época del nacimiento de Albino Luciani, el villorrio se llamaba Fomo di Canale. El nombre le fue cambiado por el de Canale d'Agordo en 1964, a instancias de Eduardo Luciani, hermano menor de Ubino. De esta forma, la aldea volvía a adquirir su verdadero nombre original. <<

[2] Véase The Vatican Connection de Richard Hamer, Ed. Holt, Rinehart and Winston, 1982. <<

[3] A Giovanni Benelli le habían apartado de Roma en 1977. Sus continuados esfuerzos por desplazar a Marcinkus del Banco del Vaticano tuvieron la consecuencia de que se organizara un complot contra Benelli, del que formaban parte Marcinkus y monseñor Macchi, secretario del papa. El resultado fue el cese de Benelli de su cargo de secretario de Estado. Lo nombraron cardenal y le dieron como compensación la diócesis de Florencia. <<

[4] El último registro oficial de lo que sucedió en el cónclave yace profundamente enterrado en los archivos secretos del Vaticano. Lo que sigue es el resultado de las pruebas que he recogido de las más diversas fuentes. Las cifras no siempre concuerdan y por lo tanto soy plenamente consciente de que hay un cierto margen de error. Esto que digo también es válido en relación con el nombre de los cardenales que votaron a Luciani en la primera ronda. Aunque es inevitable que haya ciertas inexactitudes, estoy convencido de que la descripción general del ambiente y las variaciones en las sucesivas rondas de votos son acertadas. <<

[5] Las administraciones a las que Fumo se refiere son: 1) La sección ordinaria de la Administración del Patrimonio de la Santa Sede, más conocida por sus siglas A. P. S. A. 2) La sección extraordinaria de la A. P. S. A. 3) La Gubernatura del Estado Vaticano. 4) La Congregación Clerical. 5) La Prefectura de Asuntos Económicos. <<

[6] Carboni grabó secretamente en cintas magnéticas ésta y muchas otras conversaciones que mantuvo con Calvi entre octubre de 1981 y mayo de 1982. <<

[7] El sábado 19 de febrero, William Arico halló la muerte cuando trataba de escapar del Centro Correccional Metropolitano, en el bajo Manhattan. Arico y Michele Sindona estaban citados para comparecer en una audiencia, dos días más tarde, con el fin de afrontar una orden de extradición. Las autoridades italianas querían llevar a juicio a los dos hombres por el asesinato de Giorgio Ambrosoli. <<